

# JUICIO FINAL



**John Katzenbach**



Título original: *Just Canse*  
Traducción: María Alonso y Beatriz Iglesias  
1.ª edición: diciembre 2006  
© 1992 by John Katzenbach  
© Ediciones B, S. A., 2006  
Bailen, 84 - 08009 Barcelona (España)  
[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Publicado por acuerdo con John Hawkins & Associates, Inc., New York.

Printed in Spain  
ISBN: 84-666-2986-6  
ISBN 13: 978-84-666-2986-7  
Depósito legal: B. 43.861-2006

Impreso por LITOGRAFÍA S.I.A.G.S.A.

Edición digital: Abril 2008  
Scan: Adrastea, Corrección: Unamas

Esto es una copia de seguridad de mi libro original en papel, para mi uso personal. Si ha llegado a tus manos, es en calidad de préstamo, de amigo a amigo, y deberás destruirlo una vez lo hayas leído, no pudiendo hacer, en ningún caso, difusión ni uso comercial del mismo.

*Este libro es para mi madre, y en la memoria de estos tres hombres: V. A. Eagle, W. A. Nixon y M. Simons.*

## AGRADECIMIENTOS

Me siento especialmente agradecido por las contribuciones de mis amigos Joe Oglesby, del *Miami Herald*, y Athelia Knight, del *Washington Post*. Sus sabios consejos me ayudaron enormemente en la preparación de este manuscrito que, por supuesto, habría sido imposible sin el apoyo y la tolerancia de mi esposa, Madeleine Blais, y mis hijos.

Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, también éste mira dentro de ti.

FRIEDRICH WILHELM NIETZSCHE

*Más allá del bien y del mal*

El infierno está plagado de buenas, no de malas intenciones.

GEORGE BERNARD SHAW

*Máximas para revolucionarios*

# PRIMERA PARTE

## **PRESOS**

Cuando ganas el premio te gastan una broma: ahora ya sabes cómo empieza tu propia esquila.

# 1

## UN HOMBRE DE OPINIONES

La mañana en que recibió aquella carta, Matthew Cowart se despertó en un atípico ambiente invernal.

La noche anterior se había levantado un viento del norte que no dejaba de soplar y parecía desplazar la noche, tiñendo el amanecer de un gris oscuro que desvirtuaba la imagen de la ciudad. Al salir de su apartamento, vio cómo la brisa sacudía una palmera y hacía que sus hojas sonaran como un montón de espadas.

Se encorvó y lamentó no haberse puesto un jersey bajo la gabardina. Cada año se daban unas cuantas mañanas como ésta, que prometía cielos grises y vientos borrascosos. La naturaleza gastaba una broma pesada y hacía rezongar a los turistas de Miami Beach que caminaban por la arena. En Little Havana, las ancianas cubanas llevaban gruesos abrigos de lana y maldecían el viento, sin pensar que en verano llevaban sombrilla y maldecían el calor. En las barracas de Liberty City, el frío silbaba y los yonquis, temblorosos, lo combatían con sus cachimbas. Pero en poco tiempo la ciudad recuperaría su sofocante y bochornosa normalidad.

«No será más que un día —pensó mientras caminaba con brío—, puede que dos. Entonces el aire cálido del sur soplará con más fuerza y nos olvidaremos del frío.»

Matthew Cowart iba por la vida ligero de equipaje.

Las circunstancias y la mala suerte lo habían privado de muchos ingredientes de la inminente madurez; un simple divorcio lo había separado de su mujer e hija y la injusta muerte le había arrebatado a sus padres; sus amigos habían seguido caminos diferentes marcados por carreras prometedoras, cuadrillas de hijos, letras del coche e hipotecas. Durante un tiempo habían intentado que se sumase a las fiestas y excursiones que organizaban, pero, como su soledad fue creciendo y a él no parecía molestarle, las invitaciones fueron a



menos y acabaron interrumpiéndose. Su vida social se distinguía por esporádicas fiestas de oficina y conversaciones de trabajo. No tenía amante y no acertaba a comprender muy bien por qué. Vivía en un modesto apartamento de los años cincuenta, en lo alto de una empinada colina con vistas a la bahía. Lo había llenado de muebles viejos, estanterías con novelas de misterio y obras policíacas basadas en hechos reales, una batería de cocina desportillada pero práctica, y unos cuantos grabados enmarcados que colgaban discretamente de la pared.

A veces pensaba que cuando su esposa logró la custodia de su hija, la vida había perdido todo el color. Satisfacía sus propias necesidades con el deporte (los diez kilómetros al día de rigor en un parque del centro, algún partido de baloncesto improvisado en la YMCA) y el trabajo en el periódico. Se sentía poseedor de una considerable libertad, aunque le preocupaba tener tan pocos compromisos.

El viento, que seguía soplando fuerte, agitaba las tres banderas de la entrada principal del *Miami Journal*. Se detuvo un momento para contemplar el imponente edificio amarillo. En la fachada figuraba el nombre del periódico estampado en enormes letras rojas de neón. Era un lugar famoso, conocido por su dinamismo y su poder. Por el otro lado, el periódico dominaba la bahía. Desde allí podía ver cómo las aguas embravecidas rompían contra el muelle donde se descargaban enormes rollos de papel de prensa. En cierta ocasión, mientras estaba en la cafetería comiendo un sándwich, había divisado una familia de manatíes que retozaban en el agua, a no más de diez metros del muelle de carga. Sus lomos marrones emergían en la superficie y luego desaparecían bajo las olas. Buscó a alguien a quien comentárselo, pero no encontró a nadie; durante los días siguientes, pasó la hora de comer observando la cambiante superficie turquesa en busca de los animales. Eso era lo que le gustaba de Florida: parecía sacada de una selva, que siempre amenazaba con apoderarse de la civilización para devolverlo todo a un estado primigenio. El periódico no dejaba de publicar historias sobre caimanes de tres metros y medio que se quedaban atrapados en las vías de acceso a la interestatal e interrumpían el tráfico. Aquellas historias le encantaban: una bestia primitiva contra una bestia moderna.

Cowart apuró el paso para franquear la puerta giratoria de entrada a la redacción del *Journal*, y saludó a la recepcionista, que quedaba medio escondida tras la consola del teléfono. Cerca de la entrada había una pared reservada para placas, menciones y premios: una exposición de Pulitzers, Kennedys, Cabots, Pyles y otros nombres de menor categoría. Hizo un alto ante una hilera de buzones para recoger el correo de la mañana, echó un rápido vistazo a las habituales notas y docenas de comunicados de prensa, proclamas políticas y propuestas que llegaban cada día de la delegación del Congreso, la alcaldía, la administración del condado y diversas comisarías de policía; todos ellos le avisaban de algún suceso que creían merecedor de la atención periodística.

Suspiró, preguntándose cuánto dinero se iba en esos inútiles esfuerzos. Sin embargo, un sobre captó su atención y lo separó del resto.

Blanco y delgado, llevaba su nombre y dirección escritos en mayúscula y con trazo fuerte. En la esquina había un remite: un apartado de correos de Starke, en el norte de Florida. «La prisión estatal», pensó.

La colocó encima de las otras cartas y se dirigió a su despacho, maniobrando entre las mesas, saludando con la cabeza a los pocos periodistas que habían llegado temprano y que ya hacían trabajar los teléfonos. Saludó con la mano al redactor jefe, que leía la última edición con los pies apoyados en su mesa del centro de la sala. Luego traspuso unas puertas que había al fondo de la sala de redacción, en las que se leía EDITORIAL. Se hallaba a medio camino de su cubículo cuando oyó una voz cercana.

—Ah, nuestra estrella llega temprano. ¿Qué te trae ante la multitud? ¿Nervioso por los conflictos de Beirut? ¿Desvelado por el programa de reactivación económica del presidente?

Cowart asomó la cabeza por un tabique.

—Buenos días, Will. Sólo quería usar la línea de larga distancia para llamar a mi hija. Las preocupaciones profundas e inútiles te las dejo a ti.

Will Martin soltó una risita y se apartó de la cara un mechón de pelo cano, con un movimiento más propio de un niño que de un adulto.

—Menuda cara tienes. Cuando acabes, echa un vistazo al artículo de la sección local; parece que uno de nuestros togados llegó a cierto acuerdo para poner en libertad a un viejo amigo acusado de conducir bebido. Podría ser el momento de emprender una de tus archiconocidas cruzadas de crimen y castigo.

—Le echaré ese vistazo —prometió Cowart.

—Menudo frío esta mañana —se quejó Martin—. ¿De qué sirve vivir aquí si tienes que llegar al trabajo tiritando? Podría ser Alaska.

—¿Por qué no sacamos un editorial contra el mal tiempo? Después de todo, siempre estamos intentando influir en el cielo. Tal vez nos oigan esta vez.

—Tienes razón. —Sonrió Martin.

—Y tú eres el hombre indicado para hacerlo —dijo Cowart.

—Cierto. No vivo en pecado, como tú; tengo mejor relación con el Todopoderoso. Eso ayuda en este oficio.

—Porque estás más cerca de unirte a Él que yo.

Su vecino refunfuñó.

—¿Qué tienes contra los veteranos? —protestó agitando el dedo—. Y puede que también seas un sexista, un racista, un pacifista... y todos los demás «istas».

Cowart soltó una risita, se fue a su mesa y puso la pila de correo en el centro; aquel sobre quedó encima. Fue a cogerlo mientras con la otra mano marcaba el número de su ex mujer. «Con un poco de suerte, estarán desayunando», pensó.

Sujetó el auricular entre el hombro y el oído, liberando así la mano mientras

se establecía la conexión. Cuando el teléfono empezó a sonar abrió el sobre y sacó un único folio amarillo de papel pautado.

Estimado señor Cowart:

Actualmente, espero el día de mi ejecución en el corredor de la muerte por un crimen que YO NO COMETÍ.

—¿Diga?

Dejó la carta encima de la mesa.

—Hola, Sandy. Soy Matt. Sólo quería hablar con Becky un minuto. Espero no interrumpir nada...

—Hola, Matt. —Cowart notó que titubeaba—. No, es sólo que estábamos a punto de salir. Tom tiene que estar en el juzgado a primera hora, así que la llevará al colegio, y... —Hizo una pausa—. No, no pasa nada. De todas maneras, hay unas cuantas cosas sobre las que necesito hablar contigo. Pero ellos tienen que irse, así que se breve.

Cowart cerró los ojos y pensó en lo doloroso que le resultaba no formar parte de la vida cotidiana de su hija. Se la imaginaba derramando la leche del desayuno y leyéndole libros de noche, sosteniendo su mano cuando se pusiera enferma, admirando las fotografías que se hacía en el colegio. Contuvo la desilusión.

—Claro. Sólo quería decirle hola.

—Ahora se pone.

El auricular resonó contra la mesa y, en el silencio subsiguiente, Matthew Cowart releyó las palabras finales: YO NO COMETÍ.

Recordó a su esposa el día en que se conocieron, en la redacción del periódico de la Universidad de Michigan. Era bajita, pero su fuerza parecía contrarrestar su talla. Estudiaba diseño gráfico y trabajaba a media jornada maquetando, preparando titulares y revisando pruebas de imprenta, apartándose de la cara el ondulado cabello oscuro, tan concentrada que rara vez oía sonar el teléfono o reaccionaba a los chistes verdes que inundaban la desenfundada atmósfera de la redacción. Era una mujer de orden y precisión, con un enfoque de la vida propio de un delineante. Hija del jefe de bomberos local, fallecido en acto de servicio, y de una maestra de primaria, su mayor deseo era acumular bienes y disfrutar de todas las comodidades. Él la consideraba guapa, y lo asustaba lo mucho que la deseaba; se sorprendió de que accediera a salir con él, pero aún más de que, después de una docena de citas, ya se hubieran acostado.

Por aquel entonces Cowart era redactor jefe de deportes, y eso a ella le parecía una pérdida de tiempo; de hecho, solía mofarse de esos hombres supermusculados con extravagantes atuendos que corren detrás de balones de formas diversas. Él había procurado instruirla en las distintas modalidades deportivas, pero ella se mostró intransigente. Al cabo de un tiempo, con la

relación ya consolidada, Cowart empezó a cubrir auténticas noticias y a salir a la calle en busca de material para sus artículos. Disfrutaba con las interminables horas de trabajo, la persecución de la noticia y la tentación de escribir. Ella pensaba que llegaría a ser famoso, o al menos importante. Lo acompañó cuando él consiguió la primera oferta de trabajo en un pequeño diario del centro del país. Seis años más tarde seguían juntos. El día que Sandy le anunció su embarazo, Cowart recibió una oferta del *Journal*. Él iba a cubrir los tribunales penales; ella iba a tener a Becky.

— ¿Papi?

— Hola, cariño.

— Hola, papi. Mamá dice que sólo puedo hablar un minuto. Tengo que ir al colegio.

— ¿También hace frío ahí, cielo? Deberías ponerte un abrigo.

— Vale. Tom me compró uno con un pirata que es todo naranja, como los Bucs. Voy a ponerme ése. También conocí a algunos jugadores. Fueron a una merendola con la que ayudábamos a reunir dinero para los pobres.

— Estupendo — respondió Matthew. «Maldita sea», pensó.

— Papi, ¿los jugadores son importantes?

Cowart soltó una risita.

— Más o menos.

— Papi, ¿te pasa algo?

— No, cariño, ¿por qué?

— Es que nunca me llamas por la mañana.

— Es sólo que al levantarme te he echado de menos y quería oír tu voz.

— Yo también te echo de menos. ¿Volverás a llevarme a Disney World?

— Esta primavera. Te lo prometo.

— Vale. Ahora tengo que irme. Tom me está haciendo señas. ¡Ah!, ¿sabes qué? Los de segundo tenemos un club especial que se llama el Club de los Cien Libros. Hay un premio por leer cien libros y ¡me lo han dado a mí!

— ¡Fantástico! ¿Y qué es?

— Una placa especial y una fiesta de final de curso.

— Genial. ¿Y cuál es tu libro preferido?

— El que tú me enviaste: *El dragón chiflado*. — Rió—. Me recuerda a ti.

Él compartió su risa.

— Tengo que irme — repitió la niña.

— Vale. Te quiero y te echo muchísimo de menos.

— Yo también. Adiós.

— Adiós — dijo, pero ella ya había dejado el teléfono.

Se hizo otro silencio hasta que su ex esposa cogió el auricular. Él habló primero.

— ¿Una merendola con futbolistas?

Siempre había querido odiar al hombre que lo había suplantado, odiarle por su profesión de abogado especializado en derecho de sociedades, por su

aspecto, bajo y fornido, con la constitución de quien a la hora de comer levanta pesas en un gimnasio de los caros; quería imaginar que era cruel, un amante desconsiderado, un pésimo padre adoptivo, un inepto cabeza de familia; pero no era nada de eso. Poco después de que su ex esposa le anunciara su inminente boda, Tom voló a Miami (sin decírselo a ella) para encontrarse con él. Tomaron unas copas y comieron juntos. El propósito era turbio, pero, al acabar la segunda botella de vino, el abogado le dijo con franqueza que no estaba intentando ocupar su lugar de padre y que, como tenía que vivir con su hija, haría todo lo posible porque ella correspondiera a su padre con cariño. Cowart le creyó, sintió una extraña especie de alivio y satisfacción, luego pidió otra botella de vino y se convenció de que su sucesor le caía más o menos bien.

—Es por el bufete de abogados. Son copatrocinadores del United Way de Tampa; por eso vinieron los jugadores. Becky se quedó bastante impresionada, claro que Tom no le dijo cuántos partidos ganaron los Bucs el año pasado.

—Ahora lo entiendo.

—Ya. La verdad es que son los hombres más grandes que he visto en mi vida —dijo Sandy, riendo.

Se produjo una pausa.

—¿Y tú cómo estás? ¿Qué tal Miami? —preguntó ella al cabo.

—Hace frío, y eso vuelve loco a todo el mundo. Ya sabes cómo es, nadie tiene un abrigo de invierno ni calefacción en casa. Todos tiritan y enloquecen hasta que vuelve el calor. Yo estoy bien, encajo bien aquí.

—¿Sigues teniendo aquellas pesadillas?

—No tanto. Alguna de vez en cuando. Pero está todo bajo control.

Era una verdad a medias, algo que sabía que ella no creería pero aceptaría sin hacerle demasiadas preguntas. Se encogió de hombros, pensando en lo mucho que odiaba la noche.

—Podrías pedir ayuda. El periódico correría con los gastos.

—Sería una pérdida de tiempo. Hace meses que no tengo pesadillas —mintió de manera más flagrante. La oyó suspirar—. ¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Bueno —contestó—, supongo que debería decírtelo.

—¿Decirme el qué?

—Tom y yo vamos a tener un bebé. Becky ya no estará sola.

Cowart se mareó un poco, y a su mente acudieron un miliar de ideas y sentimientos.

—Vaya, vaya. Enhorabuena.

—Gracias. Pero tú no lo entiendes.

—¿El qué?

—Que Becky va a formar parte de una familia. Aún más que antes.

—¿Ah sí?

—¿Es que no ves lo que ocurrirá? Que tú te quedarás al margen. Al menos eso es lo que me asusta. Ya bastante duro es para ella que tú estés en la otra

punta del estado.

Para él fue como una bofetada en la cara.

—No soy yo el que está en la otra punta del estado. Eres tú. Tú eres la que se fue.

—Eso es agua pasada —replicó Sandy—. De todos modos, las cosas van a cambiar.

—No veo por qué...

—Hazme caso —dijo ella. Por su tono, había elegido cuidadosamente las palabras con mucha antelación—. Te dedicaré menos tiempo. Estoy segura. Le he estado dando muchas vueltas.

—Pero ése no era el acuerdo.

—El acuerdo puede cambiar. Y los dos lo sabemos.

—No lo creo —respondió Cowart, y su voz delató un primer atisbo de ira.

—Vale. No voy a permitir que esta conversación me provoque un disgusto.

Así que ya veremos.

—Pero...

—Matt, tengo que irme. Sólo quería que lo supieras.

—Estupendo —dijo él—. Muy amable de tu parte.

—Podemos discutirlo más tarde, si es que hay algo que discutir.

«Claro —pensó Cowart—. Después de que hayas hablado con abogados y asistentes sociales y de que me hayas alejado completamente de vuestra vida.» Sabía que era una idea absurda, pero se resistía a salir de su cabeza.

—No es de tu vida de lo que estamos hablando —añadió Sandy—. Ya no. Es de la mía.

Y colgó.

«Estás equivocada», pensó Cowart. Miró en torno a su cubículo. A través de un ventanuco vio cómo el cielo se encapotaba en el centro de la ciudad con un tono gris pizarra. Luego miró las palabras que tenía justo delante: YO NO COMETÍ. «Todos somos inocentes —pensó—. Demostrarlo es lo difícil.»

Acto seguido, para apartar la conversación de su mente, retomó la carta y siguió leyendo:

El 4 de mayo de 1987 acababa de regresar a casa de mi abuela en Pachoula (condado de Escambia). Por aquel entonces estudiaba en la Universidad de Rutgers, en New Brunswick (Nueva Jersey), y estaba a punto de acabar el tercer año. Llevaba varios días de visita cuando la policía me detuvo para interrogarme sobre un asesinato con violación ocurrido a escasos kilómetros de casa de mi abuela. La víctima era blanca. Yo soy negro. Un testigo ocular había visto cómo un Ford sedán verde parecido al que yo tenía abandonaba el lugar donde la niña había desaparecido. Me tuvieron en comisaría treinta y seis horas, despierto, sin comida, sin agua y sin dejarme hablar con un abogado. Los agentes me golpearon en varias ocasiones. Usaban

guías de teléfonos dobladas para aporrearame, porque no dejan marca. Me amenazaron de muerte y uno de ellos llegó a apuntarme a la cabeza con una pistola y apretó varias veces el gatillo. Cada vez que lo hacía, el percutor chasqueaba en un tambor vacío. Al final, me dijeron que si confesaba todo iría bien. Estaba tan exhausto y aterrado que lo hice. Confesé sin conocer los detalles, y dejándome implicar en el crimen. Después de todo lo que me hicieron pasar, habría confesado cualquier cosa.

¡PERO YO NO LO HICE!

Al cabo de unas horas intenté retractarme de mi confesión, en vano. El abogado de oficio sólo vino a verme tres veces antes del juicio; tampoco llevó a cabo ninguna investigación, ni llamó a testigos que me habrían situado en algún otro lugar cuando se cometió el crimen. Un jurado integrado por blancos oyó los testimonios y me condenó tras una hora de deliberación. Les llevó otra hora proponer la pena de muerte. El juez blanco dictó sentencia y me calificó de animal al que habría que sacar de la sala y matar a tiros.

Ahora llevo tres años en el corredor de la muerte. Tengo la esperanza de que los tribunales anulen la sentencia, pero puede que tarden muchos años. ¿Puede usted ayudarme? Otros presos me han dicho que ha escrito editoriales condenando la pena de muerte. Yo soy un hombre inocente que se enfrenta a la pena máxima a causa de un sistema racista que ha conspirado contra mí. Prejuicio, ignorancia y maldad me han puesto en esta situación. Por favor, ayúdeme.

He escrito más abajo los nombres de mi nuevo abogado y de los testigos. También he puesto su nombre en mi lista de visitas autorizadas, por si decide venir a hablar conmigo.

Una cosa más. No sólo soy inocente de los cargos que se me imputan, sino que además le puedo dar el nombre del asesino.

A la espera de su respuesta,  
ROBERT EARL FERGUSON  
N.º 212009  
Prisión estatal de Florida  
Starke, Florida

Cowart tardó unos instantes en asimilar el contenido de la carta. La releyó varias veces, intentando ordenar sus impresiones. Era evidente que el hombre sabía expresarse, que era culto y educado, pero los presos que se declaraban inocentes, en especial los del corredor de la muerte, eran la norma más que la excepción. Siempre se había preguntado por qué la mayoría de los hombres, incluso en la hora de su muerte, se aferran a un halo de inocencia. Era

comprensible en el caso de los peores psicópatas, asesinos en serie que respetan tan poco la vida humana que matarían a alguien antes de hablar con él, pero que, en un careo, mantendrían ese halo si no se les convence de que más les vale confesar. Era como si la palabra tuviera un significado diferente para ellos, como si de la lista de horrores que habían provocado hicieran borrón y cuenta nueva.

La idea le hizo recordar los ojos de un muchacho. Los ojos habían sido parte importante en muchas de sus pesadillas.

Se había hecho tarde, y en Miami la noche daba lentamente paso a una sofocante madrugada de verano, cuando había recibido aquella llamada que lo hizo ir a una casa a sólo diez o doce manzanas de la suya. El redactor jefe, ronco por la hora intempestiva y harto del trabajo, lo enviaba a presenciar un espectáculo aterrador.

Aquello sucedió cuando todavía trabajaba en la sección local como periodista de sucesos, lo cual implicaba cubrir sobre todo noticias de asesinatos. Había llegado al lugar de los hechos y se había pasado una hora merodeando fuera del cordón policial, esperando a que algo ocurriera, escrutando en la oscuridad un cuidado chalet de una sola planta con el césped bien cortado y un BMW nuevo aparcado a la entrada del garaje. Era una casa de clase media, propiedad de un joven ejecutivo y su esposa. Veía a la policía científica, a varios detectives y personal médico forense dentro de la casa, pero no lograba dilucidar qué había ocurrido. Toda la zona estaba iluminada por las luces de la policía, que disparaban haces de rojo y azul en todas direcciones y parecían hacerse más densas con la humedad. Los pocos vecinos que habían salido de sus casas coincidían al describir a la pareja que vivía en la casa: amables y simpáticos, pero reservados. Se trataba de una letanía con la que todos los periodistas estaban familiarizados; de las víctimas de asesinato siempre se decía que eran personas reservadas, lo fueran o no. Era como si los vecinos necesitaran desvincularse rápidamente de cualquier horror caído del cielo.

Por fin, vio que Vernon Hawkins abandonaba la casa por una puerta lateral. El viejo detective fue esquivando las luces de la policía y las cámaras de televisión hasta arrimarse a un árbol, como si estuviera agotado.

Conocía a Hawkins desde hacía años, gracias a docenas de noticias. El veterano detective siempre había sentido especial simpatía por Cowart; le había dado chivatazos en repetidas ocasiones, le había revelado información confidencial y explicado detalles secretos, y también le había dejado entrar en la vida inexorablemente peligrosa de un detective de homicidios. Cowart consiguió colarse por debajo de la cinta amarilla que acordonaba la zona y se acercó al detective. El hombre frunció el entrecejo, luego se encogió de hombros y le indicó que se sentara.

El detective encendió un cigarrillo. Después, por un instante, clavó la mirada en el resplandeciente cielo.

—Esto es un crimen —dijo con una risa compungida—. Me están matando.



Solían hacerlo poco a poco, pero me hago viejo y el ritmo se va acelerando.

—¿Y por qué no lo dejas? —preguntó Cowart.

—Porque es lo único de este mundo que me saca el olor a decrepitud de las narices. —Dio una larga calada y la brasa iluminó las arrugas en su rostro. Tras un momento de silencio, se volvió hacia Cowart—: Bueno, Matty, ¿qué te trae por aquí una noche como ésta? Deberías estar en casa con tu encantadora mujer.

—Vamos, Vernon.

El detective sonrió y recostó la cabeza en el árbol.

—Acabarás como yo, sin otra cosa que hacer por la noche que acudir a la escena del crimen.

—Vete al infierno, Vernon. ¿Qué puedes decirme del interior de la casa?

El detective soltó una lacónica risa.

—Un tipo desnudo y con el cuello cortado. Una mujer desnuda y con el cuello cortado. Ambos en la cama. Y sangre por toda la jodida casa.

—¿Y?

—Tenemos al sospechoso.

—¿Quién es?

—Un adolescente. Un fugitivo de Des Moines al que las víctimas recogieron esta misma noche. Habían ido a dar una vuelta en coche hasta Fort Lauderdale, y allí lo encontraron. Luego se montaron un trío. El único inconveniente fue que, después de pasar un buen rato, el chico decidió que no tendría suficiente con sus cien pavos. Ya sabes, vio el coche, un buen vecindario y todo lo demás. Discutieron. El muchacho sacó una navaja, un arma estupenda. El primer tajo atravesó la yugular del hombre... —De repente rasgó la oscuridad con un rápido movimiento—. Caes fulminado. La sangre borbotea un par de veces y ya está; te mantienes vivo lo suficiente para ser consciente de que te mueres. Una manera cruel de morir. La mujer empezó a chillar, claro, y echó a correr. Pero el chico la agarró del pelo, la tumbó hacia atrás, y ¡bingo! Algo rápido, sólo le dio tiempo a gritar una vez más. Pero, mira por dónde, esta vez alertó al vecino que nos llamó; un tipo con insomnio que había salido a pasear con su perro. Detuvimos al chico cuando se disponía a marchar. Estaba cargando el coche con el equipo de música, la televisión, ropa y todo lo que podía. Iba todo ensangrentado.

Echó un vistazo al otro lado del patio y añadió con expresión ausente:

—Matty, según Hawkins, ¿cuál es el primer mandamiento de la calle?

Cowart sonrió en la oscuridad. A Hawkins le gustaba hablar con máximas.

—El primer mandamiento, Vernon, es nunca te busques problemas, porque los problemas llegan cuando quieren.

El detective asintió.

—Un muchacho encantador. Un muchacho psicópata realmente encantador. Él dice que no tiene nada que ver.

—Joder.

—No es tan extraño —prosiguió el detective—. Quiero decir, que a lo mejor

el chico culpa al señor ejecutivo y a su esposa por lo ocurrido. Si ellos no hubieran intentado engañarle, ya sabes a qué me refiero.

—Pero...

—Ningún remordimiento. Ni una pizca de compasión, ni un atisbo de humanidad. Es sólo un chico. Me ha contado lo ocurrido. Y añadió: «Yo no hice nada. Soy inocente. Quiero un abogado.» Estábamos allí de pie, con sangre por todas partes, y dice que no ha hecho nada. Supongo que es porque le trae sin cuidado, vaya. Por el amor de Dios...

Se echó hacia atrás, abatido y exhausto.

—¿Sabes cuántos años tiene el muchacho? —agregó—. Quince. Los cumplió hace un mes. Debería estar en casa, pensando en el acné, las chicas y los deberes del cole. Seguro que también es un delincuente juvenil; me apuesto la casa. —Cerró los ojos y suspiró—. Yo no hice nada. Yo no hice nada... Mierda. —Le enseñó la mano—. Mira esto. Tengo cincuenta y nueve putos años, estoy a punto de jubilarme, y creía que ya había visto y oído de todo.

La mano le temblaba. Cowart vio cómo se movía a la luz de las intermitentes luces de la policía.

—¿Sabes? —dijo Hawkins mientras se miraba la mano—, me estoy endureciendo tanto que ya no quiero oír nada más. Casi preferiría emprenderla a tiros con un maldito chalado que oír a un solo tipo más hablando de algo terrible como si no tuviera importancia. Como si no fuera una vida lo que ha segado, sino el envoltorio de un caramelo que ha arrugado y tirado al suelo. Como si en vez de culpable de asesinato en primer grado, lo fuera de arrojar basura. —Se volvió hacia Cowart—. ¿Quieres verlo?

—Claro. Vamos.

Hawkins lo miró de hito en hito.

—No estés tan seguro. Siempre quieres verlo todo demasiado rápido. Esta vez no es nada agradable.

—También es mi trabajo —replicó Cowart.

El detective se encogió de hombros.

—Vale, pero tienes que prometerme una cosa.

—¿Qué cosa?

—Verás lo que hizo y luego te llevaré ante él. No le hagas preguntas, sólo échale un vistazo, está en la cocina. Pero asegúrate de escribir en tu artículo que no es un muchacho cualquiera. ¿Queda claro? Que no es un pobre chico desfavorecido. Eso es lo que su abogado empezará a decir en cuanto llegue. Quiero que hagas lo contrario, que digas que se trata de un asesinato a sangre fría, ¿vale? A sangre fría. No quiero que nadie coja el periódico, vea una fotografía suya y se pregunte: «¿Cómo podría este buen chico haber hecho algo así?»

—Descuida, lo haré —dijo Cowart.

—De acuerdo.

El detective se encogió de hombros y luego se irguió. Echaron a andar hacia

la puerta principal, pero cuando estaban a punto de entrar Hawkins insistió.

—¿Estás seguro? Son gente como tú y como yo. No lo olvidarás jamás.

—Vamos.

—Matty, por una vez escucha el consejo de un viejo.

—Venga ya, Vernon.

—Entonces, allá tú y tus pesadillas —dijo el detective, y en eso tenía toda la razón.

Cowart recordó haber mirado fijamente al ejecutivo y su esposa. Había tanta sangre que era casi como si estuvieran vestidos. Cada vez que se disparaba el flash del fotógrafo de la policía los cuerpos destellaban por un instante.

Sin mediar palabra, siguió al detective hasta la cocina. El muchacho estaba allí sentado; llevaba zapatillas de deporte y vaqueros, el delgado torso desnudo, y tenía un brazo esposado a una silla. Vetas de sangre tatuaban su cuerpo, pero a él no le importaba y con la mano libre fumaba un cigarrillo sin inmutarse. Eso le daba aspecto de más joven aún, un niño que quiere pasar por mayor y más duro para impresionar a la policía cuando, en realidad, lo único que logra es parecer un poco más imbécil. Cowart vio en su cabello rubio una salpicadura de sangre que le enmarañaba los rizos, y una mancha de sangre reseca en su mejilla. Ni siquiera le crecía barba.

Levantó la mirada cuando Cowart y el detective entraron en la cocina.

—¿Quién es ése? —preguntó, señalando a Cowart con la cabeza.

Por un momento, Matthew clavó sus ojos en los del muchacho. Eran azules e infinitamente malvados, y parecían mirar el filo acerado del hacha de un verdugo.

—Un periodista del *Journal* —dijo Hawkins.

—¡Eh, periodista! —exclamó el muchacho con una repentina sonrisa.

—¿Qué?

—Escribe que yo no hice nada —dijo, y soltó una carcajada hasta quedarse casi sin aliento, tan estrepitosa que hizo eco detrás de Cowart.

Aquella risa quedó congelada en su memoria mientras Hawkins lo conducía al exterior, de vuelta al ajetreado amanecer.

Después de lo ocurrido, Cowart se había ido a su despacho a escribir la historia del joven ejecutivo, su esposa y el adolescente. Había descrito las sábanas blancas arrugadas y ensangrentadas, y las rojas salpicaduras que hacían de las paredes un espectáculo dantesco. Había escrito sobre el vecindario y la elegante casa, sobre un diploma que colgaba enmarcado en la pared acreditando la pertenencia de la víctima a un club de subastas de categoría, sobre sueños aburguesados y la tentación del sexo prohibido. Había descrito el extrarradio de Fort Lauderdale, donde los niños hacían excursiones nocturnas de placer para alejarse cada minuto más y más de su juventud, y había descrito los ojos del muchacho, para fulminarlos en su artículo como su amigo le había pedido que hiciera.

Había terminado la noticia con las palabras del muchacho.

Aquella misma noche, de regreso a casa con una copia de la primera edición bajo el brazo y su historia ocupando la portada, había notado un agotamiento que iba más allá de la falta de sueño. Luego se había metido en la cama, para acurrucarse tiritando junto a su esposa a sabiendas de que ella planeaba dejarle, incapaz de hallar calor en el mundo.

Cowart sacudió la cabeza tratando de disipar el recuerdo de aquella mañana, y miró en torno a su cubículo.

Ahora Hawkins estaba muerto. Lo jubilaron con una pequeña ceremonia, le dieron una pensión, y dejaron que pusiera fin a su vida con un enfisema. Cowart había asistido a la ceremonia y aplaudido cuando el jefe de policía había mencionado la elogiabile trayectoria del detective. Siempre que podía, iba a verlo a su pequeño apartamento de Miami Beach. Era un lugar frío, decorado con viejos recortes de artículos escritos por Cowart y otros. Al final de cada visita, Hawkins siempre le decía: «Recuerda las normas, y si olvidas lo que te he dicho sobre la calle, entonces invéntate tus propias normas y vive en función de ellas.» Cowart también había ido al hospital siempre que podía: salía temprano y a escondidas de su despacho para visitar al detective y contarle historias, hasta aquel último día, en que había llegado y encontrado a Hawkins inconsciente y entubado, sin saber si lo oía cuando susurraba su nombre o si lo sentía cuando estrechaba su mano. Había pasado una larga noche sentado junto a la cama, y ni siquiera supo en qué instante la vida del detective se había apagado. Asistió al funeral junto con unos pocos policías veteranos: una bandera, un féretro, las palabras de un sacerdote; ni esposa, ni hijos, ni lágrimas. Tan sólo una pesadilla de recuerdos que iba quedando lentamente bajo tierra. Se preguntaba si sería lo mismo cuando él muriera.

«¿Qué habrá sido del muchacho? —se preguntó ahora—. Puede que haya salido del reformatorio y esté en la calle. O en el corredor de la muerte, junto al autor de esta carta. O muerto.» Echó un vistazo a la carta. «Esto debería ser una noticia —pensó—, no un editorial. Debería entregarla a alguien de locales y dejar que lo compruebe. Yo ya no llevo eso. Soy un hombre de opiniones. Escribo desde la distancia, formo parte de un equipo que vota y decide y adopta posturas, no pasiones. He renunciado a mi fama.»

Eso era exactamente lo que se disponía a hacer, pero entonces se detuvo.

Un hombre inocente.

Procuraba recordar si en alguno de los juicios y delitos que había cubierto había visto alguna vez a un hombre realmente inocente. Habían desfilado ante sus ojos multitud de veredictos de inocencia, cargos retirados por falta de pruebas, casos perdidos por pura habilidad de la defensa o torpeza de la acusación. Pero no lograba recordar a alguien verdaderamente inocente. En cierta ocasión había preguntado a Hawkins si alguna vez había detenido a alguien así, y él había replicado: «¿Un hombre de verdad inocente? Uno se equivoca muchas veces, y hay muchos cabrones en libertad que deberían estar

entre rejas. Pero ¿trincar a alguien realmente inocente? Eso es lo peor. No sé si podría vivir con ello. No, señor. Eso es lo único en la vida que no me dejaría dormir.»

Sostuvo la carta en sus manos. «Yo no cometí.» Se preguntó: «¿A alguien le quita el sueño el caso Robert Earl Ferguson?» Sintió un ramalazo de agitación. «Si es verdad...», pensó. No completó la idea, pero tragó saliva para dominar un arrebato de ambición.

Recordó una entrevista que había leído años atrás sobre un hábil y veterano jugador de baloncesto que ponía punto final a una larga carrera deportiva. Aquel hombre hablaba de sus triunfos y sus fracasos con una especie de moderada y equitativa dignidad. Le preguntaban por qué se retiraba, y él hablaba de su familia e hijos, de la necesidad de abandonar un juego de infancia para seguir adelante con la vida. Luego hablaba de sus piernas, no como si fueran parte de su cuerpo, sino viejas y buenas amigas. Admitía que ya no saltaba como antes, que cuando se disponía a elevarse hacia el aro, los músculos que una vez parecían haberlo propulsado con tanta facilidad protestaban a causa de los años y el dolor, e insistían en su retirada. Y añadía que, sin ayuda de sus piernas, no tenía sentido continuar. Después de aquella entrevista había salido a jugar su último partido y había acabado marcando treinta y ocho puntos sin esfuerzo: corriendo, rotando y rebasando el tablero como antes. Era como si su cuerpo hubiera dado a aquel hombre la última oportunidad de imponer en los espectadores un recuerdo imborrable. Cowart había pensado entonces que lo mismo podía aplicarse al periodismo: requería cierta juventud que no conociera el descanso, un empuje que desplazara sueño, hambre y amor; y todo para salir en busca de la noticia. Los mejores periodistas tenían piernas que les llevaban más alto y más lejos, mientras que otros quedaban rezagados descansando.

Sin querer, flexionó los músculos de las piernas.

«Hubo un tiempo en que yo también las tuve —pensó—. Antes de retirarme a tener pesadillas, llevar traje, actuar con responsabilidad y envejecer con dignidad. Ahora estoy divorciado y mi ex esposa va a robarme lo único que he amado sin reservas; y yo estoy aquí sentado, huyendo de la realidad, opinando sobre sucesos que no afectan a nadie.»

Sostuvo la carta firmemente en su mano.

«Inocente —pensó—. Ya veremos.»

La hemeroteca del *Journal* era una extraña mezcla de lo antiguo y lo moderno. Estaba situada a continuación de la redacción, al otro lado de las mesas en que trabajaban los articulistas de noticias blandas. En la parte trasera de la hemeroteca había hileras de grandes archivadores metalizados que contenían recortes que se remontaban a décadas atrás. En el pasado, el periódico había diseccionado cada día por persona, tema, lugar y suceso, y cada

recorte había sido adecuadamente archivado. Ahora todo eso se hacía con ordenadores último modelo, potentes terminales con enormes pantallas. Los bibliotecarios se limitaban a repasar cada artículo, marcar las personas y palabras clave, y pasarlos luego a archivos electrónicos. Cowart prefería el viejo método. Le gustaba arreglárselas con un puñado de recortes emborronados, para elegir bien lo que necesitaba. Era como tener un pedazo de historia entre las manos. El de ahora era un método rápido, eficaz e impersonal. Y él nunca perdía la ocasión de fastidiar a los bibliotecarios al respecto cada vez que acudía a la hemeroteca.

Nada más entrar, una joven se fijó en él. Era rubia, con una llamativa melena, alta y esbelta. Llevaba gafas de montura metálica, y a veces miraba por encima de ellas.

—No lo digas, Matt.

—¿Que no diga el qué?

—No digas lo de siempre. Que te gustaba más el viejo método.

—No lo diré.

—Bien.

—Pero porque tú me lo has pedido.

—Eso no vale —rió la joven. Se levantó y se acercó hasta el lugar del mostrador donde él esperaba de pie—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Laura, la bibliotecaria. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que te dejarás los ojos mirando todo el día esa pantalla de ordenador?

—Todo el mundo.

—Imagina que te doy un nombre...

—Y yo haré el viejo truco informático.

—Robert Earl Ferguson.

—¿Qué más?

—Corredor de la muerte. Condenado hace tres años en el condado de Escambia.

—Veamos...

La joven se sentó remilgadamente ante un ordenador y después de introducir el nombre pulsó una tecla. La pantalla se quedó en blanco, salvo por una única palabra que parpadeaba en una esquina: «Buscando.» Luego la máquina pareció hipar y escupió unas palabras.

—¿Qué dice? —preguntó.

—Hay un par de entradas. Déjame comprobarlo. —Pulsó otra tecla y otro grupo de palabras apareció en pantalla. Leyó los titulares—: «Ex universitario condenado a muerte por el asesinato de una niña»; «Apelación denegada en el caso de asesinato en Pachoula»; «El Tribunal Supremo de Florida admitirá causas del corredor de la muerte». Eso es todo. Tres noticias. Todas publicadas en la edición de la costa del Golfo; ninguna en la edición nacional, salvo la última, que se podría considerar un resumen.

—No es demasiado para tratarse de un asesinato y una pena de muerte —

dijo Cowart—. ¿Sabes?, en los viejos tiempos parecía que cubríamos todos los juicios por asesinato...

—Ya no.

—Entonces se le daba más importancia a la vida.

La chica se encogió de hombros.

—La muerte violenta solía causar más sensación que ahora, y tú eres demasiado joven para hablar de los viejos tiempos. Quizá te refieras a los setenta... —Sonrió y Cowart rió con ella—. De todas maneras, últimamente la pena de muerte no es ninguna novedad en Florida. Ahora mismo tenemos... —reclinó la cabeza y miró al techo un momento— más de doscientos hombres en el corredor de la muerte. El gobernador firma un par de órdenes de ejecución al mes. Eso no quiere decir que se lleguen a consumir, pero... —Lo miró y sonrió—. Pero bueno, tú ya sabes todo esto; escribiste esos editoriales el año pasado sobre el hecho de ser una nación civilizada, ¿correcto?

—Correcto. Recuerdo el principio básico: no permanecer impasible ante la pena capital. Tres editoriales, a toda página. Y luego publicamos más de cincuenta cartas de los lectores que eran, ¿cómo diría yo?, contrarias a mi postura. Publicamos cincuenta, pero recibimos unos cinco millones de trillones. Las más agradables insinuaban que deberían decapitarme en la plaza pública. Las desagradables eran más ocurrentes.

La chica sonrió.

—La popularidad no es lo tuyo. ¿Quieres que te lo imprima?

—Si eres tan amable. Pero preferiría que me quisieran...

Ella le sonrió y volvió a su ordenador. Tecléo una vez más y la veloz impresora del rincón empezó a zumbiar mientras iban saliendo las hojas.

—Aquí tienes. ¿Te traes algo entre manos?

—Puede —respondió Cowart—. Uno que dice que no ha hecho nada.

La joven rió.

—Suena interesante, e insólito. —Se volvió hacia la pantalla del ordenador y Cowart se encaminó de regreso a su despacho.

Los hechos que habían llevado a Robert Earl Ferguson al corredor de la muerte empezaban a tomar forma a medida que Cowart iba leyendo las noticias. La información de la hemeroteca era mínima, pero suficiente para hacerse una idea. La víctima del caso era una niña de once años cuyo cuerpo había aparecido entre un matorral a orillas de un pantano.

Le resultaba fácil imaginar el sucio follaje que camuflaba el cuerpo. Era una ciénaga nauseabunda, el lugar indicado para hallar la muerte.

Siguió leyendo. La víctima, hija de un funcionario municipal, fue vista por última vez cuando volvía a casa del colegio. Cowart se imaginó un solitario y espacioso edificio, de hormigón y planta baja, construido en un terreno polvoriento. Pintado de un rosa descolorido o un verde institucional, colores

que difícilmente lograrían iluminar el alborozo de los niños celebrando el final de la jornada escolar. Allí era donde una de las maestras la había visto subir a un Ford verde con matrícula de otro estado. ¿Por qué? ¿Qué la llevaría a subir al coche de un extraño? La idea le produjo escalofríos y de repente sintió miedo por su propia hija. «Ella no lo haría», pensó para tranquilizarse. Al ver que la pequeña tardaba en llegar a casa, se había dado la voz de alarma. Cowart sabía que aquel mismo día la televisión local había divulgado una fotografía suya en las noticias de la noche. Debía de ser la fotografía de una niña con el pelo recogido en una coleta, cuya sonrisa revelaba un aparato de ortodoncia; una foto de familia, hecha con esperanza e ilusión, y utilizada para llenar de desesperación la pequeña pantalla.

Más de veinticuatro horas después de la desaparición, los agentes que peinaban la zona habían descubierto su cadáver. La noticia estaba llena de expresiones como «brutal asesinato», «ataque salvaje», «cuerpo destrozado», mera jerga periodística; reacio a describir con lujo de detalles el auténtico calvario que había padecido la niña, el periodista había recurrido a una serie de clichés.

«Debió de ser una muerte terrible —pensó—. La gente quería saber qué había ocurrido; bueno, no del todo, porque si lo supieran tampoco podrían dormir.»

Siguió leyendo. Ferguson había sido el primer y único sospechoso. La policía lo había detenido poco después de levantar el cuerpo de la víctima, por el parecido de su coche. Fue interrogado (en las noticias no se mencionaban la incomunicación ni las palizas) hasta confesar. La confesión, seguida de un análisis de las muestras de sangre y la identificación del vehículo, parecía haber sido la única prueba incriminatoria, pero Cowart se mostraba cauto. Las vistas habían cobrado cierta impetuosidad, como en el buen teatro, y un detalle que parecía insignificante o cuestionable cuando se mencionaba en las noticias se volvía inmenso a ojos del jurado.

Ferguson había dicho la verdad respecto al dictamen del juez. La frase «un animal al que habría que sacar de la sala y matar a tiros» aparecía destacada en las noticias. «Seguramente se jugaba la reelección aquel año», pensó.

Las demás noticias le proporcionaron información adicional; sobre todo, que la primera apelación de Ferguson, basada en la fragilidad de las pruebas presentadas, había sido desestimada por el tribunal de apelaciones del primer distrito. Era de esperar. Todavía estaba pendiente de la resolución del Tribunal Supremo de Florida. Así pues, Ferguson aún no había agotado la vía de los tribunales.

Se reclinó en la silla e intentó imaginar lo ocurrido.

Vio un condado rural en los bosques de Florida. Aquélla era una parte del estado muy distinta de las populares imágenes de Florida: nada que ver con los rostros sonrientes e impecables de la clase media que acudía, en masa a Orlando y Disney World, ni con los colegiales gamberros que iban a pasar las



vacaciones de Semana Santa a las playas, ni con los turistas que viajaban en sus caravanas a Cabo Cañaveral para presenciar el lanzamiento de naves espaciales. Y esa Florida tampoco tenía nada que ver con la imagen cosmopolita y liberal de Miami, que se consideraba a sí misma una especie de Casablanca norteamericana.

«En Pachoula —pensó—, incluso en los ochenta, cuando una niña blanca es violada y asesinada por un negro, aflora una América más primitiva; una América que todo el mundo preferiría olvidar. Probablemente ése haya sido el caso de Ferguson.»

Cogió el teléfono para llamar al abogado que llevaba la apelación de Ferguson.

Tardó más de lo que quedaba de mañana en localizar al letrado. Cuando por fin se puso en contacto con él, le llamó la atención su mentolado acento sureño.

—Señor Cowart, soy Roy Black. ¿Qué lleva a un periodista de Miami a interesarse por lo que ocurre acá, en el condado de Escambia? —Pronunció «acá» con un dejo sureño.

—Gracias por devolverme la llamada, señor Black. Siento curiosidad por uno de sus clientes. Un tal Robert Earl Ferguson.

El abogado rió lacónicamente.

—Bueno, cuando la secretaria me pasó su mensaje imaginé que querría hablar sobre el señor Ferguson. ¿Qué quiere saber?

—Todo lo que sepa sobre su caso.

—Bueno, ahora está en manos del Tribunal Supremo de Florida. Sostenemos que las pruebas contra el señor Ferguson no eran suficientes para condenarle. Y también solicitamos que el juez competente desestime su confesión. Debería usted leerla; tal vez sea el documento de este tipo más amañado que haya visto en mi vida. Como si la propia policía lo hubiera redactado en comisaría. Y sin esa confesión no hay base legal. Si Robert Earl no dice lo que ellos quieren que diga, no dura ni dos minutos ante el tribunal. Ni siquiera en el peor tribunal, el más sudista y racista del mundo.

—¿Y qué pasa con la muestra de sangre?

—El laboratorio policial del condado de Escambia cuenta con muy pocos medios, no como los que hay en Miami. Sólo identificaron el grupo sanguíneo: cero positivo. Es el grupo al que corresponde el semen hallado en el cadáver; el mismo que tiene Robert Earl. Claro que, en este condado, unos dos mil hombres tienen el mismo tipo de sangre. Pero la defensa olvidó contrainterrogar sobre ello al personal médico.

—¿Y el coche?

—Un Ford verde con matrícula de otro estado. Nadie identificó a Robert Earl, y nadie aseguró con certeza que la niña hubiera subido a su coche. Coño,

que no era lo que ustedes llaman una prueba circunstancial, sino casual. Su defensa fue de lo más inepta.

—¿Usted no era su abogado entonces?

—No, señor. No tuve el honor.

—¿Ha impugnado la competencia de la defensa?

—Todavía no. Pero lo haremos. Un estudiante de tercero de derecho podría haberlo hecho mejor, incluso un estudiante de último año de instituto. Y eso me cabrea. No veo el momento de redactar mi alegato, pero tampoco quiero quemar toda mi artillería nada más empezar.

—¿A qué se refiere?

—Señor Cowart, ¿conoce el tipo de apelación que se interpone en los casos de pena máxima? La idea es no dejar de dar pequeños mordiscos a la manzana. Así podré alargar años y años la vida de ese pobre imbécil; lograr que la gente olvide y dar al tiempo la oportunidad de hacer algo bueno. No debes jugar tu mejor baza al principio, porque eso llevará a tu muchacho derecho a la vieja silla, ya me entiende.

—Pero supongamos que se trata de un hombre inocente...

—¿Eso le ha dicho Robert Earl?

—Sí.

—Pues a mí también.

—Y bien, señor Black, ¿le cree usted?

—¡Umm!, puede. Es una cantinela que he oído demasiadas veces de alguien que disfruta de la hospitalidad del estado de Florida. Pero enténdalo, señor Cowart, no me permito suscribir la culpabilidad o la inocencia de mis clientes. Tengo que ocuparme del mero hecho de que han sido condenados en un tribunal y tienen que apelar ante otro tribunal. Si puedo evitar una injusticia, bueno. Cuando me muera y vaya al cielo me recibirá un coro de ángeles con trompetas de fondo. Claro que a veces también puedo meter la pata, y entonces es posible que me vea en un lugar muy distinto, rodeado de colegas con horcas y rabitos puntiagudos. Así es la ley, señor. Pero usted trabaja para un periódico, y los periódicos influyen mucho más que yo en la opinión pública sobre el bien y el mal, la verdad y la justicia. Además, un periódico tiene muchísima más influencia sobre el juez competente que podría emplazar una nueva vista, o sobre el gobernador y el Consejo de Indultos; ya me entiende. Tal vez usted podría hacer algo por Robert Earl.

—Podría.

—¿Por qué no lo visita? Es muy inteligente y educado. —Black soltó una risita—. Habla mucho mejor que yo. Posiblemente sea lo bastante inteligente para ejercer la abogacía. Desde luego es más inteligente que ese abogado que lo defendió, que seguro que echa una cabezadita cada vez que sientan a un cliente suyo en la silla eléctrica.

—Hábleme de ese abogado.

—Un tipo viejo. Debe de llevar cien o doscientos años defendiendo casos.

Pachoula es un lugar pequeño; todo el mundo se conoce. Vienen al juzgado del condado de Escambia y es como una fiesta, una fiesta para celebrar el caso de asesinato. Yo no les caigo demasiado bien.

—Ya.

—Claro que Robert Earl tampoco les caía demasiado bien. Ya sabe, un negro que va a la universidad y todo eso y vuelve a casa en un cochazo. Puede que la gente sintiera alivio cuando lo arrestaron. No están acostumbrados a estas cosas, y tampoco a asesinos violadores.

—¿Cómo es el lugar? —preguntó Cowart.

—Como se lo imagina usted, un hombre urbano. Es algo así como lo que los periódicos y la Cámara de Comercio llaman el Nuevo Sur. Allí conviven ideas innovadoras y rancias. Aunque, a fin de cuentas, eso tampoco es tan malo. De hecho, montones de dólares para el desarrollo van a parar a sus arcas.

—Entiendo.

—Acérquese y eche usted mismo un vistazo —dijo el abogado—. Pero déjeme darle un consejo: no crea que son tontos sólo porque hablen como yo y parezcan salidos de un libro de Faulkner o Flannery O'Connor. No lo son.

—Tomo nota.

El abogado rió.

—Apuesto a que no pensaba que hubiera leído a esos autores.

—Estoy impresionado.

—Más se impresionará con Robert Earl. Y procure recordar una cosa más: es posible que la gente de aquí esté más que satisfecha con lo que le ocurrió a Robert Earl; así que no espere hacer demasiados amigos, o fuentes, como a sus colegas les gusta llamarlos.

—Hay otra cosa que me preocupa —dijo Cowart—. Ferguson dice que sabe el nombre del verdadero asesino.

—Bueno, yo no sé nada de eso. Puede que él sí lo sepa. Pachoula es un lugar pequeño. Lo único que sé... —Su voz fue perdiendo jocosidad hasta adoptar una franqueza que sorprendió a Cowart—. Lo único que sé es que ese hombre fue condenado en un juicio injusto, y mi intención es sacarlo del corredor de la muerte, sea culpable o inocente. Tal vez no sea este año, ni ante este tribunal, pero sí algún día ante otro tribunal. Me he criado y he pasado la vida entre sudistas y racistas, y no voy a perder este caso. No me importa si él lo hizo o no.

—Pero si no lo hizo...

—Bueno, alguien asesinó a la niña. Así que alguien tendrá que pagar por ello.

—Tengo muchas preguntas —dijo Cowart.

—Ya lo creo. Este es un caso con muchos interrogantes. A veces pasa. Se supone que el juicio debería aclararlo todo, pero en realidad lo complica aún más. Me parece que eso es lo que le ha ocurrido al pobre Robert Earl.

—¿De verdad cree que debería pasarme por Pachoula?

—Claro —respondió el abogado. Cowart percibió su sonrisa al otro lado del teléfono—. Creo que sí. No sé lo que se encontrará, además de un montón de prejuicios e ideas rancias. A lo mejor usted puede ayudar a que un inocente salga en libertad.

—Entonces, ¿le parece que es inocente?

—¿He dicho eso? No, sólo me refería a que deberían haberlo declarado inocente por falta de pruebas; lo cual es muy distinto, ¿no cree?

## 2

## UN HOMBRE EN EL CORREDOR DE LA MUERTE

Cowart detuvo el coche de alquiler en el camino de acceso a la prisión estatal de Florida y su mirada escudriñó la inmensidad de los campos para luego fijarse en los imperturbables edificios oscuros que albergaban a la mayoría de los presos de máxima seguridad. En realidad, se trataba de dos cárceles separadas por un riachuelo: el correccional Union quedaba a un lado y la prisión de Raiford al otro. El ganado pastaba en prados lejanos y en los campos de cultivo donde trabajaban partidas de presos se levantaban nubéculas de polvo. Había torres de vigilancia en las esquinas y le pareció distinguir el destello de las armas de los guardias. No sabía en qué edificio se encontraban el corredor de la muerte y la sala de la silla eléctrica, pero le habían dicho que estaban separados del edificio principal. Vio una alambrada doble, de unos tres metros y medio de altura y rematada con alambre de espinos en espiral. El alambre brillaba al sol de la mañana. Salió del coche y se quedó en pie. Un pinar crecía verde y enhiesto al borde del camino, como acusando al límpido cielo azul. Un soplo de brisa hizo susurrar las ramas y refrescó la frente de Cowart.

No le había costado convencer a Will Martin y a los demás del equipo editorial de que le dieran carta blanca para investigar las circunstancias de aquel caso, aunque Martin había manifestado cierto escepticismo gruñón al que Cowart había restado importancia.

—¿Te acuerdas de Pitts y Lee? —le había contestado.

Freddie Pitts y Wilbert Lee habían sido condenados a muerte por el asesinato del encargado de una gasolinera en el norte de Florida. Los dos habían confesado un crimen que no habían cometido. Uno de los periodistas más famosos del *Journal* se había pasado años escribiendo artículos exigiendo su puesta en libertad. Ganó el Pulitzer. Era lo primero que les contaban a los recién llegados a la redacción del *Journal*.

—Aquello era diferente.

—¿Porqué?

—Ocurrió en 1963 y bien podría haber sido en 1863. Las cosas han cambiado.

—¿En serio? ¿Y qué me dices de ese tipo de Texas, aquel al que el realizador de documentales sacó del corredor de la muerte?

—Era diferente.

—¿Cómo de diferente?

Martin se había echado a reír.

—Buena pregunta. Vale, ve. Tienes mi bendición. Y recuerda, cuando termines de interpretar una vez más el papel de periodista, siempre podrás regresar a tu torre de marfil. —A continuación lo acompañó hasta la puerta.

Se informó a la sección de noticias locales, que prometió prestar ayuda en caso de necesitarla. Sin embargo, había detectado una pizca de recelo por el hecho de que la historia hubiera ido a parar a sus manos. Reconocía la ventaja que tenía sobre la plantilla local: en primer lugar, iban a permitirle trabajar solo, la sección local habría asignado la historia a un equipo. Al igual que tantos otros periódicos y canales de televisión, *el Journal* disponía de un equipo de investigación a tiempo completo al que llamaban «el equipo del primer plano» o «el equipo I», que habría abordado la noticia con la sutileza de una fuerza invasora. Y Cowart cayó en la cuenta de que, a diferencia de los periodistas en plantilla fija, él no estaría sujeto a ningún plazo, y no tendría encima a ningún redactor jefe adjunto todo el día pendiente de la noticia. Descubriría lo que pudiera, lo organizaría como él considerase conveniente y escribiría como quisiera.

Trató de aferrarse a este último pensamiento, blindarse contra la decepción, pero, cuando el coche lo acercaba a la prisión, notó que se le aceleraba el pulso. Unas señales de aviso en el camino informaban a los transeúntes de que nada más entrar en la zona consentían en ser registrados, y de que hallarse en posesión de armas de fuego o narcóticos les supondría pasar una temporada entre rejas. Traspuso una verja en la que un guardia de uniforme gris cotejó su identificación con una lista y, con poca amabilidad, le indicó que siguiera adelante; luego aparcó en la zona «visitantes» y entró en el edificio de administración.

Hubo cierta confusión cuando topó con una secretaria que, al parecer, había perdido su solicitud de entrada. Cowart esperó pacientemente junto al mostrador mientras ella revolvía documentos, disculpándose nerviosamente, hasta encontrarla. Entonces le pidió que esperara en una sala contigua. Un agente lo escoltaría hasta el lugar en que iba a encontrarse con Robert Earl Ferguson.

Pasados unos minutos, un hombre mayor con porte de marine entró en la sala. Tendió a Cowart una mano enorme y nudosa.

—Sargento Rogers. Soy el agente de día del corredor.

—Mucho gusto.

—Señor Cowart, hay algunas formalidades, si no le importa.

—¿Como cuáles?

—Debo cachearle y registrar su grabadora y su maletín. Y tengo un formulario que usted debe firmar en previsión de que lo tomen como rehén...

—¿Qué es eso?

—Es sólo un formulario en el que reconoce entrar en la prisión estatal de Florida por iniciativa propia, y promete, en caso de ser tomado como rehén durante su visita, no demandar al estado y no esperar que se tomen medidas extraordinarias para ponerle en libertad.

—¿Medidas extraordinarias?

El sargento sonrió y se mesó el pelo cortado a cepillo.

—Quiere decir que no espere que pongamos nuestro culo en peligro para salvar el suyo.

Cowart sonrió e hizo una mueca.

—Suenan a mal negocio.

—Así es. La prisión es un mal negocio para todo el mundo, menos para los que podemos volver a casa por la noche.

Cowart firmó el formulario con una rúbrica falsa.

—Bueno —dijo, sonriendo todavía—, no puedo decir que me merezcáis demasiada confianza así de entrada.

—Bah, no tiene de qué preocuparse, no si visita a Robert Earl. Es todo un caballero y está cuerdo. —Mientras hablaba, registró metódicamente el maletín de Cowart. También desmontó la grabadora para inspeccionarle las tripas y abrió el compartimiento de las pilas para asegurarse de que era precisamente eso lo que había en su interior—. No es como si viniera a visitar a Willie Arthur o Specs Wilson, esos dos ciclistas de Fort Lauderdale que se divirtieron más de la cuenta con una chica a la que recogieron haciendo autoestop; o José Salazar, ya sabe, el que mató a dos agentes secretos en una operación de narcotráfico. ¿Sabe qué les hizo antes de asesinarlos? Debería averiguarlo. Le haría ver lo crueles que pueden ser estos tipos cuando se lo proponen. Éstos o cualquiera de los encantadores tipos que tenemos aquí. Los peores vienen casi todos del sur del estado, de donde usted. ¿Qué les hacen allí para que acaben matándose con tanta desesperación?

—Oh, si yo pudiera contestar a esa pregunta...

Ambos sonrieron. Rogers dejó en el suelo el maletín de Cowart y le indicó que pusiera las manos en alto.

—Le aseguro que tener sentido del humor ayuda en estos lares —dijo el sargento mientras sus manos revoloteaban por el cuerpo de Cowart, cacheándolo con rapidez—. Vale. Ahora las instrucciones. Van a estar solos usted y él. Yo solamente estaré allí por razones de seguridad, justo al lado de la puerta. Si necesita ayuda, grite, aunque no va a necesitarla, porque no se trata de ningún chalado. Mierda, tendremos que usar la suite para ejecutivos...

—¿La que?

—La suite para ejecutivos. Así llamamos a la sala de entrevistas para los que muestran buen comportamiento. Bueno, sólo hay sillas y una mesa, así que no es nada del otro mundo. Tenemos otras instalaciones más seguras. Además, Robert Earl no tendrá restricciones de ningún tipo; ni siquiera le pondrán grilletes. Quiero decir, le puede ofrecer un cigarrillo...

—No pienso hacerlo.

—Bien. Chico listo. Si él le ofreciera documentos, podría aceptarlos. Pero si usted quisiera darle algo, yo tendría que examinarlo primero.

—¿Darle algo como qué?

—Bueno, tal vez una lima, una sierra y un mapa de carreteras.

Cowart pareció sorprendido.

—Eh, sólo bromeo —dijo el sargento—. Claro que aquí dentro ésta es la clase de broma que nunca solemos hacer. Las evasiones no tienen nada de divertido, ¿sabe? Pero hay muchas maneras de huir de una prisión, incluso del corredor de la muerte. Muchos internos piensan que hablar con periodistas es una de ellas.

—¿Ayudarles a huir?

—Bueno, ayudarles a salir. Todo el mundo quiere que la prensa se interese por su caso. Los presos nunca creen recibir un trato justo y les parece que armando un buen escándalo conseguirán que se celebre un nuevo juicio. Por eso los tipos como yo odiamos tanto a los periodistas. Odio ver esos pequeños blocs de notas, a esos cámaras y sus focos. Sólo consiguen mosquear a todo el mundo y ponerlos nerviosos por nada. La gente se piensa que la falta de libertad es lo que causa problemas en una cárcel. Se equivoca. Lo peor es, con mucho, darles esperanzas que luego se echan por tierra. Para tipos como usted es sólo una noticia más, pero, para los que están aquí dentro, son sus vidas lo que está en juego. Ellos se inventan una historia, la historia adecuada, y luego acaban saliendo de aquí. Usted y yo sabemos que no es necesariamente cierta. Eso provoca decepción. Mucha decepción, además de rabia y frustración. Y eso causa más problemas de los que se imagina. Lo que queremos es rutina, no falsas esperanzas, ni sueños. Sólo que un día sea exactamente como el anterior. No suena muy emocionante, pero seguro que no le gustaría pasarse por una prisión cuando las cosas se ponen emocionantes.

—Bueno, lo siento, pero sólo he venido a comprobar algunos datos.

—La experiencia me dice, señor Cowart, que no existen más que dos datos: uno es que nacemos y el otro, que morimos. Pero tranquilo; yo no soy tan duro como algunos. Me gusta que haya un pequeño cambio de ritmo, dentro de lo razonable. No le entregue nada; sólo empeoraría las cosas.

—¿Peor que el corredor de la muerte?

—Tiene que entender que incluso en el corredor de la muerte hay diversas maneras de cumplir condena. Podemos hacer que sea muy duro, o no tan duro. Ahora mismo, Robert Earl está bastante bien. Bueno, aún le registran la celda una vez por semana y lo someten a un registro integral después de una visita



como la suya, pero también tiene el privilegio de salir al patio, leer libros y demás. Aunque no se lo crea, incluso en la cárcel hay muchos detalles que podemos suprimir para hacerle la vida insostenible a un interno.

—No traigo nada para él. Pero puede que él tenga algunos documentos o algo...

—Bueno, vale. No nos preocupa tanto que salgan cosas clandestinamente de prisión...

El sargento volvió a reír. Tenía una risa estentórea acorde con su franqueza. Sin duda, Rogers era la clase de hombre que podía ayudarte mucho o amargarte la vida, dependiendo de su predisposición.

—También se supone que debe decirme cuánto tiempo durará la visita.

—No lo sé.

—Bueno, qué más da, tengo toda la mañana, así que tómese su tiempo. Después le enseñaré el lugar. ¿Ha visto alguna vez La Vieja Chispas?

—No.

—Es muy instructiva.

El sargento se puso en pie. Era un hombre fuerte y ancho de hombros, con un aire que daba a entender que había presenciado muchas desgracias en su vida y que siempre había conseguido solventarlas con éxito.

—Es como si pusiera las cosas en perspectiva, ya sabe a qué me refiero.

Cowart lo siguió al otro lado de la entrada, sintiéndose eclipsado por sus anchas espaldas.

Fue conducido por una serie de puertas trabadas y un detector de metales manipulado por un agente que sonrió al sargento. Llegaron a una terminal en la que confluían varias alas del gigantesco edificio en forma de rueda. En aquel momento, Cowart fue consciente del ruido de la prisión, una continua cacofonía de voces alzadas y sonidos metálicos y estrépito de puertas que se abren para ser cerradas de un portazo y atrancadas de nuevo. En algún lugar, una radio emitía música country. Una televisión sintonizó un culebrón; oyó las voces, y acto seguido la consabida música de los anuncios. Tuvo una sensación de movimiento alrededor, como si estuviera en medio de la fuerte corriente de un río, aunque salvo el sargento y un par de agentes en una pequeña cabina en el centro de la sala, no había casi nadie más. En el interior de la cabina había un panel electrónico que indicaba las puertas que estaban abiertas y las que estaban cerradas. Las cámaras instaladas en las esquinas del techo y los monitores de televisión también mostraban parpadeantes imágenes grises de cada hilera de celdas. Cowart reparó en el suelo, un impecable linóleo amarillo brillantado por la marea de gente y los presos encargados de la limpieza. Vio que un hombre con mono azul limpiaba aplicadamente una esquina con una cochambrosa fregona gris, repasando una y otra vez una mancha que ya había desaparecido.

—Ésas son las alas Q, R y S —informó el sargento—. El corredor de la muerte. En realidad, corredores. Joder, pero si hasta en el corredor de la muerte

tenemos problemas de hacinamiento. Eso dice mucho, ¿no? La silla está ahí abajo. Ésa se parece a las otras zonas, pero no es igual. No, señor.

Cowart clavó la mirada en los pasillos altos y estrechos. Las hileras de celdas, a la izquierda, se alzaban en tres pisos con escaleras a ambos lados. En la pared enfrente de las celdas había un cochambroso ventanal que permanecía abierto para que corriese el aire. Entre la pasarela que había fuera del grupo de celdas y el ventanal quedaba un espacio vacío. Cayó en la cuenta de que los presos podían estar encerrados en cada una de aquellas diminutas celdas y mirar al cielo por entre las rejas, desde una distancia de unos nueve metros que bien podría ser de millones de kilómetros. Sintió un escalofrío.

—Ahí está Robert Earl —indicó el sargento.

Cowart se volvió y vio que el sargento señalaba una pequeña jaula de barrotes en una alejada esquina de la terminal. Dentro, cuatro hombres sentados en un banco de hierro le miraban fijamente. Tres de ellos llevaban monos azules, como el que había visto pasando la fregona. El cuarto iba vestido de naranja butano, parcialmente oculto por los otros hombres.

—Nadie quiere vestir de butano —dijo el sargento en voz baja—. Porque eso significa que el reloj de la vida ha empezado la cuenta atrás.

Cowart se encaminó hacia la jaula, pero el sargento lo retuvo por el hombro. Notó la fuerza en sus dedos.

—Se equivoca de camino. La sala de entrevistas está ahí. Cuando alguien viene de visita, registramos al preso y hacemos una lista de todo lo que lleva: documentos, libros de derecho, lo que sea. Luego lo aislamos, allí mismo, antes de traerlo con usted. Al final, cuando queda todo dicho y hecho, invertimos el proceso. Se hace jodidamente eterno, pero es por seguridad, ya me entiende. Lo hacemos por nuestra propia seguridad.

Cowart asintió y fue conducido a la sala de entrevistas. Era una habitación blanca, con una mesa de acero en medio y un par de viejas sillas marrones llenas de marcas. En una pared había un espejo. En el centro de la mesa, un cenicero. Nada más.

Señaló el espejo.

—¿Es de dos caras? —preguntó.

—En efecto —contestó el sargento—. ¿Algún problema?

—No. Oiga, ¿está seguro de que ésta es la suite para ejecutivos? —Se volvió hacia el sargento y sonrió—. Nosotros los tipos de ciudad estamos acostumbrados a más comodidades.

Rogers soltó una carcajada.

—Justo lo que pensaba. Perdona, pero esto es lo que hay.

—Ya está bien —dijo Cowart—. Gracias.

Tomó asiento y esperó a Ferguson.

A primera vista, el preso era un joven de unos veinticinco años, metro ochenta y complexión menuda; no obstante, poseía una engañosa fuerza nervuda que le transmitió con su apretón de manos. Robert Earl Ferguson se

había remangado y lucía unos brazos fibrosos. Era delgado, de caderas estrechas y hombros de corredor de fondo, y con la gracia natural de un atleta en los andares. Llevaba el pelo corto. Su mirada era despierta, vivaz y penetrante; por un momento, Matthew Cowart tuvo la sensación de que el preso lo estaba tanteando, juzgando, interpretando y grabando.

—Gracias por venir —dijo el preso.

—No hay de qué.

—Lo habrá —respondió Ferguson. Traía una pila de documentos legales que dispuso sobre la mesa. Cowart vio que le echaba una mirada al sargento Rogers, el cual asintió, se volvió y salió por la puerta, cerrándola de un golpe.

Cowart se sentó, sacó lápiz y papel, y colocó una grabadora en el centro de la mesa.

—¿Le importa? —preguntó.

—En absoluto.

—¿Por qué me escribió? —quiso saber Cowart—. ¿Y cómo sabía mi nombre?

El preso sonrió y se retrepó en la silla. Parecía curiosamente relajado para lo que debería ser un momento crítico.

—El año pasado usted recibió un premio del Colegio de Abogados de Florida por sus editoriales contra la pena de muerte. Su nombre apareció en el periódico de Tallahassee; me lo pasó otro tipo del corredor. No me intimidaba que usted trabajara para el periódico más importante e influyente del estado.

—¿Por qué esperó tanto para ponerse en contacto conmigo?

—Bueno, la verdad, confiaba que el tribunal de apelación revocaría mi condena. Cuando vi que no era así, contraté a un nuevo abogado, aunque contratar no es exactamente la palabra; me procuré un nuevo abogado y empecé a mostrarme más agresivo respecto a mi situación. Ya ve, señor Cowart, ni siquiera cuando me sentenciaron a muerte pensaba que iba conmigo. Todo me parecía un mal sueño o algo así; como si fuera a despertar de un momento a otro para volver a la universidad. O como si alguien fuese a decirme: «¡Eh, tú!, recoge tus cosas. Hemos cometido un error.» Por eso no pensaba con claridad. No sabía que hubiera que luchar tan duro para salvar la vida. No se puede confiar en el sistema.

«He aquí la primera cita de mi artículo», pensó Cowart.

El preso se inclinó hacia delante, puso las manos sobre la mesa y luego, con la misma rapidez, se reclinó en la silla; así podía gesticular con brevedad y precisión, usando el movimiento para subrayar sus palabras. Tenía una voz suave y profunda, una voz que parecía transportar fácilmente el peso de las palabras. Al hablar encorvaba los hombros, como empujado por la fuerza de sus convicciones. El efecto era instantáneo: reducía la salita al espacio entre ambos llenándolo de una especie de energía recalentada.

—Ya ve, pensaba que bastaría con ser inocente. Pensaba que así funcionaban las cosas. Pensaba que no había que hacer nada. Y entonces,

cuando llegué aquí, empecé a aprender, pero a aprender de verdad.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, los hombres del corredor de la muerte tenemos un sistema informal de pasarnos datos sobre abogados, apelaciones, o clemencia, como ustedes lo llaman. Mire, allí —señaló los principales edificios de la prisión—, los reclusos piensan en lo que van a hacer cuando salgan en libertad. O tal vez piensan en huir, o en cómo aguantar la condena, en cómo sobrevivir aquí dentro. Se permiten el lujo de soñar con un futuro, aunque sea un futuro entre rejas. Siempre pueden soñar con la libertad. Y tienen el mayor don, el de la incertidumbre; no saben lo que la vida les deparará.

«Nosotros, no. Sabemos cómo vamos a acabar. Sabemos que llegará un día en el que el estado nos meterá dos mil quinientos voltios de electricidad en el cerebro. Sabemos que nos quedan cinco, tal vez diez años. Es como llevar todo el tiempo un tremendo peso que luchas por arrastrar. A cada minuto que pasa piensas: ¿he malgastado este tiempo? Cada noche piensas: otro día que se va. Cada día que amanece sabes que has perdido una noche más. Ese peso que arrastras es la acumulación de todos esos momentos que acaban de pasar, todas esas esperanzas que se desvanecen. Así que ya ve, no tenemos las mismas inquietudes.

Ambos guardaron silencio un instante. Cowart oía su propia respiración, como si acabara de subir corriendo un tramo de escaleras.

—Parece un filósofo.

—Todos los hombres del corredor de la muerte lo somos. Incluso los locos que no dejan de dar gritos y alaridos, o los tarados que apenas tienen idea de lo que les está sucediendo. Son conscientes del peso. Los que tenemos un poco de formación hablamos mejor, pero en el fondo somos todos iguales.

—¿Ha cambiado usted aquí?

—¿Y quién no?

Cowart asintió.

—Cuando mi apelación inicial fue desestimada, algunos hombres que llevaban en el corredor cinco, ocho, tal vez diez años, empezaron a hablarme de planear un futuro por mi cuenta. Soy joven, señor Cowart, y no quería pasarme el resto de mi vida aquí encerrado. Así que conseguí un abogado mejor y le escribí a usted. Necesito su ayuda.

—Ahora nos ocuparemos de eso.

Cowart no estaba seguro de qué papel desempeñar en la entrevista. Quería mantener cierta distancia profesional, pero desconocía hasta qué punto. Había tratado de imaginar cómo actuaría delante del preso, pero no lo había logrado. Se sintió un poco idiota sentado frente a un hombre condenado por asesinato en una prisión repleta de hombres que habían cometido los actos más abominables, intentando hacerse el duro.

—Bien, ¿por qué no me habla un poco de usted? Por ejemplo, explíqueme cómo es que no habla como la gente de Pachoula.

Ferguson soltó una risotada.

—Si quiere, puedo hacerlo. Mejor dicho ¿quién le puedo hablar como el negro mah paleta del pueblo... —Ferguson balanceó la silla como una mecedora. El lento acento de sus palabras pareció endulzar el aire enrarecido de la salita. De pronto se inclinó bruscamente hacia delante y cambió de acento—: Eh, chupatintas, también te puedo soltar un rollo de chulo callejero, porque conozco esa puta mierda, ¿vale, tío? —Y rápidamente volvió a asumir el papel del nervudo hombre serio que estaba sentado con los codos apoyados en la mesa, con voz normal y serena—. Y también puedo hablar como alguien que ha ido a la universidad y que se estaba forjando un futuro en la facultad de empresariales. Porque eso es también lo que era.

Cowart quedó desconcertado ante aquellos repentinos cambios. Parecían más que simples variaciones de tono y acento. Los cambios de entonación iban acompañados de alteraciones en el gesto y la expresión, de manera que Robert Earl Ferguson se transformaba en la imagen que proyectaba con su voz.

—Impresionante —reconoció Cowart—. Tiene buen oído.

Ferguson asintió con la cabeza.

—Mire, los tres acentos reflejan mis tres orígenes. Nací en Newark, Nueva Jersey. Mi madre era una criada. Cada día a las seis de la mañana solía hacer un largo recorrido de ida en autobús hasta los barrios residenciales y de vuelta por la noche, día sí, día no, para limpiar las casas de los blancos. Mi padre estaba en el ejército, y desapareció cuando yo tenía tres o cuatro años. De todas formas, no estaban casados. Luego, con siete años, mi madre murió. Nos dijeron que había sido un ataque de corazón, pero nunca lo supe a ciencia cierta. Sólo sé que un día le costaba respirar y fue caminando al hospital, y ésa fue la última vez que la vimos. Yo tuve que irme a Pachoula, a vivir con mi abuela. No tiene idea de lo que aquello representaba para un niño. Salir de aquel gueto e ir a parar a un lugar con árboles y ríos y aire puro. Creía estar en el paraíso, aunque no tuviéramos agua corriente ni electricidad. Aquéllos fueron los mejores años de mi vida. Solía ir caminando a la escuela; de noche leía a la luz de las velas; comíamos los peces que yo pescaba en los arroyos. Era como vivir en el siglo pasado. Pensaba que nunca me marcharía de allí, hasta que mi abuela enfermó. Temía no poder cuidar de mí, así que se decidió que regresara a Newark, donde viviría con mi tía y su nuevo marido. Ahí acabé el instituto para entrar en la universidad. Pero me encantaba visitar a mi abuela. En vacaciones solía viajar en el autobús nocturno de Newark a Atlanta, donde hacía transbordo al que se dirigía a Mobile, para luego tomar el que iba a Pachoula. Podía prescindir de la ciudad. De hecho, supongo que me consideraba un tipo de pueblo. Newark no me entusiasmaba. —Sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa—. Esos malditos viajes en autobús —murmuró—. Ahí empezaron todos mis problemas.

—¿A qué se refiere?

—Para cuando llegaba a mi destino, habían pasado casi treinta interminables y extenuantes horas. Aquello no me gustaba nada, por eso me

compré el coche; un Ford Granada verde oscuro de segunda mano. Se lo compré a otro estudiante por mil doscientos pavos. Sólo tenía unos cien mil kilómetros de rodaje. Joder, me encantaba conducir aquel coche, pero... —La voz de Ferguson sonaba suave y ausente.

—Pero...

—De no haber sido por aquel coche, jamás me habrían detenido por ese crimen.

—Hábleme de eso.

—Tampoco hay mucho que contar. La tarde del asesinato yo estaba en casa con mi abuela. Ella lo habría confirmado si alguien hubiera tenido el detalle de preguntárselo...

—¿Alguien más le vio? ¿Alguien que no fuera de la familia?

—No recuerdo a nadie. Sólo estábamos ella y yo. Si va usted a verla, sabrá por qué. Vive en una vieja barraca a casi un kilómetro del resto de las casuchas; en una calle humilde y polvorienta.

—Continúe.

—Bueno, al poco rato de hallar el cuerpo de la niña, aparecieron dos detectives. Yo estaba en la entrada, lavando el coche. ¡Me encantaba ver relucir aquella máquina! Allí estaba yo, a mediodía, hasta que llegaron ellos y me preguntaron qué había hecho un par de días antes. Empezaron a mirarnos al coche y a mí, sin escuchar realmente mis palabras.

—¿Qué detectives?

—Brown y Wilcox. Conocía a esos hijos de perra y sabía que me odiaban. Debería haber imaginado que no eran de fiar.

—¿Por qué le odiaban?

—Pachoula es un lugar pequeño. A algunos les gusta que todo siga igual, como suelen decir. Me refiero a que sabían que yo tenía un futuro; sabían que iba a ser alguien, y eso no les gustaba. Supongo que no les gustaba mi actitud.

—Continúe.

—Me dijeron que necesitaban tomarme declaración en comisaría; así que fui con ellos sin rechistar. ¡Joder! Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora... Pero ya ve, señor Cowart, no creía que tuviera nada que temer. Me dijeron que era por el caso de una persona desaparecida. No por asesinato.

—¿Y?

—Como le expliqué en mi carta, aquélla fue la última vez que vi la luz del día en treinta y seis horas. Me metieron en un cuartucho como éste y me preguntaron si quería un abogado. Todavía no sabía lo que estaba ocurriendo, así que contesté que no. Me entregaron un impreso con mis derechos constitucionales y me dijeron que lo firmara. ¡Joder, qué tonto fui! Debería haber sabido que, cuando sientan a un negro en una de esas salas de interrogatorio, la única manera que tendrá de volver a salir es diciéndoles lo que quieren oír, lo haya hecho o no.

La voz de Ferguson había perdido toda jocosidad, reemplazada por un

tono de ira debido a la tensión contenida. Cowart se sintió arrastrado por la historia que estaba escuchando, como atrapado en una marejada de palabras.

—Brown era el poli bueno; Wilcox, el malo. La rutina más vieja del mundo.  
—Torció el gesto.

—¿Y?

—Entonces empiezan a preguntarme esto, a preguntarme lo otro, a preguntarme sobre la niña desaparecida. Les repito que no sé nada, pero ellos insisten. Así todo el día, hasta entrada la noche. Las mismas preguntas una y otra vez, e igual que cuando les dije «No», mis contestaciones no valen una mierda. No puedo ir al lavabo. No me dan de comer ni de beber. Sólo me hacen preguntas sin parar. Por fin, después de muchas horas, pierden la paciencia. Empiezan a gritarme con rabia y Wilcox me da una bofetada en la cara. ¡Zas! Luego, con su cara a unos centímetros de la mía, me dice: «¿Me prestarás atención ahora, chaval?»

Ferguson miró a Cowart como para valorar la impresión que estaban causando sus palabras, y prosiguió con voz pausada y llena de amargura.

—Sí, en efecto, no dejaba de gritarme. Recuerdo haber pensado que le iba a dar un infarto o un derrame cerebral o algo así, tan colorada tenía la cara. Parecía un poseso. Entonces va y me grita: «¡Quiero saber qué hiciste con esa niña! ¡Dime lo que le hiciste!» No deja de vociferar y Brown abandona la sala, así que me quedo a solas con ese energúmeno. Insistió durante horas: «Dime, ¿te la follaste primero y luego la mataste, o fue al revés?» Yo negaba y volvía a negar, decía cosas como ¿a qué se refiere?, ¿de qué me habla? Él me mostraba las fotos de la niña y me preguntaba una y otra vez: «¿Estuvo bien? ¿Te gustaba que se resistiera? ¿Te excitaban sus gritos? ¿Sentiste placer la primera vez que la rajaste? Y cuando la rajaste por enésima vez, ¿también te gustó?» Así una y otra vez, y otra más, hora tras hora. —Respiró hondo—. Cuando necesitaba un descanso, me dejaba en aquel cuartucho, esposado a la silla. Quizá salía a respirar el aire fresco, echaba una cabezadita o iba a comer algo. A veces pasaba cinco minutos fuera y otras media hora o más. En una ocasión me dejó allí sentado un par de horas; y yo permanecí allí sentado, ¿sabe?, demasiado atontado y asustado para reaccionar.

«Supongo que al final se sintió frustrado por mis negativas, porque empezó a usar la fuerza. Al principio me pegaba bofetones en la cara y los hombros con más frecuencia de lo habitual, hasta que me puso en pie para darme un puñetazo en el estómago. Yo estaba temblando. Ni siquiera me habían metido en el trullo y ya me había orinado en los pantalones. Cuando cogió la guía de teléfonos y la enrolló no entendí qué pretendía. Tío, era como si me aporrearan con un bate de béisbol; caí redondo.

Cowart asintió con la cabeza; había oído hablar de aquella técnica.

Hawkins se lo había explicado una noche. Una guía de teléfonos tiene la potencia de una correa de cuero, sólo que el papel no rasga la piel ni deja hematomas.

—Como yo no abandono mi negativa, acaba desistiendo. Brown entra, tras horas de ausencia. Yo tiemblo, doy gemidos, y pienso que voy a morir allí mismo. Brown me levanta del suelo. Como la noche y el día. Tío, me pide disculpas por lo que ha hecho Wilcox. Que sabe cómo duele. Me ayuda, me trae algo de comer y una Coca-Cola, me consigue ropa limpia y me deja ir al lavabo. Todo lo que tengo que hacer es confiar en él, confiar en él y confesar lo que le hice a aquella niña. Yo no le digo nada, pero él insiste. Me dice: «Bobby Earl, creo que estás malherido; vas a mear sangre. Me parece que necesitas un médico urgentemente, así que dime qué le hiciste y te llevaremos inmediatamente a enfermería.» Yo le digo que no hice nada, y él pierde la paciencia. Me grita: «Sabemos que lo hiciste tú, ¡sólo tienes que decírnoslo!» Entonces saca el arma, no la de reglamento sino una del calibre 38 que lleva en una pistolera de tobillo. En ese momento entra Wilcox y me esposas las manos a la espalda, luego me empuja la cabeza justo delante del cañón del arma. Brown dice: «¡Confiesa ahora!» Yo repito que no he hecho nada, y entonces aprieta el gatillo. ¡La hostia! Todavía veo ese dedo jalando el gatillo muy despacio. Pensé que se me paraba el corazón. Un ruido seco suena en la cámara vacía. Me pongo a lloriquear como un niño. Luego él me dice: «Bobby Earl, has tenido mucha suerte esta vez. ¿Crees que hoy es tu día de suerte? ¿Cuántas cámaras vacías me quedan?» Vuelve a apretar el gatillo y vuelvo a oír un chasquido. Él exclama: «¡Joder! Me parece que ha fallado.» Luego abre aquella pistolita, saca el tambor y extrae una bala. La mira detenidamente y dice: «¡Eh!, ¿qué te parece esto? Vaya birria. Tal vez funcione esta vez.» Veo cómo vuelve a cargarla. Me apunta y añade: «Es tu última oportunidad, negro.» Le creo y confieso: «Fui yo, fui yo; lo que queráis, lo hice yo.» Y ésa fue mi confesión.

Cowart respiró hondo y trató de asimilar aquello. De repente sintió que le faltaba aire, como si las paredes se hubieran caldeado, como si él se estuviera asando en el repentino bochorno.

—¿Y después? —preguntó.

—Ya lo ve, estoy aquí —contestó Ferguson.

—¿Le ha contado esto a su abogado?

—Por supuesto. Él señaló lo obvio: era la palabra de dos agentes de policía contra la mía. Y en medio había una preciosa niña blanca asesinada. ¿A quién le parece que iban a creer?

Cowart asintió.

—¿Y por qué iba a creerle yo ahora?

—No lo sé. —Por un instante, fulminó a Cowart con la mirada—. A lo mejor, porque le estoy diciendo la verdad.

—¿Se sometería al detector de mentiras?

—Ya lo hice con mi abogado. Aquí tengo los resultados. Esa puta máquina dijo que eran «no concluyentes». Creo que estaba demasiado nervioso cuando me pusieron todos esos cables. No me hizo ningún bien, pero si quiere volveré a intentarlo. No sé si servirá de algo, no puedo presentarlo como prueba.



—Cierto. De todos modos necesito algo que corrobore su versión.

—Sí, lo sé. Pero eso es lo que ocurrió, ¡joder!

—¿Cómo puedo confirmar su historia para luego publicarla en el periódico?

Ferguson pensó por un momento, sin apartar sus ojos de los de Cowart. Al cabo de unos segundos, un atisbo de sonrisa traspasó parte de la gravedad de aquel rostro.

—La pistola —dijo—. Eso podría servir.

—¿Cómo?

—Bueno, recuerdo que antes de meterme en aquel cuartucho, hicieron aspavientos inspeccionando sus armas reglamentarias en la entrada. Brown llevaba una pequeña sorpresa escondida en el tobillo. Apuesto a que le mentirá sobre aquella pistola, y si usted hallara la manera de lograr que meta la pata...

Cowart asintió.

—Tal vez.

Ambos volvieron a guardar silencio. Cowart bajó la mirada hacia la grabadora y vio que la cinta giraba.

—¿Por qué usted? —preguntó.

—Les iba al dedillo. Yo estaba allí y era negro y tenía un coche verde. Y mi grupo sanguíneo era el mismo... aunque eso lo descubrieron más tarde. El caso es que yo estaba allí y la comunidad estaba a punto de enloquecer; quiero decir, la comunidad blanca. Buscaban a alguien y me tenían a mano. ¿Quién mejor?

—Parece un razonamiento convincente.

Los ojos de Ferguson relampaguearon y Cowart vio que apretaba el puño. Observó cómo el preso luchaba por recuperar el control.

—Aquí siempre me han odiado porque no soy uno de esos pobres palurdos negros de pueblo con los que están acostumbrados a tratar. No soportaban que fuera a la universidad, les molestaba que conociera la vida de la gran ciudad. Me conocían y me odiaban. Por lo que era y por lo que iba a ser.

Cowart iba a formular una pregunta, pero Ferguson se aferró al borde de la mesa para serenarse. Apenas podía contener la voz y Cowart se vio invadido por su rabia. Los tendones se marcaban en el cuello del preso, su rostro enrojecía, la voz había perdido firmeza y temblaba de emoción. Cowart veía cómo Ferguson se debatía consigo mismo, como si estuviera a punto de estallar bajo la tensión del recuerdo. En aquel momento, Cowart se preguntó cómo sería ponerse en el camino de toda aquella furia.

—Vaya allí. Eche un vistazo a Pachoula, condado de Escambia. Está al sur de Alabama, a unos cuarenta o cincuenta kilómetros. Hace medio siglo, cuando llevaban trajes blancos con pequeños capirotos y cruces en llamas, se habrían limitado a colgarme del árbol más cercano. Pero los tiempos han cambiado —dijo con amargura—, aunque no mucho. Ahora cuelgan a las personas con todas las ventajas y la parafernalia de la civilización. Tuve un juicio, sí señor. Tuve un abogado, sí señor. Fui juzgado por mis iguales, sí señor. Gocé de todos

mis derechos constitucionales, sí señor. ¡Joder! Un puto linchamiento justo y legal. —La voz le temblaba—. Vaya allí, señor periodista blanco, empiece a hacer preguntas, y verá. ¿Acaso cree que estamos en los noventa? Va a descubrir que las cosas no han evolucionado tan rápido. Ya lo verá.

Se reclinó en la silla, desafiando a Cowart con la mirada.

Los sonidos de la prisión parecían lejanos, como si vinieran de paredes, pasillos y celdas a kilómetros de distancia. De pronto, Cowart se percató de lo pequeña que era aquella sala. «Una historia sobre espacios reducidos», pensó. Sintió cómo el preso irradiaba oleadas de odio; una incesante corriente de frustración y desesperación por la que él mismo se vio arrastrado.

Ferguson siguió mirando a Cowart.

—Vamos, Cowart. ¿Piensa que la vida es igual en Pachoula que en Miami?

—No.

—Claro que no. ¿Y sabe qué es lo más gracioso de todo esto? Si yo hubiera cometido ese crimen, cosa que no hice, ¿qué pasaría si hubiera sido en Miami? ¿Sabe qué habría ocurrido con las pruebas falsas presentadas en mi contra? Que me habrían ofrecido un trato: homicidio involuntario y sentencia de cinco años; tal vez cuatro. Y eso sólo en caso de que mi abogado de oficio no lo negara todo, que lo habría hecho. No tengo antecedentes. ¿Qué le parece que habría ocurrido en Miami, señor Cowart?

—Tal vez esté en lo cierto. En Miami se le ofrecería un trato. Sin duda.

—Pero en Pachoula la pena de muerte. Sin duda.

—Es el sistema.

—A la mierda el sistema. Al infierno. Y una cosa más: yo no lo hice. Yo no cometí ese crimen. Vale, no soy perfecto, en Newark me metí en líos de adolescente, igual que en Pachoula, puede comprobarlo. Pero, ¡coño!, yo no maté a esa niña. —Hizo una pausa—. Aunque sé quién lo hizo.

Ambos guardaron silencio por un instante.

—¿Quién y cómo? —preguntó Cowart.

Ferguson se meció en la silla. Cowart vio una sonrisa; no una mueca, ni el presagio de una carcajada, sino una especie de amarga cicatriz. Algo había desaparecido, parte de la intensidad de su ira, porque Ferguson cambió en segundos con la misma facilidad con que antes había cambiado de acento.

—Todavía no se lo puedo decir —respondió.

—Venga ya —replicó Cowart—. No me venga con evasivas.

Ferguson negó con la cabeza.

—Se lo diré, pero sólo cuando me crea.

—¿A qué está jugando?

Ferguson se inclinó, reduciendo el espacio entre ambos, y fijó en Cowart una mirada aterradora.

—Esto no es un puto juego —susurró—. Es mi puta vida; quieren quitármela, ¿sabe?, y ésta es mi mejor carta. No me pida que la enseñe antes de tiempo.

Cowart no contestó.

—Vaya a comprobar lo que le he contado. Y entonces, cuando se convenza de que soy inocente, cuando vea que esos cabrones me han condenado injustamente, entonces se lo diré.

Cuando un hombre desesperado te pide que juegues, como Hawkins le había dicho una vez, es mejor que lo hagas siguiendo sus reglas.

Cowart asintió con la cabeza.

Se hizo el silencio. Ferguson clavó sus ojos en los de Cowart, esperando una respuesta. Ninguno de los dos se movió, como si estuvieran ligados el uno al otro. Cowart cayó en la cuenta de que no le quedaba otra alternativa, de que ése era el dilema del periodista: había escuchado una historia sobre la injusticia y el mal. Y ahora se veía obligado a descubrir la verdad; no podía marcharse tan tranquilo.

—Así pues, señor Cowart —concluyó Ferguson—, ésa es la historia. ¿Va a ayudarme?

Cowart pensó en los miles de palabras que había escrito sobre muerte y agonía, sobre todas las historias de tormento y dolor que habían pasado por sus manos para dejarle una minúscula cicatriz, el germen de sus terribles pesadillas. En ninguno de sus artículos había escatimado nunca un ápice de desesperación. Y tampoco había salvado nunca ninguna vida.

—Haré lo que pueda —respondió.

### 3

## PACHOULA

El condado de Escambia está enclavado en el rincón más septentrional de Florida, y delimita en dos vertientes con el estado de Alabama. Comparte ciertos rasgos culturales con los estados que quedan inmediatamente al norte. Antes era una zona rural, con muchas granjas de subsistencia escalonadas en las verdes colinas y separadas por densos bosques de pinos achaparrados y por los rizados zarcillos de grandes sauces y viñas. Pero en años recientes, y al igual que buena parte de los estados del Sur, el condado ha asistido al auge de la construcción; se ha procedido a la urbanización de terrenos, como en el caso de su principal población, la ciudad portuaria de Pensacola, que ha levantado centros comerciales y barrios residenciales donde antes había campo abierto. Pero, al mismo tiempo, ha conservado una cenagosa hermandad con Mobile, ahora más cerca gracias a la interestatal, y con las regiones de agua salada y mareas asentadas en el Golfo. Como muchas regiones del Sur profundo, posee el aire contradictorio de acendrada pobreza y nuevo orgullo, un sentido de lugar duro avivado por generaciones a las que vivir allí les ha parecido no necesariamente fácil, pero sí mejor que cualquier otro lugar.

El vuelo regular nocturno hasta el pequeño aeropuerto consistió en una espantosa serie de sacudidas y descensos que revolvían el estómago al bordear unos gigantescos nubarrones que parecían molestos con la intrusión del avión bimotor. La cabina de pasajeros tanto se iluminaba con ráfagas de luz como se quedaba a oscuras, según el avión entraba y salía de los nubarrones y a medida que los rojos fogonazos de sol iban desapareciendo rápidamente sobre el golfo de México. Cowart oyó cómo los motores se afanaban contra fuertes vientos, un runruneo que subía y bajaba como la respiración de un atleta. Se mecía a merced del avión, pensando en el hombre del corredor de la muerte y en lo que le aguardaba en Pachoula.

Ferguson había desatado una guerra interna en Cowart, quien había salido

de la entrevista repitiéndose que sería objetivo, que lo escucharía todo y que sopesaría cada palabra con ecuanimidad. Al mismo tiempo, miraba a través de la empapada ventanilla del avión y sabía que no estaría volando rumbo a Pachoula si esperara que lo convencieran de que la versión del preso era falsa. Mientras el avión se deslizaba por el cielo, Cowart apretaba los puños al recordar la voz de Ferguson cargada de gélida ira. Entonces pensó en la niña. «Once años. Demasiado joven para morir. Recuerda eso también.»

Aterrizaron en medio de una tempestad torrencial, y se deslizaron por la pista a toda velocidad. Por la ventanilla, Cowart vio una hilera de árboles de hoja perenne en los confines del aeropuerto, oscuros y negros contra el cielo.

Atravesó la creciente oscuridad en su coche de alquiler en dirección al Admiral Benbow Inn, en las afueras de Pachoula, a escasa distancia de la interestatal. Después de inspeccionar la habitación modesta y agobiantemente ordenada, fue al bar del hotel, se hizo sitio entre dos viajeros y pidió una cerveza a la camarera. El pelo ralo y castaño de la joven le endurecía tanto las facciones que toda ella parecía fruncir el entrecejo; incluso los labios, una tensa línea que se quejaba de servir demasiadas bebidas a demasiados viajeros y de rechazar demasiadas proposiciones de tipos que bebían whisky escocés y ginger ale. Sin dejar de mirar a Cowart, le sirvió una cerveza de barril, intuyendo cuándo la espuma estaba a punto de rebasar el borde de la jarra.

—Usted no es de por aquí, ¿no?

Cowart negó con la cabeza.

—No me lo diga —le dijo la joven—. Me gusta adivinarlo. Usted diga: la lluvia en Sevilla es una pura maravilla.

Él rió y repitió la frase.

Ella le sonrió, y eso le restó algo de dureza a su gesto.

—No es de Mobile ni de Montgomery, eso seguro. Ni siquiera de Tallahassee o Nueva Orleans. Una de dos: de Miami o de Atlanta; pero si es de Atlanta, entonces no puede ser originario de allí, sino de algún lugar como Nueva York, y entonces Atlanta es para usted su residencia temporal.

—No está mal —respondió Cowart—. Miami.

La joven lo observó, satisfecha consigo misma.

—Veamos —dijo—. Su traje es muy bonito, aunque muy clásico, como el que llevaría un abogado... —Se inclinó sobre la barra del bar y con el pulgar y el índice le palpó la solapa de la chaqueta—. Agradable. No como los príncipes de poliéster que venden el suplemento vitamínico para ganado que solemos usar aquí. Pero el pelo lo lleva un poco greñudo por encima de las orejas y veo que empiezan a salirle un par de mechones blancos. Así que tendrá... ¿qué, unos treinta y cinco?; un poco mayor para hacer de recadero. Si fuera un abogado de esa edad, debería tener un ayudante recién licenciado para que se ocupase de venir a sitios como éste en su nombre. Tampoco lo imagino de policía, no tiene aspecto de serlo, y no creo que se dedique a la propiedad inmobiliaria ni a los negocios. Tampoco tiene pinta de vendedor, como esos tipos. Entonces, ¿qué

traería por aquí a alguien como usted, directamente desde Miami? Sólo se me ocurre una cosa: usted es un periodista en busca de la gran noticia.

Cowart se echó a reír.

—Bingo. Y por cierto, tengo treinta y siete.

La joven se volvió para poner otra cerveza, que sirvió a un hombre, y siguió hablando con Cowart:

—¿Sólo está de paso? No me imagino qué clase de noticia le ha traído hasta Pachoula. Por si todavía no se ha dado cuenta, aquí no pasan muchas cosas.

Cowart vaciló, preguntándose si debía mantener el pico cerrado. Luego se encogió de hombros y pensó: «Si esta chica adivinó mi profesión en los dos primeros minutos, va a ser un secreto a voces cuando empiece a hablar con policías y abogados.»

—Un caso de asesinato —dijo.

Ella asintió con la cabeza.

—Tenía que serlo. Ahora me tiene intrigada. ¿Qué clase de caso? ¡Vaya!, no recuerdo el último asesinato que hubo aquí. Aunque no puedo decir lo mismo de Mobile o Pensacola. ¿Está investigando a los narcotraficantes? ¡Por Dios!, dicen que cada noche introducen toneladas de cocaína por todos los rincones del Golfo. A veces pasa por aquí algún hispano; de hecho, la semana pasada vinieron tres tipos muy elegantes, con esos pequeños buscas en los cinturones. Se sentaron como si fueran los amos del local y pidieron una botella de champán antes de cenar. Tuve que pedir al camarero que fuera a buscarla a la licorería. No costaba adivinar qué estaban celebrando.

—No, no es sobre drogas. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Un par de años. Vine a Pensacola con mi marido, que era aviador. Ahora sigue volando pero ya no es mi marido, y yo estoy aquí, hundida en la miseria.

—¿Recuerda el caso, hace unos tres años, de la niña Joanie Shriver? ¿Supuestamente asesinada por un tal Robert Earl Ferguson?

—¿La pequeña que encontraron junto a Miller's Swamp?

—Eso es.

—Lo recuerdo. Ocurrió justo cuando mi ex y yo llegamos aquí, ¡maldito el día! Sería la primera semana que yo trabajaba en este bar. —Soltó una risita lacónica—. ¡Vaya!, y yo que pensaba que este condenado trabajo iba a ser siempre tan apasionante. La gente se interesó mucho por esa niña. Vinieron periodistas de Tallahassee y de la televisión de Atlanta. Así aprendí a reconocer a los de su especie; todos pasaban por aquí. Claro que por aquí tampoco hay más hotel que éste. Hubo bastante movimiento un par de días, hasta que por fin detuvieron al culpable. Pero todo esto es agua pasada. ¿No llega un poco tarde?

—He oído hablar del tema y me interesé.

—Pero ese tipo está en la trena. En el corredor de la muerte.

—Hay ciertos interrogantes sobre cómo fue a parar allí. Algunas contradicciones.

La mujer echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Hombre —dijo—, apuesto a que eso no va a cambiar demasiado las cosas. Buena suerte, Miami.

Y se alejó para atender a otro cliente, dejando a Cowart a solas con su cerveza. No regresó.

La mañana despuntó despejada. El sol del amanecer parecía decidido a borrar de la calle cualquier vestigio de charco dejado por la lluvia del día anterior. El calor se fue intensificando a lo largo del día, mezclándose con una persistente humedad. En el trayecto del hotel al coche de alquiler, Cowart notó que la camiseta se le pegaba a la espalda. Decidió dar una vuelta en coche por Pachoula.

Aquella población parecía haberse asentado con tenacidad: emplazada en una extensa llanura a escasa distancia de la interestatal y rodeada de campos de cultivo, tendía una especie de puente entre ambos mundos. Aunque quedaba demasiado al norte para dar buenos naranjales, Cowart pasó por unas cuantas granjas con hileras bien alineadas de árboles y otras cuyo ganado pastaba en los prados. Le parecía que estaba entrando en la zona próspera; las casas eran bloques de hormigón de una planta o construcciones de ladrillo, los consabidos chalets indicativos de cierta posición social. Tenían enormes antenas de televisión; algunos, incluso parabólicas en el jardín. A medida que se aproximaba a Pachoula, al borde de la carretera empezaron a verse tiendas abiertas las veinticuatro horas y gasolineras. Pasó por delante de un pequeño centro comercial compuesto por un supermercado, una tienda de postales, una pizzería y un restaurante a ambos lados. Se fijó en las casas que había desperdigadas en calles que iban a desembocar a la avenida principal, hogares unifamiliares bien cuidados y testimonios de un éxito mediocre.

El centro del pueblo era sólo una plaza y tres manzanas, con un cine, algunas oficinas, algunas tiendas y un par de semáforos. Las calles estaban limpias, y Cowart se preguntó si las habría barrido la tormenta de la noche anterior o la diligencia del ayuntamiento.

Siguió conduciendo por una pequeña calzada de dos carriles, alejándose de las ferreterías, tiendas de recambios de coche y restaurantes de comida rápida. El terreno circundante cambiaba ligeramente: un veteado marrón y virgen opuesto al exuberante verde visto momentos antes. La calzada se iba poblando de baches y las casas ya eran construcciones de madera desconchada por el paso del tiempo, todas encaladas y pintadas de deslucidos colores pálidos. La carretera pasó entre un grupo de árboles que envolvieron a Cowart en la oscuridad. La luz que se colaba entre los sauces y pinos dificultaba la visibilidad; de hecho, casi pasó de largo el desvío de tierra que quedaba a su izquierda. Los neumáticos derraparon ligeramente en el barro antes de ganar impulso. Cowart enfiló el camino dando botes en el coche. Bordeaba un largo seto; aquí y allá asomaban pequeñas granjas. Aminoró la marcha y pasó por

tres cabañas apiñadas al borde del camino. Un anciano negro se quedó mirándolo a su paso. Cowart avanzó otros ochocientos metros, hasta otra cabaña asentada al borde del camino; se detuvo enfrente y bajó.

La casucha tenía un porche delantero con una mecedora. En un lado había un gallinero con aves que picoteaban la tierra. Delante de la cabaña había un viejo Chevy familiar con el capó levantado.

Cowart oyó a un perro ladrar a lo lejos. La fértil tierra marrón que hacía de patio delantero estaba compactada, lo bastante sólida para sobrevivir a los temporales. Se volvió y vio que la casa daba a un extenso prado, flanqueado de bosque sombrío.

Tras pensárselo, se acercó al porche.

Cuando apoyó el pie en el primer escalón, una voz dijo desde el interior:

—Le estoy viendo. ¿Qué coño quiere?

Cowart se detuvo y respondió:

—Busco a la señora Emma Mae Ferguson.

—¿Y para qué la busca?

—Necesito hablar con ella.

—Eso no me aclara nada. ¿Hablar de qué?

—Sobre su nieto.

La puerta principal, con una mosquitera cuarteada, se entreabrió. Una anciana negra con el pelo cano recogido austeramente se asomó a la puerta; era menuda y nervuda, y se movía lentamente con un porte firme que parecía sugerir que la edad y la osteoporosis no eran más que leves molestias.

—¿Es policía?

—No. Soy Matthew Cowart, del *Miami Journal*. Soy periodista.

—¿Quién le envía?

—Nadie. He venido por mi cuenta. ¿Es usted la señora Ferguson?

—Puede.

—Por favor, señora Ferguson, quiero que me hable sobre Robert Earl.

—Es un buen muchacho, y ellos me lo han robado.

—Lo sé. Trato de ayudarlo.

—¿Ayudarlo? ¿Es abogado? Los abogados ya le hicieron bastante daño.

—No, señora. ¿Podemos hablar unos minutos? Sólo quiero ayudar a su nieto. Él me dijo que viniera a verla.

—¿Ha visto a mi nieto?

—Sí.

—¿Cómo lo tratan?

—Parecía estar bien. Triste pero bien.

—Bobby Earl es un buen chico, muy buen chico.

—Lo sé. Por favor...

—Está bien, señor periodista. Me sentaré y lo escucharé. Dígame qué quiere saber.

La anciana se dirigió a la mecedora. Luego señaló el último peldaño del



porche y Matthew Cowart tomó asiento, casi a sus pies.

—Bien, señora. Quiero que me hable acerca de tres días de hace casi tres años. Necesito saber qué estaba haciendo Robert Earl el día en que la niña desapareció, el día siguiente y el tercer día, cuando lo arrestaron. ¿Recuerda aquellos días?

La anciana bufó.

—Señor periodista, puede que sea vieja, pero no tonta. Mi vista no será tan fina como antes, pero mi memoria sí. Por el amor de Dios, ¿cómo iba a olvidar aquellos días, después de lo ocurrido desde entonces?

—Bueno, precisamente por eso he venido.

Ella lo miró entornando los ojos, a la sombra del porche.

—¿Está seguro de que quiere ayudar a Bobby Earl?

—Sí, señora. En todo lo que pueda.

—¿Y cómo va a hacerlo? ¿Qué puede hacer usted que no pueda ese abogado tan sarcástico?

—Escribir un artículo para el periódico.

—Los periódicos ya han escrito un montón de artículos sobre Bobby Earl. Por lo que sé, la mayoría contribuyó a meterlo en el corredor de la muerte.

—No creo que esta vez sea así.

—¿Y por qué no?

No tenía una respuesta preparada para aquella pregunta. Contestó:

—Mire, señora Ferguson, me resultaría difícil complicar aún más las cosas. Y, si quiero ayudar, necesito respuestas.

La anciana sonrió.

—Eso es cierto. Está bien, señor periodista. Pregunte.

—El día que mataron a la niña...

—Él estuvo aquí conmigo, todo el día. No salió de casa; a no ser por la mañana, para pescar unas lubinas. Me acuerdo porque las freímos para cenar aquella misma noche.

—¿Está segura?

—Claro que lo estoy. ¿Adónde iba a ir si no?

—Bueno, tenía el coche.

—Yo lo hubiera oído si hubiera arrancado. No estoy sorda. Aquel día no fue a ninguna parte.

—¿Le explicó esto a la policía?

—Por supuesto.

—¿Y?

—No me creyeron. Me dijeron: «Emma Mae, ¿está segura de que su nieto no se escabulló por la tarde? ¿Está segura de que no se alejó de su vista? Tal vez aprovechó que usted echaba una cabezadita o algo.» Pero no fue así, y se lo dije. Luego me aseguraron que estaba equivocada, se enfadaron y se fueron. No he vuelto a verlos.

—¿También se lo explicó al abogado de Robert Earl?

—Me hizo las mismas malditas preguntas, y yo le di las mismas malditas respuestas. Él tampoco me creyó. Dijo que tenía demasiados motivos para encubrir al muchacho. Tenía razón. Es el hijo de mi pequeña y lo quiero mucho. Incluso cuando se marchó a Nueva Jersey para volver convertido en un pandillero, hablando mal y dándose las de tipo duro, yo lo seguía queriendo mucho. Ahora iba por buen camino. Asistía a la universidad. ¿Se lo imagina usted, señor periodista blanco? Mire alrededor. ¿Cree que somos muchos los que llegamos a la universidad? ¿Que llegamos a ser alguien? ¿Cuántos cree que lo consiguen? —La anciana volvió a bufar y esperó una respuesta, que Cowart no le dio. Al cabo de un momento, prosiguió—: Ese poli tenía razón. Mi niño. Mi vida. Mi orgullo. Claro que habría mentido por él. Pero no lo hice. Soy creyente, aunque para salvar a mi niño me habría enfrentado al mismísimo demonio; sólo que nunca tuve la oportunidad, porque nunca me creyeron, no señor.

—¿Cuál es la verdad?

—Que estuvo aquí conmigo.

—¿Y al día siguiente?

—Aquí conmigo.

—¿Y cuando llegó la policía?

—Estaba fuera, sacando brillo a su viejo coche. No protestó. No se resistió. Sólo les dijo sí señor, no señor, y se fue con ellos. ¿Ve de qué le sirvió?

—Parece enfadada.

Aquella mujer menuda se inclinó hacia delante en la silla, con el cuerpo rígido de la emoción. Dio dos fuertes palmadas en los brazos de la mecedora, haciéndolas sonar como dos pistoletazos que retumbaron en aquella despejada mañana.

—¿Enfadada? ¿Me está preguntando si estoy enfadada? Me robaron a mi niño y lo han encerrado para matarlo. El enfado es lo de menos, pero no tengo tanta maldad como para decirle lo que siento de verdad.

Se levantó y se dirigió hacia el interior de la casa.

—No me queda más que odio y un amargo vacío, señor periodista. Tome nota de ello.

Y cerró la puerta de un golpe seco mientras Matthew Cowart escribía apresuradamente sus palabras en la libreta.

Cowart llegó al colegio a mediodía. Tal como imaginaba, se trataba de un insulso edificio de hormigón con una bandera norteamericana ondeando lánguidamente en el húmedo exterior. Había autobuses escolares amarillos aparcados a la entrada, un patio con columpios y canastas y un patio de tierra en la parte de atrás. Aparcó el coche y se encaminó hacia la entrada, oyendo una oleada de voces infantiles. Era la hora de comer y se respiraba cierto caos contenido de puertas adentro; los niños correteaban de aquí para allá, con bolsas de papel o fiambreras, en un hervidero de conversaciones. Las paredes del colegio estaban decoradas con trabajos de los alumnos, composiciones de

forma y color con pequeños letreros que explicaban su significado. Se quedó mirando las pinturas un instante; le recordaban los dibujos y maquetas que su hija le enviaba por correo y que ahora decoraban su despacho. Abriéndose camino, atravesó un vestíbulo hasta la puerta con el rótulo SECRETARÍA. En ese momento se abrió y vio salir dos niñas, riéndose de algún gran secreto. Una era negra, la otra blanca; Cowart las siguió con la mirada hasta que desaparecieron por el pasillo.

Una pequeña fotografía enmarcada colgaba de una pared y se acercó para echarle un vistazo. Era la fotografía de una niña. Tenía el pelo rubio, pecas y una amplia sonrisa con aparato de ortodoncia. Llevaba una impecable camisa blanca y una cadena de oro alrededor del cuello. En el centro de la cadena se alcanzaba a leer «Joanie» grabado en letras diminutas. Debajo de la fotografía había una pequeña placa que rezaba: «Joanie Shriver, 1976-1987. Querida amiga y compañera de clase, todos te echaremos de menos.»

Cowart añadió la fotografía de la pared a todas las notas mentales que iba tomando. Luego se apartó y entró en la secretaría del colegio.

Una mujer de mediana edad, con una expresión ligeramente tensa, se acercó al mostrador.

—¿Puedo ayudarle?

—Estoy buscando a Amy Kaplan.

—Acaba de pasar por aquí. ¿Le espera?

—El otro día hablé con ella por teléfono. Mi nombre es Cowart. Vengo de Miami.

—¿Es usted el periodista?

Él asintió con la cabeza.

—Dejó dicho que vendría. Veré si puedo localizarla. —Había una pizca de resentimiento en su voz. En ningún momento sonrió a Cowart.

La mujer cruzó la secretaría y desapareció en la sala de profesores para luego reaparecer acompañada de una joven. A Cowart le pareció atractiva; llevaba el cabello castaño rojizo recogido y tenía un rostro noble y simpático.

—Soy Amy Kaplan, señor Cowart.

Se dieron un apretón de manos.

—Siento interrumpirle la comida.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez sea el mejor momento. De todas formas, como le dije por teléfono, aún no sé muy bien qué puedo hacer por usted...

—Hábleme del coche. Y de lo que vio.

—¿Sabe? Lo mejor será que le enseñe el lugar donde me encontraba. Se lo puedo explicar allí mismo.

Salieron fuera sin cruzar palabra. La joven maestra se detuvo frente al edificio y se volvió, señalando la carretera.

—Mire —explicó—, siempre tenemos un profesor allí, vigilando a los alumnos después de las clases. Solíamos hacerlo para asegurarnos de que los

niños no se metían en peleas y las niñas se iban directamente a casa en vez de quedarse cotilleando por aquí. Los niños hacen esas cosas, ¿sabe?, y al parecer más que los mayores. Ahora está claro que hay otro motivo para mantener la vigilancia. —Miró a Cowart por un instante. Luego prosiguió—. De todos modos, la tarde en que Joanie desapareció, casi todo el mundo se había marchado y yo estaba a punto de regresar al colegio cuando la vi allí, bajo aquel enorme sauce... —Señaló a unos cuarenta metros carretera abajo. Luego se llevó la mano a la boca—. ¡Oh, Dios mío! —musitó.

—Lo siento —se disculpó Cowart.

La joven no apartaba la mirada de aquel punto carretera abajo, como si lo reviviera todo en su memoria. El labio inferior le temblaba ligeramente, pero hizo un movimiento con la cabeza para indicar que se encontraba bien.

—Yo era joven —dijo—. Era mi primer año aquí. Recuerdo que ella me vio y se volvió para saludarme; por eso supe que era ella. —La firmeza de su voz había desaparecido.

—¿Y?

—Eché a andar por la sombra, allí, hasta que pasó aquel coche verde. La vi volverse, supongo que porque el conductor le había dicho algo, y entonces la puerta se abrió y ella subió al coche, que a continuación arrancó. —La joven respiró hondo—. Subió al coche, maldita sea —susurró con un hilo de voz—. Subió al coche, señor Cowart, como si nada. A veces aún la veo en sueños, saludándome. Es horrible.

Cowart pensó en sus propias pesadillas y quiso decirle que él también se pasaba noches enteras sin dormir. Pero no lo hizo.

—Eso es lo que más me ha turbado —continuó ella—. Quiero decir, si la hubieran agarrado y ella hubiera forcejeado o pedido auxilio o algo... —la emoción del recuerdo quebró su voz— yo misma habría podido hacer algo. Habría gritado y puede que hasta echado a correr tras ella. Tal vez podría haber logrado salvarla. No lo sé. Algo. Pero era una tarde de mayo como cualquier otra, y hacía tanto calor que quería volver rápido a la escuela...

Cowart se quedó mirando calle abajo, calculando las distancias.

—¿Ocurrió en la sombra?

—Sí.

—Pero está segura de que el coche era verde. ¿Verde oscuro?

—Sí.

—¿No sería negro?

—Habla como los policías y los abogados. Claro que podía haber sido negro. Pero mi corazón y mi memoria me dicen que era verde oscuro.

—¿No vio la mano que abría la puerta desde dentro?

La joven vaciló.

—Buena observación. Eso no me lo preguntaron. Me pidieron que les dijera si había visto al conductor. Tuvo que ladearse para abrir la puerta, ¿verdad? Pero no lo vi. —Hizo un esfuerzo por recordar—. No, no vi ninguna mano; sólo

que la puerta se abría.

—¿Y la matrícula?

—Bueno, como sabe, la matrícula de Florida indica el estado en relieve naranja sobre un fondo blanco. Aquélla era más oscura y de otro lugar.

—¿Cuándo le enseñaron el coche de Ferguson?

—Sólo me enseñaron una fotografía, un par de días después.

—¿Nunca llegó a ver el coche?

—No que yo recuerde. Excepto el día de los hechos.

—Hábleme de la fotografía.

—Había una pareja; parecía tomada con una Polaroid.

—¿Desde qué perspectiva?

—¿Perdón?

—¿Desde qué ángulo se sacó aquella fotografía?

—Pues... bueno, el coche se veía de lado.

—Pero usted vio el coche desde atrás.

—Cierto. Pero el color coincidía. Y la forma. Y...

—¿Y qué?

—Nada.

—Habría visto las luces de freno cuando el coche arrancó. Al encender el motor, el conductor seguramente tocó el freno. ¿Recuerda qué forma tenían?

—No lo sé. Eso no me lo preguntaron.

—Entonces, ¿qué le preguntaron?

—No mucho. Ni la policía ni los abogados. Estaba muy nerviosa cuando subí al estrado a testificar, todo pasó en cuestión de segundos.

—¿Qué le preguntaron en el estrado?

—El fiscal sólo quería saber si estaba segura del color, como usted. Y yo dije que podía equivocarme, pero que creía estar segura. Pareció complacido, y eso fue todo.

Cowart volvió a echar un vistazo calle abajo, y luego miró a la joven. Parecía absorta en sus recuerdos, con la mirada abstraída.

—¿Cree que Ferguson es culpable?

La joven respiró hondo.

—Lo que siempre me ha turbado es por qué ella subió al coche. No pareció vacilar ni un instante. Si no lo conocía, no entiendo por qué lo hizo. Procuramos enseñar a los niños a ser prudentes e inteligentes, señor Cowart. Damos clases de seguridad; para que nunca se fíen de un desconocido. Incluso aquí, en Pachoula, no somos tan palurdos como pueda creerse. Mucha gente de ciudad se instala aquí, como yo. Y también hay quien va cada día a trabajar a Pensacola o Mobile, porque éste es un lugar seguro y agradable para vivir. Pero a los niños se les enseña a ser prudentes, y ellos aprenden a serlo. Por eso nunca entendí lo de Joanie. Nunca me pareció lógico que se subiera a aquel coche como si tal cosa.

Cowart asintió con la cabeza.

—Eso mismo me pregunto yo.

Ella se volvió súbitamente hacia él.

—Bueno, la primera persona a la que yo le haría esa pregunta es a Robert Earl Ferguson, ¿no cree?

Cowart no respondió, y al cabo ella se aplacó.

—Siento hablarle de esta manera. Todos nos culpabilizamos por lo ocurrido, todo el colegio. No sabe cómo se lo tomaron los demás niños, tenían miedo de venir a clase; cuando llegaban, estaban demasiado asustados para prestar atención; en casa no podían dormir, y por la noche tenían pesadillas. Berrinches, camas mojadas, arrebatos de ira o lloreras. Los niños con problemas de disciplina se volvieron más rebeldes, los retraídos y temperamentales fueron a peor, y los niños normales y disciplinados tuvieron dificultades. Convocamos reuniones y también vinieron psicólogos de la universidad. Fue terrible, y seguirá siéndolo. —La joven miró alrededor—. No sé, pero es como si aquel día se hubiera roto algo. Tal vez para siempre.

Permanecieron en silencio unos instantes, hasta que la joven preguntó:

—¿Le he ayudado?

—Claro. Sabe —dijo Cowart—, podría volver a necesitar su ayuda después de hablar con algunas personas. Por ejemplo, los policías.

—No hay problema —dijo la joven—. Ya sabe dónde encontrarme.

Cowart sonrió.

—Sólo dígame una cosa más: qué le pasó por la cabeza hace un par de minutos, cuando hablábamos sobre las fotografías del coche y usted cambió de tema.

Ella frunció el entrecejo.

—Nada —respondió.

Cowart se quedó mirándola.

—Bueno, había algo.

—¿El qué?

—Cuando la policía me enseñó las fotografías, me dijeron que tenían al asesino, que había confesado y todo. Dijeron que mi identificación del coche era una mera formalidad. Yo no supe que era tan importante hasta pasados unos meses, justo antes del juicio. Eso siempre me ha molestado, ¿sabe? Me mostraron las fotografías y dijeron: «Éste es el coche del asesino, ¿correcto?» Y yo les miré y dije: «Sí»... Me molesta que lo hicieran de esa manera.

Cowart guardó silencio, pero pensó: «A mí también.»

Un artículo periodístico es una recopilación de momentos aglutinados en citas, en la mirada de una persona, en el talle de su ropa; materializa en palabras las pequeñas observaciones del periodista, lo que ve y oye; está respaldado por el pasado, por unos sólidos cimientos hechos de detalles. Cowart sabía que necesitaba más sustancia, así que se pasó la tarde leyendo en

la hemeroteca del *Pensacola News*. Eso le ayudó a comprender el insólito frenesí que se había apoderado de la ciudad cuando la madre de la pequeña había llamado a la policía para decir que su hija no había vuelto a casa. Se había producido un brote provinciano de alarma. En Miami, la policía habría dicho a la madre que en las primeras veinticuatro horas no se podía hacer nada, y habría dado por supuesto que la niña había escapado de casa, huyendo de una paliza o de los abusos sexuales de su padrastro, o corrido a reunirse en secreto con algún noviete.

En Pachoula no. La policía local salió de inmediato en busca de la niña. Recorrieron las calles y carreteras secundarias con megáfonos que la llamaban por su nombre. Los bomberos colaboraron, haciendo ulular las sirenas en la apacible noche de mayo. Los teléfonos comenzaron a sonar en todas las casas, la voz corrió con alarmante rapidez y se formaron pequeños piquetes de padres que recorrían los vecindarios en busca de la pequeña Joanie Shriver. También se movilizó a los *boy scouts* y la gente salía temprano del trabajo para unirse a la búsqueda. Cuando empezó a caer aquella noche de principios del verano, debía de parecer que toda la ciudad estaba en la calle buscando a la niña.

«Pero para entonces ya estaba muerta —pensó—. Estaba muerta cuando abandonó la curva en ese coche.»

La búsqueda había continuado con focos y un helicóptero que aquella misma noche trajeron del cuartel de la policía estatal cercano a Pensacola. Había pasado zumbando, con los rotores vibrando y el reflector barriendo la oscuridad, entrada ya la medianoche. Con las primeras luces del alba, vinieron los perros rastreadores y la partida de búsqueda se dispersó. Hacia mediodía la población se había dispuesto cual campamento militar que se prepara para una larga marcha, y todo ello era registrado por los cámaras de televisión y los periodistas que iban llegando. Entrada la tarde, dos bomberos que peinaban con diligencia la orilla del pantano habían descubierto el cuerpo sin vida de la niña, mientras avanzaban por el lodo espeso con botas de pescador, espantando los mosquitos y llamando a la niña. Uno de los hombres había visto un mechón de cabello rubio al borde del agua, iluminado por la luz mortecina del atardecer.

Cowart imaginó que las noticias debieron de crisar a la población, ya que la niña había sido violada. Se percató de dos cosas: de que ser detenido e interrogado por la muerte de Joanie Shriver era verse atrapado en el ojo del huracán, y de que la presión a que se habían visto sometidos aquellos dos detectives tenía que haber sido tremenda. «Tal vez insoportable», pensó.

Hamilton Burns era un hombre bajito, rubicundo y de pelo cano; su voz, como tantas otras de Pachoula, tenía el dejo de las rítmicas locuciones sureñas. Caía la tarde, y mientras indicaba a Matthew Cowart que tomara asiento en un mullido sillón de cuero rojo, dijo algo como «el sol sobre el penol» y se sirvió un vaso de bourbon tras haber sacado como por arte de magia una botella de uno de los últimos cajones del escritorio. Cowart negó con la cabeza cuando Burns le

tendió la botella.

—Necesito un poco de hielo —dijo Burns, y fue hasta una esquina del pequeño despacho, donde una nevera pequeña con una pila de documentos encima ocupaba un precioso espacio de suelo. Cowart observó que cojeaba al caminar.

Echó un vistazo al despacho: revestido con paneles de madera y una pared repleta de libros de derecho. Había varios diplomas enmarcados y un certificado de los Caballeros de Colón de la zona; también vio algunas fotografías de un sonriente Hamilton Burns mano a mano con el gobernador y otros políticos. El abogado bebió un largo sorbo de su vaso, se recostó, haciendo girar su silla tras la mesa ante la que se encontraba Cowart, y dijo:

—Así que quiere que le hable de Robert Earl Ferguson. ¿Qué le puedo decir? Creo que ha dado en el blanco al solicitar un nuevo juicio, sobre todo con ese bastardo de Roy Black llevándole el caso.

—¿En qué se basa?

—Pues en esa maldita confesión, ¿qué más quiere? El juez debería haberla desechado.

—Ya hablaremos de eso. ¿Puede empezar diciéndome cómo llegó el caso a sus manos?

—Bueno, por designación judicial. El juez me telefoneó y me preguntó si podía encargarme. Por entonces los abogados de oficio estaban desbordados de trabajo, como siempre, aunque supongo que aquello habría sido demasiado delicado para ellos. La gente pedía a gritos la cabeza del chico. No creo que los de oficio estuvieran interesados en representar a Ferguson, en absoluto.

—¿Y usted lo aceptó?

—Cuando el juez llama, uno responde. Diablos, la mayoría de mis casos son por designación judicial; razón de más para no rechazar éste.

—Después usted cobró veinte mil dólares a los tribunales.

—Lleva mucho tiempo defender a un asesino.

—¿A cien pavos la hora?

—Joder, pero si fui yo el que salió perdiendo. ¡Madre mía!, pasaron semanas hasta que la gente volvió a dirigirme la palabra. Actuaban como si yo fuera una especie de paria, un Judas. Y todo por representar legalmente a ese muchacho. Iba por la calle y ya nadie me decía: «Buenos días, señor Burns», «Que tenga un buen día, señor Burns»; cambiaban de acera para no hablar conmigo. Esto es un pueblo. Imagínese cuántos casos llegué a perder a manos de otros abogados, sólo porque yo había defendido a Bobby Earl. Piense en ello antes de criticarme por lo que me pagaron.

El abogado parecía indignado. Cowart se preguntó si pensaba que el condenado había sido él y no Ferguson.

—¿Había llevado antes un caso de asesinato?

—Un par de veces.

—¿Casos de pena capital?



—No. La mayoría se derivaban de disputas domésticas. Ya sabe, marido y mujer empiezan a discutir y uno de ellos decide hacer valer sus razones con una pistola... —Soltó una carcajada—. Eso sería homicidio sin premeditación, como mucho asesinato en segundo grado. Llevo muchos casos de muerte por atropello y demás. El hijo del alcalde se emborracha y destroza un coche. Pero ¡qué demonios!, a la larga es lo mismo defender a un acusado de provocar un accidente que a un acusado de asesinato. Los abogados tenemos que cumplir con nuestra obligación.

—Ya —dijo Cowart, escribiendo rápidamente en su libreta—. Hábleme de la defensa.

—No hay mucho que decir. Propuse un traslado de jurisdicción. Denegado. Propuse excluir la confesión. Denegado. Fui a ver a Bobby Earl y le dije: «Muchacho, tienes que declararte culpable. Asesinato en primer grado. Vamos, acepta los veinticinco años, sin fianza. Sálvate la vida.» De esta manera, todavía le quedaría algo de tiempo cuando saliera en libertad. Me contestó que ni hablar. Se mantuvo en sus trece y adoptó aquella jodida pose chulesca. No dejó de repetir que él no lo hizo. Así pues, ¿qué más podía hacer yo? Intenté conseguirle un jurado sin prejuicios. Hubo suerte. El juicio siguió adelante. Argumenté duda razonable hasta la saciedad. Perdimos. ¿Qué quiere que le diga?

—¿Cómo es que no llamó a la abuela para que confirmara su coartada?

—Nadie la hubiese creído. ¿Ha hablado con esa vieja sargenta? Lo único que sabe es que su querido nieto es casi perfecto y que no mataría una mosca; claro que es la única que lo cree así. Si la hubiera subido al estrado y hubiera empezado a soltar mentiras, sólo habría empeorado las cosas... mucho más.

—No creo que pudiesen ir peor.

—Bueno, eso lo dice ahora, señor Cowart, a toro pasado.

—Supongamos que Ferguson dijera la verdad.

—Podría ser. Era una declaración bajo juramento.

—¿Y el coche?

—Esa maldita maestra llegó a admitir que podría ser de otro color. ¡Joder! Lo dijo justo en el estrado. No entiendo por qué el jurado no lo tuvo en cuenta.

—¿Sabe que la policía le enseñó una fotografía del coche después de decirle que Ferguson había confesado?

—¿De decirle qué? No. Ella no declaró eso cuando la interrogué.

—Me lo dijo a mí.

—Pues ahí me vendió.

El abogado se sirvió otro vaso y se lo bebió de un trago. «No, a usted no —pensó Cowart—, a Ferguson.»

—Y las muestras de sangre, ¿qué?

—Tipo cero positivo. Apuesto a que la mitad de los hombres de este país tiene ese grupo sanguíneo. Lo contrasté con los peritos, y les pregunté por qué no habían analizado la sangre hasta llegar a la base enzimática y por qué no

habían hecho una prueba de ADN o alguna otra mierda de prueba. Claro que conozco la respuesta. Tenían una buena cabeza de turco y no querían hacer nada que lo estropeará todo. Así que, ¡coño!, todo parecía encajar. Y ahí estaba Robert Earl, sentado en el banquillo de los acusados, sin saber dónde meterse, abatido y más culpable que el mismísimo diablo. Sencillamente, aquello no sirvió de nada.

—¿Y la confesión?

—Debería haber sido desechada. Estoy convencido de que al pobre muchacho se la hicieron escupir a golpes. Sí, señor, totalmente convencido. Pero, mire usted por dónde, cuando la sacaron a colación fue la piedra de toque, ya sabe a qué me refiero. Ningún miembro del jurado iba a poner en duda las palabras que habían salido de boca del muchacho. Cada vez que le preguntaban: «¿hiciste esto?» o «¿hiciste lo otro?», él respondía: «sí, señor», «sí, señor». Todos esos «sí, señor»... no se podía hacer demasiado al respecto. Eso era todo lo que decía la declaración. Yo lo intenté, vaya si lo intenté, hice todo lo que pude. Argumenté duda razonable, argumenté falta de pruebas concluyentes, pregunté a los miembros del jurado dónde estaba el arma del crimen. Y algo que justifica la inocencia de Bobby Earl: les expliqué que uno no puede matar a una persona sin que le quede algún tipo de marca; cosa que él no tenía. Argumenté a favor y en contra y de todas las maneras; se lo aseguro. Pero no sirvió de nada. Me quedé mirando a esos tipos del jurado y enseguida supe que les importaba una mierda lo que yo dijera. Todo lo que oían era la maldita confesión. Sus propias palabras se salieron de la página para clavarse en él. Sí, señor. Sí, señor. Sí, señor. Él mismo se sentó en la silla eléctrica, como quien se sienta a la mesa para cenar. Aquí la gente estaba muy disgustada por lo que le había ocurrido a la pequeña y todos querían acabar de una vez, echar tierra sobre el asunto y darle carpetazo ya, para que todo volviera a la normalidad. No sabría encontrar a nadie en este lugar que se hubiera levantado para decir algo bueno del muchacho. Algo sobre él, ya sabe, sobre su actitud y esas cosas. No señor, nadie lo apreciaba; ni siquiera los negros. Y con esto no digo que no hubiera prejuicios de por medio...

—Todo el jurado blanco. ¿No encontró ningún negro capacitado?

—Lo intenté, señor. Lo intenté. Pero la acusación usó sus perentorias recusaciones para descartar del jurado a todos y cada uno de ellos.

—¿Usted protestó?

—Protesta denegada. Se hizo constar en acta. Tal vez la acepten en la apelación.

—¿Y eso no le fastidia?

—¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, lo que usted me está diciendo es que Ferguson no tuvo un juicio justo y que tal vez sea inocente. Y resulta que ahora mismo está en el corredor de la muerte.

El abogado se encogió de hombros.

—No sé... —dijo—. Sí, lo del juicio, bueno, eso sí. Pero lo de su inocencia... ¡Joder!, aquella maldita confesión contenía sus propias palabras.

—Pero usted acaba de decir que se la hicieron escupir a golpes.

—Así es, señor. Pero...

—Pero ¿qué?

—Estoy chapado a la antigua. Me gusta creer que si uno es inocente, no hay nada en el mundo que le haga decir lo contrario. Eso me fastidia.

—Ya —repuso Cowart con frialdad—, pero la justicia está repleta de ejemplos de confesiones coaccionadas y tergiversadas, ¿no?

—Correcto.

—Cientos. Miles.

—Correcto. —El abogado apartó la mirada, ruborizado—. Supongo. Desde luego, ahora que Roy Black lleva el caso y que usted escribirá algo que espabilará a ese juez o que el gobernador no pueda pasar por alto, bueno... las cosas tienen pinta de arreglarse.

—¿Se arreglarán?

—Todo se arregla, incluso la justicia. Aunque lleva su tiempo.

—Bueno, parece que él no tuvo demasiadas oportunidades la primera vez.

—¿Quiere saber mi opinión?

—Sí.

—Pues no tuvo ninguna oportunidad.

«Sobre todo con usted en la defensa —pensó Cowart—. Le preocupaba más su prestigio en Pachoula que librar a alguien del corredor de la muerte.»

El abogado se retrepó en su silla y, nervioso, agitó su bebida en la mano hasta hacer tintinear el bourbon con hielo.

La noche cubrió la ciudad con una densa oscuridad. Cowart recorría las calles lentamente, sorteando las ocasionales luces que arrojaban las farolas o los escaparates. Pero estos momentos de pálido resplandor eran efímeros; como cuando se pone el sol. Pachoula acabó entregándose por completo a la oscuridad. En el aire se respiraba el frescor del campo y un silencio palmario. Sólo oía sus propios pasos en la acera.

Aquella noche le costó conciliar el sueño. Los sonidos del hotel (la voz de un borracho, el crujir de una cama en la habitación de al lado, un portazo, el ruido de las máquinas de hielo y refrescos) se filtraron en su imaginación e interrumpieron el examen de lo que había visto y oído. Era entrada la medianoche cuando el sueño por fin lo atrapó en sus redes, aunque apenas descansó.

En sueños conducía a medianoche por las calles de Miami, plagadas de disturbios. El resplandor de los edificios en llamas acariciaba el coche y proyectaba sombras al frente. Iba despacio, maniobrando con prudencia para evitar los cristales rotos y la basura que invadían la calzada, sabedor de que se

acercaba al centro de los disturbios, pero ignorante de que su trabajo consistía en ver aquello y registrarlo. Cuando el coche giró en una esquina, vio una muchedumbre que bailaba, robaba, atravesaba el resplandor del fuego corriendo hacia él. Veía a la gente gritar y le parecía que decían su nombre. De repente, en el coche de al lado sonó un alarido desgarrador. Se trataba de la niña asesinada y cuando Cowart se disponía a preguntarle qué estaba haciendo allí, su coche se vio rodeado. Vio el rostro de Ferguson y, de pronto, docenas de manos lo arrancaron del volante mientras el coche se balanceaba como un barco a la deriva en medio de un huracán. Vio que sacaban a la niña del otro coche, pero, cuando se la arrebataron de las manos Cowart oyó el grito: «¡Papi, sálvame!»

Despertó jadeando. Se levantó tambaleando para servirse un vaso de agua y clavó la mirada en el espejo del baño, como en busca de alguna herida visible, pero sólo vio el sudor que le empapaba el pelo y la frente. Luego se sentó junto a la ventana, para recordar.

Unos seis años atrás se había fijado en la furia con que una turba de negros sacaba a dos adolescentes blancos de una furgoneta. Sin darse cuenta, los adolescentes se habían metido en la zona de los disturbios y habían acabado en medio del caos. «Ojalá fuera un sueño —pensaba—. Ojalá no hubiera estado allí.» La multitud se había aglomerado en torno a los jóvenes que pedían ayuda a gritos, para agarrarlos y empujarlos, zarandeándolos hasta que ambos desaparecieron bajo una avalancha de patadas y puñetazos, acribillados con piedras y balas. Cowart estaba a una manzana de distancia, no lo bastante cerca para servir de testigo a la policía, pero sí para no olvidar jamás lo ocurrido; se había escondido al abrigo de un edificio chamuscado, al lado de un fotógrafo que no dejaba de disparar su cámara y de lamentar no haber llevado el zoom. Mientras los dos esperaban la llegada de la muerte, vieron cómo ambos cuerpos destrozados quedaban abandonados en la calle y la turba se alejaba en otra dirección. Cowart echó a correr de regreso al coche, consciente de que jamás lograría huir de aquella visión. Muchas personas habían perdido la vida aquella noche.

Cowart recordó haber escrito el artículo en la redacción, tan impotente como los dos jóvenes que había visto morir, atrapado por las imágenes que recreaba en su artículo.

«Pero al menos no estoy muerto —pensó—. Sólo una parte de mí lo está.»

Volvió a estremecerse y se encogió de hombros; luego se puso en pie, estirando y flexionando los músculos. «Tienes que estar alerta», se aconsejó. Iba a entrevistar a los dos detectives. Se preguntó qué dirían. Y si él se lo creería.

Después fue a darse una ducha, como si el potente chorro de agua corriendo por su cuerpo pudiera limpiar también su memoria.

## 4

### LOS DETECTIVES

Una agente de la oficina de delitos mayores de la comisaría del condado de Escambia le indicó a Matthew Cowart un sofá de cuero sintético lleno de bultos y le dijo que esperara allí mientras localizaba a los dos detectives. Era una mujer joven, probablemente atractiva pero con un rostro marcado por un tedio ceñudo, llevaba el cabello recogido severamente y mantenía una postura rígida bajo el marrón apagado de su uniforme de policía. Cowart le dio las gracias y tomó asiento. La mujer marcó un número y habló en voz baja para que él no oyese lo que decía.

—Vendrá alguien en un par de minutos —le dijo la agente tras colgar.

Luego se volvió para examinar unos documentos que tenía sobre la mesa. «De modo que todo el mundo sabe a qué he venido», pensó Cowart.

El departamento de homicidios estaba en un edificio nuevo anexo a la cárcel del condado. Disponía de una eficaz insonorización: el ruido se perdía en la gruesa moqueta marrón y era sofocado del todo por los tabiques de corcho que separaban las mesas de los detectives de la sala de espera donde Cowart aguardaba con impaciencia. Procuró concentrarse en la inminente entrevista, pero se distraía continuamente. El silencio era inquietante.

Empezó a pensar en su familia. Su padre había sido director de un pequeño diario en una ciudad media de Nueva Inglaterra, una ciudad industrial que había medrado gracias a las afortunadas inversiones de grandes empresas que inyectaron dinero, savia nueva y un innegable toque de modernidad a la arquitectura local. Era una persona distante que trabajaba de sol a sol. Vestía trajes azules o grises que parecían colgar del cuerpo enjuto de un asceta; era un hombre anguloso y astuto, de sonrisa difícil, con los dedos manchados de nicotina y tinta de periódico.

Su padre sentía pasión por los interminables pormenores, detalles y sensacionalismos del diario. Lo obsesionaba la búsqueda de la noticia o el

artículo capaz de salir en primera plana, algo que impactara: una aberración, un crimen horroroso, una fechoría escandalosa... Entonces su rigidez se relajaba y escribía con una especie de goce nervioso y excitante, como un bailarín que oyera música por primera vez tras años de silencio. Su padre era como un terrier, dispuesto a abalanzarse sobre lo que fuera e hincarle el diente con saña, dándole revolcones hasta hacerle perder el conocimiento.

«¿Acaso somos tan diferentes?», se preguntó. No mucho. Su ex mujer solía decir que era un romántico, como si eso fuera un insulto. «Un caballero andante —pensó mientras veía entrar un hombre en la sala de espera—, aunque con el corazón de un bulldog.»

—¿Es usted Cowart? —inquirió el hombre.

Cowart se puso en pie.

—El mismo.

—Soy Bruce Wilcox. —Y le tendió la mano—. Acompañeme, el teniente Brown llegará dentro de unos minutos. Podemos hablar aquí.

El detective lo condujo por un laberinto de mesas hasta llegar a un despacho acristalado, que desde un rincón presidía la zona de trabajo. En la puerta se leía: TENIENTE T. A. BROWN. HOMICIDIOS. Wilcox cerró la puerta y se acomodó tras una mesa gris, indicando a Cowart que tomara asiento frente a él.

—Hemos tenido un pequeño accidente de avión —dijo mientras ordenaba algunos documentos sobre la mesa—. Un pequeño Piper Cub en vuelo de instrucción. Tanny tuvo que ir al lugar del siniestro y supervisar el rescate del estudiante y el piloto. Los tipos quedaron sepultados en el fondo de un pantano. Un trabajo desagradable, desde luego. Primero hay que vadear toda esa mierda para llegar al avión, y luego extraer los cadáveres. Tengo entendido que se produjo un incendio. ¿Alguna vez ha tenido que manipular un cuerpo calcinado? Dios, no se lo recomiendo. —Meneó la cabeza, alegrándose de haberse librado de esa misión en concreto.

Cowart lo examinó. Era un hombre rechoncho, de pelo largo y lacio peinado hacia atrás; mostraba una acritud distendida y rondaba los treinta. Wilcox se había sacado una curiosa americana rojiza y la había colgado en el respaldo de la silla. Ahora se balanceaba en su asiento como queriendo apoyar los pies sobre la mesa. Cowart vio unos hombros anchos y unos brazos fuertes, propios de alguien bastante más alto.

—En cualquier caso —prosiguió el detective—, rescatar cadáveres es uno de los gajes del oficio. Normalmente me toca a mí... —Levantó el brazo y sacó músculo—. Practicaba lucha en el instituto y soy bajito, así que me puedo colar en rincones pequeños. Espero que en Miami tengan técnicos y personal de rescate que se encarguen de este tipo de cosas. Aquí tenemos que hacerlo nosotros mismos. De hecho, cualquier cadáver es asunto nuestro. Primero investigamos si se trata de un asesinato (eso es fácil cuando te enfrentas a un avión calcinado) y luego llevamos los cuerpos al depósito de cadáveres.

—¿Y cómo va el negocio? —preguntó Cowart.

—La muerte es un trabajo fijo —respondió el detective y soltó una lacónica risita—. No hay paro. No hay permisos. No hay épocas de poca demanda. Sólo trabajo fijo, buen trabajo. ¡Joder!, tendría que haber un gremio de detectives de homicidios; siempre hay alguien que se muere.

—¿Y qué clase de asesinatos se producen aquí?

—Bueno, seguramente sabrá que tenemos un problema de drogas en toda la costa del Golfo. ¿No es una bonita manera de decirlo? Un problema de drogas. Suena bien; aunque yo más bien diría que se trata de un huracán de drogas. En cualquier caso, no cabe duda de que genera trabajo extra.

—Eso no lo sabía.

—Así es. Sobre todo en los dos últimos años.

—¿Y antes del tráfico de drogas?

—Discusiones domésticas que acaban con un cadáver. Muertes por atropello. De vez en cuando alguien dispara o apuñala por asuntos de juego, mujeres o peleas de perros. Ése es el pan de cada día en el condado. También tenemos algunos conflictos propios de grandes ciudades como Pensacola; sobre todo con los soldados. Peleas en locales, ya sabe. Hay un foco de prostitución en torno a la base, y eso también arroja navajazos y tiroteos. Navajas mariposa y pistolas del 32 con culatas de nácar. Como he dicho, algo muy parecido a lo que usted se había imaginado; nada demasiado excepcional.

—¿Y el caso de Joanie Shriver?

El detective hizo una pausa, pensando antes de responder.

—Lo suyo fue diferente.

—¿Porqué?

—Ella era diferente. Era sólo... —Vaciló, apretando bruscamente el puño y agitándolo en el aire—. Todo el mundo lo sintió. Era... —Volvió a interrumpirse, para respirar hondo—. Deberíamos esperar a que llegue Tanny; en realidad, él llevó ese caso.

—Pensaba que se llamaba Theodore.

—Así es. Tanny es su apodo; así llamaban a su padre, que solía regentar un pequeño negocio de curtido de cuero. Siempre tenía ese color de tinte roja en manos y brazos. Tanny trabajaba con él cuando estudiaba en el instituto y en las vacaciones de verano. Heredó el mismo sobrenombre; de hecho, no creo que nadie, excepto su madre, le llamara alguna vez Theodore. Él pronunciaba su nombre como *Zi-o-dor*.

—¿Los dos son de Pachoula? Me refiero...

—Sé a lo que se refiere. Claro, sólo que Tanny es diez años mayor que yo. Él se crió en Pachoula. Luego fue al instituto. Por aquel entonces era un buen atleta, así que se marchó para jugar en el equipo de la Universidad Estatal de Florida; pero acabó sudando tinta en la selva con el Primer Regimiento de Caballería Aérea. Regresó con un par de medallas, acabó sus estudios y consiguió trabajo en la policía. En cambio, yo fui un niño mimado de la

Armada. Mi padre pasó años en la base como superintendente de la patrulla de tierra. Me presenté al examen de la academia de policía y me quedé; fue mi padre quien me marcó las pautas del trabajo policial.

—¿Cuánto tiempo llevan en homicidios?

—Yo, unos tres años. Tanny lleva más.

—¿Le gusta?

—Es diferente, y más interesante que ir de patrulla. Llegas a usar la cabeza.

—Se dio golpecitos en la frente.

—¿Y Joanie Shriver?

Él detective encogió los hombros.

—Fue mi primer gran caso. Ya sabe a qué me refiero: la mayoría de los asesinatos son involuntarios. Uno llega a la escena del crimen y allí está el asesino, atontado al lado de la víctima...

Eso era cierto. Cowart recordaba que Vernon Hawkins decía que en la escena del crimen siempre buscaba a la persona que no lloraba pero permanecía en pie, con los ojos como platos, en estado de shock y confundida. Porque ése era el asesino.

—O si no, ahora también están estos asuntos de drogas. Aunque en buena parte sólo consiste en recoger cadáveres. ¿Sabe cómo lo llaman en la oficina del fiscal general de Florida? Pescar escoria. No espere resolver un caso de asesinato con un cadáver que ha estado tres días flotando en el agua, sin ningún documento que lo identifique, con el rostro devorado por los peces, un orificio de bala en la nuca, unos pantalones de diseño exclusivo y cadenas de oro. No, a ésos sólo se los etiqueta y se los mete en la bolsa, sí señor. Pero, joder, la pequeña Joanie tenía un rostro. No era un anónimo narcotraficante colombiano. Era diferente.

Hizo una pausa y se quedó pensativo. Después añadió:

—Era como nuestra hermana pequeña.

El detective parecía disponerse a decir algo más cuando sonó el teléfono de la mesa. Contestó, gruñó un saludo y luego se lo pasó a Cowart.

—Es el jefe. Quiere hablar con usted.

—¿Sí?

—¿Señor Cowart? —Oyó una voz distante y pausada; una voz que no revelaba ninguna de las convenciones sureñas con que empezaba a familiarizarse—. Soy el teniente Brown. Voy a tener que quedarme más tiempo en el lugar del siniestro.

—¿Hay algún problema?

El hombre soltó una amarga carcajada.

—Supongo que depende de cómo se mire. Se trata de un avión calcinado, un piloto y un estudiante sepultados en el pantano a tres metros de profundidad, un par de esposas histéricas, el propietario de una academia de vuelo furioso y un par de forestales cabreados porque este aterrizaje se ha realizado en medio de una reserva ornitológica.



—Bueno, esperaré con mucho gusto...

El detective lo interrumpió:

—Lo mejor sería que el detective Wilcox lo acompañara hasta el sitio donde hallaron el cadáver de Joanie Shriver. También existen otros lugares de interés que creemos le ayudarían a escribir su historia. En otro momento podremos hablar largo y tendido sobre Robert Earl Ferguson y su crimen.

Cowart escuchó aquella voz metódica. El teniente parecía el tipo de hombre capaz de transformar una recomendación en una exigencia con sólo bajar la voz.

—Me parece bien.

Cowart devolvió el auricular a Wilcox, que escuchó un momento y luego respondió: «¿Estás seguro? Me gustaría...» Luego empezó a asentir con la cabeza, como si el teniente Brown pudiera verle, y colgó.

—De acuerdo —dijo—. Es hora de hacer una visita. ¿Tiene unas botas y unos vaqueros en la habitación del hotel? El lugar al que vamos no es muy agradable.

Cowart asintió y siguió al rechoncho detective, que avanzaba por el pasillo dando brincos con una suerte de malicioso entusiasmo.

Dejaron atrás el radiante sol de la mañana en el coche del detective. Wilcox bajó su ventanilla para que el aire tibio ventilase el interior. Iba tarareando compases de música country; de vez en cuando canturreaba letras plañideras, como «Madres, no dejéis que vuestros hijos sean detectives de homicidios...», y sonreía a Cowart. El periodista contempló el paisaje, sintiéndose un poco desconcertado. Había esperado que el detective mostrara rabia, un estallido de odio y frustración. Ellos sabían a qué había venido; sabían lo que pensaba hacer. Su presencia sólo les traería problemas, especialmente cuando él escribiera que habían torturado a Ferguson para obtener su confesión; pero el detective sólo tarareaba.

—Entonces, dígame —preguntó por fin Wilcox al enfilar una calle sombreada—. ¿Qué opina de Bobby Earl? Ha estado usted en Starke, ¿no?

—Me ha contado una historia muy interesante.

—Apuesto a que sí. Pero ¿usted qué opina?

—Todavía no lo sé —mintió Cowart, aunque no sabía en qué medida.

—Bueno, yo lo calé en cuanto lo vi.

—Eso me dijo él.

El detective soltó una risotada.

—Por supuesto; aunque seguro que no le dijo que yo tenía razón, ¿eh?

—No.

—Ya. En cualquier caso, ¿cómo le va?

—Parece encontrarse bien. Está resentido —contestó Cowart.

—Normal. ¿Tiene buen aspecto?

—No se ha vuelto loco, si se refiere a eso.

El detective rió.

—No, jamás pensaría que Bobby Earl puede volverse loco; ni siquiera en el corredor de la muerte. Siempre fue un hijoputa sin sentimientos. Conservó la frialdad hasta el final, cuando aquel juez le dijo dónde iba a acabar sus días.

Pareció que Wilcox reflexionaba en algo, y de repente sacudió la cabeza al evocar un recuerdo.

—¿Sabe, señor Cowart? Fue así desde el primer minuto de su detención. No pestañeó, no dijo nada, hasta que acabó contándonos lo ocurrido. Y cuando confesó lo hizo con serenidad. ¡Por el amor de Dios!, se limitó a los hechos. Era como si hablara de matar una mosca. Aquella noche volví a casa, pero me había emborrachado tanto que Tanny tuvo que acompañarme y meterme en la cama. Estaba horrorizado.

—Estoy interesado en esa confesión —declaró Cowart.

—Eso espero. ¿Acaso no está ahí toda la historia? —Se echó a reír—. Bueno, va a tener que esperar a que llegue Tanny. Entonces se lo explicaremos todo.

«Apuesto que lo harán», pensó Cowart, y preguntó:

—¿Qué lo horrorizó tanto?

—No tanto él como lo que presentí que podía llegar a hacer.

El detective no entró en detalles y giró en una esquina. Cowart vio que se acercaban al colegio donde se había producido el secuestro.

—Empezaremos por aquí —indicó Wilcox, y paró bajo un oscuro sauce—. Aquí mismo es donde ella subió al coche. Ahora observe.

Reemprendió la marcha suavemente, tomó una curva rápida a la derecha y luego otra a la izquierda, en dirección a una larga avenida con chalets apartados de la calzada y camuflados entre pinos y arbustos.

—Mire, nos dirigimos a casa de Joanie, así que de momento ella no tenía nada que temer, aunque ya estamos lejos del colegio. Ahora fíjese en esto.

Llevó el coche hasta un *stop* que había en una bifurcación. En una dirección había otras casas, aún más dispersas; en la otra, unas decrepitas barracas delante de un henar abandonado teñido de un amarillo verdoso y de un derrengado granero marrón al linde de un oscuro túnel de frondosidad construido por el bosque y el sinuoso pantano.

—Ella habría querido ir hacia allí —dijo el detective, señalando las casas—. Pero él tomó la otra dirección. Yo diría que aquí fue donde le puso la mano encima por primera vez... —Cerró el puño y amagó a Cowart—. Es un tipo fuerte, fuerte como un toro. A lo mejor no impone, pero es lo bastante grande para destrozar a una niña de once años. La pequeña debió de llevarse un buen susto. Él probablemente la obligó a agacharse y pisó el acelerador...

En ese instante, toda la jocosidad que había marcado el comportamiento del detective se desvaneció. Con un gesto brutal, Wilcox se acercó bruscamente a Cowart y le agarró el brazo a la altura del hombro; mientras lo hacía, dio un acelerón y el coche salió lanzado hacia delante, coleando brevemente sobre la

gravilla suelta y la tierra. Wilcox pellizcaba con los dedos los músculos de Cowart y lo zarandeó hasta hacerle perder el equilibrio en el asiento; dio un volantazo a la izquierda. Cowart dejó escapar un grito, un alarido de miedo y estupor, mientras luchaba por asirse al apoyabrazos. El coche viró entonces bruscamente, derrapó en una esquina y Cowart dio bandazos contra la puerta. El detective lo agarró con más fuerza. Él también gritaba, y profería palabras sin sentido con la cara enrojecida por el esfuerzo. En cuestión de segundos, habían pasado las barracas y daban botes sobre un camino salpicado de baches, perdiéndose en el frescor de las sombras proyectadas por el envolvente bosque. Los oscuros árboles parecían abalanzarse sobre ellos mientras el coche avanzaba a velocidad de vértigo. El motor rugía y Cowart se quedó petrificado, esperando empotrarse en la muerte.

—¡Grite! —le ordenó de pronto el detective.

—¿Qué?

—Vamos, ¡grite! —chilló—. ¡Grite pidiendo auxilio, maldita sea!

Cowart se quedó mirando su cara rubicunda y sus ojos enajenados. Las voces de ambos hombres eclipsaron el ruido del motor y los neumáticos, que arañaban la carretera.

—¡Basta ya! —gritó Cowart—. ¿Qué demonios pretende? —Sombras y ramas azotaban el coche al pasar y se abalanzaban sobre ellos desde los márgenes de la carretera como jaurías de fieras—. ¡Deténgase, maldita sea, deténgase!

De pronto, Wilcox lo soltó, agarró el volante con las dos manos y al mismo tiempo dio un frenazo. Cowart estiró el brazo para no empotrarse contra el parabrisas; el coche vibró y paró en seco con un chirrido.

—¡Listo! —exclamó el detective, yapuró la respiración. Le temblaban las manos.

—¿Se ha vuelto loco? —gritó Cowart—. ¿Quiere que nos matemos?

El detective no contestó. Se limitó a apoyar la cabeza en el respaldo y a respirar hondo, como intentando recobrar el dominio perdido en el trayecto suicida; luego se volvió hacia Cowart y, clavando en él sus ojos pequeños y entornados, dijo:

—Relájese, señor periodista. Eche un vistazo alrededor.

—¡Por el amor de Dios!, ¿para qué ha montado todo ese numerito?

—Sólo quería ponerlo un poco en situación.

Cowart respiró hondo.

—¿Conduciendo como un loco e intentando matarnos?

—No —respondió el detective, y le dedicó una sonrisa radiante—. Quería mostrarle lo fácil que le resultó a Ferguson arrancar a esa niña de la civilización para meterla en la puta selva. Eche un vistazo. ¿Cree que aquí alguien podría oírle si gritara pidiendo ayuda? ¿Quién iba a acudir? Observe este lugar, Cowart. ¿Qué ve?

Cowart miró por la ventanilla y vio un oscuro pantano y un bosque que se

extendían ante sus ojos, cubriéndolo todo como una mortaja.

—¿Quién cree que acudiría en su ayuda?

—Nadie.

—¿Quién cree que iba a ayudar a esa niña de once años?

—Nadie.

—¿Sabe dónde estamos? En el infierno. Se llega en cinco minutos; eso es todo. La civilización deja de existir. Ésta es la puta selva. ¿Entiende?

—Entiendo.

—Sólo quería que lo viera tal como Joanie Shriver lo vio.

—Entiendo.

—De acuerdo —dijo el detective, volviendo a sonreír—. Ocurrió así de rápido. Luego se la llevó bosque adentro. Vamos.

Wilcox se apeó y se dirigió al maletero. Sacó unas botas marrones de vadeo y arrojó otro par a Cowart.

—Ésas le servirán.

Cowart empezó a ponérselas trabajosamente. Al hacerlo, miraba el suelo. De repente se agachó y palpó la tierra; luego se reunió con el detective. «Está bien —pensó—, juguemos.»

—Huellas de neumáticos —dijo, señalando el suelo con el dedo.

—¿Qué dice?

—Las huellas de unos putos neumáticos. Mire esta tierra. Si la hubiera traído hasta aquí, el coche habría dejado huellas. Y se podrían haber comparado con las de sus neumáticos. ¿O es que ustedes los vaqueros no saben de estas cosas?

Wilcox sonrió, resistiéndose a morder el anzuelo.

—Era el mes de mayo. La tierra se convierte en polvo.

—No bajo esta fronda.

El detective lo miró fijamente. Luego se echó a reír, socarrón.

—No tiene un pelo de tonto, ¿verdad?

Cowart guardó silencio.

—Los periodistas de por aquí no son tan avispados. No señor.

—No me haga la pelota. ¿Por qué no tomaron muestras de las huellas?

—Porque esta zona se llenó de vehículos del personal de rescate y de los jodidos grupos de búsqueda. Ése fue uno de los grandes problemas que tuvimos en un primer momento. En cuanto corrió la voz de que la habían encontrado, todo el mundo vino aquí. Y pisotearon la maldita escena del crimen. Cuando llegamos Tanny y yo, estaba hecha un mapa. Bomberos, conductores de ambulancia, *boy scouts*, ¡joder! No había ningún control. Nadie tomó ninguna precaución; así que suponga que recogemos una huella de neumático, una pisada, un trozo de ropa enganchada en una zarza, algo. No habría manera de cotejarlo. Para cuando llegamos aquí, y créame que vinimos lo más rápido que pudimos, el lugar estaba abarrotado de gente. ¡Pero por el amor de Dios!, si incluso habían movido el cadáver y lo habían sacado a la

orilla. —Arrugó el entrecejo—. Pero no podemos culparlos —añadió—. La gente estaba loca por esa niña. No habría sido de buen cristiano dejar que las tortugas la mordisquearan en el lodo.

—Entonces, ¿la jodieron?

—Sí. —El detective lo miró a los ojos—. No quiero que esto salga en la prensa. Me refiero a que puede mencionar que la escena del crimen estaba hecha un desastre, pero no quiero leer: «El detective Wilcox reconoce que la jodieron en la escena del crimen.»

Cowart observó cómo se ponía las botas. Entonces recordó otra máxima de Hawkins: si te fijas bien, la escena te lo dirá todo. Pero Wilcox y Brown no habían tenido escena alguna. No habían tenido pruebas impolutas; así que tuvieron que optar por otra cosa que les abriese las puertas del tribunal: una confesión.

El detective se ajustó las botas y dijo:

—Vamos, urbanita. Deje que le enseñe un buen lugar para morir.

Echó a caminar por el bosque, haciendo crujir los matorrales al pasar.

El lugar en que Joanie Shriver había muerto era oscuro y estaba rodeado de algas y lianas, con ramas salientes que tapaban el sol como una cueva natural. Era un pequeño claro cubierto de lodo y agua negra, unos tres metros sobre el nivel del pantano. Se encontraban a escasos cincuenta metros del coche, pero el recorrido había sido accidentado. Cowart tenía arañazos en las manos y el rostro de apartar los espinos a su paso; estaba empapado en sudor, y las gotas que le caían por la frente le escocían los ojos. Cuando llegó al pequeño claro, pensó que allí había algo enfermizo. Por un terrible instante imaginó que su propia hija estaba allí, y se quedó sin respiración. «Piensa una buena pregunta», se repitió mientras miraba al detective. Algo para romper el frío lazo que le había echado al cuello su propia imaginación.

—¿Cómo pudo llegar hasta aquí con la niña pataleando y dando gritos? —dijo al cabo.

—Pensamos que estaba inconsciente. Sería sólo peso muerto.

—¿Cómo?

—No tenía heridas defensivas en las manos ni en los brazos... No había indicios de que se defendiera, ni rastro de piel bajo las uñas. En cambio, tenía una fuerte contusión en la sien; el forense cree que llevaba bastante tiempo inconsciente. Supongo que eso es un consuelo; al menos no debió de ser muy consciente de lo que le estaba ocurriendo. —Se acercó al tronco caído de un árbol y señaló el suelo—: Aquí encontramos su ropa. Es de locos, pero estaba perfectamente doblada, impecable.

Luego se alejó unos pasos hacia el centro del claro. Levantó la mirada como para atisbar el cielo entre tanta espesura, movió la cabeza y le hizo señas a Cowart.

—En este punto hallamos la mayor parte de los restos de sangre. La mató justo aquí.

—¿Cómo es que nunca se encontró el arma homicida?

El detective se encogió de hombros.

—Mire alrededor. Peinamos toda la zona y utilizamos un detector de metales. Nada. O bien se deshizo de ella en otro sitio o no sé. Mire, usted mismo podría vadear el pantano y clavar un cuchillo en el lodo del fondo, a unos treinta centímetros de profundidad, y nosotros jamás lo encontraríamos, a no ser que lo pisáramos.

Siguió caminando por el claro.

—Había un pequeño rastro de sangre que llevaba justo hasta allí. La autopsia confirmó que la violación precedió a la muerte, así como la mitad de los cortes; aunque buena parte de ellos se realizaron después. Es como si al verla muerta se hubiese vuelto loco y sentido un irrefrenable impulso de acuchillarla. En cualquier caso, en cuanto acabó con ella, la arrastró hasta aquí y la arrojó al agua.

Señaló la orilla del lago.

—La sumergió en el agua y la escondió bajo esas raíces de ahí. Nadie la vería hasta tenerla justo debajo de los pies. Además, camufló la superficie con broza suelta. Tuvimos suerte de encontrarla con tanta rapidez. Vaya si tuvimos suerte. Los muchachos habrían pasado de largo si no hubiera sido porque a uno de ellos se le enganchó la gorra en una rama baja. Cuando alargó la mano para recogerla, la vio ahí abajo. Realmente fue como encontrar una aguja en un pajar.

—¿Y no había ningún indicio en la ropa de Ferguson? ¿Sangre, pelo o algo así?

—Registramos su casa poco después de que confesara, pero no hallamos nada.

—Lo mismo con el coche. Tenía que haber algo.

—Cuando detuvimos a ese cabronazo, estaba acabando de limpiar el coche. Lo dejó como una patena. Le faltaba un trozo a la alfombrilla del pasajero, aunque desde hacía algún tiempo. Como le digo, el jodido coche estaba reluciente. No encontramos nada. —Se enjugó la frente y miró el sudor recogido en los dedos—. De todas formas, no disponemos de los mismos equipos forenses que los colegas de la gran ciudad. Quiero decir que no es que estemos en la prehistoria o algo así, pero aquí el trabajo de laboratorio va lento y no es del todo fiable. Tal vez hubiera algo que un auténtico profesional habría encontrado con uno de esos espectrógrafos del FBI. Nosotros no encontramos nada. Lo intentamos por todos los medios, pero en vano. —Hizo una pausa—. Bueno, en realidad hallamos una cosa, aunque no sirvió de nada.

—¿Qué cosa?

—Un único pelo púbico. El problema es que no coincidía con los de Joanie Shriver, y tampoco era de Ferguson.

Cowart meneó la cabeza. Notaba el bochorno, el aire pesado que lo

ahogaba.

—Si confesó, ¿por qué no dijo dónde estaba la ropa? ¿Por qué no dijo dónde había escondido el cuchillo? ¿De qué sirve una confesión si no incluye todos los detalles?

Wilcox lo fulminó con la mirada. Iba a decir algo, pero se tragó las palabras, dejando las preguntas en el aire cálido y apacible del claro.

—Vamos —dijo. Dio media vuelta y se dispuso a salir del claro, sin volver la vista atrás para comprobar que Cowart le seguía—. Aún tenemos que ir a otro sitio.

Cowart se quedó contemplando la escena del crimen; quería grabarla en su memoria. Luego, con una mezcla de entusiasmo e indignación, siguió los pasos del detective.

Wilcox detuvo el coche frente a una casita similar a todas las casas de aquella manzana. Era un chalet blanco con el césped cuidado y un garaje anexo; un sendero de ladrillo rojo llevaba hasta el porche. Cowart observó que tenía un patio trasero con una barbacoa negra en un rincón. Un pino alto mantenía la mitad de la casa fresca en las horas de más calor, y proyectaba una amplia sombra sobre la fachada. No sabía dónde estaban ni por qué se habían parado allí, de manera que miró al detective.

—Su próxima entrevista —dijo Wilcox, que había guardado silencio desde que abandonaran la escena del crimen—. Si se atreve.

—¿Quién vive en esta casa? —preguntó Cowart con inquietud.

—Los padres de Joanie Shriver.

Cowart respiró hondo.

—Aquí es...

—Aquí es a donde Joanie se dirigía. Y a donde nunca llegó. —Echó un vistazo al reloj—. Tanny les dijo que estaríamos aquí hacia las once y llegamos un poco tarde, así que démonos prisa. A menos que...

—¿Amenos qué?

—Que no desee hacer esta entrevista.

Cowart lo miró, luego a la casa y de nuevo al detective:

—La haré —dijo—. Le gustaría ver lo comprensivo que soy con ellos, ¿verdad? Le parece que voy a ser más que indulgente con Ferguson, de manera que esto es parte de alguna clase de prueba, ¿no?

El detective apartó la mirada.

—¿No?

Wilcox se removió en el asiento y lo miró fijamente.

—Lo que usted aún no sabe, señor Cowart, es que ese hijoputa mató a la niña. Ahora, ¿quiere ver lo que eso significa o no?

—Normalmente mis entrevistas las programo yo —respondió Cowart, con más afectación de la deseada.

—Entonces, ¿quiere irse? ¿Volver en mejor ocasión?

Tuvo la sensación de que eso era lo que el detective buscaba. Wilcox

ansiaba tener todos los motivos del mundo para odiarle, y éste no estaría mal para empezar.

—No —dijo Cowart, y abrió la puerta del coche—. Hablemos con esa gente.

Cerró de un portazo y recorrió el sendero a paso ligero. Llamó al timbre con Wilcox a su espalda. Oyó unos pasos pesados en el interior; a continuación, la puerta se abrió. Se vio reflejado en los ojos de una mujer madura con un inconfundible aspecto de ama de casa. Llevaba poco maquillaje, aunque parecía haber pasado horas arreglándose su pelo castaño. Eso realzaba la expresión de su rostro. Llevaba un sencillo vestido color habano de andar por casa y unas sandalias. Sus ojos eran azules y, por un momento, Cowart vio el mentón, las mejillas y la nariz de la niña en la madre, que lo observaba con expectación. Apartó aquella visión de su mente y dijo:

—¿Señora Shriver? Soy Matthew Cowart, del *Miami Journal*. Tengo entendido que el teniente Brown le dijo...

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, sí; pase, señor Cowart. Por favor, llámeme Betty. Tanny dijo que el detective Wilcox le traería por aquí esta mañana. Sabemos que está escribiendo un artículo sobre Ferguson. Aprovechando que mi marido está en casa, nos gustaría hablar con usted.

Su voz tenía una calmada simpatía que no lograba ocultar su angustia. «Elige sus palabras con cuidado porque no quiere que la emoción la traicione, al menos de momento», pensó Cowart. Siguió a la mujer hasta el interior, pensando: «Pero lo hará.»

La madre de la niña asesinada lo condujo por un breve pasillo hasta el salón. Cowart era consciente de que Wilcox iba a la zaga, pero no le hizo caso. Nada más entrar, un corpulento hombre calvo y barrigudo se levantó de un sillón reclinable. Por un momento le costó, pero finalmente logró ponerse en pie y se adelantó para estrechar la mano de Cowart.

—Soy George Shriver —dijo—. Me alegra tener esta oportunidad.

Cowart asintió y echó un rápido vistazo alrededor, procurando retener los detalles. El salón, al igual que el exterior, era moderno y elegante; los muebles, en cambio, eran sencillos, y en las paredes colgaban cuadros de vivos colores. Tenía algo de acogedor y a la vez de caprichoso, como si cada detalle de aquel salón lo hubieran dispuesto sin tener en cuenta los demás, por mero deseo, no necesariamente porque combinara con otra cosa. La impresión general era un poco incoherente, pero bastante acogedora. Una pared estaba dedicada a retratos de familia, y Cowart los contempló. La fotografía de Joanie que había visto en el colegio colgaba en el centro de la pared, rodeada de otras. Reparó en un hermano y una hermana mayores, y en los habituales retratos de familia.

George Shriver siguió su mirada y dijo:

—Los dos mayores, George Junior y Anne, estudian en la Universidad de Florida... Seguramente habrían preferido estar aquí.

—Joanie era la pequeña —añadió Betty Shriver—. Se estaba preparando



para ir al instituto... —De repente se quedó sin aliento, con los labios temblorosos, y se apartó de las fotografías.

Su marido le tendió una mano y la llevó al sofá para que se sentara un rato. Pero enseguida se levantó y dijo:

—Señor Cowart, disculpe mis modales. ¿Le apetece algo de beber?

—Agua con hielo, gracias —contestó él, mientras se retiraba de los retratos para quedarse en pie al lado de una butaca.

La mujer desapareció unos instantes, y Cowart aprovechó para hacerle a George Shriver una pregunta inofensiva, algo con lo que disipar la triste atmósfera que de pronto envolvía el salón:

—¿Es usted concejal de la ciudad?

—Ex —respondió—. Ahora me paso el tiempo en la tienda. Soy dueño de un par de ferreterías, una de ellas está aquí, en Pachoula, y la otra de camino a Pensacola. Eso me mantiene ocupado; sobre todo ahora que se acerca la primavera. —Hizo una pausa, y prosiguió—: Solía interesarme el mundillo de la política municipal, pero lo dejé cuando nos arrebataron a nuestra Joanie; luego perdimos tanto tiempo con lo del juicio, y todo parecía pasar tan rápido, que nunca más volví a la concejalía. Si no hubiera sido por nuestros otros hijos, George Júnior y Anne, me temo que nos habríamos derrumbado. No sé lo que podría habernos pasado.

La señora Shriver regresó con el vaso de agua con hielo. Cowart observó que había aprovechado la ausencia para recobrar la compostura.

—Lamento tener que removerles cosas dolorosas —dijo.

—Preferimos mostrar nuestros sentimientos que ocultarlos —respondió George Shriver. Acto seguido, se sentó junto a su esposa en el sofá y le pasó el brazo por los hombros—. El dolor nunca se va, ¿sabe? A veces se calma un poco, pero hay detalles que lo avivan. Cuando estoy sentado y oigo a algún niño del vecindario, aunque sólo sea por un instante, pienso que es ella. Y eso duele, señor Cowart, duele mucho. O cuando bajo aquí por la mañana para servirme un café, y me siento a contemplar todas esas fotografías, como ha hecho usted. Lo único que puedo pensar es que aquello no ocurrió, que va a salir de su habitación dando brincos, como siempre, alegre y radiante y dispuesta para un nuevo día, porque era esa clase de niña. Un sol.

Los ojos de aquel hombretón estaban arrasados en lágrimas, pero su voz permanecía serena.

—Voy a misa algo más de lo que solía; me da consuelo. Y los sucesos más lamentables, señor Cowart, sólo consiguen que me resienta. Hace un año vi un programa especial sobre los niños que mueren de hambre en Etiopía. Pues eso queda en la otra punta del mundo y, bueno, yo nunca he salido del norte de Florida, salvo para hacer el servicio militar. Pero ahora cada mes envío dinero a las organizaciones de ayuda humanitaria. Cien dólares aquí, cien dólares allá. No podía soportarlo, ¿sabe? Pensar que unos bebés iban a morir sólo por falta de alimento... me repugnaba la idea. Tenía presente lo mucho que quería a mi

niña, y que me la habían robado. Así que supongo que lo hago por ella. Debo de estar loco. Cuando voy a la tienda, me pongo a echar cuentas y empieza a hacerse tarde, entonces recuerdo que a veces me quedaba a trabajar hasta las tantas y me perdía la cena con los niños. Volvía a casa cuando ya estaban dormidos, sobre todo mi pequeña; subía a su habitación y estaba allí acostada... Odio ese recuerdo, odio haberme perdido una de sus carcajadas o una de sus sonrisas; eran tan pocas y tan preciosas, como pequeños diamantes.

George Shriver recostó la cabeza y se quedó mirando el techo. Respiraba con dificultad y el movimiento de su camisa blanca acompañaba cada aliento y cada recuerdo.

Su esposa se había quedado en silencio, pero los ojos se le habían enrojecido y las manos le temblaban en el regazo.

—Somos gente normal y corriente, señor Cowart —dijo lentamente—. George ha trabajado duro y ha llegado a ser alguien en la vida para que nuestros hijos lo tengan más fácil. George Júnior será ingeniero, y a Anne se le dan muy bien las ciencias. Puede que vaya a la facultad de medicina. —De repente sus ojos brillaron de orgullo—. ¿Se lo imagina? Un médico en la familia. ¿Sabe?, hemos trabajado duro para que ellos puedan llegar más lejos.

—Quisiera preguntarles qué opinan de Robert Earl Ferguson —dijo Cowart con tacto.

Hubo un largo silencio. Betty Shriver respiró hondo antes de responder:

—Es un odio que va más allá del odio. Es una espantosa ira contraria al espíritu cristiano, señor Cowart; es sólo una ira oscura y terrible que llevamos dentro y que nunca desaparece.

Su marido sacudió la cabeza.

—Hubo un tiempo en que lo habría matado con mis propias manos sin vacilar. No sé si todavía pienso lo mismo. ¿Sabe, señor Cowart?, ésta es una comunidad conservadora: la gente va a misa, saluda la bandera, bendice la mesa antes de comer y vota al partido republicano ahora que los demócratas han olvidado sus principios. Yo diría que, si parara al azar a diez tipos en la calle y se lo preguntara, le dirían: «No, no lleven a ese tío a la silla eléctrica; tráiganlo de vuelta aquí y dejen que nosotros nos encarguemos de él.» Hace cincuenta años lo habrían linchado; ¿qué digo?, hace menos de cincuenta. Supongo que las cosas han cambiado. Pero cuanto más se alarga esto, más convencido estoy de que nosotros también hemos sido condenados, no sólo él. Pasan los meses y los años. Él tiene a todos esos abogados a su servicio, y nosotros nos enteramos de que hay otra apelación, otra vista, otro algo, y eso nos lo trae todo de vuelta a la memoria. Nunca tendremos la oportunidad de superarlo, que no es que se pueda, pero al menos deberíamos tener la oportunidad de seguir adelante con lo que nos queda de vida, aunque todo carezca ya de sentido. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Es como si viviéramos con él en una especie de prisión.

Al cabo de unos segundos, Cowart preguntó:

—Pero ¿ustedes saben cuál es mi propósito?

—Sí, señor —contestaron al unísono.

—Díganme, ¿qué saben? —quiso saber.

Betty Shriver se inclinó hacia delante.

—Sabemos que está investigando el caso; comprobando que no se cometiera ninguna injusticia al respecto. ¿Me equivoco?

—Algo así.

—¿Y cuál cree que fue la injusticia? —indagó George Shriver, en un tono afable, curioso y exento de ira.

—Bueno, eso mismo les pregunto yo. ¿Qué les pareció el juicio?

—Ese bastardo fue condenado, y eso es lo único que... —respondió alzando la voz. Pero su esposa le puso la mano en la pierna y él pareció calmarse.

—Presenciamos todo el juicio, señor Cowart —dijo Betty Shriver—. Cada minuto. Lo vimos allí sentado. En sus ojos había una especie de miedo, una especie de terrible ira hacia todos. Me dijeron que odiaba Pachoula, que odiaba a todos sus habitantes, blancos y negros, sin distinción. Podía percibirse ese resentimiento cada vez que se removía en su asiento. Supongo que el jurado también lo percibió.

—¿Y las pruebas?

—Le preguntaron si lo había hecho y dijo que sí. ¿Quién diría algo así si no fuese cierto? Confesó que lo había hecho él. Esas fueron sus palabras. Fueron sus palabras, maldita sea.

Se hizo de nuevo el silencio, antes de que George Shriver añadiera:

—Bueno, la verdad es que a mí me preocupaba que no tuvieran más pruebas contra él. Hablamos horas y horas con Tanny y el detective Wilcox sobre eso. Tanny se sentaba justo donde ahora está usted, noche tras noche. Nos explicaba lo ocurrido, y que el caso era peliagudo. Por suerte, por un cúmulo de circunstancias terminó ante los tribunales. ¡Dios mío!, puede que nunca hubieran encontrado a Joanie; eso también fue una suerte. Ojalá hubieran tenido más pruebas, sí señor, ojalá. Pero bastó con eso. Tenían su declaración y eso ya era mucho para mí.

«Ya», pensó Cowart.

Al cabo de un momento, la mujer preguntó en voz baja:

—¿Va a escribir un artículo?

Cowart asintió con la cabeza y respondió:

—Aún no sé muy bien qué clase de artículo.

—¿Qué ocurrirá?

—No lo sé.

Ella frunció el entrecejo e insistió:

—Le ayudará, ¿no?

—Eso no lo sé.

—Pero difícilmente lo perjudicará, ¿verdad?

Cowart volvió a asentir.

—Eso es cierto. Después de todo, está en el corredor de la muerte. No tiene nada que perder.

—Me gustaría verlo allí —dijo Betty Shriver. Luego se puso en pie y le pidió que la siguiera.

Recorrieron un pasillo y llegaron a un ala de la casa. Ella se detuvo ante una puerta y cogió el pomo, sin abrirla.

—Ojalá yo estuviera allí hasta que lo juzgue el Creador. Entonces tendría que responder por todo ese odio con que nos robó a nuestra niña. No le desearía la vida, no señor, no se la desearía. Es más, ni siquiera desearía su muerte. Pero usted haga lo que tenga que hacer, señor Cowart. Sólo recuerde esto. —Y abrió la puerta.

Cowart miró el interior y vio la cama de una niña. Las paredes estaban empapeladas de rosa y blanco y un suave volante rodeaba la cama. Había muñecos de peluche con grandes ojos tristes y dos móviles brillantes colgaban del techo; fotografías de bailarinas y un póster de Mary Lou Retton, la gimnasta, decoraban las paredes. También había un anaquel lleno de libros, entre ellos *Misty de Chincoteague*, *Belleza negra* y *Mujercitas*. Sobre el escritorio vio una graciosa fotografía de Joanie con un estrafalario maquillaje y vestida como una chica de los locos años veinte; junto a la fotografía, una caja rebosaba bisutería de colores chillones. En la esquina de la habitación había una casa de muñecas grande repleta de figuras y una boa rosa de peluche asomaba por el borde de la cama.

—Estaba así la mañana en que se fue para no volver jamás. Y así se quedará —dijo Betty Shriver.

Luego dio media vuelta de repente, con los ojos llenos de lágrimas, llorando desde lo más hondo de su corazón. Por un instante se quedó mirando la pared, respirando agitadamente. Luego se alejó tambaleándose, para desaparecer por otra puerta que cerró tras ella, aunque no lo suficiente para acallar el doloroso llanto que resonó en toda la casa. Cowart se asomó al pasillo y vio que el padre de la niña seguía sentado, mirando absorto al frente, inmóvil, y que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Cowart quiso cerrar los ojos, pero se encontró contemplando con morbosa fascinación el cuarto de la pequeña. Todos los objetos infantiles, las chucherías y los adornos se le echaron encima y, por un instante, creyó que le faltaba la respiración. Cada sollozo de la madre parecía oprimirle el pecho. Pensó que se iba a desmayar, pero salió de la habitación, convencido de que nunca iba a olvidarla, e hizo un gesto con la cabeza a Wilcox. Por un instante quiso disculparse y dar las gracias a George Shriver, pero supuso que sus palabras sonarían vacías como la agonía de aquellos padres. Así que, de puntillas cual ladrón de almas, se marchó sigilosamente.

Cowart tomó asiento sin mediar palabra en el despacho del teniente Brown.

Wilcox se sentó al otro lado de la mesa y se puso a hojear un grueso expediente marcado «Shriver». No se habían hablado desde que salieron de la casa. Cowart contempló largamente un enorme roble cuyas ramas se agitaban bajo una repentina brisa más allá de la ventana.

De pronto, Wilcox encontró lo que buscaba y arrojó un sobre de papel manila encima de la mesa, justo delante de él.

—Mire —le espetó a Cowart—. Le vi echar un buen vistazo a esa preciosa fotografía de Joanie que cuelga en el salón de los Shriver. Creí que tal vez le gustaría ver el aspecto que tenía después de que Ferguson acabara con ella.

Cowart recogió el sobre sin responder y sacó las fotografías. La peor era la primera: la niña tendida sobre una camilla en la sala del forense, antes de iniciarse la autopsia. Tierra y sangre todavía desdibujaban sus rasgos. Estaba desnuda, y su cuerpo apenas empezaba a dar muestras de madurez. Cowart vio unas heridas de arma blanca en el tórax que le rebanaban los pechos en flor. El cuchillo también le había perforado el estómago y la entrepierna en una docena de puntos. Temiendo marearse, siguió mirando, esta vez la cara de la niña. Parecía hinchada y la piel casi le colgaba, tantas horas había pasado sumergida en la ciénaga. Por un instante, Cowart pensó en los muchos cadáveres que había visto en diferentes lugares y en los cientos de fotografías de autopsia presentadas en los juicios que había cubierto. Volvió a mirar los restos de Joanie y advirtió que, pese a todo el mal que le habían hecho, había logrado conservar su identidad de niña. La llevaba grabada en el rostro, incluso después de muerta. Y a Cowart eso pareció dolerle aún más.

Empezó a ojear las demás, en su mayoría fotografías de la escena del crimen que mostraban su imagen tras haber sido rescatada del pantano. Asimismo, comprobó cuánto tenía de verdad lo que le había explicado Bruce Wilcox: cientos de huellas embarradas rodeaban el cuerpo. Siguió examinando las fotografías, para descubrir más señales de contaminación del lugar del crimen, y sólo levantó la mirada cuando oyó que la puerta se abría a su espalda y que Wilcox decía:

—Tanny, caramba, ¿por qué has tardado tanto?

Cowart se puso en pie, dio media vuelta y su mirada se encontró con la del teniente Theodore Brown.

—Encantado, señor Cowart —dijo el policía tendiéndole la mano.

Cowart se la estrechó sin saber qué decir. Asimiló el aspecto del policía en un segundo: Tanny Brown era del tamaño de un defensa de fútbol americano, muy por encima del metro ochenta, y tenía una constitución robusta, de brazos largos y fuertes. Llevaba el pelo al rape y usaba gafas. Y era negro, de un llamativo e intenso ónice oscuro.

—¿Algún problema? —preguntó Tanny Brown.

—No —respondió Cowart, recobrando la compostura—. No sabía que usted era negro.

—Vaya. Ustedes los tipos de ciudad se creen que aquí todos somos unos

guaperas como Wilcox, ¿no?

—No. Sólo que me sorprende. Lo siento.

—Tranquilo. De hecho —prosiguió el policía con su voz firme y sin acento—, estoy acostumbrado al factor sorpresa. Pero si fuera a Mobile, Montgomery o Atlanta, se encontraría con que allí hay muchos más rostros negros con uniforme de los que se imagina. Todo cambia, incluso la policía; aunque dudo que usted lo crea así.

—¿Porqué?

—Porque la única razón que le trae aquí es que se ha tragado la mierda que ese cabronazo asesino y sus abogados le han contado.

Cowart se limitó a tomar asiento y observar cómo el teniente cogía la silla que Wilcox había ocupado, mientras el detective echaba mano de una plegable y se sentaba a su lado.

—¿Se lo cree? —preguntó Brown bruscamente.

—¿Por qué? ¿Es importante para usted saber si me lo creo?

—Bueno, podría simplificar las cosas. Si usted me dice que sí, que cree que al muchacho le sacamos la confesión a golpes, entonces no tendríamos mucho de qué hablar, porque yo le diría que no, que no lo hicimos, que es absurdo. Y usted podría escribir eso en su libretita y no se hablaría más del tema. Publicaría su artículo y que sea lo que Dios quiera.

—No simplifiquemos tanto —replicó Cowart.

—Ya. Bien, ¿qué quiere saber?

—Quiero saberlo todo. Desde el principio. Sobre todo, qué les hizo ir a por Ferguson, pero también me gustaría saberlo todo sobre la confesión. Y no omita ningún detalle. ¿No es eso lo que diría a alguien antes de tomarle declaración?

Tanny Brown acomodó su corpachón en la silla y sonrió, pero no porque le hiciera gracia.

—Precisamente eso es lo que yo diría —confirmó. Se removió en la silla, pensativo, aunque sin apartar la vista de Cowart—. Robert Earl Ferguson encabezaba la reducida lista de sospechosos desde que descubrimos el cuerpo de la niña.

—¿Porqué?

—Era sospechoso de otras agresiones.

—¿Qué otras agresiones?

—Media docena de violaciones en el condado de Santa Rosa, y en la frontera con Alabama, cerca de Atmore y Bay Minette.

—¿Qué pruebas tiene de ello?

Brown negó con la cabeza.

—No hay pruebas. Físicamente, encajaba con el retrato robot que pudimos reconstruir, en colaboración con detectives de esos lugares. Y las violaciones coinciden todas con momentos en los que él abandonaba la universidad para irse de vacaciones y visitar a su abuela.

—Sí. ¿Y qué?

—Y eso es todo.

Cowart permaneció un instante en silencio.

—¿Eso es todo? ¿No hay pruebas que lo vinculen a esas agresiones? Me imagino que mostrarían su fotografía a esas mujeres.

—Sí, pero ninguna pudo identificarlo.

—Y el pelo que encontraron en su coche, que no pertenecía a Joanie Shriver, ¿lo cotejaron con las víctimas de esos otros casos?

—Sí.

—¿Y?

—No se halló relación alguna.

—¿El *modus operandi* de esas agresiones fue el mismo que en el caso de Joanie Shriver?

—No. Cada caso presentaba ciertas similitudes, pero también había aspectos diferentes. En dos de ellos se empleó un arma de fuego para intimidar a las víctimas, y en el resto un arma blanca. A un par de mujeres las siguieron hasta sus casas; a la otra la agredieron mientras hacía *footing*. No pudimos determinar un patrón sistemático.

—¿Las víctimas eran blancas? —preguntó Cowart.

—Sí.

—¿Jóvenes, como Joanie Shriver?

—No. Todas eran adultas.

Cowart hizo una pausa y luego preguntó:

—Teniente, ¿sabe cuáles son las estadísticas del FBI sobre violaciones de negros a blancas?

—Sé que usted me lo va a decir.

—Menos del cuatro por ciento de los casos denunciados en todo el país. Es una rareza, pese a tanto estereotipo y tanta paranoia. ¿Cuántos casos de violaciones de negros a blancas ha tenido en Pachoula antes de Ferguson?

—Ninguno, que yo recuerde. Y no me sermonee sobre estereotipos. — Brown miraba a Cowart, y Wilcox cambió de posición en su silla—. Las estadísticas no dicen nada —añadió tranquilamente.

—¿Ah, no? Vale. Pero él estaba en casa, de vacaciones.

—Así es.

—Y a nadie le caía muy bien. O eso he oído.

—Correcto. Era una rata de alcantarilla que miraba a todo el mundo por encima del hombro.

Cowart lo observó un momento y luego dijo:

—¿Sabe lo ridículo que suena eso? Una persona que no es bien recibida viene a ver a su abuela y ustedes quieren acusarla de violación. No me extraña que no le gustara estar aquí.

Tanny Brown refunfuñó algo, pero luego calló. Durante unos segundos clavó la mirada en Cowart, como intentando penetrar en su interior. Finalmente, respondió despacio:

—Sí. Sé lo ridículo que suena. —Sus ojos se entornaron.

Cowart se inclinó hacia delante en la silla. «No lograré ponerme nervioso», pensó, y con voz firme dijo:

—¿Por eso fue primero a casa de su abuela, a buscarlo?

—Eso es. —Brown se disponía a añadir algo cuando, de pronto, cerró la boca.

Cowart notaba la tensión entre ambos y sabía lo que el teniente iba a decir en aquel preciso instante:

—Tenía un presentimiento, ¿verdad? El sexto sentido del viejo policía. La corazonada de que debía obrar en consecuencia. Eso es lo que iba a decir, ¿no?

Brown lo fulminó con la mirada.

—Vale. Sí. Exacto. —Miró a Wilcox y luego a Cowart—: Bruce me ha advertido de que tenía usted mucha labia, pero supongo que quería comprobarlo personalmente.

Cowart devolvió al teniente su fría mirada.

—No es que tenga mucha labia. Usted haría lo mismo si estuviera en mi lugar.

—No, no es verdad —dijo Brown—. Yo no intentaría ayudar a ese asesino hijo de puta a salir del corredor de la muerte.

Ambos guardaron silencio. Al cabo de unos momentos, Brown dijo:

—Esto no es justo.

—Exacto, si lo que usted pretende es convencerme de que Ferguson es un mentiroso.

Brown se puso en pie y empezó a pasearse por el despacho, al parecer reflexionando. Se movía como agazapado, como un velocista en la línea de salida esperando el pistoletazo, con los músculos tensos, y en todo momento hacía saber a Cowart que no le gustaba nada verse limitado, ni en aquel diminuto despacho, ni por los detalles.

—Era culpable —dijo por fin—. Lo supe desde el primer momento en que lo vi, mucho antes de lo de Joanie Shriver. Puede que no sea una prueba, pero yo lo sabía.

—¿Cuándo fue eso?

—Un año antes del asesinato. Lo eché de la entrada del instituto. Estaba sentado en aquel coche, viendo salir a los chicos.

—¿Y qué hacía usted allí?

—Recoger a mi hija. Ahí fue donde lo descubrí. Después de aquel día lo vi varias veces, siempre haciendo algo que me incomodaba, estaba en el sitio equivocado en el momento menos indicado; o conduciendo despacio por la calle, siguiendo a alguna chica. Y no sólo yo lo noté, sino también un par de policías de Pachoula que me lo comentaron. Una vez lo trincaron a medianoche, merodeando tras un bloque de apartamentos; cuando el coche patrulla pasó por allí, trató de esconderse. Retiraron los cargos, pero aun así...

—Sigo sin ver pruebas.



—¡Maldita sea! —estalló el teniente—. ¿Es que no me está escuchando? No teníamos ninguna. Nos guiamos por impresiones. Por ejemplo, cuando llegamos a casa de Ferguson y lo vimos lavando el coche y que ya había arrancado un trozo de alfombrilla; o cuando lo primero que salió de su boca fue «Yo no maté a esa niña», antes de oír ninguna pregunta. Y por la manera de sentarse en la sala de interrogatorios, riendo porque sabía que no teníamos pruebas. Todas esas impresiones eran algo más que mero instinto, porque el muy cabrón acabó hablando. Y, sí señor, todas esas impresiones resultaron absolutamente fundadas, porque al final confesó haber matado a la niña.

—Entonces, ¿dónde está el cuchillo? ¿Dónde está su ropa cubierta de sangre y lodo?

—Eso no lo dijo.

—¿Explicó que la estuvo esperando a la salida del colegio? ¿Cómo la metió en el coche? ¿Lo que le dijo? ¿Si ella se resistió? ¿Qué les contó Ferguson?

—¡Maldita sea, léalo usted mismo!

El teniente Brown sacó unos papeles de la carpeta que tenía sobre la mesa y los arrojó hacia Cowart; éste bajó la mirada y vio que se trataba de la copia oficial de la confesión, transcrita por un taquígrafo judicial. Era breve, de sólo tres páginas. Los dos detectives le habían leído todos sus derechos, en especial el derecho a un abogado. La lectura de los derechos ocupaba toda una página. Le habían preguntado si lo entendía y él les había respondido que sí. La primera pregunta estaba formulada en términos policiales: «Veamos, hacia las tres de la tarde del 4 de mayo de 1987, ¿pudo haber pasado usted por la esquina de las calles Grand y Spring, próxima al colegio King?» Y Ferguson había contestado con un monosílabo: «Sí.» Entonces los detectives le habían preguntado si había visto a la niña, en lo sucesivo Joanie Shriver, y una vez más su respuesta había sido una simple afirmación. Después pasaron a reconstruir minuciosamente los hechos, y cada vez que preguntaban algo recibían una respuesta afirmativa, aunque ninguna matizada con el menor detalle. Cuando le habían interrogado sobre el arma y otros aspectos cruciales del crimen, él había contestado que no lo recordaba. La pregunta final estaba pensada para establecer la premeditación. Era la que había llevado a Ferguson al corredor de la muerte: «¿Aquel día fue usted a aquel lugar con la intención de secuestrar y asesinar a una niña?» Y, de nuevo, él respondió con un sencillito y terrible: «Sí.»

Cowart meneó la cabeza. Ferguson no había articulado más que una única palabra, «Sí», una y otra vez. Cowart se volvió hacia Brown y Wilcox:

—No es precisamente un modelo de confesión, ¿no?

Wilcox, que había permanecido sentado, aquejado de una creciente frustración, acabó levantándose con la cara enrojecida y amenazó al periodista:

—¿Qué cojones quiere? Maldita sea, estoy tan seguro de que Ferguson mató a esa niña como de que ahora estoy aquí de pie. Pero usted es tan imbécil que no quiere oír la verdad.

—¿La verdad? —Cowart negó con la cabeza y Wilcox estalló.

El detective se abalanzó desde el otro lado de la mesa y agarró al periodista de la chaqueta, arrastrándolo hasta sus pies.

— ¡Me está cabreando, gilipollas! ¡Y más le vale que no me cabree!

Brown se lanzó para sujetar a su compañero con una mano y apartarlo de un empujón, dominando fácilmente a aquel hombre enjuto y más pequeño que él. No dijo nada, ni siquiera cuando Wilcox se volvió hacia él farfullando con rabia apenas controlada. Luego se volvió hacia Cowart, pero acabó saliendo de la oficina, con los puños apretados y sin poder articular palabra.

Cowart se recompuso la chaqueta y se dejó caer en la silla pesadamente. Respiraba agitadamente y la adrenalina le palpitaba en las sienes. Tras unos momentos de silencio, lanzó una mirada a Brown.

— No iré a decirme ahora que no golpeé a Ferguson y que en las treinta y seis horas de interrogatorio en ningún momento perdí la paciencia.

El teniente arrugó el entrecejo, como intentando evaluar el daño causado por aquel arrebató de ira. Luego sacudió la cabeza y dijo:

— No, la verdad es que la perdí. Una o dos veces, antes de que yo lo refrenara. Pero sólo abofeteó a Ferguson.

— ¿No le dio ningún puñetazo en el estómago?

— No que yo sepa.

— ¿Y las guías de teléfonos?

— Un viejo truco — dijo Brown enarcando las cejas —. Pero no las usó, pese a lo que diga Ferguson.

El teniente se volvió para mirar por la ventana. Al cabo de un rato dijo:

— Señor Cowart, creo que no se lo haré entender. La muerte de esa pequeña ha sacado a todo el mundo de sus casillas y aún está presente. Pero a nosotros, que tuvimos que llevar el caso a pesar del desastre emocional, nos ha tocado la peor parte. Ha sido un golpe durísimo. Nosotros no éramos ni buenos ni malos, sólo queríamos atrapar al asesino. Yo me pasé tres noches en vela, ninguno de nosotros podía pegar ojo. Pero lo atrapamos, y ahí estaba él, sonriéndonos como si nada hubiera pasado. No culpo a Bruce Wilcox por haber perdido un poco la paciencia; es más, creo que todos teníamos los nervios de punta. Y aun entonces, con esa confesión, que si bien, como usted dice, no es modélica, sí fue lo máximo que pudimos arrancarle a ese hijo de puta; aun entonces, el asunto era muy delicado. Esta condena pende de un hilo muy fino, todos lo sabemos. Entonces aparece usted, haciendo preguntas, y como cada una de esas preguntas va desgastando un poco más ese hilo, nos ponemos un poco furiosos. Oiga, le pido disculpas por el comportamiento de mi colega. No quiero que se revoque esta condena, porque entonces no podría mirar a los Shriver a la cara, ni a mi propia familia; ni siquiera podría mirarme a mí mismo. Quiero que ese hombre pague por lo que hizo.

El teniente esperó la reacción de Cowart. Éste tuvo una repentina sensación de éxito y decidió consolidar su ventaja.

— ¿Qué política siguen en su departamento respecto a entrar con armas en

las salas de interrogatorios?

—No está permitido, y todos los agentes lo saben. El sargento de servicio lo comprueba. ¿Por qué?

—¿Le importaría ponerse en pie un momento?

Brown se encogió de hombros y se levantó de la silla.

—Ahora enséñeme los tobillos.

Pareció sorprendido.

—No entiendo...

—Con su permiso, teniente.

Brown lo miró con ceño.

—¿Es esto lo que quiere ver? —Levantó la pierna y puso el pie encima de la mesa, levantando la pernera del pantalón. En el tobillo, sujeta a la pantorrilla, llevaba una funda de piel marrón con una pistola del calibre 38. Bajó la pierna.

—¿Apuntó usted con esa arma a Ferguson y le dijo que lo mataría si no confesaba?

—En absoluto. —Una fría indignación recorrió la voz del detective.

—¿Y nunca apretó el gatillo con la recámara vacía?

—No.

—Entonces, ¿cómo podía saber Ferguson que usted llevaba esa pistola si no se la enseñó?

Brown lo miró fijamente desde el otro lado de la mesa, con una gélida rabia en los ojos.

—La entrevista ha terminado —dijo, señalando la puerta.

—Se equivoca —replicó Cowart, subiendo la voz—. Acaba de empezar.

## 5

### DE NUEVO EN EL CORREDOR DE LA MUERTE

Para los periodistas, como para el tirador que trata de hacer puntería, existe una zona, más allá de donde le alcanza la vista y del centro del blanco, en que los demás detalles de la vida se esfuman, y es entonces cuando el artículo empieza a tomar forma en su mente. Las lagunas narrativas, los puntos oscuros de su prosa, empiezan a hacerse obvios y el periodista, como un enterrador que arrojava paladas de tierra sobre un ataúd, rellena los huecos.

Matthew Cowart había llegado a esa zona.

Tamborileaba impacientemente con los dedos sobre la mesa de tablero de linóleo, mientras esperaba a que el sargento Rogers escoltara a Ferguson hasta la sala de entrevistas. Su viaje a Pachoula lo había dejado lleno de preguntas y anegado en un mar de respuestas probables. La historia había quedado instalada a medias en su mente, desde el preciso momento en que Tanny Brown reconoció a regañadientes que Wilcox había abofeteado a Ferguson. Aquella pequeña concesión había abierto la perspectiva de una sarta de mentiras. Cowart no sabía muy bien qué había ocurrido entre los detectives y su presa, pero lo que sí sabía era que había suficientes interrogantes para justificar su historia, y tal vez para reabrir el caso. Ahora estaba pendiente del segundo factor: si Ferguson no había matado a la niña, ¿quién lo había hecho? Cuando el condenado apareció en la entrada, con un cigarrillo apagado en los labios y los brazos cargados de carpetas, a Cowart le entraron ganas de saltar de alegría.

Los dos hombres se dieron la mano y Ferguson se acomodó en la silla.

—Estaré fuera —dijo el sargento, antes de dejar al periodista y al convicto encerrados en la salita. A continuación se oyó el clic de un pasador.

El preso sonreía, no con alegría sino con petulancia, y sólo por un momento, mientras comparaba aquella mueca con la fría ira que había visto en los ojos de Tanny Brown, Cowart sintió un cambio de opinión en su interior. Luego aquella sensación desapareció y Ferguson dejó caer sobre la mesa los

documentos, que hicieron un ruido sordo.

—Sabía que volvería —dijo Ferguson—. Sabía lo que descubriría allí.

—¿Y qué cree que he descubierto?

—Que yo decía la verdad.

Cowart vaciló un momento y procuró que el preso perdiera parte de su confianza.

—Descubrí que decía verdades a medias.

Ferguson se enfureció al instante.

—¿Qué demonios insinúa? ¿No habló con esos polis? ¿No vio ese pueblo sudista de racistas? ¿No vio qué tipo de lugar es ése?

—Uno de esos polis racistas era negro. Olvidó decírmelo.

—Venga ya. ¿Cree que porque somos del mismo color ese tío es legal? ¿Acaso cree que es mi hermano? ¿Que no es tan racista como ese pequeño gusano que tiene por compañero? ¿Dónde ha estado usted, señor periodista? Tanny Brown es peor que el comisario más racista que quepa imaginar. Él hace el trabajo sucio para que esos otros polis del Sur profundo parezcan de la Unión de Derechos Civiles. Es blanco hasta la médula y lo único que odia más que a sí mismo es a los tipos de su propio color. Pregúnteselo a quien quiera. Pregunte quién es la mano dura en Pachoula, y la gente le dirá que es ese cerdo, se lo aseguro.

Ferguson se había puesto en pie y se paseaba por la habitación aporreándose la palma de una mano con el puño de la otra, y con eso enfatizaba sus palabras.

—¿No habló usted con el viejo borracho que me vendió?

—Sí, hablé con él.

—¿Y con mi abuela?

—También.

—¿No revisó el caso?

—No había demasiado que revisar.

—¿No vio por qué necesitaban aquella confesión?

—Sí.

—¿No vio la pistola?

—Sí, la vi.

—¿No leyó aquella confesión?

—Sí, la leí.

—Esos cabronazos me dieron una paliza.

—Reconocieron haberle abofeteado un par de veces...

—¿Un par de veces? ¡Joder, tío! Seguramente dijeron que habían sido unas palmaditas cariñosas o algo así, ¿no? Más un pequeño desliz que una verdadera paliza, ¿eh?

—Eso dieron a entender.

—¡Hijos de puta!

—Cálmese...

—¿Que me calme? ¡Cómo quiere que me calme! Esos mentirosos hijos de puta pueden sentarse ahí fuera y decir lo que les venga en gana. Y a mí, todo lo que me espera es una celda y la silla eléctrica.

Su voz había subido de tono y ya iba a añadir algo, cuando de pronto guardó silencio y se detuvo en medio de la sala. Volvió a fijar la mirada en Cowart, como tratando de recuperar parte de la calma que había perdido con tanta rapidez. Parecía estar pensando bien lo que iba a decir.

—Señor Cowart —dijo por fin—, ¿sabe que hasta esta misma mañana estábamos confinados en las celdas? Sabe lo que eso significa, ¿no?

—Dígame, ¿qué significa?

—El gobernador firmó una orden de ejecución. Nos tuvieron a todos encerrados en las celdas hasta que la orden se revocara o se llevara a cabo la ejecución.

—¿Y qué pasó?

—El tribunal de apelaciones del distrito cinco suspendió la sentencia. —Sacudió la cabeza—. Pero no definitivamente. Usted ya sabe cómo funciona esto. Primero uno agota todas las apelaciones normales. Luego pasa a las grandes cuestiones, como la constitucionalidad de la pena de muerte, o tal vez a la composición racial del jurado; por aquí es una de las preferidas. A continuación se debate sobre estas cuestiones y se intenta aportar algo nuevo. En ocasiones se trata de algo que todavía no se les había ocurrido a todas esas mentes legales. Y mientras, tictac, tictac... el tiempo pasa.

Volvió a su sitio y se sentó con cuidado, entrelazando las manos sobre la mesa, delante de Cowart.

—¿Sabe qué le hace un confinamiento al alma? La congela. Te ves atrapado, como si cada tictac de ese puto reloj diera golpecitos en tu corazón. Sientes que eres tú el que va a morir, sabes que algún día vendrán y confinarán a los presos del corredor, y la orden firmada llevará tu nombre. Es como si te asesinaran poco a poco, dejando que la sangre se derrame gota a gota, desangrándote. Ése es el momento en que todo el corredor enloquece. Puede preguntar al sargento Rogers, él se lo explicará. Primero se oye una cacofonía de gritos tremebundos y chillidos, pero sólo dura unos minutos. Luego el silencio invade el corredor. Es casi como si se oyera a los hombres sudar en un mar de pesadillas. Sin embargo, a veces el menor ruido lo rompe y el silencio se desvanece, porque algunos condenados vuelven a chillar. Un día, un hombre se pasó doce horas seguidas gritando antes de morir. El confinamiento nos hace perder hasta la última gota de sano juicio, para dejar sólo odio y locura. Eso es todo lo que queda. Lo último que nos quitan es la vida —acabó casi en susurros.

Se puso en pie y volvió a pasearse por la sala.

—¿Sabe qué no me gustaba de Pachoula? Su autocomplacencia. Lo bonita que es. Sencillamente bonita y tranquila. —Apretó el puño—. Odiaba el hecho de que todo encajara y funcionara a la perfección. Todo el mundo se conocía y sabía exactamente cómo iba a ser su vida: levantarse por la mañana, ir al

trabajo, sí señor, no señor, volver a casa en coche, tomarse una copa, cenar, encender la televisión, acostarse... Y al día siguiente, lo mismo. El viernes por la noche, ir al partido del instituto; el sábado, ir de picnic; el domingo, ir a misa. No importaba ser blanco o negro, sólo que los blancos mandaban y los negros hacían el trabajo duro, como en cualquier otro rincón del Sur. Y lo que más odiaba es que todo el mundo lo aceptara. Maldita sea, cuánto adoraban aquella rutina. Empezar y acabar cada día igual que el anterior, igual que el siguiente. Año tras año.

—¿Y usted?

—Yo no encajaba. Porque buscaba algo diferente. Iba a ser alguien en la vida, y mi abuela era como yo. Los negros del lugar solían decir de ella que, aunque vivía en una casucha sin agua y con un gallinero en la parte de atrás, era una vieja cínica con aires de grandeza. Y los tipos como ese maldito Tanny Brown no soportaban el orgullo de mi abuela ni que ella no se rebajara ante nadie. Usted la ha conocido. ¿Le pareció la clase de mujer que se aparta en la acera para dejar pasar a un blanco?

—No.

—Ha sido una luchadora toda su vida. Entonces llegué yo y como tampoco fui de su agrado, pues vinieron a por mí.

Parecía dispuesto a continuar, pero Cowart lo interrumpió:

—Vale, Ferguson, está bien. Digamos que todo eso es cierto. Y digamos que escribo ese artículo: pruebas poco sólidas, identificación dudosa, mal abogado, confesión bajo coacción. Pero eso es sólo la mitad de lo que me prometió. Quiero un nombre. Usted sabe quién es el asesino. Déjese de rodeos.

—¿Qué promesas le he hecho yo?

—Ninguna. En mi artículo contaré lo que usted me haya explicado.

—Sí, pero es mi vida. Tal vez mi muerte. —Ferguson se sentó y lo miró—.

¿Qué sabe usted de mí? —preguntó.

Eso dio que pensar a Cowart. ¿Qué sabía él?

—Lo que usted me ha explicado. Y lo que otros me han contado.

—¿Cree que me conoce?

—Un poco, tal vez.

—Se equivoca. —Pareció vacilar, como si reconsiderara lo que acababa de decir—. Soy lo que ve. Puede que no sea perfecto, o que hiciera y dijera cosas indebidas. Tal vez no debí haber jodido tanto a todo ese pueblo para que, en cuanto surgiera un problema, sólo se les ocurriera venir a por mí y dejaran pasar de largo el problema sin siquiera darse cuenta.

—No le entiendo.

—Ya me entenderá. —Cerró los ojos—. Sé que a veces puedo parecer un poco brusco, pero cada uno es como es, ¿no?

—Supongo.

—Eso es lo que ocurrió en Pachoula, ¿sabe? Llegó el problema. Se paró un par de minutos y luego me dejó atrás, para que me recogieran allí con los demás

añicos de vida. —La expresión de perplejidad de Cowart lo hizo reír—. Se lo explicaré de otra manera. Imagínese a un hombre, un hombre desalmado, que se dirige al sur en coche y hace un alto en Pachoula. Se detiene, tal vez a tomar una hamburguesa con patatas fritas bajo un árbol, justo a la salida de un colegio. Se fija en una niña y habla con ella porque le parece bonita. Usted ha visto ese lugar. No es difícil plantarse en el pantano en un par de minutos; un lugar tranquilo y solitario. La mata allí mismo y sigue adelante. Abandona para siempre aquel lugar, sin pararse a pensar en lo sucedido más de unos minutos, y sólo para recordar lo bien que se sintió al quitarle la vida a esa niña.

—Continúe.

—Ese hombre recorre todo el estado en zigzag. Provoca pequeños altercados en Bay City y luego en Tallahassee, Orlando, Lakeland, Tampa. Todos en la dirección de Miami. Una colegiala, un par de turistas, la camarera de un bar. Las complicaciones vienen cuando llega a la gran ciudad: no es tan prudente y lo trincan... Bien trincado. Asesinato en primer grado. ¿Me sigue?

—Tal vez. Siga.

—Después de pasar un par de años en los tribunales, el hombre en cuestión acaba justo aquí, en el corredor de la muerte. ¿Y de qué se entera al llegar aquí? De un buen chiste, el mejor chiste del mundo: el hombre de la celda contigua espera que lo ejecuten por el crimen que él, el recién llegado, ha cometido y del que casi se ha olvidado porque son tantos sus crímenes que forman una especie de maraña en su mente. Se ríe hasta las lágrimas, sólo que al condenado de la celda contigua no le hace mucha gracia, ¿verdad?

—Me está diciendo que...

—Exacto, señor Cowart. El asesino de Joanie Shriver está aquí, en el corredor de la muerte. ¿Conoce a Blair Sullivan?

Cowart respiró hondo. El nombre estalló como metralla en su cabeza.

—Sí.

—Todo el mundo conoce a Blair Sullivan, ¿no, señor periodista?

—Así es.

—Pues él es el asesino.

Cowart notó que le faltaba el aire. Quería aflojarse la corbata, sacar la cabeza por una ventana, ponerse donde corriera brisa, cualquier cosa con tal de airearse.

—¿Y cómo lo sabe?

—¡Porque él me lo dijo! Le parecía lo más gracioso del mundo.

—Cuénteme exactamente lo que le dijo.

—Al poco tiempo de ingresar aquí, lo trasladaron a la celda contigua a la mía. No está bien de la cabeza, ¿sabe? Se ríe cuando nadie cuenta chistes, llora sin motivo, habla solo, habla con Dios. ¡Joder!, ese hombre habla muy bajo, sisea igual que una serpiente o algo así. Es el hijoputa más chalado que he conocido en mi vida. Está como una cabra, ¿sabe?

»Bien, pasado un par de semanas, entablamos conversación y, para variar,



me pregunta que qué hago yo aquí. Así que le cuento la verdad: que estoy en el corredor de la muerte por un crimen que no cometí. Esto provoca que él se ría entre dientes, y a continuación me pregunta de qué crimen me acusan. Y entonces le digo que de la muerte de una niña en Pachoula. Él me pregunta si se trata de una niña rubita con aparato de ortodoncia, y yo lo confirmo. En ese preciso instante suelta una carcajada grotesca. Pregunto si el crimen se cometió a primeros de mayo, y yo contesto que sí. Después pregunta si el cuerpo de la niña fue encontrado en un pantano, cosido a navajazos. Vuelvo a contestar que sí, y de paso le pregunto cómo sabe tanto del caso. Empieza riéndose tontamente y acaba partiéndose de la risa hasta quedarse sin aliento; le parece muy divertido. Luego me dice que sabe que yo no asesiné a esa niña porque fue él, y añade que no estuvo nada mal. Me dice: "Tío, eres el capullo más patético del corredor", y se echa a reír sin parar. Yo estaba dispuesto a matarlo allí mismo, ¿sabe?, allí mismo, así que empiezo a gritar y chillar, tratando de escurrirme entre los barrotes. La pasma se presenta en el corredor; llevan chalecos antibalas, porras y cascos con esa mierda de plástico delante de los ojos. Me apalean durante un rato y me llevan a una celda incomunicada. ¿Sabe lo que es eso? Es un cuartucho sin ventanas, con un cubo y un catre de cemento. A uno le dejan allí desnudo hasta que da muestras de comportamiento correcto.

»Para cuando me sacaron de allí, lo habían trasladado a otra planta. No salimos a las mismas horas, así que ya no lo veo. Corre el rumor de que ya ha pasado al otro barrio. A veces, todavía le oigo por las noches, gritando mi nombre. Bobby Earl, me llama, con una voz aguda y desagradable. "¡Bobbbbbb Earrrrrrll! ¿Por qué no me haaaaaaaablas?" Y se echa a reír cuando yo no le respondo. Se ríe sin parar.

Cowart se estremeció. Necesitaba un momento para asimilar aquella historia demencial, pero no había tiempo. Estaba allí atrapado, encerrado por las palabras de Robert Earl Ferguson.

— ¿Cómo puedo demostrarlo?

— ¡No lo sé, tío! ¡Yo no tengo que demostrar nada!

— ¿Y cómo puedo confirmarlo?

— ¡Joder! El sargento le dirá que tuvieron que apartar a Sullivan de mi vista. Pero no sabe el motivo. Nadie lo sabe, salvo usted y yo.

— Pero yo no puedo...

— No me diga lo que puede o no puede, señor periodista. Siempre me han dicho lo que no se puede hacer: no puedes hacer esto y lo otro, no puedes tener esto ni desear aquello. Tío, ha sido así toda mi vida. No quiero volver a oírlo nunca más.

Cowart se quedó en silencio.

— De acuerdo — dijo luego —. Lo comprobaré...

Ferguson lo miró con los ojos llenos de una rabia electrizante.

— Eso es, vaya a comprobarlo — le espetó —. Vaya a preguntarle a ese hijoputa. Ya verá, ¡joder!, ya verá. — Se levantó súbitamente y se apartó de la

mesa—. Ahora lo sabe. ¿Qué va a hacer? ¿Qué puede hacer? Vaya a hacer sus jodidas preguntas, pero asegúrese de que siga vivo cuando haya terminado.

Luego se acercó a la puerta y empezó a aporrearla. Sonaba como un retumbar de disparos.

—¡Hemos acabado por hoy! —gritó—. ¡Sargento Rogers! ¡Mierda! —La violencia de sus golpes hizo vibrar la puerta. Cuando el guardia la abrió, Ferguson echó un vistazo a Cowart y dijo—: Quiero volver a mi celda. Quiero estar a solas. No necesito más conversaciones. No, señor.

Ferguson tendió las manos y se las esposaron. Cuando sonó el chasquido de los grilletes alrededor de sus muñecas, echó otro vistazo al periodista. La suya era una mirada fría y penetrante, llena de súplica y orgullo. Luego dio media vuelta y desapareció por la puerta. Cowart se quedó allí sentado, en silencio; cualquiera hubiera dicho que un tornado le había arrebatado las piernas y amenazaba con tragárselo.

Cuando lo condujeron fuera del recinto, Cowart preguntó al sargento:

—¿Dónde está Blair Sullivan?

Rogers bramó:

—¿Sully? Está en el ala Q. No sale de su celda en todo el día; se dedica a leer la Biblia y escribir cartas. Escribe a un puñado de psiquiatras y a las familias de sus víctimas; descripciones obscenas de lo que les hizo a sus seres queridos. Desde luego no enviamos esas cartas; él no lo sabe, aunque creo que sospecha algo. —Sacudió la cabeza—. Ese tipo juega sucio. También tiene problemas con Robert Earl. Grita su nombre, como provocándole, a veces en mitad de la noche. ¿Le dijo Bobby Earl que intentó matar a Sullivan cuando estaban en celdas contiguas? Fue algo muy extraño. Al principio se llevaban bien, siempre hablaban a través de los barrotes, pero luego Robert Earl se trastocó, empezó a gritar y a dar golpes, tratando de alcanzar a Sullivan. Fue el único problema que ha causado; le valió una breve estancia en el trullo. Ahora están en la lista de separación.

—¿Y eso qué es?

—El propio nombre lo explica. No pueden tener contacto de ningún tipo y bajo ninguna circunstancia. Procuramos evitar que los muchachos se maten mutuamente antes de que el estado tenga la oportunidad de hacerlo conforme al procedimiento legal.

—Supongamos que quiero hablar con Sullivan...

El sargento negó con la cabeza.

—Ese hombre es el diablo en persona, señor Cowart. Por Dios, me da hasta miedo, y eso que he visto toda clase de maníacos homicidas.

—¿Porqué?

—Aquí tenemos hombres que se lo cargarían a usted sin pensárselo dos veces; para ellos, quitarle la vida a alguien no es nada. Tenemos locos, maníacos

sexuales, psicópatas, amantes del suspense, asesinos a sueldo o sicarios, llámelos como quiera. Pero Sullivan, en fin, está cortado por distinto patrón, y no sabemos precisar cuál. Es como si encajara en todas las categorías, igual que esos malditos lagartos que cambian de color...

—¿Los camaleones?

—Sí. Él no pertenece a ninguna clase en concreto; es casi como si todas esas clases de asesino dieran lugar a otra en su persona. —Rogers hizo una pausa—. Ese hombre me da miedo. No puedo decir que me alegre sentar a nadie en la silla eléctrica, pero no vacilaré a la hora de ajustarle las correas a ese hijoputa. Y ese momento no tardará en llegar.

—¿Y eso? Sólo lleva un año en el corredor, ¿no?

—Cierto. Pero ha despachado a todos sus abogados, como ese tipo de Utah hace unos años. Sólo tiene pendiente la apelación automática del Tribunal Supremo, y dice que cuando haya agotado esa vía será el final. Está impaciente por irse al infierno porque le extenderán la alfombra roja para que entre.

—¿Cree que cambiará de opinión?

—Él no es como los otros; ni siquiera como los peores asesinos. No creo que cambie de parecer. Vivir, morir, para él todo es igual. Supongo que se reirá, porque todo lo hace reír, y se sentará en la silla como si nada.

—Necesito hablar con él.

—Nadie necesita hablar con ese tipo.

—Yo sí. ¿Puede arreglarlo?

Rogers se detuvo y lo miró fijamente.

—¿Tiene que ver con Bobby Earl?

—Puede.

El sargento se encogió de hombros.

—Bueno, lo mejor es preguntárselo a él. Si acepta, lo arreglaré; pero si dice que no...

—De acuerdo.

—No será como hablar con Bobby Earl en la sala para ejecutivos. Tendremos que usar la jaula.

—Lo que sea. Hágame ese favor.

—Está bien, señor Cowart. Llámeme por la mañana, y procuraré darle una respuesta.

Los dos traspusieron en silencio la puerta de acceso a la prisión. Por un instante, permanecieron de pie en el vestíbulo, ante la puerta de la calle. Luego salieron fuera. El periodista vio que el guardia se protegía los ojos de la luz y miraba el cielo azul en dirección al sol cegador. Luego respiró hondo, con los ojos cerrados por un instante como esperando que el aire fresco aliviara parte del bochorno de la prisión. Después sacudió la cabeza y, sin decir palabra, volvió a entrar en el recinto.

«Ferguson tenía razón —pensó Cowart—. Todo el mundo conoce a Blair Sullivan.»

Florida tiene una extraña manera de generar asesinos inhumanos, casi como si el mal arraigara en ese estado y luchara por abrirse camino; igual que los retorcidos mangles que florecen en la tierra arenosa y salitrosa, a orillas del océano. Y los que no han nacido allí parecen verse atraídos por Florida con alarmante frecuencia, como siguiendo una insólita oscilación gravitacional del crimen, producida por las corrientes ocultas y los inconfesables deseos del hombre. Eso confiere al estado una suerte de familiaridad con el mal, una aceptación resignada del paranoico que abre fuego con un arma automática en un establecimiento de comida rápida, o de los cuerpos hinchados de los narcotraficantes que crían gusanos en los húmedos Everglades. Libertinos, chalados, criminales a sueldo, asesinos movidos por la locura, la pasión o la falta de razón y sentimientos, todos parecen ir a parar a Florida.

Blair Sullivan reconocía haber matado a una docena de personas en su viaje rumbo al Sur, antes de llegar a Miami. Asesinatos cometidos por razones de mera oportunidad: gente a la que liquidaba por interponerse en su camino. El gerente nocturno de un motel de carretera, la camarera de una cafetería, el dependiente de un pequeño establecimiento, una pareja de ancianos turistas que cambiaba una rueda en el arcén. Pero lo que hacía tan aterradora esta particular oleada de asesinatos era su total aleatoriedad. A algunas víctimas las atracaba, a otras las violaba, a otras sencillamente las asesinaba sin motivo aparente o por razones incomprensibles, como el encargado de la gasolinera al que abatió a tiros a través de la mampara protectora, no para atracarle sino porque no le había dado el cambio lo bastante rápido. Sullivan fue detenido en Miami minutos después de acabar con una pareja de jóvenes a la que había sorprendido retozando en una carretera desierta. Se había tomado su tiempo: había atado al muchacho para que mirase mientras violaba a su novia, para luego dejar que ella viera cómo lo degollaba a él. Cuando una patrulla estatal dio con él, estaba cosiendo a cuchilladas el cuerpo de la joven. Al oír la condena, Sullivan había dicho al juez, con arrogancia y sin la menor muestra de arrepentimiento: «Mala suerte. Si hubiera sido más rápido, me hubiera cargado también a los polis.»

Cowart marcó un número de teléfono desde su habitación y en cuestión de segundos le contestó la sección local del *Miami Journal*. Preguntó por Edna McGee, la periodista judicial que había cubierto la condena y sentencia de Sullivan. Durante el tiempo que tardó en ponerse al teléfono sonaba música ambiental.

—¿Edna?

—¿Matty? ¿Dónde estás?

—Metido en un hotel de veinte pavos la noche en Starke, intentando sacar algo en claro de este asunto.

—Házmelo saber en cuanto lo consigas. ¿Qué, cómo va el artículo? En la

redacción corre el rumor de que tienes algo muy bueno entre manos.

—No me puedo quejar.

—¿Ese tipo es el verdadero asesino o qué?

—No lo sé. Hay algunas cuestiones dudosas. Los policías incluso admiten haberlo golpeado antes de la confesión. Claro que no tan fuerte como él dice; pero aun así... no sé...

—¿Estás de broma? Suena bien. El menor atisbo de coacción debería hacer que un juez desechase la confesión del acusado. Y si los agentes admiten haber mentido, por poco que fuera, bueno... Ve con cuidado.

—Eso es lo que me preocupa, Edna. ¿Por qué iban a admitir que han golpeado al muchacho? Eso no los beneficia en nada.

—Matty, sabes tan bien como yo que los policías son los peores mentirosos del reino. Intentan mentir, les sale el tiro por la culata y lo echan todo a perder. No lo llevan en los genes, por eso acaban diciendo la verdad. Sólo tienes que insistir lo suficiente, no dejar de hacerles preguntas; al final siempre confiesan. Y ahora dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Blair Sullivan.

—¿Sully? ¡Uau!, eso suena interesante. ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Bueno, su nombre surgió en un contexto poco habitual. De momento no puedo hablar de eso.

—Vamos, suéltalo.

—Dame un respiro, Edna. En cuanto lo compruebe serás la primera en saberlo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Lo juras?

—Venga ya, Edna.

—Está bien. De acuerdo. Blair Sullivan. Sully, ¡por Dios! Ya sabes que soy muy liberal, pero ese tipo... ¿Sabes lo que le obligó a hacer a aquella chica antes de matarla? Nunca lo puse por escrito, no pude. Cuando los miembros del jurado lo oyeron, uno de ellos vomitó. Tuvieron que hacer un receso para limpiar aquello. Después de haber visto cómo su novio moría desangrado, Sully hizo que se agachara y...

—Prefiero no saberlo.

—Entonces, ¿qué quieres saber?

—¿Puedes hablarme de su viaje al Sur?

—Claro. La prensa amarilla lo tituló «Viaje mortal». Bueno, estaba bastante bien documentado. Empezó con el asesinato de su casera en Louisiana, a las afueras de Nueva Orleans; luego le tocó el turno a una prostituta de Mobile, Alabama. Alega haber acuchillado también a un marinero en Pensacola, un tío al que recogió en un bar de alterne y al que dejó en un contenedor; luego...

—¿Y eso cuándo fue?

—Lo tengo en mis notas. Espera, están en el último cajón. —Cowart oyó

cómo dejaba el auricular sobre la mesa y distinguió los sonidos de cajones que se abrían y se cerraban de un golpe—. Aquí está. Debió de entrar en Florida a finales de abril; como mucho, a principios de mayo.

—¿Y entonces qué hizo?

—Siguió lentamente hacia el sur. Increíble. Avisos en los boletines de noticias y órdenes de búsqueda en tres estados, volantes del FBI con su fotografía, partes electrónicos del Centro Nacional de Información sobre el Crimen. Y nadie lo ve. Al menos, nadie que luego lo pudiera contar. A finales de junio llegó a Miami. Debió de llevarle su tiempo hacer desaparecer la sangre de la ropa.

—¿Y qué hay de los coches?

—Usó tres, todos robados. Un Chevy, un Mercury y un Olds. Se limitaba a abandonarlos y hacerle el puente a otro. Robaba matrículas y esa clase de cosas, ya sabes. Siempre escogía coches que pasasen inadvertidos, coches muy normales que no llamasen la atención. También dijo que siempre conducía a toda velocidad.

—Cuando llegó a Florida, ¿qué coche conducía?

—Espera. Lo estoy comprobando en mi libreta. ¿Sabes que hay un tipo en el *Tribune* de Tampa que quiere escribir un libro sobre él? Intentó ir a verle, pero Sully lo echó a patadas. Los abogados me dijeron que se negó a hablar con él. Lo estoy comprobando... ¿Sabes que ha despedido a todos sus abogados? Creo que lo achicharrarán antes de fin de año. Al gobernador debe de estar a punto de darle el síndrome del túnel carpiano, así que seguro que está impaciente por firmar cuanto antes la orden de ejecución de Sully. Lo tengo: un Mercury Monarch marrón.

—¿No era un Ford?

—No. Pero el Mercury es casi el mismo coche. Tienen la misma carrocería y el mismo diseño. Es fácil confundirlos.

—¿Marrón claro?

—No, oscuro.

Cowart respiró hondo. «Encaja», pensó.

—Entonces, Matty, ¿vas a decirme de qué se trata?

—Déjame comprobar primero un par de cosas y luego te lo explico.

—Vamos, Matty. No me gusta estar en vilo.

—Ya te llamaré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Por aquí los rumores van a ir de mal en peor...

—Lo sé.

Ella colgó y Cowart se quedó solo. El espacio que lo rodeaba se llenó rápidamente de terribles pensamientos y explicaciones aterradoras: «Ford en lugar de Mercury. Verde en lugar de marrón. Negro en lugar de blanco. Un hombre en lugar de otro.»

—No acabo de entenderlo, pero bueno, es usted un hombre con suerte — bromeó el sargento Rogers con una voz despejada impropia de aquellas horas de la mañana.

—¿Y eso por qué?

—Sullivan dice que hablará con usted. Eso cabrearía al tío de Tampa que estuvo aquí la semana pasada. Se negó a verle. Y también cabrearía a todos los malditos abogados que han intentado ver a Sully. Porque tampoco quiso recibirlos. ¡Hay que ver! Sólo recibe a un par de loqueros que el FBI envía desde la Unidad de Ciencias del Comportamiento. Ya sabe, esos tipos que estudian a los asesinos en serie. Y estoy convencido de que sólo lo hace para que ninguno de esos abogados alegue incapacidad y consiga una orden judicial que lo haga responsable de las apelaciones. ¿Le he dicho que Sullivan es único en su especie?

—Que me aspen si no lo es —dijo Cowart.

—No, de hecho lo asparán a él. Pero eso no es asunto nuestro, ¿verdad?

—Entonces voy ahora mismo.

—Tómese su tiempo. No trasladamos al señor Sullivan sin un mínimo de prudencia. No desde que hace nueve meses atacó al guardia de la ducha para arrancarle la oreja de un mordisco. Dijo que estaba muy buena, que le habría comido la cabeza entera si no se lo hubiéramos quitado de encima. Así es Sully.

—¿Se sabe por qué lo hizo?

—El guardia lo llamó loco. Ya ve, nada especial. Como si usted le dijera a su mujer: «¡Estás loca! ¿Cómo te vas a comprar ese vestido nuevo?», o como si se dijera a sí mismo: «¡Estoy loco! ¡Mira que querer pagar mis impuestos a tiempo!» Nada del otro mundo, ¿no? Pero era la palabra menos indicada para usar con Sullivan, seguro. Fue ¡zas!, y verlo encima del pobre guardia, mordiéndolo como si fuera un perro. El tipo al que atacó lo doblaba en tamaño, pero no le importó; allí estaban los dos, revolcándose en el suelo, con sangre por todas partes y el guardia gritando: «¡Suéltame, maldito loco de mierda!» Sin duda, con eso sólo consiguió que Sully lo mordiera con más saña. Tuvimos que apartarlo a porrazos y dejarlo un par de meses en aislamiento para que se calmara. Supongo que fue aquella palabra la causa de todo. Fue como apretar el gatillo de un arma; Sullivan se disparó con la misma rapidez. Me dio una lección, a mí y a todos los del corredor. Nos enseñó a tener más cuidado con lo que decimos. En fin, yo diría que a Sully le preocupa mucho el vocabulario.

Rogers hizo una pausa. A continuación añadió:

—Y desde entonces, a ese guardia también.

Cowart fue escoltado por un joven guardia de uniforme gris que no decía nada y actuaba como si estuviera acompañando a un organismo portador de alguna enfermedad. Llegaron a un corredor enjalbegado e iluminado por un sol que entraba a raudales por una alta claraboya. La luz hacía que el recinto

pareciera vago y difuso. El periodista trató de despejarse mientras caminaban. Prestó atención al taconeo de los zapatos en el suelo pulido. Era una de las técnicas que empleaba: crear un vacío para intentar no pensar en nada, no prever la inminente entrevista, no recordar sus artículos anteriores ni a sus conocidos, nada de nada. Quería convertirse en una hoja de papel secante que absorbiera cada sonido y cada imagen de lo que estaba a punto de acontecer.

Mientras descendían por el pasillo y atravesaban una serie de puertas dobles cerradas con llave, Cowart contó los pasos del guardia. Cuando se acercaba a los cien, accedieron a una zona abierta, vigilada por un par de guardias desde una cabina con pasarelas y escaleras que conducían a hileras de habitáculos. En la confluencia de todos los caminos había una jaula metálica, y en el centro de ésta una mesa gris acero y dos sillas atornilladas al suelo. Soldado a uno de los lados de la mesa había un aro de metal. Le indicaron que tomara asiento en el lado opuesto al aro, después de haberlo hecho entrar por la única abertura existente en la jaula.

—Ese bastardo estará aquí en un minuto. Espere aquí —dijo el guardia. Acto seguido, dio media vuelta y salió rápidamente de la jaula, para desaparecer escaleras arriba y luego por una pasarela descendente.

Al cabo de un rato se oyeron golpes en una puerta de acceso a la zona abierta. Después una voz anunció por la megafonía:

—¡Destacamento de seguridad! ¡Entran cinco hombres!

Una cerradura electrónica se abrió con estrépito y Cowart levantó la mirada para ver que el sargento Rogers, ataviado con chaleco antibalas y casco, desplazaba un destacamento a la zona. Los hombres que flanqueaban al preso, y el tercero que iba en retaguardia, ensombrecían su mono naranja. El grupo entró en la jaula a paso ligero.

Los grilletes que le unían manos y pies hacían que Blair Sullivan cojeara al caminar. Los hombres que le rodeaban marchaban con precisión castrense, cada bota golpeaba el suelo al unísono mientras él se movía a brincos en el medio, como un niño que intentara seguir el ritmo en un desfile militar.

Era un hombre cadavérico, más bien bajo, con unos tatuajes rojo púrpura en la pálida piel de los antebrazos y una mata de pelo negro entrecano. Tenía unos ojos oscuros que pestañeaban con rapidez para abarcar la jaula, a los guardias y a Matthew Cowart; un párpado parecía temblarle ligeramente, como si cada ojo funcionara de manera independiente. Mientras el sargento desenganchaba la cadena que lo mantenía atado de pies y manos, él exhibía una relajada soltura en su sonrisa y en su lánguida pose, casi como si fuera capaz de liberarse de las esposas con el poder de su mente. Los guardias que lo flanqueaban se quedaron allí de pie empuñando las porras antidisturbios. El preso les sonreía, haciéndose el simpático. Luego el sargento pasó la cadena por el aro metálico de la mesa y la enganchó de nuevo, esta vez a una correa de cuero que rodeaba la cintura del hombre.

—Siéntate —ordenó Rogers con brusquedad.



Los tres guardias se apartaron rápidamente del preso, que se acomodó en el asiento de acero. Había clavado sus ojos en los de Cowart. Todavía se perfilaba una ligera sonrisa en sus labios, pero los ojos se habían entornado, escrutadores.

—Bueno —añadió el sargento—, todo suyo.

Salió con sus hombres de la jaula, y la cerró bien.

—No les caigo bien —dijo Blair Sullivan con un suspiro.

—¿Por qué no?

—Por razones dietéticas —respondió, y soltó una carcajada que, en cuestión de segundos, degeneró en un resuello al que siguió una tos perruna.

Del bolsillo de la camisa sacó un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas de madera; para conseguirlo tuvo que encorvarse hacia la mesa, medio agachándose en el asiento mientras encendía el cigarrillo, con el alcance de los brazos limitado por la cadena que mantenía sus muñecas sujetas a la mesa.

—Aunque tampoco tengo por qué caerles bien; total, me van a matar. ¿Le importa que fume?

—No, adelante.

—Es gracioso, ¿no le parece?

—¿El qué?

—El condenado fumando un cigarrillo. Mientras que todo el mundo ahí fuera intenta con todas sus fuerzas dejar de fumar, los que vivimos en este corredor fumamos un cigarrillo tras otro con naturalidad. ¡Vaya!, tal vez somos los mejores clientes de Philip Morris. Sospecho que si nos lo permitieran, tendríamos todos los malos vicios, o al menos los más nocivos. Como no es así, nos limitamos a turnar. No es que a ninguno de nosotros nos preocupe demasiado el cáncer de pulmón, aunque imagino que si consiguieras ponerte muy enfermo, tan enfermo que estuvieras a las puertas de la muerte, al estado le costaría poner tu culo en la silla. Al estado le dan asco estas cosas, Cowart. Se resisten a ejecutar a un enfermo de mente o de cuerpo. No señor. Quieren que los hombres a los que achicharran estén físicamente sanos y mentalmente cuerdos. En Texas hubo un gran revuelo hace un par de años, cuando trataron de matar a un pobre imbécil que había sufrido un infarto cuando firmaron su orden de ejecución. Eso hizo que la ejecución se aplazara hasta que se recuperase y pudiera caminar por su propio pie hasta la silla. No querían llevarlo en una camilla, eso sí que no. Eso heriría la sensibilidad de los filántropos y los defensores de los derechos humanos. Hay una historia divertida sobre un gángster de Nueva York en los años treinta; nada más llegar al corredor, el hombre empezó a comer sin parar. Era un hombre gordo que se volvía enorme, cada vez más gordo. Comía pan y patatas y espaguetis hasta reventar. Féculas. ¿Y sabe por qué lo hacía? Pensaba que al engordar tanto, cuando lo fueran a sentar ¡destrazaría la silla! Me encanta. El problema es que no llegó a conseguirlo. Entraba muy justo en la silla, pero vaya, aun así cabía. Al final le salió el tiro por la culata, ¿no? Para cuando acabaron con él, debía de parecer un cochinito asado. Dígame, ¿y cuál es el sentido de todo eso? ¿Eh? —

Volvió a reírse—. No hay lugar mejor que el corredor de la muerte para ver todas las ironías de la vida. —Se quedó mirando a Cowart, con uno de los párpados temblándole—. Dígame, Cowart, ¿usted también es un asesino?

—¿Qué?

—¿Ha matado alguna vez? ¿En el ejército, quizás? Es lo bastante mayor para haber ido a Vietnam, ¿estuvo allí? No, puede que no. Usted no tiene la mirada ausente de los veteranos. Pero tal vez haya destrozado un coche cuando era adolescente o algo así. ¿O tal vez mató a su mejor amigo, o a su principal enemigo, un sábado por la noche? ¿O quizá dijo a los médicos de algún maldito hospital que desenchufaran a su madre o su padre ya ancianos cuando sólo un deteriorado respirador les mantenía con vida? ¿Lo hizo, Cowart? ¿Alguna vez dijo a su esposa o su novia que abortara? A lo mejor, Cowart, está usted por encima de todo eso, ¿eh? ¿Ha esnifado rayitas de cocaína en esas fiestas de Miami? ¿Sabe cuántas vidas se perdieron en aquella remesa? Haga números... Vamos, Cowart, dígame, ¿también usted es un asesino?

—No, no lo creo.

Blair Sullivan gruñó:

—Se equivoca. Todos somos asesinos. Sólo tiene que fijarse bien. En el sentido amplio de la palabra, ¿nunca ha visto, estando en un centro comercial, a una madre arremetiendo contra su hijo y dándole una tunda delante de todo el mundo? ¿Y qué creía que estaba pasando allí? Si mirase a los ojos del niño, vería que se llenan de frialdad. Un asesino en potencia. Así pues, ¿por qué no mira también en su propio interior? Usted también tiene esa fría mirada, Cowart. Lo lleva dentro, lo sé, lo noto con sólo mirarle.

—Miente.

—No miento. Supongo que se trata de una habilidad especial. Ya sabe, un asesino reconoce a otro y ese tipo de cosas. Uno se familiariza con la muerte y la agonía, Cowart, y puede llegar a interpretar los indicios.

—Bueno, pues esta vez se ha equivocado.

—¿Lo cree de veras? Ya veremos. Ya veremos.

Sullivan se repantigó en la dura silla de metal, adoptando una postura relajada y sin dejar de hurgar con la mirada en lo más hondo del corazón de Cowart.

—Es fácil, ¿sabe?

—¿Qué es fácil?

—Matar.

—¿Cómo?

—Cuestión de familiaridad. Se aprende muy rápido cómo muere la gente. Hay quien tiene una muerte violenta y quien muere en paz. Unos luchan con todas sus fuerzas, otros se van tranquilamente. Unos suplican que les perdone la vida, otros te escupen en la cara. Unos lloran, otros ríen. Unos llaman a sus madres, otros te dicen que ya os veréis las caras en el infierno. Unos se aferrarán a la vida, otros se rendirán fácilmente. Pero en el fondo todos somos iguales.

Nos volvemos fríos y rígidos. Usted. Yo. Todos somos iguales al morir.

—Puede que al morir. Pero a cada persona le puede llegar la hora de muchas maneras diferentes.

Sullivan se echó a reír.

—Eso es cierto. Una observación propia del corredor de la muerte, Cowart. Eso es exactamente lo que diría alguien del corredor, con los días contados después de ocho años y mil apelaciones. De muchas maneras diferentes.

Blair Sullivan dio una larga calada e inundó de humo el aire quieto de la prisión. Por un momento, sus ojos siguieron la estela del humo que se disipaba lentamente.

—Cuando se trata de morir, todos somos humo, ¿verdad? Eso es lo que les dije a esos loqueros, aunque no creo que quisieran oír esa clase de cosas.

—¿Qué loqueros?

—Los del FBI. Tienen una unidad especial de Ciencias del Comportamiento que intenta descubrir qué se esconde tras los asesinos en serie, para luego hacer algo respecto a este pasatiempo norteamericano... —Sonrió—. Claro que no están teniendo mucho éxito, porque todos y cada uno de nosotros tenemos nuestras propias razones. Sin embargo, hay un par de buenos tipos. Les gusta venir aquí, me traen los tests de personalidad multifásica de Minnesota, tests de apercepción temática, tests Rorschach, tests de inteligencia y, quién sabe, a lo mejor la próxima vez hasta los putos exámenes de acceso a la universidad. Les encanta que hable de mi madre, y que les diga lo mucho que odio a esa vieja y, sobre todo, a mi padrastro. Él me pegaba, ¿sabe? Me pegaba con ganas cada vez que yo abría la boca; con los puños, con el cinturón, con la polla. Me pegaba y me follaba, me follaba y me pegaba. Día sí, día no, con regularidad. Cómo los odiaba, ya lo creo. Y todavía los odio, sí señor. Ahora tienen setenta y pico de años. Siguen viviendo en su casucha de Cayo Alto, con un crucifijo y una lámina de Jesús en la pared, creyendo que su salvador va a entrar por la puerta para llevárselos al cielo. Se santiguan cuando oyen mi nombre y dicen cosas como «Bueno, el muchacho siempre fue siervo del demonio». A esos tipos del FBI les interesa todo eso. ¿A usted también le interesa, Cowart? ¿O sólo quiere saber por qué me cargué a todas esas personas, incluidas las que apenas conocía?

—Sí, eso.

Sullivan soltó una carcajada.

—Bueno, la respuesta es bastante sencilla: volvía a casa y digamos que me entretuve por el camino. Más bien me distraje. No hice el viaje de un tirón. ¿Entiende?

—No exactamente.

El condenado sonrió y puso los ojos en blanco.

—Misterios de la vida, ¿no?

—Si usted lo dice.

—Eso es. Lo digo yo. Claro que a usted le interesa más otro pequeño

misterio, ¿verdad, Cowart? No le importan esas personas, ¿no? Usted no está aquí por ellas.

—No.

—Dígame, ¿por qué quiere hablar con un viejo despiadado como yo?

—Robert Earl Ferguson y Pachoula, Florida.

Blair Sullivan recostó la cabeza y soltó una aguda carcajada que resonó en las paredes de la prisión. Cowart vio que varios agentes penitenciarios volvían la cabeza para mirar y luego reanudaban su trabajo.

—Bueno, éstos son temas interesantes, Cowart. Muy interesantes. Pero ya hablaremos de ellos.

—Bien. ¿Por qué?

Sullivan se inclinó encima de la mesa, acercando su cara a la de Cowart. La cadena que lo amarraba a la mesa repiqueteó y se tensó. Una vena asomó en el cuello del preso y de pronto su cara enrojeció.

—Porque usted aún no me conoce, bien.

Volvió a sentarse bruscamente, alargando la mano para coger otro cigarrillo, que encendió con la colilla del primero.

—Cuénteme algo sobre usted, Cowart; luego tal vez podamos hablar. Me gusta saber con quién trato.

—¿Qué quiere saber?

—¿Está casado?

—Divorciado.

El preso silbó.

—¿Tiene hijos?

Cowart vaciló, y luego respondió:

—No.

—Mentiroso. ¿Vive solo o tiene una querida?

—Solo.

—¿En un piso o en una casa?

—En un apartamento.

—¿Tiene amigos íntimos?

Volvió a vacilar.

—Claro.

—Mentiroso. Van dos y sigo contando. ¿Qué hace por las noches?

—Nada especial. Leo. Veo algún partido.

—Es muy reservado, ¿eh?

—Cierto.

A Sullivan le tembló el párpado.

—¿Le cuesta dormir?

—No demasiado.

—Mentiroso. Es la tercera vez. Debería darle vergüenza, mentir a un pobre condenado. Igual que Pedro hizo a Jesús antes de cantar el gallo. Ahora dígame, ¿sueña por las noches?

—¿Qué diablos...?

De pronto Sullivan susurró:

—Juegue limpio, Cowart, o me iré de aquí sin haber respondido a ninguna de sus jodidas preguntas.

—Claro que sueño. Todo el mundo sueña.

—¿Conque?

—Con gente como usted —replicó con ceño.

Sullivan volvió a reírse.

—Ahí me ha pillado. —Se reclinó en la silla y lo observó—. Conque pesadillas, ¿eh? Porque eso es lo que somos, ¿no? Pesadillas.

—Así es —respondió Cowart.

—Eso es lo que yo intentaba explicar a esos tipos del FBI, pero no me escuchaban. Eso es lo que somos, humo y pesadillas. Sólo caminamos y hablamos y traemos un poco de miedo y oscuridad a esta tierra. Evangelio según San Juan: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él.» ¿Lo pillas? Versículo ocho. Bueno, seguro que hay un puñado de complejos términos de psiquiatría para designar todo esto, pero son sólo jerga médica, ¿no cree?

—Supongo que sí.

—¿Sabe una cosa? Tiene que ser un hombre libre para ser un buen asesino. Libre, Cowart. No estar prisionero de toda esa puta mierda que inunda las vidas normales. Un hombre libre.

Cowart no respondió.

—Y le diré algo más: no cuesta matar a alguien. Eso les dije a esos tipos del FBI. Y, una vez hecho, tampoco le das demasiadas vueltas. Quiero decir, ya tienes demasiadas cosas en que pensar, como deshacerte de los cuerpos y las armas y quitarte las manchas de sangre de las manos y demás. ¿Sabe?, después de cometer un asesinato uno está muy ocupado, pensando qué hacer a continuación y cómo demonios salir de allí.

—Bueno, y si matar es fácil, ¿qué le resultó difícil?

Sullivan sonrió.

—Buena pregunta. Nunca me la habían hecho. —Se quedó pensando un momento, con el rostro hacia el techo—. ¿Sabe? Creo que lo más difícil para mí fue llegar a este corredor y caer en la cuenta de que no maté a las personas a las que más deseaba ver muertas.

—¿A qué se refiere?

—¿No es eso lo más duro en esta vida, Cowart? ¿Dejar pasar las oportunidades? Es de lo que más nos arrepentimos; lo que nos mantiene toda la noche en vela.

—Sigo sin entenderlo.

Sullivan cambió de posición en la silla, se volvió a inclinar hacia delante y susurró en un tono de complicidad:

—Tiene que entenderlo. Si no es ahora, algún día lo entenderá. También tiene que recordarlo, porque algún día será importante. Algún día, cuando menos lo espere, pensará: ¿A quién odia Blair Sullivan más que nada en este mundo? ¿De quiénes le molesta saber cada día que están vivos, que se encuentran bien y que pasarán el resto de sus días en libertad? Es muy importante que lo recuerde, Cowart.

—¿No me lo va a decir?

—Pues no.

—Por Dios...

—No tomarás el nombre de Dios en vano. Soy sensible a estas cosas.

—Sólo quería decir...

Sullivan volvió a inclinarse.

—¿Cree que estas cadenas podrían sujetarme si en verdad quisiera romperle la cara? ¿Cree que estos insignificantes barrotes podrían detenerme? ¿Cree que no podría liberarme para despedazar su cuerpo y beber su sangre como si fuera el elixir de la vida en sólo un segundo?

Cowart retrocedió con un respingo.

—Puedo hacerlo. Así que no me cabree, Cowart. —Y se quedó mirándolo fijamente desde el otro lado de la mesa—. No estoy loco y creo en Dios, aunque es muy posible que me vea en el infierno. Pero eso no me molesta en absoluto, no señor, porque mi vida ha sido un infierno y así debe ser mi muerte. —Se quedó en silencio. Luego se reclinó en el asiento de metal y adoptó su tono perezoso, casi insultante—. Ya ve, Cowart, lo que me separa de usted no son los barrotes ni las cadenas ni toda esa mierda, sino un simple detalle: yo no tengo miedo de morir. Yo no temo a la muerte, y para usted es dolorosa. Siénteme en la silla, póngame una inyección letal, colóqueme ante un pelotón de fusilamiento o lléveme a la horca. Y si me arroja a los leones, yo iré rezando mis plegarias y estaré deseando pasar a mejor vida, una vida en la que sospecho que sembraré tanto mal como en ésta. ¿Sabe lo que me extraña, Cowart?

—¿Qué?

—Me da más miedo vivir aquí encerrado como una maldita bestia que morir. No quiero que los loqueros me estudien y me pinchen, ni que los abogados argumenten y hablen por mí. ¿Qué diablos? No quiero que ustedes escriban sobre mí. Sólo quiero irme de este mundo, ¿entiende? Largarme de una vez para siempre.

—¿Por eso ha despedido a sus abogados? ¿Por eso no apela?

Soltó una sonora carcajada.

—Claro. Por Dios, míreme. ¿Qué ve?

—Un asesino.

—Exacto. —Sonrió Sullivan—. Eso es. Yo maté a esas personas. Y habría matado a más si no me hubieran detenido, habría matado a ese agente... un cabroncete con suerte. Todo lo que tenía era un cuchillo, el que usé con esa chica para pasar un buen rato. Me dejé la pistola en los pantalones y él

desenfundó antes que yo. Todavía no sé por qué no disparó y ahorró a todo el mundo tanta molestia. Pero no, me detuvo con todas las de la ley. No me puedo quejar; tuve mis oportunidades. Incluso me leyó los derechos después de esposarme. Tenía la voz quebrada y las manos le temblaban, y estaba más nervioso que yo. En cualquier caso, tengo entendido que detenerme le valió un gran paso a su carrera, y eso me enorgullece, sí señor. Así que, ¿de qué me voy a quejar? Si quisiese apelar, sólo estaría dando más trabajo a un puñado de picapleitos. Que se jodan. ¿Sabe? Mi vida no es tan maravillosa como para querer quedarme aquí.

Ambos guardaron silencio un momento.

—Entonces, Cowart, ¿qué va a preguntarme?

—Pachoula.

—Bonita ciudad. He estado allí. Pero eso no es una pregunta.

—¿Qué ocurrió en Pachoula?

—Ha estado hablando con el gran Robert Earl Ferguson, ¿eh? ¿Va a escribir un artículo sobre él, sobre mi viejo compañero de piso?

—¿Qué pasó entre ustedes?

—Tuvimos ocasión de hablar. Eso es todo.

Con una leve sonrisa revoloteándole, Sullivan se relajó, jugueteando con sus respuestas. Cowart quería intimidarlo, hacerle escupir la verdad, pero se limitó a hacerle preguntas.

—¿De qué hablaron?

—De su injusta condena. ¿Sabe que esos polis le dieron de palos al chico para obtener su confesión? ¡Por favor!, en mi caso sólo tuvieron que traerme una Coca-Cola para que hablase por los codos.

—¿Y de qué más?

—Hablamos de coches. Al parecer tenemos gustos similares.

—¿Y?

—Hablamos un poco sobre el hecho de haber estado al mismo tiempo en el mismo lugar. Sorprendente, ¿no le parece?

—Ya.

—Hablamos de esa pequeña ciudad y de lo que le hizo perder la virginidad. —Volvió a sonreír con malicia—. Suena bien: perder la virginidad. ¿No fue eso lo que les pasó? A la niña y a la ciudad.

—¿Mató usted a esa niña? ¿Lo hizo?

—¿La maté? —Puso los ojos en blanco y sonrió—. Bueno, déjeme ver si lo recuerdo. ¿Sabe, Cowart?, todos empiezan a amontonarse en mi memoria...

—¿Lo hizo?

—Tranquilo. Empieza a ponerse nervioso y frenético como Bobby Earl. Le desesperaba tanto mi manera natural de recordar que le entraron ganas de matarme. Y eso es algo poco habitual, incluso en el corredor de la muerte, ¿no le parece?

—¿Lo hizo?

Sullivan se volvió a inclinar hacia delante, abandonando el tono jocosos y burlón, y susurró con voz ronca:

—Le gustaría saberlo, ¿eh? —Se mecía en la silla, observando al periodista—. Dígame una cosa, Cowart, ¿quiere?

—¿Qué?

—¿Alguna vez ha sentido el poder de la vida y la muerte en sus manos? ¿Ha conocido la dulce sensación de la fuerza, de saber que tiene el control sobre la vida o la muerte de otra persona? El control absoluto. Completo. Total. Justo en sus manos. ¿Lo ha sentido alguna vez, Cowart?

—No.

—Es la mejor droga que existe. Es como chutarse electricidad en el alma con una jeringa. No hay nada como saber que la vida de alguien te pertenece...

Alzó el puño, como si fuera a coger una pieza de fruta, y apretó el aire. La cadena de las esposas repiqueteó en el soporte de metal.

—Deje que le diga algunas cosas, Cowart. —Hizo una pausa y miró fijamente al periodista—. Primera: estoy lleno de poder. Podría pensarse que soy un impotente preso, esposado, encadenado y encerrado noche y día en una celda de tres por dos, pero estoy cargado de una fuerza que va más lejos de esos barrotes. Más allá. Puedo tocar las almas que quiera con sólo marcar un número de teléfono. Nadie está fuera de mi alcance, Cowart. Nadie. —Se detuvo, y luego preguntó—: ¿Me explico?

El periodista asintió con la cabeza.

—Segunda: no voy a decirle si maté a esa niña o no. Porque si le dijera la verdad, todo resultaría demasiado sencillo. Y de todos modos, ¿cómo iba a creerme? Sobre todo después de las cosas que la prensa ha escrito sobre mí. ¿Qué clase de credibilidad tengo? Si matar a alguien me resulta fácil, ¿no iba a resultarme fácil mentir?

Cowart fue a replicar, pero una fría mirada de Sullivan lo dejó con la boca abierta.

—¿Quiere saber algo, Cowart? Habré ido poco tiempo al colegio, pero nunca dejo de aprender. Apuesto a que soy más culto y estoy mejor informado que usted. ¿Qué lee? *Times* y *Newsweek*. ¿Tal vez el *New York Times Book Review*? A lo mejor hojea el *Sports Illustrated* cuando está en el retrete. En cambio, yo he leído a Freud y Jung y diría que prefiero al discípulo que al maestro. También he leído a Shakespeare, poesía isabelina e historia norteamericana, en especial sobre la guerra civil. Y me gustan los novelistas, sobre todo los que rebosan ironía como Joyce, Faulkner, Conrad y Orwell. Me gusta leer los clásicos, y un poquito de Dickens y Proust. Me encanta Tucídides, y los escritos sobre la arrogancia de los atenienses, y Sófocles, porque habla sobre todos y cada uno de nosotros. La cárcel es un buen lugar para leer, Cowart. Nadie le va a decir qué debe leer y qué no. Y tiene todo el tiempo del mundo. Me temo que en eso gana a muchas universidades. Claro que esta vez no dispongo de todo ese tiempo; así que ahora me entretengo con la Biblia.



—¿No le ha enseñado algo sobre la verdad y la caridad?

Sullivan soltó una risotada que retumbó en aquella jaula.

—Me gusta usted, Cowart. Es un hombre divertido. ¿Sabe de qué habla la Biblia? Habla de engañar, matar y mentir, de asesinatos, robos e idolatría y, por así decirlo, de la clase de cosas que a mí me gustan. —Se quedó mirando a Cowart de hito en hito, y luego sonrió con maldad—. Muy bien. Vamos a divertirnos un poco.

—¿Divertirnos?

—Sí, eso he dicho. —Soltó una risita y susurró—: A unos once kilómetros del lugar donde mataron a la pequeña Joanie Shriver, hay una intersección en que la carretera cincuenta del condado se cruza con la estatal veintiuno. Noventa metros antes de llegar a dicha intersección hay una alcantarilla que atraviesa la carretera, cerca de un grupo de sauces encorvados que en verano arrojan un poco de sombra. Si usted aparcara el coche en ese preciso lugar, se acercase al lado derecho de la alcantarilla y alargara la mano hasta el borde del tubo para sumergirla en el agua que discurre por allí, por muy sucia que esté, tal vez descubriría algo. Algo importante. Algo muy interesante.

—¿El qué?

—Vamos, Cowart. No esperará que le estropee la sorpresa, ¿no?

—Supongamos que voy allí y encuentro ese algo, ¿entonces qué?

—Entonces tendrá una pregunta muy intrigante que plantear a los lectores de sus artículos.

—¿Y qué pregunta es ésa?

—¿Cómo sabía Blair Sullivan que eso estaba en ese lugar?

—...

—Esa es la pregunta del millón, ¿no? Tendrá que resolverla usted solito, Cowart, porque usted y yo ya no hablaremos más. Al menos hasta que sienta el aliento de la señora Muerte en el cogote. —Entonces se levantó de repente y gritó—: ¡Sargento! ¡He acabado con este cerdo! ¡Lléveselo de aquí antes de que me coma su cabeza a mordiscos!

Sonrió a Cowart, haciendo repiquetear las cadenas mientras su eco de asesino retumbaba en el aire y unos pasos impacientes se apresuraban hacia la jaula.

## 6

## LA ALCANTARILLA

Al tiempo que Cowart cruzaba el aparcamiento del motel, una suave brisa jugueteaba con el calor, cada vez más sofocante, de la mañana, desplazaba unos enormes nubarrones por el cielo del Golfo y arremolinaba el aire húmedo circundante. Llevaba una bolsa con unos guantes de jardinero y una linterna grande que había comprado la noche anterior en una estación de servicio. Apuró el paso hacia el coche, absorto en lo que le habían dicho los dos hombres del corredor de la muerte y confiando en que se estaba acercando a la clave del rompecabezas que había dibujado en su mente. No vio al detective hasta que lo tuvo casi encima.

Tanny Brown estaba apoyado en el coche del periodista; se protegía del sol con la mano y observaba cómo Cowart se aproximaba.

—¿Va a alguna parte? —preguntó.

Cowart se paró en seco.

—Tiene usted buenas fuentes. Llegué anoche.

El teniente asintió.

—Lo tomaré como un cumplido. No pasan demasiadas cosas en un lugar como Pachoula.

—¿Está seguro?

El detective no mordió el anzuelo.

—Quizá no debería tomarlo como un cumplido —dijo lentamente—. ¿Hasta cuándo piensa quedarse?

—Esto suena como el diálogo de una película de serie B.

El detective frunció el entrecejo.

—Déjeme volver a intentarlo. Anoche me dijeron que se había registrado en el motel. Es evidente que todavía le quedan preguntas sin respuesta, de lo contrario no estaría aquí.

—Correcto.

—¿Qué clase de preguntas?

Cowart no respondió y se limitó a observar cómo el detective cambiaba de posición. Tuvo un extraño pensamiento: aunque era de día, Brown sabía reducir el mundo, comprimirlo como la noche. Notaba cierto nerviosismo y una ligera vulnerabilidad.

—Pensaba que ya se había formado una opinión respecto al señor Ferguson y a nosotros.

—Se equivoca.

El detective sonrió, meneando lentamente la cabeza para hacerle saber a Cowart que no.

—Es usted duro de pelar, ¿verdad, señor Cowart? —No lo dijo con enfado o agresividad, sino irónicamente, como movido por la curiosidad.

—No sé a qué se refiere, teniente.

—Me refiero a que le ronda una idea y no va a contármela, ¿verdad?

—Si se refiere a que tengo serias dudas sobre la culpabilidad de Ferguson, pues sí, así es.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Cowart?

—Adelante.

El detective respiró hondo y luego se inclinó, hablando poco menos que en susurros.

—Usted lo ha visto. Usted ha hablado con él. Usted ha estado al lado de ese hombre y lo ha olfateado. Lo ha sentido. ¿Cómo le declara?

—No lo sé.

—No me diga que no se le ponía la carne de gallina, aunque sólo fuera un poco, y que no notaba un ligero sudor bajo los brazos cuando hablaba con el señor Ferguson. ¿Es eso lo que se siente al hablar con un hombre inocente?

—Me está hablando de impresiones, no de pruebas.

—Cierto. Pero no me diga que no trabaja usted con impresiones. A ver, ¿cómo le declara?

—No lo sé.

—Claro que no.

En aquel momento, Cowart recordó los tatuajes que Sullivan llevaba en sus pálidos brazos. Algún artista meticuloso había tatuado un par de elaborados dragones orientales, uno en cada antebrazo, que parecían desrizársele bajo la piel y ondularse con cada pequeña flexión de los tendones. Los dragones eran de un rojo y un azul apagados, y estaban adornados de escamas verdes. Tenían las garras extendidas y las fauces abiertas en gesto de amenaza; así, cuando Sullivan estiraba los brazos para agarrar algo o a alguien también lo hacían ambos dragones. Entonces pensó en pronunciar el nombre de aquel psicópata y observar la reacción de Brown, pero era una pista demasiado importante como para emplearla inútilmente.

—¿Alguna vez ha visto un par de viejos perros furiosos, señor Cowart? —dijo Brown—. ¿Ha visto cómo resoplan y caminan en círculos, midiéndose el

uno al otro? Lo que siempre me ha sorprendido es por qué esos viejos perros empiezan a pelearse. Unas veces se olfatean y luego siguen su camino, y tal vez agitan un poco la cola antes de volver a sus asuntos de perro. Pero otras, y ya sabe con qué rapidez, uno de los dos gruñe y enseña los dientes, y de repente ambos empiezan a despedazarse como si sus malditas vidas dependieran de arrancarle al otro la garganta de cuajo. —Hizo una pausa—. Dígame, ¿por qué a veces pasan de largo y otras se pelean?

—No lo sé.

—¿Se supone que huelen algo?

—Imagino que sí.

El detective apoyó la espalda contra el coche y levantó la cabeza hacia el sol.

—¿Sabe?, de pequeño pensaba que todos los blancos tenían algo especial. Era muy fácil pensar así. Lo único que veía era que siempre tenían los mejores trabajos y los coches más grandes y las casas más bonitas. Durante mucho tiempo los odié. Luego me hice mayor. Tuve que ir al instituto con blancos; me alisté en el ejército y luché junto con blancos. Cuando volví, me licencié en una universidad de blancos. Me hice policía y fui uno de los primeros polis negros de un cuerpo integrado por blancos. Ahora el veinte por ciento somos negros y la cifra va en aumento; encarcelamos a los blancos junto con los negros. Y yo he aprendido un poco más a cada paso. ¿Sabe qué he aprendido? Que el mal es daltónico. No repara en el color de la piel; si uno es malo, es malo, sea negro, blanco, verde, amarillo o rojo. —Bajó la vista—. Es así de simple, ¿no cree, señor Cowart?

—Demasiado simple.

—Será porque soy de pueblo. Un perro viejo con olfato.

Los dos se quedaron mirándose en silencio. Brown parecía suspirar, y se pasó una manaza por el pelo rapado.

—¿Sabe? Debería estar riéndome de todo esto.

—¿A qué se refiere?

—Ya lo descubrirá. Pero ¿adónde va usted?

—En busca del tesoro.

El detective sonrió.

—¿Puedo ir con usted? Hace que parezca un juego, y seguramente disfrutaría como un niño, ¿no le parece? En la policía no existe la risa espontánea, sólo mucho cinismo y humor negro. ¿O voy a tener que seguirle?

Cowart cayó en la cuenta de que, por mucho que lo quisiera, no podría esconderse del policía. Tomó la decisión más fácil.

—Suba —dijo, indicándole el asiento del pasajero.

Los dos hombres recorrieron unos kilómetros en silencio. Cowart veía la carretera pasar mientras el detective miraba fijamente el paisaje. El silencio

parecía incómodo, y Cowart se removió en el asiento sin soltar el volante. Estaba acostumbrado a realizar rápidas evaluaciones sobre personalidad y carácter, pero de momento la de Tanny Brown se le resistía. Echó un vistazo al detective, que parecía absorto en sus pensamientos. Intentó examinarlo como un subastador antes de dar paso a la puja. Pese a su musculatura y su tamaño, el discreto traje beige le quedaba flojo en brazos y hombros, como si se lo hubiera hecho confeccionar dos tallas más grande para reducir su físico. Aunque empezaba a hacer calor, llevaba una corbata roja y el cuello abotonado de una camisa azul pálido. Cuando Cowart echaba furtivas miradas a la carretera, vio que el detective limpiaba unas gafas de montura metálica dorada y se las ponía, lo cual le dio un aire intelectual que volvía a contradecirse con su robustez. Más tarde, Brown sacó un bolígrafo y una libreta para hacer unas rápidas anotaciones con gesto propio de periodista. Una vez acabadas las anotaciones, guardó la libreta, el bolígrafo y las gafas y siguió mirando por la ventanilla. Levantó ligeramente la mano, como persiguiendo una idea en el aire, y gesticuló ante el paisaje que iban dejando atrás.

—Hace diez años todo era diferente. Y hace veinte, aún lo era más.

—¿Cómo era?

—¿Ve esa gasolinera? El restaurante Exxon Mini-Mart, un autoservicio con tienda de comestibles y surtidores automáticos con pantalla digital.

Pasaron por delante de la gasolinera.

—Sí. ¿Qué le pasa?

—Hace cinco años era una pequeña Dixie Gas, regentada por un tipo que seguramente había formado parte del Klan en los años cincuenta. Un par de viejos surtidores y la bandera de barras y estrellas colgando en la ventana. El negocio estaba situado en un lugar privilegiado, así que lo vendió por una pequeña fortuna. Se retiró a una de esas casitas que construyen por aquí en urbanizaciones con nombres como Fox Run, Bass Creek o Campos Elíseos, supongo. —El detective rió levemente—. Eso me gusta. Cuando me jubile, el lugar al que me vaya a vivir se llamará Campos Elíseos. O tal vez Valhalla, más apropiado para un poli, ¿eh? Los guerreros de la sociedad moderna. Claro que probablemente moriré con las botas puestas.

—Cierto —respondió Cowart.

Estaba tenso. El detective parecía ocupar todo el espacio del habitáculo, como si fuera más grande de lo que Cowart abarcaba con la mirada.

—¿Tanto ha cambiado?

—Mire alrededor. La carretera es buena, eso supone dólares en impuestos. Se acabaron los negocios familiares. Ahora todo son Seven-Eleven y Winn-Dixie y Southland Corporation. Si quiere tener el coche a punto, vaya a una empresa. Si quiere ver a un dentista, vaya a una asociación profesional. Si quiere comprar algo, vaya a un centro comercial. Por Dios, el *quarterback* del instituto es hijo de un profesor negro, y el mejor receptor es hijo de un mecánico blanco. ¿Qué le parece?

—Las cosas no parecen haber cambiado mucho donde vive la abuela de Ferguson.

—No, eso es verdad. El viejo Sur, pobre y sucio. Caluroso en verano y frío en invierno. Estufas de leña, tuberías exteriores y pies descalzos que patean el polvo. No todo ha cambiado, y ésa es la clase de lugar que existe para recordarnos lo mucho que nos queda por hacer.

—Las gasolineras son una cosa —dijo Cowart—, pero ¿qué hay de la actitud?

Brown soltó una carcajada.

—Eso cambia más lentamente. Todo el mundo aplaude cuando el hijo del profesor pasa el balón y el hijo del mecánico lo recibe y marca un tanto. Ahora bien, si uno de esos muchachos quisiera salir con la hermana del otro, en fin, me parece que los aplausos cesarían de inmediato. Pero bueno, usted ya estará al tanto de todo esto en su trabajo, ¿no?

El periodista asintió, sin saber si le tomaba el pelo, lo insultaba o le hacía un cumplido. Pasaron ante una parcela amplia en la que se construían viviendas. Una excavadora amarilla trabajaba en un prado verde, dejando una cicatriz de tierra rojiza; sus chirridos resonaban al escarbar. No lejos de allí, un grupo de operarios con cascos y camisas empapadas en sudor apilaba madera y bloques de hormigón ligero. Ambos hombres permanecieron en silencio hasta que dejaron atrás la obra. Luego Cowart preguntó:

—Por cierto, ¿dónde está Wilcox hoy?

—¿Bruce? Bueno, tuvimos un par de muertes en accidente de tráfico la pasada madrugada. Lo envié para que hiciera el atestado de la autopsia. Eso nos enseña a respetar los cinturones de seguridad y a no conducir borrachos, y lo que ocurre cuando a los operarios como los que acabamos de pasar se les paga el jueves.

—¿Necesita lecciones como ésa?

—Todos las necesitamos. Forma parte del trabajo.

—¿Como su genio?

—Eso es algo que tendrá que aprender a controlar. A pesar de todo, es un observador muy prudente y astuto. Le sorprendería lo bueno que es con las pruebas y las personas. No suele perder los estribos de esa manera.

—Debería haberse controlado con Ferguson.

—Creo que no acaba de entender lo desquiciados que estábamos todos.

—Eso no viene al caso, y usted lo sabe.

—No, ése es precisamente el caso. Pero usted no quiere escucharme.

La advertencia acalló a Cowart. Sin embargo, al cabo dijo:

—¿Sabe lo que sucederá cuando escriba que su amigo golpeó a Ferguson?

—Sé lo que usted cree que sucederá.

—Que habrá un nuevo juicio.

—Tal vez.

—Diría que usted sabe algo y me lo oculta.

—No, señor Cowart, lo que sé es cómo funciona el sistema.

—Bueno, el sistema dice que no se puede obtener la confesión de un acusado a mamporros.

—¿Y eso hicimos nosotros? Recuerdo haberle dicho que Wilcox sólo lo abofeteó un par de veces. Con la mano abierta. No es más que una manera de captar la atención. ¿Le parece que obtener la confesión de un asesino es como servir un té con maneras agradables y correctas? ¡No me joda, Cowart! Y necesitamos casi veinticuatro horas para que confesara. ¿Dónde están la causa y el efecto?

—Ésa no es la versión de Ferguson.

—Supongo que dice que no dejamos de torturarlo.

—Exacto.

—Que no le dimos comida ni bebida, que no lo dejamos dormir, que lo sometimos a un maltrato constante, además de privarlo de sus derechos e intimidarlo. Es el viejo cuento, y por lo visto obtiene resultados satisfactorios. Se viene usando desde la Edad de Piedra. ¿Es eso lo que él alega?

—Más o menos. ¿Lo niega usted?

Brown sonrió y asintió.

—Por supuesto. No ocurrió de esa manera. De haber sido así, le habríamos sacado una rápida confesión a ese negro hijoputa. Habríamos averiguado cómo cameló a Joanie para que subiera al coche, dónde escondió su ropa y ese pedazo de alfombrilla y toda la mierda que no nos dijo.

Cowart volvió a sentir un ramalazo de indecisión. Lo que decía el policía era cierto.

—Ahí lo tiene, eso le ayudará a escribir su artículo, ¿no? —añadió Brown—. Un desmentido oficial.

—Ya.

—Pero no le hará desistir, ¿verdad?

—No.

—Ya. Supongo que a usted le compensa más creerle a él.

—Yo no he dicho eso.

—¿Ah no? ¿Y qué hace que su versión sea más convincente que la mía, si puede saberse?

—Tampoco he dicho eso.

—Y una mierda. —Brown se volvió en su asiento y lo fulminó con la mirada—. No me venga con la típica excusa de periodista. El discursito del «¡Eh!, yo me limito a publicar las versiones y dejar que los lectores decidan a quién creer», ¿no?

Cowart, inquieto, asintió con la cabeza. El detective también asintió y desvió la mirada hacia la ventanilla.

Cowart se sumió en el mutismo mientras seguía conduciendo despacio carretera abajo. Vio que dejaban atrás la intersección descrita por Sullivan. Escudriñó la calzada, buscando el grupo de sauces.

—¿Qué busca? —preguntó Brown.

—Sauces y una alcantarilla que pasa por debajo de la carretera.

El detective frunció el entrecejo y se tomó un segundo antes de responder.

—Carretera abajo. Vaya más despacio, se lo enseñaré.

Señaló adelante y Cowart vio los árboles y un pequeño espacio de tierra donde podía parar. Aparcó y bajó.

—Vale —dijo el detective—, aquí están los sauces. ¿Y ahora qué buscamos?

—No estoy seguro.

—Señor Cowart, a lo mejor si fuera usted un poco más comunicativo...

—Me dijeron que buscara bajo la alcantarilla.

—¿Quién le dijo eso? ¿Y buscar qué?

El periodista meneó la cabeza.

—Primero echemos un vistazo.

El detective resopló, pero lo siguió.

Cowart se acercó al arcén y vio el borde oxidado de la tubería gris que sobresalía de una maraña de broza, roca y musgo. Estaba rodeado del inevitable surtido de desperdicios: latas de cerveza, botellas de plástico, envoltorios irreconocibles, una vieja playera de empeine blanco, y un fétido paquete de pollo frito a medio consumir. Un reguero de agua turbia salía del fondo del cilindro de metal. Cowart vaciló, luego bajó hasta la húmeda y espinosa maleza. Los arbustos se le enganchaban en la ropa y notó lodo bajo los pies. El detective lo siguió sin titubear, sin importarle estropearse el traje.

—Dígame —inquirió el periodista—, ¿esto siempre está así, o...?

—No. Cuando llueve mucho toda esta zona se inunda y se convierte en un pantano de lodo e inmundicia. Tarda un par de días en volver a secarse. Y así una y otra vez.

Cowart se puso los guantes.

—Sujéteme la linterna —dijo.

Se arrodilló con cuidado y, con el detective manteniendo el equilibrio a su espalda y enfocando con la linterna la boca de la alcantarilla, empezó a raspar tierra compacta y roca.

—Señor Cowart, ¿qué está haciendo?

El periodista no respondió, sólo continuó sacando porquería y amontonándola a su espalda.

—Tal vez si me dijera...

Cowart alcanzó a ver algo en el haz de luz. Escarbó con más ímpetu. El detective se percató de que había descubierto algo e intentó echar un vistazo desde arriba. Cowart apartó las hojas mojadas y el barro con las manos, distinguió un mango y lo agarró. Tiró con fuerza. Por un instante ofreció resistencia, como si la tierra no se fuera a rendir sin luchar; luego cedió. Cowart se puso en pie bruscamente, volviéndose hacia Brown para enseñarle lo que había cogido.

—Un cuchillo —dijo lentamente.



El detective se quedó mirando el arma, perplejo.

—Un arma homicida, supongo.

La hoja de diez centímetros y el mango tenían una costra de tierra y óxido. Estaba ennegrecido por el tiempo y los elementos, y por un momento Cowart temió que el arma se desintegrara en sus manos.

Brown miró con dureza al periodista, sacó un pañuelo del bolsillo y cogió el cuchillo por la punta, envolviéndolo con cuidado.

—Yo lo cojo —dijo, y lo metió en el bolsillo de la chaqueta—. No ha quedado gran cosa —añadió—. Lo llevaremos al laboratorio, pero yo no me haría demasiadas ilusiones. —Contempló fijamente la alcantarilla, y luego el cielo—. Retroceda —murmuró—. No toque nada más. Puede que haya algo de valor forense. —Clavó una larga y fría mirada en Cowart—. Si este lugar guarda relación con un crimen, quiero que esté intacto.

—Ya sabe con qué guarda relación.

Brown retrocedió sacudiendo la cabeza.

—Hijo de puta —dijo en voz baja, y gateó por la pendiente de regreso al coche. Se quedó plantado un instante en la carretera, con el puño apretado y expresión ceñuda. De repente y con una celeridad que pulverizó la quietud de la mañana, dio una patada a la puerta abierta del coche. El ruido retumbó entre el calor y la luz del sol, para desvanecerse poco a poco como un lejano disparo.

Cowart estaba sentado a solas en el despacho del policía, esperando. Desde la ventana contemplaba cómo la noche iba cubriendo la ciudad, una ola de penumbra que parecía afanarse por salir de los rincones oscuros y de debajo de los árboles umbríos para apoderarse de la atmósfera. Oscureció con una rapidez invernal; nada que ver con el lento amanecer de los días estivales.

Aquel día lo había pasado con los nervios a flor de piel. Había visto cómo un grupo de analistas peinaban cuidadosamente la alcantarilla en busca de más pruebas. Había visto cómo etiquetaban e introducían en unas bolsas escombros, muestras de tierra y parte de la irreconocible basura. Sabía que no encontrarían nada, pero presenció la búsqueda con paciencia.

A última hora de la tarde, el teniente y él habían vuelto en coche a la jefatura, y allí el detective lo había dejado en su despacho, a la espera de los resultados del examen del laboratorio con relación al cuchillo. Los dos hombres habían compartido poco más que silencio.

En el despacho, Cowart contempló una fotografía enmarcada del detective y su familia, que posaban a la entrada de una iglesia enjalbegada. Una esposa y dos hijas, una de ellas toda trenzas y aparato de ortodoncia con un gesto de aburrimiento que traspasaba incluso su ropa de domingo; la otra, una adolescente descarada de piel suave y figura aprisionada en el blanco almidonado de su blusa. El detective y su esposa sonreían con calma a la cámara, procurando aparentar naturalidad.

De repente, Cowart sintió una punzada de remordimiento. Después de lo del divorcio, él se había deshecho de todas las fotografías en las que posaba con su esposa y su hija. Ahora se preguntó por qué.

Recorrió con la mirada los demás adornos que colgaban de la pared. Una serie de placas lo reconocían como ganador del concurso anual de tiro del condado, una mención enmarcada del ayuntamiento daba fe de su valentía en una delicada misión, una medalla enmarcada, una Estrella de Bronce junto con otra mención y una fotografía de un Tanny Brown uniformado, más joven y mucho más delgado, en el sureste asiático.

La puerta se abrió a sus espaldas y Cowart se volvió. El detective entró impasible, con el rostro inexpresivo.

—¿Cómo consiguió la medalla? —preguntó Cowart.

—¿Qué?

El periodista señaló la pared.

—Ah, eso. Estaba en la sección médica. El pelotón cayó en una emboscada y cuatro hombres estaban heridos en un arrozal. Yo salí a recogerlos, uno por uno. Nada del otro mundo, pero aquel día nos acompañaba un periodista del *Washington Post*. Mi teniente creía que por culpa suya, del teniente, el pelotón había caído en una emboscada, y pensó que más le valía hacer algo en compensación. Así que se aseguró de que yo recibiera una medalla. Era una manera de borrar la mala impresión que le iba a quedar a aquel periodista después de pasarse cuatro horas en pleno tiroteo con la cara hundida en un pantano plagado de sanguijuelas. ¿Fue usted a Vietnam?

—No. Mi número en el sorteo era el veintitrés. Nunca salió.

El detective asintió y le indicó que tomara asiento, mientras él se dejaba caer en su silla, al otro lado de la mesa.

—Nada —suspiró.

—¿No hay huellas dactilares? ¿Sangre? ¿Algo?

—Todavía no. Enviaremos el cuchillo al laboratorio del FBI y a ver qué pueden hacer ellos. Tienen mejor equipo.

—Pero ¿no hay nada?

—Bueno, el forense dice que el filo tiene las dimensiones del que causó las cuchilladas. La herida más profunda daba la misma medida que el filo del cuchillo. Eso ya es algo.

Cowart sacó su libreta y empezó a tomar notas.

—¿Puede averiguar de dónde procede el cuchillo?

—Es el típico cuchillo barato comprado en alguna tienda de artículos de caza. Lo intentaremos, pero no tiene ningún número de serie que lo identifique ni marca del fabricante. —Vaciló y miró a Cowart con dureza—. Bien, dígamelo.

—¿Qué?

—Déjese de juegucitos. ¿Quién le habló del cuchillo? ¿Es con el que mataron a Joanie Shriver? Conteste. —Cowart titubeó—. ¿Me va a obligar a que

le lea sus derechos, o qué?

—Le diré una cosa: Ferguson no me dijo dónde buscar el cuchillo.

—¿Me está diciendo que alguien le dijo dónde encontrar el arma que podría haber causado la muerte a Joanie Shriver?

—Eso es.

—¿Le importaría compartir esta información?

Cowart levantó la vista de sus garabatos.

—Antes dígame una cosa, teniente. Si yo le cuento lo que sé sobre ese cuchillo, ¿reabrirá el caso? ¿Está dispuesto a ir al fiscal del estado? ¿Ponerse en pie ante el juez y declarar que es necesario volver a abrir el caso?

Brown hizo una mueca.

—No puedo hacer una promesa de ese tipo a ciegas. Vamos, Cowart, suéltelo.

El periodista negó con la cabeza.

—Es que no sé si puedo fiarme de usted, teniente. Lo siento.

Tanny Brown pareció enfurecerse.

—Pensaba que entendería una cosa —dijo casi siseando.

—¿Qué cosa?

—Que en esta ciudad el caso de Joanie Shriver permanecerá abierto hasta que su asesino pague por lo que hizo.

—Ésa es la cuestión, ¿no? ¿Quién paga por ello?

—Todos lo estamos pagando. A todas horas. —Dio un puñetazo en la mesa. El estruendo retumbó en el pequeño despacho—. Si tiene algo que decir, ¡dígalos ahora!

Cowart reflexionó un momento y al final respondió:

—Blair Sullivan fue quien me dijo dónde encontrar el cuchillo.

Aquel nombre surtió el efecto esperado. Primero Brown pareció sorprendido, luego frustrado; como un bateador que esperara una bola rápida y viese cómo por el efecto se le cuela por la esquina de la base.

—¿Sullivan? ¿Qué tiene que ver ese cabrón con todo esto?

—Usted debería saberlo. Pasó por Pachoula en mayo de 1987, y en su camino dejó un rosario de cadáveres.

—Lo sé, pero...

—Y él sabía dónde estaba el cuchillo.

Brown se quedó mirándolo fijamente.

—¿Sullivan admitió haber asesinado a Joanie Shriver? —preguntó incrédulo.

—No, no lo admitió.

—¿Le dijo que Ferguson no mató a esa niña?

—No exactamente, pero...

—¿Dijo algo que desmienta expresamente su culpabilidad?

—Sabía lo del cuchillo.

—Sabía que había un cuchillo —precisó Brown—. Pero no si se trata de

aquel cuchillo; sin un informe forense, no es más que un trozo de metal oxidado. Vamos, Cowart, usted sabe que Sullivan está como una cabra. ¿Le proporcionó algo que se pudiera considerar, aunque fuera remotamente, una prueba? —Entornó los ojos.

Cowart vio cómo procesaba rápidamente la información, especulando, asimilando, descartando, y entonces pensó: «Demasiado complicado para él. No querrá ni plantearse la posibilidad de haber incurrido en un error. Tiene a su asesino, y con eso se da por satisfecho.» Así pues, dijo:

—Nada.

—Entonces eso no basta para reabrir una investigación que ha resultado en condena.

—Muy bien. Prepárese para leerlo en el periódico. Ya veremos si con eso no basta.

El policía lo fulminó con la mirada y señaló la puerta.

—Váyase, señor Cowart. Váyase ahora mismo. Métase en su coche de alquiler y vuelva al motel. Haga las maletas. Diríjase al aeropuerto, tome un avión y regrese a su ciudad. Y no vuelva por aquí, ¿entendido?

Cowart se irritó.

—¿Me está amenazando?

El detective negó con la cabeza.

—No; le estoy dando un consejo.

—¿Y?

—Hágame caso.

Cowart se levantó de la silla y se quedó mirando fijamente al detective. Los ojos de ambos se enzarzaron en un pulso visual. Cuando el detective por fin le dio la espalda, Cowart se volvió y salió por la puerta, la cerró de un portazo y apretó el paso entre las brillantes luces fluorescentes de la jefatura de policía; los agentes uniformados y otros detectives se hacían a un lado, como si levantara una ola ante sí. Notaba sus ojos sobre la espalda al avanzar por los pasillos, acallando a su paso una docena de conversaciones. Oyó que mascullaban a sus espaldas, que pronunciaban su nombre con desagrado en varias ocasiones. Él no miró alrededor ni alteró el paso. Bajó solo en el ascensor y salió a la calle por las amplias puertas de cristal. Luego se dio media vuelta y levantó la mirada hacia el despacho de Brown. Por un momento lo vio de pie junto a la ventana, observándolo. Una vez más se sostuvieron la mirada. El periodista sacudió ligeramente la cabeza.

Entonces vio que el detective desaparecía de la ventana.

Por un instante Cowart se quedó inmóvil, dejando que la noche lo envolviera. Luego se marchó, caminando despacio al principio y después apretando el paso, hasta marchar enérgicamente por la ciudad, con las palabras que darían vida a su artículo empezando a cobrar forma en su mente.

## 7

## PALABRAS

De regreso en casa, sin embargo, el cansancio acumulado hacía que los vivos se perdieran en sus libretas y los muertos se apoderaran de su imaginación.

Era tarde, pasadas ya las doce, una clara noche de Miami en que el cielo parecía una vasta negrura salpicada de grandes pinceladas sobre un infinito de estrellas titilantes. Necesitaba a alguien con quien compartir su inminente victoria, pero no tenía a nadie. Todos se habían ido, se los habían robado la edad, el divorcio y demasiadas muertes. Necesitaba especialmente a sus padres, pero ya hacía tiempo que lo habían dejado.

Su madre había muerto cuando él no era más que un muchacho. Una mujer tranquila y menuda, de una delgadez huesuda y atlética, que compensaba su abrazo duro y a la vez frágil con una voz suave y casi sensual, muy habilidosa para contar historias. Hija de una época que la había condenado al papel de ama de casa, los había criado a él y a sus hermanos y hermanas siguiendo un interminable ciclo, primero de pañales, biberones y dentición, y luego de rodillas rasguñadas y heridas imaginarias, deberes, entrenamientos de baloncesto, y los esporádicos e inevitables desengaños de adolescencia.

Había tenido una muerte rápida a las puertas de la vejez. Cáncer de colon inoperable. Cinco semanas, una progresión mágica y continua de la vida a la muerte, marcada por una piel día a día más amarillenta y una voz y un andar cada vez más débiles. Su padre había muerto justo después de ella, lo cual resultaba extraño. Cuando Cowart se hizo mayor, llegó a enterarse de las escandalosas infidelidades de su padre, siempre fugaces y mal disimuladas. En retrospectiva parecían menos desgraciadas que su aventura con el periódico, la cual le había robado tiempo y entusiasmo para estar con su familia. Así que, cuando después del funeral de la madre, el padre había dedicado seis obsesivos meses de interminables semanas al trabajo, sólo para anunciar acto seguido que se jubilaría anticipadamente, todos los hijos se llevaron una sorpresa.

Habían mantenido largas conversaciones telefónicas, en las que él ponía su decisión en entredicho y se preguntaba qué haría, flotando él solo en un enorme y mudo vacío, recordando su hogar aburguesado y la proximidad de sus jóvenes hijos, a quienes su presencia había resultado inusual y posiblemente incómoda. Matthew era el menor de seis hermanos —dos profesores, un abogado, un médico, un artista y él mismo— dispersos a lo largo y ancho del país; sin embargo, ninguno de ellos se encontraba lo bastante cerca para ayudar a su padre, que había envejecido de repente. Todos habían obviado la realidad. Acabó disparándose un pistoletazo en su aniversario de boda.

«Debería habérmelo imaginado —pensó Cowart—. Debería haberme adelantado a los acontecimientos.» Su padre lo había llamado por teléfono dos noches antes. Habían conversado vagamente y con cautela sobre noticias y cobertura informativa. Su padre le había dicho: «Recuerda: no son los hechos lo que quieren, sino la verdad.» Pocas veces había dicho algo así a su hijo, pero cuando Cowart procuró que continuara hablando, se despidió con brusquedad.

La policía lo había encontrado sentado en su escritorio, con un pequeño revólver en una mano, una herida de bala en la frente y una fotografía de su esposa en el regazo. Mathew, el eterno periodista, pidió a los policías que le describieran la escena con todo lujo de detalles; una vez conocidos, jamás lograría olvidarlos, y despojarían a la muerte de su halo trágico: su padre llevaba unas gastadas zapatillas rojas y un traje de ejecutivo azul con una corbata floreada que su esposa le había regalado con ocasión de algún día del Padre; un ejemplar de la edición de aquel día, con notas escritas en rojo, estaba abierto sobre la mesa, delante de él, al lado de un refresco bajo en calorías y medio sándwich de queso. Había recordado extender un cheque a la señora de la limpieza y dejarlo sujeto con cinta adhesiva a su antigua lámpara verde oscuro. Había media docena de papeles arrugados que su padre había arrojado al suelo y habían quedado esparcidos alrededor de la silla; todos eran notas empezadas y nunca terminadas dirigidas a sus hijos.

El cielo estaba estrellado.

«Yo era el menor —pensó—. El único que siguió sus pasos en la profesión. Pensaba que eso nos acercaría, que podría mejorar las cosas, que él se sentiría orgulloso... o celoso.» En cambio, se había vuelto más distante.

Pensó en la sonrisa de su madre. La de su hija se la recordaba. «Y he dejado que mi esposa se la llevara sin apenas rechistar.» Aquel pensamiento le produjo una repentina sensación de vacío, que enseguida se llenó con el recuerdo dantesco de las fotografías de la pequeña Joanie Shriver en la escena del crimen.

Bajó la cabeza y contempló la calle. A lo lejos, vio que el bulevar resplandecía con la luz amarillenta de las farolas y los faros de los coches al pasar. Se giró al oír una sirena unas calles más allá, y entró en su edificio. Subió en ascensor, recorrió el pasillo y abrió la puerta de su apartamento. Por un instante se detuvo en el recibidor y, acto seguido, encendió las luces y echó un vistazo alrededor. Vio el desorden propio de un soltero: libros amontonados en

los anaqueles, pósteres enmarcados en las paredes, un escritorio lleno de papeles, revistas y recortes. Buscó algo familiar que le dijera que estaba en casa; luego suspiró, cerró la puerta y, antes de acostarse, se puso a deshacer las maletas.

Cowart pasó una larga semana hablando por teléfono y reconstruyendo el contexto de la historia. Hubo abruptas llamadas a los fiscales que habían condenado a Ferguson y no querían hablar con ningún periodista, y llamadas más largas a los hombres que llevaban los casos contra Blair Sullivan. Un detective de Pensacola había corroborado la presencia de Sullivan en el condado de Escambia cuando se produjo el asesinato de Joanie Shriver; el comprobante de la tarjeta de crédito por repostar en una gasolinera próxima a Pachoula databa del día anterior a la muerte de la niña. La fiscalía de Miami le enseñó el cuchillo que Sullivan llevaba encima en el momento de su detención: era un cuchillo barato sin marca distintiva y con una hoja de unos diez centímetros, parecido aunque no idéntico al que él había encontrado en aquella alcantarilla.

Cowart sostuvo el cuchillo en sus manos y pensó: «Encaja.»

Otras piezas encajaban.

Habló largo y tendido con funcionarios de Rutgers, que le facilitaron el modesto expediente académico de Ferguson. Había sido un estudiante aplicado pero bastante mediocre; un alumno cuyo único interés parecía consistir en completar los estudios, lo que había logrado de manera correcta, mas en absoluto notable. El encargado de una residencia de estudiantes lo recordaba como un tipo tranquilo y poco sociable, del grupo de los marginados, y poco dado a las fiestas y la vida social. Según aquel hombre, era un joven solitario y reservado que se había mudado a un apartamento al poco tiempo de acabar el primer año de universidad.

Luego habló con el tutor de Ferguson en el instituto, quien le dijo otro tanto de lo mismo, si bien señaló que, en Newark, las notas de Ferguson eran mejores. Ninguno de los dos hombres había sabido darle el nombre de algún amigo íntimo del joven.

Empezó a ver a Ferguson como un hombre que flota al margen, inseguro de sí mismo, inseguro de su identidad y su porvenir; un hombre que espera algo, cuando ya le ha pasado lo peor. Más que como alguien inocente, lo veía como una víctima de su propia pasividad. Un hombre del que aprovecharse. Eso le ayudó a entender lo sucedido en Pachoula. Pensó en el contraste existente entre dos hombres que formaban parte del caso: a uno no le gustaba caerse y dar tumbos en la parte de atrás del autobús, mientras que el otro atravesaba la línea de fuego corriendo para ayudar a los demás. Uno pasó por la universidad y el otro se hizo policía. «Ferguson no tuvo ninguna oportunidad cuando se vio cara a cara con Brown», pensó.

Antes del fin de semana, un fotógrafo que el *Journal* había enviado al norte de Florida estaba de regreso. Esparció sus fotografías sobre un expositor, ante la atenta mirada de Cowart: había una a todo color de Ferguson en su celda, mirando fijamente a la cámara por entre los barrotes; otra de la alcantarilla, y otras de Pachoula, de la casa de los Shriver y del colegio. También estaba la misma fotografía que Cowart había visto colgada en la escuela y una de Tanny Brown y Bruce Wilcox saliendo con gesto furibundo del departamento de homicidios del condado de Escambia.

—¿Cómo consiguió ésta? —preguntó Cowart.

—Me pasé el día vigilando, a la espera. Tampoco se puede decir que a ellos les hiciera demasiada gracia.

Cowart asintió, encantado de no haber estado allí para verlo.

—¿Y Sully?

—No dejó que lo fotografiara. Pero tengo una buena toma de su juicio. Mire. —Le enseñó la fotografía.

Era Blair Sullivan avanzando por un pasillo de los tribunales, encadenado de pies y manos, y escoltado por dos corpulentos detectives. Miraba a la cámara con desdén, medio sonriente, medio amenazante.

—Hay algo que no acabo de entender —dijo el fotógrafo.

—¿Qué es?

—Bueno, si viera que este hombre se me acerca en la calle, seguramente echaría a correr en la otra dirección. No me subiría a su coche. Pero Ferguson... en fin, ya me entiende, ni siquiera cuando te mira con rabia parece tan despiadado. Quiero decir, podría convencerme de que subiera a su coche.

—Nunca se sabe —repuso Cowart, y cogió la fotografía de Sullivan—. Este hombre es un psicópata. Podría convencerte de cualquier cosa. No es sólo esa niña; piensa en todas las personas que asesinó. ¿Qué me dices de esa pareja de ancianos a la que mató después de ayudarlos a cambiar un neumático? Es posible que le dieran las gracias antes de morir. O la camarera que se fue con él para pasar un buen rato, ¿recuerdas? Creía que se iban de juerga. No lo tomé por un asesino. ¿Y el muchacho de la estación de servicio? Tenía uno de esos botones de emergencia justo debajo de la caja registradora, pero no lo pulsó.

—Supongo que no tuvo oportunidad. —Cowart se encogió de hombros—. En cualquier caso —continuó el fotógrafo—, estoy seguro de que no me subiría a un coche con él.

—Haces bien. Porque ya estarías muerto.

Se sentó a su vieja mesa en una esquina de la redacción y desplegó todas sus notas alrededor sin apartar la mirada del ordenador. Sólo hubo un momento en que sintió un acceso de nerviosismo: cuando se sentó ante la pantalla en blanco. Hacía algún tiempo que no escribía una noticia, y se preguntó si habría perdido la práctica. Luego pensó: «Ni hablar», y dejó que el



entusiasmo disipara las dudas. Empezó describiendo a los dos hombres en sus respectivas celdas, su aspecto y sus palabras; bosquejó lo que había visto de Pachoula, y relató brevemente la fuerza descomunal de uno de los detectives y el arrebató de ira del otro. Las palabras fluían con facilidad y a un ritmo constante. No pensaba en nada más.

Tardó tres días en escribir el primer artículo y dos en componer el siguiente; dedicó otro día a pulir el resultado; pasó dos días revisando con el redactor jefe línea por línea, y otro con los abogados realizando un minucioso análisis legal. Finalmente se abalanzó sobre la mesa del maquetador; su noticia iba a ocupar la primera página del dominical. El titular ponía: «Un caso de interrogantes.» Le gustaba cómo sonaba. El subtítulo rezaba: «Dos hombres, un crimen y un asesino que nadie puede olvidar.» También le gustaba.

Por la noche, se tumbó insomne en la cama, pensativo: «Lo has hecho. Al final lo has conseguido.»

El sábado, antes de que la historia saliera publicada, llamó a Tanny Brown. El detective estaba en casa, y el departamento de homicidios no le facilitó su número privado. Así que pidió a una agente que el detective le devolviera la llamada, lo cual hizo al cabo de una hora.

—¿Coward? Soy Brown. Pensaba que ya no teníamos nada de qué hablar.

—Sólo quería darle la oportunidad de responder a lo que va a salir en la prensa.

—¿Igual que la oportunidad que nos dio su maldito fotógrafo?

—Lo siento.

—Nos tendió una emboscada.

—Lo siento.

Brown hizo una pausa.

—Bueno, al menos dígame que no salimos demasiado mal en la fotografía.

Uno tiene su orgullo, ya sabe.

Coward no supo si el detective estaba bromeando o no.

—No está mal —dijo—. Parece salida de *Dos sabuesos despistados*.

—Me conformo. Ahora dígame qué quiere.

—¿Desea responder al artículo que vamos a publicar mañana?

—¿Mañana? ¡Vaya! Supongo que tendré que levantarme temprano y bajar al quiosco. ¿Valdrá la pena?

—Por supuesto.

—Primera plana, ¿eh? Lo convertirá en una estrella, ¿verdad, Coward? ¿Será famoso?

—Eso no lo sé.

El detective rió con sorna.

—La gran fotografía de Robert Earl, ¿no? ¿Cree que funcionará? ¿Cree que logrará sacarlo del corredor?

—Tampoco lo sé, pero es un artículo interesante.

—Apuesto a que sí.

—Sólo quería darle la oportunidad de responder.

—¿Me dirá lo que pone?

—Sí. Ya está escrito.

Brown hizo una pausa.

—Supongo que contiene toda esa bazofia sobre los malos tratos. Y lo de la pistola, ¿no?

—Pone lo que él afirma. Y también lo que usted dijo.

—Pero no con las mismas palabras, ¿verdad?

—No. Ambos argumentos tienen el mismo peso.

Brown soltó una carcajada.

—Me lo imagino —dijo.

—Entonces, ¿prefiere comentar el artículo directamente?

—Me gusta esa palabra, «comentar». Es agradable y segura. ¿Quiere que comente su artículo? —Su voz se tiñó de sarcasmo.

—Exacto. Quería darle la oportunidad.

—Entiendo. La oportunidad de cavar más hondo mi propia tumba; de meterme en más líos, sólo porque le dije la verdad. —Respiró hondo y prosiguió, casi lamentándose—: Podría haberle contestado con evasivas, pero no lo hice. ¿Figura eso en el artículo?

—Por supuesto.

Brown rió con ironía.

—Mire, sé que se ha forjado una idea de lo que va a lograr con todo esto. Pero le diré una cosa: está equivocado. Totalmente equivocado.

—¿Ése es su comentario?

—Las cosas nunca son tan fáciles ni tan simples como se piensa la gente. Siempre surge alguna complicación, algún interrogante, alguna duda.

—¿Ese es su comentario?

—Usted se equivoca. De medio a medio.

—De acuerdo. Si ése es su comentario...

—No, eso es lo que quiero que entienda. —Soltó una brusca carcajada—. Sigue siendo un tipo duro, ¿verdad, Cowart? No me responda, porque ya sé la respuesta. —Hizo una pausa.

Cowart oyó una respiración honda y enojada al teléfono hasta que Brown por fin habló, haciendo que sus palabras retumbaran como una lejana tormenta.

—Vale, éste es mi comentario: váyase al infierno.

Y colgó.

## 8

## OTRA CARTA DESDE EL CORREDOR DE LA MUERTE

Cowart no vio a Ferguson ni habló con él hasta el día del juicio, y lo mismo ocurrió con los detectives, que se negaron a devolverle sus llamadas en las semanas siguientes a la publicación de los artículos. Los fiscales del condado de Escambia, que competían por una estrategia, atendieron escuetamente sus peticiones de información. Por otro lado, la defensa se mostraba efusiva: llamaba cada día para tenerlo al corriente de los acontecimientos y descargaba un aluvión de mociones ante el juez que había presidido el primer juicio.

Desde que la historia salió a la luz, Cowart se vio atrapado por un ímpetu natural debido a las alegaciones que había escrito, como quien se ve arrastrado calle abajo por las lluvias torrenciales. La televisión y la prensa se abalanzaron con avidez sobre todas las personas, los acontecimientos y los lugares que protagonizaban aquella historia, para reconstruirla y modificarla de mil maneras diferentes, aunque básicamente semejantes. Aquella historia presentaba aspectos fascinantes: la confesión forzada, la inquieta ciudad todavía resentida por el asesinato de la niña, la frialdad de los detectives y, por último, la horrible ironía de que el verdadero asesino podría ver al inocente en la silla eléctrica con sólo mantener la boca cerrada. Y precisamente esto es lo que hizo Blair Sullivan: no concedió ninguna entrevista, se negó a hablar con periodistas, abogados, policías, y hasta con un equipo de *60 Minutes*. Sólo hizo una llamada a Matthew Cowart unos diez días después de que aparecieran los artículos.

Era una llamada a cobro revertido. Cowart estaba en su mesa, ya reincorporado al departamento editorial, leyendo la versión que el *New York Times* daba de la historia («Surgen interrogantes por un caso de homicidio en los confines de Florida») cuando el teléfono sonó y la operadora le preguntó si aceptaba una conferencia de un tal señor Sullivan de Starke, Florida. Por un momento se quedó paralizado. Luego asintió, se inclinó hacia delante en la silla

y oyó la familiar voz nasal del sargento Rogers.

—¿Coward? ¿Está usted ahí?

—Hola, sargento.

—Le paso con Sully. Quiere hablar con usted.

—¿Cómo va todo?

El sargento se echó a reír.

—Vaya, debí prohibirle que entrase usted aquí. Este lugar se ha convertido en un maldito avispero desde que publicaron sus artículos. De pronto, a todo el mundo en el corredor de la muerte se le ocurre llamar a todos los malditos periodistas del estado. Y cada uno de esos malditos periodistas se presenta aquí solicitando entrevistas y visitas y demás. —La risa del sargento invadió la línea telefónica—. Este sitio está más animado que cuando el generador principal y el de emergencia se apagaron a la vez y todos los presos pensaron que la mano del destino les estaba abriendo las puertas.

—Siento haber causado tantas molestias...

—Bah, no importa. Rompe la rutina, ya me entiende. Claro que las cosas se van a poner difíciles cuando todo vuelva a la normalidad. Y tarde o temprano volverá.

—¿Cómo está Ferguson?

—¿Bobby Earl? Está tan ocupado con las entrevistas que deberían reservarle su propio espacio en la programación de medianoche, como al difunto Johnny Carson y a ese David Letterman.

Coward sonrió.

—¿Y Sully?

Se hizo una pausa y luego el sargento habló despacio:

—Se niega a hablar con nadie sobre nada. No sólo con periodistas y psiquiatras. El abogado de Bobby Earl ha venido unas cinco o seis veces y esos detectives de Pachoula pasaron por aquí, pero él se limitó a reírse de ellos y escupirles en la cara. Citaciones, amenazas, promesas, no importa lo que le mencionen, porque no sirve de nada. No quiere hablar, y menos de esa niña de Pachoula. Entona algunos cánticos para sus adentros, escribe más cartas y estudia a fondo la Biblia. No deja de preguntarme qué ocurre, así que yo lo pongo al corriente de todo lo que puedo, le traigo periódicos y revistas. Ve la televisión cada noche, de manera que sabe cómo esos dos detectives lo ponen a usted verde. Eso le hace reír.

—¿Qué opina usted?

—Creo que se lo está pasando bien. Es la clase de cosas que le divierten.

—Pues a mí me resulta aterrador.

—Le advertí sobre ese psicópata.

—¿Y por qué quiere hablar conmigo?

—No lo sé. Esta mañana se levantó y me preguntó si podía pasarle una llamada.

—Vale, de acuerdo. Póngame con él.

El sargento se aclaró la garganta.

—No es tan fácil, ¿recuerda? Nos gusta tomar ciertas precauciones cuando trasladamos al señor Sullivan.

—Ya. ¿Qué aspecto tiene?

—No está muy cambiado respecto a cuando usted lo vio, salvo por un atisbo de excitación. Aparenta mejor aspecto, como si hubiera ganado algo de peso, pero no es así, porque tampoco come mucho. Como le dije, creo que se lo está pasando bien. Está muy animado.

—Ajá. Oiga, sargento, no me ha dicho qué piensa usted del artículo.

—¿El...? Bueno, me pareció muy interesante.

—¿Y?

—A ver, señor Cowart, le seré sincero: si uno se pasa en prisión el tiempo suficiente, sobre todo en el corredor de la muerte, es muy probable que escuche todo tipo de historias.

Cuando Cowart se disponía a hacerle otra pregunta, oyó vozarrones de fondo y ruidos extraños en el teléfono.

El sargento dijo:

—Ya viene.

—¿Es ésta una conversación privada? —preguntó Cowart.

—¿Se refiere a si el teléfono está pinchado? Es la línea que solemos utilizar con los abogados, de manera que dudo que esté pinchado, porque armarían un buen follón. En cualquier caso, aquí le tiene; un segundo, vamos a ponerle las esposas.

Se produjo un silencio y Cowart oyó al sargento de fondo: «¿Te aprietan mucho, Sully?» Y al preso responder: «No, así está bien.» Luego se oyeron otros ruidos, el sonido de una puerta al cerrarse y, por fin, la voz de Blair Sullivan.

—Vaya, si es el señor Cowart, el mundialmente famoso periodista. ¿Cómo le va?

—Bien, señor Sullivan.

—Estupendo, estupendo ¿Qué le parece? ¿Nuestro Bobby Earl va a volar como un pajarillo en libertad? ¿Cree que ese dios de la buena suerte lo va a salvar de las garras del gato? ¿Cree que ahora la maquinaria de la justicia se va a poner de su parte? —Soltó una ronca carcajada.

—No lo sé. Su abogado ha pedido que se reabra el juicio en el tribunal que lo condenó...

—¿Cree que eso funcionará?

—Ya veremos.

Sullivan carraspeó.

—Exacto, ya veremos.

Hubo un breve silencio. Al cabo Cowart preguntó:

—Y bien, ¿para qué me llama?

—Un momento —respondió Sullivan—. Estoy intentando encender un jodido cigarrillo. No es fácil... Tengo que dejar el auricular. —Sonó un golpe

metálico y a continuación volvió a oírse su voz—. Ya está. ¿Me preguntaba usted...?

—Por el motivo de su llamada.

—Sólo quería que me contara cómo le sienta la fama.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, Cowart, hablan del caso por todas partes. Seguro que ha captado la atención de todo el mundo. Con sólo meter la mano en una sucia alcantarilla. Fácil, ¿no?

—Ya.

—Una manera muy sencilla de hacerse famoso, ¿eh?

—No se trataba de eso.

Sullivan soltó otra risotada.

—Supongo que no. Pero usted quedó bien respondiendo a todas esas preguntas en *Nightline*. Parecía muy seguro de sí mismo.

—Usted no quiso hablar con ellos.

—No. Me pareció mejor que hablasen usted y Bobby Earl. Por lo , visto, esos polis de Pachoula no querían hablar demasiado. Si no creen a Bobby Earl y tampoco a usted, menos me creerían a mí. —Rió por lo bajo—. ¡Pero usted es terco como una mula! Se empeña en mostrar lo que otros no quieren ver, ¿eh?

Cowart no respondió.

—¿No es eso una pregunta, Cowart? ¿No le he hecho una pregunta? —susurró fríamente el condenado.

—Algunas personas no quieren ver nada.

—Bueno, deberíamos ayudarlos a quitarse la venda de los ojos, ¿no, señor periodista famoso? Conducirlos hacia el camino de la luz, ¿no cree?

—¿De qué manera? —Cowart se inclinó sobre la mesa. Notaba que el sudor le corría por las axilas.

—Supongamos que ahora yo le dijera algo más. Algo muy interesante.

Cowart agarró un lápiz y un bloc para tomar notas.

—¿Por ejemplo?

—Estoy pensando... No me presione.

—De acuerdo. Tómese su tiempo. —«Ha picado», pensó.

—¿No le gustaría saber por qué esa niña subió al coche? Siente curiosidad, ¿verdad, Cowart?

—Cuéntemelo.

—No tan rápido. Estoy pensando. Ahora tiene que medir sus palabras. No querrá que haya malentendidos, ¿verdad? Dígame, Cowart, ¿sabía que el día que murió la niña hacía sol? Hacía un calor seco y al mismo tiempo soplaba una brisa refrescante. El cielo era una enorme bóveda azul y se abrían flores en todas partes. Un precioso día para morir. E imagínese lo fresco y cómodo que se debía de estar en aquel pantano, con toda aquella sombra. ¿Cree que el hombre que mató a la pequeña Joanie, bonito nombre, se tumbó allí después para disfrutar unos minutos de aquel magnífico día... y dejar que el frescor de la

sombra lo calmase?

—¿Hacía fresco?

Sullivan soltó una repentina carcajada.

—¿Y cómo voy a saberlo, Cowart? ¡Pero bueno! —Resolló—. Piense en todas las cosas que a esos dos polis les gustaría saber. Dónde están las ropas y las manchas de sangre, por qué no había huellas dactilares ni pelos ni muestras de tierra... esa clase de cosas.

—¿Porqué?

—Bueno —respondió Sullivan alegremente—. Sospecho que el asesino de la pequeña Joanie era lo bastante listo para llevar consigo ropa de repuesto. Así podría quitarse la que llevaba, la manchada de sangre y tierra, y deshacerse de ella en algún rincón. Posiblemente tuvo el tino de llevar también un par de sacos de basura en el coche, en los que luego pudo haber metido la ropa ensangrentada.

A Cowart se le revolvió el estómago. Recordó que, según un detective de Miami, habían encontrado ropa de repuesto y un rollo de sacos de basura en el maletero del coche de Sullivan la noche en que fue detenido. Cerró los ojos un instante y preguntó:

—¿Dónde hubiese dejado el asesino la ropa?

—Pues en algún sitio como el contenedor del Ejército de Salvación. ¿Sabe?, hay uno en el centro comercial justo a las afueras de Pensacola. Pero eso sólo lo haría si no estuviera demasiado lleno, ya me entiende. Y si realmente quisiera ser prudente, tal vez la arrojaría a un viejo contenedor como los que hay en las áreas de descanso de la interestatal, o como el de la lonja de Willow Creek. Es enorme. Se lo llevan cada semana y toda esa mierda va directa al vertedero. Nadie mira nunca lo que se tira; queda enterrado bajo toneladas de basura, sí señor. Nunca más encontrarían esa ropa.

—¿Eso es lo que ocurrió?

Sullivan no respondió, sino que prosiguió:

—Apuesto a que esos polis, y usted también, y quizás hasta los dolidos padres de esa criatura, tienen especial interés en saber por qué la pequeña subió al coche, ¿eh? Por algo habrá sido, ¿no? ¿Por qué pasan estas cosas, eh?

—Dígame usted.

Silbó al otro lado del teléfono.

—Porque Dios lo quiere, Cowart.

Hubo un silencio.

—O tal vez el demonio. Piense en ello, Cowart. A lo mejor Dios tenía un mal día y dejó que su ex mano derecha hiciera de las suyas, ¿eh?

Cowart no contestó. Oyó aquellos susurros que recorrían la línea telefónica para aterrizar pesadamente en su oído.

—Bueno, Cowart, apuesto a que quienquiera que haya convencido a esa niña para que subiese en su coche, le dijo algo como: «Oye, bonita, ¿podrías ayudarme? Me he perdido y necesito encontrar el camino.» ¿Y no es ése el

dogma del mismísimo Señor? Puedo ver a ese hombre en el coche con toda claridad. Claro que estaba perdido, Cowart; perdido en muchos sentidos. Pero ¿verdad que aquel día se encontró a sí mismo? —Respiró con brusquedad antes de seguir—. ¿Y qué le dijo cuando ya había llamado su atención? Pues tal vez le dijo: «Puedo acercarte en coche hasta tu casa, ¿quieres, bonita?» Con toda la calma y naturalidad del mundo. —Volvió a titubear—. Con calma y naturalidad, sí señor. Igual que en una pesadilla. Precisamente de lo que esa buena gente del colegio enseña a los niños a desconfiar y mantenerse alejados. —Hizo una pausa y añadió alegremente—: Sólo que ella no lo hizo, ¿verdad?

—¿Eso es lo que usted le dijo? —preguntó Cowart, vacilante.

—¿Acaso he dicho que fuese yo? No, sólo he dicho que posiblemente alguien se lo dijo. Alguien que aquel día sintiera maldad e instintos asesinos y tuviera la suerte de fijarse en aquella niña. —Volvió a soltar una carcajada. Después estornudó.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Cowart de repente.

—¿He dicho que lo hiciera yo? —respondió Sullivan con una risita nerviosa.

—No, pero me está fastidiando con...

—Pues perdóneme por pasármelo bien.

—¿Por qué no se limita a decirme la verdad? ¿Por qué no da la cara y dice la verdad?

—¿Y arruinar así la diversión? Cowart, en el corredor de la muerte nos gusta procurarnos diversión.

—¿Dejando que electrocuten a un hombre inocente...?

—¿Eso es lo que estoy haciendo? ¿No tenemos una omnisciente y sabia justicia penal para ocuparse de esas cosas? ¿Para tener la seguridad de que no se electrocuta a ningún inocente?

—Ya sabe a qué me refiero.

—Sí, lo sé —respondió de repente en voz baja y tono amenazador—. Y me importa una mierda.

—Entonces, ¿por qué me ha llamado?

Sullivan hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, su voz sonó lúgubre y queda.

—Porque quería que supiera lo mucho que me interesa su carrera, Cowart.

—No me...

—¡Cállese! —Sullivan pareció mascar sus propias palabras—. ¡Se lo he dicho antes! Escúcheme cuando le hablo. ¿Entiende, señor periodista?

—De acuerdo.

—Porque quiero decirle una cosa.

—¿Qué cosa?

—Quiero decirle que esto no ha acabado, sino que acaba de comenzar.

—¿A qué se refiere?

—Imagínese.



Cowart esperó, Al cabo, Sullivan dijo:

—Creo que volveremos a hablar. Me gustan estas pequeñas charlas; parece que cuando hablamos las cosas se mueven. Ah, otra cosa.

—¿Qué?

—¿Sabe que el Tribunal Supremo de Florida ha fijado mi apelación automática para el primer trimestre? Les gusta hacernos esperar. Seguramente esperan que cambie de opinión o algo así, que decida abandonar la vía de las apelaciones. Tal vez siga el ejemplo de Bobby Earl: contrataré a algún personajillo para que empiece a poner en duda la constitucionalidad de freírme el culo. Me agrada que alguien se interese por el viejo Sully. —Hizo una pausa—. Pero una cosa está clara, ¿no, señor periodista?

—¿Cuál?

—Que están completamente equivocados. No cambiaría de opinión aunque el mismísimo Jesús bajara y me lo pidiera con buenos modales.

Y colgó bruscamente.

Cowart fue al lavabo y pasó varios minutos con el agua fría corriéndole por las muñecas, para procurar controlar el repentino acaloramiento que se había apoderado de él y sosegar los latidos de su corazón.

Su ex esposa también lo llamó una noche en que ya se disponía a dejar el trabajo, el día después de aparecer en *Nightline*.

—¿Matty? —dijo Sandy—. Te vimos en la tele.

Su voz transmitía algo así como un alborozo infantil, y eso a Cowart le trajo recuerdos de los buenos tiempos, de cuando él era joven y los dos se querían. Sintió una especie de placer impostado.

—Hola, Sandy. ¿Cómo estás?

—Bien. Engordando. Siempre cansada. ¿Te acuerdas de cómo fue la otra vez?

«La verdad es que no», pensó. Recordaba haber pasado buena parte del embarazo trabajando a tiempo completo en la redacción.

—¿Qué te pareció?

—Debe de haberte resultado emocionante. La historia es increíble.

—Ya.

—¿Qué pasará con esos dos hombres?

—No lo sé. Creo que Ferguson tendrá un nuevo juicio. En cuanto al otro...

—Me dio miedo, ¿sabes?

—Es un hombre muy retorcido.

—¿Qué será de él?

—Si no empieza a apelar, el gobernador firmará su orden de ejecución en cuanto el Tribunal Supremo del estado confirme la sentencia. Y no cabe duda de que lo harán.

—¿Cuándo?

—No lo sé. El Tribunal no tiene un día concreto para hacerlo, dispone de tiempo hasta fin de año. Todo resulta burocrático hasta que la orden del gobernador llega a prisión. Ya sabes, montones de documentos y firmas y sellos y esa clase de cosas, hasta que a alguien le toca electrocutar al tipo. Los funcionarios de prisiones lo llaman hacer el trabajo sucio.

—Tal vez el mundo sea un lugar mínimamente más seguro cuando lo ejecuten —dijo Sandy con un ligero temblor en la voz.

Cowart no contestó.

—Y si él no admite haber cometido el crimen, ¿qué pasará con Ferguson?

—No lo sé. Puede ocurrir hasta lo más inverosímil.

—Si ejecutan a Sullivan, ¿se llegará a saber la verdad?

—¿La verdad? Bueno, creo que ya la sabemos. La verdad es que Ferguson no debería estar en el corredor de la muerte. Pero ¿cómo probar esa verdad? Es una cuestión complicada.

—¿Y ahora qué pasará contigo?

—Lo de siempre. Seguiré esta historia hasta el final. Luego escribiré editoriales hasta que me haga viejo, se me caigan los dientes y decidan reciclarme en cola de pegar. Eso es lo que hacen con los viejos caballos de carreras y los editorialistas, ¿lo sabías?

Sandy rió.

—Venga ya. Ganarás el Pulitzer.

Él sonrió.

—Lo dudo —mintió.

—Claro que sí. Lo presiento. Además, te lo mereces; era una historia fantástica. Como la de Pitts y Lee. —Ella también recordaba aquel caso.

—Ya. ¿Sabes lo que pasó con esos tipos después de conseguir que el juez fijara un nuevo juicio? Volvió a condenarlos un jurado racista tan estúpido como el primero. Sólo lograron salir del corredor de la muerte cuando el gobernador les concedió el indulto. La gente olvida que tardaron doce años en salir de allí.

—Pero lo consiguieron, y aquel tipo ganó el Pulitzer.

Cowart sonrió.

—Bueno, eso es cierto.

—Tú también lo ganarás. Pero no tardarás doce años.

—Ya veremos.

—¿Seguirás en el *Journal*?

—No tengo motivos para dejarlo.

—Venga ya. ¿Y si te llaman del *Times* o el *Post*?

—Ya veremos.

Los dos rieron. Después de una pausa, ella dijo:

—Siempre supe que algún día darías con el artículo adecuado. Siempre supe que al final lo conseguirías.

—¿Qué se supone que debo decir?

—Nada. Simplemente sabía que lo conseguirías.

—¿Y Becky? ¿Esperó levantada para verme en *Nightline*?

Sandy titubeó.

—Bueno, no. Hacía rato que dormía...

—Podías haberlo grabado.

—¿Y de qué habría oído hablar a su padre? ¿De alguien que asesinó a una niña? ¿Una niña a la que primero violaron, luego acuchillaron treinta y seis veces y después abandonaron en un pantano? No me pareció buena idea.

Cowart pensó que tenía razón.

—Aun así, me hubiese gustado que lo viera.

—Éste es un lugar seguro —dijo Sandy.

—¿Qué quieres decir?

—Tampa. No es una gran ciudad. Quiero decir, es grande pero también pequeña. Todo discurre más despacio, muy distinto de Miami. No todo es drogas y disturbios y sucesos espeluznantes. Becky no necesita que le hablen de niñas secuestradas, violadas y acuchilladas. Al menos, no de momento. Todavía puede seguir creciendo y ser una niña, sin preocuparse todo el tiempo.

—Querrás decir sin que tú tengas que preocuparte todo el tiempo.

—Bueno, ¿y eso es malo?

—No.

—Nunca he logrado entender por qué los periodistas pensáis que todo lo malo les ocurre a los demás.

—No pensamos eso.

—Pues lo parece.

Cowart no quería discutir.

—Bueno, es posible.

Sandy forzó una risita.

—Perdona. En realidad, llamaba para felicitarte y decirte que estoy muy orgullosa.

—Orgullosa pero divorciada.

Ella vaciló.

—Sí, pero pensaba que éramos amigos.

—Lo siento. Perdona.

—Vale. —Otra pausa—. ¿Cuándo podemos hablar de la próxima visita de Becky?

—Estaré trabajando en este caso hasta que haya alguna resolución. Cuándo será, no lo sé.

—Entonces ya te llamaré.

—De acuerdo.

—Y felicidades otra vez.

—Gracias.

Cowart colgó y se dio cuenta de que a veces era un estúpido, incapaz de decir lo que quería, de articular lo que debía. Golpeó la mesa en un arrebatado de

frustración. Luego se acercó a la ventana de su cubículo y contempló la ciudad. El tráfico de la tarde fluía hacia la autopista como un manajo de nervios palpitantes, deseosos de volver a casa con la familia. Se sentía rodeado de soledad. La ciudad parecía asarse bajo el cálido cielo azul, y los edificios reflejaban la intensidad del sol; en una intersección, vio una maraña de coches que maniobraban como agresivas orugas en la tierra. «Vivo en un lugar peligroso —pensó—. Nada seguro.»

Dos motoristas habían protagonizado un tiroteo hacía dos días a raíz de un topetazo: se dispararon sin vacilar en plena hora punta, ambos armados con parecidas pistolas de 9 mm, de las caras. Ninguno de ellos había resultado herido, pero una bala perdida impactó en el pulmón de un adolescente que pasaba por allí y ahora se debatía entre la vida y la muerte en un hospital. Esto era lo habitual en Miami, a consecuencia del calor, de culturas enfrentadas y de una población que parecía considerar las armas parte esencial de su atuendo. Recordaba haber escrito un artículo casi idéntico unos seis años atrás, y haberlo repetido otra docena de veces, con tanta frecuencia que lo que en su día había sido primera plana se había convertido en seis párrafos de una página interior.

Pensó en su hija. «¿Para qué necesita saberlo? ¿Por qué necesitaría saber nada acerca del mal y los abominables impulsos de algunos hombres?»

No encontró respuesta para aquella pregunta.

Por la entrada de la sala serpenteaban gruesos cables de televisión negros. Varios cámaras se ocupaban de la puesta a punto en el pasillo, para obtener sus tomas de la única cámara que podría acceder a la vista. Una mezcla de periodistas de prensa y televisión daban vueltas en el pasillo; el personal de televisión iba vestido de manera ligeramente más elegante, mejor peinado y en apariencia más aseado que sus rivales de la prensa escrita, cuyo aspecto algo desaliñado les concedía cierta superioridad moral.

—¡Menudo gentío! —dijo el fotógrafo que caminaba detrás de Cowart, jugueteando con la lente de su Leica—. Nadie quiere perderse la fiesta.

Hacía unas diez semanas que se habían publicado los artículos. La presentación de documentos y otras estratagemas habían aplazado la vista en dos ocasiones. Fuera del juzgado del condado de Escambia, el implacable sol de Florida abrasaba la tierra; pero en el interior de aquel moderno edificio hacía fresco. Las voces reverberaban con facilidad, de manera que la mayoría de la gente hablaba en susurros aunque no fuese necesario. Junto a las anchas puertas de la sala, un pequeño rótulo con letras doradas ponía: JUEZ HARLEY TRENCH. TRIBUNAL FEDERAL DE APELACIONES.

—¿Este es el que le dijo al muchacho que debía morir como una alimaña? —preguntó el fotógrafo.

—Exacto.

—No creo que le haga gracia ver todo este circo. —Señaló con su Leica la

multitud de cámaras y periodistas.

—Te equivocas. Es año de elecciones, así que le encantará la publicidad.

—Pero sólo si hace lo correcto.

—Lo que el pueblo espera que haga.

—Que dudo sea lo mismo.

Cowart asintió.

—Ya. Pero nunca se sabe. Apuesto a que ahora está a puerta cerrada en su despacho, llamando por teléfono a los políticos de cada localidad hasta la frontera con Alabama, para saber qué hacer.

El fotógrafo rió.

—Y es muy posible que ellos estén llamando a los representantes de cada distrito para saber qué contestarle. ¿Tú qué crees, Matty? ¿Lo pondrá en libertad o no?

—Ni idea.

Cowart echó un vistazo al pasillo y vio a un grupo de jóvenes alrededor de un anciano bajito con traje.

—Sácales una foto —pidió—. Son del colectivo contra la pena de muerte, están aquí para armar un poco de escándalo.

—¿Y dónde está el Klan?

—Seguramente por ahí. Ya no están tan organizados. Puede que lleguen tarde, o a lo mejor han acudido al sitio equivocado.

—O tal vez erraron el día. Es posible que hayan estado aquí ayer y luego se fueran hartos y confundidos.

Los dos hombres rieron.

—Esto va a ser un zoológico —dijo Cowart.

—Sí. Y ahí están los leones, esperando la carnada.

Hizo un gesto y Cowart vio que Tanny Brown y Bruce Wilcox se arrimaban a una pared, procurando no cruzarse en el camino de los cámaras. Vaciló y a continuación dijo:

—Bueno, veamos qué pasa en la leonera. —Y caminó con decisión hacia los detectives.

Wilcox se dio la vuelta, pero Tanny Brown se apartó de la pared y lo saludó con la cabeza.

—Bueno, señor Cowart. Ha armado un buen alboroto.

—Cosas que pasan, teniente.

—¿Satisfecho?

—Sólo cumplo con mi obligación. Igual que usted y Wilcox.

Brown miró al fotógrafo.

—¡Eh, usted! La próxima vez intente sacarme del lado bueno. Me hace parecer diez años más joven y a mis hijas eso les encanta. Creen que me estoy volviendo demasiado viejo para esto. Además, tampoco hay que ensañarse, ¿no? —Sonrió y se giró ligeramente, posando para el fotógrafo—. ¿Lo ve? Mucho mejor que esa foto que me robó con el entrecejo fruncido.

—Lo siento.

El policía sonrió.

—¿Cómo es que no me devolvió las llamadas? —preguntó Cowart.

—No tenemos nada de qué hablar.

Cowart negó con la cabeza.

—¿Y qué pasa con Sullivan?

—Él no lo hizo —contestó Brown.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—No lo estoy, al menos de momento. Pero lo intuyo. Eso es todo.

—Pues se equivoca —dijo Cowart en voz baja—. Móvil, oportunidad, una consabida predilección. Usted conoce a ese hombre. ¿Acaso no logra imaginárselo cometiendo el crimen? ¿Y qué me dice del cuchillo que encontramos?

El teniente volvió a encogerse de hombros.

—Claro que lo imagino haciéndolo. Pero eso no significa una mierda.

—¿De nuevo su intuición, teniente?

Brown soltó una carcajada antes de replicar.

—No voy a seguir hablándole sobre las cuestiones fundamentales del caso.

—Adoptó la estudiada entonación de quien ha testificado cientos de veces ante docenas de jueces—. Ya veremos qué pasa ahí dentro. —Señaló a la sala del tribunal—. Después ya hablaremos.

Wilcox, que miraba fijamente a su superior, interrumpió:

—Pero ¡qué dices! No puedo creerme que aún quieras hablar con este mamonazo después de la que ha montado. Nos ha hecho quedar como...

El teniente alzó la mano.

—No me lo digas. Estoy harto de oírlo. —Se volvió hacia Cowart—. Cuando el espectáculo haya terminado, póngase en contacto conmigo. Volveremos a hablar. Por cierto, sólo una cosa más...

—¿Qué cosa?

—¿Recuerda lo último que le dije?

—Por supuesto. Me dijo que me fuera al infierno.

Brown sonrió.

—Bueno —repuso en voz baja—, pues lo mantengo. —Hizo una pausa y luego añadió—: Ha picado como un pardillo, señor Cowart.

Wilcox soltó una risotada y dio una palmadita en la robusta espalda de su jefe. Su puño y su índice perfilaron una pistola, con la que apuntó a Cowart para luego dispararla lentamente.

—¡Pum! —dijo.

Acto seguido, ambos detectives se dirigieron a la sala y dejaron a Cowart y al fotógrafo plantados en el pasillo.

Robert Earl Ferguson entró en la sala flanqueado por un par de guardias de uniforme gris; vestía un traje azul oscuro de raya diplomática y llevaba un bloc de notas. Cowart oyó que otro periodista murmuraba: «Parece a punto de

ingresar en la escuela de derecho», y luego vio que Ferguson estrechaba la mano a Roy Black y su joven ayudante, lanzaba una desafiante mirada a Brown y Wilcox, lo saludaba a él con la cabeza y, finalmente, se daba la vuelta y esperaba la llegada del juez.

Al momento, toda la sala se puso en pie.

El honorable Harley Trench era un hombre rechoncho de pelo cano, con coronilla de monje. Concitó toda la atención mientras organizaba rápidamente los documentos que tenía en el estrado. Luego echó un vistazo a los abogados, al tiempo que sacaba unas gafas de montura metálica y se las ajustaba, lo que le confirió el aspecto de un cuervo gordo en lo alto de un cable.

—Está bien. ¿Quieren seguir adelante con esto? —dijo con rapidez, haciendo señas a Roy Black.

El abogado se puso en pie. Era alto y delgado, y el pelo se le ondulaba sobre el cuello de la camisa. Se movía pausadamente, con un estilo histriónico y exagerado, gesticulando con los brazos mientras argumentaba. A Cowart le pareció que el magistrado no iba a hacerle mucho caso, porque fruncía el entrecejo a cada palabra.

—Señoría, estamos aquí para pedir la reapertura del juicio. Y lo hacemos basándonos en tres argumentos: primero, hay una nueva prueba exculpatoria; segundo, de presentarse esta nueva prueba ante un jurado, conllevaría un veredicto de inocencia, pues se impondría la duda razonable de que el señor Ferguson haya matado a Joanie Shriver; y tercero, nos consta que el tribunal cometió un error en el fallo previo al admitir una confesión supuestamente realizada por el señor Ferguson. —Se volvió hacia los detectives al pronunciar «supuestamente», que enfatizó con sarcasmo.

—¿Y todo eso no es competencia del tribunal de apelaciones? —preguntó el juez con sequedad.

—No, señoría. Según los casos Rivkind, 320 Florida doce, 1978, y el estado de Florida contra Stark, 211 Florida trece, 1982, y otros, sostenemos con todo el respeto que a su señoría se le privó de todas las pruebas a la hora de emitir el fallo...

—¡Protesto!

El ayudante del fiscal se había levantado de un brinco. Era un hombre de unos treinta años, seguramente no hacía mucho que había salido de la facultad. Llevaba un traje de tres piezas y hablaba con frases abruptas y entrecortadas. Se había especulado mucho sobre su asignación al caso. Debido a la amplia publicidad e interés del mismo, se había dado por supuesto que el fiscal del condado de Escambia llevaría la acusación. Cuando el joven fiscal se había presentado solo, los periodistas veteranos habían asentido en señal de entendimiento. Se llamaba Boylan, y se había negado a dar a Cowart siquiera la hora en que se celebraría la vista.

—El señor Black insinúa que el estado ocultó información, lo cual es una falacia. Señoría, esto es algo que debe determinar el tribunal de apelaciones.

—Señoría, ¿puedo terminar?

—Continúe, señor Black. Protesta denegada.

Boylan se sentó y Black prosiguió.

—Señoría, la defensa argumenta que el resultado del juicio habría sido diferente y que, sin la supuesta confesión del señor Ferguson, el estado no habría podido seguir adelante con la acusación. En el peor de los casos, señoría, si se hubiera dado a conocer la verdad al jurado, el abogado de oficio del señor Ferguson habría podido presentar un poderoso alegato de inocencia.

—Entiendo —respondió el juez, alzando una mano para interrumpir al abogado—. ¿Señor Boylan?

—Señoría, el estado argumenta que esto es competencia de los tribunales de apelaciones. En lo que respecta a la nueva prueba, las afirmaciones publicadas en un periódico no constituyen una prueba que un tribunal de justicia deba tener en consideración.

—¿Y por qué no? —preguntó el juez de repente, mirando al fiscal con ceño—. ¿Qué resta relevancia a esas afirmaciones, si la defensa puede demostrar que son ciertas? Desde luego, no sé cómo van a hacerlo, pero ¿por qué no debería dárseles la oportunidad?

—La fiscalía sostiene que se trata de habladurías, señoría, y que deberían excluirse.

El juez negó con la cabeza.

—Existen muchas excepciones a las reglas de la habladuría, señor Boylan. Lo sabe. Usted mismo estuvo en este tribunal la semana pasada argumentando lo contrario. —El juez miró al público—. Veremos la causa —dijo con brusquedad—. Llame a su primer testigo.

—Bingo —susurró Cowart al fotógrafo.

—¿Qué?

—Si dice que verá la causa es que ha cambiado de parecer.

El fotógrafo se encogió de hombros. El alguacil se puso en pie y llamó:

—Detective Bruce Wilcox.

Mientras le tomaban juramento a Wilcox, el ayudante del fiscal se levantó y dijo:

—Señoría, veo a varios testigos presentes en la sala. Eso viola las normas procesales.

El juez asintió y dijo:

—Que todos los testigos esperen fuera.

Cowart vio que Tanny Brown se ponía en pie y abandonaba la sala. Sus ojos siguieron la lenta estela que el detective iba dejando al alejarse por el pasillo. Detrás iba un hombre más pequeño al que Cowart identificó como un ayudante del forense. Para sorpresa suya, también reconoció a un funcionario de la prisión estatal, un hombre al que había visto en sus visitas al corredor de la muerte. Cuando se volvió, vio que el fiscal lo señalaba.

—¿No es el señor Cowart un testigo?



—Esta vez no —contestó Roy Black con una leve sonrisa.

El fiscal fue a decir algo, pero se abstuvo.

El juez se inclinó hacia delante, para inquirir con tono brusco y ligeramente incrédulo:

—¿No piensa llamar al señor Cowart?

—Esta vez no, señoría. Como tampoco al señor y la señora Shriver.

Hizo un gesto hacia la primera fila, en la que los padres de la niña asesinada estaban estoicamente sentados, procurando mirar al frente y hacer caso omiso de las cámaras de televisión que los enfocaban.

El juez se encogió de hombros.

—Proceda —dijo.

El abogado se acercó al estrado de los testigos e hizo una pausa antes de mirar a Wilcox, que se había sentado ligeramente inclinado y con las manos apoyadas en la barandilla, como quien espera a que le den la salida en una carrera.

Al principio, el abogado se limitó a reconstruir los hechos. Hizo que el detective describiera las circunstancias de la detención de Ferguson; le hizo reconocer que éste no había ofrecido resistencia y que en un primer momento lo único que lo incriminaba era la semejanza de los automóviles. Y acabó preguntando:

—Así pues, ¿lo arrestaron por el coche?

—No, señor. No lo pusimos a disposición judicial hasta que confesó la autoría del crimen.

—Pero eso fue posterior a su detención, ¿no? Más de veinticuatro horas después, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Y cree usted que durante el interrogatorio él sabía que podía irse cuando quisiera?

—En ningún momento pidió que lo dejaran marchar.

—¿Cree usted que él sabía que podía irse?

—Yo no sé qué sabía o no sabía.

—Hablemos del interrogatorio. ¿Recuerda haber testificado en esta sala hace tres años, en una vista similar?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Recuerda lo que el señor Burns le preguntó? Pregunta: «¿Golpeó usted al señor Ferguson en el momento de la confesión?» Respuesta: «No, no lo hice.» Ahora dígame, ¿fue ése un testimonio veraz?

—Sí, lo fue.

—¿Conoce la serie de artículos aparecidos hace unas semanas en el *Miami Journal* en relación con este caso?

—Sí.

—Deje que le lea un párrafo. Cito textualmente: «Los detectives negaron haber golpeado a Ferguson para obtener una confesión. No obstante,

reconocieron que el detective Wilcox lo había "abofeteado" al principio del interrogatorio.» ¿Le suena esa declaración publicada en el periódico, señor Wilcox?

—Sí.

—¿Y es eso cierto?

—Sí.

Roy Black se acercó a la tarima con súbita exasperación.

—Bueno, ¿y cuál es verdad?

El detective se echó hacia atrás, dejando que una leve mueca asomara a sus labios.

—Ambas declaraciones son ciertas, señor. Es verdad que al principio de la entrevista abofeteé dos veces al señor Ferguson. Con la mano abierta y con suavidad. Fue después de que me insultara; en ese momento perdí los estribos, señor. Pero no confesó hasta pasadas unas horas, señor. Casi un día entero. Durante todo ese tiempo bromeamos y hablamos como amigos. Se le proporcionó comida y descanso. Nunca pidió un abogado, ni regresar a casa. De hecho, me dio la impresión de que, cuando confesó, se sintió como liberado.

Wilcox lanzó una mirada de advertencia a Ferguson, que ponía mala cara, meneaba la cabeza y escribía en su bloc. Por un instante, sus ojos se cruzaron con los de Cowart, y sonrió.

Roy Black dejó que la cólera se cerniera sobre sus preguntas.

—Entonces, detective, después de haberlo abofeteado, ¿qué cree que pensaba él? ¿Que estaba a disposición judicial? ¿Que era libre de irse? ¿O cree que pensaba que usted iba a sacudirlo un poco más?

—No lo sé.

—¿Cómo reaccionó después de que usted lo abofeteara?

—Se mostró más respetuoso. Yo no creí que aquello fuera para tanto.

—¿Y qué hizo usted?

—Me disculpé cuando me lo pidió mi superior.

—Bueno, vistas las cosas desde la perspectiva del corredor de la muerte, esa disculpa no cambió mucho las cosas —comentó el abogado con sorna.

—¡Protesto! —Boylan se levantó despacio.

—Retiro la observación —respondió Black.

—Se acepta —dijo el juez—. Ándese con cuidado. —Fulminó con la mirada al abogado.

—No hay más preguntas.

—¿Y la acusación?

—Sí, señoría. Sólo un par de preguntas. Detective Wilcox, ¿ha tenido ocasión de tomar declaración a personas que hayan confesado haber cometido un crimen?

—Sí, muchas veces.

—¿Y cuántas veces ha sido desechada como prueba?

—Ninguna.

- ¡Protesto! ¡Irrelevante!
- Ha lugar. Continúe, por favor.
- Sólo para asegurarme, detective Wilcox, ¿afirma usted que el señor Ferguson acabó confesando veinticuatro horas después de su detención?
- Correcto.
- Y el abofeteo tuvo lugar...
- Tal vez en los cinco primeros minutos.
- ¿Hubo algún otro maltrato físico al señor Ferguson?
- Ninguno.
- ¿Amenazas verbales?
- Tampoco.
- ¿Otra clase de amenazas?
- No.
- Gracias. — El fiscal se sentó.

Wilcox bajó del estrado y cruzó la sala con una furibunda mirada hasta pasada la cámara, momento en el que sonrió.

El teniente Brown fue el siguiente en subir al estrado. Tomó asiento en silencio, relajado, con la calma aparente de alguien acostumbrado a ocupar aquel sitio.

Cowart escuchó con atención lo que el teniente explicó sobre la dificultad que entrañaba aquel caso, y lo de que el coche había sido la primera y única pista que pudieron seguir. Describió a Ferguson como un hombre nervioso, inquieto y evasivo cuando habían llegado a la cabaña de su abuela. Dijo que sus movimientos habían sido bruscos y se había negado a explicar por qué estaba lavando el coche con tanto esmero, o a justificar razonablemente dónde estaba el trozo de alfombrilla que faltaba. Añadió que su crispación física le había hecho sospechar que Ferguson ocultaba algo. Luego admitió que al detenido lo habían abofeteado dos veces. Nada más.

Sus palabras fueron un calco de las de su colega.

— El detective Wilcox lo golpeó dos veces con la mano abierta y con suavidad —aseguró—. Después el detenido le mostró más respeto. Pero yo, personalmente, me disculpé con él, e insistí en que el detective Wilcox hiciera lo mismo.

- ¿Y qué efecto tuvieron esas disculpas?
  - Pareció relajarse. No parecía que el señor Ferguson diera demasiada importancia a aquellas bofetadas.
  - Ya. Pero ahora han cobrado importancia, ¿no es así, teniente?
- Brown arrugó la frente antes de responder:
- Así es, abogado. Ahora tienen importancia.
  - Y huelga decir que usted nunca sacó un arma durante el interrogatorio para encañonar a mi cliente, ¿no?
  - No, señor.
  - ¿Nunca lo amenazó de muerte?

—No, señor.

—Por lo que a usted respecta, ¿su declaración fue totalmente voluntaria?

—Correcto.

—Teniente, póngase en pie, por favor.

—¿Perdón, señor?

—Póngase en pie y dé un paso al frente.

Brown lo hizo. El abogado cogió una silla de su mesa y se le acercó.

—Siéntese, por favor —le pidió al teniente.

El fiscal se levantó.

—Señoría, no veo motivo para esta demostración.

El juez dirigió la mirada hacia el cámara de televisión, que se había vuelto para enfocar al detective.

—De acuerdo. Pero empiece de una vez.

—Ahora póngase en pie, teniente.

Brown se incorporó con soltura en el centro de la sala, con las manos a la espalda, esperando.

Black se volvió hacia Ferguson y asintió.

Entonces éste se puso en pie y salió de detrás de la mesa de la defensa. Se acercó al teniente lo suficiente para que se apreciara la diferencia de tamaño entre ambos. Luego volvió a su silla. El resultado fue inmediato: Brown parecía empequeñecer a Ferguson.

—Al verle sentado en la sala de interrogatorios, solo y esposado, ¿no pensó que el señor Ferguson temía por su vida?

—No.

—¿No? Gracias. Por favor, vuelva al estrado.

Cowart sonrió. «Un poco de teatro para la prensa», pensó. Esa era la escena que divulgarían todos los informativos: el corpulento detective al lado de un hombre menudo y de menor estatura. No ejercería influencia alguna en la decisión del juez, pero indicaba que Roy Black actuaba para otros públicos aparte del presente.

—Pasemos a otra cuestión, teniente.

—Muy bien.

—¿Recuerda la ocasión en que le entregaron un cuchillo que fue descubierto en una alcantarilla a cinco o seis kilómetros de la escena del crimen?

—Sí.

—¿Cómo llegó hasta usted ese cuchillo?

—Lo encontró el señor Cowart, del *Miami Journal*.

—¿Y qué reveló el examen de ese cuchillo?

—La hoja coincidía con algunos de los cortes profundos que presentaba el cadáver de la niña.

—¿Algo más?

—Sí. En el análisis microscópico de la hoja y el mango se hallaron pequeñas

partículas de sangre.

Cowart se irguió. Aquello era nuevo.

— ¿Y cuáles fueron los resultados de esos exámenes?

— El grupo sanguíneo coincidía con el de la víctima.

— ¿Quién realizó esas pruebas?

— Los laboratorios del FBI.

— ¿Y a qué conclusión llegó usted?

— Ese cuchillo pudo haber sido el arma homicida.

Cowart tomó notas frenéticamente, igual que el resto de periodistas.

— ¿De quién era ese cuchillo, teniente?

— No hemos podido averiguarlo. No se encontraron huellas dactilares y tampoco marcas que lo identificaran.

— Bueno, ¿y cómo supo el periodista dónde localizarlo?

— Ni idea.

— ¿Conoce usted a un hombre llamado Blair Sullivan?

— Sí. Es un asesino en serie.

— ¿Fue alguna vez sospechoso en este caso?

— No.

— ¿Y ahora lo es?

— No.

— Pero ¿no estaba en el condado de Escambia cuando se cometió el crimen?

Brown titubeó antes de responder:

— Sí, estaba.

— ¿Sabe usted que el señor Sullivan dijo al señor Cowart dónde encontrar ese cuchillo?

— Lo leí en el periódico. Pero yo no lo sé. No llevo el control de lo que publica la prensa.

— Por supuesto. ¿Ha intentado entrevistarse con el señor Sullivan, en relación con este caso?

— Sí. Se negó a cooperar.

— ¿Exactamente en qué términos se negó a cooperar?

— Se burló de nosotros y no quiso prestar declaración.

— Bien, ¿y qué dijo exactamente cuando se negó a declarar? ¿Cómo fue eso?

El detective apretó los dientes y fulminó al abogado con la mirada.

— Responda a la pregunta, teniente.

— Lo entrevistamos en su celda de la prisión estatal de Starke. El detective Wilcox y yo le explicamos por qué estábamos allí y le leímos sus derechos. Él se bajó los pantalones, nos enseñó las nalgas y dijo: «Me niego a responder a sus preguntas, y me baso en que mis respuestas podrían resultar incriminatorias.»

— Quinta Enmienda de la Constitución.

— Sí, señor.

— ¿Cuántas veces lo repitió?

— No lo sé. Al menos una docena.

—¿Y lo decía con un tono normal?

Brown cambió de postura, mostrándose incómodo por primera vez. Cowart lo observó y vio que se debatía en su fuero interno.

—No, señor. No hablaba con tono normal.

—Entonces díganos cómo, teniente.

El detective frunció el entrecejo.

—Canturreaba. Primero en una especie de tono cantarín, como un niño; después, cuando nos íbamos, a grito pelado.

—¿Canturreaba?

—Así es —respondió Brown—. Y se reía.

—Gracias, teniente.

Brown bajó del estrado con los puños apretados y toda la sala vio que estaba furioso. No obstante, la imagen que quedó flotando en la tensa atmósfera de la sala fue la del asesino en su celda, entonando su negativa a cooperar como un ruiseñor enjaulado.

El ayudante del forense hizo una breve declaración que corroboró los detalles del cuchillo ya mencionados por Brown. Luego le llegó el turno a Ferguson. A Cowart le llamó la atención la confianza con que el reo cruzó la sala, tomó asiento y se encorvó ligeramente, como al acecho. Ferguson hablaba en voz baja, y respondía firme pero a la vez quedamente, como intentando pasar inadvertido en el estrado. Se expresaba de manera correcta y pausada.

«Bien ensayado», pensó Cowart.

Recordó la descripción de Ferguson en el juicio condenatorio, moviendo los ojos nerviosamente como en busca de un lugar donde ocultarse de los hechos relatados por los testigos. Esta vez era distinto. Garrapateó una nota en su libreta para no olvidar señalar esa diferencia.

Prestó atención a la pericia con que Black conducía a Ferguson por el crucial capítulo de la confesión forzada. Ferguson relató la paliza que había recibido y la amenaza con pistola. Luego pasó a describir su encierro en la celda del corredor de la muerte y la posterior llegada de Blair Sullivan a la contigua.

—¿Y qué le dijo el señor Sullivan?

—Protesto, señoría. Infundada. —La voz del fiscal era firme y petulante—. Sólo puede referir lo que él mismo dijo o hizo.

—Se acepta.

—Muy bien —respondió Black con soltura—. ¿Mantuvo usted una conversación con el señor Sullivan?

—Sí.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Me enfurecí e intenté golpearlo. Luego nos trasladaron a diferentes secciones de la prisión.

—¿Qué acción emprendió con motivo de aquella conversación?

—Escribí al señor Cowart, del *Miami Journal*.

—¿Y qué fue lo último que le dijo?

—Le dije que Blair Sullivan había matado a Joanie Shriver.

—¡Protesto!

—¿Qué alega? —El juez alzó la mano—. Prosiga, abogado. Para eso estamos aquí. —Hizo a la defensa un gesto afirmativo con la cabeza.

Por un instante, Black se quedó con la boca entreabierta, como tanteando las corrientes de viento de la sala; de hecho, casi como si pudiera intuir u oler cómo le iban a ir las cosas.

—No tengo más preguntas por el momento.

El joven fiscal hizo uso de su turno, claramente contrariado.

—¿Qué pruebas tiene usted para demostrar que esta historia es cierta?

—Ninguna. Sólo sé que el señor Cowart habló con el señor Sullivan y que luego fue y descubrió el cuchillo.

—¿Espera usted que este tribunal crea que un hombre confesó la autoría de un crimen en una celda de prisión?

—Ha ocurrido en otras ocasiones.

—No me vale esa respuesta.

—A mí sí.

El fiscal lo fulminó con la mirada.

—Así pues, cuando usted confesó haber matado a Joanie Shriver, ¿también decía la verdad?

—No.

—Pero usted estaba bajo juramento, ¿no es así?

—Sí.

—Y sabía que le esperaba la pena de muerte si se probaba que usted había cometido ese crimen, ¿verdad?

—Sí.

—Y entonces, con la intención de salvar el pellejo, mintió. Contradictorio, ¿no cree?

La pregunta quedó flotando en el aire y Ferguson echó una mirada rápida a Black, que le respondió con una leve sonrisa de complicidad y asintiendo casi imperceptiblemente con la cabeza.

«Sabían que esto iba a ocurrir», pensó Cowart.

Ferguson respiró hondo.

—Y ahora estaría dispuesto a mentir para salvar la vida, ¿verdad, señor Ferguson? —volvió a preguntar el fiscal son firmeza.

—Sí —contestó Ferguson—, lo haría.

—Gracias —dijo Boylan, recogiendo una pila de documentos.

—Pero ahora no estoy mintiendo —añadió Ferguson cuando el fiscal se volvía hacia su asiento, obligándolo a detenerse con torpeza.

—¿Ahora no está mintiendo?

—No, señor.

—¿Aun cuando su vida depende de ello?

—Mi vida depende de la verdad, señor Boylan.

Pareció que el fiscal iba a abalanzarse sobre Ferguson, pero se contuvo en el último momento.

—En efecto —dijo con sarcasmo—. No hay más preguntas.

Mientras Ferguson volvía a la mesa de la defensa hubo un silencio.

—¿Algo más, señor Black? —inquirió el juez.

—Sí, señor. Un último testigo. La defensa llama al estrado al señor Norman Sims.

Un hombre más bien menudo de pelo color arena, con gafas y un traje poco favorecedor, cruzó la sala y tomó asiento en el banquillo de los testigos.

—Señor Sims —preguntó Black—, ¿puede identificarse ante el tribunal, por favor?

—Me llamo Norman Sims. Soy ayudante de superintendencia en la prisión estatal de Starke.

—¿Y cuáles son sus funciones?

El hombre titubeó.

—¿Quiere que diga todo lo que hago allí?

Black negó con la cabeza.

—Perdone, señor Sims. Reformularé la pregunta: ¿su trabajo incluye revisar y censurar el correo que entra y sale del corredor de la muerte?

—No me gusta esa palabra...

—¿Censurar?

—Sí. Yo me ocupo de inspeccionar el correo, señor. De vez en cuando tenemos razones para interceptar algo. Suele ser contrabando. Dejo que todo el mundo escriba lo que quiera.

—Pero en el caso del señor Blair Sullivan...

—Ése es un caso especial, señor.

—¿Por qué?

—Escribe cartas obscenas a los familiares de sus víctimas.

—¿Y qué hace usted con esas cartas?

—Bueno, intento ponerme en contacto con las personas a las que van dirigidas las cartas. Si lo logro, los pongo al corriente y les pregunto si quieren leerlas. Procuero hacerles saber lo que contienen. La mayoría no quiere ni verlas.

—Muy bien. Digno de admiración, incluso. ¿Sabe el señor Sullivan que usted le intercepta el correo?

—Lo desconozco. Es posible. Parece estar al tanto de todo lo que sucede en prisión.

—Dígame, ¿ha interceptado alguna carta en las últimas tres semanas?

—Sí, señor.

—¿Y a quién iba dirigida esa carta?

—A un tal señor George Shriver de aquí, de Pachoula.

Black le enseñó una hoja con el brazo en alto.



—¿Es ésta la carta?

El superintendente la observó atentamente.

—Sí, señor. En el margen superior lleva mis iniciales, y un sello. También puse una nota que hace referencia a la conversación que mantuve con los Shriver. Cuando les dije a grandes rasgos qué ponía la carta, no quisieron saber nada de ella, señor.

Black entregó la carta al secretario del tribunal, que la marcó como prueba, y luego se la devolvió. Se interrumpió cuando empezaba a formular una pregunta. Entonces volvió la espalda al juez y al testigo y se acercó a la balaustrada de la sala, donde los Shriver estaban sentados. Cowart lo oyó susurrar: «Voy a hacerle leer la carta en voz alta. Puede ser un golpe duro. Lo siento. Si desean irse, les guardaremos el sitio para cuando vuelvan.»

La sencillez de sus palabras, tan ajena al tono firme de sus preguntas, sorprendió a Cowart, que vio cómo los Shriver asentían.

Entonces el hombre se puso en pie y cogió a su mujer de la mano. Mientras se marchaban, la sala guardó silencio. Sus pasos resonaron levemente y las puertas chirriaron al cerrarse tras ellos. Black los siguió con la mirada y permaneció unos segundos más en silencio. Luego asintió ligeramente con la cabeza y dijo.

—Por favor, señor Sims, léanos la carta.

El testigo se aclaró la garganta y se volvió hacia el juez.

—Es un poco desagradable, señoría. No sé...

El juez lo interrumpió.

—No se preocupe. Léala.

El testigo inclinó ligeramente la cabeza y se ajustó las gafas. Leyó con voz acelerada, llena de vergüenza al pronunciar las obscenidades.

—«Señor y señora Shriver: siento no haberles escrito antes, pero he estado muy ocupado preparándome para morir. Sólo quería que supieran lo maravilloso que fue follarme a su pequeña. Meter y sacar la polla de su coño era como recoger cerezas una mañana de verano. El suyo era el coñito virginal más sabroso que he probado. Pero aún mejor que follármela fue verla morir: el cuchillo hundiéndose en su tierna carne como si fuese un melón... Eso es exactamente lo que era, una fruta. Por desgracia, ahora está podrida e incomible. Echarle un polvo ahora sería algo terriblemente pervertido, ¿no? Estaría verdosa y llena de gusanos después de tanto tiempo bajo tierra. Una lástima. Pero tengan la seguridad de que fue bonito mientras duró...» —Levantó la vista hacia la defensa—. Firmada: «Su buen amigo, Blair Sullivan.»

Black miró el techo para permitir que aquel espanto se desvaneciera un poco. Luego preguntó:

—¿Ha escrito a los familiares de otras víctimas?

—Sí, señor. A casi todos los parientes de todas las personas que asesinó.

—¿Escribe con regularidad?

—No, señor. Sólo cuando parece venirle la inspiración. La mayoría de las

cartas son incluso peores que ésta. A veces es aún más detallista.

—Me lo imagino.

—Sí, señor.

—No hay más preguntas.

El fiscal se puso lentamente en pie. Sacudió la cabeza.

—Veamos, señor Sims, ¿en esa carta Blair Sullivan reconoce expresamente haber asesinado a Joanie Shriver?

—No, señor. Dice lo que he leído. No dice expresamente que la haya matado... no, señor; pero sin duda eso es lo que parece decir.

El fiscal sintió flaquear sus fuerzas. Fue a formular otra pregunta, pero cambió de idea.

—Nada más —dijo.

Sims abandonó la sala caminando a paso ligero. Los Shriver regresaron pasados un par de minutos. Cowart vio que tenían los ojos enrojecidos de llorar.

—Ahora oiré los alegatos —dijo el juez Trench.

Ambos abogados fueron muy breves, lo cual sorprendió a Cowart. Sus argumentos eran previsibles. El periodista procuraba tomar notas, pero no podía evitar desviar la mirada hacia aquellos padres desolados en la primera fila. Se fijó en que no se giraban para observar a Ferguson, sino que mantenían la mirada al frente, clavada en el juez, con la espalda rígida y los hombros ligeramente inclinados hacia él, como si lucharan contra el embate de un vendaval.

Cuando los letrados hubieron terminado, el juez habló severamente.

—Quiero ver citas de ambas partes. Me pronunciaré después de revisar la jurisprudencia. Se aplaza la vista hasta dentro de una semana. —Se levantó bruscamente y salió por una puerta en dirección a su despacho.

Cuando el público se puso en pie, hubo un momento de confusión. Cowart vio que Ferguson le estrechaba la mano al abogado y luego seguía a los guardias hacia la puerta que conducía a los calabozos del juzgado. Se volvió y vio a los Shriver rodeados de periodistas, forcejeando para avanzar por el pasillo y salir de la sala. En el mismo instante vio que Roy Black hacía señas al fiscal, quejándose de los problemas que estaba teniendo la pareja. La señora Shriver levantaba el brazo como para protegerse del aluvión de preguntas que le llovía. George Shriver rodeaba a su esposa con un brazo y tenía la cara congestionada. Al cabo de un rato Boylan se acercó a ellos y, como un barco que cambiara de dirección en alta mar, los condujo en la dirección opuesta, rumbo a la puerta del despacho del juez. Cowart oyó decir a un fotógrafo que iba junto al fiscal: «No se preocupe, tengo la foto.» Cowart sintió un extraño malestar.

Oyó voces alrededor: un cámara entrevistaba a Black, deslumbrándolo con el resplandor de un foco.

—Claro que en eso llevamos razón —decía Black—. Aún quedan muchos interrogantes por descartar. No me explico por qué el estado no acepta que...

Al mismo tiempo, un poco más allá Boylan respondía ante otra cámara y resplandecía con idéntica intensidad bajo idéntica luz.

—En nuestra opinión, tenemos al autor de un terrible crimen esperando en el corredor de la muerte. Y aunque el juez concediera un nuevo juicio al señor Ferguson, creemos que hay pruebas más que suficientes para volver a declararlo culpable.

—¿Aun sin la confesión? —preguntó un reportero.

—En efecto —respondió el abogado. Alguien se echó a reír, pero cuando Boylan se volvió con una mirada fulminante, las risas cesaron.

—¿Cómo es que su jefe no ha comparecido en la vista? ¿Por qué lo han enviado a usted? No figuraba en el anterior equipo fiscal.

—Me correspondió a mí —respondió escuetamente.

Roy Black respondía a la misma pregunta unos metros más allá.

—Porque a los funcionarios electos no les gusta acudir a las vistas a jugarse el cargo. Desde el principio la acusación se huele que lleva las de perder. Y pueden citar textualmente mis palabras.

De repente un cámara se acercó a Cowart con su implacable foco y le preguntó:

—Cowart, usted publicó los artículos que han promovido todo esto. ¿Qué le ha parecido la vista? ¿Y la carta de Sullivan?

Cowart vaciló entre decir algo inteligente o insustancial, pero acabó limitándose a sacudir la cabeza.

—Venga, Matt —pidió alguien—. Dinos algo.

Cowart, sin embargo, se marchó sin más.

—¡Qué tío más borde! —dijo otra voz.

Cowart bajó al vestíbulo por una escalera mecánica. Salió fuera apresuradamente y se detuvo en la escalinata de la entrada. Sintió que el calor lo envolvía. La brisa no dejaba de soplar y, en lo alto, el viento ondeaba las tres banderas: la del condado, la estatal y la nacional. Hacían un ruido seco, restallando como disparos a cada sople de aire. Tanny Brown estaba al otro lado de la calle, mirándolo fijamente. El detective se limitó a fruncir el entrecejo y luego subió a un coche; Cowart observó cómo se incorporaba lentamente al tráfico y desaparecía.

Transcurrida una semana, el juez decidió admitir a trámite un nuevo juicio. Esta vez no tachó a Ferguson de «animal salvaje»; tampoco mencionó las docenas de editoriales que, incluso en el condado de Escambia, abogaban por esa misma causa. Y resolvió que no se tendría en cuenta la famosa confesión del condenado. En una audiencia celebrada a puerta cerrada, Roy Black solicitó que Ferguson fuera puesto en libertad bajo fianza, lo cual se concedió. Una coalición de grupos contrarios a la pena de muerte reunió la suma requerida; Cowart acabó descubriendo que les había sido cedida por un productor de cine que había adquirido los derechos para rodar la vida de Robert Earl Ferguson.

## 9

## ORDEN DE EJECUCIÓN

Cowart se vio embargado por la inquietud.

Se sentía como si su vida se hubiera compartimentado en una serie de momentos que esperan la señal para recuperar la normalidad. Tuvo una extraña sensación de anticipación, una especie de nerviosa esperanza, aunque con respecto a algo que él mismo no sabía precisar. Acudió a la prisión el día en que Ferguson abandonaba el corredor de la muerte, antes de la celebración del nuevo juicio, aplazado hasta diciembre. Era la primera semana de julio, y en la carretera de acceso al presidio había casetas donde se vendían fuegos de artificio, bengalas, banderas y banderines rojos, blancos y azules. La primavera de Florida se había convertido en verano: el sol castigaba la tierra con infinita paciencia, resecaéndola hasta reducirla a una corteza dura y resquebrajada. Ondulantes olas de calor oscilaban sobre el suelo y el bochorno parecía minar las energías, la ambición y el deseo. Era casi como si las elevadas temperaturas entorpecieran la rotación del planeta.

Una multitud de periodistas sudorosos esperaba a Ferguson a las puertas de la prisión. A ellos se sumaban grupos contrarios a la pena de muerte, algunos portando pancartas de agradecimiento por su puesta en libertad y cantaban: «No a la silla, sí a la vida.» Cuando Ferguson traspuso la puerta, prorrumpieron en vítores y aplausos. El recién liberado echó un vistazo al resplandeciente cielo y luego se detuvo, flanqueado por su desgarrado abogado y su abuela frágil y canosa. La anciana fulminó con la mirada a los periodistas y cámaras que se abalanzaban sobre ellos, aferrándose con los dos brazos al codo de su nieto. Encaramado en una escalerilla a fin de abarcar toda aquella multitud, Ferguson dio un breve discurso sobre que su caso dejaba claro qué aspectos del sistema fallaban y cuáles no. También dijo alegrarse de recuperar la libertad y que no guardaba rencor a nadie, lo cual nadie creyó, y que lo primero que haría sería darse un banquete con comida de verdad: pollo frito

con verdura y, de postre, helado con doble ración de chocolate. Acabó diciendo:

—Quiero dar las gracias al Señor por mostrarme el camino, a mi abogado, al *Miami Journal* y al señor Cowart, porque él me escuchó cuando parecía que nadie quería hacerlo. De no haber sido por él, hoy no estaría aquí.

Cowart dudaba que los agradecimientos fueran a salir en las noticias de la noche o en los periódicos. En cualquier caso, sonrió.

Los periodistas empezaron a disparar preguntas bajo aquel calor abrasador.

—¿Piensa regresar a Pachoula?

—Sí. Ese es mi verdadero hogar.

—¿Qué planes tiene?

—Quiero acabar la universidad. Quizá me licencie en derecho o me especialice en criminología. Ahora tengo sólidos conocimientos sobre derecho penal.

Hubo risas.

—¿Qué le ha parecido el juicio?

—¿Qué puedo decir? Al parecer quieren volver a procesarme, pero no sé cómo van a lograrlo. Creo que me absolverán. Sólo quiero seguir con mi vida, desaparecer del punto de mira y recuperar el anonimato. No es que no los aprecie, señores, sino que...

Más risas. Los periodistas parecían engullir a aquel hombre menudo que a cada pregunta giraba la cabeza para mirar a quien la formulaba. Cowart se fijó en lo cómodo que Ferguson parecía en aquella improvisada rueda de prensa, desenvolviéndose con soltura y buen humor; era evidente que se divertía.

—¿Por qué cree usted que quieren procesarlo otra vez?

—Para guardar las apariencias. Supongo que para no reconocer que iban a ejecutar a un hombre inocente; a un negro inocente. Hubieran preferido aferrarse a una mentira antes que afrontar la realidad.

—¡Así se habla, hermano! —gritaron en el grupo de manifestantes—. ¡Bien dicho!

Otro periodista había explicado a Cowart que esas mismas personas se movilizaban siempre que había una ejecución: pasaban la noche a la luz de las velas y cantaban *Venceremos* y *Seré libre* hasta el momento en que el alcaide salía para anunciar que la sentencia del tribunal se había cumplido. También solía acudir un grupo partidario de la silla eléctrica: tipos rudos ataviados con vaqueros, camiseta y botas tejanas, que ondeaban la bandera norteamericana, abucheaban, gritaban y se enzarzaban a empujones en ocasionales trifulcas con los contrarios a la pena de muerte. Pero ese día no se habían presentado.

Normalmente, la prensa ignoraba a ambos grupos en la medida de lo posible.

—¿Y qué me dice de Blair Sullivan? —preguntó un periodista de la televisión, tendiendo bruscamente el micrófono hacia Ferguson.

—¿Sullivan? Creo que es un individuo peligroso y retorcido.

—¿Lo odia?

—No. El buen Señor me ha enseñado a poner la otra mejilla, aunque a veces es difícil.

—¿Cree que confesará y le ahorrará a usted el juicio?

—No. Seguramente planea confesarse sólo ante el Señor.

—¿Ha hablado con él sobre el asesinato?

—No, señor.

—¿Qué opina de esos detectives?

Ferguson titubeó.

—Sin comentarios —sonrió—. Mi abogado me aconsejó que, si no podía decir algo bueno o imparcial, contestara «sin comentarios», así que ahí queda eso.

Se oyeron risas.

Ferguson ensanchó la sonrisa. Se produjo un instante de confusión cuando los cámaras se dispusieron para sacar una última toma y los técnicos de sonido forcejearon con micrófonos y grabadoras. Los fotógrafos de prensa brincaban y zigzagueaban en torno a Ferguson y sus cámaras zumbaban como insectos. Ferguson alzó la mano, haciendo la señal de la victoria. Luego fue conducido al asiento de atrás de un coche, desde cuya ventanilla cerrada saludó con la mano a los reporteros que le hacían las últimas fotografías. A continuación, el coche arrancó y se alejó por la carretera de acceso; los neumáticos levantaron pequeñas nubes de polvo sobre el pegajoso pavimento negro. Pasó volando junto a una acalorada fila de presos que marchaban a paso lento, con los brazos negros relucientes de sudor; se disponían a hacer la pausa de mediodía, y el sol se reflejaba en los picos y palas que cargaban al hombro. Aquellos hombres entonaban una canción de trabajo y Cowart, aunque no logró captar la letra, se sintió embargado por sus compases.

Al mes siguiente llevó a su hija a Disney World. Se alojaron en uno de los pisos superiores del Hotel Contemporary, con vistas al parque de atracciones. Becky se había convertido en toda una experta en aquel terreno y cada día planificaba el asalto a las atracciones con el entusiasmo de un general deseoso de enfrentarse a un enemigo alicaído. Cowart disfrutaba dejándola llevar las riendas. Si quería subirse a la Montaña del Espacio o al Caballo Loco del Señor Sapo cuatro o cinco veces seguidas, no había ningún problema. Cuando tenía hambre, él no le hacía comentarios adultos sobre nutrición, sino que le permitía tomar una vertiginosa variedad de perritos calientes, patatas fritas y algodones de azúcar.

Hacía demasiado calor como para guardar cola toda la tarde, así que pasaban horas en la piscina del hotel, buceando y chapoteando. Él la arrojaba una y otra vez al agua, dejaba que se le subiera a la espalda y que pasara buceando entre sus piernas. Luego, con el poco de fresco que corría tras la puesta de sol, se vestían y regresaban al parque para ver los fuegos de artificio y los espectáculos de luz.

Cada noche Cowart acababa llevándola en brazos, exhausta y

profundamente dormida, al monorraíl del hotel y la subía a la habitación para acostarla en la cama y escuchar su respiración pausada y regular, aquel sonido infantil que disipaba cualquier preocupación y le transmitía una gran paz.

En todo el tiempo que pasaron allí sólo tuvo una pesadilla: una repentina visión en que Ferguson y Sullivan lo obligaban a subirse a una montaña rusa y le arrebatában a su hija.

Cowart despertó jadeando y oyó que Becky decía:

—¿Papi?

—Estoy bien, cielo. No pasa nada.

La niña suspiró y volvió a quedarse dormida.

Él notó las sábanas empapadas de sudor.

La semana había transcurrido presidida por una impaciencia juvenil, inmersos padre e hija en una frenética actividad. Cuando llegó la hora de llevarla a casa, lo hizo sin prisas, parando primero en el Mundo Acuático para deslizarse por los toboganes y desviándose luego de la autopista para comprar unas hamburguesas. Se detuvo una vez más para tomar helado y una cuarta y última vez para entrar en una tienda de juguetes y comprar otro regalo. Para cuando llegaron al lujoso barrio residencial de Tampa donde vivían su ex esposa y su actual marido, iba casi al ralentí, sin ninguna gana de separarse de su hija, que rezumaba entusiasmo mientras le enseñaba sin parar las casas de sus amigas.

Delante de la casa de su ex mujer había una rotonda circular. Un anciano negro empujaba un cortacésped sobre la hierba verde. Su vieja camioneta, de un rojo descolorido tirando a marrón óxido, estaba aparcada en la calle, y Cowart leyó «Servicios de Jardinería Ned» pintado a mano en el lateral. El anciano se detuvo para enjugarse la frente y saludar con la mano a Becky, que le devolvió el saludo con jovialidad. El anciano volvió a encorvarse, concentrado en la tarea de cortar la hierba uniformemente. Tenía la camisa empapada en sudor.

Cowart echó un vistazo a la puerta principal: madera noble de doble grosor. La casa era un chalet que se elevaba sobre una pequeña colina. A la entrada había una hilera de plantas, podadas con la meticulosidad de quien aplica maquillaje a un rostro, y más allá una piscina vallada. Becky se apeó, echó a correr dando saltitos y entró en la casa como una exhalación.

Él se quedó en pie esperando, hasta que Sandy apareció.

Le quedaba poco de embarazo y se movía lentamente entre el calor y el malestar. Rodeaba a su hija con el brazo.

—Veo que todo ha salido estupendamente.

—Hemos hecho de todo.

—Me alegro. ¿Estás cansado?

—Un poco.

—¿Y lo demás? ¿Cómo va todo?

—Bien.

—¿Sabes? Aún me preocupas.

—Gracias, pero estoy bien. No tienes que preocuparte.  
—Me gustaría hablar contigo. ¿Quieres pasar? ¿Tomar un café? ¿Algo frío?  
—Sonrió—. Me gustaría saberlo todo. Hay mucho que hablar.  
—Becky puede ponerte al corriente.  
—No me refiero a eso —dijo Sandy.  
Cowart negó con la cabeza.  
—Tengo que volver. Es tarde.  
—Tom estará de regreso en media hora. Tiene ganas de verte. Cree que has hecho un buen trabajo con esos artículos.  
Cowart siguió negando con la cabeza.  
—Dale las gracias de mi parte. Pero todavía me queda un buen trecho, en serio. Cuando llegue a Miami será casi medianoche.  
—Espero... —empezó Sandy, pero se interrumpió y dijo—: Vale. Ya hablaremos.  
Cowart asintió.  
—Dame un abrazo, cielo. —Se arrodilló y dio un fuerte abrazo a su hija. Por un momento sintió una corriente de energía, de infinita alegría. Luego ella se apartó.  
—Adiós, papi —dijo. Su voz hizo un pequeño quiebro.  
Cowart le pellizcó la mejilla y dijo:  
—No le digas a tu madre lo que has comido estos días... —Bajó la voz para decirle un secreto al oído—. Y no le digas nada de los regalos; podría ponerse celosa.  
Becky sonrió y asintió con la cabeza.  
Antes de ponerse al volante, Cowart se volvió y se despidió de las dos con fingida alegría. Pensó; «El perfecto padre divorciado. Te sabes todos los movimientos al dedillo.»  
La rabia que sentía hacia sí mismo tardó horas en disiparse.

En el periódico, Will Martin intentaba en vano interesarlo en algunas cruzadas editoriales, pero Cowart se pasaba el día soñando despierto, anticipando el inminente juicio de Ferguson, que le parecía que no iba a llegar nunca. Cuando el implacable verano de Florida empezó a dar paso al otoño sin que se produjeran cambios en la temperatura, decidió regresar a Pachoula y escribir un artículo sobre la reacción de la ciudadanía ante la puesta en libertad de Ferguson.

Desde la habitación del motel telefoneó a Tanny Brown.  
—¿Teniente? Soy Matthew Cowart. Sólo quería ahorrarle trabajo a sus confidentes. Estaré un par de días en la ciudad.  
—¿Se puede saber para qué?  
—Sólo para poner al día el caso Ferguson. ¿Todavía piensa interponer una acción judicial?



El detective rió.

— Eso lo decidirá el fiscal del estado, no yo.

— Ya, pero él toma la decisión basándose en la información que usted le facilita. ¿Ha descubierto algo nuevo?

— ¿Espera que se lo diga?

— Mi trabajo consiste en preguntar.

— Bueno, en vista de que Roy Black se lo dirá... no, nada nuevo.

— ¿Y qué hay de Ferguson? ¿Qué ha hecho todo este tiempo?

— ¿Por qué no se lo pregunta a él?

— Pienso hacerlo.

— Bueno, pues vaya a su casa y luego vuelva a llamarme.

Cowart colgó con la impresión de que el detective se burlaba de él. Pasó en coche entre los pinos y las sombras del camino de tierra que conducía a casa de la abuela de Ferguson, para detenerse entre las gallinas y sobre la tierra reseca. Nada daba señales de actividad, así que subió los peldaños y llamó a la puerta. Al cabo de un rato, oyó un arrastrar de pies y la puerta se abrió unos centímetros.

— ¿Señora Ferguson? Soy Matthew Cowart, del *Journal*.

La puerta se abrió un poco más.

— ¿Qué quiere ahora?

— ¿Dónde está Bobby Earl? Quiero hablar con él.

— Volvió al Norte.

— ¿Qué?

— Volvió a aquella facultad de Nueva Jersey.

— ¿Cuándo se fue?

— La semana pasada. Aquí ya no le quedaba nada, periodista blanco. Y usted lo sabe tan bien como yo.

— ¿Y qué pasa con el juicio?

— No le preocupa demasiado.

— ¿Tiene un número para telefonarle?

— Dijo que escribiría en cuanto se instalase, pero todavía no lo ha hecho.

— ¿Ocurrió algo en Pachoula antes de que él se marchara?

— No que yo sepa. ¿Tiene más preguntas, señor periodista?

— No.

Cowart bajó del porche y se quedó contemplando la casa un momento.

Aquella misma tarde llamó a Roy Black.

— ¿Dónde está Ferguson? —inquirió.

— En Nueva Jersey. Tengo su dirección y su número de teléfono.

— Pero ¿cómo pudo salir del estado? ¿Qué pasa con el juicio, con su fianza?

— El juez le dio autorización. Le aconsejé que siguiera adelante con su vida, y él decidió ir al Norte para finalizar sus estudios. ¿Qué tiene eso de raro? El estado tiene que aportar material nuevo sobre la investigación, y de momento no nos han enviado nada. No sé qué van a hacer, pero no creo que mucho.

- ¿Cree que tirarán la toalla?
- Tal vez. Pregúnteselo a los detectives.
- Lo haré.

—Señor Cowart, a los fiscales no les entusiasma la idea de presentarse a un juicio donde los humillarán por ineptos. Los funcionarios electos procuran evitar el escarnio público, ¿sabe? Les resultará más rentable dejar pasar el tiempo, hasta que la gente olvide. Entonces retirarán la acusación, culpando del fracaso al juez por haber desechado esa confesión. Éste dirá que fue culpa del estado. Y al final todo recaerá, principalmente, sobre esos dos polis. Así de sencillo. Fin de la historia. Pero eso no le sorprende, ¿no? Usted ya conoce los entresijos del sistema judicial, ¿no?

- ¿Del corredor de la muerte a borrón y cuenta nueva?
- Exacto. Cosas que pasan. No con demasiada frecuencia, pero pasan.
- ¿Y Ferguson quiere rehacer su vida después de un paréntesis de tres años?
- Ha vuelto a acertar. Todo vuelve a la normalidad, con una salvedad.
- ¿Cuál?
- La niña sigue muerta.

Cowart llamó a Brown.

- Ferguson ha regresado a Nueva Jersey. ¿Lo sabía usted?
  - No era ningún secreto. El periódico local publicó un artículo sobre su marcha. Decía que quería reemprender los estudios; declaró al periódico que, dadas las circunstancias, nunca encontraría un trabajo en Pachoula. Eso no lo sé. Tampoco sé si lo intentó siquiera. En cualquier caso, se fue. Yo diría que quería marcharse por miedo a que alguien le hiciera algo.
  - ¿Como quién?
  - No lo sé. Algunas personas se llevaron un disgusto cuando Ferguson quedó en libertad. Claro que otros no. Esto es un pueblo, ¿sabe? La gente se dividió, la mayoría estaban confundidos.
  - ¿Quién se llevó un disgusto?
- Brown hizo una pausa antes de contestar:
- Yo me llevé un disgusto. Y con eso basta.
  - ¿Y ahora qué va a pasar?
  - ¿Qué espera usted que pase?
- Cowart no supo qué responder.

No escribió el artículo que tenía previsto. Regresó a la redacción y se dedicó a cubrir las próximas elecciones locales. Se pasaba horas entrevistando a los candidatos, leyendo informes de prensa, y discutiendo con sus compañeros qué posturas debería adoptar el periódico. La atmósfera era estimulante, de colegial. Las increíbles perversiones de la política en las ciudades del sur de Florida, donde cuestiones como la oficialidad del inglés en tanto que lengua del

condado, la democracia en Cuba o el control de armas proporcionaban a Cowart bastante distracción. Tras las elecciones, publicó otra serie de editoriales sobre la gestión de recursos hidráulicos en los cayos de Florida. Esto lo obligaba a dedicar su tiempo a proyectos presupuestarios e informes ecológicos anuales. La mesa se le inundó de papeles repletos de tablas y cuadros. Y entonces tuvo una extraña ocurrencia, un juego de palabras: seguridad en las cifras.

La primera semana de diciembre, en una vista ante el juez Trench, el estado retiró los cargos de asesinato en primer grado contra Robert Earl Ferguson. Se declaró que, sin la confesión, no había pruebas sólidas sobre las que basar una acusación. Tanto la fiscalía como la defensa manifestaron sus convicciones respecto a que ningún caso particular era más importante que el estado de derecho en que vivían.

Tanny Brown y Bruce Wilcox no comparecieron.

—Ahora mismo no quiero hablar sobre eso —dijo Brown cuando Cowart fue a verlo.

Wilcox dijo:

—Le repito que apenas lo toqué. Si lo hubiera zurrado de verdad, ¿no cree que le habría dejado marcas? ¿Le parece que estaría vivo y coleando? ¡Joder! Andaría arrastrándose con un par de muletas, ¡coño!

Una tarde húmeda Cowart pasó por delante del colegio y el sauce ante el que Joanie Shriver había desaparecido de este mundo. Paró el coche en la esquina y clavó la mirada en el camino que el asesino había seguido, para luego dirigirse hacia la casa de los Shriver. Aparcó delante. George estaba recortando un seto. Al ver el coche de Cowart, se detuvo y apagó la segadora, jadeando mientras el periodista se le acercaba.

—Ya lo sabemos —murmuró—. El teniente Brown llamó para decirnos que ya era oficial. Claro que no nos pilla de sorpresa; sabíamos que iba a ocurrir. Una vez Brown nos dijo que el caso era muy frágil; jamás lo olvidaré. Supongo que la acusación resultó insostenible, sobre todo desde que usted empezó a entrometerse.

Cowart se sintió molesto.

—¿Todavía cree que Ferguson mató a su hija? ¿Y qué me dice de Sullivan? ¿Qué me dice de la carta que les envió?

—A estas alturas ya no sé qué creer. Me temo que mi esposa y yo estamos tan confusos como el que más. Pero ¿sabe?, en lo más hondo de mi corazón sigo creyendo que lo hizo Ferguson. Jamás olvidaré el aspecto que tenía en el juicio.

La señora Shriver trajo un vaso de agua con hielo a su marido. Echó un vistazo a Cowart, con una especie de curiosidad mezclada con ira.

—Lo que no entiendo —dijo— es por qué tuvimos que volver a pasar por todo esto. Primero usted, luego sus colegas de la televisión y la prensa. Fue como si la asesinaran de nuevo, una y otra vez. Llegó un momento en que ya no

podía encender la televisión, por miedo a ver su fotografía allí de nuevo. No es que la gente nos lo recordara constantemente; es que nosotros no queríamos olvidar. Pero todo se enredó de una manera incomprensible para mí. Era como si lo único que importara fuera lo que ese Ferguson decía y lo que ese Sullivan decía, lo que ambos hacían y todo eso; cuando lo único importante era que me habían robado a mi pequeña. Y eso nos dolió, ¿sabe, señor Cowart? Nos dolió y aún sigue doliendo, muchísimo. —La mujer sollozaba al hablar, pero las lágrimas no empañaron la claridad de su voz.

Su marido respiró hondo y bebió un largo sorbo de agua.

—Claro que no lo culpamos a usted, señor Cowart —dijo, e hizo una pausa—. Bueno, qué diablos, tal vez un poco. No puedo evitarlo, pero pienso que algo ha fallado en el sistema. No es culpa suya, supongo. No tiene la culpa de nada. Como le he dicho antes, era un caso frágil. Tanto que se vino abajo.

El hombretón tomó a su esposa de la mano y, dejando la segadora y a Matthew Cowart en el patio delantero, regresaron a la casa.

Cuando habló con Ferguson, se vio abrumado por la euforia que rezumaba. Hacía pensar que estaban muy cerca, no que hablaban por teléfono separados por cientos de kilómetros.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señor Cowart. Esto no habría ocurrido sin su ayuda.

—Sí que habría ocurrido, tarde o temprano.

—No, señor. Usted fue quien movió todos los hilos. De no haber sido por usted, seguiría en el corredor.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Tengo planes. Pienso hacer algo con mi vida. Acabar la universidad, tener una profesión. Sí, lo conseguiré. —Hizo una pausa y luego añadió—: Ahora soy libre para hacer lo que quiera.

La frase le sonaba de algo, pero Cowart no supo precisarlo.

—¿Cómo van las clases? —preguntó.

—He aprendido mucho. —Rió lacónicamente—. Tengo la impresión de que sé mucho más que antes. Sí, ahora todo es diferente. Me ha servido de algo.

—¿Va a quedarse en Newark?

—No estoy seguro. Este lugar es incluso más frío de como lo recordaba. Creo que debería regresar al Sur.

—¿A Pachoula?

Ferguson vaciló un momento.

—Lo dudo. Mi presencia en ese lugar no fue grata después de salir del corredor. La gente se quedaba mirándome, cuchicheando a mis espaldas. Muchos me señalaban con el dedo. No podía ir a la tienda sin ver un coche patrulla al salir. Era como si me vigilaran, a la espera de que diese un paso en falso. Llevaba a mi abuela a la misa del domingo y las cabezas se volvían nada

más entrar por la puerta. Intenté conseguir un trabajo, pero en cada lugar al que iba acababan de ocupar el puesto vacante un par de minutos antes, tanto si el encargado era negro como si era blanco. Todos me miraban como si fuese una especie de demonio suelto. Pero Florida es grande, señor Cowart. De hecho, el otro día una iglesia de Ocala me pidió que fuese a hablarles de mis experiencias. Y no es la primera vez que me pasa. Hay muchos lugares en los que no me consideran un perro rabioso. A lo mejor Pachoula es la única excepción. Y eso no cambiará mientras Tanny Brown siga allí.

— ¿Tendré noticias tuyas?

— Claro — respondió Ferguson.

A finales de enero, casi un año después de haber recibido la carta de Ferguson, Matthew Cowart obtuvo un premio de la Asociación de Prensa de Florida por sus artículos. Y a éste siguió un premio de la Escuela de Periodismo Penney-Misuri y otro Ernie Pyle de Scripps-Howard.

Al mismo tiempo, el Tribunal Supremo de Florida ratificó la condena y sentencia de Blair Sullivan, de quien Cowart recibió otra llamada a cobro revertido.

— ¿Cowart? ¿Está usted ahí?

— Estoy aquí.

— ¿Se ha enterado del fallo del tribunal?

— Sí. ¿Qué piensa hacer ahora? Tiene que hablar con un abogado. ¿Por qué no llama a Roy Black?

— ¿Le parece que soy un hombre sin recursos? — Se echó a reír—. ¿Un pobre pirado? Es broma. ¿Qué le hace pensar que no cumpliré con mi palabra?

— No sé. Tal vez ahora crea que vale la pena vivir.

— Su vida no es la mía.

— Ya — admitió el periodista.

— Y su futuro tampoco es el mío. Quizá piense que no tengo mucho futuro, pero se sorprenderá.

— Eso espero.

— ¿Sabe una cosa, Cowart? Lo más gracioso es que me lo estoy pasando muy bien.

— Me alegro.

— ¿Y quiere que le diga otra cosa? Pues que volveremos a hablar. Cuando se acerque la hora.

— ¿Le han dado ya una fecha?

— No. No entiendo por qué tarda tanto el gobernador.

— ¿En verdad quiere morir, Sullivan?

— Tengo planes, Cowart. Grandes planes. La muerte es sólo una pequeña parte de ellos. Volveré a llamar.

Sullivan colgó y Cowart reprimió un escalofrío. Pensó que era como hablar

con un cadáver.

El 1 de abril, Matthew Cowart recibió el Premio Pulitzer por su destacada cobertura de las noticias locales.

En los viejos tiempos en que los teletipos repiqueteaban en un incesante torrente de palabras, los periodistas se congregaban ritualmente el día de la entrega de los premios, esperando a que los teletipos trajeran los nombres de los ganadores. La Associated Press y la United Press International solían competir por ver cuál de las dos lograba transmitir con más rapidez los nombres de los ganadores. Los viejos teletipos estaban equipados con campanillas que sonaban cuando llegaba una gran noticia, de manera que se producía un repique casi religioso cuando se daban los nombres de los ganadores. Tenía un halo de romanticismo observar cómo aquel aparato anunciaba los nombres laureados mientras redactores y periodistas despotricaban o aplaudían. Luego todo esto fue desplazado por la transmisión instantánea a través de líneas informáticas. Ahora los nombres aparecían en las ubicuas pantallas que salpicaban la moderna sala de redacción. Sin embargo, los aplausos y los gruñidos eran los mismos.

Aquella tarde, Cowart había asistido a un congreso sobre gestión de recursos hidráulicos. Cuando entró en la redacción, toda la plantilla se levantó para aplaudirlo.

Un fotógrafo le sacó una instantánea mientras le entregaban un vaso con champán y lo empujaban hacia un ordenador para que él mismo leyera las palabras que había en pantalla. Eran las felicitaciones del director ejecutivo y el redactor jefe. Will Maftin dijo:

—Yo ya lo sabía.

Recibió una avalancha de llamadas de enhorabuena. También lo llamó Roy Black, así como Ferguson, con quien habló sólo un momento. Y Tanny Brown telefoneó para decirle enigmáticamente: «Bueno, me alegra que alguien se haya beneficiado de todo esto.» Su ex mujer también llamó, llorosa de dicha: «Sabía que lo lograrías», dijo. De fondo, Cowart oyó el llanto de un bebé. Su hija chillaba de contenta cuando se puso al teléfono, sin entender del todo lo que había ocurrido aunque entusiasmada de todos modos. Lo entrevistaron en tres canales de televisión local y recibió la llamada de un agente literario, que le propuso que escribiese un libro. El productor que había comprado los derechos de la biografía de Ferguson también llamó.

—¿Señor Cowart? Soy Jeffrey Maynard. Trabajo para la productora Instacom. Estamos deseando rodar una película basada en todo el trabajo que usted ha hecho. —Su voz sonaba nerviosa y entrecortada, como si cada segundo que pasara estuviera lleno de oportunidades desaprovechadas y dinero perdido.

Cowart respondió lentamente:

—Lo siento, señor Maynard, pero...

—No me falle, señor Cowart. ¿Qué tal si cojo un vuelo a Miami y hablamos? O, mejor aún, venga usted. Nosotros le pagamos el billete, claro.

—No creo que pueda...

—Déjeme decirle una cosa, señor Cowart: hemos hablado con casi todos los jerifaltes, y estamos muy interesados en adquirir los derechos mundiales de su historia. Hablamos de una considerable suma de dinero, y tal vez de la oportunidad que estaba esperando para dejar el periodismo.

—Yo no quiero dejar el periodismo.

—Pensaba que todos los periodistas querían dedicarse a otra cosa.

—Pues ya ve que no es así.

—Vale, pero me gustaría que nos viésemos.

—Lo pensaré, señor Maynard.

—¿Me llamará?

—Por supuesto.

Cowart colgó sin ninguna intención de llamarlo. Regresó al entusiasmo que invadía la redacción, para beber champán de un vaso de plástico y disfrutar de las felicitaciones que recibía; el peso de las palmaditas en la espalda y las exclamaciones de júbilo anestesiaban la confusión y los interrogantes.

Pero aquella misma noche, de regreso a casa, se sintió solo.

Entró en su apartamento y pensó en Vernon Hawkins, su amigo detective, que había vivido en soledad con sus recuerdos y su tos perruna. Intentó imaginarse a su amigo felicitándolo, y se dijo que Hawkins habría sido el primero en llamarlo, el primero en descorchar una botella de champán de las caras. Pero la imagen no acudía a su mente. Sólo lograba recordar al agonizante detective acostado en una cama del hospital, farfullando en medio de aquella neblina de oxígeno y medicamentos:

—¿Cuál es el décimo mandamiento de la calle, Matty?

Él había contestado:

—Por Dios, Vernon, no lo sé. Descansa un poco.

—El décimo mandamiento es: las cosas nunca son lo que parecen.

—Vernon, ¿qué coño significa eso?

—Significa que estoy perdiendo la cabeza. Llama a la enfermera, no a la vieja, a la tía buena. Dile que necesito una inyección; no importa de qué mientras me frote el culo un par de minutos antes de ponérmela.

Cowart recordó haber llamado a la joven enfermera y haber visto que Hawkins reía como un atolondrado mientras le ponían la inyección, hasta caer en un profundo sueño.

«He ganado, Vernon. Al final lo conseguí», le dijo mentalmente. Echó un vistazo al ejemplar de la primera edición que llevaba bajo el brazo. La fotografía y la crónica quedaban por encima del pliegue: «Galardonado con el Pulitzer el periodista que escribió sobre el corredor de la muerte.»

Se pasó casi toda la noche contemplando el techo, mientras la euforia

jugueteaba con la duda, hasta que el entusiasmo del premio disipó todas sus preocupaciones y se quedó dormido, drogado con su dosis de éxito.

Dos semanas más tarde, mientras Matthew Cowart seguía en la cresta de la euforia, le llegó una segunda noticia: el gobernador había firmado la orden de ejecución de Blair Sullivan. Sería en la silla eléctrica la medianoche del séptimo día a contar desde el siguiente a la notificación.

Se barajó la posibilidad de que Sullivan evitara la silla si presentaba un recurso de amparo; de hecho, el gobernador mismo lo reconoció al firmar la orden. Pero no hubo ninguna reacción por parte del preso.

Pasó un día. Luego dos, tres y cuatro. Justo cuando Cowart se sentaba a su mesa de trabajo la mañana del quinto día desde la rúbrica de la orden de ejecución, sonó el teléfono.

Era el sargento Rogers, desde prisión.

— ¿Cowart? ¿Es usted, amigo?

— Sí, sargento. Esperaba su llamada.

— Bueno, se acerca el día, ¿no? — Era una pregunta que no requería respuesta.

— ¿Cómo está Sullivan?

— Amigo, ¿alguna vez ha ido a las vitrinas de los reptiles en el zoo? ¿Ha contemplado las serpientes? No se mueven demasiado, sólo los ojos, que lo captan todo. Pues así está Sully. Se supone que debemos vigilarlo, pero es él el que nos observa como a la espera de algo. Ésta no es como las anteriores ejecuciones que he visto.

— ¿Qué suele ocurrir?

— En general, el lugar se convierte en un hervidero de abogados, sacerdotes y manifestantes. Todo el mundo está comunicado, acuden corriendo a diferentes jueces y tribunales, se encuentran con fulano y mengano y hablan sobre esto y lo otro. Luego está el factor tiempo. Y otra cosa: cuando el estado se dispone a ajusticiar a alguien, el condenado nunca pasa por el trance en completa soledad. La familia, las almas caritativas y otras personas le hablan sobre Dios y justicia y demás, hasta que al pobre le estallan los oídos. Eso es lo normal. Pero esto no es normal. A Sully nadie viene a verlo. Está solo. Yo aún espero que estalle, tan ensimismado se le ve.

— ¿Apelará?

— Dice que no.

— ¿Usted qué cree?

— Es un hombre de palabra.

— ¿Y qué dicen los demás?

— Bueno, aquí todos coinciden en que se rendirá, tal vez en el último momento, y le pedirá a alguien que apele y se quedará a disfrutar de sus diez años de apelaciones. Las últimas apuestas son de diez contra cincuenta a que



acabará yendo a la silla. Yo también aposté algún dinero a esa opción. En cualquier caso, eso es lo que cree el representante del gobernador. De todos modos, la hora se acerca. Lo cual está muy bien.

—Por Dios, sargento.

—Ya. Últimamente también oigo hablar mucho de él.

—¿Cómo van los preparativos?

—Bueno, la silla funciona bien; la probamos esta misma mañana. Lo freirá en un santiamén, no lo dude. Por cierto, lo trasladarán a una celda incomunicada veinticuatro horas antes. Él pedirá el menú que quiera, como manda la tradición. No le rapamos la cabeza ni llevamos a cabo ningún otro preliminar hasta un par de horas antes. Mientras tanto, procuramos que todo sea lo más normal posible. Los otros tipos del corredor se inquietan mucho; no les gusta ver que un compañero se rinde, ¿sabe? Cuando Ferguson salió en libertad, a muchos les sirvió de inspiración, les dio esperanzas. Ahora Sully los tiene cabreados y nerviosos. No sé lo que pasará.

—Veo que esto le afecta bastante.

—Sin duda. No obstante, a mí sólo me corresponde una parte del trabajito.

—¿Sully ha hablado con alguien?

—No. Por eso lo llamo.

—¿Qué pasa?

—Quiere verlo. En persona. Tan pronto sea posible.

—¿A mí?

—Exacto. Supongo que quiere compartir con usted esta pesadilla. Lo ha puesto en su lista de testigos.

—¿Y eso qué es?

—¿Usted qué cree? Los invitados del estado y de Blair Sullivan a la fiesta de despedida.

—¿Quiere que presencie la ejecución?

—Exacto.

—Pero... no sé si...

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? Señor Cowart, comprenderá que no queda mucho tiempo. Estamos teniendo una bonita charla por teléfono, pero creo que debería estar llamando al aeropuerto para coger un avión que lo traiga aquí esta misma tarde.

—Está bien, está bien. Iré. Por el amor de Dios...

—Fue usted quien empezó esta historia, señor Cowart. Supongo que el viejo Sully sólo quiere que ahora escriba el último capítulo. No me sorprende, ¿sabe?

Cowart se limitó a colgar el auricular. Luego se asomó al despacho de Will Martin y le explicó brevemente aquella insólita cita.

—Ve —dijo el veterano periodista—. Márchate ahora mismo. Será una gran noticia. Venga, mueve el culo.

Cowart habló brevemente con el director adjunto, antes de correr a su

apartamento para coger su cepillo de dientes y una muda de ropa. Tomó el primer vuelo de la tarde.

Era entrada la tarde, gris y lluviosa, cuando llegó a la prisión, conduciendo un coche de alquiler a toda velocidad. El compás del limpiaparabrisas le había hecho pisar el acelerador. El sargento Rogers lo esperaba en las oficinas de administración. Se dieron la mano como viejos compañeros de equipo.

—Ha hecho una buena marca —dijo el sargento.

—He conducido pensando en lo que significa cada minuto, cada segundo de vida.

—Ya —asintió Rogers—. No hay nada como tener marcados el día y la hora de la muerte para dar importancia a los pequeños momentos.

—Es aterrador.

—Lo es. Como le dije, señor Cowart, el corredor de la muerte te da una perspectiva diferente de la vida.

—No he visto manifestantes ahí fuera.

—De momento no han aparecido. Hay que odiar de verdad la pena de muerte para querer empaparse bajo la lluvia por el viejo Sully. Espero que lleguen dentro de un par de días. Se supone que el tiempo mejorará esta noche.

—¿Alguien más ha venido a verlo?

—Hay abogados blandiendo apelaciones ya redactadas... pero él sólo lo ha citado a usted. También han venido algunos detectives; esos dos de Pachoula estuvieron aquí ayer, pero no quiso hablar con ellos. También vinieron un par de agentes del FBI y unos tipos de Orlando y Gainesville. Pretendían aclarar un puñado de asesinatos aún sin resolver, pero Sully tampoco los recibió. Sólo quiere verle a usted. A lo mejor se lo cuenta todo; si lo hiciera, ayudaría a más de uno. Eso es lo que hizo el viejo Ted Bundy antes de sentarse en la silla. Aclaró un montón de misterios que atormentaban a algunas personas. No sé si le sirvió de mucho cuando se fue al otro barrio, pero ¿quién sabe?

—Vamos.

—De acuerdo.

Rogers examinó por encima la libreta y el maletín de Matthew Cowart antes de conducirlo por puertas y detectores de metales hasta las entrañas de la prisión.

Sullivan esperaba en su celda. El sargento colocó una silla fuera e indicó a Cowart que tomara asiento.

—Necesito intimidad —masculló Sullivan.

Estaba más pálido. Su pelo peinado hacia atrás brillaba a la luz de la única bombilla. Sullivan se movía nerviosamente en la celda de pared a pared, retorciéndose las manos y con los hombros encorvados.

—Necesito mi intimidad —repitió.

—Sully, sabe que no hay nadie en la celda de la izquierda ni en la de la

derecha. Ya puede hablar —dijo Rogers con paciencia.

El condenado sonrió torcidamente.

—Hacen que parezca una tumba —dijo a Cowart cuando el sargento se alejaba—. Han hecho que todo esté quieto y silencioso, para que empiece a acostumbrarme a vivir en un ataúd.

Se acercó a los barrotes y los sacudió una vez.

—Como en un ataúd —dijo—. Encerrado para siempre.

Sullivan soltó una resonante carcajada que fue desintegrándose hasta quedar en un mero resuello.

—Parece haber prosperado, Cowart.

—Las cosas van bien. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Ya. A eso vamos. Pero antes dígame, ¿ha tenido noticias de nuestro Bobby Earl?

—Cuando gané el premio llamó para felicitar me. Pero lo que se dice hablar, no hablamos. Supongo que ha retomado sus estudios.

—¿Seguro? La verdad, no me pareció un tipo demasiado aplicado. Pero tal vez la universidad tiene algún atractivo especial para el viejo Bobby Earl. Algún atractivo muy especial.

—¿Qué insinúa?

—Nada, nada. Nada que usted no deba recordar de aquí a un tiempo. —Sacudió la cabeza y dejó que se le estremeciera el cuerpo—. ¿Hace un día frío, Cowart?

A Cowart el sudor le resbalaba por la espalda.

—No. Hace calor.

Sullivan sonrió.

—Nunca sé si hace frío o calor; si es de día o de noche. A veces pienso como si fuera un niño; supongo que es parte de la agonía. Uno retrocede en el tiempo por naturaleza.

Se puso en pie y fue hasta la pequeña pica que había en un rincón de la celda. Abrió el grifo y se inclinó para beber largos tragos.

—Y siempre tengo sed. La boca se me seca continuamente, como si alguien me estuviera absorbiendo todo el líquido. —Cowart no respondió—. Por supuesto, imagino que la primera descarga de dos mil quinientos voltios dará sed a todos los presentes.

El periodista sintió que se le secaba la garganta.

—¿Va a apelar?

Sullivan torció el gesto.

—¿Usted qué cree?

—Que no.

Sullivan lo miró fijamente.

—Cowart, debe saber que ahora me siento más vivo que nunca.

—¿Para qué quería verme?

—Última voluntad y testamento. Última confesión. Las célebres últimas

palabras. ¿Cómo suena eso?

—Como usted quiera.

Sullivan apretó el puño y golpeó la quietud de la celda.

—¿Recuerda que le dije cuán lejos podía llegar? ¿Y lo insignificantes que eran estas paredes y estos barrotes? ¿Que no temo la muerte, que la recibiré con los brazos abiertos? Creo que en el infierno me espera un sitio privilegiado. Estoy convencido. Y usted va a ayudarme a ocuparlo.

—¿Cómo?

—Me va a hacer unos recados.

—¿Y si me niego?

—No lo hará. Está obligado, Cowart. Quiere llegar al fondo de este asunto, ¿no?

Cowart asintió con la cabeza, preguntándose a qué estaría accediendo.

—Muy bien, señor periodista famoso, irá a cierto lugar y luego me presentará un informe especial. Es una casita. Quiero que llame a la puerta. Si nadie le abre, se las arreglará para entrar. Nada debe impedirle entrar en esa casa. Mantendrá los ojos bien abiertos. Una vez dentro, se fijará bien en todos los detalles, ¿me oye? Y entrevistará a quien encuentre dentro... —Pronunció «entrevistará» con sarcasmo y soltó una risita—. Después volverá aquí y me contará lo que haya descubierto; sólo entonces le contaré algo que vale la pena. El legado de Blair Sullivan. —Se tapó la cara con las manos un momento y luego se mesó el pelo hacia atrás, mientras reía socarrón—. Será una historia que valdrá la pena conocer. Se lo prometo.

Cowart titubeó, asaltado por una aguda incertidumbre.

—¿Preparado? Quiero que vaya al número trece (buen número) de Tarpon Drive, en Islamorada.

—Eso está en los cayos. Acabo de llegar de...

—¡Vaya allí! Y luego regrese a contarme lo que ha visto. Y no se deje nada en el tintero.

Cowart vaciló un instante, pero al punto la duda desapareció. Se levantó.

—Dese prisa, Cowart. Venga, rápido. No queda mucho tiempo.

Sullivan se recostó en el catre. Apartó la vista de Cowart y bramó:

—¡Sargento Rogers! ¡Llévese a este hombre fuera de mi vista! —Sus ojos se posaron en Cowart una vez más—. Hasta mañana. Será el sexto día.

Cowart asintió con la cabeza y se marchó a paso ligero.

Consiguió coger el último vuelo de regreso a Miami. Pasaba de la medianoche cuando entró exhausto en su apartamento y se tendió vestido sobre la cama. Se sentía inquieto, presa de un extraño miedo escénico. Se veía como un actor arrojado al escenario, ante un público, pero sin conocer su papel, su personaje, ni siquiera el título de la obra. Apartó aquellos pensamientos y se concedió unas horas de sueño intermitente.

Pero a las ocho de la mañana ya estaba en la carretera de camino a los Cayos Altos. Amanecía un día claro, sólo había algunas nubes rezagadas en el cielo que resplandecían con el sol de la mañana. Dejó atrás el tránsito de la hora punta que congestiona la autopista South Dixie en dirección a Miami, circulando a toda velocidad en dirección contraria. Miami se extiende más allá de la ciudad en sí, hasta polígonos de centros comerciales con letreros chillones y aparcamientos vacíos. El tráfico disminuía al atravesar las urbanizaciones, luego llegaban las hileras de concesionarios con cientos de banderas norteamericanas y enormes pancartas anunciando rebajas de ocasión y pulidas flotas de vehículos aparcados en fila en los que se reflejaba el sol. Observó un par de cazas plateados columpiándose en el cielo cristalino, esperando aterrizar en la base de la fuerza aérea; los dos aviones rugían a la vez que evolucionaban armónicamente como una pareja de bailarines de ballet.

Unos kilómetros más allá, cruzó el puente de Card Sound, que conducía a los cayos. La carretera surcaba montículos de mangles y ciénagas pantanosas. Vio el nido de una cigüeña en un poste de teléfono y un pájaro blanco que, al paso del coche, alzó el vuelo con un batir de alas. Los primeros kilómetros se vio rodeado de un mundo verde y llano. Luego el paisaje a su izquierda dio lugar a calas y finalmente a la kilométrica bahía de Florida. Un ligero viento encrespaba la superficie de un mar azul y turgente. Siguió adelante.

La carretera hacia los cayos serpentea entre mar y humedales, y de vez en cuando se eleva un poco para que pueda asentarse la civilización. Esa tierra dura, con incrustaciones de coral, alberga puertos deportivos y bloques de pisos donde tiene suficiente solidez para soportar construcciones. En ocasiones parece como si los bloques cuadrados hubieran desovado: una gasolinera se amplía a estación de servicio; una tienda de camisetas echa raíces y florece como establecimiento de comida rápida; un muelle da lugar a un restaurante, que incuba un motel al otro lado de la carretera. Donde el terreno es extenso, colegios, hospitales y campings para caravanas se aferran a la gravilla, a la tierra y a fragmentos de conchas descoloridos por el sol. El océano, siempre cerca, parpadea con el reflejo solar y su vasta extensión se mofa de los patéticos y persistentes esfuerzos de la civilización. Cowart pasó por Marathon y por delante de la entrada del parque subacuático estatal John Pennekamp. En el puerto deportivo de Whale Harbor observó que en la entrada al muelle de pesca deportiva había un gigantesco marlín azul de plástico, mayor que cualquier otro pez que jamás haya cruzado la corriente del Golfo. Luego dejó atrás un grupo de tiendas y un supermercado, cuyas paredes blancas se iban deteriorando bajo el inexorable sol de los cayos.

Era mediodía cuando encontró Tarpon Drive.

La calle estaba en la punta meridional del islote, a un kilómetro y medio de donde el océano penetra en la tierra y hace imposible la edificación. La carretera se desviaba a la izquierda, en un solo carril de conchas trituradas que discurría entre caravanas y pequeños chalets; era una carretera irregular, como trazada

sobre la marcha. Una oxidada furgoneta Volkswagen, pintada con desvaídos colores psicodélicos al estilo hippie, descansaba sin ruedas sobre unos bloques de hormigón en un patio delantero. No lejos de allí, dos niños en pañales jugaban en un improvisado cajón de arena, vigilados por una joven de ceñidos vaqueros cortos y camiseta, sentada en un balde de pescador volcado. Fumaba, y cuando vio a Matthew Cowart lo miró con estudiada dureza. Frente a otra casa había una barca encima de un caballete. En el exterior de una caravana, una pareja de ancianos sentada en unas tumbonas baratas a rayas verdes, al amparo de una sombrilla rosa, no se inmutó al verlo pasar. Cowart bajó la ventanilla y sintonizó en la radio un programa de entrevistas; voces incorpóreas discutían vivamente sobre cuestiones absurdas. Antenas de televisión dobladas y retorcidas plagaban los techos. Cowart sintió que se adentraba en un mundo de esperanzas perdidas y miserias encontradas.

A medio camino calle abajo, tras una alambrada oxidada, había una solitaria iglesia de madera blanca. En el patio delantero se leía en un enorme letrero escrito a mano: «Primera Iglesia Baptista de los Cayos. Entrad y hallaréis la Salvación.» La verja que daba a la calle estaba desencajada y los peldaños de madera que llevaban a las puertas, cerradas con candado, estaban rotos y astillados.

Cowart siguió conduciendo, buscando el número 13.

La casa estaba retirada casi treinta metros de la calzada, bajo un mangle nudoso que proyectaba una sombra abigarrada sobre la fachada. Sus viejas ventanas estaban abiertas para dejar entrar la brisa que corría entre la maraña de árboles y maleza. Las persianas estaban desconchadas y de la puerta colgaba un crucifijo. Era una casa pequeña, con un par de depósitos de propano apoyados contra una pared. El patio era de tierra y grava, y al caminar hacia la puerta Cowart removió el polvo. En la puerta de madera estaban grabadas las palabras «Jesucristo vive en nuestro interior.»

Un perro ladró a lo lejos. El mangle se movió ligeramente al recibir una pequeña ráfaga de viento perseguida por el calor. Llamó a la puerta. Una, dos y hasta tres veces. No hubo respuesta. Retrocedió y gritó:

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Esperó a que alguien respondiera. Nada. Volvió a llamar a la puerta. Nada.

Se retiró de la puerta, y escrutó alrededor. No vio ningún coche, ninguna señal de vida. Probó a gritar de nuevo.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Una vez más, nada.

No sabía qué hacer.

Caminó de vuelta a la calle y se volvió para echar otro vistazo a la casa. «¿Qué coño estoy haciendo aquí? —se preguntó—. ¿De qué va todo esto?»

Oyó detenerse un coche y vio que un cartero se apeaba de un jeep blanco. El hombre metió correspondencia primero en un buzón, y después en otro. Luego se dirigió calle abajo hacia el número 13.

—Hola, ¿cómo está? —le dijo Cowart.

Era un hombre maduro, llevaba pantalones cortos grises y la camisa azul pálido del servicio postal. Lucía una larga coleta bien recogida y un mostacho que le daba expresión compungida; unas gafas de sol ocultaban sus ojos.

—Tirando. —Se puso a hurgar en la saca de correo.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Cowart.

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy del *Miami Journal*. Me llamo Cowart.

—Leo su periódico —respondió el cartero—. Más que nada la sección de deportes.

—¿Puede ayudarme? Busco a las personas que viven en esta casa. Pero nadie da señales de vida.

—¿No le responden? Pues yo nunca los he visto ir a ninguna parte.

—¿A quiénes?

—El señor y la señora Calhoun. Los viejos Dot y Fred. Solían sentarse a leer la Biblia y esperar a que llegara el día del juicio final o a que llegara el catálogo de Sears. Los de Sears son gente seria.

—¿Llevan mucho tiempo aquí?

—Seis o siete años, tal vez más. Ése es el tiempo que llevo yo aquí.

Cowart estaba confuso, pero se le ocurrió otra pregunta:

—¿Reciben correo de Starke? ¿De la prisión estatal?

El cartero dejó caer la saca en el suelo, suspirando:

—Claro. Quizás una vez al mes.

—¿Sabe usted quién es Blair Sullivan?

—Por supuesto. Lo van a electrocutar. Lo leí el otro día en su periódico. ¿Tiene esto algo que ver con él?

—Tal vez. No lo sé —contestó Cowart, y echó otro vistazo a la casa mientras el cartero sacaba un fajo de sobres y abría el buzón.

—¡Oh, oh! —dijo.

—¿Qué?

—No han recogido el correo. —El hombre contempló la casa con gesto dubitativo—. Mala señal. Si los ancianos no recogen el correo, es que algo va mal. ¿Sabe?, cuando era más joven solía hacer el reparto en Miami Beach, y siempre sabía lo que me iba a encontrar cuando no recogían el correo.

—¿Cuántos días hará?

—Parece que un par de días. Esto no me gusta —dijo el cartero.

Cowart se encaminó de nuevo a la casa y espionó por una ventana. Todo lo que vio fueron muebles baratos colocados en una salita; de la pared colgaba un retrato de Jesús con un aura alrededor de la cabeza.

—¿Ve algo? —preguntó el cartero, que lo había seguido y miraba por otra ventana haciéndose visera con las manos.

—Aquí sólo hay una habitación vacía.

Ambos retrocedieron y Cowart gritó:

—¡Señor y señora Calhoun! ¡Hola!

Siguió sin haber respuesta. Se dirigió a la puerta principal y movió el pomo: no estaba echada la llave. Echó una mirada al cartero y éste asintió. Entró.

Enseguida notó el olor.

El cartero gimió y tocó el hombro de Cowart.

—Sé lo que es esto —dijo—. Lo olí por primera vez en Vietnam y jamás lo olvidaré. —Hizo una pausa y luego añadió—: Escuche.

A Cowart se le hizo un nudo en la garganta con el hedor y le entraron ganas de vomitar, como si estuviera rodeado de humo. A continuación oyó un zumbido en la parte de atrás de la casa.

El cartero retrocedió.

—Voy a llamar a la policía.

—Yo voy a echar un vistazo —dijo Cowart.

—No lo haga. No hay necesidad.

Cowart sacudió la cabeza y avanzó: el hedor y el zumbido parecían envolverlo, atraerlo hacia el interior. Consciente de que el cartero había salido, miró por encima del hombro para ver cómo el hombre se dirigía a la casa del vecino. Cowart se internó en la casa. Lo iba rastreando todo con los ojos, tomando nota de los detalles, recogiendo escenas que luego pudieran ser descritas, fijándose en los muebles raídos y los objetos religiosos, con la sensación de encontrarse en el fin del mundo. El calor iba aumentando de manera inexorable, sumándose al hedor que impregnaba su ropa, le anegaba las fosas nasales, se introducía por sus poros y lo ponía al borde de la náusea. Entró en la cocina.

Allí estaba la pareja de ancianos.

Estaban atados a sendas sillas, a cada lado de una mesa con tablero de linóleo. Ella estaba desnuda; él, vestido. Se hallaban sentados el uno frente al otro como si fueran a comer.

Los habían degollado.

Había sangre oscura encharcada alrededor de las sillas. Las moscas cubrían la cara de ambos, bajo marañas de pelo cano. Las cabezas les colgaban hacia atrás, de manera que los inertes ojos miraban fijamente al techo.

Alguien había dejado una Biblia abierta en el centro de la mesa.

Cowart se ahogaba, al borde del desmayo y luchando con su estómago revuelto.

El pegajoso bochorno de la estancia y el zumbido de las moscas parecían ir a más. Dio un paso más y se inclinó para leer en la página abierta. Una mancha de sangre marcaba el siguiente pasaje: «Hay quien muere con gloria y cuyas oraciones son escuchadas. Y hay quien muere sin gloria, como si nunca hubiera existido, como si jamás hubiera nacido; y sus hijos seguirán su camino.»

Cowart reculó, escrutando la cocina con los ojos desorbitados.

Habían forzado la puerta, sólo asegurada por una cadena, que daba al patio trasero. La cadenita colgaba inútilmente de la vieja madera astillada. Sus ojos se



posaron de nuevo sobre la pareja de ancianos. La mujer tenía los flácidos pechos salpicados de sangre reseca. Cowart retrocedió un paso y luego otro, para acabar dando media vuelta y precipitarse hacia la puerta de la calle. Respiró hondo, con las manos apoyadas en las rodillas, y vio que el cartero regresaba del otro lado de la calle. Sintió un mareo creciente y se sentó torpemente en la entrada.

A medida que se acercaba presuroso, el cartero gritó:

—¿Están ahí dentro?

Cowart asintió con la cabeza.

—¡Dios! —dijo el hombre—. ¿Es grave?

Cowart asintió por segunda vez.

—La policía está de camino.

—Alguien los ha asesinado —dijo Cowart en voz baja.

—¿Asesinado? ¡Pero qué dice!

Cowart volvió a asentir.

—¡Dios! —repitió el cartero—. ¿Por qué?

Cowart sólo meneó la cabeza. Pero en su fuero interno los pensamientos se le acumulaban. «Sé por qué —pensó—. Sé quiénes son y por qué murieron.» Eran las personas a las que Sullivan siempre había querido matar. Y al final lo había conseguido. Se había colado entre los barrotes, había dejado atrás las verjas y las vallas, los muros de la prisión y la alambrada, tal como había prometido.

Sólo que Matthew Cowart no sabía cómo.

## 10

### UN ACUERDO CAMINO AL INFIERNO

Cowart no pudo regresar a la prisión hasta la mañana del séptimo día. La investigación del asesinato lo había atrapado en el tiempo.

Él y el cartero habían esperado en silencio, sentados en los peldaños de la entrada, a que llegara el coche patrulla.

—Esto es increíble —había dicho el cartero—. ¡Maldita sea!, quería aprovechar la marea de la tarde para pescar algún pargo para cenar. —Sacudió la cabeza.

Al cabo de un rato, oyeron que un coche patrulla se acercaba por Tarpon Drive; cuando levantaron la mirada vieron que lo ocupaba un único agente. Aparcó enfrente y se apeó despacio.

—¿Quién de los dos ha llamado? —preguntó. Era un hombre joven, con músculos de culturista y gafas de espejo.

—Yo —respondió el cartero—. Pero él es quien entró y los encontró.

—¿Y quién es usted?

—Soy periodista del *Miami Journal* —contestó Cowart lánguidamente.

—Ajá. ¿Y qué tenemos aquí?

—Dos muertos. Asesinados.

—¿Y cómo lo sabe?

—Compruébelo usted mismo.

—No se muevan de aquí. —El agente pasó entre los dos.

—¿Adónde cree que vamos a ir? —repuso el cartero en voz baja—. ¡Joder! Pero si he pasado por esto muchas más veces que él. ¡Eh, agente! —gritó al policía—. Parece salido de una puta película. No toque nada.

—Lo sé —replicó el joven agente.

Cowart y el cartero observaron cómo entraba en la casa.

—Creo que se va a llevar la impresión más espantosa de su corta carrera —comentó Cowart.

El cartero sonrió.

—Seguramente piensa que su trabajo es sólo cazar coches que rebasen el límite de velocidad de camino a cayo Vizcaíno.

En ese momento oyeron los juramentos del policía.

—¡Putra mierda! ¡Joder! —La exclamación subió repentinamente de tono, como una gaviota sorprendida que surca el cielo.

Hubo una pausa y acto seguido el agente salió de la casa a trompicones. Cruzó el patio delantero, dejando atrás a Cowart y al cartero, y vomitó.

—Vaya —dijo en voz baja el cartero. Se ajustó la coleta y sonrió.

—El hedor es insoportable —dijo Cowart, viendo al policía boquear agitadamente.

Al cabo, el agente se enderezó pálido como la cera. Cowart le dio un pañuelo y el policía se enjugó la cara.

—Pero ¿quién demonios...?

—¿Quién? Son los padres adoptivos de Blair Sullivan —respondió Cowart—. ¿Por qué? Eso ya es otra cuestión.

—No puede haberlo hecho Sullivan —dijo el cartero—. ¿No se supone que lo van a electrocutar?

—Así es.

—Dios. Pero ¿cómo ha llegado usted hasta aquí?

«Buena pregunta», pensó Cowart, y respondió:

—He venido en busca de noticias.

—Pues me parece que las ha encontrado —dijo el cartero.

Cowart permaneció de pie en un rincón mientras los analistas recogían pruebas en la escena del crimen; observó cómo trabajaban, consciente de que el tiempo se le escurría entre los dedos. Había telefoneado a la sección de noticias locales para informar al redactor jefe sobre lo ocurrido; y éste, por muy acostumbrado que estuviera a los absurdos propios del sur de Florida, se llevó una sorpresa.

—¿Qué crees que hará el gobernador? —preguntó—. ¿Crees que mantendrá la ejecución?

—No lo sé. ¿Y tú?

—¡Maldita sea!, ¿quién puede saberlo? ¿Cuándo volverás para preguntarle a ese loco hijoputa qué está pasando aquí?

—Volveré en cuanto pueda salir de aquí.

Pero se vio obligado a esperar.

La recogida de pruebas en el escenario de un crimen es una labor que requiere paciencia. Las nimiedades cobran importancia; incluso el menor detalle puede resultar crucial. Y se convierte en una tarea apasionante para los profesionales que se sirven de la ciencia para desentrañar el crimen.

Cowart se inquietaba con sólo pensar que Sullivan lo esperaba en su celda.

No dejaba de mirar el reloj. Hasta bien entrada la tarde no se le acercaron dos detectives del condado de Monroe. El primero era un hombre maduro con un desaliñado traje marrón; su colega era una mujer mucho más joven, una rubia teñida que vestía chaqueta y pantalones holgados para su delgada figura. Cowart vio que bajo la chaqueta le asomaba una pistola enfundada. Ambos llevaban gafas de sol, pero la mujer se sacó las suyas al acercarse a Cowart, dejando al descubierto unos ojos grises que se clavaron en él antes de dar paso a las palabras.

—¿Señor Cowart? Me llamo Andrea Shaeffer. Soy detective de homicidios y éste es mi colega, Michael Weiss. Estamos al frente de la investigación. Nos gustaría tomarle declaración. —Sacó un bolígrafo y una pequeña libreta.

Cowart asintió con la cabeza. También él sacó su libreta y la mujer le dijo sonriendo:

—La suya es más grande que la mía.

—¿Qué puede decirme sobre la escena del crimen? —preguntó Cowart.

—¿Me lo pregunta como periodista?

—Por supuesto.

—Oiga, ¿y qué le parece si primero responde a mis preguntas? Señor Cowart —dijo la detective—, esto es un asesinato. No estamos acostumbrados a que un periodista nos pregunte sobre un crimen antes de que lo hayamos descubierto. Normalmente es al contrario. Así que, ¿por qué no nos explica ahora mismo cómo y por qué descubrió usted esos cadáveres?

—Llevan muertos un par de días —dijo Cowart.

La detective asintió con la cabeza.

—Eso parece. Pero usted vino aquí precisamente esta mañana. ¿Cómo se explica eso?

—Blair Sullivan me dijo que viniera. Ayer, en su celda del corredor de la muerte.

Shaeffer tomó nota, pero hizo un gesto con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Él sabía...?

—No sé lo que él sabía. Simplemente insistió en que viniera aquí.

—¿Y cómo se lo dijo?

—Me dijo que viniera a entrevistar a las personas que vivían en esta casa. Después supe de quiénes se trataba. Debía regresar a la prisión de inmediato. —Notó el sofoco del tiempo perdido.

—¿Sabe quién mató a esas personas? —preguntó Shaeffer.

—No. —«No con certeza absoluta», pensó.

—¿Y cree que Blair Sullivan sabe quién lo hizo?

—Es posible.

La detective suspiró.

—Señor Cowart, ¿se da cuenta de lo extraño que resulta todo esto? Nos ayudaría si fuera un poco más comunicativo.

Cowart sintió que los ojos de la mujer lo escrutaban, como si con la sola

fuerza de su mirada pudiera poner a prueba su memoria en las respuestas. Se incomodó.

—Tengo que volver a Starke —dijo—. Tal vez entonces pueda ayudarles. Shaeffer asintió.

—Creo que uno de nosotros debería ir con usted. O quizá los dos.

—Él no hablará con ustedes —dijo Cowart.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—No le gustan los policías. —Pero Cowart sabía que aquello era sólo una excusa.

El día había alcanzado su cénit y, para cuando Cowart llegó a la prisión, avanzaba hacia la tarde. Lo habían retenido en la casa de Tarpon Drive hasta el anochecer, momento en que los detectives habían terminado su trabajo. Había regresado a la redacción *del Journal* a toda prisa, para convertir lo que era un sinfín de detalles en noticia de periódico, una apresurada recopilación teñida de sensacionalismo, con la impresión de que el tiempo se le echaba encima. Los detectives no habían podido coger el último vuelo; se habían alojado en un motel y por la mañana volaron rumbo al Norte, donde alquilaron un coche con el que le pisaron los talones a Cowart.

Delante de la prisión las cosas habían cambiado mucho. Había más de una docena de furgonetas de televisión en el aparcamiento, con sus respectivos distintivos estampados en los laterales: «En directo», «Noticias en acción» y similares. La mayoría disponía de equipos portátiles para emitir en directo vía satélite. Había cámaras hablando, compartiendo anécdotas o trabajando en su equipo como soldados que se preparan para la batalla. También merodeaban por allí numerosos periodistas y fotógrafos. Tal como estaba previsto, la carretera estaba atestada de manifestantes de ambos bandos, que silbaban, tocaban el claxon y se lanzaban gritos de imprecación.

Cowart aparcó e intentó ir discretamente hacia el acceso a la prisión, pero lo descubrieron casi de inmediato y no tardó en verse rodeado de cámaras. Por su parte, los dos detectives se abrieron paso en la misma dirección y lograron rodear la multitud que se agrupaba en torno a Cowart.

El periodista alzó la mano.

—Ahora no. Por favor, ahora no.

—¡Eh, Matt! —lo llamó un periodista de televisión al que conocía de Miami—. ¿Vas a ver a Blair Sullivan? ¿Va a explicarte qué diablos pasa aquí?

Los focos de la cámara se mezclaron con la intensa luz del sol. Cowart intentó protegerse los ojos.

—Todavía no lo sé, Tom. Déjame averiguarlo.

—¿Hay algún sospechoso? —insistió el periodista.

—No lo sé.

—¿Sullivan se saldrá con la suya?

—De verdad que no lo sé.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. De momento, nada.

—¿Cuando hable con él nos lo contará? —gritó otra voz.

—Claro —mintió, y se inventó una excusa para salir del paso. Le costó abrirse camino entre la multitud para llegar hasta la puerta principal, donde el sargento Rogers lo esperaba.

—¡Eh, Matty! —lo llamó el periodista de televisión—. ¿Te has enterado de lo del gobernador?

—¿De qué, Tom? No sé nada.

—Acaba de ofrecer una rueda de prensa para decir que no suspenderá la sentencia, salvo que Sullivan presente una apelación.

Cowart asintió con la cabeza y llegó a la entrada de la prisión, al amparo del ancho brazo del sargento Rogers. Los dos detectives habían entrado antes y ya se hallaban lejos de los focos rastreadores de las cámaras.

Cuando Cowart entraba, Rogers le susurró una canción de Kenney Rogers al oído.

—«Tienes que saber cuándo aguantar, cuándo doblar y cuándo retirarte...»

—Gracias —le espetó Cowart con sarcasmo.

—Las cosas se están poniendo interesantes —dijo el sargento.

—Puede que para usted —replicó Cowart entre dientes—. Para mí se pone cada vez más difícil.

Rogers rió y se volvió hacia los dos detectives.

—Ustedes deben de ser Weiss y Shaeffer. —Se dieron la mano—. Pueden esperar en esa sala de ahí.

—¿Esperar? —repitió Weiss con acritud—. Hemos venido a ver a Sullivan. Ahora.

—Él no quiere verlos.

—Pero, sargento —repuso Andrea Shaeffer—, investigamos un caso de asesinato.

—Lo sé —respondió Rogers.

—Mire, ¡maldita sea!, queremos ver a Sullivan, ya —se impacientó Weiss.

—Aquí no trabajamos así, detective. Ese hombre tiene una orden del gobernador... —Echó un vistazo a un reloj de pared, meneando la cabeza—. Le quedan nueve horas y cuarenta y dos minutos de vida. Y, ¡joder!, si él no quiere ver a alguien, no lo voy a obligar. ¿Me explico?

—Pero...

—No hay peros que valgan.

—Pero con Cowart sí va a hablar, ¿no? —preguntó Shaeffer.

—Así es. Perdona, señorita, pero yo no pretendo entender lo que le pasa por la cabeza al señor Sullivan. Y si tiene alguna queja o cree que va a cambiar de parecer, vaya a hablar con el gobernador. A lo mejor le concede más tiempo. Nosotros tenemos que trabajar con lo que tenemos, que es el señor Cowart, su

libreta y su grabadora. Nada más.

La mujer asintió y se volvió hacia su colega.

—Llama al despacho del gobernador. A ver qué dicen de todo esto. —Se giró hacia Cowart—: Señor Cowart, ya sé que tiene que hacer su trabajo, pero ¿le preguntará si quiere hablar con nosotros?

—Puedo probar —respondió Cowart.

—Probablemente se haga usted una idea de lo que yo le preguntaría. Intente grabarlo. —Abrió un maletín y le dio unos casetes—. Me quedaré aquí plantada hasta que usted vuelva.

El periodista asintió.

La detective miró al sargento y preguntó, sonriendo:

—¿Siempre es usted así de raro?

Rogers le devolvió la sonrisa.

—No siempre, señora. —Volvió a mirar el reloj—. Podríamos hablar largo y tendido, pero el tiempo va pasando.

Cowart hizo señas hacia el vestíbulo y siguió al sargento hacia el interior de la prisión. Los dos hombres atravesaron un corredor a paso ligero. El sargento iba sacudiendo la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Es que no me gusta tanto desorden —contestó Rogers—. Las cosas deberían estar atadas y bien atadas antes de una ejecución. No me gustan los cabos sueltos, no señor.

—Le entiendo. ¿Adónde vamos?

El sargento lo conducía a un ala diferente de las que ya conocía.

—Sully está incomunicado en una celda contigua a la de la silla. Y muy cerca de una sala con teléfonos y todo lo demás, así que si hay prórroga lo sabremos al momento.

—¿Cómo está?

—Compruébelo usted mismo. —Señaló una celda apartada.

Había una silla delante de los barrotes. Cowart se acercó solo y vio que Sullivan estaba tumbado en una litera de acero, viendo la televisión. Le habían afeitado la cabeza, de suerte que parecía una máscara de la muerte. Lo rodeaban pequeñas cajas de cartón rebosantes de ropa, libros y documentos: las posesiones de su antigua celda. El preso se volvió repentinamente en la cama, hizo un gesto en dirección a la silla y dejó los pies colgando de la litera, estirándose como si estuviera cansado. En la mano sostenía una Biblia.

—Vaya, vaya, Cowart. Por lo que veo, ha hecho tiempo para unirse a mi fiesta.

Encendió un cigarrillo y tosió.

—Señor Sullivan, hay dos detectives del condado de Monroe que quieren verlo.

—Que los jodan.

—Quieren interrogarlo sobre las muertes de su madre y su padre

adoptivos.

—Conque es eso, ¿eh? Pues que los jodan.

—Quieren que yo le pida que acceda a hablar con ellos.

Sullivan soltó una carcajada.

—Vaya, vaya. Pues que los jodan de nuevo. —Se levantó bruscamente y miró alrededor; luego se acercó a los barrotes y se aferró a ellos, dejando la cara aprisionada—. ¡Eh! —gritó—. ¿Qué coño de hora es? Necesito saberlo, ¿qué hora es? ¡Eh! ¡Vosotros! ¡Eh!

—Hay tiempo —dijo Cowart despacio.

Sullivan retrocedió, desviando la mirada hacia Cowart.

—Claro. —Se estremeció, cerró los ojos y respiró hondo—. ¿Sabe una cosa, Cowart? Uno llega a notar cómo los músculos del pecho se van contrayendo más y más a cada minuto que pasa.

—Podría pedir un abogado.

—Al cuerno con los abogados. Uno tiene que jugar la mano que le ha tocado.

—¿Entonces no va a...?

—No, por supuesto que no. Puede que esté un poco asustado y nervioso, pero qué diablos, conozco la muerte. Sí señor, es algo que conozco muy bien.

Sullivan se paseó por la celda, para acabar sentándose en el borde de la litera, inclinado hacia delante. De pronto pareció relajarse: sonrió para sí y se frotó las manos con impaciencia.

—Hábleme de su entrevista —pidió—. Quiero saberlo todo. —Señaló el televisor—. Ni la puta televisión ni los putos periódicos traen datos fiables. Sólo un montón de basura. Quiero que me lo explique usted.

Cowart se quedó frío.

—¿Detalles?

—Eso es. No se deje nada en el tintero. ¿Por qué no usa todas esas malditas palabras que tanto domina y me pinta un verdadero retrato?

Cowart respiró hondo. «Estoy más loco que él», pensó, pero empezó:

—Estaban en la cocina. Los habían atado...

—Bien. Bien. Atados. ¿De pies y manos o cómo?

—No. Con los brazos a la espalda, así... —Le hizo una demostración.

Sullivan asintió con la cabeza.

—Bien. Siga.

—Degollados.

Sullivan asintió.

—Había sangre por todas partes. Su madre estaba desnuda. Tenían la cabeza hacia atrás, así...

—Siga. ¿La habían violado?

—No sabría decirle. Había muchas moscas.

—Eso me gusta. Zumbando alrededor... ¿Hacían mucho ruido?

—Así es. —Cowart oía sus propias palabras como ajenas. Pensó que alguna



parte de su ser cuya existencia desconocía se había apoderado de él.

—¿Cree que sufrieron mucho? —preguntó Sullivan.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Vamos, Cowart. ¿Le pareció que tuvieron tiempo de contemplar su propia muerte?

—Creo que sí. Estaban atados a las sillas. Seguramente se miraron el uno al otro hasta el momento final. Supongo que uno tuvo que ver cómo moría el otro, a no ser que hubiera más de un asesino.

—No, sólo había uno —dijo Sullivan en voz baja, y se frotó los brazos—. ¿Estaban sentados?

—Ya se lo he dicho. Estaban atados a las sillas.

—Como yo.

—¿Qué quiere decir?

—Atado a una silla. Y luego ejecutado. —Rompió a reír.

Cowart notó que el frío se convertía de repente en calor.

—Había una Biblia.

—Y hay quien muere sin gloria, como si nunca...

—Exacto.

—Perfecto. Tal como tenía que ser.

Sullivan se puso en pie y se rodeó el cuerpo con los brazos, abrazándose como para contener los sentimientos que retumbaban en su interior. Los músculos de los brazos se le marcaron y una vena le palpitó en la frente, la cara enrojecida... Hasta que exhaló una larga bocanada de aire.

—Lo veo —dijo—. Puedo verlo. —Levantó los brazos, estirándose. Y los bajó de repente—. ¡De acuerdo! —dijo—. Hecho.

Durante unos momentos resolló como un atleta después de una carrera; luego clavó la mirada en sus propias manos mientras las retorció hasta convertirlas en garras. Los dragones de los antebrazos cobraron vida. Rió para sus adentros y se volvió hacia Cowart.

—Pero ahora vayamos a otra cosa, al ingrediente que hace que todo esto valga la pena.

—¿A qué se refiere?

Sullivan meneó la cabeza.

—Saque su libreta y la grabadora. Es hora de conocer el legado, la última voluntad y testamento del viejo Sully.

Mientras Cowart lo ponía todo a punto, Sullivan volvió a tomar asiento en el borde de la litera. Fumaba lentamente, recreándose en cada larga calada.

—¿Preparado, Cowart? De acuerdo. ¿Por dónde empiezo? Bueno, empezaré por lo obvio. Cowart, ¿cuántas muertes se me han atribuido?

—Oficialmente, doce.

—Así es. Pero seamos exactos. Me han condenado y sentenciado a muerte por esos dos de Miami, aquella tía buena y su novio. Eso es lo oficial. Y luego yo confesé haber cometido otros diez asesinatos; por amabilidad, supongo. Como

los casos están en manos de esos detectives, ahora no entraré en detalles. Y luego esa niña de Pachoula, la que hace trece, ¿no?

—Exacto.

—Bueno, de momento vamos a dejarla a un lado. Volvamos al número doce como punto de partida, ¿le parece?

—De acuerdo. El doce.

Sullivan soltó una carcajada.

—Bueno, ésa no es la cifra exacta. Ni por asomo.

—¿A cuántas personas ha asesinado?

Sullivan sonrió.

—He estado aquí sentado, tratando de echar cuentas, Cowart. Sumando y sumando, intentando dar con la cifra exacta, ¿sabe? No quiero que surjan dudas al respecto.

—¿A cuántas?

—¿Y si le dijera que unas treinta y nueve, Cowart? —Se reclinó en su asiento, meciéndose ligeramente. Alzó las rodillas y se las abrazó, sin dejar de balancearse—. Claro que tal vez me deje una o dos. Cosas que pasan. Algunos asesinatos son casi idénticos, no tienen esa chispa que los hace perdurar en la memoria.

Cowart guardó silencio.

—Empecemos con una ancianita a las afueras de Nueva Orleans. Vivía sola en un complejo de apartamentos para la tercera edad, en un pueblecito llamado Jefferson. La vi una tarde, iba paseando sola, tranquilamente, disfrutando del día como si le perteneciera. Así que la seguí. Vivía en una calle llamada Lowell Place. Ella creo que se llamaba Eugenia Mae Phillips. Cowart, me esfuerzo por recordar estos detalles porque cuando uno va a matar, los necesita para seguir adelante. Esto fue hace unos cinco años, en septiembre. Al caer la noche, abrí con una palanqueta una puerta que había en la parte de atrás. Era un apartamento con terraza. No había ni un pestillo, ni una luz, nada de nada. Dígame, ¿por qué vivía allí? Era muy posible que alguien la asesinara, sí señor. No hay violador, ladrón o asesino que se precie que no vea uno de esos apartamentos y entre de un salto sólo por diversión, porque no ofrecen dificultad alguna. Al menos debía haber tenido un buen perro guardián. Pero en cambio tenía un periquito, un periquito amarillo en una jaula. También lo maté. Y eso es lo que sucedió. Claro que primero me divertí un poco con ella. Estaba tan asustada que apenas se resistió cuando le tapé la cabeza con aquella almohada. Cometí violación y robo en otros cinco apartamentos de la zona. Ella fue la única a la que maté. Luego me fui de allí. ¿Sabe?, si uno se mueve deprisa, no le pasa nada.

Sullivan hizo una pausa.

—Téngalo presente, Cowart. No deje de moverse. Nunca se quede quieto ni eche raíces. Si se mueve, la policía no lo atrapará. Maldita sea, me han detenido por vagabundeo, allanamiento de morada, por sospechoso de robo, todo tipo de

mierdas. Pero nunca por asesinato. Pasé un par de noches en la cárcel y en una ocasión me tuvieron un mes en un calabozo de Dothan, Alabama. Era un lugar asqueroso, lleno de ratas y cucarachas, y el hedor era insoportable. Pero nunca nadie me detuvo por lo que realmente era. ¿Cómo iban a hacerlo? Yo no era nadie... —Sonrió—. O eso pensaban.

Titubeó, mirando a través de los barrotes.

—Aunque las cosas han cambiado, ¿no? Ahora mismo, Blair Sullivan es un poco más importante, ¿verdad? —Levantó la mirada hacia el periodista—. ¿Verdad, joder?

—Sí.

—¡Entonces dígallo!

—Ahora es mucho más importante.

Sullivan pareció relajarse, porque habló más despacio.

—Eso es. Muy bien. —Cerró los ojos un momento, y cuando se abrieron rebosaban indiferencia—. Bueno, puede que ahora mismo sea el tipo más importante del estado de Florida, ¿no le parece, Cowart?

—Tal vez.

—Bueno, y todo el mundo quiere saber lo que sabe el viejo Sully, ¿cierto?

—Cierto.

—¿Entiende lo que eso significa, Cowart?

—Creo que sí.

—Estupendo. Me atrevería a decir que mucha gente estará intrigada... —alargó la palabra, dejándola rodar en la lengua como si se tratara de un caramelo duro— por lo que el viejo Sully tiene que decir.

Cowart asintió con la cabeza.

—Bien. Muy bien. Cuando pasé por Mobile, maté a un muchacho que trabajaba en un Seven-Eleven. Fue un atraco, nada del otro mundo. ¿Tiene idea de cuán difícil es que la poli te pille en pleno atraco? Nadie te ve entrar, nadie te ve salir. La mano demoníaca aterriza y ¡bingo! Alguien muere. También era un buen chico. Imploró un par de veces. Dijo: «Llévese el dinero. Lléveselo todo.» Dijo: «No me mate. Sólo trabajo aquí para ir a la universidad. Por favor, no me mate.» Claro que lo maté. Le disparé una vez en la nuca; agradable, rápido y sencillo. Me llevé unos doscientos pavos. También cogí un par de chokolatinas, unas latas de refresco y alguna bolsa de patatas fritas, y luego lo dejé tras el mostrador...

Hizo una pausa. Cowart vio que el sudor resbalaba por la frente de aquel hombre.

—Si tiene alguna pregunta, no dude en hacérmela.

Cowart espetó:

—¿Se acuerda de la hora, el día y el lugar?

—Vale, vale. Intentaré recordarlo. Necesita detalles.

Sullivan se relajó, pensativo, y a continuación soltó una breve carcajada.

—Caray, debería llevar una libreta, igual que usted. Tengo que fiarme de

mi memoria.

Sullivan volvió a recostarse, evocando detalles, lugares y nombres, sin prisa pero sin pausa, revolviendo en su pasado.

Cowart escuchó atentamente, haciendo preguntas de vez en cuando, intentando sacar algún provecho de las historias que Sullivan le contaba. La fuerte aprensión del principio se desvaneció después de haber oído unas cuantas. Se sucedían en una especie de terror regular, en el que todos los horrores que una vez habían sufrido personas de carne y hueso quedaban reducidos a los recuerdos de aquel psicópata. Cowart escarbaba en los detalles del asesino y la acumulación de palabras restaba pasión a cada caso. Eran palabras sin sustancia, sin apenas conexión con este mundo. De alguna manera, el hecho de que aquellos sucesos hubieran llenado los últimos momentos de las vidas de seres humanos perdía importancia cuando Blair Sullivan los relataba con aquella maldad creciente, carente de imaginación y totalmente monótona.

Las horas transcurrían inexorablemente.

El sargento Rogers trajo comida. Sullivan le hizo señas para que se fuera. La tradicional última comida, un filete a la plancha con puré de patatas y tarta de manzana, se espesaba en una bandeja. Cowart se limitaba a escuchar.

Pasaban unos minutos de las once de la noche cuando Sullivan terminó y esbozó una pálida sonrisa.

—Esos son los treinta y nueve —dijo—. Casi nada, ¿no? Puede que no bata ningún récord, pero por ahí andará la cosa, ¿eh?

Suspiró profundamente.

—¿Sabe? Me hubiera gustado batir el récord. ¿Cuál es el récord para un tipo como yo? ¿Lo sabe usted, Cowart? ¿Soy el número uno, o es otro el que se lleva la palma? —Rió con frialdad—. Claro que aunque no sea el número uno en cifras, estoy seguro de que soy el mejor en cuanto a, ¿cómo lo diría usted, Cowart? ¿Originalidad?

—Señor Sullivan, no queda mucho tiempo. Si quiere...

De repente Sullivan se puso en pie, con ojos de maníaco.

—¿Es que no me ha oído, amigo?

Cowart levantó la mano.

—Sólo quería...

—¡Lo que usted quería no importa! ¡Lo que yo quiero, sí!

—Está bien.

Sullivan miró entre los barrotes. Respiró hondo y bajó la voz.

—Es hora de contarle una última historia, Cowart. Antes de dejar este mundo, antes de despegar en el cohete del estado.

Cowart sintió una terrible sequedad en su interior, como si el calor que emanaba de las palabras de aquel hombre hubiera evaporado toda la humedad de su cuerpo.

—Ahora le contaré la verdad sobre la pequeña Joanie Shriver. Como lo llaman en el tribunal, una prueba testifical *in articulo mortis*. El último

testimonio antes de morir. Se supone que nadie debería irse al más allá con una mentira en los labios. —Soltó una estentórea carcajada—. Eso quiere decir que será la verdad... —Hizo una pausa, y añadió—: Si usted se la cree. —Miró fijamente al periodista—. La preciosa Joanie Shriver. La pequeña y dulce Joanie.

—La número cuarenta —señaló Cowart.

Sullivan hizo un gesto de negación.

—No. —Sonrió—. Yo no la maté.

A Cowart se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué quiere decir?

—Yo no la maté. Maté a todos los demás, pero a ella no. Es cierto que estaba en el condado de Escambia. Y desde luego, si la hubiera visto me habría gustado hacerlo. No me cabe ninguna duda; si hubiera estado aparcado a la salida del colegio, habría hecho exactamente lo que le hicieron. Habría bajado la ventanilla y le habría dicho: «Ven aquí, pequeña...» Se lo aseguro. Pero no lo hice, no señor. Yo no cometí ese crimen. —Hizo una pausa y concluyó—: Inocente.

—Pero la carta...

—Cualquiera puede escribir una carta.

—Y el cuchillo...

—Bueno, en eso tiene razón. Ése fue el cuchillo que mató a la pobre niña.

—Pero no entiendo...

La carcajada de Sullivan se convirtió en un acceso de tos áspera que retumbó en el pasillo.

—He estado esperando que llegara este momento —dijo casi lagrimeando de tanto reírse—. Deseaba ver esa cara.

—Yo...

—Es inolvidable, Cowart. Parece confundido y crispado. Como si fuera usted al que fueran a sentar en la silla y no a mí. ¿Qué está pasando aquí? —Se dio un golpecito en la frente.

Cowart clavó su mirada en aquel asesino burlón.

—Creía que lo sabía todo, ¿eh, Cowart? Se creía usted muy listo. Pues ahora, señor Premio Pulitzer, déjeme decirle una cosa: no es usted tan listo.

Siguió riéndose y tosiendo.

—Cuéntemelo —dijo Cowart.

Sullivan levantó la mirada.

—¿Hay tiempo?

—Sí, lo hay —dijo Cowart entre dientes.

El reo se puso en pie y empezó a pasearse por la celda.

—Tengo frío —dijo.

—¿Quién mató a Joanie Shriver?

Sullivan se detuvo y sonrió.

—Usted lo sabe —respondió.

Cowart sintió que el suelo se le abría bajo los pies. Se agarró a la silla, a la

libreta, al bolígrafo, intentando no perder la compostura. Observó que el cabezal de su grabadora giraba, registrando el súbito silencio.

—Dígamelo —susurró.

Sullivan rió de nuevo.

—¿De verdad quiere saberlo?

—¡Dígamelo!

—Está bien. Imagínese a dos hombres en dos celdas contiguas del corredor de la muerte. Uno de ellos quiere salir porque tuvo la mala suerte de caer en desgracia con un detective que hizo lo imposible por incriminarlo, porque fue condenado por un jurado racista que posiblemente lo consideraba el asesino negro más despiadado de la última década. Por supuesto, hicieron bien en condenarlo. Pero todas las razones en que se basaron eran falsas. Así pues, este hombre está lleno de ira e impaciencia. En cambio, el otro hombre sabe que nunca se librará de su cita con la silla eléctrica; puede posponerla un poco, pero sabe que le llegará la hora. Y lo que más le jode es que todavía queda odio en su interior. Todavía hay algo que le gustaría hacer antes de morir, aunque tenga que hacerlo a las puertas de la muerte. Algo muy importante para él. Algo tan malvado y descabellado que sólo hay una persona en este mundo a la que podría pedirle que lo hiciera.

—¿A quién?

—A alguien como él. —Sullivan se quedó mirando a Cowart, que se quedó petrificado en la silla—. Alguien exactamente igual que él.

Cowart guardaba silencio.

—Entonces descubren que tienen mucho en común. Como que habían estado en el mismo lugar al mismo tiempo, conduciendo el mismo tipo de coche. Y se les ocurre una idea, ¿sabe? Una idea muy buena. La clase de plan que no habría concebido ni el mismísimo ayudante del demonio. El hombre que jamás saldrá del corredor de la muerte se atribuirá el crimen del otro. Y a cambio, el otro hombre hará algo por su socio cuando salga en libertad. ¿Me sigue?

Cowart permanecía inmóvil.

—¿Lo ve, maldito cabrón? Nunca se lo habría tragado si las cosas hubiesen sido al revés. Por un lado, el pobre e inocente hombre negro, injustamente condenado; la gran víctima del racismo y el prejuicio. Por otro, el tipo blanco, malo y despiadado. Nunca habría funcionado si hubiera sido al contrario, no costaba tanto imaginárselo. Y lo más importante: todo lo que tuve que hacer fue hablarle a usted del cuchillo y escribir esa carta en el momento oportuno para que pudieran leerla en la vista. Pero lo mejor fue que sólo hizo falta negar la autoría del crimen, decir que yo no tenía nada que ver en el asunto. Lo cual era verdad. La mejor manera de hacer que una mentira funcione, Cowart, es añadirle un poco de verdad. Sabía que si yo confesaba, usted habría encontrado la manera de demostrar mi inocencia. Así que me limité a hacerle creer a usted y a todos sus colegas de la televisión y los periódicos que yo era el culpable;

sólo hice que pareciera que ésa era la verdad. Luego dejé que la naturaleza siguiera su curso. Todo lo que tuve que hacer fue abrir apenas la puerta... — volvió a soltar una carcajada— para que Bobby Earl se colara por la rendija en cuanto usted la abriera del todo.

—¿Por qué iba yo a creerlo?

—Porque hay dos cadáveres sentados en el condado de Monroe. Los números cuarenta y cuarenta y uno.

—¿Y por qué me lo cuenta?

—Bueno. —Sonrió una vez más—. Esto no forma parte del trato que hice con Bobby Earl. Él cree que el trato se acabó cuando el otro día fue a Tarpon Drive a hacer ese trabajito por mí. Yo le doy la vida, y él, a cambio, me da la muerte. Así de sencillo. Cerramos el trato con un apretón de manos y nos despedimos. Al menos eso cree él. Pero ya le dije que el viejo Sully llega a todas partes... —Soltó una estridente carcajada. La luz de la bombilla que colgaba del techo se reflejó sobre su cráneo afeitado—. Y ¿sabe una cosa, Cowart? Yo no soy el tipo más honrado del mundo.

Sullivan se puso en pie y estiró los brazos.

—A lo mejor de esta manera consigo que Ferguson me acompañe de camino al infierno. El número cuarenta y dos. Le saldría el tiro por la culata. Sería un buen compañero de viaje, por así decirlo. Viajaríamos juntos al infierno, a paso ligero. —De pronto dejó de reír—. ¿No es una buena broma para antes de morir? Él jamás pensó que se me pudiera ocurrir.

—¿Y si no me lo creo?

Sullivan soltó una risotada.

—Quiere pruebas, ¿eh? ¿Qué cree que el viejo Bobby Earl ha estado haciendo desde que usted lo puso en libertad?

—Ha estado en la universidad, estudiando. También da charlas en algunas parroquias...

—Cowart —lo interrumpió Sullivan—, ¿sabe lo estúpido que suena eso? ¿Le parece que Bobby Earl aprendió algo positivo de la pequeña experiencia que vivió en nuestro sistema de justicia penal? ¿Cree que ese muchacho es tonto?

—No lo sé...

—Eso es. Usted no lo sabe, pero será mejor que lo descubra. Porque le apuesto a que se han derramado muchas lágrimas a raíz de lo que Bobby Earl ha estado haciendo. Y si no, vaya a comprobarlo usted mismo.

Cowart se tambaleó ante aquel torrente de palabras. Trataba de lidiar con aquella inquina indescriptible.

—Necesito pruebas —repitió con escasa convicción.

Sullivan silbó y dejó que los ojos se le pusieran en blanco al mirar hacia el techo.

—¿Sabe, Cowart? Es usted como uno de esos chiflados monjes medievales que se pasaban el día buscando pruebas de la existencia de Dios. ¿No reconoce

la verdad cuando la oye, amigo?

Cowart negó con la cabeza.

Sullivan sonrió.

—Yo diría que no. —Guardó un momento de silencio, recreándose antes de continuar—. Soy más listo de lo que cree. Por eso, cuando Bobby Earl y yo lo planeábamos todo, descubrí algo más. Tenía que guardarme un as en la manga, para asegurarme de que Bobby Earl cumplía su parte del trato. Y también para guiarlo a usted por el camino de la verdad.

—¿Qué es?

—Bueno, hagamos de esto algo emocionante, Cowart. Présteme atención. No escondió sólo el cuchillo. También escondió otras cosas... —Reflexionó un momento antes de dedicar una sonrisa burlona al periodista—. Bueno, supongamos que esas cosas están en un lugar realmente asqueroso, sí señor. Y que usted sólo podrá verlas si es muy pero que muy listo, Cowart. —Soltó una carcajada grotesca.

—No lo entiendo.

—Recuerde mis palabras exactas cuando vuelva a Pachoula. El camino de la verdad puede ser de lo más sórdido. —La dureza que emanaba de aquella voz retumbaba en torno a Matthew Cowart, que permanecía inmóvil, estupefacto—. ¿Qué me dice, eh? ¿He conseguido matar también a Bobby Earl? —Se inclinó hacia delante—. ¿Y qué me dice de usted? ¿He acabado con su vida? —Se recostó bruscamente—. Eso es todo. Final de la historia. Final de la charla. Adiós, Cowart. Es hora de morir, pero nos veremos en el infierno.

Se levantó y volvió lentamente la espalda al periodista, cruzó los brazos y clavó la mirada en una pared; los hombros le temblaban de miedo y emoción. Por un momento, Cowart se sintió incapaz de mover las piernas, como un anciano achacoso, como si el peso de lo que acababa de oír le oprimiera los hombros. Su cabeza estaba a punto de estallar y tenía la garganta reseca; la mano le tembló ligeramente cuando la alargó para recoger la libreta y la grabadora. Al ponerse en pie, se tambaleó. Dio un paso, luego otro, y finalmente se alejó a trompicones de aquel psicópata implacable que miraba absorto la pared. Se detuvo al fondo del pasillo y procuró respirar hondo. Estaba nervioso, sentía náuseas, y luchaba por contenerse. Levantó la cabeza cuando oyó pasos. Vio a un adusto sargento Rogers y a una partida de guardias fornidos acercarse por el otro pasillo. También había un sacerdote con alzacuellos y la frente perlada de sudor, así como varios funcionarios de prisiones que consultaban inquietos sus relojes. Cowart levantó la mirada y vio un enorme reloj eléctrico en la pared. El segundero avanzaba inexorablemente. Quedaban diez minutos para la medianoche.



# 11

## PÁNICO

Cowart temió desvanecerse. Le pareció que se tambaleaba, que avanzaba a trompicones hacia un agujero negro.

—¿Señor Cowart?

El periodista respiró hondo.

—Señor Cowart, ¿se encuentra bien?...

Se derrumbó estrepitosamente y notó que el cuerpo se le hacía añicos.

—¡Eh, Cowart! ¡Venga, despierte!

Cowart abrió los ojos y vio el semblante pálido del sargento Rogers.

—Ahora tiene que ocupar su lugar, Cowart. Aquí no esperamos a nadie, y los testigos tienen que estar sentados antes de medianoche.

El sargento hizo una pausa, y se pasó una manaza por el corto pelo en un gesto de cansancio y tensión.

—Esto no es como el cine, que uno puede llegar tarde. ¿Puede moverse? Vamos, intente levantarse.

—Allí estaré —dijo Cowart con voz ronca.

—No es tan duro como cree —dijo el fornido guardia. Pero luego negó con la cabeza—. No, no es cierto. Es más duro de lo que parece. Y si no se le revuelve el estómago, es que no es humano. Pero usted es fuerte, ¿verdad?

Cowart tragó saliva.

—Estoy bien.

Rogers lo observó.

—Sully debe de haberle dicho algo muy duro. ¿De qué diablos le habló durante tanto rato? Tiene aspecto de haber visto un fantasma.

«Lo he visto», pensó Cowart, pero respondió:

—De la muerte.

El sargento gruñó:

—Él la conoce mejor que nadie. Y esta noche va a verla con sus propios

ojos, en directo. La muerte no espera a nadie.

El periodista sabía de qué estaba hablando y sacudió la cabeza.

—¡Bah! Claro que sí —dijo—. Se toma su tiempo.

Rogers lo miró de hito en hito.

—Bueno, no es usted el que va hacer el trayecto final. ¿Seguro que se encuentra bien? No quiero que nadie se desmaye o monte un numerito ahí dentro. Tenemos que comportarnos con decoro cuando electrocutamos a alguien. —El guardia intentó sonreír con aquella ironía.

Cowart dio un paso vacilante y dijo:

—Descuide, sabré comportarme.

Era tal la paradoja de esas palabras que tuvo ganas de reírse. «Te has comportado muy bien, Matthew —habló una voz en su interior—. Desde luego que sí. Estupendamente. Has logrado poner a un asesino en libertad. Todo un éxito, muchacho.» Entonces tuvo una horrible y repentina visión de Robert Earl Ferguson riéndose de él en la puerta de aquella casita en los cayos, antes de entrar a cumplir su parte del trato. La voz del asesino retumbaba en su cabeza. Luego recordó las fotografías que habían sacado a Joanie Shriver en el pantano donde yacía muerta. Recordó que resbalaban entre las manos sudorosas, como si estuvieran manchadas de sangre. «Estoy muerto», pensó. Pero obligó a sus pies a seguir adelante. Entró en la sala a las doce menos dos minutos.

Los primeros ojos que vio fueron los de Bruce Wilcox. El irritable detective estaba sentado en primera fila y llevaba una chaqueta a cuadros que parecía una morbosa y cómica irreverencia. Sonrió a regañadientes y le indicó con la cabeza el asiento vacío que tenía al lado. Cowart echó una ojeada a las dos docenas de testigos sentados en dos hileras de sillas plegables que miraban fijamente al frente como tratando de grabar cada detalle del acontecimiento en su memoria. Todos parecían figuras de cera. Nadie se movía.

Una mampara de cristal los separaba de la sala de ejecución, de modo que parecían estar presenciando la acción en un escenario o en algún extraño televisor tridimensional. Había cuatro hombres en la sala: dos funcionarios de prisiones con uniforme; un tercer hombre, el doctor, que llevaba un pequeño maletín médico, y otro hombre con traje, de quien alguien susurró que venía «del despacho del fiscal general del estado», que esperaba bajo un reloj eléctrico de pared.

Cowart vio cómo el segundero guadañaba el tiempo.

—Siéntese, Cowart —susurró el detective—. El espectáculo va a empezar.

Cowart vio a otros dos periodistas del *Tampa Tribune* y del *St. Petersburg Times*. Parecían serios y anotaban los detalles en sus libretas. Detrás de ellos había una mujer de un canal de televisión de Miami; sus ojos miraban al frente, hacia la todavía vacía silla eléctrica; en el puño llevaba enroscado un pañuelo blanco.

Cowart casi tropezó en el asiento que tenía reservado, y el rígido metal de la silla le escaldó la espalda.

—Una noche dura, ¿eh, Cowart? —susurró el detective.

El aludido no respondió.

—Aunque para otros es mucho más dura —gruñó Wilcox.

—No esté tan seguro de ello —contestó Cowart—. ¿Qué pinta usted aquí?

—Tanny tiene amigos. Quería comprobar si el viejo Sully mantenía su palabra. Seguimos sin creernos esa mierda que usted escribió, donde decía que él había matado a la pequeña Joanie. Tanny no sabía muy bien qué pasaría si Sullivan no se retractaba; pero pensó que si no lo hacía y yo venía a verlo con mis propios ojos, eso me enseñaría a respetar el sistema judicial. Tanny siempre intenta aleccionarme. Dice que saber lo que puede ocurrir al final hace de un hombre un mejor policía. —Los ojos del detective irradiaban humor negro.

—¿Ya lo ha aprendido? —preguntó Cowart.

Wilcox negó con la cabeza.

—Todavía no ha surtido efecto. La clase todavía no ha terminado. —Sonrió—. Está un poco pálido. ¿Le preocupa algo? —Antes de que Cowart pudiera responder, Wilcox le susurró—: ¿Cuáles son sus últimas palabras? Es medianoche.

Una puerta lateral se abrió y el alcaide entró en la sala. Lo seguía Blair Sullivan, flanqueado por dos guardias y arrastrado por un tercero. Tenía la cara rígida y pálida, y aspecto cadavérico; de hecho, todo su cuerpo nervudo parecía más pequeño y enfermizo. Llevaba una sencilla camisa blanca con el cuello abotonado y unos pantalones azul marino. El sacerdote con alzacuellos y Biblia en mano iba a la zaga del grupo con expresión compungida; se dirigió al lateral de la sala, deteniéndose sólo para encogerse de hombros hacia el alcaide, y abrió la Santa Biblia. Empezó a leer en voz muy queda. Cowart observó que Sullivan abría los ojos de par en par al ver la silla y desviaba la mirada hacia el teléfono de pared, y que durante una fracción de segundo las rodillas le flaqueaban.

No obstante, recobró la compostura casi al instante y aquella vacilación se desvaneció. Cowart pensaba que era la primera vez que veía a Sullivan reaccionar de una manera ligeramente humana. Después todo empezó a discurrir rápidamente, con el movimiento espasmódico de una película muda.

Sentaron a Sullivan en la silla y dos guardias empezaron a ajustarle las abrazaderas de piernas y brazos. Unas correas marrones de cuero le aprisionaban el pecho, frunciéndole la camisa. Un guardia le colocó un electrodo en la pierna; otro, apostado detrás de la silla con un capuchón en las manos, se preparaba para cubrir la cabeza de Sullivan.

El alcaide dio un paso al frente y empezó a leer una orden de ejecución con ribete negro firmada por el gobernador de Florida. Cada sílaba avivaba el miedo de Cowart, como si fuera dirigida a él. El alcaide leía apresuradamente, hasta que respiró hondo y procuró hablar más despacio. Su voz sonaba extrañamente metálica y remota. Había altavoces empotrados en las paredes y micrófonos ocultos en la sala de ejecución.

El alcaide acabó la lectura. Se quedó un instante mirando la hoja como si buscara algo más para leer. A continuación, levantó la mirada y la posó en Sullivan.

—¿Cuáles son sus últimas palabras? —preguntó en voz baja.

—Que ya puede irse al infierno. Deme la puta corriente —dijo Sullivan con una voz trémula poco propia de él.

El alcaide hizo una seña con la mano derecha, la que sostenía la orden de ejecución enrollada, al guardia apostado detrás de la silla, y éste colocó con poca delicadeza el capuchón y la máscara de cuero negro sobre la cabeza del condenado. Luego conectó un largo conductor eléctrico al capuchón. Sullivan empezó a retorcerse, en un repentino impulso contra las correas que lo sujetaban. Cowart vio cómo los dragones tatuados en los brazos cobraban vida cuando los músculos temblaron y se tensaron. Los tendones del cuello se le pusieron tirantes como los cabos de una embarcación azotada por el viento. Sullivan gritó algo, pero las palabras fueron sofocadas por un barboquejo de cuero y el protector que le habían introducido entre los dientes y la lengua. Las palabras se convirtieron en gruñidos y quejidos inarticulados, que aumentaban o disminuían de volumen según la intensidad del pánico. La sala de testigos permanecía en silencio, salvo por el lento inspirar y espirar de una respiración atormentada.

Cowart se fijó en que el alcaide asentía de manera casi imperceptible hacia un tabique que había en la parte posterior de la sala de ejecución. Atisbo una pequeña rendija y, por un instante, vio un par de ojos.

Los ojos del verdugo.

Echaron un vistazo al hombre sentado en la silla, y luego desaparecieron.

Se oyó un ruido sordo.

Alguien jadeó; otra persona tosió con fuerza; se oyeron unos cuantos insultos en voz baja. Las luces se atenuaron unos momentos, y luego el silencio volvió a apoderarse de la sala.

A Cowart le faltaba el aire, como si una ruano le oprimiese el pecho fuertemente. Observó inmóvil cómo el color de los puños de Sullivan había pasado de rosáceo a pálido y luego a gris.

El alcaide volvió a hacer un gesto de asentimiento hacia el tabique posterior.

Un remoto generador escupió un zumbido y sacudió el reducido espacio. Cowart empezó a percibir un ligero olor a carne chamuscada que le revolvió el estómago.

Transcurrieron unos segundos mientras el médico esperaba a que los 2.500 voltios se descargaran de aquel cuerpo sin vida. Luego se le acercó y sacó un estetoscopio de su maletín negro.

Y eso fue todo. Cowart vio cómo los funcionarios rodeaban el cuerpo de Sullivan, desplomado en la pulida silla de roble. Eran como actores de teatro preparándose para desmontar un escenario después de la última función de

algún fracasado espectáculo. Él y los otros testigos se quedaron con la mirada fija, tratando de captar la imagen del rostro de aquel hombre inerte cuando lo trasladaron de la silla eléctrica a una bolsa negra para cadáveres. Pero lo hicieron demasiado rápido para que nadie viera si los globos oculares le habían estallado o si la piel se le había llenado de manchas rojas y costras negras. Enseguida lo sacaron en una camilla por una puerta lateral. Cowart pensó que era algo horrible, pero en el fondo mera rutina. Tal vez ésa fuera la faceta más aterradora de todo aquello. Había presenciado el tratamiento industrial del mal: muerte enlatada y embotellada y repartida con la matinal parafernalia del lechero.

—Un malo menos —dijo Wilcox con serena satisfacción—. Todo ha terminado... —Eché un vistazo a Cowart—. Salvo los gritos.

Cowart recorrió los pasillos de la cárcel con el resto de los testigos hacia donde se habían aglomerado los demás miembros del contingente de prensa y los manifestantes. Las luces de las cámaras de televisión invadían el vestíbulo, concediéndole una especie de resplandor espiritual. El suelo pulido relucía y las paredes encaladas parecían vibrar con la luz; se dispuso un banco con micrófonos tras un estrado improvisado. Cowart intentaba deslizarse hasta un lateral de la sala, no lejos de la puerta, cuando el alcaide se aproximó a la concurrencia, levantando la mano para eludir preguntas; allí no había sombras tras las que ocultarse.

—Les leeré un breve comunicado —dijo con voz tensa—. Luego responderé a sus preguntas y los funcionarios que han sido testigos de la ejecución los mantendrán informados.

Como hora oficial de la muerte, se estableció las 00.08. El alcaide dijo con monotonía que un representante del fiscal general del estado había estado presente cuando preparaban a Sullivan para la ejecución y durante el procedimiento, para asegurarse de que la normativa se cumplía escrupulosamente, para que luego nadie pudiera alegar que a Sullivan se le habían negado sus derechos, que lo habían hostigado o golpeado; pues, de hecho, eso mismo había ocurrido más de una docena de años atrás, cuando el estado había reimplantado la pena de muerte con la ejecución de un patético criminal llamado John Spenkelink. También dijo que Sullivan había rechazado la preceptiva y última petición de clemencia, justo antes de entrar en la sala de ejecución. Citó así las últimas palabras del difunto:

—«Ya puede irse a la obscenidad. Deme la obscena corriente.»

Las cámaras zumbaban y soltaban chasquidos, como una bandada de pájaros mecánicos alzando el vuelo al unísono.

Después, el alcaide dio paso a los tres periodistas que habían asistido como testigos. Uno por uno, fueron leyendo de sus libretas, refiriendo con serenidad los detalles de la ejecución. Todos estaban pálidos, pero mantenían la voz firme. La mujer de Miami dijo que los dedos de Sullivan se habían puesto rígidos y que, con la primera descarga, sus manos se habían convertido en puños y la

espalda se le había arqueado en la silla. El periodista de Saint Petersburg había advertido la momentánea vacilación de Sullivan nada más ver la silla. Por su parte, el del *Tribune* de Tampa dijo que Sullivan había fulminado con la mirada a los testigos y que, cuando le ajustaron las correas, parecía más enfadado que nunca; asimismo, se había fijado en que uno de los guardias había tenido problemas para ajustar una de las correas que le sujetaban la pierna derecha. El periodista añadió que el cuero se había deshilachado con la intensidad de la descarga y que, después, estuvo a punto de romperse con la fuerza de los espasmos que la corriente provocaba en Sullivan. Finalmente, recordó a los presentes que se trataba de descargas de 2.500 voltios.

Cowart oyó una voz conocida a su espalda. Se giró y vio a los dos detectives del condado de Monroe.

Andrea Shaeffer le preguntó con dulzura:

—¿Qué le dijo, señor Cowart? ¿Quién mató a esas personas?

Sus ojos grises se clavaron en los de Cowart y éste sintió una descarga de distinta índole.

—Los mató él —respondió.

Shaeffer lo agarró del brazo. Pero antes de que la detective siguiera con el interrogatorio, un nuevo clamor recorrió la asamblea.

—¿Dónde está Cowart?

—¡Cowart, es su turno! ¿Qué ocurrió?

Cowart se dirigió a trompicones hacia el estrado, intentando recordar todo lo que había oído. Le temblaban las manos, tenía la cara congestionada y la frente empapada de sudor. Sacó un pañuelo blanco y se secó lentamente la frente, como si así pudiera borrar el pánico que lo embargaba.

Pensó: «No he hecho nada malo. Yo no soy culpable de nada.» Pero ni él mismo se lo creía. Necesitaba un momento para pensar, para saber qué decir, pero no había tiempo. Así que se aferró a la primera pregunta que oyó.

—¿Por qué Sullivan no apeló?

Cowart respiró hondo y respondió:

—No quería quedarse en prisión esperando a que el estado viniera a buscarlo; así que fue él a por el estado. No es tan extraño. Otros han hecho lo mismo en Texas y Carolina del Norte; como Gilmore, al que ejecutaron en Utah. Es una especie de suicidio, sólo que con consentimiento oficial.

Vio que los reporteros tomaban apresuradas notas, que sus palabras quedaban plasmadas en montones de blocs y libretas.

—¿Qué le dijo cuando volvió a hablar con él?

A Cowart lo paralizaba la desesperación, pero entonces recordó algo que Sullivan le había dicho: si quieres que alguien crea una mentira, añádele un poco de verdad. Y eso hizo. La fórmula del asesino: mezclar verdades y mentiras.

—Quería confesar —dijo—. Fue algo muy parecido a lo que ocurrió hace unos años con Ted Bundy, cuando justo antes de ir a la silla confesó a los

investigadores todos los crímenes que había cometido. Eso mismo hizo Sullivan.

—¿Porqué?

—¿Cuántos?

—¿Quiénes?

Cowart levantó las manos.

—Muchachos, necesito descansar. Todavía no se ha confirmado nada de esto. No sé muy bien si estaba diciendo la verdad o no. Pudo haberme mentido...

—¿Mentir antes de ir a la silla? ¡Venga ya! —gritó alguien desde el fondo.

Cowart se irritó.

—Yo no lo sé. Les diré algo que salió de su boca: dijo que si matar le parecía fácil, ¿cómo no iba a resultarle fácil mentir?

Todos los presentes garabateaban sus palabras.

—Miren —añadió Cowart—, si les digo que Blair Sullivan confesó haber asesinado a zutano, pero resulta que dicho crimen no se cometió, o que otra persona fue acusada de él, o que el cuerpo de zutano jamás se encontró, entonces provocaría un caos. Sólo les diré que confesó haber cometido múltiples homicidios...

—¿Cuántos?

—Hasta cuarenta.

El número conmocionó a la multitud. Se hicieron más preguntas a viva voz, y los focos parecieron aumentar de intensidad.

—¿Dónde?

—En Florida, Louisiana y Alabama. También cometió otros delitos, como violaciones y robos.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante meses. Puede que durante años.

—¿Y qué nos dice de los asesinatos del condado de Monroe? ¿Sus padres adoptivos? ¿Qué le dijo sobre ellos?

Cowart respiró lentamente.

—Contrató a alguien para que cometiera los crímenes. Al menos, eso me dijo. —Sus ojos se desviaron brevemente hacia Shaeffer y vio cómo ésta se inclinaba hacia su compañero para comentarle algo.

—¿A quién contrató?

—Eso no lo sé. No llegó a decírmelo. —Primera mentira.

—¡Vamos, hombre! Le habrá dado alguna pista o algún nombre.

—No entró en detalles. —La primera engendró la segunda.

—¿Quiere decir que se identificó como el cerebro de un doble homicidio y usted no le preguntó cómo lo hizo?

—Se lo pregunté, pero no me lo dijo.

—Bueno, ¿y cómo se puso Sullivan en contacto con su sicario? Le pinchaban las llamadas, su correspondencia pasaba por un censor y estaba

incomunicado en el corredor de la muerte. ¿Cómo lo hizo? —Esta pregunta llegó respaldada por algunos aplausos. Venía de uno de los periodistas que habían presenciado la ejecución.

—Insinuó que lo había hecho a través de una especie de informador interno. —Y pensó: «No es exactamente una mentira, sino una verdad a medias.»

—¡Está ocultando información! —gritó alguien.

Cowart negó con la cabeza.

—¡Queremos detalles! —vociferó otro.

Cowart levantó los brazos.

—Va a publicar todo esto en el *Journal* de mañana, ¿verdad, Cowart?

El resentimiento y la envidia de los reporteros era palpable. Cualquiera de los presentes habría vendido su alma al diablo por estar en su lugar. Todos sabían que algo había ocurrido, y se morían por saber exactamente el qué. La información es la divisa del periodismo y Cowart había invadido su terreno. Sabía que nadie se lo perdonaría jamás... si la verdad salía a la luz.

—No sé lo que voy a hacer —declaró—. No he tenido ocasión de revisarlo todo. Tengo que analizar varias horas de grabación y luego seleccionar qué vale la pena.

—¿Sullivan estaba loco?

—Era un psicópata. Se regía por otra lógica. —Al menos esto era totalmente cierto, pero a continuación vino la pregunta que más temía.

—¿Qué le dijo de Joanie Shriver? ¿Al final confesó la autoría del asesinato de la niña?

Cowart podía limitarse a decir que sí y acabar con todo aquello. Destruir las grabaciones, vivir con su recuerdo. Pero en cambio optó por un camino entre la realidad y la ficción.

—Ella era parte de la confesión —dijo.

—¿La mató él?

—Me explicó punto por punto cómo fue asesinada. Conocía todos los detalles que sólo el asesino podría conocer.

—¿Por qué no dice sí o no?

Cowart procuró no sentirse incómodo.

—Amigos, Sullivan era un caso especial. No se explicaba con un sí o un no. No utilizaba términos absolutos, ni siquiera durante la confesión.

—¿Qué dijo de Ferguson?

Cowart respiró hondo.

—Que sólo sentía odio hacia él.

—¿Tiene Ferguson algo que ver en todo esto?

—Creo que Sullivan también lo habría matado si hubiese tenido ocasión de hacerlo. —Exhaló lentamente y los asistentes volvieron a centrarse en Sullivan. Al incluir a Ferguson en la lista de víctimas potenciales, Cowart había conseguido darle una categoría distinta de la que se merecía.



—¿Nos proporcionará una transcripción de lo que le dijo?

Cowart negó con la cabeza.

—Yo no soy un periodista testimonial.

—¿Qué va a hacer usted ahora? ¿Va a escribir un libro?

—¿Por qué no comparte lo que sabe?

—¿Acaso cree que ganará otro Pulitzer?

Cowart negó con la cabeza. Dudaba que tuviera por mucho más tiempo el que ya había ganado. «¿Un premio? Estaré de suerte si mi premio es superar todo esto.» Levantó la mano.

—Ojalá pudiera decir que la ejecución de esta noche pone fin a la historia de Blair Sullivan, pero no es así. Hay que atar muchos cabos sueltos. Hay unos detectives esperando para hablar conmigo, y también yo tengo que llegar a tiempo a la hora de cierre. Lo siento, pero las cosas funcionan así. No más preguntas. Gracias.

Bajó del estrado, seguido por las cámaras, preguntas a viva voz y una creciente tensión. Notó manos que lo agarraban, pero se abrió paso entre la multitud, alcanzó las puertas de la prisión y salió de allí para internarse en la oscuridad de la noche. El grupo contrario a la pena de muerte estaba apostado al pie de la carretera, con velas, pancartas y cánticos. El tono de sus voces lo envolvió y lo arrastró, como un viento borrascoso, lejos de la cárcel.

—¡Jesús es nuestro amigo! —entonaban.

Una estudiante que llevaba una sudadera con capucha, como si se tratara de un extravagante sacerdote de la Inquisición, le gritó «¡Fuera! ¡Asesino!», palabras que cortaron como una cuchilla la agradable letanía del cántico.

Cowart se dirigió a su coche.

Buscaba a tientas las llaves cuando Andrea Shaeffer lo alcanzó.

—Tengo que hablar con usted —le dijo.

—No puedo. Ahora no.

Ella lo agarró por el brazo.

—¿Y por qué no? ¿Qué pasa, Cowart? Ayer no podía. Hoy no podía. Esta noche no puede. ¿Cuándo nos dirá la verdad?

—Oiga —exclamó Cowart—, esos ancianos están muertos, ¿no lo entiende? ¡Él los odiaba, los hizo asesinar y no hay nada que hacer! Usted no necesita una respuesta ahora mismo. Puede esperar hasta mañana por la mañana. ¡Nadie más va a morir esta noche!

La detective se quedó mirándolo fijamente, como si fuera a decirle algo, pero apretó los labios con la mandíbula bien encajada. A continuación le dio tres fuertes toques en el pecho con el dedo índice, antes de apartarse para dejarlo subir al coche.

—Por la mañana —dijo Shaeffer.

—De acuerdo.

—¿Dónde?

—En Miami. En mi despacho.

—Allí estaré. Y asegúrese de no faltar a la cita.

La detective se alejó del coche y de pronto exclamó:

—Vale, maldita sea, en Miami.

E hizo un breve gesto con la mano, como si le costara dejar que Cowart se marchase. Pero entornó los ojos, reflejando sospecha, y se contuvo.

Cowart se puso al volante, metió la llave en el contacto y cerró la puerta de un golpe. Encendió el motor, puso la marcha atrás y reculó. Entonces los faros del coche iluminaron la burlona chaqueta a cuadros rojos de Wilcox. El detective estaba de pie en la calzada, con los brazos cruzados, observando a Cowart y cerrándole el paso. Sacudió la cabeza con exagerada lentitud, imitó una pistola con la mano y le disparó. Luego se apartó.

El periodista apartó la mirada. Ya no le importaba adónde se dirigiera, mientras fuera lejos de allí. Pisó el acelerador, girando el volante hacia la verja de salida y desapareció en la penumbra a toda velocidad. La noche lo perseguía.

SEGUNDA PARTE  
**EL FELIGRÉS**

*Llegará el día en que bailaré sobre tu tumba,  
Si no puedo bailar, me arrastraré sobre ella,  
Si no puedo bailar, me arrastraré.*

GRATEFUL DEAD, *Hell in a Bucket*

## 12

### EL INSOMNIO DEL TENIENTE

A las doce menos diez de la noche en que Blair Sullivan iba a ser ejecutado, el teniente Tanny Brown miró nervioso su reloj, con el pulso acelerado al pensar en el condenado. Frente a él, sentada en un sofá raído, una mujer lloraba desconsoladamente.

—Ay, Jesús, por el amor de Dios, ¿por qué, Dios mío, por qué? —se lamentaba.

Su voz se iba elevando y retumbaba en la pequeña caravana repleta de objetos y baratijas, con paredes revestidas de madera de imitación, y salía al espeso calor de la oscura noche, impasible ante el ajetreo humano. Cada pocos segundos, las luces giratorias azules y rojas de los coches patrulla aparcados en semicírculo iluminaban la parte trasera, de la que colgaba la talla de un crucifijo junto al recorte enmarcado de una bendición sacada del periódico. Los destellos parecían marcar el regular goteo de los segundos.

—¿Por qué, Dios mío? —sollozó de nuevo la mujer.

«Esa es una pregunta que Él nunca parece dispuesto a responder —se dijo Brown cínicamente—. Especialmente en los asentamientos de caravanas.»

Se llevó la mano a la cabeza, con el deseo de imponer un poco de sosiego. De hecho, tras soltar un último quejido, los gritos de la mujer se fueron apagando.

Brown se volvió hacia ella. La mujer se había acurrucado en un rincón, había levantado los pies del suelo, como un niño, y se había sentado sobre ellos. En tanto que asesina, su aspecto era ridículo, su pelo castaño era áspero y despeinado y su figura frágil y esquelética. Tenía un ojo morado y un vendaje elástico envolvía una de sus huesudas muñecas. Llevaba una bata rosa deshilachada y remangada, lo cual permitía apreciar los moratones de los brazos. Brown iba tomando nota de todo ello mentalmente. Se fijó en las manchas de nicotina de los dedos en el momento en que ella se llevó las manos

a la cara para enjugarse las lágrimas que resbalaban sin cesar por sus mejillas. Cuando se miró las manos húmedas, la expresión de su rostro hizo pensar al policía que esperaba encontrarlas manchadas sangre.

Tanny Brown miró fijamente a la mujer, dejando que el silencio fuera calmándola del todo. «Es mayor —pensó, pero rectificó—: No; es más joven que yo.» Los años habían pasado por ella a fuerza de palos, haciéndola envejecer más rápido que el propio transcurso del tiempo.

El policía se acercó a uno de los agentes uniformados apostados en la parte trasera de la caravana, tras la división de la cocina.

—Fred —dijo en voz baja—, ¿tienes un cigarrillo para la señora Collins?

El policía se acercó y ofreció a la mujer su paquete de tabaco. Ella cogió un cigarrillo y murmuró:

—Estoy intentando dejarlo.

Brown se inclinó para darle fuego.

—Está bien, señora Collins, tranquilícese y cuénteme qué sucedió cuando Buck llegó del turno de noche.

Fuera se oyó un chasquido y un breve fognazo. «Mierda», pensó el teniente al ver pánico en los ojos de la mujer.

—Sólo es un fotógrafo de la policía, señora. ¿Le apetece un vaso de agua?

—Bebería algo más fuerte —contestó. Se llevó el cigarrillo a los labios con mano temblorosa y le dio una larga calada que acabó en un breve acceso de tos.

—Un vaso de agua, Fred. —Cuando el agente trajo el agua, Brown oyó voces en el exterior. Se levantó bruscamente—. Señora, espere aquí un momento. Vuelvo enseguida.

—¿Va a dejarme aquí? —De pronto parecía aterrorizada.

—No, sólo voy a comprobar una cuestión ahí fuera. Fred, quédate aquí.

Al ver la mirada asustada de aquella mujer, a punto de derrumbarse y romper a llorar de nuevo, deseó que Wilcox estuviera allí. Su compañero, sólo por instinto, sabría cómo tranquilizarla. Bruce tenía mucha mano con los marginados con que bregaban a diario, sobre todo si eran blancos. Era su gente. El mundo en que él se había criado no era tan diferente de aquél. Él sabía mucho de palizas y de crueldad, y conocía el amargo sabor de la esperanza en los barrios de caravanas. Era capaz de sentarse frente a una mujer como aquélla, cogerle la mano y conseguir en pocos segundos que lo contara todo. Brown suspiró, se sentía incómodo y fuera de lugar. No quería estar allí, en medio de todas aquellas Airstreams plateadas con forma de proyectil.

Bajó de la caravana y observó al fotógrafo de la policía, que estaba agachado, buscando otro ángulo para retratar la silueta oscura que yacía sobre la hierba y la tierra endurecida que rodeaba la caravana. Algunos agentes inspeccionaban la zona. Otros contenían a los mirones que intentaban asomarse, impulsados por la curiosidad de ver al último y odiado marido de aquella pobre mujer. Brown se acercó y contempló al hombre tendido en el suelo. Tenía los ojos abiertos, una expresión grotesca entre la sorpresa y la muerte, la mirada

inerte clavada en el cielo nocturno. Una gran mancha de sangre se extendía en la zona del pecho. La sangre había creado un halo en torno a la cabeza y los hombros. Sobre el suelo había dejado caer, tras recibir el disparo de escopeta, una botella de whisky barato y una pistola vieja. Dos de los hombres que examinaban la escena del crimen se rieron y él se volvió hacia ellos.

—¿Algún chiste?

—Un trámite de divorcio rápido —dijo uno de ellos, agachándose para introducir en una bolsa la botella de whisky—. Mejor que en Tijuana o Las Vegas.

—Supongo que ese Buck creyó que podría darle una paliza a su mujer, estuvieran casados o no. Y resulta que se equivocó —susurró otro de los agentes de la científica.

Se oyeron algunas carcajadas.

—Oye —dijo Brown con gravedad—. Si tenéis opiniones al respecto, guardáoslas. Al menos hasta que hayamos despejado la zona.

—Claro —dijo el fotógrafo mientras sacaba otra instantánea del cuerpo—. No estaría bien herir los sentimientos del tipo.

El propio Brown contuvo la risa y el otro policía se percató. Hizo un gesto de fingida indignación a los hombres que analizaban el cadáver, lo cual les hizo seguir sonriendo unos momentos más.

Brown había visto montones de cadáveres: víctimas de accidentes de tráfico, de asesinato, de guerra, de infartos y de accidentes de caza.

Recordaba a su anciana abuela en el ataúd abierto, su oscura piel frágil y tersa como la corteza crujiente del pan tostado, sus manos entrelazadas sobre el pecho como en actitud de oración. La inmensa oquedad de la iglesia parecía invadida por el llanto. Se acordaba de la presión que sentía en la garganta a causa del cuello blanco y almidonado de su nueva y única camisa de vestir. Tenía tan sólo seis años y lo que más recordaba era la mano de su padre apretándole el hombro para tranquilizarlo y dirigirlo hacia el ataúd. Le había dicho al oído: «Dile adiós a la abuela, venga, date prisa, se irá de viaje a un lugar mejor; pero se irá enseguida, así que date prisa, antes de que ya no pueda oírte.»

Brown sonrió. Durante años había pensado que los muertos nos oían, como si sólo estuvieran dormidos. Le admiraba lo poderosas que podían llegar a ser las palabras de un padre. Se recordaba a sí mismo en ultramar introduciendo en bolsas de plástico negras los cuerpos de hombres con los que había mantenido una relación tan breve como intensa. Al principio siempre procuraba decirles algo, unas palabras de consuelo, como para tranquilizarlos en su viaje hacia la muerte. Pero a medida que fue aumentando la cifra, y la frustración y el agotamiento se apoderaron de él, se limitó a pensar unas cuantas frases hasta que, cuando sólo le quedaban semanas y días de estancia allí, dejó de hacerlo y desempeñó su labor sumido en un amargo silencio.

Miró la hora. Las doce. Estarían entrando en la habitación de la silla. Se

imaginó los nervios y el sudor de los guardias, las caras lívidas de los testigos, una ligera vacilación, luego los movimientos precipitados de los guardias al atar las muñecas y los tobillos de Sullivan.

Esperó un minuto.

«La primera descarga es ahora», pensó.

Otra pausa.

«Y ahora la segunda.»

Se imaginó al médico acercándose al cuerpo. Se inclinaría sobre él para auscultarle el corazón. Luego levantaría la cabeza y diría «Está muerto» y miraría su reloj. El alcaide daría unos pasos al frente y, de cara a los funcionarios, pronunciaría también en tono ritual: «La sentencia y condena del tribunal del undécimo distrito judicial del estado de Florida ha sido ejecutada conforme a la ley. Que en paz descanse.»

Brown sacudió la cabeza. «No descansará en paz —pensó—. Y yo tampoco.»

Volvió a entrar en la caravana. La mujer al fin se había serenado.

—Está bien, señora Collins, ¿quiere contarme qué ha ocurrido? ¿Quiere esperar a su abogado? ¿O prefiere hablar ahora y aclarar todo esto?

La voz de la mujer era una especie de sollozo.

—Él me llamó, ¿sabe?, desde ese maldito club deportivo, donde iba siempre al salir de su trabajo en la fábrica. Me dijo que no iba a permitir que yo le hiciera esto. Dijo que se iba a encargar de mí sin juicio ni abogados de divorcio. Eso dijo, señor.

—¿Le dijo que llevaba un arma?

—Sí, señor Brown, me lo dijo. Me dijo que tenía la pistola de su hermano y que esta vez iba a usarla contra mí.

—¿Esta vez?

—Ya había venido el domingo, como una cuba, aunque se tenía en pie, pero estaba muy borracho y disparó a las luces de fuera. Se reía y me insultaba. Luego empezó a pegarme, sí señor, a pegarme. Mi niño, el mayor, que sólo tiene once años, intentó defenderme y acabó con un brazo roto. Yo creí que nos iba a matar a todos. Estaba muy asustada; por eso mandé a los niños con sus primos. Los metí a los tres en el autobús esta mañana.

La mujer cogió un álbum de fotos de una mesita. Lo abrió y se lo mostró a Tanny Brown, que vio las tres caras impolutas en las fotos del colegio.

—Son buenos niños —dijo ella—. Me alegro de que no hayan visto todo esto.

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué no llamó a la policía el domingo?

—No hubiera servido de nada. Si hasta tenía una orden de alejamiento del juez, pero ya ve. Nada servía de nada cuando estaba borracho. Lo único, esa escopeta. —Comenzó a temblarle el labio superior y las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos—. ¡Ay Dios mío!, ¡ay Dios! —sollozó.

—¿La escopeta? ¿De dónde sacó la escopeta?

—Fui a Pensacola, al Sears de allí, después de que me curaran en la clínica. Todavía tengo la tarjeta de Sears de Buck y la pagué con eso. Estaba muy asustada, señor Brown. Y cuando lo oí aparcar su vieja furgoneta ahí fuera sabía que venía a matarme, lo sabía. —Rompió a llorar de nuevo.

—¿Vio que llevaba la pistola en la mano antes de dispararle?

—No lo sé. Estaba oscuro y yo estaba tan asustada...

Brown hablaba en voz baja pero muy clara. Todavía tenía en la mano el álbum con las fotos de los niños.

—Intente recordar, señora Collins. ¿Qué fue lo que vio? —El teniente miró al oficial uniformado, que asintió con un gesto de comprensión—. Bien, usted no habría disparado si no hubiera visto que él la estaba apuntando con un arma, ¿verdad?

La mujer lo miró fijamente, con perplejidad.

—Usted no habría disparado —continuó él—, a menos que temiera por su propia vida, ¿correcto?

—Correcto —repitió ella lentamente.

—No a menos que usted supiera que el uso de un arma letal era el único recurso que le quedaba, ¿correcto?

En el rostro de la mujer se atisbo un asomo de comprensión, a pesar de que Brown sabía que no había entendido ni la mitad de las palabras que había empleado en sus preguntas.

—Bueno —dijo ella con un hilo de voz—. Vi que levantaba una cosa hacia mí...

—Y usted sabía que tenía una pistola porque la había amenazado y había disparado contra usted antes...

—Eso es, señor Brown. Yo tenía miedo.

—¿Y no pudo correr a esconderse en algún lugar?

La mujer hizo un aspaviento.

—¿Dónde quiere que me esconda aquí dentro? No hay donde meterse.

Brown asintió con la cabeza y volvió a mirar las fotos de los niños.

—¿Tres niños? ¿Todos con él?

—No, señor. Buck no era su padre y nunca le gustaron mucho. Supongo que le recordaban a mi anterior marido. Pero ellos son buenos chicos, señor Brown. Muy buenos chicos.

—¿Dónde está su padre?

—Dijo que se iba a Louisiana para conseguir trabajo en una plataforma petrolífera. Pero eso fue hace casi siete años. O sea que se fue. No éramos marido y mujer, ni mucho menos.

Tanny Brown iba a formular otra pregunta cuando comenzó el alboroto fuera. Se oyó un griterío y una discusión entre policías. La mujer dio un grito sofocado, encogiéndose en el sillón.

—Es su hermano. Me matará. ¡Dios mío!, seguro que me mata.



—No, no lo hará —masculló Brown.

Devolvió a la mujer las fotos y ella estrechó el álbum contra su pecho. A continuación el teniente le indicó al agente uniformado que vigilara la puerta y él se asomó fuera.

Desde la puerta vio que dos agentes intentaban retener a un hombretón enfurecido que se revolvía como un oso. Los de la policía científica se habían apartado. El hombre bramaba, iba dando tirones y sacudidas, empujando a los policías.

—¡Buck, Buck! —gritó al cadáver—. ¡Dios mío, Buck, no me lo puedo creer! ¡Dios mío, suéltense! ¡Suéltense, cabrones! ¡Voy a matar a esa puta! ¡La voy a matar!

Se abrió paso arrastrando consigo a los policías. Otros dos agentes cerraron el paso, pero uno cayó derribado por un puñetazo. Los curiosos y mirones comenzaron a silbar y gritar, contribuyendo así a aumentar la cólera del hombre.

—¡Voy a matar a esa zorra, joder! —gritaba fuera de sí.

Las luces de los coches patrulla iluminaban su rostro desencajado. Soltó una patada a uno de los policías que intentaban retenerlo y le dio en la espinilla. El agente lanzó un grito de dolor y cayó agarrándose la pierna.

Tanny Brown bajó de la caravana y se dirigió hacia el hermano del muerto. Se colocó justo delante.

—¡Cállese! —le espetó.

El hombre enloquecido lo miró fijamente, vacilando por un instante. Luego comenzó a dar bandazos de nuevo.

—¡Mataré a esa puta! —gritó.

—¿Es éste su hermano? —preguntó Brown a voz en grito.

El hombre se retorció intentando liberarse de los policías.

—Ella mató a Buck y ahora voy a por ella. ¡Putas! ¡Date por muerta, pedazo de zorra! —exclamó.

—¿Es éste su hermano? —repitió Brown.

—¡Te mato, zorra vieja! ¡Te mato!... ¿Quién eres tú, negro?

El epíteto racial le dolió, pero no se inmutó. Se planteó la posibilidad de meterle el puño en la boca, pero se lo pensó mejor. Aquel hombre tenía que ser muy estúpido para insultarlo, aunque probablemente no tanto como para no presentar una denuncia. Tuvo una breve visión de una enorme pila de documentos.

Uno de los policías que intentaban retener al hombre sacó la porra. Brown lo detuvo con un gesto y se acercó a unos centímetros de la cara del desquiciado.

—Soy el teniente de policía Theodore Brown, hijo de puta, y dentro de un segundo se me van a hinchar los cojones y entonces desearás no tenerme delante, so cabrón.

El hombre titubeó.

— Ella lo ha matado, la muy puta...

— Eso ya lo has dicho.

— ¿Y qué piensan hacer?

Tanny Brown no respondió a la pregunta.

— ¿Es tuya la pistola? —le preguntó.

— Sí, es mía. Se la di hace un rato.

— ¿Tu pistola? ¿Tu hermano?

— Sí. ¿Piensan arrestar a esa puta o voy a tener que matarla?

Había cesado el forcejeo, pero la voz del hombre había adquirido un tono furibundo, desafiante.

— ¿Tú sabías que iba a venir?

— Se lo dijo a todo el mundo en el bar.

— ¿Para qué era la pistola?

— Quería asustarla un poco, igual que la otra noche.

Brown se volvió y miró al agente de uniforme apostado en la puerta de la caravana, y a la mujer encogida detrás de él. Miró de nuevo al hombre enfurecido, que permanecía tenso, a la espera, con los brazos sujetos por dos policías.

El teniente se acercó al cadáver y lo miró. Con un tono muy bajo, susurró:

— ¿Sabes una cosa? No vale la pena todo esto por ti.

— ¿Piensan hacer algo o qué? —preguntó el hombre.

Brown sonrió.

— Desde luego —respondió.

Se giró hacia un agente de la policía científica.

— Tom, ve por la escopeta de la señora Collins.

El hombre fue hasta uno de los coches y volvió con la escopeta. Brown la cogió y tiró del percutor, cargando un cartucho nuevo.

Miró al hermano del muerto y sonrió de nuevo.

— Devuélvele la escopeta a la señora Collins —dijo, y se quedó mirando fijamente el cadáver—. Oficial Davis, ponle a la señora Collins una de esas multas por tirar desechos sin autorización. Tendrá que pagar cincuenta pavos. Y llama a Sanidad y diles que vengán a recoger esta basura.

Señaló al cadáver.

— ¡Eh! —saltó el hermano.

— Ponle una multa por disparar a este trozo de mierda y tirarlo aquí fuera.

— ¡Eh, qué coño...! —se enardeció el hermano.

— Dile a la señora Collins que si vuelve a tirar otro cuerpo en su patio le costará cincuenta pavos cada vez. —Señaló con el dedo al hermano del muerto—. Como éste de aquí. Dile que tiene permiso para volar la cabeza a este hijoputa. Pero que va a costarle otros cincuenta.

— No pueden hacer eso —dijo el hombre, ahora inquietándose de verdad.

— ¿De veras crees que no? —repuso Brown. Volvió a acercarse y le gritó a la cara—: ¿De veras crees que no?

—¡Eh, Tanny! —dijo uno de los agentes de uniforme—. Puedo prestarle cincuenta a la señora Collins...

Hubo un estallido de carcajadas entre los policías.

—Qué demonios —dijo otra voz—, podemos hacer una colecta. Reunir lo necesario para que pueda volarle los sesos a todos los hijos de puta.

—Apúntame diez —dijo otro policía, frotándose la espinilla.

—¿Os habéis vuelto locos? —dijo el hombre.

Tanny Brown sonrió.

—Un momento, no pueden hacer eso —se desesperó el hombre.

—Mira lo que puedo hacer —musitó el teniente—. Arrestad a este capullo.

—¡Pero qué..! —gritó el hombre mientras un policía lo esposaba.

—Allanamiento de morada. Obstrucción. Agresión a un oficial de policía. Acoso. Y, veamos, ¿qué me dices de conspiración para cometer un asesinato? Ya sabes, por haberle dado una pistola al borracho de tu hermano.

—¡No pueden hacerlo! —repitió el hombre, cada vez más nervioso y asustado.

—Tienes un buen montón de delitos en tu haber, capullo. Y supongo que ni siquiera tienes licencia de armas. Y sumémosle conducción bajo los efectos del alcohol.

—¡Eh!, yo no estoy borracho.

Brown lo miró fijamente.

—Mírame bien —siseó—. Si vuelves a ver esta cara otra vez, tendrás serios problemas. ¿Entendido?

—No pueden hacer esto.

—Lléváoslo —les dijo Brown a los agentes uniformados—. Y dadle una idea acerca de la hospitalidad de este condado.

—Será un placer —murmuró el policía que había recibido la patada, y se llevó al hombre a empellones.

—Con cuidado —dijo Brown. El policía miró dubitativo al teniente—. Vale —cedió éste sonriendo—, aunque tampoco te pases. —Luego dio una última orden—: Y aseguraos de que lo encierren en una celda con los negros más grandes y más capullos de la trena, con los que tengan más mala hostia. A lo mejor ellos le enseñan que no está bien ir insultando por ahí a la gente.

Dos policías soltaron una breve carcajada.

Tanny Brown le dio la espalda al hombre, que protestaba mientras lo arrastraban hacia el coche patrulla, y volvió a la caravana. La mujer estaba dentro, encogida de miedo.

—Señora Collins, tenemos que ir a comisaría —le dijo suavemente—. Allí le vamos a leer sus derechos. Luego quiero que llame al abogado y le pida que venga a ayudarla. ¿Lo entiende?

Ella asintió con la cabeza.

—Tengo que llamar a mis hijos.

—Allí habrá tiempo para eso.

El teniente se volvió hacia el policía uniformado.

—Dile a una de las agentes de ahí fuera que la lleven deprisa. Encárgate de que coma algo por el camino.

—¿Qué cargo se le imputa? —preguntó el agente.

Brown se volvió y miró el cadáver que continuaba tendido en el patio.

—Supongo que disparar un arma dentro de los límites municipales. Eso servirá hasta que yo hable con el fiscal del estado.

Salió de nuevo y echó un último vistazo al cadáver. «Estúpido —pensó—. Realmente estúpido. —Consultó su reloj y pensó—: Muchas muertes esta noche.» La cara del muerto se le fue desdibujando en la mente hasta ser sustituida por el recuerdo de la primera visión del cuerpo de Joanie Shriver, tendida en el centro de varios hombres del equipo de rescate avergonzados e indignados. Se encontraban en la orilla del pantano, con trozos de fango verde pegados a las empapadas botas y al equipo de vadeo. Recordó la sensación de querer tocarla, cubrirla, y su esfuerzo por contenerse y armarse de valor para afrontar aquel caso abominable. Volvió a digerir como pudo aquella imagen. «Todo ha sido culpa mía —había pensado entonces—. Pero yo lo arreglaré. No se me escapará.»

Tanny Brown, luchando con esas visiones de muerte, se dirigió lentamente hacia su coche, convencido de que nada había terminado aquella noche. Ni siquiera la vida que había reclamado el estado.

Estaba a punto de amanecer cuando Bruce Wilcox llamó. Las primeras luces iban ganando terreno a la oscuridad de los árboles y el cielo, y devolvían al mundo sus formas y contornos.

Brown había pasado el resto de la noche tomando declaración a la señora Collins; dos horas de una historia oculta y amarga sobre abusos sexuales y malos tratos, lo cual respondía, más o menos, a lo que él ya se imaginaba. «Las historias son siempre las mismas —había pensado—. Lo único que cambian son las víctimas.» Luego había discutido con un irascible ayudante del fiscal del estado, malhumorado porque lo habían despertado a media noche, y negociado con un abogado que de pronto se había visto desbordado por aquel asunto. Defensa propia, le había insistido al fiscal, que quería acusarla de asesinato en segundo grado. Al final habían convenido imputarle el cargo de homicidio sin premeditación, pues estaban de acuerdo en que si aquella noche se había cometido algún crimen, no era nada en comparación con los que le habían sido infligidos a la mujer.

El agotamiento se había apoderado de él, igual que sus dedos se apoderaban de un bolígrafo para firmar los últimos informes cuando sonó el teléfono en su despacho.

—¿Sí?

—¿Tanny? Soy Bruce. Borra de la lista a un asesino en serie. Al final lo hizo.

—Venga. ¿Qué pasó?

—Resumiendo, mandó a todo el mundo a tomar por culo y se sentó en la silla.

—Joder. —Brown sintió que su cansancio desaparecía.

—Sí. El viejo Sully fue un hijoputa retorcido hasta el último momento. Pero eso no es lo más interesante.

El teniente percibía la excitación de su colega, el entusiasmo infantil que afloraba en él a pesar de la hora y de lo espeluznante de todo lo sucedido.

—Y bien —dijo—. ¿Qué es eso tan interesante?

—Nuestro chico, Cowart. ¿Sabes?, se pasó todo el día encerrado allí con ese capullo, él solo, escuchando cómo ese cabrón confesaba casi cuarenta crímenes cometidos por toda Florida, Louisiana y Alabama. Un goteo constante. Pero bueno, el caso es que Cowart salió de esa amigable charla blanco como el papel. Luego estuvo a punto de flaquear cuando los buitres de sus colegas le apretaron las tuercas. Lo avasallaron a preguntas de una manera brutal. Me recordó a los combates de lucha libre, ¿sabes?, cuando ves que tu rival te va a machacar y te defiendes como puedes, hasta que sólo te queda esperar a que suene la campana. Pero entretanto te pegan una y otra vez.

—Eso es interesante.

—Sí. Y cuando se cansó de que sus colegas de la prensa lo machacaran, salió de allí como alma que lleva el diablo.

—¿Y adonde se fue?

—Ha vuelto a Miami. Al menos eso dijo, aunque no estoy tan seguro. Se supone que hoy debía reunirse con esos detectives del condado de Monroe. Ellos tampoco estaban demasiado contentos con el amigo Cowart. Sabe algo sobre los asesinatos de allí que no quiere contar.

—¿En serio?

—No lo sé con certeza, sólo es una corazonada. Pero ese tipo ha salido de allí con el estómago revuelto. Y no creo que haya contado ni la mitad.

Brown se recostó en su silla. Le resultaba fácil imaginarse al periodista apabullado por la presión de la información. «A veces preferiríamos no saber ciertas cosas», pensó. Su mente maquinaba a toda velocidad como si estuviera haciendo cálculos.

—Bruce, ¿sabes lo que creo?

—Apuesto a que lo mismo que yo.

—Sullivan le contó algo que Cowart no quería oír. Algo que no concuerda con la versión que él se había montado.

—A veces la vida no es tan sencilla como parece, ¿verdad, jefe?

—Desde luego.

—El caso es que ese capullo no habría salido con esa cara de zombi sólo porque alguien le hubiera confesado un puñado de asesinatos, por muchos que sean —dijo Wilcox—. Vamos, todo el mundo daba por hecho que Sully tenía más crímenes a las espaldas de los que había confesado, eso no es ninguna

sorpresa...

—... pero sólo hay un asesinato que signifique algo para él —acabó Brown el razonamiento.

—Exacto.

«Y sólo hay un asesinato que signifique algo para mí», pensó Tanny Brown.

Condujo lentamente bajo la tenue luz del amanecer mientras las preguntas se le agolpaban en la cabeza. Divisó al repartidor de periódicos en su bicicleta, zigzagueando por la calle, y detuvo el coche tras él. El chico se volvió, reconoció al detective y lo saludó antes de reanudar el pedaleo. Brown lo vio alejarse entre las sombras lánguidas de la mañana que difuminaban los contornos del barrio, otorgándole el aspecto de una fotografía ligeramente desenfocada. Aparcó el coche en la entrada de su casa y miró en derredor. Contempló la seguridad del mundo moderno: hileras regulares de sólidas casas pintadas de blanco reluciente o tonos pastel claro, todas bien delimitadas con sus setos y arbustos impecables, césped en los jardines y últimos modelos de coches aparcados a la entrada. Una existencia sencilla, de clase media. Todas las casas pertenecían a una promoción de diez manzanas proyectada por una sola constructora con el objetivo de crear una comunidad con personalidad y uniforme a la vez. Aquello ya no era el viejo Sur. Médicos, abogados, y lo que en su día fue la clase trabajadora: policías, como él. Negros y blancos. El Estados Unidos moderno estaba progresando. Se miró las manos. «Suaves —pensó—. Manos de oficinista. No como las de mi padre. —Se fijó en su cada vez más prominente barriga—. Madre mía —pensó—. Y encima vivo aquí.»

Ya en la casa, colgó su pistolera en un perchero, junto a las dos mochilas del colegio llenas de cuadernos y papeles. Sacó la pistola y, como de costumbre, revisó las recámaras. Era una Magnum 357 de cañón corto, cargada con munición diábolo. Sopesó la pistola en la mano y se recordó que debía reservar hora en el recinto de prácticas de tiro del departamento; habían pasado meses desde la última sesión. Abrió el cajón donde guardaba el seguro del gatillo y bloqueó la palanca. Dejó la pistola en el cajón y se agachó para quitarse el arma de repuesto de la funda del tobillo.

De la cocina llegaba aroma a beicon frito y se encaminó hacia allí pasando junto al mobiliario danés y las fotos enmarcadas. Se quedó parado un instante en el umbral de la cocina, observando a su padre, que estaba inclinado sobre los fogones, cascando unos huevos sobre una sartén.

—Hola, viejo —dijo.

Su padre no se movió, pero blasfemó al saltarle un poco de grasa del beicon a la mano.

—He dicho buenos días.

Su padre se volvió lentamente.

—No te he oído entrar —dijo sonriente.

Tanny Brown le dedicó una sonrisa. Su padre ya no oía muy bien. Él se acercó y le pasó el brazo por los hombros. Notó los huesos del anciano bajo su descolorida camisa de algodón. Dio un pequeño apretón a su padre, pensando en lo delgado que se había quedado, en su aspecto de fragilidad, como si fuera a romperse con el abrazo. Sintió una sombra de tristeza en su interior, recordó los tiempos en que pensaba que no había nada en el mundo que aquellos brazos no pudieran levantar. Toda esa fuerza arrebatada por la enfermedad. Pensó: «Creces ansioso esperando el día en que seas más fuerte y más duro que tu padre, pero cuando llega ese día te sientes incómodo y avergonzado.»

—Te has levantado temprano —comentó Brown apartando el brazo.

Su padre se encogió de hombros. Ya apenas dormía, Brown lo sabía. Se lo impedían el dolor y cierta rebeldía.

—¿Y por qué me llamas «viejo»? No soy tan viejo. Todavía podría darte una buena tunda.

—Seguro que sí —respondió Brown sonriendo. Aquélla era una fábula con la que ambos disfrutaban.

—Claro que podría —insistió su padre.

—¿Se han levantado las niñas?

—No. He oído movimiento por ahí. A lo mejor el olor a beicon las despierta. Pero son jóvenes y perezosas y no les gusta levantarse por las mañanas. Si tu madre siguiera con nosotros, se encargaría de que estuvieran firmes como una vela al primer canto del gallo. Y estarían aquí friéndose ellas mismas el beicon. Y quizás hasta haciendo galletas.

Brown meneó la cabeza.

—Pues si su madre siguiera aquí, les diría que durmieran hasta las tantas. Las dejaría perder el autobús y las llevaría ella misma al colegio.

Los dos hombres se rieron asintiendo con la cabeza. Brown sabía perfectamente que las quejas de su padre eran impostadas; el anciano sentía adoración por sus nietas.

Su padre se volvió hacia los fogones.

—Te prepararé unos huevos. Una noche dura, ¿eh?

—Una mujer disparó a su ex marido cuando se presentó en su casa con una pistola. Nada extraordinario ni especial, papá. Triste y muy sangriento, eso sí...

—Siéntate. Tienes que estar molido. ¿Por qué no trabajas con un horario fijo?

—La muerte no tiene horario fijo, así que yo tampoco.

—Supongo que ésa es la excusa por la que no fuiste a misa el domingo pasado. Ni el anterior.

—Bueno...

—Si tu madre viviera te sacudiría un buen cachete por no ir a misa. Y luego a mí por permitirlo. Hijo, eso no está bien, ¿sabes...?

—Ya. Iré el domingo. Al menos lo intentaré...

Su padre batió los huevos en un cuenco.

—No me gustan nada todos estos cacharros modernos. Como ese maldito trasto eléctrico de ahí, que a saber lo que es.

—Un microondas.

—Eso, pues no funciona.

—Tú no sabes utilizarlo, que es diferente.

Su padre sonrió. Brown sabía que el anciano albergaba una contradictoria sensación de superioridad por haberse criado en un mundo donde uno hacía sus necesidades en la calle, almacenaba nieve en las neveras, sacaba el agua de un pozo y cocinaba con leña; había vivido siempre al aire libre en un mundo antiguo y conocido y, siendo ya mayor, había tenido que trasladarse a un lugar que, más que una casa, le parecía una nave espacial. Todos los electrodomésticos de la clase media le hacían mucha gracia y la mayoría de ellos le resultaban del todo inútiles.

—Es que no acabo de ver para qué demonios sirve ese trasto, aparte de para descongelar.

En ese sentido Brown le daba la razón a su padre.

Observó cómo las manos deformadas del anciano ponían los huevos en la sartén y luego les daban la vuelta, plegándolos con maestría. «Admirable», pensó. La artritis le había arrebatado gran parte de su movilidad; la edad, buena parte de la vista y el oído; una dolencia cardíaca le había consumido la energía y lo había dejado en los huesos y la piel, una piel que antaño marcaba sus músculos y que ahora pendía flácida de sus brazos. Pero la destreza de viejo curtidor no lo había abandonado. Todavía era capaz de coger un cuchillo y partir una manzana en trozos iguales, de coger un lápiz y trazar una línea recta perfecta. La única diferencia era que ahora le dolía al hacerlo.

—Aquí tienes. Creo que ha quedado bueno.

—¿Tú no comes?

—No. Haré sólo para las niñas. Yo tomaré café con un trozo de pan. —El anciano se miró el pecho—. No hace falta mucha cosa para mantenerme en pie. —Se deslizó lentamente en una silla con esfuerzo y molestias evidentes. El hijo fingió no percatarse—. Malditos huesos viejos.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Durante unos instantes permanecieron en silencio.

—Theodore —dijo el padre al cabo—, ¿cómo es que no has pensado nunca en encontrar otra mujer?

El hijo sacudió la cabeza.

—No encontraré nunca otra Lizzie —dijo.

—¿Cómo lo sabes si no buscas?

—Cuando mamá murió, tú tampoco te pusiste a buscar otra mujer.

—Yo ya era mayor. Tú aún eres joven.

Brown volvió a negar con la cabeza.

—Tengo todo lo que necesito. Todavía te tengo a ti, y a las niñas y mi



trabajo y esta casa. Estoy bien.

El anciano gruñó, pero no dijo nada. Cuando su hijo terminó, cogió el plato y lo llevó lentamente al fregadero.

—Voy a despertar a las niñas —dijo Brown.

Su padre asintió con otro gruñido. El hijo se quedó inmóvil, observándolo. «Menudo par —pensó—. Un viudo joven y un viudo viejo educando a dos niñas lo mejor que saben.» Su padre comenzó a murmurar para sí mientras fregaba los platos. Brown reprimió una risa cariñosa. Seguía negándose a utilizar el lavavajillas y tampoco dejaba que los demás lo hicieran. Insistía en que sólo había una forma de garantizar que las cosas quedaran bien limpias, y era limpiándolas uno mismo. Él, a su manera, pensaba que eso era lo correcto. Cuando las niñas protestaron, poco después de que el abuelo se mudara a la casa, Brown les había explicado que su padre estaba chapado a la antigua. La explicación sembró inquietud en el hogar durante unos días. Al llegar el fin de semana Tanny Brown había montado a sus hijas en su coche sin distintivos y las había llevado a ochenta kilómetros al norte, a Bay Minette, justo en la frontera con Alabama. Habían atravesado la pequeña y polvorienta ciudad compuesta de inexpresivos edificios de ladrillo que brillaban con el calor del mediodía y, después de pasar por un largo y fresco pasillo de sauces llorones que les adentró en el campo, habían llegado a una granja.

Brown había cruzado con las niñas una gran extensión hasta llegar a un valle donde el calor parecía suspendido en el aire, dificultándoles la respiración. Les señaló un grupo de casuchas, ya deshabitadas, desvencijadas por el paso del tiempo, pintadas en rojos y marrones descoloridos por los años, y les contó que allí era donde había nacido y crecido su abuelo. Luego las llevó de regreso a Pachoula y les mostró la escuela segregada donde el abuelo había aprendido a leer y escribir, y después la parte de la granja donde había trabajado duro para llegar a ser cuidador y donde había aprendido el oficio de curtidor. A continuación les enseñó la casa que el abuelo había comprado en lo que en su día se conocía como Blacktown y donde la abuela había montado su negocio de costura, en el que se labró una reputación tan buena que su talento superó las fronteras raciales. Fue la primera de la comunidad en conseguirlo. Les mostró también la pequeña iglesia blanca donde el abuelo había sido diácono y la abuela había cantado en el coro. Finalmente, regresaron a casa y el asunto del lavavajillas no se volvió a mencionar.

«Yo también olvido —pensó—. Todos lo hacemos.»

El pasillo de la habitación de las niñas estaba repleto de fotografías de la familia. Contempló una suya, vestido de defensa y con un balón de fútbol entre las manos. Podía apreciarse que la brillante camiseta estaba deshilachada cerca de las hombreras. Los uniformes rojos y grises de su escuela eran los usados de un distrito blanco adyacente. «Las niñas no entienden eso —pensó—. No entienden lo que era saber que todos los equipos, todos los libros de la biblioteca, todos los pupitres de las clases ya habían sido usados y desechados

en el instituto de blancos.» Recordaba que la primera vez que cogió su casco de fútbol de segunda mano tenía un surco ennegrecido de sudor en el interior. Había tocado el relleno para comprobar si era diferente. Luego se había llevado los dedos a la nariz para ver cómo olía. Sacudió la cabeza al recordar aquello. «Mi visión cambió con la guerra», pensó. Sonrió. El año 1969. La marcha a Washington había sido seis años antes. La Ley de Derechos Civiles se había aprobado un año después. La Ley de Derecho de Voto, en 1965. El Sur entero estaba revolucionado con el cambio. Él había vuelto del servicio militar y había ido al instituto amparándose en la Ley de Veteranos y luego, al regresar a Pachoula, se había enterado de que la escuela para negros a la que había asistido ya no existía. Se estaba construyendo un enorme y feo edificio de cemento que sería el nuevo instituto regional. Crecían malas hierbas en los campos de juego que él conocía. La tierra rojiza con la que él solía mancharse el uniforme de fútbol estaba cubierta por una maraña de hierbajos. Recordó los brindis y pensó que había habido demasiadas pocas victorias en su vida.

Sacudió de nuevo la cabeza. «No hay que olvidar», pensó. Recordó el epíteto espetado por el hermano del hombre muerto hacía unas horas. Nada de eso ha cambiado.

Llamó a la puerta de la habitación de su hija mayor.

—¡Vamos, Lisa! ¡Hay que levantarse! ¡Venga!

Se volvió rápidamente y dio unos golpecitos en la puerta de la otra chica.

—¡Samantha! ¡Arriba! ¡Hora de ponerse en marcha! ¡Que hay que ir al cole!

Las quejas de las niñas lo divertían y por unos instantes lograron desterrar de su cabeza Pachoula, la niña asesinada y los dos hombres que habían ocupado una celda en el corredor de la muerte.

Tanny Brown pasó la siguiente media hora cumpliendo su papel de padre moderno en un día de colegio, es decir, persiguió, insistió y peleó hasta que, al fin, consiguió el resultado deseado: las dos niñas en la puerta con los deberes hechos y la fiamblera llena a tiempo de coger el autobús. Cuando las niñas se fueron, su padre se recluyó en su habitación para intentar dormir un rato y él se quedó a solas con la mañana. El sol inundaba la habitación y sentía que todo estaba al revés. Tenía la sensación de ser un extraño animal nocturno atrapado por la luz del día, moviéndose de sombra en sombra en busca de la familiaridad y la seguridad de la noche.

Contempló la habitación y sus ojos se posaron en un florero vacío que descansaba sobre un anaquel. Era muy alto, con una elegante forma de reloj de arena y una flor pintada ascendiendo por la cerámica. Sonrió. Recordaba que su mujer lo había comprado cuando estuvieron en México de vacaciones y que lo había traído en la mano todo el camino de vuelta a Pachoula; no se fiaba de los mozos, ni de los que cargaban las maletas ni de los porteros. Cuando llegaron a casa, ella lo colocó en el centro de la mesa del comedor y lo tenía siempre con flores. Ella era así. Cuando quería algo, lo conseguía. Aunque supusiera llevar un estúpido florero en la mano.

«Pero ya no hay más flores que las niñas», pensó.

Recordaba el empeño con que habían tratado de salvarle la vida en urgencias y que cuando él llegó todavía seguían trabajando, todos a su alrededor, controlando los niveles de adrenalina y de plasma, aplicándole masajes cardíacos, intentando insuflar algo de vida a su cuerpo. Un solo vistazo le había bastado para darse cuenta de que era inútil. Era algo que había aprendido en la guerra, a entender cuándo se había cruzado una línea invisible y cuándo, por muchos avances tecnológicos que hubiese, la llamada de la muerte era inexorable. Habían puesto todo su empeño, se habían entregado. Ella había estado allí tan sólo veinte minutos antes, trabajando junto a los demás. Veinte minutos para coger su gabardina y tal vez hacer un pequeño chiste para despedirse, dar las buenas noches al resto del equipo de urgencias, caminar hasta su coche, recorrer cinco manzanas y ser arrollada por la furgoneta de un conductor borracho. Incluso después de muerta, cuando ya no había esperanzas, siguieron intentándolo. Sabían que ella habría hecho lo mismo por ellos.

Brown se quedó mirando al techo pero no podía dormir, a pesar del agotamiento. No había vuelto a preguntarse cuándo superaría la ausencia de su mujer porque había comprendido al fin que nunca lograría sobreponerse a su muerte. Se había acostumbrado a ello y eso era suficiente para seguir adelante con el día a día.

Fue a la habitación de su hija pequeña, se acercó al escritorio y comenzó a retirar juguetes y cosas típicas de las niñas: una caja llena de abalorios, anillos y cintas del pelo, un peluche al que le faltaba una oreja, un archivador con trabajos del colegio de diferentes años y varios peines y cepillos. No tardó en encontrar lo que buscaba: un pequeño portarretratos de plata. Sostuvo la fotografía delante. El marco brillaba al recibir la luz del sol.

Era una fotografía de las dos niñas, una negra y otra blanca, una con el pelo negro y otra rubia, cogidas del brazo, sonrientes, con aparatos de ortodoncia y maquillaje, boas de plumas y trajes de disfraz.

Miró las dos caras de la fotografía.

«Amigas —pensó—. Cualquiera que viera la fotografía se daría cuenta de que nada más importaba, que ellas simplemente se querían, compartían secretos y esperanzas, lágrimas y bromas» Tenían nueve años y posaban con descaro ante la cámara. Era Halloween, se habían disfrazado con trajes de colores y prendas estafalarias para ver quién superaba a quién con su aspecto estrambótico, todo entre risas y euforia infantil.

La ira estaba a punto de apoderarse de él. Lo único que veía era a Blair Sullivan burlándose de él. «Espero que hayas sufrido —pensó—. Espero que te hayan arrancado el alma del cuerpo con todo el dolor del mundo.» A continuación pensó en Ferguson. «Crees que eres libre. Crees que te vas a salir con la tuya. Ni lo sueñes.»

Bajó la vista hacia la fotografía. Le gustaba especialmente la manera en que

cada una rodeaba con el brazo los hombros de la otra. El brazo negro de su hija colgaba del hombro de Joanie y el brazo de ésta del hombro de su hija; se estaban arropando una a la otra.

«La primera y la mejor amiga de mi hija», pensó.

Miró los ojos de Joanie, de un azul vibrante. Del mismo color que el cielo de Florida en la mañana del funeral de su esposa. Él se había apartado del resto de los asistentes, cobijando a sus dos hijas bajo sus brazos, mientras oía el sonsonete del predicador y sus palabras sobre la fe, la devoción, el amor, la llamada de regreso al Valle, que apenas escuchaba. No sabía si lograría reunir fuerzas para seguir adelante. No había apartado a sus hijas de su lado ni un instante, consciente solamente de que las dos se estaban ahogando en llanto. Habría querido enfadarse pero sabía que eso habría sido demasiado simple, que mucho más allá de la ira estaba condenado a la agonía eterna y al terror de que, con la pérdida de su madre, pudiera llegar a perder también a sus hijas. De que, con el corazón desgarrado, no fuesen capaces de mantenerse unidos. Él había enmudecido, no sabía qué decirles, no sabía qué hacer por ellas, en especial por Samantha, la menor, que había llorado sin cesar desde el accidente.

El resto de los presentes habían respetado la distancia, pero Joanie Shriver se había soltado de la mano de su propio padre con un gesto serio tras las lágrimas, su mejor vestido y los ojos llorosos, y había ido hasta donde se encontraba él para decirle: «No te preocupes por Samantha. Es mi amiga y yo cuidaré de ella.» Y había cumplido con creces su promesa. Siempre había estado allí cuando Samantha había necesitado a alguien en quien apoyarse. En los fines de semana, en las vacaciones y a la salida del colegio, siempre ayudándolo a él a restablecer una rutina y una vida estable. Nueve años y parecía saber más que cualquier adulto.

«Joanie era mucho más que su amiga —pensó—. También era mi amiga. Ella nos salvó la vida. Sin embargo —se reprimió—, pese a toda mi autoridad y poder no fui capaz de protegerla.»

Se acordaba de la guerra. «¡Un enfermero!, gritaban, y yo iba. ¿Acaso salvé a alguno de ellos?» Recordaba a un chico blanco, una semana en el batallón, un vaquero de Wyoming que había recibido un disparo en el pecho. El viento soplaba desafiante mientras él intentaba salvar al soldado. Éste no apartaba la vista de los ojos de Tanny Brown, tratando de distinguir entre el dolor y el miedo alguna señal que le indicase si iba a vivir o a morir. Seguía con la mirada clavada en él cuando exhaló el último suspiro. Era la misma mirada que había aparecido en los rostros de George y Betty Shriver cuando él se presentó en la puerta de su casa con la peor de las noticias.

Brown sacudió la cabeza. «¿Cuántos años hace que conozco a George? Desde el día en que empecé a trabajar en la tienda de su padre y él cogió una fregona y se puso a trajinar a mi lado.»

Su mano se estremeció. «He enterrado a demasiadas personas. —Miró una última vez la fotografía antes de dejarla sobre el escritorio—. Esto no ha

acabado. Te debo demasiado.»

Se dirigió a su dormitorio. Apartó de su cabeza el agotamiento y la posibilidad de descansar. Impulsado por la ira y la convicción de estar en deuda, comenzó a meter en una maleta la ropa y las cosas necesarias para pasar la noche fuera. Tomaría el siguiente vuelo hacia Miami.

## 13

### UNA LAGUNA EN LA HISTORIA

No tenía ningún plan.

Matthew Cowart encaró el día siguiente a la ejecución de Sullivan con el entusiasmo de quien sabe que él es el siguiente. Condujo su coche alquilado a toda velocidad a través de la noche y cruzó casi la mitad del estado, cogiendo la interestatal 95 desde el Sur de Saint Augustine. Atravesó los quinientos kilómetros a un ritmo irregular, acelerando a menudo hasta los ciento cincuenta por hora, asombrado de que no lo parase ninguna patrulla, pese a cruzarse con varias que iban en dirección opuesta. Remontó la oscuridad espoleado por las terribles contradicciones que martilleaban su cabeza. El sol empezó a despuntar a la altura de Palm Beach, sin arrojar luz alguna sobre sus tribulaciones. No fue hasta bastante después de amanecer que entregó el coche a un empleado de Hertz en el aeropuerto internacional de Miami. Un taxista cubano que no dejaba de parlotear sobre política y béisbol, sin hacer distinciones entre una y otro con su expresiva mixtura de lenguas, se abrió paso a través del tráfico de la hora punta hasta el apartamento de Cowart.

Estuvo dando vueltas por el apartamento, preguntándose qué hacer. Se dijo que debería ir al periódico pero fue incapaz de reunir el ánimo necesario. De repente la redacción había dejado de parecerle un santuario para convertirse en un campo de minas. Se escudriñó las manos, volviéndolas, contando líneas y venas, pensando en lo irónico que resultaba que unas horas antes deseara desesperadamente estar solo y que, ahora que lo estaba, fuera incapaz de tomar una decisión.

Pensó en otras personas atrapadas en las mismas circunstancias, como si los errores ajenos pudieran mitigar el suyo. Se acordó de William F. Buckley y de sus esfuerzos por sacar a Edgar Smith del corredor de la muerte en Nueva Jersey a principios de los sesenta, y de cómo Norman Mailer defendió a Jack Abbott. Se acordó del escritor frente a la ringlera de micrófonos, admitiendo de

mala gana haberse dejado embaucar por el asesino. Podía verlo bregando con los focos de las cámaras, negándose a comentar las acusaciones de homicidio. «No soy el primer periodista que comete un error —pensó—. Es un oficio arriesgado. Te la juegas a cada paso. Nadie puede adivinar un engaño tramado con astucia.»

Pero esto sólo le hacía sentirse peor.

Se inclinó sobre su mesa y, como si se dirigiera a alguien que estuviera sentado frente a él, dijo:

—¿Qué podía hacer?

Se puso en pie y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Maldita sea, no había ninguna prueba. Todo encajaba. Todo encajaba a la perfección. ¡Maldita sea!

De pronto lo invadió la rabia y tiró al suelo una pila de periódicos y revistas. A continuación volcó la mesa y la estrelló contra el sofá con gran estrépito. Empezó a gritar barbaridades y la emprendió con el resto del cuarto. Agarró unos platos decorativos y los arrojó al suelo, barrió un anaquel cargado de libros. Volteó las sillas, golpeó las paredes y finalmente se desplomó junto a una butaca.

—¿Cómo iba a saberlo? —gritó.

El silencio fue la única respuesta. Lo embargó un súbito cansancio, echó la cabeza atrás y se quedó mirando el techo. De pronto empezó a reír.

—Chaval —dijo, imitando un acento de tipo duro entre sureño y hollywoodiense—, la has jodido. La has jodido bien. La has jodido como sólo tú podías joderla.

Se incorporó de un brinco.

—Muy bien. ¿Y ahora qué vamos a hacer? —Silencio—. Vale, no tenemos ni idea, ¿eh?

Se puso en pie, se abrió paso entre el desaguado hasta el escritorio y hurgó en el cajón inferior. Revolvió una pila de papeles hasta dar con un ejemplar del suplemento dominical en que un año atrás había salido su primer artículo sobre el caso. Empezaba a amarillear. El papel tenía un tacto frágil. El titular acaparó su atención y empezó a leer el artículo.

—Algunas incógnitas del asesinato de Pachoula —leyó en voz alta, abreviando las palabras del primer párrafo—. Casi nada.

Siguió leyendo hasta donde pudo, pasó la entradilla y el párrafo inicial hasta el salto y la noticia a doble página. No quiso mirar la fotografía de Joanie Shriver, aunque sí miró con rabia las de Sullivan y Ferguson.

A punto estaba de arrugar el papel y echarlo a la papelera cuando se detuvo y volvió a mirar. Cogió un rotulador fluorescente y empezó a marcar palabras y frases. Cuando terminó de leer el artículo por segunda vez, se echó a reír. Nada de lo allí escrito decía algo equivocado. No había nada falso. Nada inexacto.

Excepto el conjunto.

Volvió a leerlo: todas las «incógnitas» eran razonables. Robert Earl Ferguson había sido condenado por culpa de infundios ajenos al proceso judicial. ¿Habría confesado bajo tortura? Sus artículos se limitaban a exponer lo que el condenado aseveraba y la policía negaba. «Fue Tanny Brown —pensó— quien no supo justificar el tiempo que Ferguson permaneció detenido antes de "confesar". Tendrían que haber desestimado el caso. El jurado que lo condenó se dejó llevar por los sentimientos. Una niña blanca brutalmente asesinada y un hombre negro, con cara de pocos amigos, acusado del crimen y defendido por un letrado viejo e incompetente. La fórmula infalible para los prejuicios.» Las propias palabras de Ferguson —obtenidas por medios ilegítimos— lo habían llevado al corredor. No había duda de que Ferguson había sido detenido de forma arbitraria cuando se encontró el cuerpo de Joanie Shriver.

Sólo quedaba un detalle aislado: había sido Ferguson quien había matado a la niña. Por lo menos al decir de un asesino en serie.

La cabeza le daba vueltas.

Cowart siguió analizando el artículo. Sullivan se encontraba en el condado de Escambia en el momento del asesinato. Comprobado y confirmado, y Sullivan estaba implicado en varios asesinatos. Tendría que haber sido uno de los sospechosos si la policía se hubiera molestado en ir más allá de las obviedades.

La única mentira que logró detectar —si de veras lo era—, la había dicho Ferguson al acusar a Sullivan de haber confesado el crimen. Pero aquéllas eran palabras de Ferguson —escrupulosamente citadas y entrecomilladas—, no suyas.

Y con todo, el resultado era una mentira. La explosiva unión de aquellos dos hombres oscurecía todo atisbo de verdad. La simple y estremecedora realidad era que, aunque las razones habían sido las correctas, el desenlace había sido fatídico.

Las dos primeras veces que sonó el teléfono no se inmutó. A la tercera reaccionó y, pese a ser consciente de que no le apetecía hablar con nadie, cogió el auricular.

— ¿Diga?

— ¡Por Dios! ¿Matt?

Era Will Martin, de la redacción del periódico.

— ¿Will?

— Santo cielo, muchacho, ¿dónde demonios te habías metido? Aquí se están volviendo locos buscándote.

— He vuelto. Acabo de llegar.

— ¿Desde Starke? Hay ocho horas de viaje.

— Menos de seis, en realidad. He pisado el acelerador.

— Bueno, muchacho, espero que puedas escribir tan rápido como conduces. El jefe está histérico esperando tu artículo y sólo quedan un par de horas para el cierre de la primera edición. Más vale que te pongas las pilas, vente para aquí



volando. —Su voz denotaba emoción.

—De acuerdo, de acuerdo... —Cowart escuchó su propia voz como si fuera de otro—. Oye, Will, ¿qué dicen los teletipos?

—Nada bueno. Aún están con tu conferencia de prensa. Por cierto, ¿se puede saber qué demonios ha pasado? No se habla de otra cosa pero nadie sabe nada. Tendrías que escuchar el contestador. Los noticiarios, el *Times*, el *Post* y los semanarios, y no es más que el principio. Los tres canales locales tienen tomada la puerta principal, o sea que tendremos que ingeniárnoslas para hacerte entrar discretamente. Tenemos media docena de llamadas de los de homicidios, han encontrado seis fiambres en la ruta de Sullivan. Todo el mundo quiere saber qué te contó ese asesino antes de que se le cruzaran los cables.

—Sullivan confesó un puñado de crímenes.

—Eso ya lo sé. Viene en los teletipos. Es lo que le has dicho a todo el mundo en la rueda de prensa. Pero necesitamos los pormenores ya, hijo. Palabra por palabra. Nombres, fechas, detalles. Ahora mismo. ¿Lo tienes grabado? Habrá que pasárselo a un mecanógrafo, a media docena de mecanógrafos si hace falta, hay que transcribirlo. Vamos, Matty, me imagino que estarás exhausto, chaval, pero tienes que venir antes de que nos volvamos todos majaras. Ya dormirás más tarde, coño. Además, dormir no es tan importante. Vale más un buen artículo. Hazme caso.

—De acuerdo —cedió Cowart. Toda intención de explicar lo ocurrido se había disipado con el entusiasmo que Will irradiaba. Si Martin, alguien acostumbrado a sopesar serenamente los hechos en los editoriales, estaba en este estado, el jefe de redacción debía de estar frenético. Las noticias bomba repercuten sobre todo el personal de un periódico. Los enganchan, los absorben, los hacen sentirse partícipes de los hechos. Respiró hondo—. Voy para allá. Pero ¿cómo esquivo las cámaras?

—¿Sabes la calle que queda entre el hotel Marriott del centro y el Omni Mall? ¿Aquella callejuela que da a la bahía?

—Sí.

—Bien, habrá un camión de reparto esperándote en la esquina dentro de veinte minutos. Sube y luego entra por la entrada de mercancías.

—Como en las películas, ¿eh? —Sonrió.

—Corren malos tiempos, hijo, hay que tomar medidas extraordinarias. No se nos ha ocurrido nada mejor. Supongo que la CIA y el KGB habrían dado con un plan más brillante, pero aquí el tiempo apremia. Y por lo demás, dar esquinazo a un enjambre de cámaras de la tele tampoco debe de ser nada del otro jueves.

—Ya salgo para ahí. —Entonces se acordó de las cintas que llevaba en el maletín con la confesión y la verdad sobre la muerte de Joanie Shriver. No podía permitir que nadie las escuchara. No hasta que las cosas se calmasen y él hubiera decidido qué hacer. Trató de ganar tiempo—. Oye, antes tendría que darme una ducha. Diles a los del camión que esperen unos tres cuartos de hora.

Quizás una hora.

—Ni hablar. Para escribir no hace falta tener buen aspecto.

—Pero tengo que ordenar las ideas.

—¿Quieres que le diga al jefe que estás «pensando»?

—No, no, dile que voy pero que estoy reuniendo mis notas. Treinta minutos, Will. Media hora. Te lo prometo.

—Ni un minuto más. Venga, hijo, muévete. —Will Martin hizo un chasquido para subrayar lo urgente del asunto.

—Media hora. Ni un minuto más.

—Vale. Voy a decírselo. Señor, le va a dar un infarto y no son más que las diez de la mañana. El camión te estará esperando. Pero date prisa. A ver si hacemos que el jefe llegue a mañana, ¿de acuerdo? —Martín se rió de su propia gracia y colgó.

A Cowart la cabeza no dejaba de darle vueltas. Sabía que se le estaban agotando las opciones, que los detectives llegarían a la redacción de un momento a otro. La situación empezaba a escapársele de las manos. Tenía que ir y escribir algo. Había muchas esperanzas depositadas en él.

Abrió el maletín y sacó las cintas. No le llevó más de un segundo encontrar la última; había tenido la precaución de numerarlas a medida que las iba grabando. Por un instante la sostuvo en la mano y pensó en destruirla, pero la introdujo en el casete y la rebobinó hasta el principio, luego la adelantó unos segundos y pulsó *play*. La áspera voz de Blair Sullivan resonó en los altavoces, llenando el pequeño apartamento con su amargo mensaje. Cowart esperó hasta oír aquellas palabras: «... ahora le contaré la verdad sobre la pequeña Joanie Shriver.»

Detuvo la cinta y la rebobinó un poco, hasta el punto en que Sullivan decía: «Ésos son los treinta y nueve. Casi nada, ¿no?» Y él respondía: «Señor Sullivan, no queda mucho tiempo.» Entonces el asesino le había gritado: «Pero ¿es que no me ha oído, amigo?», y luego: «Es hora de contarle una última historia...»

Rebobinó de nuevo, hasta «Casi nada, ¿no?».

Se acercó a su colección de discos y cintas y dio con un casete del *Sketches of Spain*, de Miles Davis, que había grabado hacía años. Era una cinta vieja, muy gastada, con la etiqueta casi ilegible. La introdujo en la platina de copiado y avanzó unos minutos. Luego puso el modo grabación simultánea y pulsó *rec*.

Cowart oyó las palabras bullendo a su alrededor e intentó desterrarlas de su mente.

Cuando la cinta terminó, pulsó *stop*. Escuchó la confesión de Sullivan en la cinta de Miles Davis. La claridad de la voz había disminuido, pero seguía perfectamente audible. Acto seguido, cogió la cinta y la devolvió a su sitio entre los demás discos y cintas del anaquel.

Se quedó un momento mirando fijamente el original. Luego rebobinó hasta el fragmento que había copiado, pulsó *rec* y borró las palabras de Sullivan con un silencio sofocante. Podría parecer una manera algo abrupta de acabar la

grabación, pero le sacaría del aprieto. Ignoraba si la cinta sería sometida a una investigación metódica en los laboratorios de la policía, pero al menos ganaría un poco de tiempo.

Cowart apartó por un momento los ojos de la pantalla del ordenador y distinguió a la pareja de detectives avanzando por la redacción. Sortearon las distintas mesas, zigzagueando en dirección a él, ajenos a la presencia de los periodistas de la sala, que les seguían con la mirada. Cuando llegaron a su escritorio, ya todo el mundo les estaba mirando.

—Muy bien, señor Cowart —dijo Andrea Shaeffer con tono impaciente—. Nuestro turno.

Le dio la impresión de que las palabras se difuminaban en la pantalla.

—Termino en un segundo —contestó, con los ojos fijos en el ordenador.

—Ya ha terminado —repuso Michael Weiss.

En ese momento llegó el redactor jefe y se interpuso entre los dos policías y Cowart.

—Queremos una declaración completa, ahora mismo. Hace días que tratamos de conseguirla y ya estamos hartos de jugar al gato y al ratón —explicó Shaeffer.

El redactor jefe hizo un gesto con la cabeza.

—Cuando termine.

—Eso nos dijo el otro día, cuando encontró los cuerpos. Entonces tenía que hablar con Sullivan. Luego no sé qué le cuenta Sullivan pero necesita estar a solas. Y ahora tiene que escribir. ¿Acaso necesitamos suscribirnos a su maldito periódico para enterarnos de las cosas? —espetó Weiss con exasperación.

—En un momento estará con ustedes —insistió el redactor jefe, ocultando a Cowart de la mirada de los detectives y procurando alejarlos de su mesa.

—Ahora —se obstinó Andrea Shaeffer.

—Cuando termine —se obstinó aún más el jefe.

—¿Quiere que le arreste por interferir con la investigación? —replicó Weiss—. Empiezo a cansarme de esperar a que ustedes terminen su jodido trabajo para que nosotros podamos empezar el nuestro.

—Buena idea —contestó el redactor jefe—. Mañana en primera plana saldría una preciosa foto de ustedes esposándose. Seguro que el jefe de policía de Monroe estaría encantado. —Y les ofreció las muñecas.

—Escuche —terció Shaeffer—. Él posee información relacionada con la investigación de un homicidio. ¿No le parece razonable pedirle un poco de colaboración?

—No es que no sea razonable. Pero también se le echa encima el cierre de la primera edición, y lo primero es lo primero.

—En eso tiene razón —gruñó Weiss—. Lo primero es lo primero. Sólo que no estamos de acuerdo en qué es lo primero. Parece que vender periódicos va

primero que resolver asesinatos.

—Matt, ¿te queda mucho? —preguntó el jefe.

—Unos minutos.

—¿Dónde están las cintas? —preguntó Shaeffer.

—Las están transcribiendo. Ya casi han acabado. —El redactor jefe reflexionó un instante—. Oigan, ¿por qué no leen lo que Sullivan le dijo a mi compañero mientras esperan?

Los detectives asintieron con la cabeza y el jefe se los llevó a la sala de reuniones, donde tres mecanógrafos con auriculares trabajaban sin tregua con las cintas.

Cowart respiró hondo. Ya había terminado de describir la ejecución y se las veía ahora con la confesión de Sullivan. Había enumerado todos los crímenes que aquel psicópata había confesado.

El único cabo suelto era la horrenda muerte de sus padres adoptivos. Cowart se quedó bloqueado. Era una parte crucial de la historia, una información destinada a ocupar una posición clave en los primeros párrafos. Y al mismo tiempo, era la parte más delicada. No podía decirle a la policía —ni escribirlo en el periódico— que Ferguson estaba implicado en esos crímenes sin explicar el porqué. Y la única respuesta a ese porqué se remontaba a la muerte de Joanie Shriver y al acuerdo al que, según el difunto, habían llegado aquellos dos hombres en el corredor de la muerte.

Matthew Cowart vaciló frente al monitor. El único modo de protegerse a sí mismo, a su reputación y a su carrera era encubrir el papel de Ferguson.

«¿Encubrir a un asesino?», pensó.

En su mente resonaron las palabras de Sullivan: «¿Acaso lo he matado a usted?»

Por un instante tuvo el impulso de revelar la verdad, pero inmediatamente se preguntó: «¿Cuál es la verdad?» Todo estaba en las palabras del ejecutado Sullivan. Un mentiroso empedernido, hasta más allá de la muerte.

Advirtió que el redactor jefe estaba observándole. Levantó los brazos y le hizo un gesto para que se apresurara. Cowart volvió a mirar el artículo, consciente de que iba a ir a la imprenta tal cual estaba.

Una voz sobre su hombro le arrancó de su indecisión.

—No me lo trago.

Era Edna McGee. La melena rubia le daba en la cara mientras negaba con la cabeza. Estaba leyendo unas cuartillas mecanografiadas. La confesión de Sullivan.

—¿Qué? —Cowart giró la silla hasta quedar de cara a su amiga.

Ella frunció el entrecejo e hizo una mueca sin separar la vista del papel.

—Matt, aquí hay algo que no encaja.

—¿El qué?

—Estoy haciendo una lectura rápida, claro, pero bueno, veo que está contando la verdad sobre los crímenes. Lo supongo por los detalles y todo lo

demás. Pero mira esto, dice que mató a un chaval que trabajaba en una estación de servicio y en la tienda de recuerdos indios de la Tamiami Trail, hace un par de años. Dice que paró a tomarse un refresco o no sé qué, que le pegó un tiro por la espalda y que vació la caja antes de salir para Miami. Me acuerdo muy bien de aquel crimen, ya que lo cubrí. ¿Te acuerdas que empecé con un artículo sobre los establecimientos que habían sufrido atracos en los alrededores de la reserva Miccosukkee y que preparé una tabla con los crímenes sufridos por los vecinos de Everglades? ¿Te acuerdas?

Cowart se agarró a la mesa.

—Matt, ¿te encuentras mal?

—Me acuerdo, claro que sí —contestó Cowart con un hilo de voz.

Edna lo observó.

—La mayoría versaba sobre gente a la que habían atracado camino del bingo y de las patrullas que los indios habían organizado para vigilar sus negocios.

—Lo recuerdo.

—Pues bien, resulta que investigué un poco sobre aquel asesinato. Todo fue más o menos como Sullivan dice, y en un momento dado incluso se diría que lo presencié en directo. Y es verdad, al muchacho le dispararon por la espalda. Pero eso apareció en todos los periódicos... —Agitó las cuartillas con la transcripción—. A lo que voy es a que lo sabe todo, pero sólo de modo superficial. No lo hizo él. Ni de coña. Arrestaron a tres chavales del sur de Miami por ese crimen. Los peritos relacionaron su arma con la bala que abatió al muchacho y todo eso. Uno de ellos confesó y el que conducía testificó contra el autor de los disparos. Caso cerrado. Dos de ellos están cumpliendo veinticinco años por homicidio en primer grado y el otro consiguió un acuerdo. Pero no hay dudas respecto a la autoría del crimen.

—Pero Sullivan...

—Ya, ya, es muy extraño. Por aquel entonces rondaba por el sur de Florida. Eso sí lo sabemos. Habría que revisar fechas y demás, pero es casi seguro. Puede que estuviera de paso cuando el crimen se comentaba en los periódicos. El muchacho asesinado era el sobrino de uno de los ancianos de la comunidad, por eso provocó tanta conmoción. Hasta en la tele no hacían más que hablar de eso. ¿Te acuerdas?

Cowart lo recordaba, y se preguntó cómo no lo había recordado antes, cuando Sullivan se lo contó. Asintió con la cabeza.

Edna volvió a agitar las cuartillas.

—Caramba, Matt, probablemente te dijo la verdad sobre la mayoría de los crímenes. Pero ¿sobre todos? ¿Quién sabe? Aquí tenemos uno que no encaja. ¿Cuántos más habrá?

Cowart sintió vértigo. «Probablemente te dijo la verdad.» Sullivan tal vez había mentado una vez. O dos. O una docena. ¿A quién mató? ¿A quién no mató? ¿Cuándo decía la verdad y cuándo no?

O acaso era todo mentira y en realidad Ferguson era quien decía la verdad. En su cabeza, Ferguson se transformó automáticamente de demonio asesino en un hombre indignado al que la justicia ha traicionado. Las mentiras, medias verdades e inexactitudes de Sullivan habían formado una maraña inextricable.

«¿Inocente?», pensó. Se quedó mirando el monitor recordando las palabras de Sullivan. «¿Culpable?»

Edna volvió a agitar las cuartillas.

—Hay otros dos que quizá tampoco encajan. Imagino que sólo son suposiciones mías, pero no entiendo por qué iba a colgarse crímenes que nunca cometió. —Hizo una pausa y se contestó a sí misma—: Pues porque era un bicho raro, y lo fue hasta las últimas consecuencias. Todos los asesinos en serie pretenden quedar como los más sanguinarios, los más duros o los más desalmados. ¿Te acuerdas de Henley, aquel tío de Texas que se cargó a veintiocho personas? Lo metieron en prisión, y al tiempo apareció en Chicago aquel John Gacy que se había cargado a treinta y tres. Entonces Henley llamó a un detective de Houston y le dijo: «El récord sigue siendo mío, porque tal y cual...» Muy raro, diría yo.

—Tienes razón —contestó Cowart, inundado por un mar de dudas.

Edna se inclinó para leer el titular de su artículo.

—Los asesinatos son al menos treinta y nueve. Bueno, eso es lo que él dijo. Pero será mejor que te cerciores.

—Eso haré.

—¿Entró en detalles sobre los asesinatos de los cayos?

—No. Sólo dijo que lo había preparado todo para que se cometieran.

—Pero te diría algo más, ¿no?

Cowart se incorporó.

—Habló de que radio macuto funciona incluso en el corredor de la muerte. Y de que todo puede conseguirse a cambio de algo. Pero no dijo a cambio de qué.

—Ya. Bueno, tú escribe lo que él te dijo, pero contrastándolo todo. —Edna echó una mirada en torno en busca de la pareja de detectives, que seguían leyendo las transcripciones—. ¿Crees que tienen pruebas sólidas? A mí me parece que están esperando que tú se lo des todo mascado —añadió con cinismo.

Él la miró.

—Edna... —empezó.

—Necesitas ayuda con todo esto, ¿verdad? —Edna pareció rebotar entusiasmo. Dio un manotazo sobre el montón de cuartillas—. Que te digan qué hay de cierto, qué de dudoso y qué de falso, ¿no?

—Sí. Por favor. ¿Lo harías tú?

—Me encantaría. Me llevará unos días, pero me pondré a ello ahora mismo. Se lo diré a los de arriba. ¿Seguro que no te importa compartir el caso conmigo?

—No. En absoluto.

Edna señaló la pantalla.

—Mejor que tengas cuidado de no ser demasiado explícito sobre la confesión de Sullivan. Puede que haya más puntos conflictivos. No escribas nada que no puedas probar.

Cowart no sabía si reír o echarse a llorar.

—Deberías tenerle mucho respeto al viejo Sully. Jamás le puso las cosas fáciles a nadie —añadió ella mientras se marchaba.

Cowart vio cómo Edna McGee atravesaba la redacción en dirección al jefe y al momento empezaban a hablar animadamente. Luego los observó repasar la declaración transcrita. De pronto el jefe sacudió la cabeza y vino presuroso a su mesa.

—¿Es verdad? —preguntó.

—Eso dice Edna —contestó Cowart—. Yo no lo sé.

—Pues tendremos que comprobar punto por punto.

—Parece que sí.

—¡Dios! ¿Y cómo va el artículo?

—Pues como las declaraciones del difunto. Muchas afirmaciones sin confirmar, no acabo de saber qué hay de verdad en todo ello, surgen muchos interrogantes. Así va.

—Echa toda la leña en la descripción y ándate con ojo con los detalles. Necesitamos tiempo.

—Edna me ayudará.

—Bien. Ahora mismo empezará a hacer llamadas. ¿Cuándo crees que podrás seguir adelante?

—Necesito descansar un poco.

—Está bien. Y en cuanto a los detectives...

—Enseguida estoy con ellos.

Cowart volvió a mirar su texto. Arrancó las palabras de Sullivan de la libreta y cerró el artículo con el «Casi nada, ¿no?».

Pulsó unas teclas, la pantalla se apagó y el texto se envió automáticamente al jefe de redacción para ser medido, revisado, editado e insertado en la primera plana. Ya no sabía si lo que había escrito era verdad o mentira. Por primera vez en su vida como periodista, era incapaz de distinguir la una de la otra de tan imbricadas como estaban en su cabeza.

Shaeffer y Weiss estaban de muy mal humor.

—¿Dónde está? —preguntó la detective apenas entró en la sala de reuniones.

Los tres mecanógrafos estaban grapando cuartillas en la gran mesa donde se organizaban las reuniones vespertinas. Al ver el enfado de los policías, salieron de la sala presurosos, dejándose olvidada una pila de cuartillas. Cowart no contestó. Su mirada fue a posarse sobre el gran ventanal. La luz del sol se

reflejaba en la bahía. Era posible divisar la columna de vapor de un transatlántico que se dirigía a la ensenada del Gobernador para poner rumbo a alta mar.

—¡Que dónde está! —repitió Shaeffer—. ¿Dónde está la explicación de las muertes de su madre y su padrastro?

Le puso una cuartilla de la transcripción delante de los ojos.

—Aquí no pone una sola palabra —dijo casi a voz en grito.

Weiss le apuntó con el dedo.

—Explíquese ahora mismo. Ya estoy harto de rodeos, Cowart. Podemos arrestarle como testigo y meterle en el calabozo.

—No me iría mal —contestó, fingiendo tanta indignación como los detectives—, así podría dormir un poco.

—¿Saben qué? Ya estoy harto de que amenacen a mi compañero —dijo la voz del redactor jefe detrás de Cowart—. ¿Por qué no se buscan la vida por ahí? ¿O acaso pretenden que Matt solucione el caso por ustedes?

—Él ya tiene la solución del maldito caso —contestó Shaeffer con una voz dulce y desafiante.

Hubo un momento de tenso silencio, hasta que el redactor jefe señaló las sillas.

—Sentémonos —ordenó secamente—. Y tratemos de arreglar esto.

Cowart vio que Shaeffer respiraba hondo y hacía un esfuerzo por no perder los estribos.

—Está bien —dijo con suavidad—. Sólo queremos una declaración completa, y ahora mismo. Luego les dejaremos en paz. ¿De acuerdo?

Cowart asintió. El redactor jefe añadió:

—Si Matt consiente, de acuerdo. Pero una amenaza más y se acabó la entrevista.

Weiss se dejó caer sobre una silla y sacó una libreta de notas. Shaeffer hizo la primera pregunta.

—Por favor, explique lo que me dijo en la prisión de Starke. —La detective no le quitaba la vista de encima, estudiando todos sus movimientos.

Cowart la miró a los ojos. «Así es como se mira a un sospechoso», pensó, y dijo:

—Sullivan me aseguró que había planeado los asesinatos.

—¿Eso dijo? ¿Cómo? ¿Con quién? ¿Cuáles fueron sus palabras exactas? ¿Y por qué diablos no están en la cinta?

—Me hizo apagar la grabadora. No sé por qué.

—Bien. Continúe.

—Sólo fue un detalle en medio de la conversación.

—Está bien. Siga.

—De acuerdo. Ya sabe que me hizo ir a Islamorada. Me dio la dirección y demás. Me dijo que me entrevistara con las personas que vivían allí. No me dijo que iban a estar muertas. Nunca me dio detalles de ningún tipo, sólo insistió en



que fuese...

—¿Y usted no le exigió explicaciones antes de ir?

—¿Para qué? Tampoco me las habría dado. Era un tipo inflexible. Sabía que iba a morir. Por eso fui sin hacer preguntas. Tampoco es tan increíble.

—No, claro. Siga.

—Cuando volví a visitarle en la celda me pidió que le describiese las muertes, que le contara todos los detalles: dónde estaban, cómo habían muerto, todo lo que recordase del escenario del crimen. Se mostró particularmente interesado en saber si habían sufrido. Cuando terminé de contarle todo lo que recordaba, se mostró satisfecho. Obscenamente satisfecho, diría yo.

—Siga.

—Le pregunté que a qué venía tanta alegría y me dijo: «Porque los he matado yo.» Le pregunté cómo lo había hecho y contestó: «Todo puede conseguirse, incluso en el corredor de la muerte, si uno está dispuesto a pagar por ello.» Le pregunté qué había pagado él, pero se negó a revelarlo. Dijo que era cosa mía averiguarlo y que él se iría a la tumba sin despegar los labios. Le pregunté cómo lo había preparado, pero no contestó. Luego me preguntó: «¿No le interesa mi legado?» Entonces me dijo que encendiera la grabadora y empezó a confesar los demás crímenes.

Las mentiras salían de su boca una tras otra. Se sorprendió de la facilidad con que las soltaba.

—¿Cree que hay alguna relación entre la confesión subsiguiente y los crímenes del condado de Monroe?

«He aquí la cuestión», pensó Cowart. Se encogió de hombros.

—Es difícil de decir.

—Pero ¿cree usted que le contó la verdad?

—Sí, a ratos. Es decir, está claro que cuando me envió a esa casa sabía que algo iba a ocurrir. Debía de saber que iban a matarlos. Creo que consiguió lo que se proponía. Pero sobre cómo pagó el encargo...

Shaeffer se levantó.

—Muy bien —dijo—. Gracias. ¿No recuerda nada más?

—Si lo recuerdo se lo haré saber.

—Queríamos llevarnos las cintas originales.

—Ya veremos —atajó el redactor jefe—. Todavía no es posible.

—Puede que contengan más pruebas —dijo la detective.

—Aún tenemos que sacar copias. Quizá para esta tarde, a última hora. Entretanto pueden llevarse una de las transcripciones.

—De acuerdo —dijo. La detective parecía ahora bastante relajada—. ¿Y si necesito ponerme en contacto con usted? —le preguntó a Cowart.

—Estaré por aquí.

—No estará tramando ir a ninguna parte...

—Sí, a casa para descansar.

—Mmm. De acuerdo. Estaremos en contacto por lo de las cintas.

— Llámenme a mí — dijo el redactor jefe.

Ella asintió con la cabeza. Weiss cerró su libreta con brusquedad.

Shaeffer permaneció un instante observando fijamente a Cowart.

— ¿Sabe una cosa, señor Cowart? Hay algo que me intriga. En la conferencia de prensa posterior a la ejecución dijo usted que Blair Sullivan le había hablado de la niña de Pachoula.

Cowart notó que algo se le revolvía en las entrañas.

— Cierto... — dijo.

— Pero en la transcripción tampoco hay rastro de eso.

— Me hizo apagar la grabadora. Ya se lo he dicho.

Ella sonrió.

— Es verdad. Sí, supongo que fue eso lo que ocurrió... — Hizo una pausa significativa—. Imagino que llegados a ese punto oiremos la voz de Sullivan diciendo algo como «Apague la grabadora», ¿no?

Cowart, conteniendo el pánico, se encogió de hombros con indiferencia.

— Me habló sobre ese crimen al mismo tiempo que de los asesinatos de Monroe — dijo.

Shaeffer movió la cabeza. Parecía querer estrangular a Cowart.

— Ah, claro. Pero usted no ha dicho eso antes, ¿verdad? Qué raro, ¿no? Dejó que le grabase hablando de todos los crímenes menos de estos dos, ¿correcto? Él, que lo mandó llamar especialmente para que usted fuese la última persona que lo viese vivo. Insólito, ¿no cree?

— No lo sé, detective. Era un tipo insólito.

— Y me parece que usted también, señor Cowart — dijo ella. Luego se dio media vuelta y se marchó con su compañero.

Cowart la siguió con la mirada mientras atravesaba la redacción y desaparecía tras las puertas de salida. Advirtió el vaivén de sus caderas. «Seguro que sale a correr cada mañana — pensó—. Es esbelta y tiene ese aire infeliz e insatisfecho del que practica *footing*.» Deseaba creer que ella se hubiese creído su versión, aunque admitía que era muy difícil.

También el redactor jefe observó cómo la pareja de detectives se marchaba. Entonces respiró hondo y confirmó lo que ya era obvio:

— Matt, esa mujer no se ha creído una sola palabra. ¿Realmente fue eso lo que ocurrió con Sullivan?

— Sí, más o menos.

— No es muy verosímil, ¿no te parece?

— No, no es nada verosímil.

— Matt, ¿qué está pasando aquí?

— Todo es cosa de Sullivan — se apresuró a contestar—. Se dedicó a confundirme. Lo hacía con todo el mundo. Cuando no estaba matando a nadie se dedicaba a eso.

— ¿Y qué hay de lo que ha insinuado la detective?

Cowart ensayó una respuesta que tuviera un mínimo de sentido:

—Es como si Sullivan hiciera distingos entre los crímenes. Para él, los de veras importantes, los que no aparecen en la cinta, eran, ¿cómo decirlo?, distintos. Los demás eran como el pan de cada día. Parte de su leyenda. No soy psiquiatra, no sé explicar cómo funcionaba su cabeza.

El jefe asintió.

—¿Es eso lo que vamos a publicar?

—Sí, más o menos.

—Asegurémonos de que si tenemos que pecar de algo sea de exceso de prudencia, ¿de acuerdo? Si algo te genera dudas, no lo pongas. O asegúrate de que está contrastado. Siempre podemos volver a retomarlo.

Cowart trató de esbozar una sonrisa.

—En eso estoy.

—Que sea verdad. Hay más preguntas que respuestas. ¿A quién pretendía encubrir Sullivan? Averígualo, ¿entendido? ¿Trabajarás en esa dirección mientras Edna revisa el resto de la declaración?

—Sí.

—Menuda historia. Alguien trama un asesinato justo antes de su propia ejecución. ¿De qué estamos hablando? ¿Celadores corruptos? ¿El abogado, quizás? ¿Otro de los reclusos? Descansa un poco y luego ponte a ello, ¿vale? ¿Sabes por dónde empezar?

—Sí —respondió Cowart. «No sólo sé por dónde empezar, sino por dónde acabar: Robert Earl Ferguson.»

A pesar del cansancio, Cowart se quedó en la redacción hasta última hora de la tarde. No hizo ningún caso de los reporteros que montaban guardia frente al edificio. Sin embargo, cuando los directores de noticias de todos los canales empezaron a llamar al director ejecutivo, se vio obligado a salir y hacer una declaración breve y poco satisfactoria, lo cual, naturalmente, lejos de sosegarlos los crispó aún más. Al final de la comparecencia no se marchó nadie. Cowart no atendió a las llamadas de los periodistas que pretendían entrevistarle. Se limitó a esperar la caída de la noche. Cuando hubo aparecido la primera edición, leyó con cautela sus propias palabras, como si éstas pudieran herirle. Introdujo un par de cambios para la segunda edición en los que añadía aún más incógnitas a la confesión de Sullivan y subrayaba la misteriosa esencia de sus actos. Habló una vez más con Edna y el jefe de redacción, fingiendo su voluntad de trabajar en equipo. Luego cogió el montacargas y descendió a las entrañas del edificio, dejando atrás la sala de maquetación, la sección de anuncios clasificados, la cafetería y la planta de rotativas. El edificio temblaba con el zumbido de las máquinas, que iban expulsando miles de ejemplares. Podía sentir el temblor de las rotativas atravesando la suela de sus zapatos.

Uno de los camiones del reparto se lo llevó y lo dejó cerca de su apartamento. Se metió bajo el brazo un ejemplar del periódico del día siguiente

y echó a andar, súbitamente aliviado por el anónimo taconeo de sus zapatos sobre la acera.

Echó un vistazo a la fachada del apartamento antes de llegar a la puerta, en busca de más periodistas. No vio a nadie; luego buscó algún rastro de los detectives de Monroe. No sería tan extraño que lo hubieran seguido. No obstante, la calle parecía desierta y Cowart se apresuró a entrar en el vestíbulo. Por primera vez desde que vivía en aquel modesto edificio lamentó su falta de seguridad. Titubeó un instante frente al ascensor, y al final optó por abrir la puerta de emergencia y subir por la escalera; respiraba entrecortadamente y sus pasos resonaban en la contrahuella de linóleo de los escalones.

Abrió la puerta del apartamento y entró. Permaneció un momento en el centro de la estancia, esperando a que se le sosegara el corazón, luego se aproximó a la ventana y se quedó contemplando las oscuras aguas de la bahía. Unas pocas luces se reflejaban inseguras sobre el ondeante charco de tinta negra, devoradas una y otra vez por el vasto océano.

Creía estar solo, pero se equivocaba. No se daba cuenta de que varias personas, pese a encontrarse a kilómetros de distancia, estaban en la habitación con él, como fantasmas, a la espera de su próximo movimiento.

Algunas, por supuesto, se encontraban más cerca. Andrea Shaeffer, por ejemplo, que había aparcado a una manzana y había asistido a su errática fuga con la ayuda de unos prismáticos de visión nocturna, viendo cómo trataba de ocultarse en la oscuridad. Tan concienzuda era su vigilancia que la detective no reparó en Tanny Brown, que cobijado por las sombras del edificio adyacente dejaba que la noche lo ocultara. Brown espío las luces del apartamento de Cowart hasta que se apagaron. A continuación, esperó a que el coche de la detective se adentrara lentamente en las tinieblas de la ciudad antes de moverse, ligero como un gato, hacia el apartamento de Cowart.

## 14

### CONFESIÓN

Tanny Brown estuvo escuchando a través de la puerta del apartamento de Cowart. Podía percibir cómo los distantes sonidos del tráfico urbano penetraban en la quietud de la oscuridad y se entremezclaban con el soniquete de un insecto verde que se estrellaba una y otra vez contra la luz del vestíbulo. Se puso manos a la obra en cuanto oyó que en el apartamento adyacente un par de voces subían de volumen entre risas para luego desvanecerse. Por un segundo se preguntó qué clase de broma era ésa. Volvió a escuchar a través de la puerta; del apartamento de Cowart no llegaba ruido alguno. Cogió con suavidad el pomo de la puerta y lo giró levemente hasta que encontró resistencia. Cerrado. Observó el pestillo de la parte superior y comprobó que estaba echado.

Apretó el puño, contrariado. No soportaba la idea de tener que llamar al timbre. Quería colarse subrepticamente en el apartamento, como un caco, para sorprender a Cowart y de ese modo sonsacarle la verdad.

Oyó un sonido metálico a su espalda y, dándose la vuelta, trató de refugiarse bajo una sombra. En un acto reflejo se llevó la mano a la pistolera. Era el ascensor, que subía a otro piso. Distinguió el pequeño haz de luz deslizarse entre las puertas y pasar de largo. Suspiró, preguntándose a qué tanto sobresalto. Fatiga e incertidumbre. Volvió la vista a la puerta, pensando que si alguien le sorprendía de esa guisa, llamaría sin duda a la policía, tomándolo por un intruso con malas intenciones.

«Lo cual es precisamente la verdad», pensó con un toque de humor.

Brown respiró hondo, sacudió la cabeza para despejarse y se concentró en su propósito. Notó el latir del odio en las sienes y de pronto se enfureció y empezó a aporrear la puerta.

Cowart se encontraba sentado en el suelo con las piernas cruzadas en medio de los restos de su apartamento. Al oír el estallido de aquellos golpes

como disparos de pistola, su primer pensamiento fue permanecer inmóvil como un ciervo cegado por un faro; el segundo fue protegerse y esconderse. Lo que hizo, sin embargo, fue levantarse y dirigirse con paso inseguro en la dirección del estruendo.

Cogió aire y preguntó:

—¿Quién está ahí?

«Soy el señor Problemas», pensó Brown, y dijo:

—Teniente Tanny Brown. Quiero hablar con usted. —Hubo un momento de silencio—. ¡Abra!

A Cowart le entraron ganas de soltar una carcajada. Abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Todo el mundo quiere hablar conmigo hoy. Pensaba que sería otro de esos capullos de la tele.

—Pues no, soy yo.

—Pero apuesto a que las preguntas serán las mismas —dijo Cowart—. ¿Cómo me ha encontrado? No figuro en la guía y el redactor jefe nunca le daría mi dirección.

—No ha sido difícil. Usted me dio su número de teléfono cuando intentaba sacar a Bobby Earl de la prisión. Bastó con llamar a la compañía telefónica y decirles que era un asunto de la policía.

Los ojos de ambos hombres se encontraron y Cowart sacudió la cabeza.

—Tendría que haberme imaginado que vendría. Hoy todo parece salirme mal.

Brown hizo un gesto con la mano.

—¿Voy a tener que instalarme aquí o puedo pasar?

Al periodista la situación debía de parecerle cómica, pues se sonrió y volvió a sacudir la cabeza.

—Claro. ¿Por qué no? De todas formas pensaba ir a verle.

Terminó de abrir la puerta. La estancia estaba a oscuras.

—¿Encendemos la luz?

Cowart se acercó a la pared y encendió el interruptor. El detective se quedó asombrado ante el desbarajuste que iluminó la lámpara del techo.

—Santo cielo, Cowart. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Lo han atracado?

El periodista volvió a sonreírse.

—No, sólo ha sido un pronto. Y no tengo ganas de recogerlo. Va a tono con mi estado anímico.

Caminó hasta el centro de la sala y encontró una butaca volcada. La puso de pie, dio un paso atrás y le indicó al detective que se sentara. Quitó de encima del sofá unos papeles que fueron a parar al suelo y se derrumbó en el espacio libre.

—Estoy cansado —dijo Cowart—. No duermo mucho. —Se frotó la cara con las manos.

—Yo tampoco duermo mucho últimamente —contestó Brown—.

Demasiadas preguntas. Y muy pocas respuestas.

—Eso tendría en vela a cualquiera.

Se observaron con mirada exhausta. Cowart sonrió y movió la cabeza en respuesta al silencio.

—¿No va a preguntarme nada? —le dijo al detective.

—¿Qué está pasando?

Cowart se encogió de hombros.

—Una pregunta demasiado genérica; no puedo contestar a eso.

—Wilcox me dijo que sea lo que fuere lo que Sullivan le dijo antes de poner su culo en la silla, le hizo pasar un mal rato. ¿Por qué no me cuenta de qué se trata?

Cowart volvió a sonreír.

—¿Eso dijo? Muy propio. Wilcox tiene hielo en las venas. Ni parpadeó cuando activaron la descarga eléctrica.

—¿Y por qué iba hacerlo? ¿No irá a decirme que derramó siquiera una lágrima por Sullivan?

—No, claro que no. Pero...

Brown le interrumpió:

—Bruce Wilcox ve las cosas a su manera.

—Sí, puede —contestó el periodista, asintiendo con la cabeza—. No sé. O sea que quiere saber qué me contó Sullivan. Si le digo que me confesó un sinfín de asesinatos, ¿se quedará satisfecho?

—Puede. Sí.

—Ya veo. La muerte también es un negocio para usted. Como lo era para Sully.

—Supongo que podríamos decirlo así, aunque no me parece la mejor manera de expresarlo. —Brown contempló a aquel hombre despeinado y su apartamento revuelto. Se preguntó cuánto aguantaría antes de cogerlo por el cuello y sacarle las respuestas a bofetadas.

Cowart se retrepó en su asiento, como si retomara el hilo de algo.

—Sully me lo contó todo. Ancianos, ancianas, jóvenes, gente de mediana edad, chicas, chicos. Dependientes de gasolineras y turistas. Cajeros de autoservicios y gente que simplemente pasaba por ahí. Pim, pam. Se cruzan con la persona equivocada; él los coge, los mastica y los escupe a un lado. Cuchillos, pistolas, a algunos los estranguló con sus propias manos o los golpeó con bates, a otros los descuartizó, les disparó o los ahogó. Un buen catálogo de muertes violentas. Un tipo con recursos, ¿eh? Desagradable, muy desagradable. Uno se pregunta adónde irá a parar el mundo, ¿qué ha hecho uno para merecer tanta maldad? ¿Es que no basta con oírse la relatar a alguien durante horas? ¿Explica eso mis... vacilaciones? ¿Era ésa la palabra?

—Puede.

—Pero usted no me cree.

—No.

—Usted cree que hay algo más que me preocupa y se ha tomado la molestia de venir hasta aquí a preguntarme qué es. Su consideración me conmueve.

—No es consideración para con usted.

—No, ya me imagino que no. —Cowart soltó una risa amarga—. Me encanta —continuó—. ¿Quiere algo de beber, teniente? Mientras seguimos con el numerito.

Brown reflexionó un momento y levantó los hombros con gesto de «adelante, ¿por qué no?». Luego se retrepó en la butaca y vio cómo Cowart iba a la cocina y volvía al cabo de unos segundos con una botella, un par de vasos y seis latas de cerveza bajo el brazo.

—Whisky barato —anunció el anfitrión—. Y cerveza, si lo prefiere. Esto es lo que bebemos los reporteros en mi periódico. Nos servimos una cerveza, bebemos un par de sorbos y luego le echamos un chupito de whisky. Ayuda a entrar en calor. Y alivia las tensiones del día en un periquete. Hace que uno se olvide de que trabaja más horas que el reloj por un sueldo escaso y un futuro de risa.

Cowart preparó sendas copas.

—Perfecto. A su salud —dijo, y se bebió la mitad en unos pocos sorbos.

Brown le imitó y el brebaje le quemó la garganta. Hizo una mueca.

—Sabe a rayos. Estropea tanto la cerveza como el whisky —dijo.

—Cierto —asintió Cowart sonriendo otra vez—. Eso es lo bueno. Coge uno dos sustancias que por separado saben divinamente, las mezcla y obtiene algo asqueroso. Y a continuación se lo bebe. Como nosotros.

El detective dio otro trago.

—Aunque mejora a medida que uno va bebiendo.

—¡Ja! En eso se diferencia de la vida. —Volvió a llenar los vasos, se sentó de nuevo en el sofá, pasó un dedo por el borde del vaso y se quedó escuchando el chirrido—. ¿Por qué iba a contarle nada? —preguntó despacio—. Cuando acudí a usted preguntando por Ferguson, me echó los perros. Su amigo Wilcox. No me lo puso nada fácil, ¿no cree? ¿Era la verdad lo que le interesaba cuando encontramos aquel cuchillo? ¿O sólo quería mantenerse en sus trece? Dígame, ¿por qué tendría que ayudarle?

—Por una razón muy simple. Porque yo puedo ayudarle a usted.

Cowart sacudió la cabeza.

—No lo creo. Y tampoco me parece una buena razón.

Brown se revolvió en su asiento y clavó los ojos en el periodista.

—¿Qué me dice de esta otra? —dijo después de vacilar un instante—: Estamos juntos en esto. Lo estuvimos desde buen principio. Y aún no ha terminado, ¿verdad?

—No —admitió Cowart.

—El problema, a mi parecer, es que estoy metido en algo pero no sé lo que es. Sólo necesito que usted me ilumine un poco.



Cowart se reclinó y se quedó mirando al techo, intentando decidir qué podía decirle al detective y qué era mejor callarse.

—Así es la mayoría de las veces, ¿no?

—¿Cómo?

—Entre polis y periodistas.

Brown asintió con la cabeza.

—Perros y gatos. En el mejor de los casos.

—Tenía un amigo —empezó Cowart— que era detective de homicidios, como usted. Solía decirme que a los dos nos interesaban las mismas cosas, sólo que con finalidades distintas. Durante mucho tiempo ninguno de los dos logró comprender del todo los motivos del otro. Para él, yo sólo quería escribir mis artículos; y para mí, él sólo quería resolver sus casos y trepar escalafones en la jerarquía. Su información me era útil para mis artículos y sus casos se hicieron tan conocidos que lo promovieron en el departamento. Era como una simbiosis. Ambos queríamos averiguar las mismas cosas, necesitábamos la misma información, a veces nos valíamos de los mismos métodos, aunque no siempre lo reconocíamos, y aun así la desconfianza era mutua. Recorríamos la misma calle por aceras distintas, pero jamás nos decidíamos a cruzar la calzada. Tuvo que pasar mucho tiempo para que nos fijáramos en nuestras similitudes y dejáramos a un lado nuestras diferencias.

Brown se rellenó el vaso, empezaba a notar el efecto del licor sobre sus exaltados sentimientos. Bebió un sorbo y miró a Cowart.

—Está en la naturaleza de los detectives el desconfiar de todo lo que escapa a su control. Sobre todo cuando se trata de información.

Cowart sonrió de nuevo.

—Esto es lo que lo hace emocionante, teniente. Sé algo que a usted le gustaría saber. Esto me da ventaja. Generalmente soy yo el que acude a personas como usted en busca de información.

Brown sonrió a su vez, aunque no porque el comentario le resultara gracioso. Fue una sonrisa que hizo que Cowart agarrara su vaso con más fuerza y cambiara de posición en su asiento.

—Pero yo he venido aquí para hablar con usted de otro asunto. Aún no he bebido lo bastante como para olvidarme, ¿sabe, señor Cowart? No creo que haya suficiente alcohol en esta casa para hacer que me olvide de eso. Ni en todo el mundo lo habría.

El periodista se inclinó hacia delante.

—Le diré lo que vamos a hacer, teniente. Usted quiere información y yo también quiero información. Hagamos un trato.

El detective dejó su vaso.

—¿Qué trato?

—La confesión. Ésa es la primera parte del trato, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Cuénteme entonces la verdad sobre esa confesión, y yo le contaré la

verdad sobre Ferguson.

Brown se quedó sentado con la espalda muy recta, como si el recuerdo le entumeciera el cuerpo y las palabras.

—Señor Cowart —contestó despacio—, ¿sabe lo que pasa cuando uno ha vivido siempre en un lugar pequeño? Que si algo no funciona, puede olerlo en el aire, no sabe exactamente cómo, quizás en cómo el calor se deja sentir a mediodía y se desvanece al atardecer. Es como saberse las notas de una melodía: cuando la banda las toca, es como si ya las hubieras oído antes. No es que todo marche siempre a pedir de boca; también suceden cosas terribles. Pachoula no es tan grande como Miami, pero eso no quita que también tengamos maridos que pegan a sus mujeres, camellos adolescentes, putas, usureros, chantajistas y asesinos. Pasan las mismas cosas, sólo que es menos descarado.

—¿Y Bobby Earl?

—La cagó de buen principio. Yo sabía que planeaba matar a alguien. No sé si era su manera de caminar, de hablar, o esa risita que soltaba cuando le paraba yendo en coche. De donde procedía no podía esperarse otra cosa, era como un perro adiestrado para pelear. Trasladarse a la ciudad no hizo más que empeorar las cosas. Destilaba odio. A mí me odiaba, y a usted; lo odiaba todo. Iba a la deriva, haciendo tiempo hasta que el odio lo corrompiera por completo. Durante todo ese tiempo, él sabía que yo lo seguía. Sabía que estaba esperando. Y sabía que yo sabía que él también estaba esperando.

Cowart se quedó contemplando los entornados ojos del detective y pensó que Ferguson no era el único que destilaba odio.

—Deme detalles.

—No hay muchos. Una chica que asegura que la siguió hasta su casa. Otra dice que la quiso montar en su coche; al parecer se ofreció a llevarla. Trataba de ser amable. Una patrulla vecinal lo pilló merodeando por el barrio con las luces apagadas a medianoche. Había habido alguna violación y agresiones en los condados vecinos, pero los peritos no pudieron relacionarlas con él. Otra patrulla lo sorprendió en la puerta del colegio una semana antes de la desaparición y el asesinato de la niña, era justo la hora de salir de clase y él no supo explicar qué estaba haciendo ahí. Joder, pero si incluso pasé su nombre a la red nacional y pregunté a la policía de Nueva Jersey si en Newark tenían algo. Pero nada.

—Hasta que un día Joanie Shriver aparece muerta, ¿verdad?

Brown suspiró. El alcohol lo había apaciguado un poco.

—Exacto. Un día Joanie Shriver aparece muerta.

Cowart miró fijamente al teniente.

—Hay algo que no me está contando.

Brown lo reconoció con un gesto.

—Era la mejor amiga de mi hija. Y amiga mía también.

El periodista asintió con la cabeza.

Brown habló en voz baja:

—Su padre es el dueño de una cadena de ferreterías. Eran del abuelo, quien, cuando yo iba al colegio, me consiguió un empleo como hombre de la limpieza. Era uno de esos hombres que no prestaban atención al color de la piel, aunque en esos tiempos todo el mundo se fijaba en eso. ¿Recuerda lo que pasaba en Florida a principios de los sesenta? Había marchas, sentadas, quemas de cruces. Y a pesar de todo, él me dio un empleo. Me ayudó cuando entré en la universidad. Y cuando volví de Vietnam me recomendó en el cuerpo de policía. Hizo algunas llamadas y movió un par de hilos. Le debían algunos favores. ¿Cree que eso no significa nada? Y su hijo era amigo mío. Trabajábamos juntos en la ferretería. Nos contábamos chistes, hablábamos de nuestros problemas, de nuestras ilusiones de futuro. No era algo habitual en aquellos tiempos, aunque a usted todo eso seguramente no le diga nada. Pero para mí, señor Cowart, significa mucho. Nuestras hijas jugaban juntas. Y si tiene alguna idea de lo que eso significa, entenderá por qué no consigo dormir por las noches. Les debo un par de favores. Aún se los debo.

—Siga.

—¿Tiene idea de hasta qué punto puede uno odiarse a sí mismo por no haber sabido evitar algo tan inevitable como la salida del sol o las mareas?

Cowart arrugó el entrecejo y dijo:

—Quizá.

—¿Tiene idea de lo que es saber, saber con absoluta certeza y sin atisbo de duda, que algo terrible va a ocurrir y aun así ser incapaz de evitarlo? Y entonces, cuando ocurre, ¿que te arrebate a alguien a quien querías? ¿Que le rompa el corazón a un amigo de verdad? Y no poder hacer nada. ¡Nada de nada!

La fuerza de las palabras de Brown lo dejaron consternado. El detective apretó el puño como si agarrara la furia que ardía en su interior.

—¿Lo entiende ahora, señor Cowart? ¿Lo ve ahora?

—Creo que sí.

—Tenía a aquel hijo de puta delante de mí. Riendo con aires de suficiencia en su silla. Provocándome. Yo sabía que lo había hecho, pero él se creía intocable. Bruce me miró, y yo asentí con la cabeza. Salí del cuarto y él le dio su merecido a ese cabronazo. ¿Que si le sacamos la confesión a palos? Por supuesto que sí. Así fue. —Chocó las manos con fuerza, haciendo un ruido como de disparo—. ¡Pam! Le dimos con el listín telefónico. Tal como dijo el muy cabrón.

El detective fulminó a Cowart con la mirada.

—Lo asfixiamos, lo golpeamos y le hicimos putadas gordas. Pero el muy cabrón no cedía. Nos escupía y se echaba a reír. Era un tío duro, ¿sabe? Y mucho más fuerte de lo que parece a primera vista. —Brown cogió aliento—. Sólo lamento que no nos los cargáramos allí mismo, en aquel preciso instante.

El detective volvió a apretar el puño y le espetó al periodista:

—Cuando la violencia física no da resultado, ¿qué hay que hacer? Un poco de tortura psicológica y todo arreglado. Él no estaba asustado y le daba igual lo fuerte que le diéramos. Pero ¿qué es lo que podía asustarle?

Brown se puso en pie y se arremangó la pernera del pantalón.

—Aquí está la maldita pistola. Tal como él dijo: una pistola en el tobillo.

—¿Y eso le hizo confesar?

—No —dijo Brown con frialdad y rabia—. El miedo le hizo confesar.

El detective bajó el brazo y con un único y repentino movimiento liberó el arma. La empuñó y apuntó a Cowart en la frente. La amartilló con un ligero y perverso clic.

—Así —dijo.

Cowart notó un repentino calor.

—El miedo, señor Cowart, el miedo y el no saber hasta qué punto puede el odio volverle a uno loco.

La pequeña pistola parecía diminuta al lado de la imponente figura del detective, que parecía desbordado por sus emociones. Se inclinó y apoyó la pistola contra la cabeza de Cowart, donde la sostuvo unos segundos, fría como el hielo.

—Quiero saber la verdad —dijo—, y no quiero esperar. —Apartó la pistola, que quedó a escasos centímetros del rostro de Cowart.

El periodista seguía paralizado en su asiento. Hizo un esfuerzo por apartar los ojos de la oscura boca del cañón y volver a mirar al policía.

—¿Va a dispararme?

—¿Debería, señor Cowart? ¿Cree que le odio lo suficiente por haber venido a Pachoula con todas sus estúpidas preguntas?

—Si no hubiera sido yo, habría sido otro —repuso Cowart con voz quebrada.

—Habría odiado a cualquiera lo suficiente como para matarlo.

El periodista sintió pánico. Sus ojos buscaron el dedo del detective, apretado contra el gatillo. Creyó ver cómo se movía. «Dios mío, va a hacerlo», pensó, y por un instante se preparó para morir.

—Dígame —dijo Brown con frialdad—. Dígame lo que quiero saber.

Cowart se sintió palidecer. Las manos le temblaban en el regazo. Estaba perdiendo el control.

—Se lo diré. Pero retire la pistola. —El detective se lo quedó mirando—. ¡Sí, usted tenía razón, la tuvo desde el principio! ¿Es eso lo que quería oír?

Brown asintió con la cabeza.

—¿Lo ve? —dijo en voz baja y tranquila—, no es tan difícil obligar a hablar a alguien.

Cowart lo miró y repuso:

—No es a mí al que quiere matar.

Tanny Brown se quedó inmóvil unos instantes. Luego bajó pistola.

—Cierto. A usted no. O puede que sí, sólo que todavía no ha llegado el

momento.

Tomó asiento de nuevo y dejó la pistola en el brazo de la butaca; volvió a coger su vaso. Bebió para que el alcohol quemara su ira y respiró pausadamente.

—Se ha salvado por los pelos, Cowart, por los pelos.

El periodista se retrepó en su asiento.

—Últimamente me salvo de todo por los pelos.

Hubo un silencio antes de que el detective hablara de nuevo.

—¿No se quejan precisamente de eso los suyos? La gente se enfada siempre con la prensa porque trae malas noticias. Es aquello de cargarse al mensajero, ¿eh?

—Sí, muchos se lo toman de manera literal. —Cowart suspiró y soltó una carcajada. Se paró un instante a pensar—. Así es como ocurre, ¿verdad? Te apuntan con ese chisme a la cara y confieras lo que sea.

—No viene en los manuales de la policía —contestó Brown—, pero tiene razón. La tuvo desde el principio. Ferguson le contó la verdad. Así fue cómo conseguimos su confesión. Sólo que hay un pequeño problema.

—Ya sé cuál.

Se miraron fijamente y Cowart dijo lo que ambos sabían:

—La confesión era verdad. —Hizo una pausa y añadió—: Eso es lo que dice usted, eso es lo que cree.

Brown se reclinó en la butaca.

—Exacto —dijo. Respiró hondo y asintió con un gesto—. Jamás debí permitirlo. Tengo suficiente experiencia para haber sabido lo que iba a ocurrir, pero dejé que todo se fuera al traste. Es como cuando el coche derrapa en el barro: tienes todo bajo control, pero aceleras y en un abrir y cerrar de ojos todo se te escapa, das bandazos y acabas cruzado en la carretera. —Brown volvió a coger su vaso—. Pero como ve, yo creía que nos saldríamos con la nuestra. Bobby Earl se convirtió en su propio testigo de cargo. Aquel vejstorio de abogado suyo no se enteraba de nada. Llevamos a ese cabrón al corredor de la muerte, que es lo que se merecía, con el mínimo de patrañas y falsedades. Por eso confié en que todo saldría bien. Creí que quizás al fin dejaría de tener pesadillas con la pequeña Joanie Shriver...

—Sé lo que son esas pesadillas.

—Y entonces llega usted, con todas sus malditas preguntas. Destapando cada pequeño descuido, cada mentira. Ignorando la condena, como si nunca hubiera sido dictada. Por Dios. Cuanta más razón tenía usted, más lo odiaba yo. Es comprensible, ¿no cree? —Apuró el vaso, lo dejó sobre la mesa y se sirvió otro.

—¿Por qué admitió que Ferguson había sido abofeteado cuando fui a hablar con usted? Fue eso lo que me hizo abrir los ojos...

El detective se encogió de hombros.

—No, lo que le abrió los ojos fue ver a Bruce fuera de sí. En cuanto

presenció su cólera y su frustración, supe que iba a creer que había torturado a Ferguson, tal como dijo el muy cabrón. Creí que contándole una pequeña mentira, lo de la bofetada, podría ocultar la verdad. Me la jugué y perdí. Aunque por los pelos.

Cowart asintió:

—El efecto iceberg —dijo.

—Eso mismo —contestó Brown—; lo que se ve es la belleza del hielo en la cima, pero no el peligro que se oculta debajo.

Cowart rió sin humor, sólo un acceso de nervios y energía.

—Sólo un detalle más.

El detective se sonrió y dijo:

—Como ve, sé lo que le dijo Sullivan. Mejor dicho, no lo sé, pero no es difícil de adivinar. ¿Ése es el detalle?

El periodista asintió con la cabeza.

—¿Qué dijo usted que era Bobby Earl?

—Un asesino.

—Bien, creo que puede tener razón. Aunque también podría equivocarse. No sé. ¿Le gusta la música, detective?

—Sí.

—¿De qué tipo?

—Pop sobre todo. Alguna cosa de soul y rock de los sesenta para recordar la juventud. Mis hijas se ríen de mí por eso. Dicen que soy un carroza.

—¿Le gusta Miles Davis?

—Por supuesto.

—Es mi favorito.

Cowart se levantó y se acercó al equipo de música. Puso la cinta en la platina y se volvió hacia el detective.

—¿Le importa si escuchamos la última parte?

Pulsó un botón y unas melancólicas notas invadieron la estancia.

Brown se quedó mirando al periodista.

—Cowart, ¿qué está haciendo? No he venido a escuchar música.

Cowart volvió a su asiento.

—*Sketches of Spain*. Es muy famoso. Pregúntele a cualquier experto; le dirá que es uno de los hitos de la música de este país. El ritmo le atraviesa a uno, dulce y crudo a la vez. Puede que le parezca que tiene un final agradable y sencillo. Pero no.

Los instrumentos de viento empezaban a apagarse lentamente cuando irrumpió la agria voz de Sullivan. Brown se incorporó de un brinco. Estiró el cuello en dirección a los altavoces, tenso todo el cuerpo.

«... ahora le contaré la verdad sobre la pequeña Joanie Shriver... la pequeña y dulce Joanie...» Sullivan hablaba con una voz socarrona, clara y potente.

«... número cuarenta», dijo Cowart en la cinta.

La risa del asesino retumbó en el aire.

El periodista y el detective se quedaron inmóviles, dejándose envolver por la voz de Sullivan. Cuando la cinta llegó al final y se paró, ambos se quedaron mirando en silencio.

—Joder —suspiró Brown—, lo sabía. Hijo de puta.

—Así es.

Brown se levantó y entrechocó las manos. Se sentía lleno de energía, como si las palabras de Sullivan hubieran cargado el aire de electricidad. Apretó los dientes y dijo:

—Ya te tengo, cabronazo. Ya te tengo.

Cowart permaneció clavado en el sofá mirando al policía.

—De eso nada —dijo.

—¿Qué quiere decir? —El detective miró la platina—. ¿Quién más sabe algo de esto?

—Usted y yo.

—¿No les ha dicho nada a los detectives de Monroe?

—Aún no.

—¿Es usted consciente de que está ocultando pruebas importantes en una investigación por asesinato? ¿Es consciente de que eso es un delito?

—¿Qué pruebas? Un asesino embustero y psicópata me cuenta una historia. Le endilga a otro hombre varios asesinatos. ¿Y qué? Los periodistas oímos cosas parecidas cada día. Escuchamos, analizamos y desechamos. Dígame: ¿pruebas de qué?

—De su puta confesión. La descripción de las muertes de su madre y su padrastro. De cómo lo tramó todo. Una declaración póstuma, como dijo él, es válida ante un tribunal.

—Mintió. Mintió a diestro y siniestro. A mi juicio, al final ya no era capaz de discernir la verdad de la ficción.

—Y una mierda. A mí me parece una declaración sincera.

—Porque usted está predispuesto a creérsela. Mírelo así: imagínese que le digo que el resto de la entrevista es puro embuste. Que se atribuye asesinatos que no pudo cometer. Que incurre en todo tipo de incoherencias. Que era grandilocuente, egocéntrico, que quería pasar a la historia por sus actos. ¡Pero si sólo le faltaba admitir que disparó contra Kennedy y que sabía dónde encontrar el cuerpo de Jimmy Hoffa! Ahora que tiene un poco más de visión de conjunto, ¿no se pregunta si estaría diciendo la verdad al hablar de este o aquel asesinato?

Brown titubeó.

—No.

Cowart lo miró.

—De acuerdo. Puede que fuera así.

—¿Y qué hay de él y Bobby Earl? ¿A qué viene la traición? Tal vez creía que de esa manera se la devolvería a Bobby Earl. ¿Qué sentido tiene todo esto? Ahora que está muerto no podemos ni preguntárselo, a no ser que esté usted dispuesto a bajar al infierno.

—Lo estoy.

—Y yo.

El detective le lanzó una mirada fulminante pero después relajó la expresión y movió la cabeza.

—Creo que ya entiendo.

—¿El qué?

—Por qué es tan importante para usted creer que Bobby Earl sigue siendo inocente. Ya sé por qué ha dejado su propia casa hecha un estropicio. Su apacible vida se vino abajo cuando oyó lo que Sullivan le decía, ¿no?

Cowart hizo un gesto dando a entender que aquello era obvio.

—Premios, reputación, porvenir. Palabras mayores. Quizás habría preferido retroceder en el tiempo, ¿no, señor Cowart?

—Eso no es posible —contestó en voz baja.

—Claro que no. Quizás usted puede mirar hacia otro lado en muchas ocasiones, pero esta vez no puede quitarse de la retina a la chiquilla muerta en aquella ciénaga, ¿no? De nada le sirve cerrar los ojos.

—Así es.

—Así que también usted está en deuda, ¿verdad, señor Cowart?

—Eso parece.

—¿Necesita enmendarse? ¿Devolver el orden al mundo?

Cowart esbozó una sonrisa taciturna y se sirvió otra copa. Le hizo un gesto a Brown para que se sentara. El detective lo hizo, pero en el borde del asiento, tenso como si se dispusiera a saltarle encima.

—Muy bien —dijo el periodista—. Usted es el detective. ¿Por dónde empezaría? ¿Yendo a ver a Bobby Earl?

Brown reflexionó.

—Tal vez. La presa no caerá a no ser que la trampa esté perfectamente tendida.

—Eso si es que tenemos trampa alguna que tender. Y si es que él es la presa.

—Veamos —dijo Brown—. Sullivan dijo un par de cosas que pueden comprobarse en Pachoula. Tal vez haya que volver a hablar con la anciana y echar un vistazo a su casa. Según Sullivan hay algo que pasamos por alto. Averigüemos si decía la verdad. Podemos empezar por ahí, a ver qué es verdad y qué no lo es.

Cowart asintió.

—Muy bien. Pero a no ser que demos con fotos de Ferguson con las manos en la masa, no nos servirá de mucho... No podemos hacerle nada, al menos a través de los tribunales. Sabe muy bien que no podemos llevarle a juicio, y mucho menos con esa confesión de por medio. Ningún tribunal admitiría el caso a trámite. —Respiró hondo—. Y hay algo más. Si nos presentamos ante la anciana, se dará cuenta de que algo pasa. Y en cuanto ella lo sepa, él lo sabrá también.



Brown asintió, pero añadió:

—Con todo, quiero una respuesta.

—Yo también. Pero piense en el caso de Monroe. Si lo hizo él, y lo digo en condicional, si lo hizo, podría pillarlo por ahí. —Hizo una pausa y luego rectificó—: Podríamos pillarlo por ahí.

—¿Y con eso todo arreglado? ¿Lo metemos otra vez en el corredor de la muerte? Borrón y cuenta nueva, ¿es eso lo que está pensando?

—Es posible. Espero.

—La esperanza —dijo el detective— es algo en lo que jamás he creído. Como en la suerte o la religión. Y de todos modos —sacudió la cabeza—, tenemos el mismo problema: un hombre a punto de morir sostiene que ha hecho un trato criminal. La única prueba son los muertos del condado de Monroe. ¿Cree que podríamos encontrar un arma y relacionarla con Bobby Earl? Quizás utilizó una tarjeta de crédito para comprar un billete de avión y alquilar un coche, así podríamos situarlo en el lugar el día de los hechos. ¿Cree que pudo verlo alguien? ¿O quizá se encargó de sellarles la boca? ¿Lo cree tan estúpido como para dejar huellas o cabellos o cualquier otra prueba forense que sus estimados amigos de la policía de Monroe estén dispuestos a cederle sin hacer preguntas? ¿No cree que después de la primera vez debió de aprender la lección y que ahora no habrá dejado rastro alguno?

—No lo sé. Ni siquiera sé si lo hizo.

—Si no fue él, ¿quién coño fue? ¿Cree que Sullivan pudo hacer más encargos desde la prisión?

—Yo sólo sé una cosa: los encargos, los engaños y la manipulación eran su especialidad, para eso vivía.

—Y por eso murió.

—Efectivamente. Puede que fuera su último encargo.

Brown se relajó en su asiento. Sacó la pistola, jugueteó con ella y pasó un dedo por el metal azulado.

—Se aferra usted a eso de la objetividad, señor Cowart. Le da igual estar quedando como un imbécil.

Cowart fue presa de la ira.

—No tan imbécil como alguien que le saca a bofetadas la confesión a un asesino y consigue que por ello lo dejen libre.

Hubo un breve silencio entre ambos antes de que el detective dijera:

—Y también está ese otro fragmento de la cinta, ¿verdad? Aquel en que Sullivan dice: «Alguien como yo.» —Miró al periodista con aspereza—. ¿No le llamó la atención? ¿Qué cree que quiso decir? —siseó—. ¿No le parece que deberíamos encontrarle respuesta a esa pregunta?

—Sí —admitió Cowart con amargura e hizo una pausa—. Muy bien. Tiene razón. Manos a la obra. —Miró fijamente al policía—. ¿Hay trato?

—¿Qué clase de trato?

—No lo sé.

Brown asintió con la cabeza.

—En ese caso, supongo que sí.

Ambos se observaron. Ninguno de los dos confiaba en el otro lo más mínimo, pero sabían que era necesario averiguar la verdad; el problema, se decían para sus adentros, era que cada uno de ellos necesitaba una verdad distinta.

—¿Y qué hacemos con los detectives de Monroe? —preguntó Cowart.

—Dejémosles hacer su trabajo. Al menos de momento. Tengo que ver por mí mismo qué fue lo que pasó.

—Regresarán. Creo que soy lo único que tienen para sacar el caso adelante.

—Entonces ya veremos —dijo Brown—. Pero a mí me da que volverán a la prisión. Es lo que yo haría si estuviera en su lugar. —Señaló la cinta—. Y si no supiera eso.

El periodista sacudió la cabeza.

—Hace unos minutos me acusaba de violar la ley.

Brown se puso en pie y le lanzó una mirada breve pero feroz. Cowart se la sostuvo.

—Me temo que habrá que violar unas cuantas leyes más si queremos acabar con esto —murmuró el policía.

# 15

## NUEVAS PESQUISAS

Una oleada de calor parecía interponerse entre el azul pálido del océano y el cielo. Avanzaban a través del bochorno, respirando con dificultad. Ambos iban en silencio, pensativos, levantando una polvareda al caminar y pisando de vez en cuando alguna concha o un fragmento de coral de los que pueden encontrarse por Tarpon Drive. Ninguno de los dos veía en el otro a un aliado; lo único que sabían era que estaban complicados en un mismo asunto y que lo más seguro era mantenerse unidos. Cowart había aparcado su coche junto a la casa donde había encontrado los cuerpos. Luego habían ido puerta por puerta con un retrato de Ferguson sacado del archivo fotográfico del *Journal*.

A la tercera casa ya habían establecido la manera de proceder: Tanny Brown mostraba su placa, Matthew Cowart se identificaba. A continuación enseñaban la foto y hacían una única pregunta: «¿Ha visto alguna vez a este hombre?»

Una joven con un vestido amarillo y un mechón de pelo rubio pegado a la frente a causa del sudor se cargó su majadero niño a la cadera, observó la foto y negó con la cabeza. Dos adolescentes que estaban arreglando un motor fueraborda en el jardín de otra casa escrutaron la fotografía con una atención que seguramente no prestaban en clase, pero su respuesta también fue negativa. Un hombre fornido, con barriga prominente, vestido con unos vaqueros viejos y una chaqueta sin mangas con un parche de Harley Davidson en el pecho, se negó a atenderles diciendo: «No hablo con polis ni con periodistas. No sé nada que les pueda ser útil.» Y les dio con la puerta en las narices con tanta fuerza que tembló hasta el marco.

Siguieron recorriendo la calle. Había quien, en vez de contestar, preguntaba: «¿Quién es este tío?», «¿Por qué lo preguntan?»

Cowart no tardó en percatarse de que Brown tenía tendencia a tomarse los casos como una cuestión personal. Si le preguntaban: «¿Tiene algo que ver con

los asesinatos que hubo al otro lado de la calle?», replicaba: «¿Sabe algo acerca de lo ocurrido?»

La pregunta era recibida con miradas perplejas y negaciones de cabeza.

Brown les preguntaba también si había pasado por allí alguien del departamento de policía de Monroe. Todos contestaron afirmativamente. Recordaban a una joven detective arisca y arrogante que había llegado el día que aparecieron los cuerpos. Pero nadie había visto ni oído nada fuera de lo habitual.

—Están siguiendo la otra pista —farfulló Tanny Brown.

—¿Quiénes?

—Sus amigos de Monroe. Han hecho lo que yo habría hecho.

Cowart asintió. Echó un vistazo a la fotografía que tenía en la mano pero se negó a verbalizar sus oscuros pensamientos, que contrastaban con la cegadora luz del sol.

El sudor oscurecía el cuello de la camisa del detective.

—Qué romántico, ¿no? —gruñó.

Estaban ante una valla metálica que protegía una caravana azul eléctrico, algo corroída, con el adhesivo de un exótico flamenco rosa pegado en la puerta delantera. El sol se reflejaba en los acabados metálicos de la caravana de modo que todo el remolque resplandecía. Un pequeño acondicionador de aire colgaba de una ventana, luchando contra el bochorno entre zumbidos y chasquidos. A menos de diez metros, y atado a un poste medio inclinado, un pitbull moteado vigilaba a los dos hombres. Cowart reparó en que, a pesar del calor, el perro no sacaba la lengua sino que mantenía la mandíbula bien cerrada. Parecía atento aunque no exactamente alerta; como si al animal le pareciera inconcebible que alguien quisiera disputarle el señorío del jardín o ponerse a su alcance.

—¿A qué se refiere? —preguntó Cowart.

—Alguien tendría que llamar a la policía. —Brown observó al perro y después la puerta—. Habría que pegarle un tiro a ese bicho. ¿Ha visto alguna vez lo que uno de éstos puede hacerle a una persona? ¿Y a un niño?

Cowart asintió con un gesto. Los pitbull eran un clásico en Florida. En el sur del estado los camellos los empleaban como perros de vigilancia. Los chavales de los alrededores del lago Okeechobee los criaban en unas granjas ilegales llenas de inmundicia, donde los adiestraban para defensa y ataque. Muchos vecinos los tenían por miedo a los ladrones y fingían sorpresa cuando el animal le destrozaba la cara al hijo de algún vecino. Una vez había escrito un artículo al respecto, después de visitar una oscura habitación de hospital donde yacía un niño de doce años lleno de vendajes y mudo a causa del dolor y una mala operación de cirugía plástica. Su amigo Hawkins intentó denunciar al dueño del perro por agresión con arma letal, pero no prosperó.

La puerta de la caravana se abrió y apareció un hombre de mediana edad que se quedó observándolos. Vestía camiseta blanca y pantalones caquis que llevaban meses sin ver una lavadora. El pelo empezaba a clarearle, las greñas

parecían pegadas a mechones en el cuero cabelludo, y su cara, rubicunda y con gesto de malas pulgas, estaba sin afeitar. Avanzó hacia ellos sin hacer caso del perro, que cambió de posición, meneó la cola y siguió vigilando.

—¿Ocurre algo?

El teniente le enseñó su placa.

—Tenemos un par de preguntas.

—¿Sobre esos tíos a los que les metieron un tajo en el cuello?

—Precisamente.

—Ya vinieron otros maderos a preguntar. Yo no sé nada.

—Quiero enseñarle la foto de una persona, por si la ha visto por aquí en las últimas semanas o en otro momento.

El hombre accedió con un gesto y se detuvo a pocos metros de la valla.

Cowart le tendió la fotografía de Ferguson. El hombre la observó y a continuación sacudió la cabeza.

—Mírela bien. ¿Está seguro?

El hombre miró a Cowart, molesto.

—Claro que estoy seguro. ¿Es un sospechoso o algo?

—Sólo queremos saber un par de cosas sobre él —contestó Brown, y cogió la fotografía—. ¿No lo ha visto merodeando, o quizá conduciendo un coche alquilado?

—No —respondió el hombre. Sonrió dejando a la vista una mermada dentadura amarillenta—. No he visto a nadie ni merodeando ni en ningún coche alquilado. Le diré más: es usted el primer negro que veo por aquí en mi vida. —Escupió, soltó una risa sarcástica y añadió—: Se parece a usted. Negro... —Pronunció la palabra alargando las dos sílabas con tono de mofa mordaz.

Luego el hombre volvió el rostro sonriente hacia el perro y dio un silbido; el animal se puso en pie al instante, erizó el pelaje de los cuartos traseros y enseñó los dientes. Cowart dio un paso atrás al percatarse de que aquel hombre probablemente dedicaba más tiempo, empeño y dinero en alimentar al perro que a sí mismo. Pero Brown no se inmutó. Transcurrido un momento, marcado por el grave gruñido del perro, el policía retrocedió y echó a andar por la calle. Cowart tuvo que acelerar para no perderlo.

—Vámonos —dijo Brown.

—Aún nos quedan algunas casas.

—Vámonos —repitió Brown. Se detuvo y señaló en torno a las decrepitas casas y caravanas—. Ese cabrón tiene razón.

—¿A qué se refiere?

—Un negro conduciendo por esta calle a plena luz del día cantaría como una almeja. Sobre todo un negro joven. Si Ferguson estuvo aquí, vino al amparo de la noche. Puede que lo hiciera, pero corrió un gran riesgo.

—¿Qué riesgo habría habido a medianoche? Nadie le habría visto.

El policía se apoyó en el lateral del coche.

—Venga, Cowart, piénselo. Le dan una dirección y le encargan un

asesinato. Le encargan que vaya a un lugar en el que nunca ha estado, que encuentre una casa que nunca ha visto, que entre y que se cargue a dos personas que no conoce y que luego se largue sin dejar pruebas y sin llamar la atención. El riesgo era enorme. Así que primero habría ido a ver el sitio y con quién tendrá que vérselas. ¿Y cómo iba a hacerlo sin que lo vieran? Aquí nadie se mueve del barrio, coño, la mitad son jubilados que se pasan el día sentados ahí fuera aunque el sol caiga a plomo, y la otra mitad son incapaces de trabajar más de diez minutos seguidos. Excepto mirar, no tienen mucho que hacer.

Cowart sacudió la cabeza.

—Pero cosas como ésta ocurren cada día —contestó—. ¿A qué se refiere?

—Claro que ocurren. Supongamos que Sullivan le dio el plan ya hecho, que le facilitó toda la información necesaria... —Hizo una pausa—. Vale, es posible, pero creo que después de haber pasado tres años en el corredor, Ferguson se cuidaría mucho de hacer algo que pudiera devolverle allí dentro por un descuido.

Al periodista le pareció un razonamiento sensato, pero se resistía a admitirlo.

—¿Por qué tuvo que haber venido la semana pasada? Pudo haber venido mucho antes. Quizá fue lo primero que hizo al salir de la cárcel. En cuanto dejó de ser noticia, cuando hacía un par de semanas que su cara ya no salía en los periódicos ni en la tele. Llega con cara de inocente y da una vuelta por aquí. Sabe que son una pareja de ancianos y que tienen una rutina fija. Se hace una idea general de lo que tendrá que hacer. Quizá llama a la puerta, trata de venderles una enciclopedia o que se suscriban a una revista. Se queda en la casa lo suficiente para echar un vistazo sin levantar sospechas. Luego se larga. ¿Qué más da que lo vean?, sabe que cuando vuelva ya se habrán olvidado de él.

Brown asintió con un gesto y miró a Cowart.

—No está mal para un periodista —dijo—. Es posible. Habrá que considerarlo. —Esbozó una leve sonrisa antes de añadir—: Aunque no es eso lo que usted desea averiguar. Lo que a usted le interesa es comprobar que no pudo haberlo hecho. No cómo lo hizo, ¿cierto?

Cowart abrió la boca para responderle, sin llegar a hacerlo.

—Y hay más, Cowart —continuó Brown—. Lo que voy a decirle le gustará porque hace que su hombre parezca inocente. Supongamos que Sullivan pactó ese encargo, como él afirma, pero no con Bobby Earl sino con otra persona, y que en realidad quería asegurarse de que nadie iba a mirar bajo la piedra adecuada. ¿Qué mejor manera de asegurarse que contándole a usted que Mister Inocente era el asesino? Sabía que tarde o temprano alguien vendría a esta calle con una foto de Bobby Earl en la mano. Y si el nombre de Bobby Earl aparece de nuevo en la prensa, el tipo tendrá tiempo de sobra para destruir cualquier prueba. Un poco más de confusión. —Hizo una pausa—. Usted sabe muy bien lo importante que es ser rápido de reflejos en un caso de asesinato, ¿verdad, Cowart? Antes de que el tiempo borre los hechos y las pruebas.

— Sé lo importante que es ser rápido de reflejos. Eso es lo que usted hizo en Pachoula y mire en qué berenjenal nos hemos metido.

Brown frunció el ceño.

Cowart notó cómo el sudor de las axilas le resbalaba cosquilleándole las costillas.

— Todo puede ser — contestó.

— Así es.

Brown se enderezó y se frotó la frente con una mano, como si quisiera arrancar los pensamientos de su interior. Suspiró.

— Quiero ver el escenario del crimen — dijo, y echó a andar por la calle a buen paso, como si caminando deprisa pudiera dejar atrás el calor que los abrumaba.

Al llegar al número 13, el policía vaciló y dijo:

— Bueno, al menos las circunstancias le eran propicias.

— ¿Qué quiere decir?

— Fíjese en la casa, Cowart. Es un lugar ideal para matar a alguien. — Hizo un gesto con el brazo—. Apartada de la calle, sin vecinos cerca. ¿Ha visto cómo está dispuesta la casa? De noche es imposible saber qué ocurre allí dentro a menos que se acerque uno hasta aquí. ¿Le parece que ese Míster Dientes Podridos se toma la molestia de pasear al perro por la noche? Apuesto a que, cuando el sol se pone y los vecinos encienden la tele después de un par de copas, por la calle no anda nadie más que esos adolescentes. Todos los demás están borrachos o viendo la reposición de *Dallas* o rezando para el día del Juicio. Seguro que estos de aquí no creían que les fuera a llegar tan pronto.

Cowart escudriñó el exterior de la casa. Imaginó el lugar de noche y le pareció que Brown llevaba razón. Tal vez hubo gritos, como si la pareja estuviera discutiendo, pero debieron de mezclarse con el volumen alto de los televisores. Botellas rotas, gritos de borracho, quizá ladridos de perro. Incluso en el caso de que alguien oyera un coche arrancando a toda prisa, debió de pensar que era algún chaval.

— Un sitio ideal para matar — dijo Brown.

La casa estaba precintada con cinta amarilla de la policía. El detective pasó por debajo y Cowart lo siguió hasta doblar la esquina.

— Por ahí — dijo Brown señalando la puerta trasera.

— Está sellada.

— Y una mierda. — Abrió la puerta de un simple tirón, rompiendo la cinta amarilla.

En la cocina todavía era perceptible el olor a muerte, que mezclado con el bochorno convertía la estancia en un nicho asfixiante. Había rastros de las pesquisas de la policía por toda la habitación. Polvo para huellas dactilares sobre la mesa y las sillas, marcas de tiza y flechas que señalaban algunos rincones. Los charcos de sangre reseca seguían en el suelo aunque podía apreciarse que se habían tomado muestras. Cowart observó cómo el detective

examinaba y evaluaba cada indicio.

Brown analizó la cocina mentalmente. Primero visualizó al equipo de forenses procesando el escenario, la rutina de la muerte. Se arrodilló junto a un charco de sangre que parecía casi negro en contraste con el claro linóleo del suelo. Lo rascó con un dedo, notando la consistencia pastosa de la sangre seca. Al levantarse, se imaginó al hombre y la mujer atados y amordazados, aguardando la muerte. Por un momento se preguntó cuántas veces se habrían sentado en aquellas mismas sillas, compartiendo el desayuno o la cena o discutiendo sobre la Biblia o cumpliendo con los ritos de su rutina. Ésa es una de las peores partes de trabajar en homicidios; caer en la cuenta de que la banalidad y la monotonía en que vive la mayoría de las personas pueden transformarse de repente en algo maligno; de que los lugares que se tenían por seguros son ahora escenario de muerte. De todos los heridos que había visto en la guerra, los que más le impresionaban eran los heridos por mina: pies amputados y cosas peores. No era tanto el inhumano efecto de las minas como su manera de actuar: uno daba un paso y el daño ya estaba hecho. Los más afortunados sólo perdían el pie. ¿Sabía esta gente que vivía sobre un campo de minas?, se preguntó. Se volvió hacia Cowart.

«Al menos lo entiende», pensó. Ni siquiera el suelo es lugar seguro. Brown salió de la cocina y dejó a Cowart de pie al lado de la oscura mancha.

Recorrió rápidamente la casa haciendo inventario de las vivencias que en ella debían de acumularse. «Vidas insulsas —pensó—, entregadas a Jesucristo y a la espera de la muerte. Probablemente creían que la edad apagaría sus vidas, pero no fue así.» Se detuvo ante un pequeño armario del dormitorio y admiró la cantidad de zapatos y zapatillas alineados en el suelo, como un regimiento desfilando. Su padre hacía lo mismo; a los ancianos les gusta que cada cosa esté en su sitio. En una esquina había una canastilla con labores, carretes de hilo y largas agujas plateadas. Eso le sorprendió: ¿qué podía tejerse en aquellas latitudes? ¿Un jersey? Ridículo. Acertó a ver un par de figuritas de escayola en la mesilla de noche, dos azulejos con el pico abierto como si estuvieran cantando. «¿Y vosotros? —les dijo mentalmente—. ¿No visteis al asesino?» Movié la cabeza pensando en lo absurdo de la situación. Sus ojos siguieron peinando la pieza. «Un cuarto poco confortable. ¿Quién os mató?», se preguntó. A continuación regresó a la cocina, donde encontró a Cowart contemplando el suelo salpicado de sangre.

—¿Alguna novedad? —preguntó Cowart alzando la vista.

—Sí.

—¿Y bien? —preguntó Cowart con sorpresa e impaciencia.

—He llegado a la conclusión de que me gustaría morir solo en algún lugar retirado para que nadie venga a hurgar entre mis cosas —contestó Brown.

Cowart echó un vistazo a una marca de tiza en el suelo que ponía «ropa de noche».

—¿Qué es eso? —preguntó Brown.



—La anciana iba desnuda. Su ropa estaba aquí pulcramente doblada, como si se dispusiera a guardarla en un cajón en el momento de ser asesinada.

Brown preguntó bruscamente:

—¿Cómo que pulcramente doblada?

Cowart asintió con la cabeza.

El policía lo miró.

—¿Recuerda dónde encontramos a Joanie Shriver?

—Sí. —Cowart rememoró aquel claro a orillas del pantano. Se daba cuenta de que la pregunta significaba algo pero no estaba seguro de qué. Caminó mentalmente por el claro, recordando el charco de sangre donde la pequeña había sido asesinada, los rayos de sol que penetraban a través de árboles y enredaderas. Fue hasta el borde de las aguas estancadas de la negruzca ciénaga y bajó la vista hasta la maraña de raíces donde fue encontrado el cuerpo de Joanie, luego continuó hasta donde la había dejado el equipo de rescate y por fin le vino a la memoria lo que encontraron junto al lugar del crimen: sus ropas.

Pulcramente dobladas.

Era la clase de pormenores que había mencionado en su primer artículo, un simple detalle que confería verosimilitud a la prosa periodística; daba a entender que el asesino de la pequeña poseía un talante metódico, lo cual le hacía a la vez más tangible y más abominable. Se volvió hacia el detective.

—Esto es una señal.

Brown, acometido por una súbita furia, dejó que la rabia fluyera por su interior unos instantes antes de atajarla y deshacerse de ella.

—Puede ser —dijo lacónico—. Ojalá lo sea.

Cowart señaló en torno a la casa.

—¿Hay algo más que sugiera que...?

—No. Nada. Algunas cosas podrían hacer pensar en quien ha muerto pero no en su asesino. A excepción del detalle de la ropa. —Miró a Cowart antes de continuar—. Aunque usted quizá prefiera seguir pensando que es una coincidencia.

Y echó a andar por el ensangrentado suelo y salió de la casa sin mirar atrás, con la certidumbre de que los rayos del sol ya no podían arrojar luz sobre nada relevante.

Ambos hombres se alejaron a paso lento del escenario del crimen en dirección al coche.

—¿Alguna opinión profesional? —preguntó Cowart.

—Sí.

—¿Y bien?

El policía vaciló antes de contestar.

—Verá Cowart, en algunos escenarios es posible sentir emociones apenas llegas al lugar. Rabia, odio, pánico, miedo, lo que sea; ahí están, flotando en el aire, como un perfume. Pero ¿ahí? ¿Qué hay ahí dentro? Sólo alguien haciendo su trabajo, como usted o como yo o como el cartero que estaba aquí cuando

usted encontró los malditos cuerpos. Quienquiera que entrara ahí para cargarse a esos ancianos sabía lo que se hacía. No tenía miedo, y tampoco era codicioso. Sólo tenía una cosa en mente. Y la hizo.

Cowart asintió.

Brown abrió la puerta del conductor y, antes de sentarse al volante, miró a Cowart por encima del techo.

—Si la pregunta es si he visto algo ahí dentro que me asegure que Ferguson es el asesino... —Negó con la cabeza—. Pero quien hizo esto se tomó su tiempo para doblar la ropa con todo cuidado y sabía manejar bien un cuchillo. Y yo sé de alguien al que los cuchillos le encantan.

Salieron de los Cayos Altos, dejando el condado de Monroe a sus espaldas y entrando otra vez en Dade, lo que hizo que Cowart se sintiera de nuevo en territorio familiar. Dejaron atrás una señal que indicaba a los turistas el camino del Shark Valley y el parque nacional de los Everglades y continuaron en dirección a Miami, hasta que Brown sugirió hacer una parada para comer algo. El detective se negó a entrar en unos cuantos establecimientos de comida rápida, hasta que llegaron a la zona de Perrine y Homestead. Abandonaron la autopista y se adentraron por una serie de callejuelas plagadas de baches. Cowart contempló las casas: pequeñas, cuadradas, edificios de un solo piso con ventanas de celosía abiertas y tejados planos de teja roja ornados con descomunales antenas de televisión. Los jardines delanteros estaban todos mustios y llenos de basura, con alguna que otra porción de hierba verde. En más de uno había coches sostenidos sobre bloques y piezas esparcidas por la hierba. Los pocos niños que vio jugando en la calle eran negros.

—¿Ha estado alguna vez en esta parte del condado, Cowart?

—Desde luego.

—¿Cubriendo algún asesinato?

—Así es.

—Jamás se les ocurrirá venir por aquí para escribir un artículo sobre los chavales que consiguen becas para la universidad o los padres que tienen dos empleos para educar a sus hijos como Dios manda.

—Eso no es verdad.

—Pero apuesto a que no es lo habitual.

—No, ahí le doy la razón.

El policía observó los alrededores.

—¿Sabe? Debe de haber un centenar de sitios como éste en Florida. Quizás un millar.

—¿Qué quiere decir?

—Sitios a medio camino entre la pobreza y el bienestar. Gentes que no llegan a la clase media-baja. Barrios negros a los que no se les ha permitido ni prosperar ni hundirse, sólo existir. En todas las casas entran dos sueldos, sólo

que ambos demasiado exiguos. El hombre seguramente trabaja en el centro de residuos del condado y la mujer cuida a gente mayor. Aquí empieza el sueño americano. Compran una casa, llevan a los chicos al colegio del barrio. Les gusta vivir aquí. Ninguno de ellos pretende hacer fortuna, lo único que quieren es salir adelante y tal vez mejorar un poco. El alcalde es negro, los concejales son negros, probablemente el jefe de policía también es negro, igual que la docena de muchachos que tiene a sus órdenes.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Me llegan ofertas, ¿sabe? Para jefe del departamento de homicidios de algunos condados. Puede que a escala estatal yo no sea un tipo muy conocido, pero tengo mi público, ya me entiende. Voy por todo el estado. Sobre todo por pequeñas localidades como Perrine.

Siguieron a lo largo de varias manzanas. A Cowart la tierra se le antojó dura y estéril a pesar de que en el sur de Florida puede plantarse de todo. De un trozo de tierra cualquiera crecen parras, helechos y vegetación a la que te descuidas. Pero no allí. La tierra tenía una textura polvorienta que parecía corresponder a otro lugar, a Arizona, Nuevo México o cualquier región del suroeste. A algún lugar más cercano al desierto que a las marismas. Brown enfiló un amplio bulevar y por fin detuvo el coche en medio de una pequeña zona comercial. En un extremo había un gran supermercado y al otro, un viejo almacén de juguetes de oferta; entre uno y otro, dos docenas de negocios más pequeños y un restaurante.

—Allá vamos —dijo el teniente—. Al menos la comida será fresca y no cocinada a base de fórmulas diseñadas por ratas de oficina.

—De modo que ya ha estado aquí.

—No, pero he estado en docenas de sitios parecidos. Al final acabas reconociéndolos por su aspecto. —Sonrió—. Ser poli consiste en eso, ¿recuerda?

Cowart se quedó observando el almacén de juguetes.

—Estuve aquí una vez. Un hombre secuestró a una mujer y a su hijo cuando salían del almacén. Los eligió al azar. Los hizo subir a su coche y los llevó de un lado para otro durante medio día, parando de vez en cuando con la intención de forzar a la mujer. Un policía fuera de servicio le dio el alto tras notar algo sospechoso. Les salvó la vida. El tipo sacó un cuchillo y él le disparó. Un solo tiro. Le atravesó el corazón. Un disparo providencial.

Brown se quedó parado y siguió la mirada de Cowart hasta el almacén de juguetes.

—Estaban comprando cosas para la fiesta del segundo cumpleaños del niño —dijo el periodista—. Globos, sombreros de verbena con dibujos de payasitos. Cuando los rescataron aún llevaban la bolsa.

Recordó la bolsa que la mujer sostenía con la mano libre. De la otra llevaba al niño mientras los acompañaban hasta una ambulancia. Les habían echado una manta por encima, a pesar de que era mayo y el calor era sofocante. Una experiencia como ésa deja helado a cualquiera.

—¿Por qué les dio el alto aquel agente? —preguntó Brown.

—Dijo que el conductor se comportaba de forma sospechosa. Se tapaba con las manos. Procuraba que no le vieran la cara.

—¿En qué página salió el artículo?

Cowart dudó, luego respondió:

—En primera plana.

El detective movió la cabeza.

—Ya sé por qué el agente le dio el alto —dijo—. Mujer blanca, hombre negro. ¿Me equivoco?

Cowart tardó en admitirlo.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Vamos, Cowart. Antes le interesaban las estadísticas, ¿se acuerda? Quería saber si yo conocía los datos del FBI acerca de los crímenes de negros contra blancos. Pues sí, los conozco. Y lo que también sé es que eso fue lo que hizo que su artículo de los cojones apareciera en primera plana en vez de quedarse a mitad de la sección de sucesos. Porque si los secuestrados hubiesen sido negros no habría salido de ahí, ¿verdad?

Cowart quería negarlo, pero era imposible.

—Es posible.

El policía soltó un bufido.

—¡Es posible! Una respuesta muy diplomática, Cowart. —Hizo un gesto con el brazo—. ¿Cree que el jefe de la sección local habría enviado a una de sus estrellas a un sitio como éste sin la absoluta certeza de que el artículo iba a salir en primera plana? Y un cuerno. Habría mandado a un becario o a cualquier reportero de tercera para que redactara unos párrafos.

Brown echó a andar hacia la puerta del restaurante, y mientras cruzaba el aparcamiento dijo:

—¿Quiere saber una cosa, Cowart? ¿Quiere saber por qué aquí la vida es dura? Porque aquí todo el mundo sabe lo cerca que están del gueto. Y no estoy hablando de distancias. ¿A cuánto queda Liberty City, a cincuenta, quizá sesenta kilómetros? No; es el miedo lo que está cerca. Saben que no tendrían el mismo dinero, las mismas actividades, las mismas escuelas, nada sería lo mismo. Por eso se aferran al sueño de la clase media como si fuera un balón de oxígeno. Todos saben cómo son las cosas en el gueto, su presencia es como un remolino que trata de engullirlos a todas horas. La única manera de mantenerlo a distancia es con sus empleos esclavizantes, con los cheques que se gastan en cuanto les caen en las manos, con sus casas pequeñas y agobiantes.

—¿Y qué me dice del norte de Florida? De Pachoula.

—Lo mismo. Sólo que allí está además el miedo a que el viejo Sur vuelva a convertirse en un lastre para ellos. Ya sabe, miseria y atraso de cabañas de cartón alquitranado sin retrete.

—¿No es de ahí de donde salió Ferguson? ¿De ambos?

El detective asintió.

—Pero prosperó y se abrió camino.

—Como usted.

Brown se detuvo y lo encaró.

—Como yo —reconoció con un gruñido—. Pero me parece una comparación muy poco afortunada.

Entraron en el restaurante.

La hora de comer había pasado hacía rato pero aún era pronto para cenar, así que tenían el local para ellos solos. Se sentaron en un reservado con vistas al aparcamiento. Una camarera con un entallado uniforme blanco que acentuaba su prominente busto, chicle en boca y aire hastiado les tomó nota y pasó el encargo a través de una ventanilla al único trabajador de la cocina. A los pocos segundos oyeron el ruido de hamburguesas friéndose y poco después les llegaba ya el aroma.

Comieron en silencio. Cuando terminaron, Brown pidió tarta de lima y café. Comió un pedazo y a continuación cortó otro, pero esta vez le ofreció el tenedor a Cowart.

—Mmm, tarta casera, Cowart. Debería probarla. En Pachoula no tenemos de ésta. Al menos no tan buena.

El periodista rehusó con la cabeza.

—Joder, Cowart, apuesto a que es usted de esos que frecuentan los locales de comida macrobiótica. Por eso tiene esa pinta tan magra y ascética, porque come como los conejos.

Cowart se encogió de hombros, resignado.

—Seguro que también bebe esa mierda de agua embotellada francesa.

Mientras el detective hablaba, Cowart se fijó en que la camarera pasaba por detrás de él y se paraba ante un reservado. Llevaba una espátula en la mano y empezó a rascar algo de la ventana. Por un instante se oyó el sonido de la espátula contra el cristal. Luego se enderezó y se guardó un pequeño cartel bajo el brazo. A Cowart le dio tiempo de distinguir un rostro joven. La camarera ya estaba a punto de alejarse cuando, por algún motivo que no acertó a comprender, la llamó con un gesto.

Ella se acercó a la mesa.

—¿Va a querer tarta usted también?

—No. Es que me ha picado la curiosidad al verla con el cartel —dijo señalando al papel que la chica llevaba enrollado bajo el brazo.

—¿Éste? —dijo y se lo tendió.

Cowart lo desplegó sobre la mesa.

En el centro del cartel había una fotografía de una niña negra con coletas sonriendo. Bajo la fotografía, en mayúsculas de gran tamaño, la palabra «DESAPARECIDA», seguida de un mensaje en tamaño menor: «Dawn Perry, 12 años, 1,54 m, 47 kg, desaparecida la tarde del 12-8-90, vestía pantalón corto azul, camiseta blanca y zapatillas de deporte; llevaba una mochila. Comuníquese cualquier información al 555-1212, preguntar por el detective

Howard.» Al final se leía en letras grandes: «Se gratificará.»

Cowart miró a la camarera.

—¿Qué ha pasado?

La mujer levantó los hombros sugiriendo que dar esa información no formaba parte de su trabajo.

—No sé. Una niña. Un día está y al otro no.

—¿Por qué saca el cartel?

—Porque lleva mucho tiempo ahí. Meses y meses. Y nadie ha dado con ella todavía, no creo que el cartel sirva de mucho. Además, el jefe me dijo ayer que lo quitase y yo me había olvidado hasta ahora.

Brown había leído el cartel. Levantó la vista.

—¿La policía no ha averiguado nada?

—No que yo sepa. ¿Desean algo más?

—La cuenta —contestó Brown sonriendo. Dobló el cartel y lo dejó sobre la mesa—. Yo me encargaré de esto por usted.

La camarera se fue a buscar el cambio.

—Da que pensar, ¿eh? —añadió Brown—. Cuando tienes la cabeza en esto empiezan a saltarte a la vista toda clase de cosas horribles, ¿eh, Cowart?

Este no contestó, así que el detective continuó:

—Lo que quiero decir es que te acercas a la muerte y de repente ves cosas sospechosas por todas partes, cosas que pasarías por alto, por normales y cotidianas, si no fuera porque toda tu atención está centrada en cómo y cuándo se asesina a la gente.

Cowart asintió.

Brown se apoyó en el respaldo tras acabarse la tarta.

—Ya le dije que la comida era fresca —dijo. Luego se echó hacia delante bruscamente, acortando la distancia entre ambos—. Le quita a uno el apetito, ¿eh, Cowart? Una buena coincidencia reservada para los postres. —Dio unos golpecitos al cartel doblado—. Claro que quizá todo quede en nada, ¿no? Otra niña desaparecida. Seguramente no encaja en el puzle, pero no deja de ser interesante. Una chiquilla que desaparece no muy lejos de la autopista de los cayos. Me pregunto si se la llevarían de la puerta del colegio.

—A más de cien kilómetros de Tarpon Drive —observó Cowart. El detective asintió con la cabeza—. Y nada que haga pensar en una relación con los casos que tenemos entre manos.

—Entonces —dijo Brown—, ¿por qué ha querido ver el cartel?

El policía lo arrugó hasta convertirlo en una bola, se lo guardó en el bolsillo y se levantó dispuesto a salir del restaurante.

Se quedaron parados en la acera. Cowart miró hacia el almacén de juguetes y vio que ante la puerta había sentado un hombre con una camisa azul y una porra en el cinturón. «Seguridad», pensó. Se preguntó por qué no había reparado antes en él. Supuso que debían de haberlo contratado a raíz del secuestro, como si la presencia del guardia pudiera evitar que otro rayo

volviera a caer en el mismo sitio. Recordó que, incluso con la policía a las puertas, la gente seguía acudiendo al establecimiento y que el torrente de niños y adultos, con sus bolsas de plástico llenas de juguetes, no cesó, ajeno a la monstruosidad que había empezado en aquella misma acera.

Se volvió hacia Brown.

—¿Y ahora qué? Hemos ido a los cayos y lo único que tenemos son más interrogantes. ¿Qué toca ahora? ¿Por qué no vamos a ver a Ferguson?

El detective negó con la cabeza.

—No, vamos antes a Pachoula.

—¿Porqué?

—Pues porque sería bueno comprobar que al menos Sullivan le contó la verdad acerca de una cosa, ¿no?

Los dos hombres se separaron no sin recelo al poco de llegar a Miami y de que cayera sobre ellos la oscura noche. El calor del día parecía permanecer en el aire y confería a la penumbra un peso y una textura particulares. Cowart dejó a Brown en el Holiday Inn del centro, donde había encontrado una habitación. El hotel quedaba justo delante de los juzgados, entre el Orange Bowl y Liberty City, en una especie de tierra de nadie urbana poblada de hospitales, edificios de oficinas, la cárcel y una inquietud omnipresente.

Ya en la habitación, Brown se quitó la chaqueta y los zapatos, se sentó en el borde de la cama y marcó un número de teléfono.

—Jefatura del condado de Dade. Comisaría sur.

—Póngame con el detective Howard.

Pasaron la llamada a otra línea y poco después respondió una voz masculina, formal y lacónica.

—Detective Howard. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy el teniente Brown, del condado de Escambia...

—¿Qué tal, teniente? ¿Qué puedo hacer por usted? —La voz perdió su tono marcial, reemplazado por cierto aire jocosos.

—Verá —dijo Brown—, busco una ovejilla descarriada. Quizá le parezca un poco raro pero necesito información acerca de una chiquilla, una tal Dawn Perry. Desapareció hace unos meses...

—Sí, iba de camino a casa desde el centro cívico. Por Dios, qué desastre...

—¿Qué ocurrió exactamente?

—¿Sabe algo sobre ella? —preguntó el detective.

—No. Sólo he visto el cartel de desaparecida, pero me recordó un caso anterior. Sólo quería cerciorarme.

—Vaya —suspiró el detective—. Por un momento me ha dado esperanzas.

—¿Qué ocurrió?

—No hay mucho que contar. Una chiquilla normal y corriente va una tarde al centro cívico para la clase de natación. Cuando acaba el colegio montan

actividades de todo tipo para los chavales. Las últimas en verla fueron un par de amigas; iba de camino a su casa.

—¿Nadie presenció nada?

—No. Hay una anciana que vive a medio camino. Puede imaginarse cómo es ese barrio, todo son aires acondicionados traqueteando, pero la mujer no puede permitírselo, o sea que estaba en la cocina junto al ventilador. De repente oyó un grito apagado y un coche arrancando a gran velocidad, pero para cuando salió a mirar el coche ya estaba a dos manzanas. Era un coche blanco, de marca nacional. No hay más; ni matrícula ni descripción. La mochila con el bañador se quedó en la calle. Por lo menos la mujer fue diligente. Llamó y lo explicó todo, pero cuando la patrulla llegó a su casa, le tomó declaración y expidió la orden de búsqueda, la niña ya debía de estar bien lejos. ¿Sabe cuántos coches blancos hay en el condado de Dade?

—Muchos.

—Exactamente. De todos modos hicimos lo que pudimos, dadas las circunstancias. Lamentablemente, sólo un canal de televisión emitió su foto aquella noche. No sé, quizá no les pareció lo bastante guapa...

—Quizá demasiado negra.

—Bueno, usted lo ha dicho. No sé yo en qué se basarán esos cabronazos para decidir qué es noticia y qué no lo es. Tras colgar los carteles, recibimos un par de docenas de llamadas que decían haberla visto por aquí, por allá y por acullá. Pero nada. Hicimos un buen seguimiento de la familia, por si la hubiera raptado algún conocido, pero los Perry son muy buena gente. Él trabaja en las oficinas de tráfico y ella en la cafetería de una escuela. Una familia sin conflictos. Tienen tres hijos más. ¿Qué más podíamos hacer? Tengo un centenar de expedientes encima de mi mesa: agresiones, allanamientos, robos a mano armada... Incluso podría llegar a resolver un par de casos. Tengo que emplear el tiempo de forma razonable, ¿sabe?, seguro que a usted le pasa lo mismo. Total, que se convirtió en uno de esos casos en que uno se resigna a esperar a que un día alguien dé con el cuerpo y el caso pase a homicidios. Pero puede que ese día no llegue nunca. Aquí tenemos los Everglades a tiro de piedra, no cuesta nada deshacerse de un cuerpo. Normalmente son traficantes de drogas; entran por algún acceso desierto y dejan que el agua de la ciénaga remate su trabajo. Tan simple como eso. Claro que la técnica no es exclusiva suya, ya me entiende.

—Cualquiera podría hacerlo.

—Cualquiera al que le gusten las niñas y no quiera que cuenten a nadie lo que les ha hecho. —El detective hizo una pausa—. De hecho me sorprende que no haya más casos de éstos. Si uno es capaz de meter a una niña en un coche e irse de rositas, no hay nada que no pueda hacer.

—Pero no ha habido...

—No, no ha habido más casos. Lo he comprobado en Monroe y Broward, pero allí tampoco tienen nada. Busqué en el ordenador y sólo me salieron un par de delincuentes sexuales. Fuimos a por ellos, pero estaban fuera de la



ciudad cuando Dawn desapareció. Para entonces ya había pasado un tiempo...

—¿Y?

—Y nada, *nothing* de *nothing*, *rien* de *rien*. No sabemos nada excepto que ya hace un buen tiempo que la niña desapareció. Hábleme ahora de su caso. ¿Tiene algo que ver?

Brown vaciló un instante.

—En verdad, no. El nuestro va de una niña a la salida del colegio. Ya hace tiempo. Tuvimos un sospechoso, pero no sacamos nada en claro. Por poco.

—Vaya. Creí que quizá tendría algo que pudiera ser de ayuda.

Brown le dio las gracias y colgó. Abatido, se acercó a la ventana y contempló la noche. Se distinguía la autopista este-oeste, que atraviesa justo por en medio de Miami para adentrarse en el interior del estado, más allá de los suburbios, el aeropuerto, las plantas industriales y los grandes almacenes, más allá de los barrios periféricos, hacia el pantanoso corazón de Florida. Donde terminan los Everglades y empieza el parque nacional Big Cypress. Ahí están los pantanos de Loxahatchee y Corkscrew, el río Withlacoochee y los bosques de Ocala, Osceola y Apalachicola. En Florida nunca se está lejos de algún lugar oscuro y oculto. Contempló el tráfico que se perdía más allá de su campo visual, los faros parecían trazos fosforescentes en medio de la oscuridad. Se llevó una mano a la frente, como si quisiera taparse los ojos. Se dijo: «Sólo una más de las tantas niñas que desaparecen. A ésta le tocó desaparecer en la ciudad y su caso quedó diluido en medio de los demás terrores cotidianos. Ahí está y de pronto se esfuma, como si nunca hubiera existido, menos para unos pocos a quienes las pesadillas perseguirán para el resto de su vida.» Sacudió la cabeza y pensó que estaba volviéndose paranoico. «Joanie Shriver. Dawn Perry. Siempre desaparecen niñas. Seguramente ayer le tocó el turno a alguna. Y mañana desaparecerá otra. Así, sin más. El colegio. El centro cívico.» Las luces del tráfico seguían atravesando la noche.

Había sólo otra persona en la hemeroteca del *Miami Journal* cuando llegó Cowart. Era una mujer joven, una empleada de ademanes tímidos y desconfiados que dificultaban el diálogo con ella, pues bajaba la cabeza, como si incluso sus propias respuestas la incomodaran. Acompañó a Cowart en silencio hasta un ordenador y se marchó en cuanto él buscó el nombre de «Dawn Perry».

La palabra «buscando» en una esquina de la pantalla, seguida rápidamente por el mensaje «dos entradas».

Las examinó. La primera tenía sólo cuatro párrafos de extensión y correspondía a un aviso de la policía insertado en el suplemento regional que se repartía en el sur del condado. En el periódico no ponía nada. En el encabezamiento se leía: «La policía denuncia la desaparición de una niña de 12 años.» El artículo sólo informaba de que Dawn Perry no había regresado a casa

después de la clase de natación en el centro cívico. En la segunda entrada ponía: «La policía admite no tener indicios de la niña desaparecida.» El contenido era algo más largo que el de la primera, pero sólo repetía lo ya sabido. El encabezamiento resumía todos los nuevos datos al respecto.

Cowart imprimió ambos documentos, lo que sólo le llevó un momento. No sabía qué pensar. Tenía poco más de lo que le había explicado la camarera.

Se levantó. Tanny Brown tenía razón, se dijo. «Te estás volviendo loco.»

Miró en torno. Ahora había varios periodistas trabajando con los ordenadores, ensimismados en sus respectivas pantallas. Se las había arreglado para entrar en la hemeroteca sin que le viera nadie del turno de noche, lo cual era un alivio. No quería tener que dar explicaciones sobre lo que se traía entre manos. Se quedó un momento mirando a sus compañeros. Era esa hora de la noche en que todo el mundo quiere irse a casa y las frases que al día siguiente saldrán en el periódico empiezan a acortarse, a dejarse llevar por la fatiga. Podía sentir cómo la lasitud empezaba a hacer mella en él también. Echó una ojeada a las cuartillas que documentaban la desaparición de Dawn Perry. Doce años. «Sale de casa una cálida tarde de agosto para ir a nadar a la piscina municipal. Jamás regresa. Posiblemente lleve meses muerta», pensó. Más de lo mismo.

De pronto le vino un pensamiento a la cabeza, como una iluminación. Volvió al ordenador y buscó por «Robert Earl Ferguson». Al instante apareció el mensaje «veinticuatro entradas». Cowart volvió a sentarse y tecleó «directorio». El ordenador le presentó una lista. Cada entrada tenía la fecha y su extensión aproximada. Cowart repasó la lista de artículos, reconociendo todos y cada uno de ellos. Estaba el primero de sus artículos y los que siguieron, las tablas, luego los artículos sobre la puesta en libertad y por último los más recientes, los escritos tras la ejecución de Sullivan. Volvió a leer la lista y esta vez identificó un artículo del agosto anterior. Miró la fecha y recordó que en ese momento se encontraba de vacaciones en Disney World con su hija. Había pasado un mes desde que Ferguson había sido puesto en libertad, poco después de que el juez declarara nula su sentencia. Y faltaban cuatro días para que Dawn Perry desapareciera de la faz de la tierra.

La entrada pertenecía a la sección de religión. Se trataba de la agenda semanal con los sermones y discursos que iban a tener lugar en las iglesias del condado de Dade a lo largo de los días siguientes. Hacia la mitad podía leerse: «Discurso de un ex presidiario del corredor de la muerte.»

Cowart leyó:

Robert Earl Ferguson, condenado injustamente al corredor de la muerte por un crimen en el condado de Escambia y recientemente puesto en libertad, hablará sobre sus experiencias y sobre cómo su fe

le permitió mantenerse firme a lo largo del proceso. En la iglesia baptista de New Hope, domingo, 11 h.

La iglesia estaba en Perrine.

# 16

## LA JOVEN DETECTIVE

La detective Andrea Shaeffer saludó el nuevo día desde su escritorio.

Había tratado de dormir, sin conseguirlo al principio, dormitando a ratos después. Con la oscuridad de primera hora de la madrugada logró deshacerse de un terrible sueño repleto de sangre y gargantas degolladas, se vistió y cogió el coche en dirección al departamento de policía del condado de Monroe, en Cayo Largo. Desde su mesa en los despachos del segundo piso podía divisar un haz de luz rosada que asomaba en los confines de la noche. Pensó en la lenta desintegración de la oscuridad allá en el Golfo, donde la mañana, afilada como una cuchilla, parecía ir tallando el oleaje y por fin, con un gran corte, separar el océano del horizonte.

Por un momento deseó estar navegando con el barco de pesca de su padraastro, aparejando los anzuelos con las piernas separadas para resistir los rebrinques y los embates de la marejada, y las manos, pringadas de manipular cebos, enrollando sedal a toda velocidad y reparando los carretes. Hoy sería un buen día de pesca. Los relámpagos acecharían sobre las aguas a lo lejos y el calor haría levantar mangas que en contraste con el cielo parecerían aún más negras y temibles. Los peces subirían a la superficie, hambrientos, anticipándose a la tormenta, ansiosos de alimento. «Muévete dentro de los límites de los vientos y procura que los cebos no dejen de moverse —pensó—. Cebos rápidos, para el marlín, el wahoo y sobre todo el pez espada. Algo que rompa y remueva las olas, que abra surcos entre las aguas, algo a lo que los grandes peces en busca de sustento no puedan resistirse. Esto es lo que siempre me ha gustado de la pesca: no la lucha con cabos y anzuelos, por más espectacular que sea, ni el súbito miedo a caer del barco, ni los cumplidos ni las felicitaciones. Lo que me gusta es la caza.» Sus ojos miraron por la ventana del despacho de homicidios mientras su cabeza iba repasando lo que sabía y lo que no. Cuando por fin pareció haber vencido su batalla cotidiana, se volvió y se

sumió de nuevo en el sinfín de papeles esparcidos por su mesa.

Echó un vistazo al informe que había preparado después de interrogar a los vecinos de Tarpon Drive. Nadie había visto ni oído nada relevante. A continuación cogió el informe del forense. La causa de la muerte había sido la misma en ambos individuos: seccionamiento abrupto de la arteria carótida derecha y pérdida masiva de sangre. «El muy cabrón era zurdo —pensó—. Se situó a su espalda y les cortó la garganta con la cuchilla.» La piel en torno a las heridas sólo presentaba rasguños leves. «Una hoja de navaja, tal vez un cuchillo de caza. Algo endiabladamente afilado.» Ninguna de las dos víctimas presentaba heridas *post mortem*. «Los mató y los abandonó.» Las heridas previas incluían hematomas en los brazos, habituales en estos casos. El asesino los había atado con tal brutalidad que el cordel les chamuscó la piel. Los había amordazado con cinta adhesiva. El varón presentaba una contusión en la frente, el labio partido y dos costillas fracturadas. Los nudillos de la mano derecha presentaban desgarrones y residuos de pintura, y las patas de la silla habían rayado el suelo de linóleo de la cocina. «Por lo menos opuso resistencia, aunque no fuera más que un momento. Debió de ser el segundo; se destrozó las manos intentando liberarse hasta que lo golpearon en el tronco y la cabeza.» La mujer no presentaba indicios de agresión sexual pese a haber sido hallada desnuda. «Humillación.» Shaeffer recordó haber visto las ropas de la anciana pulcramente dobladas en un rincón de la cocina. Pulcramente dobladas. Pero ¿quién las doblaría? ¿La víctima o el asesino? Los rastros debajo de las uñas no habían dado ninguna respuesta. Los cuerpos habían sido analizados en la morgue, pero sin éxito.

Shaeffer dejó caer el informe sobre la mesa. No era de gran ayuda. Al menos, no a primera vista.

Cogió los resultados del examen preliminar del escenario, harta ya de la jerga de aquellos documentos. La muerte reducida a los términos más fríos y asépticos posibles. Todo medido, pesado, fotografiado y examinado. El cordel utilizado para maniatar a la pareja de ancianos era de nailon textil de 6,5 mm, del que puede encontrarse en cualquier mercería o supermercado. Dos fragmentos, uno de 102 cm y el otro de 97 cm, habían sido cortados de un carrete de tres metros y medio, encontrado en la puerta trasera. El asesino había hecho un lazo corredizo para inmovilizar las muñecas de las víctimas y luego había dado dos o tres vueltas de hilo más, terminando con un simple nudo para asegurarse.

Un nudo ordinario, sin nada particular, una cosa temporal, improvisada sobre el terreno. Resistió durante el rato que duró la matanza, pero con algo más de tiempo se habría soltado. Para ella esto significaba una cosa: no fue nadie de la zona, sino de fuera. La mayoría de los vecinos de los cayos saben hacer buenos nudos; todos han atado objetos pesados, como los aparejos de navegación.

Asintió con la cabeza. Medianoche. El asesino entra. Los reduce, los

maniata, los amordaza. Ellos creen que es un atraco y que si no oponen resistencia salvarán la vida. Falso. Iba a matarlos. Máximo terror. Rápido. Eficaz. Ni un segundo de más. Un silencioso cuchillo. Nada de disparos que pudieran alertar a los vecinos. Ningún indicio de robo ni de violación. Nada de portazos ni de huidas despavoridas.

Un asesino que llega, asesina y se marcha, entreteniéndose solamente para dejar una Biblia abierta sobre la mesa, entre sus víctimas, y al que nadie ve ni oye a excepción de ellas. «Todos los asesinatos dejan un mensaje —pensó—. El cuerpo medio descompuesto del traficante arrojado a los manglares con un disparo en la nuca, con su reloj de oro y sus diamantes intactos, deja un mensaje. La joven camarera que cree que por una vez que vuelva del restaurante haciendo autoestop no va a pasar nada y que termina a tres condados desnuda, muerta y violada, deja otro. El anciano que por fin se cansa de cuidar de su esposa aquejada de un cáncer terminal, la mata de un tiro, luego se suicida y aparece muerto abrazado a un álbum de fotos de boda de hace cincuenta años, deja otro mensaje.»

Escudriñó las fotografías del escenario del crimen, que le trajeron a la memoria el asfixiante calor de aquella cocina y el nauseabundo hedor de los cuerpos. Todo empeora cuando la naturaleza tiene tiempo de hacer su trabajo; todo atisbo de dignidad que pudieran tener aquellas vidas se esfuma con las elevadas temperaturas. Al mismo tiempo, la investigación se entorpece. Le habían enseñado que cada minuto perdido después de un homicidio hace más difícil su resolución. Los casos antiguos que se resuelven salen anunciados con grandes titulares. Pero por cada uno que resulta en condena hay cientos que permanecen en las sombras, atascados en una maraña de suposiciones.

Dos ancianos que trajeron al mundo y criaron a un asesino son asesinados a su vez. ¿Qué clase de crimen era éste?

Venganza. Acaso justicia. Posiblemente una perversa combinación de ambas.

Siguió estudiando los informes del escenario. Había dos huellas parciales de pisadas en la sangre del linóleo. El dibujo de la suela había sido identificado como de zapatillas Reebok, entre la talla cuarenta y tres y la cuarenta y cinco. Las suelas eran de una clase que sólo se fabricaba desde hacía seis meses. En la sangre que al anciano le había salido del pecho se habían encontrado fibras de tejidos. Eran de una mezcla de algodón y poliéster común en las sudaderas. El asesino entró en la casa por la puerta trasera. La vieja madera medio carcomida había cedido al primer golpe de destornillador o palanca. La detective sacudió la cabeza. Esto era habitual en los cayos; el sol, el viento y el aire salobre deterioraban los marcos de las puertas, algo que sabía todo delincuente de medio pelo que frecuentara los doscientos cincuenta kilómetros que van de Miami a cayo Vizcaíno.

Pero esto no era obra de un delincuente de medio pelo.

Cogió un bolígrafo y tomó algunas notas: «Ferreterías, comprobar si

alguien ha comprado cuchillo, cordel y destornillador o palanca. Hablar de nuevo con los vecinos, comprobar si alguien vio un coche sospechoso. Comprobar hoteles de la zona. ¿Trajo la Biblia consigo? Comprobar librerías.»

No depositaba muchas esperanzas en ninguna de estas opciones.

Continuó: «Comprobar muestras de piel en la zona del corte en laboratorio forense.» Tal vez un examen espectrográfico revelaría restos de metal que podrían decirle algo acerca del arma. Esto era importante. Puso sus pensamientos en orden con una precisión castrense: si un asesino no deja ninguna prueba de valor, ningún residuo, como semen o huellas o pelo, hay que dar con lo que se llevó consigo: el arma, restos de sangre en zapatos o ropa, algún objeto de la casa. Algo.

Shaeffer se frotó los ojos, dejando que sus pensamientos derivaran hacia Cowart. «¿Qué estará escondiendo? —se preguntó—. Alguna parte de la historia que para él es importante. Pero ¿cuál?» Se hizo un retrato mental del periodista, de su mirada, de su voz. No había tenido mucha experiencia con periodistas, pero sabía que con frecuencia hacen ver que saben más de lo que en verdad saben, que aparentan estar compartiendo su información cuando lo que hacen en realidad es recabarla. Cowart, no obstante, no se ajustaba a este perfil. Desde su primer encuentro en el escenario del crimen, no había hecho ninguna pregunta sobre los asesinatos de Tarpon Drive. Y había hecho todo lo posible por evitar que se las hicieran a él.

«¿Esto qué implica? Que ya conoce las respuestas. Pero ¿por qué iba a querer ocultarlas? Para proteger a alguien. ¿A Blair Sullivan? Imposible. Es él quien necesita que lo protejan.»

Pero no llegaba a ninguna conclusión. Se puso a garabatear en un bloc de notas: dibujó círculos concéntricos que se iban volviendo más y más oscuros según iba emborronando el papel.

Se acordó de una lección de sus días en la academia de policía: cuatro de cada cinco asesinos conocen a sus víctimas.

«Está bien —se dijo—. Sullivan le dice a Cowart que él preparó los asesinatos. Pero ¿cómo pudo hacerlo desde el corredor de la muerte?»

Se turbó. La cárcel es todo un mundo. Allí todo puede obtenerse si uno está dispuesto a pagar por ello, incluso con la vida. Ahí dentro todos saben que la cárcel funciona a base de trueques y favores. No obstante, para alguien de fuera es tarea ardua penetrar en las maquinaciones de esos entornos, a veces incluso imposible. Las ataduras de que depende un policía —el miedo a sanciones, a responder de sus actos— no existen en la cárcel.

Shaeffer se planteó el paso siguiente con recelo: interrogar a todos los reclusos que hubieran trabado contacto con Sullivan. «Uno de ellos me dará la clave —pensó—. Pero ¿con qué pagó Sullivan? No tenía dinero. Ni siquiera tenía una buena posición dentro de la cárcel. Era un tipo solitario destinado a la silla eléctrica. ¿O no?»

¿Cómo había pagado Sullivan?

Un pensamiento la asaltó súbitamente: quizás había pagado por adelantado.

Respiró hondo.

«Sullivan encarga un asesinato y todos damos por sentado que el pago es posterior a su comisión. Sería lo natural. Pero... planteémoslo a la inversa.» Shaeffer sintió un calor, notaba que la imaginación se le disparaba con tantos cambios de rumbo. Recordó la desbordante emoción que sentía cuando sus ojos reconocían la amplia y oscura silueta del pez espada remontando las aguas verdioscuras dispuesto a arrancar el cebo. El mágico y sobrecogedor instante previo a la batalla. «El mejor momento», pensó.

Descolgó el teléfono y marcó un número. Sonó tres veces antes de que una voz contestara.

— ¿Diga?

— Mike, soy Andy.

— Coño, ¿es que tú nunca duermes?

— Pues no.

— Dame un segundo.

Esperó oyéndolo a lo lejos dar explicaciones a su esposa. Percibió las palabras «es su primer caso importante» antes de que la conversación quedara ahogada por el sonido de un grifo abierto. Luego el silencio, y por fin la voz de su compañero riendo.

— Maldita sea, niña, el detective jefe soy yo y tú eres la novata. Si te digo que duermas, duerme.

— Lo siento — se disculpó ella.

— Vale... — contestó—. Qué falsa eres. Bueno, ¿qué te ronda por la cabeza?

— Matthew Cowart. — Al pronunciar su nombre pensó: «No pongas aún todas las cartas boca arriba.»

— ¿El señor Lo-demás-me-lo-quedo-en-el-buche?

— El mismo. — Sonrió.

— No me gusta ese hijo de perra.

No le costaba mucho esfuerzo figurarse a su compañero sentado al borde de la cama. Su mujer debía de estar con la cabeza metida bajo la almohada para amortiguar el ruido de la conversación. A diferencia de muchas parejas de detectives, su relación con Michael Weiss era profesional y distante. No llevaban mucho juntos, lo bastante para reír los chistes del otro pero no lo suficiente para prestar atención al chiste. Era un hombre robusto, pragmático e impulsivo. Lo que a él se le daba bien era enseñar fotografías a los testigos y escarbar en los informes de las compañías de seguros. Que él tuviera diez años de experiencia y ella unos pocos meses no la impresionaba: lo dejaba atrás con facilidad.

— A mí tampoco.

— ¿Qué te ha pasado por la cabeza?

— He pensado que debería encargarme de él. Que me vea. En el periódico,



en el apartamento, cuando vaya a hacer *footing*, en la ducha, por todas partes.

Weiss rió.

—¿Y?

—Que sepa que vamos a buscarle las cosquillas hasta que sepamos lo que nos esconde. Por ejemplo, quién cometió aquel doble crimen.

—Me parece bien.

—Pero alguien tendría que empezar a investigar en la cárcel. Por si alguien sabe algo, por ejemplo el sargento. Y me parece que alguien tendría que buscar entre las pertenencias de Sullivan. Tal vez haya algo que nos sirva de ayuda.

—Oye, Andy, ¿esta conversación no podía esperar hasta, digamos, las ocho de la mañana? —La voz de Weiss denotaba una mezcla de cansancio e ironía—. Lo digo para que duermas un poco.

—Perdona, Mike. Supongo que no.

—No me gusta cuando me recuerdas a mí de joven. Recuerdo mi primer caso importante. También a mí me salía humo por las orejas. No podía dejarlo un solo momento. Hazme caso. Tómatelo con calma.

—Mike...

—Vale, vale. Prefieres acosar al periodista en vez de interrogar a presos y carceleros, ¿verdad?

—Sí.

—¿Lo ves? —dijo Weiss riendo—, ésta es la clase de intuición que te hará llegar lejos en el departamento. De acuerdo. Tú le haces la vida imposible a Cowart y yo regreso a Starke. Pero quiero que hablemos. Todos los días. Puede que dos veces al día, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

No sabía si estaba dispuesta a aceptar. Colgó y empezó a ordenar la mesa, archivó los documentos, apiló los informes, añadió sus notas y observaciones a los expedientes y guardó los bolígrafos y lápices en el bote. Cuando quedó satisfecha, se permitió ponerse manos a la obra.

«Es mi oportunidad», pensó.

Se puso en marcha hacia Miami con el sol del mediodía quemándole el capó del coche. Iba tarareando fragmentos de canciones de Jimmy Buffett sobre la vida en los cayos de Florida y soñando con los ojos abiertos mientras conducía a gran velocidad.

Era su primer homicidio; había dejado los coches patrulla hacía nueve meses y los allanamientos hacía tres, para ascender valiéndose de su pericia y la igualdad de oportunidades de que ahora gozaban las mujeres y las minorías dentro del departamento. La consumía la ambición que ella misma alimentaba con su energía y la convicción de que podía suplir su falta de experiencia con su entrega. Esa había sido casi siempre su respuesta ante la adversidad desde que era una niña solitaria en cayo Alto. Su padre, detective de la policía de Chicago,

fue abatido en acto de servicio. A menudo había reflexionado sobre el término «acto de servicio» y en lo poco ajustado que en verdad estaba al concepto. Pretendía darle cierta dignidad marcial a lo que ella consideraba el fruto de un error momentáneo y de la mala fortuna. Sugería que su muerte había sido algo necesario, pero ella sabía que eso era mentira. Su padre había servido en la brigada de delitos económicos, a menudo trataba con confidentes y marrulleros del tres al cuarto, tratando de atajar el inacabable aluvión de jubilados e inmigrantes que confiaban en hacer fortuna mediante negocios más que dudosos. Una mañana, sus compañeros y él irrumpieron en la sede de una correduría fraudulenta. Veinte hombres y mujeres llamaban desde sus mesas ofreciendo inversiones milagrosas. Ni el caso ni la redada se salían de lo ordinario, todo formaba parte de la cotidianidad tanto de los agentes como de los estafadores. Lo que no estaba previsto es que uno de éstos fuera un exaltado con una pistola oculta al que nunca antes habían detenido y que por tanto no sabía que la justicia lo pondría en la calle sin amonestarle siquiera. Hubo un único disparo. Atravesó una mampara divisoria e impactó en su padre, que se encontraba al otro lado tomando nota de los nombres de los detenidos. Todo había sido inútil. Había muerto empuñando un bolígrafo.

Andy tenía diez años y lo recordaba como un hombre membrudo que jugaba con ella a todas horas y que cuando fue creciendo empezó a tratarla como si fuera un chico. La llevaba al Comiskey Park a ver a los White Sox. Le había enseñado a lanzar y recoger la pelota y a confiar en la fuerza física. La suya parecía una vida perfectamente normal. Vivían en una modesta casa de ladrillo. Ella asistía a la escuela del barrio, al igual que sus hermanos mayores. De alguna manera, el revólver de cañón corto que su padre llevaba bajo la chaqueta le llamaba menos la atención que las americanas y las corbatas de vivos colores con que se vestía. Conservaba sólo una fotografía en la que aparecía junto a él; estaba tomada al aire libre, después de una nevada, junto a un muñeco de nieve que habían hecho juntos, abrazados a él como si fuera un amigo. Era a principios de abril, cuando el largo invierno empieza a remitir en el Medio Oeste, no sin antes sorprender con una última lengua de frío. Al muñeco le habían puesto una gorra de béisbol, piedras como ojos y ramas como brazos. Le habían envuelto una bufanda alrededor del cuello y en la cara le dibujaron una sonrisa bufa. Era un muñeco de concurso, sólo le faltaba cobrar vida. Naturalmente, se deshizo: el tiempo cambió de repente y al cabo de una semana ya se había derretido.

Se trasladaron a los cayos un año después de su muerte.

En realidad la intención era instalarse en Miami, donde tenían parientes, pero fueron al Sur cuando su madre encontró trabajo como encargada en un restaurante cercano a un puerto deportivo. Ahí fue donde conoció a su padrastro.

A ella siempre le había caído en gracia. Era distante pero pese a todo se mostró dispuesto a enseñarle cuanto sabía sobre la pesca. Cuando pensaba en

él, veía aquellos brazos que el sol había tornado del color de la arcilla rojiza y aquellas manchitas en la piel que presagiaban el cáncer. Siempre quiso tocarlas pero jamás lo hizo. Seguía fletando su barco de pesca en el puerto de Whale; su embarcación de doce metros de eslora se llamaba *Última Oportunidad*, pero los clientes lo tomaban como una referencia a la pesca y no a la frágil vida del patrón de la nave.

Aunque su madre nunca se lo dijo, ella creía que había nacido por accidente. Nació cuando sus padres ya estaban entrados en años y se llevaba más de diez con sus hermanos. Ellos se habían marchado de los cayos en cuanto la edad y los estudios se lo permitieron, uno como abogado para una empresa de Atlanta, el otro para montar una modesta aunque exitosa empresa de importación-exportación en Miami. En la familia hacían la broma de que aquella era la única empresa de importación legal de Miami y que por eso era la más pobre. Durante un tiempo creyó que seguiría los pasos de un hermano o del otro, y asistió la Universidad de Florida, donde consiguió una media lo bastante alta como para licenciarse.

Decidió ingresar en la policía tras la violación.

Aquel recuerdo parecía enconado en su imaginación. Fue hacia finales de semestre en Gainesville, casi en verano, calor y humedad. No tenía intención de acudir a la Fiesta de la Fraternidad pero el examen final de psicología clínica la había dejado exhausta y apática, así que cuando sus compañeras de habitación insistieron en que las acompañara terminó aceptando.

Recordaba un gran bullicio por todas partes. Las voces, la música, la gente hacinada en un espacio reducido. La multitud hacía crujir la estructura de madera del edificio. Bebió cerveza para aliviar el acaloramiento, no tardó en subírsele a la cabeza y terminó pasando el resto de la noche luchando contra el mareo.

Pasada ya la medianoche, y sin noticia de sus compañeras de habitación, emprendió sola el camino a casa después de rechazar a cien acompañantes. Había bebido hasta el punto de sentir un extraño vínculo con la noche y avanzó a tientas bajo las estrellas. No iba tan bebida como para no encontrar el camino de vuelta, recordó, sólo lo suficiente para necesitar tomarse su tiempo.

«Era un blanco fácil», pensó con amargura.

No se percató de los dos hombres que la seguían con sigilo hasta que los tuvo a su altura. Entonces la agarraron, le cubrieron la cabeza con una chaqueta y le dieron un puñetazo. No tuvo tiempo de gritar, de resistirse o tratar de escapar. Ésta era la parte del recuerdo que más abominaba.

Podría haberlo hecho, era campeona de 1.800 metros en el instituto. «Si me hubiera zafado al menos por un instante, jamás me habrían alcanzado. Habría corrido como una exhalación.»

Recordó la presión de los dos hombres, que la aplastaban con su peso. El dolor le pareció intenso al principio; luego, extrañamente distante. Tenía miedo de ahogarse. Se revolvió hasta que uno de ellos le propinó otro puñetazo, y el

impacto, unido al efecto del alcohol, le hizo perder la conciencia. Se desvaneció, aliviada de perder el conocimiento; lo prefería a la agonía y el dolor de lo que estaba ocurriendo.

Conducía a gran velocidad en dirección a Miami, aceleraba cada vez que se hundía en los recuerdos. «No pasó nada», pensó. Recobrar la conciencia en el hospital. Lavarla, palparla, penetrar de nuevo en ella. Los guardias del campus le tomaron declaración. Luego un detective de la ciudad. «¿Podría describir a sus asaltantes, señorita?" "Estaba oscuro. Me redujeron." "Pero ¿qué aspecto tenían?" "Tenían fuerza. Uno me cubrió la cara con una chaqueta." "¿Eran blancos? ¿Negros? ¿Hispanos? ¿Bajos? ¿Altos? ¿Corpulentos? ¿Delgados?" "Estaban encima de mí." "¿Dijeron algo?" "No. Lo hicieron y ya está.» Llamó a casa, oyó cómo su madre se deshacía en lágrimas inútiles y su padrastro barboteaba de rabia, casi como culpándose por lo ocurrido. Terminó acudiendo a una asistente social especializada en casos de violación; se limitaba a escuchar y asentir: la compasión era una parte más de su trabajo, como los jóvenes que contrata Disney World para saludar amistosamente a los visitantes con fingida espontaneidad. Regresó a casa a la espera de novedades. Nada. Ni un sospechoso. Ni una detención. Sólo pesadillas cuando había un poco de alboroto en el campus. Las fiestas de las fraternidades. Superar los recuerdos y salir adelante.

Los hematomas, desaparecieron.

Se pasó el dedo por una pequeña cicatriz pálida al lado del ojo. Ésta había perdurado.

En su familia no volvió a hablarse de lo sucedido. Regresó a los cayos y se encontró con que todo seguía igual. Seguían viviendo en una casa cenicienta, desde el segundo piso podía verse el océano, en cada habitación un ventilador de palas, que removía el ardiente aire estancado. Su madre seguía yendo al restaurante para, cerciorarse de que la tarta de lima se servía fresca y los buñuelos de caracoles bien fritos, de que todo estaba listo para el habitual desfile de turistas y pescadores, que tenían allí su punto de encuentro. La rutina continuaba igual pese al transcurso de los años. Andy volvió a trabajar en el barco de su padrastro, como si nada en ella hubiera cambiado. Recordó que se lo quedaba mirando cuando él subía al puente para vigilar impasible las verdosas aguas con sus oscuras gafas de sol en busca de signos de vida, mientras ella, en cubierta, les servía cervezas a los clientes, reía sus insulsos chistes y disponía los cebos a la espera de que los peces picaran.

Se puso las gafas de sol para protegerse del resplandor de la autopista.

«Pero yo sí he cambiado», pensó.

Se había acostumbrado a escribirle cartas a su madre; plasmaba todas sus penas y emociones en unas cuartillas lilas ligeramente perfumadas, las palabras y las lágrimas salpicaban las delicadas hojas. Pasado un tiempo dejó de escribir acerca de la violación, aquel vacío que aquellos dos hombres sin rostro habían clavado en su interior, para escribir acerca del mundo, el tiempo, su futuro, su

pasado. El día que se presentó a la prueba de acceso para entrar en la policía escribió: «No puedo traer de vuelta a papá...»; darle silenciosa voz a aquel sentimiento la hacía sentir mejor, por más que pudiera parecer un lugar común.

Por supuesto, jamás envió ninguna de aquellas cartas ni se las mostró a nadie. Las guardaba en una carpeta de imitación piel que había comprado en un mercadillo de artesanía en un suburbio de Miami. Más tarde, empezó a incorporar resúmenes de sus casos en las cartas, dando voz a todas sus hipótesis y suposiciones, todas las peligrosas ocurrencias que dejaba al margen de los informes y notas oficiales. Se preguntaba en ocasiones si su madre, en caso de que hubiera leído cualquiera de aquellas cartas teóricamente destinadas a ella, se asombraría más por las cosas que le sucedían a su hija o por las que su hija había visto que les sucedían a los demás.

Pensó en la pareja de ancianos de Tarpon Drive. «Ellos no tuvieron ninguna escapatoria. Sabían lo que habían engendrado. ¿Se creían que no les iba a pasar factura haber traído a Blair Sullivan al mundo? Todas las personas acaban pagando.»

Recordó la primera vez que había empuñado el pesado Cok Magnum 357, el arma reglamentaria de los agentes de Monroe. Aquel peso le daba confianza: tenía a su alcance algo que evitaría que jamás volviese a ser una víctima.

Pisó el acelerador y notó cómo el vehículo se lanzaba hacia delante, alcanzando los ciento diez, los ciento treinta, cortando el calor del mediodía.

Hizo una diana de seis el primer día. Dos de seis al siguiente. Al cabo de las seis semanas de instrucción, acertaba seis de seis en pleno centro. Había seguido practicando al menos una vez por semana todas las semanas desde entonces. Había practicado también, hasta manejarla con destreza, con una automática de menor tamaño y con el fusil de pelotas de goma que formaba parte del equipamiento de los coches. Últimamente había empezado a practicar el tiro con un M-16 de tipo militar y había adquirido para su uso personal una pistola de 9 mm.

Levantó el pie del pedal y dejó que el coche redujera hasta el límite de velocidad. Echó un vistazo por el retrovisor y vio que otro coche aceleraba hasta ella para luego tomar el carril izquierdo. Era un Ford camuflado de la policía estatal en busca de infractores. Naturalmente, habría llamado la atención del radar y él había salido en su persecución.

La miró a través de unas oscuras gafas de aviador.

Ella sonrió y se encogió de brazos con un gesto burlón; una sonrisa se dibujó en la cara del agente. Levantó una mano como diciendo «vale, no pasa nada» y acto seguido la adelantó. Ella encendió la radio y sintonizó el canal de la policía estatal.

—Aquí Monroe homicidios uno-cuatro. Regrese.

—Monroe homicidios, aquí patrullero Willis. Mi velocímetro dice que iba usted a ciento cincuenta. ¿Dónde está el fuego?

—Lo siento, patrullero. Hacía buen día, estoy trabajando en un buen caso y

me ha dado por celebrarlo de alguna manera. Ya reduzco.

—No hay problema, uno-cuatro. Por cierto, ¿tiene tiempo de ir a picar algo?

Ella se rió. Ligue a todo gas.

—Negativo en estos momentos. Pero inténtelo dentro de un par de días en la sede de Largo.

—Así lo haré.

Lo vio levantar la mano y desviarse al carril lento.

«Tendrá esperanzas durante unos días —pensó, preparando ya la excusa con que se iba a disculpar—. Se llevará un chasco.» Tenía una regla: no acostarse jamás con ningún policía. Jamás con nadie a quien tuviera que ver una segunda vez.

Se tocó la cicatriz del ojo. «Dos cicatrices —pensó—. Una por fuera, la otra por dentro.»

Siguió en dirección norte hacia Miami.

En la redacción del *Miami Journal*, una recepcionista le informó de que Matthew Cowart no se encontraba allí. A ella le extrañó, y sintió una ligera excitación. «Algo está buscando —pensó—. Anda detrás de alguien.» Pidió ver al jefe de redacción. La recepcionista hizo una llamada y a continuación la invitó a sentarse en una butaca, donde aguardó con impaciencia. Pasaron veinte minutos hasta que el jefe salió a recibirla.

—Lamento haberla hecho esperar —dijo—. Estábamos en una reunión.

—Quisiera hablar otra vez con Cowart —dijo la detective, tratando de evitar en su voz todo atisbo de sospecha o anticipación.

—Creí que le bastaba con la declaración del otro día.

—No del todo.

—¿No? —El jefe se encogió de hombros.

—Necesito que me ayude a clarificar un par de cosas.

—Ya, pero no está aquí. —El jefe frunció el entrecejo—. ¿Tal vez pueda ayudarla yo?

Ella notó la poca sinceridad del ofrecimiento.

—De acuerdo. El caso es que no logro entender cómo Sullivan se las arregló para hacer el encargo... —Levantó la mano para atajar la pregunta que iba a hacerle el jefe—. Supongo que Cowart pudo haber añadido algo, y esperaba que él me lo aclarase. —Creyó que con eso bastaría.

—Bueno —dijo el hombre—, me parece que todos intentamos comprender ese mismo punto.

Ella sonrió.

—Curiosa situación, ¿no?

El jefe asintió, sonriendo pero sin bajar la guardia.

—De todos modos, creo que les informó lo mejor que supo. Aunque...

—Ya —contestó la detective—, pero tal vez ahora que ha tenido tiempo para reflexionar pueda recordar algo más. Se sorprendería de lo que uno puede llegar a recordar cuando ha tenido tiempo para ello.

El jefe meneó la cabeza.

—No me sorprendería en absoluto. En nuestro oficio pasa lo mismo. — Cambió de postura y se mesó el escaso pelo—. Cowart está trabajando en otro artículo.

—Vaya, ¿y adonde ha ido?

El hombre vaciló antes de responder.

—Al norte de Florida. —Y por un instante pareció arrepentido de facilitarle esa información.

Shaeffer sonrió.

—No está mal, el norte de Florida.

El jefe se encogió de hombros.

—Este caso tiene dos escenarios, como usted bien sabe. La prisión de Starke y una pequeña ciudad llamada Pachoula. Creo que no hará falta que se lo anote. Y ahora, si me disculpa, detective Shaeffer, tengo que volver al trabajo.

—¿Le diré a Cowart que necesito hablar con él?

—Descuide. Pero no le prometo nada. ¿Cómo puede encontrarla?

—Yo lo encontraré a él —dijo.

Se levantó para marcharse, pero entonces recordó otra cosa.

—¿Puedo echar un vistazo a los originales de los artículos de Cowart?

El jefe vaciló un instante y luego señaló la hemeroteca.

—Allí podrán ayudarla —dijo—. Si surge cualquier problema, que me llamen.

Sentada a la mesa, hojeó una pila de ejemplares del *Miami Journal*. Se quedó sobrecogida por la cantidad de sucesos delictivos que publicaba el periódico, y por fin llegó a la edición dominical en la que aparecía el primer artículo de Cowart sobre el asesinato de Joanie Shriver. Lo leyó con detenimiento, tomando notas, apuntando nombres y fechas.

En el ascensor, camino de la salida, trató de ordenar los pensamientos que se agitaban en su interior. Bajó del ascensor y echó a andar en dirección a la salida, pero se detuvo en seco en mitad del vestíbulo.

«Este caso sólo tiene dos escenarios», había dicho el jefe de redacción. Se puso a pensar en el aprieto en que Cowart se encontraba. «Pero ¿qué lo llevó hasta Sullivan? La muerte de una niña en Pachoula. Y ¿alrededor de quién gira ese crimen? Ferguson. Así pues, ¿quién es el nexo entre Sullivan y Cowart? Ferguson. Y ¿gracias a quién obtuvo el Pulitzer? Ferguson.»

Giró sobre los talones y se dirigió a una esquina del vestíbulo del *Journal* donde había varios teléfonos públicos. Repasó sus notas y llamó a información de Pensacola. Acto seguido marcó el número facilitado por la voz electrónica.

Después de hablar con una secretaria, oyó la voz del abogado.

—Roy Black al habla. ¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Señor Black —dijo—, soy Andrea Shaeffer. Estoy en el *Miami Journal*... —

Sonrió, anticipando su pequeña patraña—. Necesitamos dar con Cowart. Ha ido a Pachoula a ver a su cliente, el señor Ferguson. Es importante que contactemos con él pero aquí nadie sabe cómo hacerlo. ¿Podría ayudarme? De veras siento tener que molestarlo...

—No es molestia ninguna, señorita. De todos modos, Bobby Earl se ha ido de Pachoula. Ha vuelto a Newark, Nueva Jersey. No veo por qué el señor Cowart iba a querer volver a Pachoula.

—Oh, vaya suerte la mía —repuso ella fingiendo asombro y contrariedad—. El señor Cowart está haciendo un seguimiento sobre la ejecución de Sullivan. ¿Cree que podría dirigirse a Newark? No dio muchas indicaciones sobre su itinerario y sería conveniente no perderlo de vista. ¿Tiene alguna dirección del señor Ferguson? Lamento la molestia, pero no ha habido manera de encontrar la agenda del señor Cowart.

—No suelo dar direcciones, ¿sabe? —replicó el abogado.

—Lo entiendo perfectamente —respondió ella con naturalidad—. Vaya, ¿y ahora cómo voy a encontrarlo? El jefe me cortará el cuello —suspiró compungida.

El abogado titubeó.

—Vale, de acuerdo, se la daré —cedió por fin—. Pero prométame que no se la filtrará a la prensa ni a nadie. El señor Ferguson quiere dejar atrás todo este asunto, ¿sabe? Intenta retomar su vida.

—Es comprensible y me hago cargo. Se lo agradezco mucho, abogado —dijo afectando entusiasmo.

—Espere. La estoy buscando.

Esperó con impaciencia. No había sido nada difícil engatusarlo. Se preguntó si llegaría a tiempo de coger el próximo avión hacia el Norte. No acababa de saber qué haría con Ferguson cuando lo encontrara, aunque de una cosa sí estaba segura: las respuestas a sus preguntas estaban ocultas en alguna parte muy cerca de él. Recordó sus ojos tal como aparecían en las páginas del periódico. Un hombre inocente.



# 17

## NEWARK

El avión atravesó una fina capa de nubes mientras se aproximaba al aeropuerto y pudo vislumbrar la ciudad, que se erguía en la distancia como un juego de cubos apilados por un niño. El tímido sol de comienzos de primavera iluminaba la miríada de edificios de oficinas. Se imaginó el mordiente frío de abril y por un momento echó de menos el calor de los cayos. Después se centró en cómo aproximarse a Ferguson.

Decidió que con cautela. Como si Ferguson fuera un pez grande que ha picado en un aparejo ligero: un movimiento brusco o demasiada presión y se rasgará el cordel y quedará libre. Nada lo vinculaba con los asesinatos de Tarpon Drive, salvo la presencia de Cowart. Ningún testigo, ninguna huella, ningún resto de sangre. Ni siquiera el *modus operandi*: la violación y asesinato de una niña poco tiene en común con matar sádicamente a una pareja de ancianos. Y según Cowart y su periódico, Ferguson ni siquiera era responsable de la primera parte de la ecuación.

A medida que el avión viraba, pudo distinguir el amplio cinturón de la autopista de Nueva Jersey serpenteando. De repente tuvo miedo de haberse dejado arrastrar por una senda oscura y pensó que lo mejor sería tomar el primer avión y regresar a Florida junto a Weiss. Todo se veía muy claro desde el vestíbulo del *Miami Journal*. Ahora, el cielo gris y opaco de Nueva Jersey parecía mofarse de su incertidumbre.

Se preguntó si Ferguson habría aprendido la lección. Probablemente, ya que, según se derivaba de las palabras de Cowart, parecía un tipo listo, educado, distinto de la mayoría de convictos. Sin embargo, la detective se temía que era un caso especial.

Todavía recordaba un día en el barco de su padrastro, seis años atrás. Era hacia última hora de la tarde y estaban pescando mientras la marea se retiraba bajo los pilones de uno de los innumerables puentes de los Cayos. El cliente

había atrapado un gran sábalo real de más de cincuenta kilos. Había saltado ya dos veces fuera del agua, las branquias le palpitaban, arqueaba la cabeza y parecía gañir cuando su brillante cuerpo plateado rompía contra las oscuras aguas. Escapaba a favor de la corriente, valiéndose de la fuerza del agua para luchar contra el sedal. El cliente porfió entre gruñidos, con las piernas separadas y la espalda encorvada, y luchó contra la fuerza del pez. El animal iba tirando del sedal en dirección a los pilones del puente.

«Un pez inteligente —pensó ahora—. Un pez fuerte. Sabía que si lograba llegar allí, podría desgarrar el sedal contra los percebes, tensándolo y restregándolo contra el pilón.» Aquel pez ya había picado antes. El dolor del anzuelo clavado en la mandíbula y la fuerza del sedal tirando hacia la superficie le eran familiares. El conocimiento le daba fuerzas. No había miedo en su lucha, sólo la astuta y calculada determinación con que se dirigía hacia el puente y la salvación.

Lo que había hecho ella entonces debió de parecer una locura. Se llegó de un salto junto al cliente y en un simple pero impulsivo movimiento dejó ir casi todo el sedal. Entonces gritó: «¡Suéltela! ¡Suéltela!» El cliente le lanzó una mirada contrariada, pero ella le arrebató la caña de las manos y la arrojó por la borda. Dejó una estela mientras se hundía rápidamente. «Pero ¿qué demonios...?», empezó el hombre, pero se interrumpió cuando su padraastro viró en dirección a la parte más apartada del puente.

Su padraastro, arriba en el puente, escudriñó la creciente oscuridad hasta que por fin señaló con el dedo. Se volvieron y vieron la caña, que sobresalía a unos veinte metros. Se acercaron y la recogieron del agua, soltando el carrete casi al mismo tiempo. «Ahora sáquelo», le dijo ella al cliente. El hombre tiró de la caña y esbozó una sonrisa en cuanto notó el peso del sábalo. El pez, enganchado todavía, salió a la superficie sobresaltado y asombrado al sentir de nuevo el tirón del anzuelo. Daba saltos en busca de oxígeno, el agua negruzca le resbalaba por las escamas y ella sabía que era su última batalla, presentía la derrota en cada encorvamiento de la cabeza y en cada espasmo del cuerpo. Diez minutos más tarde lo arrastraban pegado a la borda. El cliente levantó el pez por el anzuelo y lo sacó del agua. Hubo fotografías a raudales y luego ella devolvió el pez al agua, inclinada sobre la cubierta, sosteniéndolo para que volviese a la vida. Antes de soltarlo, sin embargo, le arrancó una de aquellas escamas plateadas del tamaño de una moneda de medio dólar. Se la guardó en el bolsillo de la camisa y se quedó contemplando al pez mientras se alejaba, despacio removiendo su cola en forma de guadaña entre las cálidas aguas.

«Un pez inteligente —pensó—. Un pez fuerte. Pero yo fui más inteligente y por eso me hice más fuerte.» Volvió a pensar en Ferguson. «Ya ha picado antes», pensó.

El ruido del avión aumentó hasta que por fin cesó. Recogió sus cosas y se encaminó a la salida.

El capitán de enlace del departamento de policía de Newark le proporcionó un par de agentes de paisano para que la acompañaran al apartamento de Ferguson. Tras una breve presentación y un poco de charla de cortesía, la llevaron a través de la ciudad hasta la dirección que ella les dio.

Shaeffer miraba aquellas calles que se le antojaban salidas del infierno. Los edificios eran de ladrillo y hormigón oscuro, con un aire sucio e inseguro. Incluso la luz del sol parecía gris. Había un sinfín de pequeños negocios, tiendas de ropa, bodegas, casas de empeño, tiendas de electrodomésticos, negocios de alquiler de muebles, todos exhibiendo su decrepitud en las sucias aceras. Había barrotes de acero por doquier: necesidades de la gran ciudad. En las esquinas se veían grupos de hombres ociosos, pandilleros adolescentes o estridentes busconas. Incluso los locales de comida rápida, pese a sus reglamentos de orden e higiene, tenían un aspecto viejo y descuidado, nada que ver con sus homólogos de las zonas residenciales. La ciudad parecía un viejo luchador que ha llegado hasta los últimos asaltos en demasiadas peleas: se tambaleaba pero, inexplicablemente, se mantenía en pie, tal vez por ser demasiado viejo o estúpido o testarudo para desplomarse.

—¿Dice que ese tipo estudia, detective? No lo creo. En esta zona, imposible —dijo uno de los agentes, un negro taciturno y con canas en las sienes.

—Eso me dijo su abogado —contestó ella.

—Aquí sólo hay una clase de formación: la de las putas, los chulos, los camellos y los ladrones. No creo que usted le llame estudiar a eso.

—Bueno —terció su compañero, un hombre más joven de pelo rubio y bigote descuidado que conducía el coche—. Eso no es del todo cierto. Aquí también vive gente decente...

—Sí —replicó su compañero—, los que se protegen detrás de rejas y barrotes.

—No le haga caso —dijo el rubio—. Está muy quemado. Además, se le ha olvidado decir que él se crió en esta zona y consiguió terminar la escuela nocturna, de modo que no es algo imposible. Quizá su hombre coge el tren de New Brunswick porque estudia en Rutgers. O tal vez estudia de noche en St. Pete's.

—No tiene sentido. ¿Por qué iba a vivir en este agujero si tuviera otras opciones? —contestó el negro—. Si tuviera dinero no estaría aquí. La única razón por la que la gente vive aquí es porque no tiene la posibilidad de irse a otra parte.

—Se me ocurre otra razón —dijo el policía joven.

—¿Qué razón es ésa? —preguntó Shaeffer.

El policía hizo un gesto con el brazo.

—Para esconderse. Tal vez quiera pasar inadvertido. Para eso no hay mejor sitio que Newark. —Señaló un edificio abandonado—. Algunas partes de esta ciudad son como la jungla o las ciénagas. Cuando pasamos por delante de un

edificio como ése, abandonado, incendiado o lo que sea, no hay manera de saber qué hay en su interior. Hay gente que vive ahí sin electricidad, calefacción y agua. Los rondan las bandas para esconder armas. Joder, pero si hasta podría haber un centenar de cadáveres en esos edificios y nunca los encontraríamos. Ni siquiera sabríamos que los tienen ahí. —Hizo una pausa—. Un sitio perfecto para perderse. ¿Quién demonios iba a venir hasta aquí buscando a alguien a menos que fuera imprescindible? —preguntó.

—Creo que yo lo haría —dijo Schaeffer.

—¿Para qué quiere a ese hombre? —preguntó el rubio.

—Puede que sepa algo acerca de un caso de doble homicidio.

—¿Cree que nos causará problemas? Tal vez deberíamos pedir refuerzos.

¿Tiene que ver con drogas?

—No. Más bien con un asesinato por encargo.

—¿Seguro? Me refiero a que no quiero llegar y encontrarme con un tío armado con una Uzi y esnifando medio kilo de crack.

—No. En absoluto.

—¿Es un sospechoso?

Vaciló. «¿Lo es?»

—No exactamente. Sólo queremos hablar con él. Podría serlo o no serlo.

—Está bien, nos fiaremos de usted. Aunque la idea no me convence. ¿Qué tiene contra este tipo?

—No mucho.

—Pero sí la esperanza de que diga algo que le sirva ante un tribunal, ¿no?

—Ésa es la idea —asintió Schaeffer.

—A ver si pica.

La ironía del policía la hizo sonreír.

—A ver.

Los dos hombres resoplaron y siguieron conduciendo. Pasaron por delante de un grupo de hombres delante de una tienda de comestibles. Schaeffer intuía que todos los ojos los vigilaban. «Todos saben quiénes somos —pensó—. Nos identifican en un segundo.» Trató de distinguir las caras que cruzaban por la calle, pero se confundían las unas con las otras.

—Es ahí —dijo el conductor—. A mitad de la manzana.

Aparcó en el espacio libre entre un Cadillac color frambuesa con neumáticos de banda blanca y tapicería de velvetón y una chatarra carente de valor. Un muchacho estaba sentado en el bordillo junto al Cadillac.

—Hogar, dulce hogar —dijo el agente rubio—. ¿Cómo quiere que lo hagamos, detective?

—Con tranquilidad y buenos modales —respondió—. Primero hablaré con el portero, si lo hay. Tal vez con algún vecino. Luego llamaré a su puerta.

El policía negro se encogió de hombros.

—Está bien. Nosotros la acompañaremos. Pero cuando entre, se las tendrá que apañar solita.

Era un edificio de ladrillo rojo de seis plantas. Shaeffer se disponía a entrar cuando de repente se volvió y miró al chico del bordillo. Llevaba un par de caras y flamantes zapatillas de baloncesto blancas de caña alta y unos pantalones de chándal raídos.

—¿Qué tal? —le preguntó.

El muchacho se encogió de espaldas.

—Bien.

—¿Qué haces?

Hizo un ademán.

—Miro las ruedas. ¿Eres poli?

—Tú lo has dicho.

—No eres de por aquí.

—No. ¿Conoces a alguien llamado Robert Earl Ferguson?

—El de Florida. ¿Lo estás buscando?

—Sí. ¿Está aquí?

—No sé. No se deja ver mucho.

—¿Por qué no?

El muchacho se dio la vuelta.

—Andará metido en algo.

Shaeffer meneó la cabeza y subió los peldaños de la entrada secundada por los dos agentes de paisano. Se fijó en los buzones y leyó el nombre de Ferguson en uno de ellos. Apuntó los nombres de algunos vecinos y dio con uno con la abreviación «Port.». Llamó y esperó junto al interfono. No hubo respuesta.

—No va —dijo el agente negro.

—Aquí esos cacharros nunca funcionan —añadió el otro.

Empujó la puerta del edificio. Cedió. Se sintió ligeramente incómoda.

—Me imagino que en Florida sí funcionan los interfonos y cerrojos —dijo el negro.

El interior estaba oscuro como una caverna. Los pasillos eran estrechos, había pintadas en las paredes y olía a una mezcla de basura y orines. El policía rubio debió de ver que ella arrugaba la nariz, pues dijo:

—Oiga, este lugar es mejor que la mayoría, y de largo. —Hizo un gesto—. ¿Ve usted a algún borracho instalado en el vestíbulo? Esto de aquí es un lujo.

Encontró el piso del portero bajo el hueco de la escalera, llamó tres veces y al cabo oyó ruido en el interior. Después una voz:

—¿Qué quiere?

Acercó la placa a la mirilla.

—Policía —contestó.

Se oyó el chacoloteo de tres o cuatro cerrojos. Por fin se abrió la puerta, dejando ver a un negro de mediana edad, descalzo y vestido con ropa de trabajo.

—¿Es usted el señor Washington, el portero?

Asintió.

—¿Qué quiere? —repitió.

—Quiero salir de este vestíbulo —dijo sin rodeos.

Él abrió la puerta y dejó pasar a los tres policías.

—Yo no he hecho nada.

Shaeffer echó un vistazo a los muebles desnudos y las alfombras raídas; luego preguntó:

—Robert Earl Ferguson. ¿Se encuentra en casa?

El hombre se encogió de hombros.

—Puede. Supongo. No me fijo mucho en quién entra o sale.

—¿Quién vigila, entonces?

—Mi mujer —dijo señalando a un lado.

Shaeffer vio a una mujer negra de poca estatura que tenía de gruesa lo que su marido de enclenque; guardaba silencio ante la entrada del pasillo, asida a un andador de aluminio.

—¿Señora Washington?

—Sí.

—¿Robert Earl Ferguson está en el edificio?

—Debería estar. Hoy no ha salido.

—¿Y cómo lo sabe?

La mujer dio un paso colocando con cuidado el andador delante de sí. Resollaba.

—Me cuesta mucho moverme. Me paso el día aquí... —Señaló una ventana—. Veo lo que pasa por el mundo antes de que me toque abandonarlo, hago un poco de punto y cosas así. Suelo estar al tanto de la gente que entra y sale.

—¿Ferguson sigue algún horario? ¿Tiene hora de entrada y salida?

Asintió. Shaeffer sacó su bloc y tomó algunas notas.

—¿Adónde va?

—Pues no lo sé exactamente, pero siempre lleva una bolsa con libros de texto. Una mochila. Como esas del ejército o para ir de excursión o algo así. Sale por la tarde y no vuelve hasta bien entrada la noche. A veces lleva una maleta pequeña y no vuelve en un par de días. Supongo que viaja.

—¿Usted está aquí hasta tarde? ¿Vigilando?

—También me cuesta dormir. Me cuesta caminar, me cuesta respirar, me cuesta todo últimamente.

Andrea Shaeffer sintió que la emoción la embargaba por momentos.

—¿Qué tal anda de memoria? —preguntó.

—De momento no me flojea, si se refiere a eso. Tengo buena memoria. ¿Qué quiere saber?

—¿Ferguson se fue de la ciudad hará una semana o diez días? ¿Lo vio con la maleta? ¿Se ausentó durante un día o dos? ¿Hizo algo fuera de lo normal, fuera de la rutina?

La mujer se quedó pensativa. Shaeffer la observó mientras repasaba

mentalmente todas las entradas y salidas que había presenciado. Entornó los ojos y luego los abrió, como si de repente le hubiera venido a la cabeza un recuerdo o una imagen. Abrió la boca como dispuesta a decir algo y levantó una mano del andador de aluminio. Sin embargo, antes de pronunciar palabra alguna, la mujer recapacitó, como si un segundo pensamiento le hiciera desestimar el primero. Sus ojos volvieron a encogerse mirando el bloc que la detective sostenía, expectante. Finalmente, negó con la cabeza.

—Me parece que no. Pero seguiré pensando. Una no puede estar segura si no piensa con calma. Ya sabe cómo es esto.

Shaeffer la observó. «Seguro que recuerda algo. Pero no quiere decirlo.»

—¿Está segura?

—No —dijo la mujer—. Puede que recuerde algo dentro de un rato. ¿Ha dicho hace una semana o diez días?

—Sí.

—Trataré de recordar.

—Muy bien. Haga el favor. ¿Hay alguien más que pueda saber algo?

—No, señora. Ese joven es muy reservado. Sólo sale por la tarde y vuelve por la noche. Nunca hace ruido, nunca arma jaleo, es muy discreto. Ni siquiera tiene novia. ¿Para qué quiere saber todo esto? ¿Ha tenido problemas con la policía?

—¿Sabe algo de la vida que ha llevado en los últimos años, en Florida?

El señor Washington interrumpió:

—Hemos oído que pasó una temporada entre rejas. Pero nada más.

—Pero eso no es nada raro aquí, señora mía. Casi todo el mundo pasa una temporada entre rejas —comentó la mujer. Miró a su marido—. Y el Señor sabe que quien aún no la ha pasado acabará pasándola. Así son las cosas por aquí, señora mía.

—¿Cómo paga el alquiler? —preguntó Shaeffer.

—En metálico. El primero de cada mes. Nunca se ha retrasado.

Tomó nota de ello.

—No tiene nada de extraño. Éste no es un bloque de lujo precisamente, por si no se había dado cuenta.

—¿Lo han visto alguna vez con un cuchillo? Uno de caza. ¿Alguna vez han visto alguno en su apartamento?

—No, señora.

—¿Alguna pistola?

—No, señora, yo diría que no. Pero la mayoría de la gente de por aquí tiene un arma escondida en alguna parte.

—¿No recuerda nada de él? ¿Nada fuera de lo normal?

—Bueno, aquí no es muy normal perder el tiempo con libros.

Shaeffer asintió y les tendió a marido y mujer sendas tarjetas ornadas con el escudo de la policía del condado de Monroe.

—Si recuerdan algo, por favor llámenme. Estaré en este número el próximo

par de días. —Anotó el número del motel cercano al aeropuerto donde se alojaba.

Ambos miraron las tarjetas con atención mientras se marchaba. Ya en el vestíbulo, el policía negro se quedó mirándola.

—¿Ha sacado algo en limpio? A mí no me ha parecido que dijeran gran cosa. Además, la vieja mintió al decir que no recordaba nada.

—Esa ha recordado algo, puede estar segura —dijo el rubio.

—¿También ustedes lo han notado?

—Por supuesto. Pero no sé por qué demonios lo ha hecho. Seguramente por nada en especial. ¿Usted qué cree, detective?

—Ya me gustaría saberlo —contestó—. Ha llegado la hora de ver si nuestro hombre está en casa.



# 18

## CABEZA DE TURCO

Inspiró aire profunda y lentamente, tratando de controlar su corazón acelerado, y luego llamó a la puerta. El vestíbulo estaba a oscuras, a excepción de una ventana al fondo que dejaba entrar una luz mortecina a través de la mugre grisácea. No sabía qué podía encontrarse. «Un asesino atípico —pensó—. Uno de los lados del triángulo. Alguien que estudia pero que de tanto en tanto hace las maletas y se marcha unos días a alguna parte.» Llamó de nuevo y al poco llegó la previsible respuesta:

—¿Quién es?

—Policía.

La palabra revoloteó en el aire ante ella, resonando en el minúsculo espacio. Transcurrieron unos segundos.

—¿Qué quiere?

—Hacerle unas preguntas. Abra.

—¿Qué clase de preguntas?

Podía sentir la presencia del hombre a sólo unos centímetros, tras la oscura puerta de madera.

—Abra.

Detrás de ella, los dos agentes se pusieron en guardia y retrocedieron un paso, apartándose de la línea de fuego. Ella volvió a llamar a la puerta.

—Policía —repitió. No sabía qué hacer si se negaba a abrir.

—Un momento.

No le dio tiempo ni a sentir alivio. Creyó percibir cierto temblor en su voz, cierta reticencia, como un niño pillado con las manos en la masa. «Tal vez está echando un vistazo al apartamento para asegurarse de que no hay nada incriminatorio a la vista —pensó—. ¿Pruebas? ¿Pruebas de qué?»

Se oyeron varios cerrojos y cadenas de seguridad, luego la puerta se abrió lentamente. Andrea Shaeffer quedó cara a cara con Robert Earl Ferguson.

Llevaba vaqueros, zapatillas de deporte y una holgada sudadera granate arremangada hasta los codos, le quedaba varias tallas grande y deformaba su silueta. Llevaba la cabeza rapada y la barba bien afeitada. Ella casi retrocedió de estupefacción; la rabia de aquel hombre casi la había noqueado. Tenía unos ojos fieros, penetrantes. Dio un paso al frente, asomándose al umbral.

—¿Qué quiere? —preguntó—. No he hecho nada.

—Quiero hablar con usted.

—¿Tiene placa?

Se la enseñó.

—¿Condado de Monroe? ¿Florida?

—Exacto. Me llamo Shaeffer. Investigo un homicidio.

Por un momento creyó apreciar incertidumbre en los ojos de Ferguson, como si se esforzara por recordar algo que le rehuía.

—Eso queda al sur de Miami, ¿no? Más abajo de los Glades.

—Así es.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Puedo pasar?

—No hasta que me diga a qué ha venido.

Se hizo el silencio y Ferguson pareció aprovechar para observarla bien. Shaeffer advirtió que eran casi de la misma estatura y que él era apenas un poco más corpulento que ella. Pero también le pareció la clase de hombre en quien tamaño y fuerza resultan irrelevantes.

—Está usted muy lejos de casa. —Echó un vistazo a los dos agentes—. ¿Y ellos?

—Policía de Nueva Jersey.

—¿Le daba miedo venir sola? —Entornó los ojos de manera desagradable. Los dos policías dieron un paso adelante, amenazadores. Ferguson permaneció en el umbral, con los brazos cruzados.

—Claro que no —contestó Shaeffer, pero su respuesta sólo provocó una leve sonrisa.

—Yo no he hecho nada —repitió, esta vez en tono neutro, como un abogado que hablara para dejar constancia.

—Nadie ha dicho lo contrario.

Ferguson sonrió.

—Pero no habría venido desde Monroe hasta este entrañable lugar sólo para ver mi bonita cara, ¿verdad? —Retrocedió un paso—. De acuerdo, pase. Pregunte lo que quiera. No tengo nada que ocultar.

La última frase iba dirigida a los dos hombres y fue pronunciada en voz más alta.

Shaeffer entró en el apartamento. En cuanto pasó por delante de él, Ferguson se interpuso entre ella y los dos policías, cerrándoles el paso.

—Eh, maderos, a vosotros no os he invitado —dijo con brusquedad—. Sólo ella. A no ser que traigáis una orden.

Shaeffer se volvió sobresaltada. Vio cómo los dos agentes se enervaban. Como todos los policías, no estaban acostumbrados a recibir órdenes de un civil.

—Quítate de en medio —dijo el negro.

—Es ella la que tiene preguntas, o sea que es ella la que entra. Vosotros esperáis fuera.

El policía rubio se adelantó, como dispuesto a apartarlo de un empujón, pero luego pareció reconsiderarlo. Shaeffer terció:

—No pasa nada, yo me ocupo.

Los dos policías asintieron.

—No es el procedimiento habitual —terció el mayor. Y mirando a Ferguson—: ¿Qué vas a hacerme, capullo?

Ferguson permaneció impasible.

Shaeffer hizo un discreto gesto de negación con la mano. Hubo una pausa tensa, y los dos agentes regresaron al vestíbulo.

—Muy bien —dijo el policía negro—. Esperaremos aquí. —Se volvió hacia Ferguson—. Me he quedado con tu cara, gilipollas —murmuró—, y yo nunca olvido una cara.

Ferguson lo miró con indiferencia y repuso:

—Yo tampoco.

Empezó a cerrar la puerta, pero el agente rubio alargó el brazo y la aguantó.

—Se queda abierta, ¿vale? Así todos nos ahorraremos problemas.

Ferguson apartó las manos de la puerta.

—Si es lo que queréis... —Se volvió y acompañó a Shaeffer al interior del apartamento. Mientras caminaban, dijo—: Todos van de lo mismo. Como los del corredor de la muerte. Se creen muy duros pero no saben lo que es ser duro de verdad.

—¿Usted sí lo sabe, señor Ferguson?

—Sí, y consiste en saber el cuándo y el cómo. Duro de verdad es el que sabe que la sociedad le ha contagiado una enfermedad terminal, el que sabe que cada aliento se acerca más al último suspiro. —Se detuvo en la pequeña sala—. ¿Y usted, detective? ¿Usted también va de dura?

—Cuando hace falta.

Él la observó con una mezcla de desconfianza y socarronería.

—Siéntese —dijo. Él se sentó en un extremo de un sofá raído.

—Gracias —contestó ella, pero no se sentó. Empezó a pasearse lentamente por el cuarto, examinándolo. Había aprendido a hacerlo así, a permanecer en pie cuando el otro se sienta. Es algo que pone nervioso a casi todo el mundo y le confiere el papel dominante al interrogador.

Él la siguió con la mirada.

—¿Busca algo?

—No.

—Entonces dígame qué quiere.

Se acercó a una ventana y miró fuera. Vio el coche color frambuesa y la parte inferior del edificio, en el que no parecía haber vida alguna.

—No se ve gran cosa —dijo—. ¿Quién querría vivir aquí? Sobre todo si no tiene necesidad de ello.

Él no respondió.

—Putas en una esquina. Un camello de crack a media manzana. ¿Qué más? Ladrones, pandilleros, yonquis... —Lo miró con dureza—. Asesinos. Y usted.

—Así es.

—¿Y usted qué es, señor Ferguson?

—Soy estudiante.

—¿Hay muchos por aquí?

—No que yo sepa.

—Entonces, ¿por qué vive aquí?

—Me siento a gusto.

—¿Encaja en este ambiente?

—No he dicho eso.

—¿Entonces?

—Es seguro. —Rió levemente—. Es el lugar más seguro de la tierra.

—Eso no es una respuesta.

Él se encogió de hombros.

—Aquí uno vive encerrado en sí mismo, no en contacto con el exterior. Vida interior. Ésa es la primera lección del corredor de la muerte. La primera de tantas. ¿Cree que uno olvida lo que aprende allí en cuanto sale? Y ahora dígame qué quiere.

Ella siguió dando vueltas por el diminuto apartamento. Echó un vistazo al dormitorio: una estrecha cama individual y un solitario mueble desvencijado con cajones de madera, algunas prendas de ropa colgadas en un exiguo armario empotrado en una pared negra. En la cocina había una pequeña nevera, un horno y un fregadero. Varios enseres de cocina desportillados y algunas tazas se apilaban junto al fregadero.

De vuelta en la salita, le llamó la atención una mesilla de una esquina, con una máquina de escribir portátil y varias cuartillas encima. Junto a ella había una estantería de madera barata de pino sin pintar. Se acercó e inspeccionó los libros de los anaqueles; enseguida reconoció algunos títulos: un libro sobre medicina forense de un médico de Nueva York retirado, uno sobre las técnicas de identificación del FBI publicado por el gobierno, uno sobre el crimen en los medios de comunicación escrito por un profesor de Columbia. Ella los había leído durante la instrucción en la academia de policía. Había muchos otros, todos sobre crímenes e investigaciones, todos bastante usados, adquiridos de segunda mano, sin duda. Sacó uno y lo abrió. Algunos pasajes estaban subrayados con rotulador fluorescente.

—¿El subrayado es suyo?

—No. ¿Me va a decir de una vez qué quiere?

Ella dejó el libro y se fijó en las cuartillas de la mesita. En una de ellas había varias direcciones, incluida la de Matthew Cowart. Otras de Pachoula y una de un abogado de Tampa. La cogió e hizo un ademán.

—¿Quién es esta gente? —preguntó.

Él pareció titubear, pero contestó:

—Tengo que escribir algunas cartas. Son personas que me ayudaron a salir de la prisión.

Ella dejó la cuartilla. En la mesa también había varios recortes de periódico. Se agachó y los hojeó. Eran noticias locales y primeras planas. Algunos periódicos eran de Nueva Jersey, otros de Florida. Vio ejemplares del *Miami Journal*, el *Tampa Tribune*, el *St. Petersburg Times* y otros. Cogió un ejemplar del *Newark Star-Ledger* y leyó un titular: «La familia de la niña desaparecida ofrece una recompensa.»

—¿Le interesa esta clase de noticias? —preguntó.

—Igual que a usted. ¿No es así, detective? Cuando abre un periódico, ¿cuál es la primera noticia que lee?

Ella no contestó y volvió la vista a los periódicos. En cada página había un artículo sobre algún crimen. Otros titulares empezaron a llamarle la atención: «La policía encuentra indicios de agresión» y «La policía no tiene pistas sobre el secuestro».

—¿De dónde ha sacado estos periódicos?

Él la fulminó con la mirada.

—Voy a Florida con cierta frecuencia. A dar charlas en iglesias y en agrupaciones cívicas. —Clavó los ojos en los de ella—. Iglesias de negros, agrupaciones de negros. La clase de gente que comprende cómo puede ser que un inocente dé con sus huesos en el corredor de la muerte. La clase de gente que no considera tan raro que los maderos acosen a un negro. La clase de gente que no ve tan extraño que los cabrones de homicidios trinquen a un negro inocente si se ven incapaces de resolver un caso.

Siguió mirándola; ella dejó el periódico sobre los demás.

—Estudio criminología. «Medios de comunicación y crimen.» Los miércoles, de cinco y media a siete y media de la tarde. Es una asignatura optativa. Profesor Morin. Por eso tengo tantos periódicos sobre el tema.

Ella volvió a escrutar la mesa.

—Y me van a poner un sobresaliente —añadió, recuperando el tono socarrón—. Ahora dígame qué quiere —insistió.

—Muy bien —dijo ella. La intensidad de su mirada empezaba a incomodarla. Se apartó de la mesa y se puso frente a él.

—¿Cuándo ha estado por última vez en los cayos de Florida? Cayo Alto, Islamorada, Marathon, cayo Largo... ¿Cuándo fue la última charla? —añadió con ironía.

—Jamás he estado en los cayos —contestó él.

—¿De veras?

—Nunca.

—Desde luego, si alguien afirmara lo contrario sería indicio de algo, ¿no?

—El farol era bueno, pero la amenaza subyacente no pareció impresionar a Ferguson.

—Indicio de que alguien le ha estado pasando información falsa.

—¿Conoce la calle Tarpon Drive?

—No.

—Hay una casa en el número trece. ¿Alguna vez ha estado allí?

—No.

—Su amigo Cowart sí.

Él no contestó.

—¿Sabe lo que encontró?

—No.

—Dos cadáveres.

—¿Por eso ha venido?

—No —mintió—. He venido porque hay algo que no entiendo.

Él repuso con tono frío:

—¿Qué es lo que no entiende, detective?

—La relación entre usted, Sullivan y Cowart.

Hubo un breve silencio.

—No puedo ayudarla.

—¿No? —Ferguson poseía la cualidad de incomodar a su interlocutor simplemente con quedarse quieto—. Muy bien. Dígame lo que hizo días antes de que frieran a su amigo Sullivan.

Por un instante, la cara de Ferguson reflejó estupor. Luego respondió:

—Estaba aquí. Estudiando, yendo a clase. El calendario de clases está ahí en la pared.

—Justo antes de que Sullivan fuera a la silla, ¿hizo alguno de sus viajes?

—No. —Y señaló la pared.

Ella se volvió y vio una lista pegada con cinta adhesiva sobre la pintura desvaída. Se acercó y anotó los horarios, los lugares de las clases y los nombres de los profesores. El profesor Morin y «Medios de comunicación y crimen» estaban en la lista.

—¿Puede demostrarlo?

—¿He de hacerlo?

—Tal vez.

—Entonces tal vez sí.

Shaeffer oyó a lo lejos una sirena cuyo sonido empezó a crecer en la pequeña estancia.

—Y nunca fue mi amigo —dijo Ferguson—. De hecho me odiaba. Y yo a él.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Qué sabe acerca del asesinato de sus padrastros?

—¿Ese es el caso que usted investiga?

—Conteste a la pregunta.

—Nada. —Sonrió y añadió—: Bueno, sólo lo que he leído y lo que dicen en la televisión. Sé que los mataron unos días antes de su ejecución y que le dijo al señor Cowart que él mismo había encargado sus muertes. Eso decían los periódicos. Hasta salió en el *New York Times*, detective. Pero nada más. —Ferguson pareció relajarse. Su voz adoptó el tono de quien se regodea en sus propias evasivas.

—Dígame cómo pudo haber encargado esas muertes. Usted es todo un experto en el corredor de la muerte.

—Cierto, lo soy. —Hizo una pausa para pensar—. Hay un par de maneras. —Esbozó una desagradable sonrisa—. Lo primero que yo haría sería revisar las listas de visitas. En el corredor se fichan todas las visitas, sea abogado, periodista, amigo o familiar. Empezaría por el día en que Sullivan entró en el corredor y comprobaría cada una de las visitas que recibió. Psicólogos, productores, especialistas del FBI... Y por supuesto, el señor Cowart. —En su voz hubo un deje mordaz—. Luego hablaría con los carceleros. ¿Tiene idea de lo que es trabajar en el corredor de la muerte? Hay que tener algo de asesino, porque no dejas de pensar que cualquier día puedes ser tú el que tenga que amarrar a uno de esos pobres desgraciados a las correas de la silla. Hace falta vocación para eso. —Levantó la mano—. Pero claro, le dirán que es su trabajo, que no es nada personal, que no es distinto de cualquier otro trabajo de la prisión, pero no es verdad. Los de las alas Q, R y S son voluntarios. Y sin duda les gusta lo que hacen. Y lo que tal vez les toque hacer un día. —La miró con los ojos entornados—. Y supongo que si uno no encuentra tan difícil amarrar a alguien a la silla y freírle los sesos, tampoco le resultará difícil amarrar a alguien a otra silla y cortarle el cuello.

—Yo no he dicho que les cortaran el cuello.

—Lo ponía en los periódicos.

—¿Quién? —preguntó—. Deme algún nombre.

—¿Me está pidiendo ayuda?

—Nombres. ¿Con quién hablaría usted?

Él sacudió la cabeza.

—No sé. Pero alguien de allí. El corredor es un nido de asesinos. No se tarda mucho en descubrir qué carceleros también lo son. —Siguió sonriéndole—. Véalo por sí misma —dijo—. Una detective avispada como usted no tardará en distinguir quién es corrupto y quién no.

—Un nido de asesinos —dijo—. ¿Tenía usted un sitio en él, señor Ferguson?

—No. Yo me mantenía al margen.

—¿Cuánto tuvo que pagar?

Se encogió de hombros.

—No sé. ¿Mucho? ¿Poco? Es difícil de calcular, detective, porque la persona

adecuada haría el trabajo por muchas razones distintas.

—¿A qué se refiere?

—Sullivan, por ejemplo. Él se la hubiera cargado a usted sin motivo alguno. No habría necesitado más recompensa que el placer de hacerlo, ¿sabe? ¿Ha conocido alguna vez a alguien así? Me da que no. Parece demasiado joven e inexperta. —Sus ojos la repasaron mientras cambiaba de postura—. ¿Y sabe qué, detective? Hay tíos en el corredor que odian tanto a los polis que se los cargarían gratis, y además disfrutarían. Sobre todo si pudieran, ¿cómo decirlo?, alargarlo... Y aún disfrutarían más cargándose a una poli, ¿no le parece? Un placer especial, único y cegador.

Ella no contestó, pero aquellas palabras le cayeron encima como agua helada.

—O el señor Cowart. Yo creo que habría hecho cualquier cosa por un buen artículo. ¿Usted qué cree, detective?

Ella sintió una opresión en el pecho. Tragó saliva y preguntó:

—¿Y usted, Ferguson? ¿Qué pediría por matar a alguien?

A él se le esfumó la sonrisa.

—Nunca he matado a nadie y nunca lo haré.

—No he preguntado eso, señor Ferguson, sino qué pediría a cambio.

—Depende —contestó con frialdad.

—¿De qué? —preguntó ella.

—De a quién tuviera que matar. —Clavó la mirada en ella—. ¿No es eso lo que haríamos todos, detective? Para matar a algunos pediríamos una fortuna, pero para otros nada, ¿no?

—¿Qué haría usted por nada, señor Ferguson?

Sonrió de nuevo.

—No sabría decirle. Nunca lo he pensado.

—¿Ah, no? No les dijo lo mismo a aquellos dos detectives de Escambia. El jurado tampoco lo creyó así.

Una furia contenida enturbió la expresión complacida de Ferguson; contestó en un tono grave y amargo:

—Me torturaron. Lo sabe usted muy bien. El juez desestimó mi confesión. Yo nunca le hice nada a aquella cría. Lo hizo Sullivan, la mató él.

—¿Por cuánto?

—En esa ocasión la recompensa fue el puro placer de hacerlo.

—¿Qué me dice de Sullivan y su familia? ¿Cuánto cree que habría pagado por matarlos?

—¿Sullivan? Supongo que habría vendido su alma por llevárselos con él. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. ¿Sabe lo que me decía antes de yo saber que él había matado a la niña por cuya causa me encontraba en el corredor? Me hablaba del cáncer. Parecía un jodido médico, lo sabía todo sobre la enfermedad. Empezaba hablando de células atrofiadas y de estructuras moleculares y de alteraciones en el ADN y de cómo estas pequeñas,



imperceptibles y microscópicas anomalías iban minando el cuerpo, sembrando el mal hasta extenderlo a los pulmones, el colon, el páncreas o el cerebro para que se fuera pudriendo desde dentro. Cuando acababa de pontificar se sentaba cómodamente y decía que él era igual. ¿Qué le parece eso, detective?

Ferguson se retrepó en su asiento, acomodándose, pero Shaeffer lo notó ligeramente nervioso. En lugar de contestar, empezó a pasearse de nuevo por el apartamento. El suelo parecía escurrírsele debajo de los pies.

—¿Le habló de la muerte?

Ferguson volvió a inclinarse hacia delante.

—Es un tema recurrente en el corredor.

—¿Y qué aprendió usted al respecto?

—Aprendí que no tiene nada de particular. Está en todas partes. La gente cree que morir es algo especial, pero no lo es en absoluto, ¿verdad?

—Algunas muertes sí son especiales —dijo ella.

—Ésas deben de ser las que a usted le interesan.

—Precisamente. —Y se inclinó un poco más, como anticipándose a su próxima pregunta—: ¿Le gustan las zapatillas de deporte? —Por un instante, a Shaeffer le pareció que era otra persona quien hacía esa pregunta.

Él la miró perplejo.

—Sí, claro. Las llevo todos los días. Como todo el mundo por aquí.

—¿Qué me dice de ese par? ¿De qué marca son?

—Nike.

—Parecen nuevas.

—Tienen una semana.

—¿Tiene algún otro par en el armario?

—Sí.

Ella se dirigió al dormitorio.

—No se levante —dijo. Podía sentir sus ojos vigilándola, le quemaban en la espalda.

En el armario había un par de zapatillas de baloncesto de caña alta. Las cogió. «¡Mierda!», pensó. Eran Converse y estaban tan viejas y gastadas que tenían hasta un agujero en la puntera. Con todo, examinó las suelas. La parte delantera estaba más gastada. Sacudió la cabeza. Lo habrían notado. Además el dibujo de la suela era distinto del de las Reebok que el asesino había llevado en su visita al número 13 de Tarpon Drive. Devolvió las zapatillas a su sitio y volvió con Ferguson.

Él la miró.

—Conque encontraron una huella en el escenario del crimen, ¿eh? —Shaeffer guardó silencio—. Y entonces se les ocurrió que podrían registrar mi armario. —La miró fijamente—. ¿Ha encontrado algo? —Tras una pausa, contestó a su propia pregunta—: No gran cosa, ¿verdad? ¿Se puede saber a qué ha venido a mi casa?

—Ya se lo he dicho: Cowart, Sullivan y usted.

Al principio no contestó. Shaeffer advirtió que estaba pensando a gran velocidad. Por fin, habló con un tono uniforme aunque irritado:

—¿Es así como funciona? ¿Una poli de Florida harta de no saber a quién colgarle el caso me elige a mí como cabeza de turco? ¿Es eso? Claro, como ya he estado en prisión, soy el candidato ideal para casi todo lo que usted no pueda probar.

—No he dicho que fuera usted sospechoso.

—Pero quería ver mis zapatillas.

—Es el procedimiento, señor Ferguson. Estoy examinando las de todo el mundo. Hasta las del señor Cowart.

Ferguson dejó escapar una risa.

—Vaya. ¿De qué marca las gasta Cowart?

Ella siguió mintiendo:

—Reebok.

—Claro. Pues deben de ser nuevas también, porque la última vez que lo vi llevaba unas Converse como las mías.

La mujer no contestó.

—O sea que le está usted registrando las zapatillas a todo el mundo. Pero conmigo va a tiro hecho, ¿no? Sería lo que necesita para relacionarme con los asesinatos, ¿verdad, detective? Seguro que saldrían unos buenos titulares. Quizás incluso la promocionarían. Nadie cuestionaría sus métodos.

Shaeffer le dio la vuelta:

—¿De verdad? ¿Con usted puedo ir a tiro hecho?

—Siempre ha sido así y así seguirá siendo. Y si no soy yo, será otro como yo: joven y negro. Eso me convierte automáticamente en sospechoso.

Ella sacudió la cabeza.

Ferguson se levantó del sofá presa de un repentino arrebató.

—Cuando hizo falta encontrar a alguien en Pachoula, ¿a quién fueron a buscar? ¿Y usted? Usted sospecha sólo porque conocí a Sullivan, por eso ha venido derechita a mí. ¡Pero yo no lo hice, maldita sea! Ese cabrón casi me mata. Me pasé tres años en el corredor de la muerte por algo que no había hecho gracias a polis como usted. Yo ya me daba por muerto porque el sistema necesitaba una cabeza de turco. Puede irse al infierno, detective. No volveré a ser la cabeza de turco de nadie. Soy negro, pero no un asesino. Y el simple hecho de ser negro no me convierte en uno. —Volvió a sentarse—. ¿Quiere que le diga por qué he elegido vivir aquí? Porque aquí la gente entiende lo que es ser negro y convertirse siempre en el sospechoso o la víctima. Aquí todos somos una cosa o la otra. Y yo ya he sido las dos, por eso encajo en este barrio. Por eso me gusta, aunque no tenga por qué estar aquí. ¿Lo entiende ahora? Lo dudo. Porque usted es blanca y jamás sabrá lo que es esto. —Se puso en pie otra vez y miró por la ventana—. Jamás entenderá cómo alguien puede considerar a esto su casa. —Se volvió hacia ella—. ¿Tiene más preguntas?

Su ímpetu la había desarmado. Negó con la cabeza.

—Bien —dijo él con suavidad—. Entonces lárguese de mi casa. —Y señaló la puerta.

Ella se dirigió hacia allí.

—Tal vez tenga más preguntas —dijo.

Él sacudió la cabeza.

—No, no lo creo, detective. Esta vez no. La última vez que quise ser amable con una pareja de detectives me pasé tres años encerrado y casi me cuesta la vida. Ha tenido su oportunidad. Ahora, largo.

Ella se encontraba ya en la puerta. Dudó, como si no se decidiera a marcharse, pero sintiendo al mismo tiempo un inmenso alivio al alejarse de allí. Echó una rápida mirada a los ojos de Ferguson, encogidos por el odio, justo antes de que la puerta se cerrara. El ruido de los cerrojos resonó en el vestíbulo.

## 19

### UN BAÑO NUEVO

Los tres guardaron silencio durante la mayor parte del recorrido.

Al fin, cuando el coche patrulla abandonó la autopista y enfiló la tierra endurecida de la carretera secundaria, Bruce Wilcox dijo:

—No nos dirá nada. Agarrará la escopeta de cañones y nos echará de su casa en menos de lo que un mosquito tarda en picar un culo. Estamos perdiendo el tiempo.

Iba conduciendo. En el asiento del pasajero, Tanny Brown mantenía la mirada fija en el parabrisas sin pronunciar palabra. Los rayos de luz que llegaban a través de las copas de los árboles le daban a su piel una apariencia brillante, como si estuviera mojada. Contestó a Wilcox haciendo un leve gesto de desaprobación; luego volvió a sumirse en sus cavilaciones.

Wilcox bufó y siguió conduciendo. Luego insistió:

—Sigo creyendo que estamos perdiendo el tiempo.

—No estamos perdiendo el tiempo —masculló Brown mientras el coche no dejaba de dar bandazos por culpa del estado de la carretera.

—Con que no, ¿eh? —repuso el detective—. A ver si consigues que me entere de qué va esto.

Volvió la cabeza hacia Cowart, que iba sentado en el centro del asiento trasero sintiéndose como uno de los detenidos que habitualmente ocupaban ese sitio.

Brown habló despacio:

—Antes de que Sullivan muriera en la silla eléctrica, le insinuó a Cowart que pudimos pasar por alto algunas pruebas en casa de Ferguson. A eso vamos.

Wilcox sacudió la cabeza.

—A otro perro con ese hueso, Tanny. Lo diría para quitárselo de encima. —Habla como si Cowart no estuviera presente—. Yo mismo supervisé el registro. Lo revolvimos todo. Palpamos las paredes por si había espacios

huecos, retiramos las tablas del suelo, examinamos el carbón de aquel viejo horno para ver si había restos de quema, nos arrastramos por los putos cimientos de la casa con un detector de metales. Pero si incluso traje un maldito sabueso y lo pasé por toda la casa, joder. Si ese capullo hubiese ocultado algo lo habríamos encontrado.

—Sullivan dijo que se os pasó algo por alto —insistió Cowart.

—Sullivan le dijo muchas cosas a este chupatintas —le comentó Wilcox a su compañero—. ¿Por qué cojones le hacemos caso?

—Eh —dijo Cowart—, vale ya, ¿de acuerdo?

—¿Dónde le dijo que mirara?

—No me lo dijo. Sólo dijo que se os pasó algo por alto y que me anduviera con ojos hasta en el culo.

Wilcox sacudió la cabeza.

—Aunque encontráramos algo, ya no serviría de nada. —Miró a Brown—. Y tú, jefe, lo sabes tan bien como yo. Ferguson ya es historia. Pasemos de él.

—No —contestó Tanny Brown—. No es historia.

—¿Y qué si encontramos algo? ¿Qué más da? Será fruta del cesto podrido, no podemos utilizar contra Ferguson nada obtenido por vía extralegal. Acuérdate de la confesión. Ni aunque hubiera dicho dónde estaban las pruebas, cómo mató a la pequeña Joanie, cómo lo tramó todo, ¿qué pasa si luego va el juez y se retracta de la confesión? Las cosas vienen y se van, ya está.

—Pero las cosas no han ido de esta manera —dijo Cowart.

—Exactamente. No han ido así. Puede que los abogados aún tengan algo a lo que aferrarse. —Brown vaciló antes de añadir—: Pero yo no espero que este caso se resuelva en los tribunales.

Tras un breve silencio, Wilcox volvió a hablar:

—No creo que la abuela de Ferguson nos deje echar un vistazo sin una orden. No creo que nos dé ni la puta hora sin una orden del juez. Estamos perdiendo el tiempo.

—A Cowart sí lo dejará entrar.

—Y una mierda. No si va con nosotros.

—Verás como sí.

—Lo más probable es que los periodistas le caigan peor incluso que a mí. Después de todo fue gracias a ellos que su querido nieto acabó en el corredor.

—Pero luego lo sacaron.

—No creo que ella razone de esta manera. Una vieja baptista caga-misas... Seguramente cree que fue Jesús en persona el que bajó de los cielos y le abrió las puertas de la cárcel a su nieto, porque a fin de cuentas cada domingo iba al templo y lo colmaba de oraciones. Además, aunque le deje entrar a registrar la casa, que no lo hará, el tío este ni siquiera sabe qué buscar y menos dónde.

—Sí que lo sabe.

—De acuerdo, coño. Supongamos que encuentra algo. ¿De qué nos vale?

—Nos vale —contestó Brown. Bajó su ventanilla y el calor se introdujo en el

coche y no tardó en neutralizar la atmósfera fría y viciada del aire acondicionado—. Porque entonces sabremos que Sullivan, al menos en esto, dijo la verdad.

—¿Y qué? —espetó Wilcox—. ¿De qué cojones nos vale eso?

La pregunta sólo encontró silencio por parte del teniente.

—Entonces sabremos a qué atenernos —terció Cowart.

—¡Ja! —exclamó Wilcox.

Siguió conduciendo, aferrando el volante, molesto por la sensación de que su compañero y su adversario hubieran compartido una información de la que él no tenía conocimiento. La furia se apoderó de él. Conducía bruscamente, levantando una nube de polvo, y casi deseaba que algún perro sarnoso o una ardilla se cruzaran en la carretera. Pisó el acelerador y notó cómo la trasera coleaba sobre la suciedad del asfalto y propulsaba el vehículo.

Cowart observó una hilera de árboles al borde de un bosque distante.

—¿Adonde lleva eso? —preguntó señalando.

—Por ahí es donde encontramos a Joanie —contestó Wilcox—. Llega al borde mismo de la ciénaga. Luego retrocede unos diez kilómetros, se ensancha y gira hacia la ciudad. Ahí las arenas movedizas pueden tragárselo a uno y el barro es tan espeso que al pisarlo parece pegamento. Durante kilómetros sólo se ven árboles muertos, hierbajos y agua. Como está oscuro, todo parece lo mismo. Si uno se perdiese ahí dentro, tardaría un buen mes en salir. Si es que sale. Insectos, serpientes, caimanes y diversos bichos viscosos y reptantes. Aunque no está mal para pescar lubinas, se encuentran algunas piezas grandes debajo de la madera podrida. Basta con poner atención en el asunto.

Mientras el coche avanzaba traqueteando y ladeándose por efecto de los baches y las rodadas, Cowart pensó en los artículos que había impreso en la hemeroteca del *Journal*. Los llevaba en el bolsillo de la chaqueta, sentía su incómodo roce contra la camisa, como si poseyeran una cualidad radiactiva que irradiase con el calor. Esta información no la había compartido con Brown.

«Podría tratarse de una simple coincidencia —se dijo—. Ferguson da una charla en una iglesia y cuatro días después desaparece una niña. Eso no prueba nada. No sabes si se encontraba todavía por aquí ni lo que hizo después de hablar en la iglesia ni adonde fue. Cuatro días. Tenía tiempo de volver a Pachoula. O a Newark.»

Le sobrevino repentinamente la fotografía de Joanie Shriver que colgaba de la pared de la escuela. Vio los ojos de Dawn Perry mirándolo con aquella cara entusiasta y despreocupada con que aparecía la pequeña en el cartel de la policía. Blanco y negro.

—Ya casi llegamos —anunció Wilcox.

Las palabras de su compañero interrumpieron las cavilaciones del teniente. Tras regresar a Pachoula, no había tardado en verse inmerso en la rutina. A una

de sus hijas no le habían dado el papel protagonista en la obra del colegio; la otra había descubierto que a todas sus amigas las dejaban volver a casa una hora más tarde que a ella. Se trataba de problemas considerables, asuntos que requerían solución inmediata. Había ciertas tareas que su padre no estaba dispuesto a asumir; implantar las reglas era una de ellas. «Es tu casa. Yo aquí estoy sólo de visita», decía el anciano. No obstante, había escuchado con buen humor las protestas de la pequeña por no haber conseguido el papel. Brown se preguntaba si la sordera del viejo no sería una ventaja en ciertas ocasiones.

Les había mentado acerca de dónde había estado; también acerca de qué estaba investigando. Y habría mentado a cualquiera que le hubiera preguntado por qué estaba asustado. Había sido un alivio ver que sus hijas vivían abstraídas en sus propias vidas, de aquella manera obsesiva e inimitable que sólo se da en los niños. Las había mirado a ambas, escuchando a medias sus quejas, y en ellas había visto la cara de Dawn Perry, cuya fotografía guardaba en el bolsillo de la chaqueta. ¿Por qué iban a ser distintas?, se preguntaba.

Se mortificaba: «No puedes ser policía si te permites ver en los casos algo más que números de archivo.» Se había obligado a aferrarse a las certezas, a lo que podía presentar ante un tribunal. No dejaba de luchar contra sus instintos porque, según éstos, había algo ahí fuera mucho más temible de lo que jamás hubiera imaginado.

—Vamos allá —dijo Wilcox.

Se aproximaron a la casucha mientras los guijarros repicaban contra los bajos del coche, hasta que Wilcox frenó. Miró hacia la deteriorada cabaña antes de decir:

—Muy bien, Cowart, ahora veremos cómo se las arregla para entrar. —Se volvió y se quedó mirándolo.

—Basta ya, Bruce —gruñó Brown.

Cowart, en lugar de contestar, bajó del coche y cruzó a paso ligero el polvoriento patio delantero. Miró por encima del hombro y vio que los dos detectives lo contemplaban apoyados uno a cada lado del vehículo. Subió los escalones del porche y llamó:

—¡Hola, señora Ferguson!

Se hizo visera con la mano y pasó de la reluciente luz del patio delantero a la sombra del porche. Discurrió la manera de entrar pero no se le ocurrió nada.

—¿Señora Ferguson? Soy Matthew Cowart. *Del Journal*.

No hubo respuesta.

Golpeó enérgicamente el marco de la puerta, sintiéndolo temblar bajo los nudillos. La cal se estaba desconchando de las tablas.

—¿Señora Ferguson? ¿Señora?

Oyó un chirrido procedente del oscuro interior. Pasó un momento antes de que una voz incorpórea le llegase flotando. No había perdido ni su temperamento ni su duro tono de voz.

—Sé quién es usted. ¿Y ahora qué quiere?

—Necesito hablar otra vez con usted sobre Bobby Earl.

—Pero si ya hablamos largo y tendido, señor periodista. Si apenas me quedan palabras. ¿Es que no oyó ya bastante?

—No. Aún no. ¿Puedo pasar?

—¿No puede hacer sus preguntas desde ahí?

—Señora Ferguson, por favor. Es importante.

—¿Importante para quién, señor periodista?

—Para mí. Y para su nieto.

—No me lo creo.

De nuevo el silencio. Los ojos de Cowart se fueron acostumbrando a la oscuridad y empezó a distinguir formas a través de la puerta: una vieja mesa con un florero encima, una escopeta de cañones recortados y un bastón en una esquina. Al poco, oyó aproximarse unos pasos y por fin la menuda anciana apareció ante su vista; su piel se confundía con la penumbra de la casa, pero su pelo canoso reflejaba la luz y brillaba. Se movía cansinamente y haciendo muecas, como si la artritis de las caderas y la espalda le hubiera penetrado también en el corazón.

—Ya he hablado con usted más de lo debido. ¿Qué más quiere saber?

—La verdad.

La mueca de la anciana se convirtió en una carcajada.

—¿Cree usted que va a encontrar alguna verdad por aquí, blanco? ¿Cree que guardo la verdad en un tarrito aquí junto a la puerta? ¿Que la saco cuando me hace falta?

—Más o menos —contestó él.

La anciana rió con descaro. Sus ojos se apartaron de él y se dirigieron al patio. Fijó la mirada en los policías, una mirada dura; luego, tras una pausa, se dirigió de nuevo a Cowart.

—Esta vez no ha venido solo.

Él negó con la cabeza.

—¿Es que ahora está de su parte, señor periodista blanco?

—No —mintió sin vacilar.

—¿Entonces de parte de quién?

—De nadie.

—La última vez que vino estaba de parte de mi nieto. ¿Es que han cambiado las cosas?

Cowart buscó las palabras adecuadas.

—Señora Ferguson, cuando estuve en la prisión hablando con Sullivan, me contó una historia. Una historia plagada de crímenes, mentiras, medias verdades y medias mentiras. Pero una de las cosas que dijo era que si volvía aquí y buscaba, encontraría una prueba.

—¿Una prueba de qué?

—De que Bobby Earl cometió un crimen.

—¿Y cómo iba a saberlo ese Sullivan?



—Dijo que se lo había dicho el propio Bobby Earl.

La anciana sacudió la cabeza y soltó una risa seca y crispada que pareció un latigazo.

—¿Por qué iba a dejar que usted revolviera mi casa en busca de algo que sólo le iba a traer perjuicios a mi chico? ¿Por qué no lo dejan en paz? ¿Por qué no dejan que salga adelante? Se acabó, punto final. El muerto al hoyo y el vivo...

—Las cosas no funcionan así, y usted lo sabe.

—Yo sólo sé que usted ha venido a complicarle otra vez la vida a mi chico. Y eso es lo último que él necesita.

Cowart respiró hondo.

—Le diré lo que vamos a hacer, señora Ferguson. Usted me deja entrar, yo echo un vistazo, no encuentro nada y aquí se acaba todo. La historia de aquel hombre habrá sido una más de las mentiras que me contó y lo dejamos correr. La vida sigue. Bobby Earl no tendrá que volver a preocuparse del pasado, esos dos detectives desaparecerán de su vida y de la de usted. Pero si no entro, nunca se darán por satisfechos. Y yo tampoco. Y esta pesadilla continuará, siempre quedarán interrogantes. Jamás lo dejarán en paz, lo perseguirán para el resto de sus días. ¿Entiende a lo que me refiero?

La anciana posó una mano sobre el tirador de la puerta y arrugó la frente.

—Entiendo lo que intenta decirme —asintió por fin, pronunciando cuidadosamente las palabras—. Pero pongamos que le dejo entrar y que usted encuentra esa cosa horrible que aquel hombre le dijo. ¿Qué pasará entonces?

—Entonces Bobby Earl volverá a tener problemas.

Ella lo miró.

—Entonces no acabo de ver qué gana mi chico si yo lo dejo entrar.

Cowart le sostuvo la mirada y jugó su última carta.

—Si no me deja entrar, señora Ferguson, tendré que suponer que me está ocultando la verdad, que aquí dentro se esconde alguna prueba. Y eso es lo que les diré a esos dos detectives de ahí fuera. Entonces ocurrirán dos cosas. Una: volveremos con una orden para registrar la casa a su pesar. Dos: nadie descansará hasta conseguir que incriminen a su nieto. Se lo puedo jurar. Y cuando lo hagan, yo estaré allí, con mi periódico y los demás periódicos y la televisión, y ya sabe lo que pasará entonces, ¿verdad? Me parece que no tiene alternativa. ¿Me ha entendido?

Los ojos de la anciana se entornaron.

—Lo que he entendido es que los blancos con traje siempre se salen con la suya —masculló—. ¿Quiere entrar? Muy bien, pues entre, qué más da lo que yo diga.

—Gracias.

—Una orden del juez... Ya trajeron una y no les sirvió para encontrar nada. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? —gruñó ella mientras quitaba el pestillo y abría la puerta.

—¿Ese hombre de la prisión le dijo dónde buscar?

—No. No exactamente.

La anciana sonrió sin ganas.

—Buena suerte, pues.

Cowart entró en la casa y fue como si entrara en un mundo distinto. Estaba acostumbrado —en la medida en que puede uno acostumbrarse— a la miseria humana. Con su amigo Vernon Hawkins había presenciado tantos crímenes en los guetos que ya no se sorprendía ni se inmutaba ante la pobreza, las ratas o la pintura desconchada. Pero aquella casa era completamente distinta, perturbadora.

Cowart descubrió una pobreza absoluta, yerma; una casa en la que no había lugar para ninguna comodidad o esperanza, sólo para una vida de vicisitudes y penurias marcada por una rabia desesperada. Un crucifijo colgaba de la pared sobre un sofá raído. Una vieja mecedora de madera sobre la que había una blonda amarillenta descansaba en un rincón. Había unas pocas sillas, la mayoría de madera tallada a mano. En una repisa sobre la chimenea había un retrato de Martin Luther King y una antigua fotografía de un hombre negro vestido con un austero traje negro. Supuso que sería su difunto marido. Había unas pocas fotografías de familiares, incluida una de Bobby Earl. Las paredes eran de madera oscura y le daban cierto aire cavernoso. Sólo algún que otro rayo de sol penetraba por las ventanas, para perderse enseguida en las sombras del interior. Vio la entrada de una cocina dominada por un antiguo horno que ocupaba el centro de la estancia. Sin embargo, todo estaba immaculado. El paso de los años se dejaba notar por doquier, pero no había una mota de polvo. Posiblemente la señora Ferguson tratara la suciedad de la misma manera que a las visitas.

—No es gran cosa, pero es mía —dijo ella—. Aquí no puede venir el banco con el cuento de que es suya. Es mía. Mi marido se dejó el pellejo para pagarla y puede que yo corra su suerte, pero también he sido feliz viviendo aquí, aunque no sea precisamente un palacete.

Caminó con dificultad hasta la ventana y miró fuera.

—Conozco a Tanny Brown —dijo con amargura—. Conocía a su madre, ya murió, y a su padre. Trabajaban como esclavos para el señor Blanco y siempre se creyeron mejores que nosotros. Mentira. Recuerdo que cuando era pequeño robaba naranjas de los árboles de los blancos. Ahora que es policía se cree que es el gallo del gallinero. Pero no es mejor que mi nieto, ¿me oye?

Se apartó de la ventana.

—Adelante, señor periodista blanco. ¿Qué va a buscar? Aquí no hay nada, ¿es que no lo ve? —Agitó los brazos—. Nada de nada.

De eso ya se había percatado. Echó un vistazo en derredor y pensó que Wilcox estaba en lo cierto. No tenía la menor idea de qué estaba buscando ni dónde buscarlo. De repente le vino la imagen de Sullivan riéndose de él.

—¿Dónde está la habitación de Bobby Earl? —preguntó.

La anciana señaló con el dedo.

—A la derecha.

Cowart avanzó lentamente por el pasillo que atravesaba la casa. Echó una mirada rápida al dormitorio de la anciana. Vio una Biblia abierta y una vieja cama de matrimonio cubierta con una colcha de punto. Frío y austero. Su única comodidad era la lectura de aquellas páginas, y con eso debía de bastarle. Pasó de largo un pequeño cuarto de baño, apenas mayor que un armario, con un lavamanos y un retrete. Los tubos de la instalación relucían como si fueran nuevos. Por fin, entró en el cuarto de Ferguson.

También éste era un cuarto vacío como la celda de un monje. Un único ventanuco en lo alto de la pared dejaba filtrarse algo de luz. Había una cama de hierro, una mesa de madera tallada a mano, un pequeño mueble con unos pocos cajones y una silla. En la pared había una vieja tabla a modo de estante, con una modesta colección de libros de bolsillo. *Manchild in the Promised Land* y *El hombre invisible* al lado de varias novelas de ciencia-ficción. En la esquina había un par de cañas de pescar y una caja de plástico con avíos de pesca.

Cowart se sentó en el borde de la cama y comprobó que los muelles eran suaves. Dejó vagar la vista entre los escasos objetos en busca de algún indicio. «¿Qué tiene de especial la habitación de un asesino?» No lo sabía. Siguió observando, sin dejar de pensar en Ferguson cuando le decía que Pachoula, cuando uno viene de Newark, es como un club de campo, un paisaje como sacado de una novela de aventuras. «¿A qué demonios se refería con eso?», pensó mirando las paredes desnudas y el impersonal mobiliario.

¿Por dónde empezar? No podía aceptar que algo tan serio como una prueba de homicidio estuviera a simple vista, de modo que se decidió por los cajones. Se sentía estúpido, consciente de estar buscando en un lugar que ya había sido registrado a fondo. Examinó un par de mudas sin dar con nada que pareciera relevante. Palpó detrás de los cajones para ver si había algo escondido. «Pareces un detective», pensó. Se arrodilló para hacer lo propio con la cama. Palpó el colchón. A continuación las paredes, en busca de un hueco. «¿Para esconder qué?», se preguntó.

Se encontraba palpando el suelo a cuatro patas cuando la abuela de Ferguson se asomó a la puerta.

—Eso ya lo comprobaron —dijo—. La otra vez. ¿Aún no se da por satisfecho?

Cowart se levantó lentamente, casi con vergüenza.

—No lo sé.

Ella rió.

—Pues termine ya.

—Antes tengo que hablar un momento con los detectives.

Ella soltó otra risita socarrona y lo acompañó hasta el porche. Cowart cruzó el mugriento patio en dirección a los detectives.

Tanny Brown habló el primero, pero sus ojos no miraban a Cowart sino a la anciana.

— ¿Y bien?

— No hay indicios de nada que no sea miseria.

— Ya se lo dije —le recordó Wilcox, y en un tono algo más conciliador preguntó—: ¿Ha entrado en el cuarto de Ferguson?

— Sí.

— No hay gran cosa, ¿no?

— Unos libros, cañas de pescar, una caja con aparejos de pesca, algo de ropa en los cajones y poco más.

Wilcox asintió con la cabeza.

— Así la recuerdo. Y eso es lo que me mosqueaba. Entrar en la habitación de un desgraciado cualquiera, rico o pobre, no importa, y algo ahí dentro te dice cómo es. Pero en ese cuarto no hay nada. Y tampoco en el resto de la casa.

Brown arrugó el entrecejo.

— Coño —dijo—, me siento un idiota, soy un idiota.

Cowart salió de su ensimismamiento.

— El problema está en que no sé qué hicieron cuando vinieron la otra vez ni si hay algo cambiado. Quizás he pasado por alto algo que a mí no me dice nada pero sí a ustedes.

El calor reinante parecía haber aplacado un poco la animosidad de Wilcox.

— Me imaginaba que pasaría algo así. Mire, quizás esto le sirva de ayuda.

Rodeó el coche y abrió el maletero. Dentro había varias carpetas clasificadoras, un fusil antidisturbios, un par de chalecos antibalas y una palanca. Rebuscó entre las carpetas y extrajo una serie de cuartillas grapadas. Se las entregó.

— Es el inventario del anterior registro. Lea, a ver si le sirve.

Lo primero era una lista de objetos incautados en la casa y su localización. Había varias prendas de ropa, y figuraban como «Restituidas tras las pruebas. Análisis negativo». También habían sido incautados algunos cuchillos de la cocina, que también figuraban como «Restituidos».

El inventario indicaba asimismo en qué parte de la casa habían sido encontrados y describía el método empleado para registrar cada una de las habitaciones. El cuarto de Ferguson había sido registrado a fondo con resultados negativos.

— ¿Hay algo que no haya visto? —le preguntó Wilcox.

Cowart negó con la cabeza.

— Tanny, estamos perdiendo el tiempo.

Cowart levantó la vista de las cuartillas y advirtió que el teniente miraba fijamente a la anciana. Ella aguardaba bajo el porche y le sostenía la mirada; sus ojos parecían no poder separarse.

— ¿Tanny? —preguntó Wilcox.

El teniente no respondió.

Cowart observó al detective y la anciana escrutarse mutuamente. Advirtió el sudor bajo su camisa y la humedad que le pegaba el pelo a la frente.

Brown habló al cabo de un momento, sin apartar los ojos de la anciana.

—Vuelva a mirar —dijo—. Creo que estamos pasando por alto algo elemental.

—La hostia, Tanny... —empezó Wilcox, pero el teniente lo cortó.

—Mírela. Ella sabe algo y sabe que no sabemos qué coño es. Siga buscando, maldita sea.

Wilcox se encogió de hombros y murmuró algo. Cowart volvió a hojear las cuartillas procurando analizarlas con la misma minuciosidad con que Wilcox había analizado la casa tiempo atrás. Repasó el inventario habitación por habitación, leyéndolo en voz alta para Wilcox.

—«Primera habitación: huellas dactilares, inspeccionados todos los objetos, ninguno incautado, tablas de suelo levantadas, paredes palpadas, detector de metales; habitación de la abuela: registrada en busca de objetos ocultos, no se encontró nada; despensa: incautados objetos cortantes, trapos de limpieza, toalla, tablas del suelo levantadas; habitación de Ferguson: incautadas prendas de vestir, paredes y suelo examinados, registrada en busca de restos de pelo; cocina: cubiertos inspeccionados e incautados, examinadas las cenizas del horno y remitidas al laboratorio, sótano de ventilación inspeccionado...» Parece hecho a conciencia...

—Joder, estuvimos de sol a sol en esa casa, revisamos hasta el último clavo —contestó Wilcox.

Brown no dejaba de mirar a la anciana.

—Yo diría que todo está como estaba —dijo Cowart—. Sólo que al parecer ha convertido la despensa en un cuarto de baño. ¿Era el cuartito que hay entre su dormitorio y el de Ferguson?

—Sí. Aunque a decir verdad tenía más de armario que de despensa —contestó Wilcox.

Cowart asintió.

—Pues ahora hay un retrete y un lavamanos.

—Me han dicho que los instaló Ferguson. Lo pagó con parte del dinero de un productor de Hollywood que se ha interesado por su historia. Incluso hasta aquí llega el progreso.

En ese momento, el sol pareció redoblar su intensidad, y el repentino estallido de calor absorbió todo el aire del patio.

—Y antes ¿dónde...?

—En la letrina exterior, en la parte de atrás.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Que no está en la lista —dijo Cowart, y notó una súbita palpitación en las sienes.

Brown dio la espalda a la señora Ferguson y clavó los ojos en su

compañero.

—La registraste, ¿verdad?

Wilcox asintió con escasa convicción.

—Eh... sí. Bueno, la orden era para la casa, así que no sabía muy bien si podía hacerlo. Pero uno de los analistas entró, eso sí lo recuerdo. Pero nada.

Brown lanzó una mirada severa a su compañero.

—Vamos, Tanny. Ahí no había más que caca y meados. El analista entró, vomitó y salió. Está en el informe. —Señaló una frase en mitad de las cuartillas—. Mira —dijo titubeando.

Cowart se apartó de repente del coche. Recordó las palabras de Blair Sullivan: «... ojos hasta en el culo.»

—¡Maldita sea! —exclamó, y se volvió hacia Brown—: Sullivan dijo que me anduviera...

El teniente frunció el ceño.

—Me acuerdo de lo que dijo.

Cowart echó a andar hacia la parte trasera de la cabaña. Oyó la voz de la abuela de Ferguson que lo interpelaba, clavándose en sus oídos como una flecha:

—¿Adónde va, joven?

—Ahí atrás —replicó Cowart secamente.

—¡Ahí no hay nada que le importe! —chilló ella—. No puede ir ahí.

—Quiero ver qué hay, maldita sea, quiero verlo.

Brown le seguía a buen paso con la palanca del maletero en la mano. Doblaron la esquina de la casa dejando atrás los rezongos de la anciana al sol abrasador. La letrina, de madera grisácea, estaba en una esquina del terreno. Cowart se acercó. La puerta tenía tupidas telarañas. Cogió la manija y tiró con fuerza; la puerta se abrió a duras penas, chirriando, y se atascó cuando ya estaba medio abierta.

—Cuidado con las serpientes —advirtió Brown aferrando el borde de la puerta y tirando con fuerza. Con un último jalón que hizo temblar la caseta entera, la puerta quedó abierta de par en par.

»¡Bruce! ¡Trae la puta linterna! —gritó Brown.

Agarró la palanca por un extremo y apartó unas telarañas. Un leve crujido hizo retroceder a Cowart al tiempo que una pequeña alimaña huía de la luz del sol que penetraba raudamente.

Los dos hombres quedaron hombro contra hombro mirando la letrina de madera, tallada sobre una tabla pulida por el uso. El hedor era denso y penetrante, un olor que más hacía pensar en la muerte y los años que en el deterioro.

—Ahí debajo —dijo Cowart.

Brown asintió con la cabeza.

—Ahí debajo.

Wilcox, casi sin aliento por las prisas, llegó a su lado y le entregó la linterna

a su jefe.

—Bruce —dijo Brown en voz baja—, ¿el chico que examinó esto levantó la letrina? ¿Se metió aquí dentro?

Wilcox sacudió la cabeza.

—Estaba clavada. Recuerdo que eran clavos viejos porque me hizo venir a revisarlo. No había nada que indicase que alguna tabla hubiese sido retirada o sustituida, ni martillazos, ni rayaduras, nada...

—Nada visible a simple vista —dijo Brown.

—Eso es. No hubo nada que nos llamara la atención. —Sus ojos brillaban de disgusto.

—Pero sin embargo... —añadió Brown.

—Ya —asintió Wilcox—. Pero ya te he dicho que el pobre analista entró, miró un poco con la linterna y vomitó. Yo asomé la cabeza conteniendo la respiración, eché un vistazo rápido y me marché. Es decir, nadie pudo comprobar si había algo metido en el agujero...

—Si quisieras esconder algo deprisa pero quisieras asegurarte de meterlo en el último sitio en que alguien husmearía... —La voz de Brown sonaba entre formal e irritada.

—¿Y por qué no enterrarlo en el bosque?

—No habría sido tan difícil de encontrar, y menos con los malditos sabuesos. No es tan seguro. Lo que sí es seguro es que nadie va a meter las narices en un agujero lleno de mierda si no es absolutamente imprescindible.

Wilcox asintió.

—Tienes razón, joder. ¿Crees que...?

De pronto oyeron un inesperado grito a sus espaldas.

—¡Fuera de ahí!

Los tres hombres se volvieron para ver a la anciana encorvada sobre una escopeta de cañones recortados que apoyaba en la cadera.

—¡Como no os larguéis de ahí, os mando de cabeza al infierno! ¡Fuera!

Cowart se quedó paralizado, pero los dos detectives empezaron a apartarse al punto, uno hacia la derecha, el otro hacia la izquierda, para no ofrecer un blanco compacto.

—Señora Ferguson —empezó Brown.

—¡Calla! —chilló apuntándole con la escopeta.

—Por favor, señora Ferguson... —dijo Wilcox con calma, levantando las manos en un gesto más de súplica que de rendición.

—¡Tú también! —gritó la anciana, dirigiendo la escopeta hacia él—. Y dejad de moveros.

Cowart advirtió que ambos intercambiaban una rápida mirada pero no supo qué significaba.

La anciana se dirigió a él:

—Le dije que no se acercara.

Cowart levantó las manos pero negó con la cabeza.

—No.

—¿Qué quiere decir no? Hijo, ¿es que no ve este cañón? Pienso dispararlo.

Cowart notó que la sangre se le subía a la cabeza. Vio la furia que enmascaraba el miedo en los ojos de la anciana y entonces supo que ella lo sabía todo. «Está ahí —pensó—. Sea lo que sea, está en la letrina.» Fue como si el agotamiento y la frustración de los últimos días se esfumaran en un segundo, sustituidas por la indignación. Sacudió la cabeza.

—No —repitió en voz más alta—. No, señora. Pienso ver qué hay ahí, aunque me cueste la vida. Estoy harto de que me mientan. Harto de que me utilicen. Harto de sentirme como un imbécil. ¿Se ha enterado, vejestorio? ¡Estoy harto!

Cada vez que repetía la palabra daba un paso hacia ella, acortando la distancia entre ambos.

—¡Alto ahí! —bramó la anciana.

—¿Va a matarme? —gritó él—. Eso sí que arreglaría las cosas. Dispararme delante de estos dos detectives. Vamos, maldita sea, ¡vamos!

—¡Lo haré! —gritó ella.

—¡Pues adelante! —replicó él.

Cowart había dado rienda suelta a su cólera. Sus ilusiones acerca de la inocencia de Ferguson se habían visto defraudadas y ahora las emociones lo embargaban.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Máteme a sangre fría, igual que su nieto mató a aquella niña! ¡Vamos! ¿Hará conmigo lo que él hizo con ella? ¿También es usted una asesina? ¿Lo aprendió de usted? ¿Fue usted la que le enseñó a descuartizar a una chiquilla indefensa?

—¡Él no hizo nada!

—¡Y un cuerno!

—¡Atrás!

—¿Y si no, qué? Quizá se limitó a enseñarle a mentir, ¿es eso?

—¡Aléjese de mí!

—¿Es eso? ¡Maldición! ¿Es eso?

—Él no hizo nada. ¡Y ahora retroceda o le vuelo la cabeza!

—Sí que lo hizo. Y usted lo sabe, maldita sea, ¡lo hizo, lo hizo, lo hizo!

La escopeta se disparó.

La detonación hendió el aire por encima de la cabeza de Cowart, que sintió una quemazón y cayó aturdido al suelo. Se oyó cómo un pájaro levantaba el vuelo detrás de la caseta; los dos detectives gritaron al tiempo que desenfundaban sus armas:

—¡Quieta, señora! ¡Suelte la escopeta!

El cielo daba vueltas encima de Cowart y todo olía a cordita. Oía un ruido como de golpetazos por debajo del pitido del disparo, lo que lo confundió hasta que comprendió que era el eco de su propio corazón en sus oídos.

Se incorporó y se palpó la cabeza, luego se miró la mano, empapada en



sudor y no en sangre. Levantó la vista hacia la anciana. Los dos detectives seguían voceando órdenes que parecían perderse en el calor y el sol.

La anciana lo miró y le espetó con voz estridente:

—Se lo he advertido, señor periodista, se lo he advertido, le escupiría a la cara al mismísimo Satanás si con ello pudiera ayudar a mi nieto.

Cowart le sostuvo la mirada.

—¿No le he matado? —preguntó ella.

—Pues no —respondió él, aún confundido.

—No puedo hacerlo —dijo amargamente la anciana—. Quería volarle la cabeza y no he podido. Maldición. —Bajó el cañón hacia el suelo—. Sólo tenía un cartucho —suspiró. Miró a los dos detectives, que se estaban aproximando a ella apuntándola con sus armas, listos para disparar. Clavó los ojos en Brown—. Debería habérmelo reservado para ti —dijo.

—Suelte el arma.

—¿Y ahora vas a matarme, Tanny Brown?

—¡Suelte el arma!

La anciana emitió una carcajada sardónica. Muy despacio, dejó apoyada la escopeta contra la puerta de la letrina. Luego se irguió, cruzó los brazos y lo miró a la cara.

—¿Y ahora vas a matarme? —preguntó de nuevo.

Wilcox se agachó junto al periodista.

—¿Está herido, Cowart?

—No, estoy bien.

El detective lo ayudó a ponerse en pie.

—Joder, ha estado muy cerca. Le ha ido por los pelos.

Cowart sintió una repentina euforia.

—Madre mía —dijo, y rompió a reír.

Wilcox le preguntó a Brown:

—¿Quieres que la espose y le lea sus derechos?

El teniente negó con la cabeza, avanzó y recogió la escopeta. La abrió para revisar la doble cámara. Retiró el casquillo y se lo lanzó a Cowart.

—Esto de recuerdo. —Luego volvió a encarar a la abuela de Ferguson—. ¿Tiene más armas?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y ahora piensa hablar, vieja?

Sacudió la cabeza una vez más y escupió al suelo, aún desafiante.

—Muy bien, entonces quédese mirando. ¿Bruce?

—¿Sí, jefe?

—Busca una pala en el trastero.

El teniente enfundó su pistola y le devolvió la escopeta descargada a la anciana, que la tomó con una mueca. Luego se acercó a la letrina y, al tiempo que hacía un gesto a Cowart, dijo:

—Aquí. —Y le tendió un trozo de hierro para que hiciera palanca—. Parece

que le toca empezar a usted.

Los viejos maderos crujieron ante las acometidas de la palanca primero; después atacó Wilcox con la pala por el lateral del cubículo. Cuando por fin arrancaron la letrina, quedó al descubierto un fétido agujero abierto en la tierra. Había sido saneado con cal; unos regueros blancos atravesaban el oscuro rastro de desechos.

—Ahí dentro, en alguna parte —dijo Cowart.

—Espero que estéis vacunados —murmuró Wilcox—. ¿Tenéis cortes o heridas abiertas? Hay que andarse con ojo. —Y empuñó la pala—. Fue a mí a quien jodieron el registro hace tres años. Me toca —murmuró con voz grave. Se quitó el abrigo y sacó un pañuelo de uno de los bolsillos. Se lo anudó cubriéndose la nariz y la boca—. Maldita sea —dijo con voz amortiguada por la improvisada mascarilla—. Esto no es un registro legal y tú lo sabes —le recordó a Brown, que asintió—. Maldita sea —repitió Wilcox.

Acto seguido se metió entre el lodo y los excrementos.

Rezongó y masculló una retahíla de improperios, y procedió a excavar las varias capas de inmundicia.

—Mantened los ojos fijos en la pala —dijo entre bufidos—. No quiero que se me pase nada por alto.

Brown y Cowart no contestaron, simplemente se quedaron observando los progresos de Wilcox. El siguió dando paladas con cuidado pero a buen ritmo, abriéndose paso poco a poco entre los desechos.

Resbaló, y aunque encontró asidero antes de caer al pozo, sus brazos y manos quedaron cubiertos de excrementos. Wilcox se limitó a prorrumpir en blasfemias y siguió dando paladas.

Transcurrieron cinco minutos, luego diez. El detective seguía cavando, deteniéndose solamente para toser por culpa del hedor.

Tras otra media docena de paladas murmuró:

—Debió esconderlo hace un par de años, porque ¿cuánta mierda es capaz de producir esta señora al cabo del año? —Y rió sin ganas.

—¡Ahí! —exclamó Cowart.

—¿Dónde? —preguntó Wilcox.

—¡Justo ahí! —dijo Brown señalando con el dedo—. ¿Qué es eso?

La pala había dejado al descubierto el borde de un objeto sólido.

Wilcox hizo una mueca y se agachó con cuidado para tirar de él. Al extraerlo sonó como una ventosa. Era un objeto rectangular hecho de algún material sintético y resistente.

Brown se puso en cuclillas para verlo, lo cogió por las esquinas y lo levantó.

—¿Sabes qué es esto, Bruce?

—Claro —asintió el detective.

—¿Qué es? —preguntó Cowart.

—Un retazo de alfombrilla de coche. ¿Te acuerdas del coche de Ferguson, de que faltaba un trozo de alfombrilla en el asiento del pasajero? Pues aquí está.

—¿Ves algo más?—preguntó Brown.

Wilcox se giró y hurgó con la pala en el mismo lugar.

—No —contestó—. Espera... Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Extrajo de la inmundicia lo que parecía un amasijo de residuos sólidos y se lo alargó a Brown.

—Aquí está.

El teniente se volvió hacia Cowart.

—Mire —dijo.

Cowart observó fijamente y por fin entendió.

Era un fardo formado por unos vaqueros, una camiseta, unas zapatillas y unos calcetines atados con un cordón. Tanto tiempo bajo los desechos y la cal había reducido las prendas a andrajos, pero todavía eran reconocibles.

—Que me aspen si en alguna parte no quedan restos de sangre —dijo Wilcox.

—¿No hay nada más? —preguntó Brown.

El detective hurgó un poco más con la pala.

—Diría que no.

—Entonces sal de ahí.

—Será un placer.

Los tres hombres volvieron al patio sin mediar palabra. Dispusieron los objetos cuidadosamente a la luz del sol.

—¿Podrán analizarse? —preguntó Cowart transcurridos unos instantes.

Brown se encogió de hombros.

—Diría que sí. —Estudiaba los objetos minuciosamente—. Pero no creo que sea necesario.

—Cierto —admitió Cowart.

Wilcox trataba de limpiarse lo mejor posible. De pronto se detuvo y dijo a su compañero:

—Tanny... Lo siento, tío. Tendría que haber sido más meticuloso. Debí habérmelo imaginado.

Brown sacudió la cabeza.

—Ahora sabes más de lo que sabías entonces. No pasa nada. Y yo debería haber repasado el informe del registro. —Seguía inspeccionando los objetos—. Maldita sea —dijo por fin y miró a Cowart—. Pero ahora ya lo sabemos todo.

El periodista asintió.

Los tres hombres recogieron las prendas y el trozo de alfombrilla y miraron la cabaña. La anciana estaba apostada en la desvencijada balaustrada del porche, mirándolos con aspecto abatido. Cowart se fijó en que le temblaban las manos.

—¡Eso no demuestra nada! —exclamó ella, buscando otra vez la confrontación. Levantó un brazo y apretó el puño—. ¡Las cosas viejas se tiran! ¡Eso no demuestra nada!

Los hombres hicieron caso omiso de la anciana, que no obstante no dejó de

gritarles; sus palabras atravesaban el patio y ascendían hacia el cielo azul pálido.

—¡Eso no demuestra nada! ¿Es que no me oyes? ¡Maldita sea tu estampa, Tanny Brown! ¡Eso no demuestra nada!

## 20

### TRAMPAS

El teniente Brown condujo el coche sin rumbo definido por las calles donde se había criado. Cowart iba a su lado, esperando a que dijera alguna cosa. A Wilcox lo habían dejado en el laboratorio criminalístico con los objetos encontrados en la letrina. El periodista había dado por sentado que no tardarían en regresar a las dependencias policiales para planear el paso siguiente, pero en cambio se encontró circulando lentamente por las calles de la ciudad.

—¿Y bien? —preguntó por fin—. ¿Ahora qué?

—Ya lo ve —dijo Brown—, no es gran cosa como ciudad. Siempre ha estado a la sombra de Pensacola y Mobile. Pero yo no conocía ni deseaba otra cosa. Incluso cuando hice el servicio militar o cuando me trasladé a estudiar a Tallahassee, sabía que lo que quería era volver aquí. ¿Y usted, Cowart? ¿Cuál es su hogar?

Cowart pensó en la pequeña casa de ladrillo en que se había criado. Quedaba algo alejada de la calle y en el patio delantero había un gran roble. En el porche había un columpio medio resquebrajado que nunca utilizaban y que se había oxidado con el paso de los años. Sin embargo, casi de inmediato la imagen de la casa se difuminó y ante él apareció el periódico de su padre, veinte años atrás, visto a través de sus ojos infantiles, antes de la existencia de los ordenadores y la maquetación electrónica. Era como si su conocimiento del mundo hubiera pasado por el tamiz de aquellas desvencijadas mesas de acero gris, la tenue luz de los fluorescentes, la cacofonía de los teléfonos sonando continuamente, las tumultuosas voces de la sala de reuniones, el pitido de los tubos de vapor que unían la redacción con la sala de tipógrafos, el repiqueteo de los dedos en aquellas antiguas máquinas de escribir que plasmaban el resumen de los acontecimientos del día. Había crecido sin desear otra cosa que marcharse, pero interpretando esa partida como un regreso a lo mismo, aunque en grande y mejor. Por fin, Miami. Uno de los mejores periódicos del país. Una

vida definida en palabras. «Tal vez una muerte definida en palabras también», pensó.

—No tengo hogar —contestó—, sólo mi trabajo.

—¿No son lo mismo?

—Supongo. Cuesta distinguir.

El teniente asintió.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó de nuevo Cowart.

Brown no tenía una respuesta clara.

—Bueno —dijo—, ya sabemos quién mató en verdad a Joanie Shriver. —Y pensó: «Lo sabía, siempre lo supe.» Sin embargo, tampoco pudo dejar de pensar que ahora las cosas habían cambiado.

—Es intocable, ¿verdad? —preguntó Cowart.

—Por los tribunales no lograremos nada. Confesión bajo tortura, registro ilegal. Por ahí, nada.

—Y yo tampoco puedo tocarlo —añadió Cowart con amargura.

—¿Por qué? ¿Qué pasaría si escribiera un artículo?

—No quiera saberlo.

De improviso, Brown acercó el coche a la acera y frenó. Se volvió hacia el periodista.

—¿Qué pasaría? —repitió la pregunta con aspereza—. ¡Dígamelo, joder! ¿Qué pasaría?

Cowart meneó la cabeza.

—Le diré lo que pasaría: si escribo un artículo se nos echarán a la yugular. ¿Cree que la prensa ya se cebó con usted? Pues no tiene ni idea de lo que son capaces cuando detectan sangre en el agua. Todos querrán su parte del pastel. En su vida habrá visto tanto micrófono, tanto bloc de notas ni tanta cámara. Un policía y un periodista imbéciles arruinan sus carreras al dejar libre a un asesino. No habrá periódico o noticiario que no mate por la noticia.

—¿Y qué pasaría con Ferguson?

Cowart arrugó el entrecejo.

—Para él sería más fácil. Se limitaría a negarlo. Sonreiría a la cámara y diría: «No, señor. Yo no hice nada. Habrán manipulado las pruebas.» Dirá que se la hemos jugado, que todo ha sido una trampa tendida por un poli resentido. Dirá que usted ha manipulado unas pruebas encontradas en otro lugar, en algún lugar donde Sullivan me hubiese recomendado buscar, como pasó con el cuchillo. Usted me habría convencido para hacerlo, o me habría engañado, da lo mismo, y yo me dedicaría a cubrirle las espaldas. Y mucha gente se lo creería. Ya le sacó una confesión a golpes, ¿qué tal si cambiamos de estrategia? —Brown fue a abrir la boca, pero Cowart no había terminado—. Imaginemos que nos demanda por difamación. ¿Se acuerda de *Visión fatal*? El tipo interpuso una demanda sin ningún fundamento y al momento todo el mundo pareció olvidarse de que había sido condenado por asesinar a su mujer y sus hijos y se puso a examinar con lupa lo que Joe McGinniss había o no había dicho. ¿Cree

que alguien se va a morder la lengua? ¿Que se van a cortar? ¿Qué dirá cuando Barbara Walters o ese bastardo de Mike Wallace le aborden en su mesa con las cámaras grabando y los focos haciéndole sudar y le pregunten: «O sea que fue usted quien permitió que le dieran una paliza al señor Ferguson, ¿no? ¿Sabía que eso viola la ley? ¿Ignoraba que si eso se descubría Ferguson quedaría en libertad?» ¿Qué beneficio sacará de hacer declaraciones? ¿Cómo va a responder a esas preguntas, teniente? ¿Cómo logrará demostrar que no fue usted quien depositó esas pruebas en casa de Ferguson? Dígame, porque de verdad me gustaría saberlo.

Brown le lanzó una mirada hostil.

—¿Y qué pasaría con usted?

—Oh, conmigo se cebarían igual. Este país está habituado a los asesinos, son una especie conocida. Pero ¿el fracaso? Ah, el fracaso siempre es un hueso jugoso. Los errores y las meteduras de pata no van con el espíritu americano. Toleramos el asesinato, pero no la derrota. Ya lo estoy viendo: «Señor Cowart, ganó usted el Pulitzer por decir que este hombre era inocente. ¿Qué espera ganar diciendo que no lo es?» Y peor aún: «¿Culpable? ¿Inocente? ¿En qué quedamos, señor Cowart? O lo uno o lo otro. ¿Por qué no lo dijo antes? ¿A qué esperaba? ¿Qué trataba de encubrir? ¿Qué otros errores ha cometido? ¿Es consciente de la diferencia entre una verdad y una mentira, señor Cowart?» — Cogió aliento—. Tiene que entender una cosa, teniente.

—¿Cuál?

—Que aquí sólo habrá dos personas a las que todo el mundo considerará culpables: usted y yo.

—¿Y Ferguson?

—Le molestarán un tiempo, pero saldrá bien librado. Puede que incluso quede como un héroe en determinados círculos. Le idolatrarán aún más que ahora.

—Libre...

—Libre para hacer lo que más le plazca.

Cowart abrió la puerta y bajó del coche. Se quedó de pie en la acera, dejando que la brisa templara sus emociones. Observó la calle y se detuvo en una antigua barbería que ostentaba aún el tradicional cilindro giratorio; se quedó mirando el movimiento sin fin de los colores, siempre avanzando pero sin llegar a parte alguna. Apenas si se percató de que también Brown había bajado del coche.

—Supongamos que ya lo está haciendo —dijo con enervante frialdad a la espalda de Cowart—. Otra Dawn Perry. Desaparecerá un día de éstos. «¿Puedo ir a nadar a la piscina? Sí, pero vuelve antes de la cena...» Ahora ya sabemos lo que le gusta, ¿verdad, Cowart?

—Ya.

—Y nada podrá impedir que siga dedicándose a su actividad favorita antes de aquellas cortas vacaciones en el corredor de la muerte, ¿no?

—No. Nada. ¿Qué sugiere, detective?

—Una trampa —dijo Brown con aire cansino—. Tendámosle una trampa. Si no podemos endilgarle un caso viejo, cacémosle con uno nuevo.

Cowart supo sin necesidad de girarse que el odio confería una expresión pétrea a Brown.

—Siga —pidió.

—Algo que no deje lugar a dudas sobre su autoría. Que cuando yo lo detenga y usted escriba la noticia, a nadie le quepa la menor duda. ¿Me explico? Ninguna duda. ¿Puede escribir un artículo así, Cowart? ¿Un artículo que no le deje ninguna escapatoria?

Al periodista le vino el recuerdo de un pescador de Maine que ponía peces muertos en las trampas para langostas antes de echarlas a las oscuras y gélidas aguas de la costa. Fue un verano y él era un chiquillo. Recordó la fascinación que le produjeron aquellas sencillas aunque letales trampas. Una caja hecha de unas pocas piezas de madera y alambre. Las langostas entraban por un extremo, incapaces de resistirse a la tentación del pescado en descomposición; después, tras haber comido, no podían maniobrar para salir por la pequeña entrada. Caían presas de una combinación de codicia, necesidad y limitaciones físicas.

—Puedo escribir ese artículo —contestó. Se volvió y añadió—: Pero las trampas llevan su tiempo. ¿Disponemos de tiempo, teniente? ¿De cuánto?

Brown sacudió la cabeza.

—No tenemos más opción que arriesgarnos.

Brown dejó a Cowart en su oficina y se marchó con la excusa de que debía comprobar si Wilcox tenía ya los resultados preliminares de los análisis de la ropa y la alfombrilla. El periodista se quedó mirando los documentos y fotografías que ya había examinado y a continuación telefoneó al *Miami Journal*. La operadora de la centralita le pasó con Edna McGee. Él se preguntó cuánta gente habría sucumbido a la dulzura de su voz, ignorando que ocultaba una mente resuelta y ávida de información.

—¿Edna?

—Matty, Matty, pero ¿dónde te habías metido? No hago más que dejarte mensajes.

—Estoy en Pachoula, con los polis.

—¿Con ellos? Creí que ibas a Starke para ver si encontrabas algo en la prisión.

—Ése es el paso siguiente.

—Pues yo me daría prisa. El *St. Pete Times* publica hoy que Sullivan dejó allí varias cajas con documentación, diarios, descripciones y no sé qué más. Quizás algo donde se describa cómo tramó los asesinatos. El periódico dice que los detectives de Monroe están estudiando el material. También se han entrevistado con todo el personal que trabajó en el corredor de la muerte durante la estancia de Sullivan. Han conseguido incluso una lista de visitas. Yo



he estado haciendo llamadas y artículos de seguimiento, pero el jefe de redacción no hace más que preguntar dónde coño te has metido. Y sobre todo que por qué coño no escribiste tú un artículo antes que el capullo del *St. Pete*. Está disgustado, Matty, bastante disgustado. ¿Dónde te habías metido?

— En los cayos.

— ¿Has sacado algo?

— Nada para el periódico, todavía. Uno o dos titulares que...

— ¿Que qué?

— Edna, dame un respiro.

— Mira, Matty, yo en tu lugar me sacaría de la manga un buen titular para ya mismo. Si no, los lobos empezarán a llamar a la puerta en busca de carnaza. No sé si me explico.

— Te explicas. Muy explícita.

Edna rió.

— A nadie le apetece dejar el caviar y pasarse a la comida para perros.

— Gracias, Edna. Es reconfortante hablar contigo.

— Yo sólo te aviso.

— Tomo nota. Bueno, ¿y tú qué has estado haciendo?

— Siguiéndole el rastro a tu amigo Sullivan, un verdadero artista del embuste.

— ¿A qué te refieres?

— Verás, de los cuarenta y tantos asesinatos que tenía en su haber, he averiguado que sólo cometió la mitad. Puede que incluso menos.

— Sólo veinte... — Se escuchó pronunciando esas palabras y se dio cuenta de lo estúpidas que sonaban. «Sólo veinte.» Como si eso hiciera a Sullivan la mitad de execrable que a quien hubiera cometido cuarenta.

— Eso es. Estoy segura. Por lo menos sólo esos veinte parecen convincentes.

— ¿Y los demás?

— Bien, parece obvio que no los cometió él porque ya hay gente encerrada por ellos, algunos incluso en el corredor de la muerte. Simplemente los integró en el entramado de su propia historia, ¿entiendes? Como aquello que te conté del crimen de la reserva Miccosukkee, por ejemplo. En un momento dado se atribuyó la muerte de una mujer en las afueras de Tampa. Una camarera que conoció en un bar, que pensaba que iban a divertirse un rato y a la que acabó matando, ¿te acuerdas?

— Sí, claro. Recuerdo que no habló mucho de ella, aunque parecía haber disfrutado lo suyo matándola.

— Exacto. Esa misma. Pues bien, todos los detalles eran correctos, excepto uno: el verdadero criminal cometió otros dos asesinatos en la misma zona y actualmente está encerrado en una celda a menos de diez metros de la que ocupaba Sullivan. Añadió ésta a las demás. Hasta que investigué ésta no sonó la alarma. ¿Comprendes ahora lo que hacía ese psicópata? Se atribuía crímenes ajenos, crímenes resueltos y con un culpable entre rejas, y los añadía a su

cómputo personal. Lo hizo en un par de ocasiones más, con crímenes atribuidos a otros inquilinos del corredor. Era como un base que se empeña en dar asistencias en los últimos minutos de un partido que ya está ganado. Pretendía hinchar la estadística. —Edna rió.

—Pero ¿por qué?

Cowart pudo sentir cómo ella se encogía de hombros al otro lado de la línea.

—Quién sabe. Puede que por eso los del FBI estuvieran tan interesados en hablar con Sully antes de que palmara.

—Pero...

—Bueno, tengo una teoría. Llámala el postulado de McGee o lo que sea, pero que suene científico. He estado preguntando por ahí, ¿sabes?, y adivina qué. A Ted Bundy se le atribuyen treinta y ocho asesinatos. Puede que más, pero el cómputo oficial es éste, y de eso fue de lo último que habló Sullivan antes de irse también él de cabeza al infierno. Para mí está claro que el viejo Sully quería ganarle por un par. Se han encontrado al menos tres libros sobre Bundy entre los efectos personales de Sully. Curioso detalle, ¿no? La medalla de plata, por decirlo así, se la lleva Okrent, el polaco de Lauderdale, que aún espera en el corredor; ¿te acuerdas de él? El del problema con las prostitutas. El que se las cargaba, quiero decir. Oficialmente se le atribuyen once, pero oficiosamente diecisiete o dieciocho. También estaba en el ala de Sully. ¿Vas comprendiendo, Matty? Sully quería ser famoso. De modo que se tomó algunas libertades.

—Ya veo por dónde vas. ¿Podrías lograr que alguien lo dijera en una declaración y publicarlo?

—Desde luego. Esos tíos del FBI dirán lo que yo quiera. Y también están esos sociólogos de Boston que investigan a los asesinos en serie. He hablado con ellos hace un rato. Están entusiasmados con el postulado de McGee. Así que si me pongo a ello hasta tarde, podría aparecer mañana. O pasado, lo más probable.

—Excelente —dijo Cowart.

—Pero Matty, me sería de gran ayuda si tú tuvieras también algo. Un artículo explicando quién mató a los ancianos de los cayos.

—Estoy en ello.

—Pues manos a la obra. Es el único interrogante por resolver, Matty. Es lo que todo el mundo quiere saber.

—Ya lo sé.

—Le están buscando las cosquillas al jefe de redacción. Quieren que esto pase a manos de nuestro estupendo, magnífico, archimundialmente famoso y para nada incompetente equipo de investigación. Y por lo que he oído, le están presionando mucho.

—Pero esa gente no tiene ni idea de...

—Ya lo sé, Matty, pero hay quien dice que este asunto ya te viene grande.

—No es verdad.

—Yo sólo te aviso. Me imaginaba que te gustaría enterarte de los politiqueros que se cuecen a tus espaldas. Y la noticia del *St. Pete Times* tampoco ayuda mucho. Ni el hecho de que nadie tenga ni puñetera idea de dónde andas el noventa y nueve por ciento del tiempo. El otro día vino a buscarte la detective de Monroe y el jefe tuvo que despacharla a base de mentiras.

—¿Shaeffer?

—Una muy mona con unos ojazos que cuando te mira parece que antes de hablar contigo preferiría guisarte a trocitos.

—La misma.

—Pues vino aquí y se la sacudieron de mala manera, o sea que te lo tendrá en cuenta.

—Tomo nota.

—Bueno, zanjemos ya el caso. Ingéniate las para saber quién se cargó a los ancianos. A ver si te dan otro premio, ¿vale?

—Lo dudo.

—Bueno, soñar no cuesta nada, ¿no?

—Supongo que no.

Colgó jurando para sus adentros, aunque sin saber exactamente contra quién o contra qué blasfemaba. Empezó a marcar el número del jefe de redacción, pero se detuvo. ¿Qué iba a decirle? En ese momento oyó un ruido procedente de la puerta y al levantar la vista se encontró con un Bruce Wilcox demacrado.

—¿Dónde está Tanny? —preguntó.

—Por ahí. Me ha dicho que le espere aquí. Creía que había ido a buscarle. ¿Ha averiguado algo?

Wilcox sacudió la cabeza.

—Aún no puedo creer que todo esto sea por mi culpa —murmuró.

—¿Ha habido suerte en el laboratorio?

—Aún no puedo creer que no mirara en la puta letrina la primera vez. —Wilcox arrojó un par de folios sobre la mesa—. No hace falta que los lea —dijo—. Han encontrado restos que podrían ser de sangre en la camisa, los vaqueros y la alfombrilla. Que podrían ser de sangre, por el amor de Dios. Eso después de analizarlo con el microscopio. Todo está tan deteriorado que casi no se aprecia. Tres años de mierda, basura y tiempo. No ha quedado mucho. He visto cómo el técnico del laboratorio extendía la camisa y casi se le desintegra al manipularla con las pinzas. En cualquier caso, no hay nada determinante. Van a mandarlo todo a otro laboratorio más moderno en Tallahassee, pero quién sabe con qué nos saldrán. El técnico no parecía muy optimista. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Naturalmente, usted y yo sabemos qué hacía todo eso ahí dentro, pero de aquí a poder presentarlo como prueba de algo hay un trecho largo de cojones. ¡Joder! Si yo lo hubiese encontrado hace tres años, cuando todo estaba fresco... Los del laboratorio habrían encontrado la sangre

enseguida. —Miró a Cowart—. La sangre de Joanie Shriver. Sin embargo, ahora no son más que jirones de ropa vieja. Mierda. —El detective echó a caminar por el despacho—. No puedo creer que la haya jodido tan estúpidamente — repitió—. La he jodido, la he jodido, la he jodido. Mi primer gran caso de los cojones.

Abría y cerraba los puños. Abrir, cerrar. Abrir, cerrar. Cowart percibió la tensión del detective, como un luchador momentos antes del combate.

Tanny Brown, sentado a una mesa libre en un despacho vacío, estaba haciendo llamadas. La puerta a su espalda estaba cerrada y delante tenía una libreta de notas y su agenda de teléfonos personal. Tuvo que dejar mensajes en los tres primeros números. Marcó el cuarto número y esperó a que descolgaran.

—Policía de Eatonville.

—Con el capitán Lucious Harris. Soy el detective teniente Theodore Brown. Esperó hasta que en el aparato resonó un vozarrón.

—¿Tanny? ¿Eres tú?

—Hola, Luke.

—Vaya, vaya... Cuánto tiempo sin oírte. ¿Qué tal?

—Un poco de todo. ¿Y tú?

—Bien. Podría irme mejor, pero tampoco me va tan mal; supongo que no tengo quejas.

Brown visualizó al hombretón al otro lado de la línea. Debía de llevar puesto un uniforme demasiado estrecho allí donde sus ciento treinta kilos no pudieran disimularse y alrededor del cuello, de manera que la cabeza parecía nacer directamente del cuello almidonado con insignias doradas. Lucious Harris sentía esa animadversión a la violencia propia de los hombres corpulentos y, por su aspecto siempre afable, se diría que su vida era un festín en el que jamás escaseaba la comida. A Tanny le gustaba llamarle porque, pese a lo cruel que pudiera llegar a ser la vida, se mostraba siempre enérgico y pronto a resistir. Tanny Brown reparó en que no le había llamado en mucho tiempo.

—¿Qué tal van las cosas por Eatonville?

—¡Ja! Bueno, habrás oído que esto empieza a convertirse en un hervidero de turistas. La gente viene por la atención que la difunta Miss Hurston le prestó a la ciudad. No le haremos la competencia a Disney World o a cayo Vizcaíno, pero no está mal ver caras nuevas por la zona.

Brown trató de imaginarse Eatonville. Su amigo se había criado allí, sus ritmos se plasmaban en la cadencia de su voz. Era una ciudad provinciana con un sentido del orden muy particular. Casi todos sus habitantes eran negros. Se había vuelto relativamente conocida gracias a los escritos de Zora Neale Hurston, la más famosa de sus habitantes. Eatonville fue descubierta al mismo tiempo que, los académicos primero y la gente del cine después, descubrieron a

Hurston, pero jamás había dejado de ser una pequeña ciudad de negros gobernada por negros.

Hubo una breve pausa antes de que Lucious Harris dijera:

—Ya no me llamas. Quién diría que somos amigos. He visto que te has hecho bastante famoso, pero me da que no es la clase de notoriedad que uno desearía, ¿me equivoco?

—No te equivocas.

—Y ahora, pasado un siglo, me llamas, pero no para contarme por qué no me has llamado en tanto tiempo, sino para tratar alguna cuestión delicada, ¿me equivoco?

—Estoy dando palos de ciego, Luke. He pensado que quizá tú puedas ayudarme.

—Bueno, tú dirás.

Brown respiró hondo y dijo:

—Desapariciones sin resolver, homicidios, niñas, adolescentes... negras. ¿Habéis tenido algo así en el último año?

Harris no contestó de inmediato. Brown notó cierta incomodidad en su interlocutor.

—Tanny, ¿de qué va esto?

—Tengo...

—Tanny, dime la verdad. ¿De qué va?

—Luke, ya te he dicho que estoy dando palos de ciego. Tengo un mal presentimiento y estoy intentando cerciorarme.

—Pues has dado en el clavo, hermano.

Brown sintió un escalofrío.

—Cuenta —pidió.

Advirtió que el vozarrón flojeaba, languidecía, como si ahora las palabras fueran más pesadas.

—Una joven descarriada —dijo Harris despacio—. Se llamaba Alexandra Jones. Trece años, aunque en parte parecía tener ocho y en parte dieciocho, ya me entiendes. Era una chica muy cariñosa, mi mujer y yo la teníamos a veces de canguro, pero de repente un día me la encuentro fumando a la puerta de un autoservicio, haciéndose la chica mayor, la tía dura.

—Cualquiera diría que hablas de una de mis hijas —dijo Brown impulsivamente.

—No, tus hijas no son unas desarraigadas y ésta sí lo era. No tenía las ideas claras y empezó a ir por el mal camino. Pensaba que esta ciudad se le quedaba pequeña. La primera vez que se escapó de casa su padre salió en su busca y la encontró a unos cinco kilómetros con una maleta. Su padre es uno de mis hombres, así que todos estábamos al corriente de todo. La segunda vez que se escapó la encontramos cerca de Lauderdale, en Alligator Alley, haciendo autoestop. La encontró un coche patrulla y la trajo de vuelta a casa. Hace tres meses se escapó por tercera vez. Su padre y su madre peinaron todas las

carreteras posibles, creían que esta vez iría hacia el Norte, hacia Georgia, donde tienen familia y la chica tiene una prima con la que se lleva muy bien. Expedimos una orden de búsqueda, di parte a los departamentos de todo el estado, colgamos carteles y todo eso. Pero jamás apareció en Georgia, ni en Lauderdale, Miami, Orlando o cualquier otro lugar, sino en la ciénaga de Big Cypress, donde la encontraron unos cazadores hace tres semanas. Bueno, lo que quedaba de ella, unos pocos huesos. El sol, los animales y los pájaros los habían dejado bien pulidos. No fue nada agradable. Tuvieron que identificarla a partir del historial dental. ¿Causa de la muerte? Múltiples heridas por arma blanca, opina el forense, pero sólo porque algunos huesos presentan muescas y cortes. Ni siquiera eso es concluyente. No se encontró su ropa. Quienquiera que lo hiciese escondió la ropa en algún lugar. Quiero decir que lo que le pasó ya no es ningún misterio, ¿entiendes? Ahora bien, saber quién lo hizo ya es otra historia. —Brown no dijo nada. Oyó cómo Harris tomaba aliento—. Este caso no lo cerraremos nunca, no señor. ¿Sabes a cuántas personas hemos entrevistado, Tanny? A más de trescientas. Y sólo yo y mi jefe de detectives, Henry Lincoln, ya lo conoces. Nos han ayudado un par de tipos de homicidios del condado. De todos modos no sirve de nada, ni los testigos, porque nadie la vio subir a ningún coche, ni los forenses, porque apenas quedan restos de ella. Tampoco hay sospechosos, aunque hemos visto algunas fichas y hemos arrestado a los sospechosos habituales. Nada de nada. Al final opta uno por ayudar a los padres a intentar hacerse a la idea y, en mi caso, frecuentar la iglesia más a menudo, por ver si con un par de oraciones puedo cambiar algo. ¿Sabes qué le pido a Dios, Tanny?

—No —contestó con voz ronca.

—No le pido atrapar a ese cabrón. No, creo que ni siquiera el Todopoderoso sería capaz de resolver este caso. Lo único que le pido es que quienquiera que lo hiciese se dirija a otro lugar, a otra ciudad, a un lugar donde pueda haber testigos y donde dispongan de equipos forenses modernos y todas esas cosas tan sofisticadas, y que el tipo cometa un error y le pillen. Eso le pido. —El capitán de policía se quedó en silencio, como pensativo—. Porque esa chica debió sufrir lo indecible. Dolor y miedo, Tanny. Dolor, miedo y un terror inimaginable, y parece que a nadie le importa. —Hizo otra pausa—. Y ahora me sales tú con esa pregunta y yo quiero saber a santo de qué.

Otro silencio.

—¿Te acuerdas del tipo que salió del corredor? —preguntó Brown.

—Claro. Robert Earl Ferguson.

—¿Ha estado alguna vez en Eatonville?

Lucious Harris no reaccionó. Brown lo oyó inspirar al otro extremo de la línea antes de contestar.

—Creía que era inocente. Eso dicen en la prensa y la tele.

—¿Ha estado en Eatonville? ¿Más o menos cuando la desaparición de la chica?

—Sí, estuvo aquí —contestó Harris.

Brown no pudo reprimir una mezcla de gruñido y gemido, con las mandíbulas fuertemente apretadas.

—Pero hace tiempo. Tres o cuatro meses antes de la desaparición de Alexandra. Vino a dar una charla en una iglesia. Por Dios, pero si hasta yo fui a verlo. Fue interesante. Dijo que Jesucristo está con nosotros y que aunque el mundo parezca oscurecerse Él nos iluminará.

—¿Dijo algo...?

—Se quedó un par de días. Un sábado y un domingo, creo, luego se marchó. A una escuela, me dijeron. No creo que estuviera por aquí cuando desapareció Alexandra Jones. Comprobaré si estuvo en algún hotel o motel, no lo sé. Podría haber vuelto, claro, pero ¿qué te hace pensar...?

Brown se apoyó sobre la mesa, sintiendo una palpitación en las sienes.

—Compruébalo por mí, Luke. Confirma que no estaba en la zona cuando desapareció la chica.

—Lo intentaré. Pero me temo que no servirá de mucho. ¿Me estás diciendo que no es inocente?

—Yo no digo nada. Tú compruébalo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Tanny. Lo haré. Quizá luego podamos tener una conversación distendida, porque no me gusta tu tono de voz, hermano.

—A mí tampoco —contestó Brown, y colgó.

Se acordó de Pachoula en los momentos siguientes a la desaparición de Joanie Shriver. Podía oír las sirenas, ver los grupos que se formaban en las esquinas para partir en su busca. Los primeros equipos de televisión llegaron aquella misma noche, no mucho después de que las llamadas de los periódicos empezaran a colapsar la centralita. Una niña blanca desaparece en el camino de la escuela a casa. Una pesadilla que conmociona a todo el mundo. Pelo rubio. Sonrisa. No pasaron ni cuatro horas antes de que su foto se emitiera por televisión. A cada minuto se estrechaba más el círculo.

«¿Qué aprendió de eso Ferguson?», pensó Brown. Aprendió que un hecho como ése podía pasar inadvertido, nada de cámaras ni micrófonos, nada de voluntarios y Guardia Nacional peinando las ciénagas; sólo había que cambiar uno de los factores de la ecuación: una niña negra por una blanca.

Se levantó y fue a buscar a Cowart. De una pared de la oficina de homicidios colgaba un gran plano de Florida. Brown buscó Eatonville y luego Perrine. «Hay docenas de pequeños guetos negros en todo el estado», pensó. El olvidado Sur, al que la historia y la economía habían convertido en un conglomerado de núcleos con diversos grados de prosperidad o pobreza, pero con algo en común: no entraba en las prioridades de nadie. Todos contaban con escasos cuerpos de policía, a veces incluso mal adiestrados, con la mitad de los recursos que las comunidades blancas y el doble de casos de drogadicción, alcoholismo, atracos, frustración y desesperanza.

Buenos cotos de caza.





## 21

### LA CONJUNCIÓN

Andrea Shaeffer regresó tarde a su habitación del motel. Cerró la puerta con doble llave, comprobó el baño y el pequeño armario, miró debajo de la cama, detrás de las cortinas, y finalmente se aseguró de que la ventana seguía bien cerrada. Reprimió el impulso de abrir el bolso y sacar la pistola de 9 mm. Una sensación de miedo distorsionado la perseguía desde que saliera del apartamento de Ferguson. Desde que la luz del día empezó a menguar se sentía constreñida, como si la ropa le fuera varias tallas más pequeña.

«¿Quién era él?», se preguntó.

Rebuscó en su pequeña maleta hasta encontrar el papel con esencia a lavanda que utilizaba para escribir las cartas a su madre que nunca enviaba. Encendió la lamparita que había sobre una mesita en un rincón de la habitación, se sentó en una silla y comenzó.

«Querida mamá: ha sucedido algo», escribió, y se quedó mirando fijamente las palabras. «¿Qué había dicho Ferguson? — se preguntó—. Había dicho que él estaba a salvo. ¿A salvo de qué?»

Mordió el extremo del bolígrafo como una estudiante que busca la respuesta en un examen. Recordaba que la habían llevado a una sala para la rueda de identificación, a pesar de que ella había insistido en que no podría reconocer a los dos hombres que la habían agredido. Habían atenuado las luces y ella estaba flanqueada por dos detectives cuyos nombres ya no recordaba. Luego había observado atentamente a los dos grupos de hombres que habían entrado y se habían colocado en fila contra la pared. Siguiendo las órdenes, se habían vuelto primero hacia la derecha y luego a la izquierda, para que ella viera sus perfiles. Se acordaba de los comentarios que los detectives le susurraron: «Tómese su tiempo» y «¿Alguno de ellos le resulta familiar?». Pero ella no había logrado identificar a nadie. Había negado con la cabeza y los detectives se habían encogido de hombros. Recordó sus miradas de desánimo, y

que en aquel instante había decidido que no se quedaría de brazos cruzados, que jamás volvería a permitir que alguien saliera impune después de haber causado tanto dolor.

Volvió a aquella carta que nunca enviaría y escribió: «He conocido a un hombre rebosante de malas vibraciones.»

Analizó todo lo que Ferguson le había mostrado: ira, burla, arrogancia. «Y miedo —pensó—, aunque sólo hasta que supo el motivo de mi presencia. Entonces el miedo desapareció. ¿Por qué? Porque no tenía nada que temer. Y ¿por qué? Porque yo estaba allí por la razón equivocada. —Dejó el bolígrafo junto al papel y se incorporó—. Así pues, ¿cuál es la razón correcta?», se preguntó.

Se dirigió a la ancha cama. Se sentó y colocó las rodillas bajo la barbilla, rodeando las piernas con los brazos. Se balanceó con equilibrio inestable, tratando de determinar qué línea de actuación debía seguir. Finalmente ordenó sus pensamientos, estiró el cuerpo y alcanzó el teléfono.

Necesitó varias llamadas para localizar a Michael Weiss, hasta que al fin la pasaron con él en la oficina del comisario.

—¿Andy? ¿Eres tú? ¿Dónde te habías metido?

—Mike. Estoy en Newark, Nueva Jersey.

—¿Nueva Jersey? ¿Qué haces en Nueva Jersey? Se suponía que tenías que seguir la pista de Cowart en Miami. ¿Está en Nueva Jersey?

—No, pero...

—Entonces, ¿dónde demonios está?

—En el norte de Florida. En Pachoula, pero...

—¿Y por qué no estás tú allí?

—Mike, deja que te lo explique.

—Más vale que lo hagas. Y otra cosa. Se suponía que ibas a estar en contacto permanente. Soy yo quien está a cargo de esta investigación, ¿recuerdas?

—Mike, dame un segundo, ¿vale? Vine aquí a ver a Robert Earl Ferguson.

—¿El cabroncete al que Cowart sacó del corredor?

—Exacto. El que estaba en la celda contigua a la de Sullivan.

—Hasta el momento en que intentó estrangularlo a través de los barrotes.

—Sí, ése.

—¿Y bien?

—Fue... —Vaciló—. Bueno, extraño.

Hubo una pausa antes de que el policía veterano preguntara:

—¿Extraño en qué sentido?

—Todavía estoy intentando identificarlo.

Weiss suspiró.

—¿Y qué tiene que ver con nuestro caso?

—Bueno, le he estado dando vueltas, Mike. Mira, Sullivan y Cowart eran como dos lados de un triángulo. Ferguson era el tercero, el vínculo que los unía.

Sin Ferguson, Cowart nunca habría llegado hasta Sullivan. Así que decidí hacer algunas averiguaciones sobre él. Comprobar si tenía una coartada en el momento de los asesinatos. Comprobar si sabía algo. Y echar un vistazo al tipo, ya sabes.

Weiss vaciló antes de decir:

—Vale, de acuerdo. No sé qué nos aporta, pero al menos no es un disparate. Crees que existe algún vínculo entre los tres, vale. ¿Algo que quizá contribuyó a los asesinatos?

—Puede.

—Bueno, y si lo hubiera, ¿por qué crees que el capullo de Cowart no lo habría incluido en sus artículos?

—No lo sé. ¿Tal vez por miedo a que eso lo hiciera quedar mal?

—¿Quedar mal? Vamos, Andy, pero si es un puta. Todos los periodistas son unos putas. Para ellos lo pasado, pasado está; sólo les preocupa el hoy. Si hubiera tenido algo lo habría sacado en el periódico sin pensárselo. Ya veo el titular: «Se descubre conexión en el corredor de la muerte.» No sé si tendrían letras suficientemente grandes para un titular así. Se pondrían como locos. Probablemente ganaría otro maldito premio.

—Ya.

—Claro que sí —gruñó Weiss—. Bien, ¿tienes algo, aparte de corazonadas, que sitúe a ese Ferguson en Tarpon Drive?

—No.

—¿Nadie que lo haya visto en Islamorada? ¿Alguna de las personas que interrogaste en Tarpon Drive mencionó a un negro?

—No.

—¿Y algún recibo de hotel o billete de avión? ¿Y muestras de sangre o huellas o un arma del crimen?

—No.

—¿Así que te trasladaste hasta allí sólo porque de alguna manera él estaba relacionado con los dos sujetos de aquí?

—Eso es. Fue una corazonada, como has dicho.

—Venga ya, Andy. El jodido Perry Mason tiene corazonadas, pero sólo en la tele. No me vengas con eso. Límitate a contarme qué averiguaste de ese tipejo.

—Negó todo conocimiento directo del crimen. Pero tenía algunas opiniones interesantes sobre cómo funcionan las cosas en el corredor de la muerte. Dijo que la mayoría de los guardias están a un paso de ser asesinos. Sugirió que nos centráramos en ellos.

—Eso concuerda. Además de ser lo que estoy haciendo en estos momentos, y lo que deberías estar haciendo tú también. El tipo tenía una coartada, ¿no?

—Dijo que estaba en clase. Estudia criminología.

—¿En serio? Eso sí que es interesante.

—Sí. Tiene una estantería llena de libros sobre ciencia forense e

investigación criminal. Dijo que los utiliza para las clases.

—Está bien. ¿Por qué no lo compruebas y luego, cuando se demuestre que es verdad, regresas aquí?

—Sí, claro. De acuerdo.

Hubo un breve silencio antes de que Weiss dijera:

—Andy, detecto en tu voz cierto tono de duda.

—Pues... ¿Has tenido alguna vez la sensación de que has dado con el tipo correcto, pero por un motivo equivocado? Quiero decir que ese tipo me hizo sudar de verdad. Había algo en él, estoy segura. No es trigo limpio. Pero por qué, aún no lo sé. Estaba aterrada.

—¿Otra corazonada?

—Una sensación. Joder, Mike, no estoy loca.

Weiss suspiró.

—¿Cómo de aterrada?

—Se me puso el corazón a mil por hora.

Notó que el detective se pensaba bien la respuesta.

—Sabes qué se supone que debería decirte, ¿verdad?

Asintió con la cabeza mientras respondía:

—Que me dé una ducha de agua fría, o caliente, como sea, y lo olvide todo.

Que deje que el tipejo siga haciendo lo que sea que esté haciendo, hasta que cometa un error y esos polis lo trinquen. Y que vuelva de una maldita vez al Estado del Sol.

Él soltó una risita.

—Joder —dijo—. Si ya hablas igual que yo.

—¿Entonces?

—Está bien —cedió él a regañadientes—. Tómate la ducha que consideres oportuna. Luego quédate investigando por ahí durante un día o así. De momento puedo continuar solo. Pero cuando el asunto no dé más de sí y no tengas nada, quiero que escribas un informe con todas tus conjeturas y corazonadas y todo lo que estimes oportuno, y se lo enviaremos a un tipo que conozco en la policía estatal de Nueva Jersey. No se lo tomará en serio, pero tú al menos no creerás que estás loca. Y te guardarás las espaldas.

—Gracias, Mike —respondió, extrañamente aliviada y asustada a la vez.

—Por cierto —dijo él—, ni siquiera me has preguntado qué he descubierto yo por aquí.

—¿Qué has...?

—Sullivan dejó tres cajas llenas de objetos personales. En su mayoría libros, una radio, un pequeño televisor, una Biblia, ese tipo de chorradas, pero había varios documentos intrigantes. Uno de ellos era su recurso, lo tenía todo planeado, listo para presentarlo ante el tribunal en representación propia. Con sólo habérselo entregado a un funcionario habría obtenido un aplazamiento automático de la ejecución. ¿Y sabes una cosa? Ese cabrón elaboró un argumento bastante convincente sobre las alegaciones prejuiciosas del fiscal que

lo trincó. Podría haber alargado la cosa años.

—Pero nunca llegó a presentarlo.

—No. Y eso no es todo. Hay una carta de un productor llamado Maynard, de Lala Land. El mismo tipo que le compró a tu amigo Ferguson los derechos de la historia de su vida después de que Cowart lo convirtiera en una estrella. Le hizo la misma oferta a Sullivan. Cien mil pavos. Bueno, no exactamente cien. Noventa y nueve mil. Por los derechos exclusivos de la historia de su vida.

—Pero la vida de Sullivan estaba en los archivos públicos, ¿por qué iba a pagar...?

—Hablé con él hace un rato. El muy listo dice que es el procedimiento habitual antes de rodar una película. Resolver el asunto de los derechos. Además, dice que Sullivan le prometió que iba a presentar el recurso. Así que el tipo se vio obligado a pagarle los derechos para evitar que Sullivan se hiciera de rogar durante el tiempo que durara el recurso. Se quedó de piedra al ver que Sullivan iba a la silla.

—Sigue.

—Bueno, el caso es que hay noventa y nueve mil dólares circulando por ahí y creo que si descubrimos dónde ha ido a parar el dinero, descubriremos cómo pagó Sullivan esos dos asesinatos.

—Pero está la ley de los derechos de las víctimas. Sullivan no podía percibir ese dinero. En teoría debía ser para las víctimas de sus crímenes.

—Tú lo has dicho: en teoría. El productor depositó el dinero en una cuenta de un banco de Miami siguiendo las instrucciones que Sullivan le dio. Luego el productor remitió una carta a la Comisión de Derechos de las Víctimas de Tallahassee para informarles del pago, tal como exige la ley. Por supuesto, la administración tarda meses y meses en enterarse. Y mientras tanto...

—Ya entiendo.

—Eso es: el dinero desaparece como por ensalmo. Ya no está en la cuenta. Los de los derechos de las víctimas no lo tienen y Sullivan seguro que no lo necesita, dondequiera que esté.

—Así que...

—Así que, siguiendo los movimientos de esa cuenta, podríamos descubrir al individuo que la vació. Tendríamos a un buen sospechoso de un par de homicidios.

—Cien mil dólares.

—Noventa y nueve mil. Una cifra muy significativa. Así se evita el conflicto con la ley federal, que exige documentación para las transacciones monetarias de más de cien mil...

—Pero noventa y nueve mil no es nada del otro mundo...

—¡Bah!, allí matarían por un paquete de tabaco. Así que imagínate de lo que alguien sería capaz por casi esa suma. Además, algunos de esos guardias de prisión no ganan más de trescientos a la semana. Probablemente casi cien mil les parecerá una fortuna.

—¿Y para abrir esa cuenta?

—¿En Miami? Basta con un carné de conducir falsificado y un número de la Seguridad Social falso. Precisamente en Miami no puede decirse que dediquen mucho tiempo a controlar los movimientos bancarios. Están tan ocupados blanqueando millones para los narcotraficantes que seguramente ni siquiera se percataron de esta pequeña transacción. Joder, Andy, si es que puedes cerrar tu cuenta desde un cajero automático, sin siquiera tener que hablar con alguien de carne y hueso.

—¿Sabe el productor quién la abrió?

—¿Ese idiota? ¡Qué va! Sullivan se limitó a darle el número y las instrucciones. Sólo sabe que Sullivan se la jugó bien jugada al contarle a Cowart la historia de su vida, porque ha salido tal cual en el periódico y ese tipo pensaba que la exclusiva era suya. Luego se la volvió a jugar al sentarse mansamente en la silla eléctrica. No se le ve muy contento que digamos.

Shaeffer se sintió atrapada entre dos torbellinos. Weiss hablaba deprisa.

—Otro pequeño detalle. Muy misterioso.

—¿Cuál?

—Sullivan dejó un testamento holografo.

—¿Un testamento?

—Como lo oyes. Un documento bastante interesante. Lo escribió sobre unas páginas de la Biblia. Concretamente, sobre el salmo veintitrés. Ya sabes, el Valle de la Muerte y eso de no temer mal alguno... Escribió encima del texto con un rotulador negro y luego marcó la página. Después metió una nota en la parte superior de la caja que decía: «Por favor, leer el pasaje marcado...»

—¿Y qué pone?

—Que le deja todas sus cosas a un guardia de la prisión. Un tal sargento Rogers. ¿Te acuerdas de él? Es el tipo que no nos dejó entrar a ver a Sully antes de la ejecución, el que recibía a Cowart en la prisión.

—¿Es él...?

—Esto es lo que escribió Sullivan: «Dejo mis bienes terrenales al sargento Rogers, quien —escucha esto— me prestó ayuda y consuelo en un trance tan difícil y a quien nunca podré compensar lo suficiente. Aunque he intentado...» —Weiss se detuvo—. ¿Qué te parece esto?

Shaeffer asintió con la cabeza y dijo:

—Es una interesante combinación de hechos.

—Sí, pues adivina qué...

—Dime.

—El bueno del sargento tuvo un par de jornadas libres tres días antes de que Cowart hallara los cuerpos. Y aún más.

—¿Qué?

—Tiene un hermano que vive en Cayo Largo.

—Caramba, no está mal...

—Mejor aún: un hermano con antecedentes. Dos condenas por

allanamiento de morada. Cumplió once meses en la cárcel del condado por un cargo de agresión, alguna camorra de bar, y fue arrestado en una ocasión por tenencia ilegal de un arma, en concreto una Magnum 357, aunque retiraron los cargos. Pero la cosa no acaba ahí. ¿Te acuerdas de tu análisis de la escena del crimen? El hermano es zurdo y a los dos ancianos les cortaron el cuello de derecha a izquierda. Interesante, ¿verdad?

—¿Has hablado con él?

—Aún no. Pensaba esperar a que llegaras.

—Gracias —dijo ella—. Te lo agradezco. Pero, una pregunta...

—Dime.

—¿Cómo es que el guardia no se deshizo de las cosas de Sullivan después de la ejecución? Es decir, supongo que él sabía que si Sullivan lo traicionaba dejaría el mensaje allí.

—Yo también lo he pensado. Resulta absurdo que dejara las cajas por ahí. Pero a lo mejor no tiene muchas luces. O quizá no supo ver de qué pasta estaba hecho Sully. O puede que simplemente haya sido un desliz. Desde luego, todo un desliz.

—De acuerdo —dijo ella—. Voy para allá.

—Es un sospechoso muy bueno, Andy. Muy bueno. Me gustaría poder situarlo en los cayos. O comprobar sus llamadas para ver si ha pasado mucho tiempo hablando con su hermano. Luego quizá podamos acudir al fiscal del estado con lo que tengamos. —Hizo una pausa antes de añadir—: Sólo hay una cosa que no me encaja...

—¿De qué se trata?

—Pues que Sully dejó una flecha enorme apuntando a ese sargento. Y no me fío de Sullivan ni siquiera muerto. Ya sabes que la mejor forma de boicotear la investigación de un asesinato es crear un sospechoso falso. Aunque podamos descartar a otros sospechosos, es lo de siempre, cualquier abogado defensor los sacará a relucir en el juicio para marear al jurado. Y eso Sullivan lo sabía.

Ella volvió a asentir. Weiss añadió:

—Pero bueno, de momento no son más que conjeturas mías. Mira, Andy, vamos a por ese tipo; recibiremos felicitaciones y un aumento de sueldo. Le daremos un buen impulso a tu carrera. Confía en mí. Vuelve aquí y llévate tu parte del pastel. Yo seguiré con las entrevistas hasta que llegues, y entonces volveremos a los cayos.

—Está bien —respondió ella con una leve vacilación.

—Todavía percibo algún pero en tu voz.

Estaba aturdida, pero el entusiasmo de su colega y una súbita sensación de que podía escurrírsele entre los dedos su caso más importante hasta la fecha le permitieron superar todas sus dudas. Recorrió la habitación con la mirada. Parecía como si en su interior se hubieran disipado todas las sombras.

—Tal vez debería pasar página y volver a casa —dijo por fin.

—Bueno, haz lo que estimes oportuno. Por mí, no hay ningún problema.

Aquí hace mucho mejor tiempo, eso sí. ¿No hace frío ahí arriba?

—Hace frío. Y llueve.

—Pues ya ves. Pero ¿y ese Ferguson?

—No es trigo limpio, Mike —se oyó decir de nuevo.

—Vale, entonces, haz una cosa. Ve y comprueba sus horarios, da una vuelta por allí para cerciorarte de que su coartada es tan buena como él dice, luego habla con ese poli amigo mío y vuelve a casa. No será una pérdida de tiempo si pones a la policía local tras su pista. A lo mejor se está cociendo algo ahí arriba. En todo caso, lo único que tengo previsto para los próximos días son entrevistas al personal que trabajó en el corredor. Nuestro sargento es sólo uno de una larga lista. Ya sabes, preguntas rutinarias, nada que vaya a inquietarlo. Creerá que no es más que uno de tantos. Y luego: ¡zas! Esperaré a que llegues tú. Quiero ver cómo lo machacas. Mientras tanto, satisfaz tu curiosidad. Después vuelve aquí. —Hizo una pausa, y añadió—: ¿A que soy un jefe razonable? Ni gritos ni juramentos. Supongo que no tendrás quejas...

Shaeffer sonrió.

Cuando colgó se preguntó qué debía hacer. Recordó la ocasión en que su madre la empaquetó junto a todas las pertenencias que pudo embutir en la vieja camioneta y se marcharon de Chicago. Había sido a última hora de un día gris y ventoso, cuando la brisa encrespaba el lago Michigan: una aventura y una pérdida. En aquel instante había tomado definitiva conciencia de que su padre había muerto y de que ya no volvería jamás. No había sido al abrir la puerta de su casa y encontrarse con dos oficiales uniformados y cara de circunstancia. Tampoco en el funeral, y ni siquiera cuando el gaitero interpretó la conmovedora canción fúnebre; y tampoco las muchas veces que notó cómo sus compañeros de clase la miraban con la cruel curiosidad que suscita la pérdida en los niños. Fue aquella tarde, al subir a la camioneta de su madre.

Se dio cuenta de que en la infancia, y también en la vida adulta, hay ocasiones como aquélla, momentos en que todo te arrastra en una dirección. Decisiones tomadas. Pasos dados. La inexorabilidad de la vida. Y ahora había llegado la hora de tomar una de aquellas decisiones.

Ferguson le vino a la mente. Lo vio sentado en aquel sofá raído, sonriéndole con sorna, burlándose de ella. «¿Por qué?», se preguntó de nuevo. La respuesta le surgió al instante: porque ella le estaba preguntando por el homicidio equivocado.

Se recostó en la cama. Decidió que todavía no estaba preparada para olvidarse de Robert Earl Ferguson.

La suave lluvia y la escasa luz natural se prolongaron hasta la mañana siguiente, trayendo consigo un frío húmedo y penetrante. El cielo gris parecía fundirse con el marrón sucio del río Raritan, que discurría a orillas del campus de Rutgers, de ladrillo y hiedra. Shaeffer cruzó el aparcamiento con el escaso



abrigo de su gabardina y sintiéndose como una especie de refugiada.

No tardó mucho en verse atrapada por el parsimonioso ritmo de la burocracia universitaria. En el departamento de criminología, tras explicar a una secretaria el motivo de su visita, la enviaron a un edificio administrativo. Allí, un ayudante del decano le dio una lección sobre la política de protección de datos de los alumnos aunque, pese a su propensión al sermoneo, finalmente la autorizó a entrevistarse con los tres profesores a los que buscaba. Encontrarlos supuso una tarea igual de ardua. Los horarios de atención eran dispares. Los números de teléfono particulares no se facilitaban. Sacó a relucir su placa, pero no consiguió impresionar a nadie.

Era mediodía cuando encontró al primer profesor, comiendo en la cafetería de la facultad. Impartía una asignatura sobre técnicas forenses. Tenía el cabello hirsuto, complexión delgada, vestía un abrigo informal y pantalones caqui, y tenía la irritante costumbre de desviar la mirada hacia un lado cuando hablaba. Shaeffer tenía un único asunto en mente, el momento en torno al cual se habían producido los asesinatos en los cayos, y el caso era que se sentía un poco ridícula investigándolo, especialmente sabiendo lo que sabía sobre aquel sargento de la prisión. De todos modos, era un lugar por donde comenzar.

—No sé qué tipo de ayuda podré prestarle —respondió el profesor entre bocado y bocado de su mustia ensalada verde—. El señor Ferguson es uno de los primeros de la clase. No el mejor, pero sí bastante bueno. Notable alto, tal vez. Sobresaliente no, eso no lo creo, pero es aplicado. Aplicado y constante. Tiene más experiencia práctica que la mayoría de los alumnos. Esto no ha tenido gracia, supongo. Muy bueno con las técnicas. Bastante interesado en la ciencia forense. No tengo quejas.

—¿Y la asistencia?

—Asiste siempre a clase.

—¿Y los días en cuestión?

—Tuvimos clase dos días aquella semana. Sólo veintisiete alumnos. No es fácil esconderse, sabe. Uno no puede enviar a un compañero para que recoja sus trabajos. Martes y jueves.

—¿Y?

—Estuvo aquí. Consta en mi cuaderno. —Recorrió con sus delgados dedos una columna de nombres—. A ver... Sí.

—¿Estuvo aquí?

—No se ha perdido ni una clase. Este mes no. Algunas ausencias anteriores, pero todas justificadas.

—¿Justificadas?

—Quiero decir que me dio una buena razón. Recogió él mismo sus trabajos. Y entregó un trabajo para recuperar las horas. Eso se llama dedicación, especialmente en los tiempos que corren.

El profesor cerró el cuaderno y regresó a su ensalada.

Shaeffer encontró al segundo profesor a la entrada de un aula, en un pasillo

llo de estudiantes que se dirigían a sus clases. Aquel hombre enseñaba Historia del Crimen en Estados Unidos, una asignatura teórica diseñada para acoger a cien alumnos. Llevaba un maletín y varios libros bajo el brazo y no recordaba si Ferguson había asistido a clase en esas fechas específicas, pero en la hoja de asistencia constaba la firma de Ferguson.

El atardecer se acercaba y una luz grisácea llenaba los pasillos de la universidad. Shaeffer se sentía irritada y decepcionada. No es que tuviera muchas esperanzas en que Ferguson hubiera faltado a la universidad cuando se cometieron los asesinatos, pero aun así la frustraba la sensación de estar perdiendo el tiempo. Apenas si había avanzado en su investigación. Rodeada por las incesantes aglomeraciones de estudiantes, incluso Ferguson había comenzado a perder importancia en su cabeza. «¿Qué demonios estoy haciendo aquí?», se preguntó.

Decidió regresar al motel; pero en el último momento decidió llamar a la puerta del tercer profesor. Si no había nadie, se dijo, volvería sin más a Florida.

Encontró su despacho tras varios intentos fallidos y llamó a la puerta con brusquedad. Abrió un hombre achaparrado con gafas redondas estilo años sesenta bajo una maraña despeinada de cabello color arenoso. Vestía una chaqueta holgada de *tweed* con varios bolígrafos en el bolsillo del pecho, de los cuales uno parecía perder tinta. Llevaba la corbata floja y exhibía una barriga prominente apenas contenida por el cinturón de los pantalones de pana. Por su aspecto, aparentaba haber estado durmiendo la siesta vestido, pero sus ojos escudriñaron con rapidez a la detective.

—¿Profesor Morin?

—¿Es usted una alumna?

Ella le mostró su placa y él la estudió un momento.

—Florida, ¿eh?

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Desde luego. —Le indicó que pasara al despacho—. La estaba esperando.

—¿Esperando?

—Ha venido a preguntar por el señor Ferguson, ¿no es así?

—Sí, correcto —dijo entrando en la reducida habitación.

Había una sola ventana que daba a un patio interior. Una pared estaba repleta de libros y en la otra había un pequeño escritorio y un ordenador. Vio recortes de prensa pegados en las escasas superficies libres. También había tres luminosas acuarelas de flores colgadas de la pared, que contrastaban con el aspecto sombrío del recinto.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó Shaeffer.

—Él me llamó. Me dijo que usted vendría a preguntar por él.

—Ya.

—Bueno —empezó el profesor, hablando con el expresivo entusiasmo de quien lleva demasiado tiempo encerrado—, el historial de asistencia a clase del señor Ferguson es más que correcto. Sencillamente intachable. En especial

durante el período que a usted le interesa. —Se sentó con brusquedad en una silla que crujó bajo su peso—. Espero que eso aclare cualquier malentendido que haya.

El profesor sonrió, dejando al descubierto una dentadura blanca y uniforme que parecía desentonar con su aspecto desaliñado.

—Es un alumno bastante bueno, ¿sabe? Se lo toma todo muy en serio, ¿entiende?, y eso genera rechazo en los demás. Es muy solitario, pero imagino que el corredor de la muerte tendrá algo que ver con eso. Sí, serio, entregado, muy retraído. Yo no veo eso en muchos estudiantes. Produce cierta inquietud, pero en el fondo estimula. Como el peligro, supongo.

El profesor Morin continuó barbullando:

—Incluso los policías que vienen aquí para dar un impulso a sus carreras lo consideran simplemente un medio para conseguir créditos y progresar. En cambio, el señor Ferguson muestra genuino interés por el estudio.

Había una única silla en un rincón, rayada y gastada por el uso, y Shaeffer la cogió para sentarse. Obviamente estaba pensada para que los alumnos que acudían con sus preocupaciones se sintieran incómodos y permanecieran allí el menor tiempo posible.

—¿Conoce usted bien al señor Ferguson? —preguntó.

El profesor se encogió de hombros.

—Igual de bien que cualquiera. Es un hombre interesante.

—¿En qué sentido?

—Bueno, yo doy clase de Medios de Comunicación y Crimen y él tiene una habilidad natural para la materia.

—¿Y eso?

—Bueno, se le ha pedido en varias ocasiones que expresara sus opiniones. Siempre son, ¿cómo le diría yo?... intrigantes. Quiero decir, uno no da clase todos los días a alguien que tiene experiencia de primera mano sobre el terreno. Y que podría haber acabado en la silla eléctrica de no haber sido por la prensa.

—Coward.

—Exacto. Matthew Cowart, del *Miami Journal*. Un Premio Pulitzer, y bien merecido, debo decir. Un gran trabajo de periodismo de investigación.

—¿Y cuáles son las opiniones de Ferguson, profesor?

—Bueno, yo diría que está muy sensibilizado con el asunto de la información y las razas. Hizo un trabajo de análisis del caso de Wayne Williams en Atlanta. Planteó el tema de la doble vara de medir, ya sabe, unas normas para informar sobre los crímenes cometidos por la comunidad blanca y otra para los cometidos por la comunidad negra. Una distinción que en este caso suscribo, detective.

Shaeffer asintió con la cabeza.

Morin hacía girar su silla, manteniendo un constante vaivén, sin duda embelesado con su propia voz.

—... Sí, él argumentaba que la falta de atención por parte de los medios de

comunicación a los crímenes de la comunidad negra conlleva una reducción de los recursos de la policía, disminuye la actividad de los organismos fiscales y contribuye a dar la imagen de que el crimen es una estructura común de la sociedad. Un punto de vista inquietante. La reducción del crimen a una rutina, supongo. Ayuda a explicar por qué casi un cuarto de la población de varones negros jóvenes está o ha estado entre rejas.

— ¿Y él acudía a clase?

— Excepto cuando tenía una justificación.

— ¿Qué clase de justificación?

— De vez en cuando da charlas y discursos, muchas veces a grupos eclesiásticos de Florida. Por aquí, desde luego, nadie sabe nada de su pasado. La mitad de los alumnos de la clase ni siquiera habían oído hablar del caso hasta el inicio del semestre. ¿Puede creerlo, detective? Eso da una idea del nivel de los alumnos hoy en día.

— ¿Ferguson va a Florida?

— De vez en cuando.

— ¿Tiene las fechas?

— Sí. Pero creí entender a Ferguson que usted sólo estaba interesada en la semana que...

— No, me interesan también otras fechas.

El profesor vaciló y luego se encogió de hombros.

— Imagino que esto no perjudica a nadie.

Cogió una libreta, pasó las páginas rápidamente y por fin llegó a la hoja de asistencia. Se la entregó a Shaeffer y ella anotó las fechas en que Ferguson se había ausentado.

— ¿Es todo, detective?

— Creo que sí.

— Como ve, aquí todo es rutinario y normal. Quiero decir que él encaja en esta universidad. También tiene un futuro por delante, intuyo. No hay duda de que es capaz de conseguir el título.

— ¿Encaja?

— Desde luego. Ésta es una universidad grande y urbana. Él tiene sitio aquí.

— En el anonimato.

— Como cualquier alumno.

— ¿Sabe dónde vive, profesor?

— No.

— ¿Algo más sobre él?

— No.

— ¿Y no siente un escalofrío cuando habla con él?

— Impone porque es serio, como dije antes, pero no veo por qué eso debería convertirlo en sospechoso de homicidio. Supongo que él mismo se pregunta si algún día la policía de Florida dejará de interesarse por él. Y creo que se trata de una pregunta legítima, detective, ¿no le parece?

—Un hombre inocente no tiene nada que temer —respondió ella.

—Ya —el profesor meneó con la cabeza—, pero en nuestra sociedad son los culpables quienes muchas veces están a salvo.

Shaeffer lanzó una mirada al profesor, que parecía a punto de embarcarse en una diatriba estilo años sesenta, trasnochada y cuasi radical. Decidió que iba a saltarse aquella clase.

Se despidió y salió de la oficina. No estaba segura de qué era lo que había oído, pero había oído algo. «Anonimato.» Recorrió parte del pasillo hasta que de pronto tuvo la sensación de que alguien la observaba. Se volvió y vio al profesor cerrando la puerta de su despacho. El sonido reverberó en el vacío pasillo. Inspeccionó alrededor en busca de los estudiantes que inundaban antes el lugar y que en aquel momento parecían haber sido absorbidos por los despachos, las aulas y las salas de conferencias.

Sola.

Se encogió de hombros. «Es de día —se dijo— y éste es un lugar público, lleno de gente.» Echó a caminar un poco más deprisa, haciendo resonar sus zapatos en el linóleo brillante. Apretó el paso, amplificando el eco de sus pisadas. Llegó a una escalera que también estaba vacía y se apresuró a bajar. Se detuvo bruscamente al oír cerrarse una puerta y de pronto reparó en que por detrás de ella sonaban pasos precipitados. Se arrimó a la pared y palpó el arma que llevaba en el bolso. Los pasos se aproximaban. Ella se agazapó en un rincón y empuñó el arma sin sacarla. De repente vio aparecer un estudiante joven, cargado de libros y cuadernos, que bajó la escalera a toda prisa pisando fuerte con sus zapatillas de baloncesto. El chico apenas la miró al pasar por su lado; sin duda llegaba tarde a clase. Shaeffer cerró los ojos. «¿Qué me está pasando? —se preguntó, y sacó la mano del bolso—. ¿Qué temo?» Llegó a la salida y divisó las puertas del edificio de enfrente. El cielo de media tarde al otro lado del cristal de la salida se veía gris y lúgubre.

Se dispuso a salir.

No vio a Ferguson, sólo lo oyó.

—¿Averiguó lo que quería, detective?

Ella dio un respingo.

Se volvió llevando la mano al bolso y retrocedió un paso, casi como si hubiera recibido un golpe. Ferguson tenía aquella inquietante sonrisa dibujada en la cara.

—¿Satisfecha? —añadió él.

Ella se puso rígida.

—¿La he asustado, detective?

Ella negó con la cabeza, todavía incapaz de reaccionar. Tenía empuñada la pistola, pero no la sacó del bolso.

—¿Va a dispararme, detective? —preguntó él con aspereza—. ¿Es eso lo que desea?

Ferguson comenzó a avanzar, apartándose del oscuro rincón que le había

servido de escondite. Llevaba una chaqueta verde aceituna de los excedentes militares y una gorra de los Giants de Nueva York. La mochila, donde ella supuso que llevaba libros, le colgaba del hombro. Tenía el mismo aspecto que cualquier estudiante. Intentó controlar las palpitations de su corazón y sacó lentamente la mano del bolso.

—¿Qué lleva, detective? ¿La treinta y ocho reglamentaria? ¿O tal vez una automática del veinticinco? ¿Algo pequeño pero eficiente? —La miró fijamente—. No, apuesto a que es algo más grande. Tiene que demostrarle algo al mundo. Una Magnum. O una nueve milímetros. Algo que le ayude a creer que es usted dura, ¿no es así, detective? Fuerte y responsable.

Ella no respondió.

Ferguson rió.

—No puede decírmelo, ¿verdad? —Se descolgó la mochila y la dejó en el suelo. Luego extendió los brazos en un bufo gesto de rendición, casi de súplica, con las palmas hacia arriba—. Pero ya ve, no voy armado. Entonces, ¿de qué podría tener usted miedo?

Shaeffer jadeaba, aún tratando de recuperarse de la sorpresa.

—Así pues, ¿ha averiguado lo que quería, detective?

La detective espiró despacio y dijo:

—He averiguado algunas cosas, sí.

—¿Comprobó que yo estaba en clase?

—Así es.

—Así que es imposible que al mismo tiempo estuviera en Florida cargándome a aquellos ancianos, ¿no cree?

—Eso parece. Todavía estoy indagando.

—Ha elegido la diana equivocada, detective. —Esbozó una sonrisa burlona—. Según parece, ustedes los polis de Florida siempre escogen la diana equivocada.

Shaeffer lo miró con frialdad.

—Yo no estaría tan segura, señor Ferguson. Creo que usted es la diana acertada. Sólo ocurre que aún no he apuntado con precisión.

Ferguson le sostuvo la mirada.

—Ha venido sola, ¿verdad?

—No —mintió—. Tengo un compañero.

—¿Y dónde está?

—Por ahí.

Ferguson echó un vistazo a las puertas de cristal doble que conducían a las galerías y el aparcamiento. La lluvia caía con monótona intensidad.

—Una chica fue golpeada y violada ahí mismo la otra noche. Salió un poco tarde de clase. Justo después de anoecer. Un tipo la cogió, la arrastró detrás de aquel pequeño saliente que hay en el extremo del aparcamiento y se la cepilló allí mismo. La dejó inconsciente y se la folló hasta hartarse. Pero no la mató. Sólo le rompió la mandíbula y un brazo. Obtuvo mucho placer. —

Ferguson continuaba mirando a través de las puertas. Alzó el brazo y señaló—: Justo ahí. ¿Es ahí donde ha aparcado usted, detective?

Ella no respondió.

Él se volvió para mirarla.

—Todavía no hay sospechosos. La chica sigue en el hospital. No es ninguna tontería, ¿eh, detective Shaeffer? Piénselo. Ni siquiera en un campus se puede estar seguro. Ni tan siquiera en la habitación de un motel, imagino. ¿No la inquieta eso un poco? Aunque tenga esa pistola en el bolso, de donde por cierto no le daría tiempo a sacarla.

Ferguson se alejó de las puertas y Shaeffer oyó ruido de voces aproximándose hacia ellos. Sin embargo, no le quitó la vista de encima a Ferguson mientras él miraba al grupo de estudiantes que se acercaba. Cuando pasaron por su lado Ferguson saludó con la cabeza a uno de los chicos. Una joven dijo: «¡Vaya! ¡Mira cómo llueve!» Abrieron los paraguas y salieron en tropel. Shaeffer sintió una ráfaga de frío cuando la puerta se abrió y volvió a cerrarse.

—Entonces, detective, ¿ha acabado aquí? ¿Ha averiguado lo que vino a averiguar?

—He recabado suficiente información.

Él sonrió.

—No le gusta dar respuestas claras —dijo—. Sabe, es una técnica muy antigua. Probablemente tenga una descripción de la misma en alguno de mis libros.

—Es usted un buen estudiante, señor Ferguson.

—En efecto, lo soy. El conocimiento es importante. Nos hace cada vez más libres.

—¿Dónde aprendió eso? —preguntó ella.

—En el corredor. Allí aprendí muchas cosas. Pero sobre todo, aprendí que tengo que formarme. No tendría ningún futuro si no lo hiciera. Acabaría como esa pobre gente que está esperando a que le afeiten la cabeza y la sienten en la freidora.

—Por eso vino a la universidad.

—La vida es una universidad.

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿me va a dejar en paz ahora? —preguntó él.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque no soy culpable de nada.

—Bueno, aún no lo sé, señor Ferguson. Todavía no lo tengo del todo claro.

Él entornó los ojos.

—Ése es un camino peligroso, detective.

Ella no respondió, y él añadió:

—Especialmente si está sola. —Sonrió e hizo un gesto hacia la puerta—. Imagino que ahora querrá irse, ¿no? Antes de que anochezca del todo. No

queda mucho rato de luz. Unos quince o veinte minutos, no más. No querrá perderse mientras busca ese coche de alquiler. Gris plateado, ¿verdad? Difícil de encontrar en una noche oscura y lluviosa. No se pierda, detective. Ahí fuera hay muchos chicos malos.

Shaeffer tragó saliva: Ferguson conocía el color de su coche alquilado. ¿O era mera casualidad? ¿Había probado suerte y acertado?

Ferguson se apartó de la puerta, invitándola a salir a la lluvia y la penumbra.

—Vaya con cuidado, detective —le aconsejó en tono burlón.

Después se dio la vuelta y se marchó por un pasillo lateral. Ella intentó cerciorarse de que sus pasos se alejaban, pero no lo logró. Se volvió y contempló de nuevo el agua que caía a cántaros sobre árboles y aceras. Se levantó el cuello de la gabardina y se la ajustó. Le costó ponerse en movimiento.

El frío se le metió en el cuerpo al cabo de un instante y las gotas se le deslizaban por el cuello. Apretó el paso, maldiciendo aquel calzado tan poco apropiado que la hizo resbalar varias veces. Iba volviendo la cabeza en todas direcciones para cerciorarse de que Ferguson no la seguía. Cuando llegó al coche, revisó el asiento trasero antes de sentarse al volante y echar el seguro de las puertas. La mano le temblaba ligeramente cuando introdujo la llave en el contacto; luego la dejó caer de golpe sobre la palanca de cambios. Cuando el coche se puso en marcha, se sintió mejor. Al salir del aparcamiento, la sensación de alivio fue más nítida. Aceleró y salió a una calle de doble sentido. Con el rabillo del ojo le pareció ver, por un instante, una figura encorvada con un abrigo verde aceituna, pero al intentar fijarse, la figura había desaparecido entre un grupo de estudiantes que esperaban en la parada del autobús. Dominó el tirón del miedo y siguió conduciendo. El ventilador de aquel modesto coche comenzó a zumbar con cierto ahogo y una bofetada de aire caliente enlatado la envolvió, quitándole el frío de la cara, pero no de los pensamientos.

«¿Qué aprendió Ferguson en el corredor de la muerte? —se preguntó—. Aprendió a ser un aventajado estudiante. ¿De qué? Del crimen. ¿Por qué? Porque todos los demás del corredor de la muerte habían suspendido algún examen. Eran todos hombres que habían cometido delitos terribles, a veces un asesinato tras otro, y al final habían acabado encerrados a la espera de la silla porque habían fallado. Hasta Sullivan había fallado.»

Recordó una cita de uno de los artículos de Cowart: «Habría matado más si no me hubieran atrapado.»

«Pero Ferguson tiene una segunda oportunidad —siguió pensando—. Y esta vez no piensa desaprovecharla. ¿Por qué? Porque quiere seguir haciendo lo que sea que esté haciendo durante todo el tiempo que quiera.»

Su cabeza luchaba contra el mareo. Se habló a sí misma en segunda persona, buscando tranquilizarse.

—Oh, Dios mío, Andy, ¿en qué te has metido?

Continuó adentrándose en la noche, en dirección al motel. Dejaba que los



demás coches la adelantaran, concentrada en encontrar una manera de ordenar sus pensamientos. En cierto momento escudriñó atentamente por el retrovisor, asaltada por el miedo repentino de que un coche la estuviera siguiendo, pero no lo parecía. Apretó los dientes y condujo a una velocidad constante bajo la lluvia. Cuando vio aparecer las luces del motel sintió alivio, pero no encontró sitio en la parte delantera del aparcamiento y se vio obligada a dejar el coche en un lugar apartado, a unos cincuenta metros e infinidad de sombras de las luces de la entrada. Apagó el motor y respiró hondo, viendo la distancia que tendría que recorrer. La asaltó un pensamiento repentino: «Era más sencillo en uniforme, al volante de un coche patrulla. En contacto permanente con la central. Nunca sola del todo. Siempre como parte de un equipo de policías que patrullaban las calles constantemente.» Alargó la mano y sacó la pistola del bolso. Luego salió del coche y caminó directamente hacia la entrada del motel, con todos los sentidos alerta. No guardó el arma en el bolso hasta que estuvo a tres metros de la puerta. La pareja de ancianos ataviados con abrigos que salió cuando ella entraba debió de ver el reflejo del oscuro metal y su inconfundible forma. Shaeffer oyó parte de sus comentarios al pasar por su lado:

— ¿Has visto eso? Tiene una pistola...

— No, cariño, debe de ser otra cosa...

En la recepción, un conserje de americana azul le entregó la llave y le dijo:

— Antes ha estado un hombre preguntando por usted, detective.

— ¿Un hombre?

— Sí, no quiso dejar ningún recado. Sólo preguntó por usted.

— ¿Lo vio usted?

— No, lo atendió el compañero del turno anterior.

Shaeffer sintió una punzada de miedo.

— ¿Su compañero le dijo algo más? ¿Le dio alguna descripción?

— Sí. Me dijo que era un señor negro. Eso es todo. Preguntó por usted y dijo que él se pondría en contacto con usted. Nada más. Lo siento, es todo lo que sé.

— Gracias.

Shaeffer se obligó a caminar lentamente hacia el ascensor.

«¿Cómo me ha encontrado?», se preguntó.

El ascensor la trasladó con un zumbido hasta el piso de arriba, donde caminó sigilosamente hasta la habitación. Igual que antes, revisó toda la habitación después de cerrar la puerta con doble llave. Luego se dejó caer sobre la cama, tratando de afrontar por un lado lo tangible: decidir dónde y qué iba a cenar, aunque no tenía mucha hambre, y por otro lo intangible: decidir su próximo movimiento respecto a Robert Earl Ferguson.

Intentó imaginárselo sin aquella petulante mirada en el rostro, pero no lo logró.

Un golpe en la puerta disparó todos sus miedos. Contuvo la respiración y se levantó de un brinco. Miró fijamente la puerta.

Se oyó otro golpe seco y brusco. Luego un tercero.

Alargó la mano para sacar el arma de su bolso, la amartilló y se aproximó a la puerta, el dedo sobre el seguro del gatillo, tal como le habían enseñado para los casos en que no sabes a qué te enfrentas. La puerta tenía una mirilla convexa. Se inclinó hacia ella pero en ese preciso instante dieron otro golpe contra la puerta y ella se apartó de un salto.

Logró anteponer la firmeza a la ansiedad, agarró la manilla de la puerta y con un único y rápido movimiento la giró, abrió, y elevó la pistola a la altura de los ojos, apuntando.

Matthew Cowart enarcó las cejas, sorprendido.

Estaba de pie en el pasillo, con la mano medio levantada para volver a llamar. Por un instante ninguno de los dos atinó a nada. Él levantó lentamente las manos y entonces Shaeffer vio que le acompañaban otros dos hombres. Bajó el arma.

—Hola, Cowart —dijo.

Él hizo un gesto con la cabeza.

—Menudo recibimiento —logró graznar el periodista—. Últimamente todo el mundo quiere apuntarme con su arma.

Shaeffer miró a los otros dos.

—Yo los conozco —dijo—. Estaban en la prisión.

—Wilcox —respondió el detective—. Condado de Escambia. Este es mi jefe, el teniente Brown.

Shaeffer contempló la corpulenta figura de Tanny Brown. Parecía encrespado y la escudriñó de arriba abajo, deteniéndose un instante en la pistola.

—Se me antoja que ha ido usted a ver a Bobby Earl —dijo.

## 22

### TOMANDO NOTA

Los tres detectives y el periodista se instalaron incómodamente en la habitación de Shaeffer. Wilcox se quedó de pie, apoyado contra la pared, junto a la ventana, contemplando de vez en cuando los faros de los coches que desfilaban a través de la oscuridad. Shaeffer y Brown ocuparon las únicas sillas de la habitación, a ambos lados de una pequeña mesa, como jugadores de póquer a la espera de recibir la última carta. Cowart ocupó un incómodo lugar en el borde de la cama, un poco apartado. En la habitación contigua habían puesto el televisor muy alto y las voces de un noticiario se filtraban a través de la pared. «Alguna tragedia reducida a quince segundos —pensó Cowart—, a treinta si era verdaderamente terrible, contada con una estudiada mirada de preocupación.»

Miró a Andrea Shaeffer. Aunque sin duda la había sorprendido encontrarlos al abrir la puerta, los había dejado entrar sin ningún comentario. Las presentaciones habían sido breves, nada de cháchara. Todos sabían qué los había reunido en una pequeña habitación de un motel de una ciudad extraña. Ella recogió unas notas y papeles, y luego preguntó:

—¿Cómo me han encontrado?

—Nos lo dijeron en la oficina de enlace de la policía local —respondió Brown—. Nos registramos allí al llegar. Dijeron que la habían acompañado a ver a Ferguson.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Brown.

Ella fue a contestar, pero dirigió la mirada a Cowart y prefirió devolver la pregunta:

—¿Y ustedes por qué están aquí?

—Nosotros también hemos venido a ver a Ferguson —contestó Brown con tono oficioso.

Shaeffer lo miró.

—¿Por qué? Creí que ya habían cerrado el caso. Y usted también —añadió, señalando a Cowart.

—No. Todavía no.

—Pero ¿por qué?

De nuevo fue el teniente quien contestó.

—Estamos aquí porque tenemos motivos para creer que se cometieron equivocaciones en el primer proceso de Ferguson. Pensamos que puede haber errores en los artículos del señor Cowart. Hemos venido hasta aquí para investigar ambas cuestiones.

Shaeffer parecía irritada y sorprendida a la vez:

—¿Errores? ¿Equivocaciones? —Se volvió hacia el periodista—. ¿Qué clase de errores?

—Ferguson me mintió —contestó Cowart.

—¿Sobre qué?

—Sobre el asesinato de la niña.

Shaeffer se removió en su asiento.

—¿Y ahora para qué ha venido aquí?

—Para aclarar el asunto.

El cliché provocó una cínica sonrisa en la detective:

—No me cabe duda —dijo, y miró a Brown y Wilcox—. Pero eso no explica por qué viaja con esta compañía.

—Nosotros también queremos aclarar este asunto —dijo Brown, y al punto comprendió que esa respuesta era un error: aquella joven policía lo estaba poniendo a prueba y él no había dado la talla.

—¿No han venido a detener a Ferguson? —repuso ella.

—No. No podemos hacerlo.

—¿Han venido a hablar con él?

—Exacto.

Ella meneó la cabeza.

—Mienten —dijo. Se incorporó bruscamente y cruzó los brazos.

—Nosotros... —empezó Brown.

—Mienten —repitió ella.

—Porque... —continuó Cowart.

—Mienten —insistió Shaeffer.

El periodista y el teniente la miraron fijamente y ella, tras una breve pausa, suficiente para que la palabra calara en todos ellos, prosiguió:

—¿Qué asunto? No hay ningún asunto. Lo único que hay es un tipo fuera de sus cabales. Errores y equivocaciones. ¿Y qué? Si Cowart cometió algún error, hubiese venido solo. Si usted, teniente Brown, cometió algún error, hubiese venido solo. Pero juntos... Detrás de todo esto hay algo. ¿Me equivoco?

Brown lo admitió con un movimiento de la cabeza.

—¿Se trata de una adivinanza? —ironizó Shaeffer.

—No. Dígame primero qué la ha traído aquí y luego yo la pondré al corriente.

Shaeffer aceptó.

—He venido a ver a Ferguson porque estaba relacionado tanto con Sullivan como con Cowart, y pensé que podría tener algún dato concreto sobre los asesinatos de los cayos.

Brown la miró con gesto serio.

—¿Y los tenía?

—No. Negó tener conocimiento alguno del asunto.

—¿Y qué esperaba usted? —terció Cowart en voz baja.

Shaeffer se volvió hacia él y respondió:

—Bueno, se mostró mil veces más cooperativo que usted. —Eso no era verdad, pero ella pensó que tal vez así le cerraría la boca a aquel periodista impertinente, como ocurrió.

—Entonces, si él no tenía ningún dato y negó cualquier relación con el asunto —dijo Brown—, ¿por qué sigue usted aquí?

—Quería comprobar si la coartada de Ferguson era cierta.

—¿Y?

—Lo era.

—¿Lo era? —espetó Cowart.

Ella le lanzó una mirada airada.

—Ferguson asistió a clase aquella semana. No faltó a ninguna. Habría sido muy difícil volar a los cayos, matar a los ancianos y regresar sin perderse ninguna clase. Probablemente imposible.

—Pero, maldita sea, eso no fue lo que Sullivan... —Cowart se detuvo en seco, pero demasiado tarde.

—¿Sullivan qué? —preguntó Shaeffer.

—Nada.

—Repito: ¿Sullivan qué?

Cowart cedió.

—Eso no fue lo que Sullivan me dijo.

Brown intentó intervenir, pero una mirada de Shaeffer se lo impidió. Acto seguido la detective fijó los ojos en el periodista. «Mentiras. Mentiras y omisiones —pensó. Respiró hondo—. Lo sabía.»

—Lo que Sullivan le dijo ¿cuándo? —le preguntó pausadamente.

—Antes de ir a la silla.

—¿Qué coño le contó?

—Que Ferguson cometió esos crímenes. Pero no es que...

—Es usted un hijo de puta —murmuró ella.

—No, mire, tiene que entender que...

—Un grandísimo hijo de puta. ¿Qué le contó exactamente?

—Que había acordado con Ferguson intercambiar los crímenes. Él se inculpaba del crimen de Ferguson a cambio de que éste cometiera por él esos

asesinatos.

Shaeffer asimiló esa información y en un instante vio el aprieto en que estaba metido el periodista. No sintió compasión alguna.

—¿Y eso no le pareció un dato relevante para la policía?

—No es tan sencillo. Él me mintió. Yo intentaba...

—¿Y entonces usted creyó que también podía mentir?

—No, maldita sea, tiene que entenderlo... —Cowart se volvió hacia Brown.

—Debería detenerle aquí mismo —afirmó Shaeffer—. ¿Podría usted escribir el artículo desde su celda, señor Cowart? «Periodista acusado de encubrimiento en un espectacular caso de asesinato.» ¿Ése sería el titular? ¿Lo publicarían en portada con su puta fotografía? ¿Cree usted que por una vez sería la verdad?

Se miraron fijamente hasta que a Cowart se le ocurrió algo.

—Sí. La verdad. Salvo que ésa no era la verdad.

—Pero ¿qué dice ahora?

—Lo que acaba de oír. Sullivan me contó que Ferguson había matado a esa pareja, pero yo no sabía si creerlo o no. Me contó muchas cosas, algunas de ellas inciertas. De forma que yo podría habérselo contado a usted, pero entonces habría tenido que publicarlo en el periódico. Indefectiblemente, ¿entiende? Sin embargo, ahora usted me dice que Ferguson tiene una coartada, así que todo habría sido desmentido. Él no mató a los ancianos, dijera lo que dijese Sullivan.

Shaeffer titubeó.

—¡Vamos, maldita sea, señorita! ¿No es así?

La detective no tenía razones fundadas para discrepar. Asintió con la cabeza.

—Eso parece. La coartada coincide. He ido a Rutgers y hablado con tres profesores. Aquella semana fue a clase todos los días. Asistencia intachable. Además, mi compañero también ha recabado algunos datos.

—¿Qué datos?

—Olvídelo.

Volvió a hacerse un silencio mientras cada uno asimilaba lo que acababa de oír. Brown habló despacio.

—Pero hay algo más. Si Ferguson no es su sospechoso y no posee información que pueda ayudarla en su investigación, usted debería estar en un avión rumbo a casa. No estaría aquí sentada, estaría en el Sur con su colega. Podría haber comprobado los horarios de Ferguson por teléfono y, sin embargo, vino hasta aquí para hablar cara a cara con algunas personas. ¿Por qué, detective? Y acaba de recibirnos apuntándonos con su pistola y ni siquiera ha hecho el equipaje. ¿Cómo es eso?

Ella sacudió la cabeza.

—Le diré por qué —continuó Brown en voz baja—. Porque usted sabe que hay algo que no encaja, pero no consigue averiguar el qué.

Shaeffer asintió.

—Vale —concluyó Brown—, por lo mismo estamos nosotros aquí.

El resplandor del alba iluminaba tenuemente la calle donde se encontraba el apartamento de Ferguson, delineando apenas el cúmulo de nubes grises que se cernían sobre la ciudad, dispuestas a descargar más lluvia. Shaeffer y Wilcox aparcaron en la esquina norte y Brown hizo lo propio en la sur. Cowart comprobó su grabadora y su libreta de notas, palpó el bolsillo de la chaqueta para cerciorarse de que los bolígrafos seguían allí y se volvió hacia el teniente.

Anteriormente, en la habitación del motel, Shaeffer les había preguntado:

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—El plan —había respondido Cowart suavemente— consiste en dar a Ferguson un motivo de preocupación, hacer algo que nos permita averiguar más cosas. Queremos hacerle creer que no está tan a salvo como imagina. Darle un motivo de seria preocupación —repetió con una sonrisa forzada—. Y ese motivo soy yo.

Después, ya en el coche, trató de bromear sobre el asunto:

—Si fuese una película me habrían hecho llevar un micrófono. Y tendríamos una palabra clave que yo pronunciaría en caso de necesitar ayuda.

—¿Estaría dispuesto a entrar con micrófono?

—No.

—Ya. Pues entonces no necesitamos ninguna palabra clave.

Cowart sonrió.

—¿Nervioso? —preguntó Brown.

—¿Lo parezco? No quiero saberlo.

—Ferguson no le hará nada.

—No, claro.

—No puede hacerle nada.

Cowart sonrió de nuevo.

—Me siento como el domador de leones que va a dar un paseo por la selva y se topa con una bestia a la que había amaestrado a base de crueles latigazos. Y se da cuenta de que ya no están en la jaula del circo, sino en el territorio del león. ¿Capta la idea?

Brown sonrió.

—Lo único que hará será rugir.

—Perro ladrador poco mordedor, ¿no?

—Supongo; aunque éstos son los perros, no los leones.

Cowart abrió la puerta del coche.

—Demasiadas metáforas —dijo—. Lo veré en un rato.

La brisa húmeda le azotó la cara. Caminó deprisa hacia el bloque de apartamentos, pasó junto a un par de hombres que dormían en un portal abandonado formando una masa informe de prendas andrajosas, acurrucados para resguardarse del frío nocturno. Los hombres se movieron cuando Cowart pasó por allí, pero volvieron a sumirse en el letargo de la madrugada. Cowart

oía ruido de coches una o dos manzanas más allá, los motores diesel de los autobuses, el inicio del tráfico matutino.

Dobló la esquina y llegó al bloque de apartamentos. Vaciló un momento ante el portal, luego se adentró en el oscuro vestíbulo y subió deprisa las escaleras hasta hallarse ante la puerta de Ferguson. Estaría durmiendo, se dijo, y se despertaría inseguro y confundido. Con ese objetivo habían decidido presentarse allí tan temprano. Esas horas, entre la noche y el día, eran las más inestables, un período de transición en que las personas eran más vulnerables.

Respiró hondo y llamó a la puerta con fuerza. Esperó. No oyó nada, de modo que llamó otra vez. Pasaron unos segundos y oyó pasos hacia la puerta. Con el puño cerrado llamó una tercera y una cuarta vez.

Resonaron los chirridos de la cerradura. Desengancharon una cadena. La puerta se abrió.

Ferguson se quedó mirándolo con cara de dormido.

— Señor Cowart...

«Cabrón asesino», pensó el periodista, pero dijo:

— Hola, Bobby Earl.

Ferguson se frotó la cara con una mano, luego sonrió.

— Debí imaginarme que aparecería por aquí.

— Pues aquí estoy.

— ¿Qué quiere?

— Lo de siempre. Tengo preguntas que necesitan respuesta.

Ferguson abrió la puerta del todo y Cowart entró. Se dirigieron a la pequeña sala de estar y Cowart miró rápidamente alrededor, tratando de no pasar por alto ningún detalle.

— ¿Le apetece un café? Tengo café hecho — dijo Ferguson. Señaló un asiento del sofá—. Y tarta. ¿Quiere un trozo?

— No.

— Bueno, ¿no le importará que yo me sirva un trozo, verdad?

— Adelante.

Ferguson fue a la pequeña cocina y regresó con un café humeante y un molde metálico con una tarta de chocolate. Cowart había colocado ya su grabadora sobre la mesita. Ferguson puso la tarta al lado, luego cortó un trozo del extremo. Cowart vio que utilizaba un reluciente cuchillo de caza. Tenía una hoja de quince centímetros con un filo dentado, y un mango con empuñadura. Ferguson dejó el cuchillo y cogió la tarta.

— No es lo que se dice un utensilio de cocina — comentó Cowart.

Ferguson se encogió de hombros.

— Siempre lo tengo a mano. Han intentado robarme varias veces. Ya sabe, yonquis y gentuza. Éste no es un barrio residencial. Tal vez no se haya dado cuenta.

— Sí, me he dado cuenta.

— Hace falta más protección de la normal.



—¿Alguna vez ha usado ese cuchillo para otra cosa?

Ferguson sonrió. A Cowart le pareció que le tomaba el pelo como un niño que se burla de su cargante hermano mayor: con la certeza de que los padres se pondrán de su lado.

—Bueno, ¿para qué otra cosa cree que podría utilizarlo? —respondió. Bebió un sorbo de café—. Bueno, bueno. Una visita tempranera. Tiene preguntas. ¿Viene solo? —Se levantó, fue hasta la ventana y miró a un lado y otro de la calle.

—Estoy solo.

Ferguson vaciló, fijando la mirada hacia donde Brown había aparcado el coche, pero luego se volvió hacia el periodista.

—Claro. —Se sentó de nuevo—. Está bien, señor Cowart. ¿Qué le preocupa?

—¿Ha hablado usted con su abuela?

—Llevo meses sin hablar con nadie de Pachoula. Ella no tiene teléfono. Y yo tampoco.

Cowart echó un vistazo alrededor, pero no vio ningún teléfono.

—Pues yo fui a verla.

—Bueno, muy amable de su parte.

—Fui a verla porque Sullivan me dijo que fuera allí a buscar una cosa.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Justo antes de morir.

—Señor Cowart, usted quiere ir a parar a algún sitio y le aseguro que no me entero.

—La letrina de fuera.

—No es un sitio muy agradable. Es vieja. Lleva un año sin usarse.

—Eso es.

—Hice instalar un baño dentro de la casa. Mil pavos.

—¿Por qué lo hizo?

—¿El qué? ¿Instalar un baño dentro? Porque en invierno hace demasiado frío para salir fuera a hacer las necesidades.

Cowart meneó la cabeza.

—No, no me refiero a eso. ¿Por qué mató a Joanie Shriver?

Ferguson lo miró un instante y luego se reclinó en su silla.

—Yo no he matado a nadie. Y menos a esa niña. Creía que a estas alturas todo estaba claro.

—Miente.

Ferguson lo miró con rabia.

—No miento.

—Usted la violó, la mató, dejó su cuerpo en el pantano y escondió el cuchillo en la alcantarilla. Después regresó a casa y vio que había manchas de sangre en su ropa y en la alfombrilla del coche, entonces cortó el trozo manchado y se lo llevó, envolvió la ropa con él y lo enterró todo bajo la mierda

y el barro que hay en esa letrina, porque sabía que nadie en su sano juicio lo buscaría allí.

Ferguson sacudió la cabeza.

—¿Lo niega? —preguntó Cowart.

—Desde luego.

—Encontré la ropa y la alfombra.

Ferguson pareció sorprendido por un instante, pero se encogió de hombros.

—¿Ha viajado hasta aquí sólo para decirme esto?

—¿Por qué la mató?

—No lo hice. Ya se lo he dicho.

—Embustero. Lleva mintiendo desde el principio.

Cowart pensó que aquella afirmación lo haría enfadar, pero no fue así, al menos en apariencia. En lugar de enfadarse, sonrió, cortó otro pedazo de tarta, se quedó un momento con el cuchillo en la mano, y después bebió otro sorbo de café.

—Las mentiras son todas de Sullivan. ¿Qué más le dijo?

—Que usted mató a sus familiares de los cayos.

Ferguson negó con la cabeza.

—Yo tampoco cometí ese crimen. Aunque ahora entiendo qué hacía esa preciosa detective merodeando por aquí.

—¿Por qué mató a Joanie Shriver? —se obstinó Cowart.

Ferguson comenzó a incorporarse, como si ya no pudiese contener la rabia.

—¡Le he dicho que yo no cometí ese crimen! Maldita sea, ¿cuántas veces tengo que repetirlo?

—¿Entonces cómo llegaron esas prendas a su letrina?

—Solíamos tirar toda clase de cosas allí. Ropa, piezas de coche estropeadas, basura. Absolutamente de todo. Esa ropa de la que me habla, la tiré allí porque estaba manchada de sangre de cerdo. Ayudé a un vecino a sacrificar a una hembra ya vieja. Luego volví a casa caminando por el bosque y me crucé con una mofeta que lo acabó de arreglar con su asquerosa peste. Tenía un poco de dinero, así que cogí la ropa y la tiré allí, de todas maneras estaba casi destrozada. Me fui al centro y compré unos vaqueros nuevos.

—¿Y la alfombra?

—Se estropeó al ponerle una sierra mecánica encima. Corté el cuadrado para sustituirlo con un trozo nuevo, pero entonces me arrestaron. También la tiré allí, como todo lo demás. —Miró a Cowart con cautela—. ¿Tiene resultados del laboratorio que demuestren lo contrario?

Cowart fue a negar con la cabeza, pero se abstuvo. No supo si Ferguson percibió su vacilación.

—¿Cree que soy tan rematadamente estúpido que, después de salir de la cárcel y si ésas fueran pruebas de algún crimen, sobre todo de un asesinato en primer grado, no las habría hecho desaparecer para siempre? ¿Qué cree, señor Cowart? ¿Cree que no he aprendido nada en el corredor de la muerte ni en

todas esas clases de criminología? ¿Cree que soy un estúpido, señor Cowart?

—No. No creo que sea un estúpido. —Sus ojos seguían a los de Ferguson—. Y creo que ha aprendido mucho.

Hubo un breve silencio.

—¿Cómo sabía Sullivan lo de la letrina?

Ferguson se encogió de hombros.

—Un día, antes de nuestro pequeño desencuentro, me contó que en una ocasión había estrangulado a una mujer con sus medias y que luego las había tirado por el retrete. Dijo que después de caer en la fosa séptica nadie podría encontrarlas. Me preguntó qué tenía yo en casa y le dije que esa vieja letrina donde solíamos tirar toda clase de cosas. Supongo que fue atando cabos y se inventó esa historia para usted, señor Cowart. Así que cuando usted investigó allí con la esperanza de encontrar algo, sin duda lo encontró. ¿No funcionan así las cosas? Cuando uno busca algo con la certeza de que va a encontrarlo, es muy probable que lo encuentre. Aunque no sea lo que realmente buscaba.

—Una explicación que le viene como anillo al dedo.

Ferguson se crispó por un momento, pero al punto se relajó.

—Lo siento, no se me ocurre otra mejor. Pero si presta atención se dará cuenta de que lleva la firma de Sullivan. Ese tipo era capaz de tergiversarlo todo con tal que el viento soplara a su favor, ¿no es así, señor Cowart?

—Ya.

Ferguson señaló la grabadora y la libreta de Cowart.

—¿Ha venido aquí buscando material para un artículo?

—En efecto.

—Pero todo esto son noticias pasadas.

—Yo no estaría tan seguro.

—La vieja historia. La misma vieja historia de siempre. Ha estado hablando con el teniente Brown. Ese hombre no piensa abandonar nunca, ¿eh?

—No —contestó Cowart sonriendo—. Nunca.

—Maldito tipo —dijo Ferguson con rabia, pero agregó con una sonrisa—: Pero ahora ya no puede tocarme.

Cowart empezó a sentirse impotente. Intentó imaginar qué preguntas haría Tanny Brown, qué pregunta podría romper la coraza de inocencia que protegía a Ferguson. Por primera vez, comenzó a entender por qué Brown había dado vía libre a los puños de su colega para obtener aquella confesión.

—Cuando viaja para dar una charla a un grupo eclesiástico, o cuando va a un centro cívico, ¿pronuncia siempre el mismo discurso o para cada público lo cambia un poco?

—Lo voy variando, sí. Depende del público que tenga. Pero básicamente es siempre el mismo mensaje.

—¿Y el núcleo central?

—Siempre el mismo.

—Cuénteme qué dice.

—Explico a esa gente cómo Jesús arrojó su luz sobre la oscuridad de mi celda en el corredor de la muerte, señor Cowart. Les cuento cómo la fe los mantendrá en pie en los momentos de mayor peligro; cómo hasta el peor pecador puede recibir el regalo de esa luz especial y encontrar consuelo en las palabras de Dios. Les digo que la verdad acaba saliendo siempre a la superficie y abriéndose paso entre los males como una gran espada reluciente que señala el camino hacia la libertad. Y ellos dicen amén, señor Cowart, porque es un mensaje que consuela el corazón y el alma, ¿no cree?

—Claro que sí. ¿Suele ir a la iglesia aquí, en Newark?

—No. Aquí soy un estudiante.

Cowart asintió.

—¿Y cuántas veces ha pronunciado ese discurso?

—Ocho o nueve.

—¿Tiene los nombres de las iglesias, los centros vecinales o lo que sean?

—¿Es para un artículo?

—Deme los nombres.

Ferguson lo miró fijamente un instante y luego se encogió de hombros. Enumeró sin vacilar una breve lista de iglesias baptistas, pentecostales y unitarias, a las que añadió unos cuantos centros cívicos. Los nombres de las ciudades vinieron a continuación con la misma rapidez. Cowart se apresuró a anotarlos en su libreta. Ferguson terminó y esperó a que Cowart dijera algo. El periodista contó los nombres. Perrine figuraba en la lista.

—Sólo hay siete.

—A lo mejor me he dejado una o dos.

Cowart se levantó y se acercó a la estantería. Leyó los títulos de los libros con el mismo gesto que había hecho Shaeffer anteriormente.

—Debe de ser un experto, después de haber leído todo esto —comentó.

Ferguson observó al periodista.

—Lecturas obligatorias.

Cowart se volvió hacia él.

—Dawn Perry —dijo en voz baja. Se colocó tras el escritorio, como si eso pudiera proporcionarle protección en caso de que Ferguson le saltara al cuello.

—No me suena —respondió Ferguson.

—Niña pequeña. Negra. Tan sólo doce años. De regreso a casa del club de natación un día del pasado agosto, sólo un par de días después de que usted diera su charla allí.

—No logro ubicarla. ¿Debería conocerla?

—Eso creo. Perrine, Florida. Club de natación a unas tres o cuatro manzanas de la Primera Iglesia Baptista de Perrine.

—¿Adonde quiere llegar, señor Cowart?

—A por qué la mató.

—¿La niña ha muerto?

—Desaparecida.

—Yo no sé nada.

—¿No? Usted estaba allí y ella desapareció.

—¿Es eso una pregunta, señor Cowart?

—Cuénteme cómo lo hizo.

—Yo no hice nada a esa niña. —La voz de Ferguson se mantuvo fría y serena—. Nunca he hecho nada a ninguna niña.

—No me lo creo.

—Las creencias, señor Cowart, son libres. La gente se cree prácticamente cualquier cosa. Se cree que los ovnis visitan pequeños pueblos de Ohio y que Elvis ha sido visto en una estación de servicio comprando Twinkies. Se creen que la CIA envenena el agua y que Estados Unidos está dirigido por una organización secreta. Pero demostrar algo es mucho más difícil. —Miró al periodista—. Como un asesinato.

Cowart permaneció inmóvil, escuchando la voz de Ferguson, que iba envolviéndolo poco a poco.

—Se necesitan tres cosas: móvil, oportunidad y pruebas físicas. Algo científico e inequívoco para que un abogado pueda esgrimirlo en un tribunal y afirmar sin ningún género de dudas qué ocurrió, algo como una huella dactilar o una muestra de sangre. O a lo mejor hasta la nueva prueba del ADN, señor Cowart. ¿Ha oído hablar de eso? Yo sí. Hace falta un testigo y, si no lo hay, tal vez un cómplice que testifique. Y si uno no tiene nada de eso, más vale contar con una confesión. Las palabras del propio asesino, claras e irrefutables; pero todos nosotros sabemos eso, ¿no es así? Y hace falta tener todas estas cosas, todas las piezas del puzzle bien colocadas porque, de otro modo, sólo son corazonadas y conjeturas. Y el hecho de que raptaran a una niña justo en las afueras de esa monstruosa ciudad, señor Cowart, y de que yo hubiera estado por casualidad allí dos días antes, bueno, eso no demuestra nada. ¿Cuántos asesinos cree que puede haber en Miami en un momento dado? ¿Cuántos hombres no dudarían en secuestrar a una niña que volviera a casa caminando, tal y como usted ha dicho? ¿Cree usted que la poli de allí no ha interrogado ya a todos los posibles sospechosos? Lo han hecho, no me cabe duda. Pero ¿sabe qué? Yo no figuro en la lista de nadie. Ya no. Porque soy un hombre inocente, señor Cowart. Usted ayudó a que me convirtiera en un hombre inocente. Y tengo la intención de seguir siéndolo.

—¿Cuántas? —preguntó Cowart, casi en susurros—. ¿Seis? ¿Siete? ¿Cada vez que da una charla muere alguien?

Ferguson entornó los ojos, pero mantuvo la voz serena:

—Ése es el crimen del hombre blanco, señor Cowart. ¿No lo sabe?

—¿Cómo?

—El crimen del hombre blanco. Vamos, piense en todos los asesinos sobre los que ha leído. Todos los Speck, los Bundy, los Corona, los Gacy, los Henley, los Lucas, y nuestro viejo amigo Blair Sullivan. Blancos. Jack *el Destripador* y Barba Azul. Blancos. Calígula y Vlad *el Empalador*. Blancos. Todos ellos son

blancos. Si usted va a cualquier prisión le señalarán a Charlie Manson o a David Berkowitz y verá que son blancos, que es la clase de personas que se deja llevar por esos extraños impulsos. Eso no quiere decir que no haya alguna excepción que confirme la regla, ya sabe. Como Wayne Williams, en Atlanta; pero todavía existen muchas dudas sobre él, ¿no es así? Mire, si hasta emitieron una película por televisión en la que cuestionaban que él hubiera matado a todos aquellos niños. ¿Lo recuerda, señor Cowart? No; raptar a niñas en la calle y dejarlas muertas en un lugar oscuro y olvidado no es propio de los hombres negros. Nosotros cometemos delitos de violencia. Estallidos repentinos e irrefrenables con cuchillos y pistolas y escándalo. Crímenes urbanos, señor Cowart, con testigos y escenas del crimen repletas de pruebas, de forma que cuando llega la poli para meternos entre rejas no quedan preguntas en el aire. Violar a las mujeres que salen a hacer *footing* y disparar contra los traficantes de crack rivales, y atacarnos unos a otros, ¿no es así? Las típicas cosas que obligan a la gente blanca a instalar grandes alarmas en sus casas residenciales y que nutren el sistema de justicia con su dosis diaria de negros; pero no cometemos asesinatos en serie. ¿Y sabe otra cosa, señor Cowart?

— ¿Qué?

— Que eso le gusta al sistema. El sistema no está cómodo con las cosas que no acaban de cuadrar en estadísticas y categorías. — Ferguson lo examinó con la mirada—. ¿Cómo va a escribir ese artículo, señor Cowart? ¿Ése que no encaja en el molde de siempre que todos esperan? Dígame, ¿saben los periódicos contarle a la gente cosas tan extrañas? ¿Tan inesperadas? ¿O acaso piensa dedicarse a informar una y otra vez sobre el viejo asunto de siempre, pero con otras caras y otras palabras?

Cowart no respondió.

— ¿Y cree usted que puede escribir algo así sin tener ninguna prueba?

— Joanie Shriver — repitió Cowart.

— Adiós a Joanie Shriver, señor Cowart. Hace mucho que se fue. Será mejor que empiece a entenderlo. Y también que se lo haga entender a su amigo Tanny Brown.

Cowart continuaba de pie detrás del escritorio. Se inclinó sobre la mesa, agarrándose a los bordes para mantener el equilibrio.

— Escribiré ese artículo y usted sabe que lo haré, ¿verdad?

Ferguson no contestó.

— Lo publicaré todo en el periódico. Todas las falsedades, todas las mentiras, todas y cada una de ellas. Usted podrá negarlo y renegararlo, pero sabe qué ocurrirá.

— ¿Qué?

— Que funcionará. Yo me hundiré. Tal vez Tanny Brown se hunda también. Pero ¿sabe qué le ocurrirá a usted, Bobby Earl?

— Cuénteme — pidió con frialdad.

— No irá a la cárcel. En eso tiene razón. No hay pruebas suficientes y

muchas personas lo creerán cuando diga que todo ha sido un montaje. Lo creerán incluso cuando diga que es inocente. La mayoría de la gente me culpará a mí y a la policía, y se unirán para apoyarlo. Se lo aseguro.

Ferguson lo animó a seguir con un gesto.

—Pero ¿sabe qué va a perder? El anonimato.

Ferguson se encogió de hombros y el otro continuó:

—Vamos, Bobby Earl. ¿Sabe qué se hace cuando uno tiene un gato al que le gusta cazar? ¿Al que le gusta matar pájaros y ratones y luego arrastrarlos hasta su confortable casa? Uno le pone un cascabel para que, por muy listo y sigiloso que sea, no pueda volver a acercarse a ningún pobre estornino.

Ferguson entornó los ojos.

—¿Cree que esas respetables iglesias continuarán pidiéndole que dé su bonita charla si todavía pesa sobre usted la menor sombra de sospecha? ¿No cree que tal vez puedan encontrar algún otro orador? ¿Alguien de quien no sospechen que puede merodear por ahí y volver en otra ocasión para arrebatarnos a una niña que pasee por la calle?

Cowart vio que Ferguson se crispaba.

—Y la policía, Bobby Earl. Piense en la policía. Siempre les quedará la duda, ¿no es así? Y cuando ocurra algo, porque ocurrirá, ¿verdad?, cuando ocurra le seguirán la pista. ¿Cuántas veces cree que puede hacerlo sin cometer ningún error? Olvidar algo. Tal vez ser visto. Sólo es cuestión de esperar ese momento. Si comete el más mínimo error, el mundo entero se le echará encima y no logrará levantar la cabeza hasta que vuelva al sitio donde tuvimos nuestra primera entrevista. Y en esa ocasión no habrá ningún redactor del *Miami Journal* que lo ayude a salir.

Ferguson se removía en su asiento, la ira subiéndole a la cara. De pronto encrespó los dedos hacia el cuchillo y Cowart se quedó paralizado por el miedo.

«Me va a matar», pensó.

Intentó encontrar algo con que protegerse, pero no podía apartar la mirada de Ferguson. Ahora sí necesitaba un micrófono y una palabra clave para llamar a Tanny Brown.

Ferguson medio se levantó y su mano hurgó en un montón de papeles. Después volvió a sentarse lentamente.

—No —le dijo—. Creo que no escribiré ese artículo.

—¿Por qué?

Ferguson bajó la mirada a la mesita que tenía delante, donde Cowart había colocado la grabadora. Por un instante pareció observar cómo la grabadora absorbía el silencio. Y a continuación dijo con tono firme y claro, inclinándose hacia el aparato:

—Porque no habría ni una sola palabra de verdad en él.

Dejó pasar unos segundos más y pulsó el botón de *stop*.

—¿Sabe por qué no escribiré ese artículo? —prosiguió—. Le diré por qué. Hay varias buenas razones pero, en primer lugar, porque no tiene hechos.

Ninguna prueba. Lo único que tiene es una disparatada combinación de sucesos y mentiras que ningún periódico se atrevería a publicar. Los artículos periodísticos se construyen a partir de «la policía asegura», «de acuerdo con», «los portavoces confirmaron» y citas de documentos e informes verosímiles; eso es lo que constituye el esqueleto del artículo. El resto está conformado por los detalles que uno ha visto u oído, pero usted no ha visto ni oído nada lo bastante importante para elaborar un artículo. Así pues, usted no me da ningún miedo, señor Cowart. Dígame —le interpeló—, ¿yo sí le doy miedo a usted?

A su pesar, Cowart asintió con la cabeza.

—Bueno, eso está muy bien. ¿Piensa que también le doy miedo a su amigo Tanny Brown?

—Sí y no.

—Oiga, ésa es una respuesta extraña tratándose de un hombre que aspira a la precisión. ¿Qué quiere decir?

—Creo que le asusta lo que usted hace. Pero no creo que le tenga miedo.

Ferguson meneó la cabeza.

—Dígame una cosa, ¿por qué la gente siempre tiene miedo de que pueda pasarle algo? Miedo personal. Como usted ahora mismo. Le asusta que yo tal vez pueda coger este cuchillo de caza y arrancarle el corazón. ¿No es así? Que lo abra en canal de los huevos al cuello. ¿Qué cree usted? ¿Le parece que soy un asesino tan experto para hacer eso? Y quizá para dejar sus restos en algún callejón y aparentar que usted se encontraba casualmente por ahí y fue atacado por alguien del barrio, ya me entiende. Algunas personas de por aquí no son partidarias de que los blancos merodeen por la zona. ¿Le parece que yo podría lograr que pareciera que una banda pasó un buen rato machacando a un periodista blanco que se había extraviado mientras buscaba una dirección? ¿Cree que lo conseguiría, señor Cowart?

—No lo creo.

—Vaya. ¿Por qué no, si tan experto me considera?

—Yo no...

—¿Por qué no?! —exigió Ferguson con aspereza, y cogió el mango del cuchillo.

—Por la sangre —respondió Cowart—. Habría manchas de sangre por todas partes. No lograría hacerlas desaparecer del todo.

—Bien. Continúe.

—Quizás alguien me vio entrar en su edificio. Un testigo.

—Muy bien, señor Cowart. Aquí tenemos una casera que siempre se fija en esas cosas. Tal vez ella lo vio entrar. Quizá también uno de los vagabundos de la calle, aunque sería un testimonio poco fiable. Continúe.

—Tal vez le comenté a alguien que vendría aquí.

—No. —Ferguson sonrió—. Eso no llevaría a ninguna parte. No hay pruebas de que usted llegó hasta aquí.

—Huellas. He dejado huellas aquí.



—No aceptó el café que le ofrecí. Así habría dejado huellas y saliva. ¿Qué más ha tocado? El escritorio y esos papeles de ahí. Eso podría limpiarlo.

—Nunca podría estar seguro.

Ferguson sonrió de nuevo.

—Es cierto.

—Otras cosas. Pelo. Piel. Puedo defenderme y hacerle un corte. Su sangre quedaría en mi cuerpo. La encontrarían.

—Tal vez. Ahora al menos está pensando, señor Cowart. —Volvió a reclinarse en el respaldo y señaló el cuchillo—: Demasiadas variables, en eso tiene razón. Demasiados aspectos que cubrir. Cualquier estudiante de criminología lo sabría. —Lo miró fijamente—. Pero sigo sin creer que vaya usted a escribir ese artículo.

—Lo escribiré —insistió Cowart en voz baja.

—¿Sabe una cosa? ¿Sabe que hay otras maneras de arrancarle el corazón a alguien? No siempre hace falta usar un cuchillo de caza... —Estiró el brazo y agarró la hoja del cuchillo. La levantó y la giró una y otra vez haciendo que reflejara la mortecina luz que se colaba por la ventana—. No, señor. En absoluto. Quiero decir que usted quizá cree que ésta es la manera más fácil de arrancarle el corazón, cuando en realidad no lo es. —Sostuvo el cuchillo en alto—. ¿Quién vive en el 1215 de Wildflower Drive, señor Cowart?

El periodista sintió un repentino calor subiéndole por el cuello.

—En ese apacible barrio de Tampa. Coge ese autobús escolar amarillo todos los días. Juega en el parque que hay a unas cuantas manzanas. Le gusta ayudar a su madre con la compra y observa embelesada a su nuevo hermanito pequeño. Desde luego, usted no se preocuparía mucho por ese bebé, dadas las circunstancias. Y ni siquiera sé si la madre le preocuparía. A veces el divorcio llena a la gente de odio, así que no sabría decir qué siente usted por ella. Pero ¿la niña? Ah, eso es una cosa muy distinta.

—¿Cómo sabe usted...?

—Aparecieron en el periódico. Después de recibir usted el premio. —Ferguson le sonrió—. Me gusta investigar un poco de vez en cuando. Averiguar datos sobre ellas no resultó muy difícil.

El miedo paralizó a Cowart. Ferguson continuó mirándolo.

—No, señor Cowart, de verdad no creo que vaya a escribir ese artículo. No me parece que tenga los hechos ni las pruebas. ¿Me equivoco, señor Cowart?

—Lo mataré —susurró Cowart.

—¿Matarme? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Como se acerque a...

—¿Qué?

—Le digo que lo mataré.

—Eso le satisfaría, claro. Después del hecho. Nada importa mucho cuando ya ha ocurrido algo. Bueno, siempre conservaría el recuerdo. Lo tendría presente nada más levantarse, y justo antes de acostarse. Estaría presente en

cada uno de sus sueños durante la noche. En cada uno de sus pensamientos durante la vigilia. No lo abandonaría nunca.

—Lo mataré —repitió.

Ferguson negó con la cabeza:

—No sé. ¿Sabe lo bastante sobre la muerte y el hecho de morir para hacer algo así? No obstante, le diré una cosa, señor Cowart.

—¿Qué?

—Ahora comienza a tener una ligera idea de cómo se vive en el corredor de la muerte.

Ferguson se puso de pie, se inclinó y abrió la grabadora. Sacó la cinta y la introdujo en su bolsillo. Luego cogió la grabadora y se la lanzó bruscamente al periodista, que la alcanzó antes de que se estrellara contra el suelo.

—Esta entrevista —afirmó Ferguson con frialdad— jamás ha tenido lugar. Y estas palabras nunca fueron pronunciadas. —Lo miró y susurró—: ¿Qué artículo va a escribir, señor Cowart?

El periodista meneó la cabeza.

—¿Qué artículo, señor Cowart?

—Ninguno —respondió, con un hilo de voz.

—Ya me lo parecía. —Y le abrió la puerta.

Cowart salió tambaleándose al pasillo. Sólo fue vagamente consciente de que la puerta se cerraba tras él, del ruido de los cerrojos. Lo asaltó el aire rancio y húmedo de aquel lugar oscuro. Se abrió el cuello de la camisa para poder respirar y se encaminó escaleras abajo a trompicones. Cuando llegó al portal, abrió la puerta de un tirón y logró salir a la calle. Caía una fina llovizna. No levantó la vista hacia el apartamento, sino que apretó el paso, como si el viento y las gotas en el rostro pudieran llevarse el miedo y las náuseas que sentía. Vio al teniente Brown apearse del coche, mirándolo con expectación. Jadeante, Cowart le indicó con un gesto que volviera al coche. Luego subió por su lado y se encogió en el asiento.

—Sáqueme de aquí —murmuró.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Brown.

—¡Sáqueme de aquí! —gritó Cowart, y de pronto accionó la llave del contacto. El motor se puso en marcha—. ¡Vamos! ¡Venga!

Brown, con los ojos como platos pero comprendiendo la situación, metió la primera. Enfiló la calle y no se detuvo hasta la esquina donde habían aparcado Wilcox y Shaeffer. Bajó la ventanilla.

—Bruce, vosotros quedaos aquí. Vigilad la casa de Ferguson.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que os avise.

—¿Adónde vais?

—No perdáis de vista a Ferguson ni un instante.

Wilcox asintió.

Cowart dio un golpe en el salpicadero.

—¡Vamos! ¡Sáqueme de aquí!

El teniente pisó el acelerador y se alejaron de allí, dejando boquiabiertos a los otros dos detectives.

## 23

### LA NEGLIGENCIA DE SHAEFFER

Pasaron la mayor parte del día con el coche aparcado a media manzana del edificio de Ferguson. No puede decirse que fuese una vigilancia discreta; sólo una hora después de que Brown y Cowart se hubieran marchado, todos los vecinos en un radio de dos manzanas se habían percatado de su presencia. La mayoría, no obstante, no les hizo ningún caso.

Un traficante de crack de poca monta, que solía atender a sus clientes en un callejón adyacente, los insultó a viva voz mientras trajinaba por allí, buscando un lugar donde reubicarse; dos miembros de una banda callejera que vestían chaquetas estampadas en relieve, cintas en la cabeza y carísimas botas de baloncesto propias de los barrios marginales, pararon junto al coche y se mofaron de ellos con gestos obscenos. Cuando Wilcox bajó la ventanilla y les espetó que se largaran, lo único que hicieron fue reírse en su cara, imitando su acento sureño con un tono amenazador mal disimulado. Dos prostitutas, con zapatos rojos de tacón alto, provocativos pantalones de lentejuelas y lustrosos chubasqueros negros, se pavonearon por allí, a sabiendas de que los policías no se inmutarían. Al menos media docena de decadentes personajes sin techo, que empujaban carritos de supermercado llenos de chatarra urbana o simplemente se tambaleaban borrachos en aquel día lluvioso, llamaron a las ventanillas del coche pidiendo dinero. Algunos recibieron las monedas sueltas que los detectives consiguieron reunir. Otros sólo pasaban de largo, ajenos a todo, salvo a las exigencias del personaje invisible con el que parloteaban sin cesar.

La llovizna constante que empapaba aquel singular desfile callejero mantenía al resto de vecinos reclusos en sus casas, tras ventanas enrejadas y puertas con tres vueltas de llave. La lluvia y el cielo gris eclipsaron el día, sumiéndolo en una mayor lóbreguez.

Los dos detectives se preguntaban qué demonios le había ocurrido a Cowart, pero no lograban hallar una respuesta. Wilcox había ido hasta una

cabina para tratar de localizar en el motel al teniente, en vano. Puesto que carecían de toda información se atuvieron a las órdenes de Brown, dejando pasar las horas con una frustración entumecedora.

Engulleron la bazofia que despachaban en un antro de comida rápida y bebieron café tibio en vasos de plástico, sin dejar de desempañar una y otra vez el parabrisas para poder ver la calle. Por dos veces, cada uno caminó dos manzanas hasta una sucia gasolinera para utilizar unos servicios que apestaban a desinfectante y orines. La conversación había sido limitada, unos pocos intentos poco entusiastas de encontrar algún tema en común que habían acabado en prolongados silencios. Habían hablado de cuestiones profesionales, de las diferencias entre los crímenes en el Panhandle y en los cayos. Shaeffer hizo algunas preguntas sobre Brown y Cowart con las que sólo descubrió que Wilcox idolatraba al primero y despreciaba al segundo, aunque era incapaz de explicar qué provocaba esos sentimientos. Habían especulado sobre Ferguson, y Wilcox la había puesto al corriente de sus experiencias con aquel hombre que se había salvado de la silla eléctrica. Ella preguntó por la famosa confesión y él respondió que con cada golpe asestado a Ferguson había tenido la sensación de que se desprendía un trozo de verdad, como quien sacude los frutos de un árbol. Lo contó sin remordimientos ni culpabilidad, pero con una rabia contenida que sorprendió a la detective. Wilcox era un hombre muy voluble, pensó, mucho más explosivo que aquel corpulento teniente. Sus arranques de cólera debían de ser bruscos e impulsivos; los de Brown, más fríos y meditados. No era de extrañar que no se perdonara a sí mismo haber permitido que su compañero sonsacara a Ferguson a base de atizarlo. Seguramente había cedido a un arrebato de una oscura faceta de sí mismo.

No vieron señales de Ferguson, aunque suponían que él sabía que estaban allí.

—¿Cuánto tiempo más vamos a quedarnos? —preguntó Shaeffer. Las farolas de la calle apenas ayudaban a mitigar la penumbra del atardecer—. No ha salido en todo el día, a menos que haya una puerta trasera. Seguro que la hay y él anda por ahí, en alguna parte, riéndose de nosotros.

—Un rato más —respondió Wilcox—. El suficiente.

—¿Qué estamos haciendo? Quiero decir: ¿a qué viene todo esto?

—Viene a que así Ferguson sabrá que alguien piensa en él. Viene a que Tanny nos ordenó que lo vigiláramos.

—Ya —respondió ella, y tuvo ganas de añadir: «Pero no para siempre.» El tiempo se le acababa. Weiss estaría en la prisión estatal preguntándose dónde se había metido, y ella tendría que pergeñar alguna buena razón para justificar que aún siguiese allí. Algo consistente y sólido.

Shaeffer estiró los brazos y empujó las piernas contra el panel que la separaba del motor, sintiendo los músculos entumecidos.

—Detesto esto —dijo Shaeffer.

—¿El qué? ¿Vigilar?

—Sí. Sólo consiste en esperar. No es mi estilo.

—¿Y cuál es su estilo?

Ella sólo dijo:

—Dentro de diez minutos estará todo oscuro. Demasiado oscuro.

—Ya está oscuro.

Shaeffer echó un vistazo alrededor. La calle tenía el mismo aspecto que los chubasqueros de aquellas dos prostitutas; una especie de textura sintética, satinada y brillante. Era prácticamente como estar atrapada en un escenario de Hollywood, real y ficticio al mismo tiempo. Un escalofrío le bajó por la espalda.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Wilcox.

—No. Sólo un escalofrío para desentumecerme, ya sabe. Este lugar ya es suficientemente horrible a plena luz del día.

Wilcox escudriñó la calle con la mirada.

—No se parece en nada a Pachoula —dijo—. Aquí uno tiene la sensación de estar viviendo en una cueva.

—O en una celda —apuntó Shaeffer.

Tenía el bolso en el suelo, entre los pies. Era un bolso de cuero grande y espacioso, casi como una mochila. Lo empujó con el pie, lo justo para abrir la solapa y cerciorarse de que todo seguía allí: la libreta, la grabadora, cintas vírgenes, el billetero, la placa, un pequeño estuche de maquillaje y la semiautomática de 9 mm con dos cargadores de repuesto de balas diábolo de punta blanda.

Wilcox vio el arma.

—A mí —sonrió—, me sigue gustando la 357 de cañón corto. Queda bien debajo del abrigo. Con munición Magnum podría derribar a una bestia. —Miró alrededor, escrutando la oscuridad que se cernía sobre la calle—. Esto también está lleno de bestias —añadió.

A lo lejos aullaba una sirena, como una gata en celo. Se oía cada vez más alto, más cerca, y de pronto pasó y se desvaneció. No llegaron a ver las luces de lo que fuera aquello.

Wilcox se frotó los ojos.

—¿Qué cree que estarán haciendo? —preguntó.

—No lo sé —respondió Shaeffer—. ¿Por qué no nos largamos de aquí de una maldita vez y lo averiguamos? Este sitio empieza a ponerme nerviosa. Dios mío, mire este lugar. Tengo la sensación de que podría devorarnos. Tragarnos de un bocado. A los dos agentes que me trajeron aquí el otro día tampoco les hizo ninguna gracia, y eso que fue en pleno día. Y uno de ellos era negro.

Wilcox asintió con un gruñido.

Los dos tenían muy claro, aunque no lo hubieran mencionado, que su situación era un tanto precaria: dos policías blancos del Sur, fuera de su jurisdicción y su contexto, en un mundo desconocido y amenazador.

—Ya —dijo Wilcox. Volvió a recorrer la calle con la mirada—. ¿Sabe lo que más me inquieta a mí?

—No. ¿Qué?

—Que todo parezca condenadamente viejo. Viejo y usado. —Señaló la calle—. Se muere —explicó—. Es como si todo aquí estuviera agonizando. —Contempló el decrepito paisaje que los rodeaba—. No sé por qué, pero tengo la impresión de que él tenía todo esto calculado. Creo que va uno o dos pasos por delante de nosotros. Nos tenía tomada la medida desde el principio.

—¿A qué se refiere? —respondió Shaeffer—. ¿Qué medida? ¿Qué tenía calculado?

—Me gustaría tenerlo a mi disposición sólo una vez más. —Wilcox parecía hablar consigo mismo—. Esta vez no permitiría que se saliese con la suya.

—No le entiendo —dijo Shaeffer, inquieta por la frialdad de las palabras de Wilcox.

—Me gustaría vérmelas con él una vez más. Volver a estar los dos solos en una habitación, a ver si sale victorioso esta vez.

—Usted está loco.

—Cierto. Usted lo ha dicho.

Shaeffer se estremeció.

—El teniente Brown dio unas órdenes —le recordó.

—Claro. Y nosotros las hemos obedecido.

—Entonces vámonos de aquí. Averigüemos qué quiere hacer ahora.

Wilcox negó con la cabeza.

—No hasta que vea a ese cabrón. Hasta que él sepa que estoy aquí.

Shaeffer negó con la cabeza.

—Ésa no es la manera —dijo—. No queremos que se largue.

—Usted todavía no lo ha entendido —respondió Wilcox, y apretó los dientes con rabia—. ¿Se le ha escapado uno alguna vez? ¿Cuánto tiempo lleva en homicidios? Desde luego no el suficiente. A usted nadie le ha arruinado la vida como Ferguson a mí.

—Tampoco me lo he buscado.

—Decirlo es fácil.

—De acuerdo, pero aun así sé lo suficiente para no caer dos veces en el mismo error.

Wilcox fue a responder encolerizado, pero se lo pensó mejor. Volvió a acomodarse en su asiento, como si la ira y los recuerdos comenzaran a remitir.

—Vale —dijo—. No jugaremos esta baza antes de ver todas las cartas.

Shaeffer esperaba que pusiera el coche en marcha. Y, en efecto, el policía se dispuso a darle al contacto, pero de pronto se quedó paralizado mirando al frente con los ojos desorbitados.

—Hijo de puta —masculló.

Shaeffer siguió su mirada.

—Ahí está —susurró Wilcox.

Por un instante su visión resultó empañada por la humedad del parabrisas, pero después, como cuando una cámara enfoca el objetivo, ella también divisó a

Ferguson. Éste había vacilado unos segundos en el portal, deteniéndose, como hace casi todo el mundo antes de internarse en una noche fría, oscura y húmeda. Vestía vaqueros y una gabardina azul y llevaba una bolsa colgada del hombro. Encorvado bajo la llovizna, bajó rápidamente los escalones del edificio y, sin mirar hacia donde ellos se encontraban, se alejó a paso ligero.

—¡Maldita sea! —exclamó Wilcox. Había dejado caer su mano del contacto—. Voy a seguirle.

Antes de que Shaeffer pudiese protestar, un impulso salvaje se apoderó del detective. Se apeó bruscamente y sus pasos retumbaron en el pavimento como disparos de bala.

Shaeffer, estupefacta, lo vio alejarse y trató de salir del coche, pero el seguro de su puerta estaba echado y el bolso le dificultó el movimiento de las piernas. Cuando logró zafarse, se inclinó para coger la llave y el cinturón de seguridad se le enganchó en la ropa. Cuando al fin consiguió salir, medio resbaló en el pavimento mojado. Tendría que correr para alcanzar a Wilcox, que ya se encontraba a unos veinte metros de distancia y avanzaba deprisa.

Shaeffer echó a correr, con el bolso en una mano y las llaves del coche en la otra. Tardó lo suyo en darle alcance.

—¿Qué demonios está haciendo? —le preguntó, agarrándolo del brazo.

Él se soltó.

—Sólo voy a seguir un rato a ese cabrón. ¡Suélteme! —Y retomó la persecución de Ferguson.

Shaeffer se detuvo para tomar aire y lo observó alejarse. Volvió a ponerse en marcha y apretó el paso hasta llegar a su altura y acompasar el paso al suyo. Distinguió a Ferguson a media manzana de distancia; caminaba deprisa, sin volver la vista atrás, aparentemente ajeno a la presencia de los policías.

Ella agarró a Wilcox del brazo por segunda vez.

—¡Suélteme, joder! —exclamó él, liberando el brazo de un tirón—. Va a lograr que lo pierda.

—Pero no deberíamos...

Wilcox se volvió furibundo hacia ella.

—¡Vuelva al coche o sígame! ¡Pero apártese de mi camino!

—Pero Ferguson...

—¡Me da igual que ese cabrón sepa que le voy detrás! ¡Quítese de en medio de una maldita vez!

—¿Qué demonios pretende? —replicó Shaeffer medio gritando.

Wilcox agitó el brazo desechando la pregunta y, medio corriendo, siguió los pasos de Ferguson.

Shaeffer vaciló, indecisa, viendo la espalda de Wilcox adentrarse en la noche mientras más adelante Ferguson desaparecía tras una esquina. Wilcox aminoró el paso en ese preciso momento.

La detective masculló unos improperios para sus adentros y corrió de vuelta al coche. Dos ancianas indigentes, ambas enfundadas en gruesos abrigos



raídos y gorros de punto en la cabeza, se cruzaron de pronto en su camino. Una empujaba un carrito de supermercado farfullando a voz en grito, mientras la otra gesticulaba con grandes aspavientos. Las dos le chillaron a Shaeffer y una intentó agarrarla. Medio chocaron y la anciana cayó al suelo, gimiendo de la rabia y el susto. La detective logró conservar el equilibrio y siguió corriendo hacia el coche. Los gritos de la anciana se agudizaron. Dos hombres salían de un portal y uno de ellos le gritó:

—¡Eh! ¿Qué hace, señorita? Tiene mucha prisa, ¿eh?

Shaeffer no les prestó atención y se lanzó al asiento del conductor. Giró la llave del contacto pero el coche se caló.

Soltando una sarta de improperios, presa del pánico y la confusión, lo intentó de nuevo, pisando y soltando el acelerador y dándole al contacto una y otra vez hasta que el motor se encendió. Entonces metió la primera y pisó el acelerador sin siquiera mirar atrás. Las ruedas patinaron sobre el pavimento mojado y el coche vibró violentamente antes de salir disparado.

Tomó la curva de la esquina sin aminorar y divisó a Wilcox a una manzana, cuando éste pasaba bajo una farola. Pero a Ferguson no se le veía por ninguna parte.

Aceleró más, pero el motor tosía y reaccionaba con exasperante lentitud. Maldijo aquel automóvil de alquiler por su escasa potencia y anheló disponer del coche patrulla que conducía en los cayos. Llegó a la altura de Wilcox justo antes del final de la manzana. Él se desvió hacia una calle de dirección única, en sentido contrario al tráfico. Ella bajó la ventanilla y llamó al detective.

—¡Siga! —Wilcox gesticuló con rapidez—. ¡Ciérrele el paso!

Y continuó tras su presa, ahora casi corriendo. Shaeffer siguió con el coche por la calzada mojada hasta girar en el siguiente cruce. Se saltó el semáforo en rojo, lo que provocó que un par de adolescentes que se disponían a cruzar la insultaran indignados. La calle era estrecha y bordeada de edificios decrepitos. Había un par de coches en doble fila a mitad de la manzana. Hizo sonar el claxon al pasar junto a ellos casi rozándolos.

En la siguiente esquina giró a la derecha, dirigiéndose hacia donde calculaba que estarían Wilcox y Ferguson. Su mente trabajaba a pleno rendimiento, anticipando lo que diría y cómo actuaría. Lo que estaba sucediendo escapaba al control que había podido tener en momentos anteriores. Se concentró en la calle, tratando de avistar a los dos hombres.

No estaban allí.

Aminoró la marcha, miró al frente y los callejones laterales de aquel espacio que se ramificaba en arterias con coágulos de desechos diseminados aquí y allá. Las sombras parecían fundirse con la impenetrable oscuridad. De pronto la calle estaba desierta.

Detuvo el coche en el centro de la calzada, salió y se quedó de pie junto a la puerta, abierta, mirando a un lado y otro en busca de algún rastro de los dos hombres. Al no ver nada, maldijo a gritos y volvió a sentarse al volante.

«Deben de haber girado por otra calle o haber atravesado algún solar vacío. Tal vez Ferguson se metió en algún callejón.»

Avanzó lentamente, escudriñando en todas direcciones. Dobló en la siguiente una esquina, pero ni rastro de ellos.

Dio marcha atrás, reculó hasta la calle desde la que había tomado el desvío y continuó la búsqueda. Recorrió aprisa otra manzana y luego frenó. No tenía ni idea de qué hacer. Plantando cara al miedo, aparcó sobre el bordillo y se apeó. A paso ligero, fue hacia donde debían de haberse dirigido, intentando aplicar la lógica. «Sigue sus pasos y los encontrarás. No pueden estar muy lejos.» Intentaba penetrar en las sombras con la mirada y el oído, en busca de algún indicio. Después aumentó el ritmo y sus zapatos resonaban en la mojada acera, como un redoble de tambores *in crescendo*, hasta que finalmente echó a correr adentrándose en la noche vacía.

Bruce Wilcox se había vuelto a mirar sólo el tiempo necesario para avistar a lo lejos las luces traseras del coche de Shaeffer alejándose por la calle, antes de centrarse nuevamente en no perder de vista a Ferguson.

Apretó el paso, pues no conseguía acortar la distancia que lo separaba de su presa. Ferguson era ágil como un felino; sin echar a correr, avanzaba rápidamente, sorteando los puntos de luz que iluminaban las calles y camuflándose en la oscuridad.

Wilcox tenía la sensación de que sus piernas eran lentas y pesadas, e intentaba forzarlas. Más adelante, vio que Ferguson doblaba otra esquina. Un par de prostitutas desastradas estaban apostadas en la esquina, sirviéndose de la farola como si fuera una candileja de una pasarela.

—¿Hacia dónde ha ido? —les preguntó el detective.

—¿Quién?

—No hemos visto a nadie.

Wilcox las increpó y ellas se rieron, burlándose de él. La calleja por la que había desaparecido Ferguson tenía aspecto tenebroso y sus aceras serpenteaban ligeramente. Vislumbró a Ferguson a unos cuarenta metros de distancia, o mejor dicho, vio una silueta de mayor densidad que el resto de las sombras. Salió corriendo tras ella.

Su mente iba a la misma velocidad que su cuerpo.

No tenía ni idea de qué decirle o hacerle cuando le diese alcance; únicamente lo impulsaba la necesidad de alcanzarlo. Las imágenes colapsaban sus sentidos: el mundo en que se había adentrado parecía confundirse de forma peligrosa con sus recuerdos. La voz medio aletargada de un indigente tendido ante un portal le recordó a la de Tanny Brown. El perro que comenzó a ladrar, tensando la cadena que lo amarraba, le recordó la búsqueda del cuerpo de Joanie Shriver. Los asquerosos cubos de basura que reflejaban la tenue luz de las farolas le evocaron la sensación nauseabunda y repelente que sintió entre

sus manos al sacar de la letrina aquella prueba inútil. Este último recuerdo le sirvió de acicate para retomar la persecución.

Miró al frente y vio que Ferguson había llegado al final de la calleja. Pareció detenerse y volver la cabeza. Por una fracción de segundo sus miradas se cruzaron a través de la noche.

Wilcox no pudo contenerse:

—¡Alto! ¡Policía! —gritó.

Ferguson no vaciló: echó a correr y huyó.

Wilcox hundió de nuevo la barbilla y reanudó la marcha. Todas las órdenes de vigilar y seguirle la pista a Ferguson se resumían en aquella obstinada persecución. Wilcox cogió aire y sintió los pies más ligeros sobre el pavimento mojado y en aquel momento rompió a correr al máximo.

El cambio de ritmo lo acercó un poco más a Ferguson, pero éste imprimió mayor velocidad a su carrera. Parecían igualados, sus pisadas resonaban al unísono contra el pavimento, y la distancia entre ellos se mantenía invariable.

El entorno se volvió borroso y difuso para Wilcox. Los efectos de la carrera empezaban a pasarle factura. Cada vez le llegaba menos aire y el corazón le latía desbocado.

Habían recorrido otra manzana. Vio que Ferguson doblaba en la siguiente esquina, aparentemente intacto pese al esfuerzo. Wilcox lo siguió, pero resbaló al girar demasiado deprisa y sus piernas flaquearon. Sintió un súbito mareo, un repentino vértigo, y perdió el equilibrio. La acera se le acercó muy deprisa, como una ola de mar, propinándole un duro golpe. Un estallido de aire salió de sus pulmones y una sacudida de dolor teñida de rojo se extendió ante sus ojos. Notó arenilla en la boca. Se arrastró aturdido hasta una farola para apoyarse y descansar un instante. Su instinto luchó contra el miedo y el dolor y se dispuso a seguir adelante; se levantó y luchó por recuperar el equilibrio. Le asaltó de pronto el recuerdo de un campeonato de lucha libre de secundaria en el que había salido volando por los aires y, al caer sobre el cuadrilátero, su mente ya sabía qué movimiento hacer para esquivar a su rival cuando éste tratara de rodearlo con los brazos. Parpadeó y se encontró corriendo de nuevo, tratando de entender dónde estaba y qué estaba haciendo, pero la caída le había bloqueado el entendimiento y tan sólo lo impulsaban una ira desenfrenada y un deseo impaciente.

De repente vio a Ferguson cruzar la calle en dirección a un oscuro descampado. Los faros de un coche que se acercaba lo alumbraron un instante. Se oyó un brusco frenazo y un claxon estridente.

Wilcox pensó que se trataba de la detective Shaeffer y se animó:

—¡Eso es! ¡Ciérrale el paso a ese cabrón!

Pero no era ella. Un súbito arranque de rabia se apoderó de él: ¿dónde coño se había metido? Pasó por delante del coche, cuyo conductor lanzaba improperios contra las dos figuras espectrales que se habían desvanecido tan rápido como se habían cruzado en su camino.

Pasó por encima de escombros y cascotes, que le entorpecían el avance como las trepadoras en los pantanos. Vislumbró a Ferguson más adelante, abriéndose camino con idéntica dificultad a través de los desechos de aquel barrio marginal. Lo vio trepar a un montón de cajas y un frigorífico viejo; una farola lejana dibujaba su silueta. Sus miradas se cruzaron por segunda vez y Wilcox volvió a gritar impulsivamente:

—¡Alto! ¡Policía! ¡Quieto ahí!

Le pareció percibir una expresión de reconocimiento e incredulidad en Ferguson, que al punto desapareció de la escasa luz. Wilcox farfulló una sarta de improperios y siguió andando.

Saltó sobre unos ladrillos, pero rozó los de arriba y notó cómo el montón se desmoronaba bajo su peso. Cayó de cabeza con las manos extendidas para amortiguar el golpe. Logró evitar romperse el cuello, pero su mano derecha aterrizó sobre un trozo de metal oxidado que le hizo un corte en la mano, tres dedos se le doblaron brutalmente y la muñeca estuvo a punto de dislocarse. Soltó un alarido de dolor mientras luchaba por incorporarse y se sujetaba la mano herida con la otra. Notó el corte y la sangre pegajosa. De pronto los dedos y la muñeca le quemaron; rotos, pensó, y se maldijo: «Idiota y más que idiota.» Apretó el puño con fuerza, lo pegó al pecho y continuó, trepando por otra montaña de escombros.

Se detuvo para recuperar la respiración, ignorando el dolor de la mano y la muñeca, cuidando de mantener el equilibrio sobre aquel nuevo montón de basura, y desde allí vio que Ferguson saltaba una alambrada metálica al final del descampado. Luego observó que corría hacia un callejón, que vacilaba un instante y a continuación se detenía delante de un edificio abandonado.

«Vale —se dijo—. Tú también estás cansado, ¿eh, cabrón? Recupera la respiración ahí dentro. Pero no escaparás.»

Sin hacer caso del punzante dolor de su mano herida, atravesó los últimos metros del solar y trepó por la alambrada. Llegó medio corriendo al edificio abandonado y miró la puerta fijamente, jadeando casi sin aliento.

«Vale», se dijo otra vez. Se llevó la mano al bolsillo y cogió el pañuelo para vendarse la herida lo mejor que pudo. Resultaba difícil ver en la oscuridad, pero supuso que tendrían que darle puntos para cerrar el corte. Meneó la cabeza. Probablemente también la inyección del tétano. Con el pañuelo empapándose de la sangre que manaba de la herida, intentó flexionar los dedos y la muñeca, lo que le provocó una punzada que le subió por el brazo. Se tocó la piel con cuidado, intentando detectar algún hueso roto. Se le estaba hinchando muy rápido y por un momento se preguntó si su seguro cubriría todo aquello. «En acto de servicio», pensó. Tenía que cubrirlo, claro que sí. Apretó los dientes y rogó que el médico simplemente le pusiera una escayola y no tuviera que someterlo a ninguna operación.

Miró a ambos lados de la calle. Escombros mojados por la lluvia inundaban aquel estrecho espacio. Paseó la vista intentando ver si había movimiento en

algún edificio, pero no vio nada. Parecía una zona de apartamentos abandonados, tal vez almacenes, no resultaba fácil saberlo; la luz, escasa y difusa, provenía de treinta metros más allá.

Por un momento se quedó inmóvil. «Si apareciese la detective Shaeffer... — pensó—. O cualquier refuerzo.»

Se encogió de hombros para disipar sus dudas y sustituirlas por las testarudas bravuconadas que lo distinguían: «Bah, no necesito ayuda para atrapar a ese negro mariconazo —se dijo—. Me basto con una mano.» Estaba convencido de ello, así que subió hasta la puerta del edificio.

Tras la entrada precipitada de Ferguson había quedado abierta. El umbral aparecía como una franja más oscura que el tejido aterciopelado de la noche. Wilcox apoyó la espalda contra la puerta y se quedó escuchando.

Sacó el revólver de su funda pero no pudo empuñarlo con la mano herida, precisamente la derecha; era como coger una brasa ardiendo de una hoguera. Cerró los ojos con fuerza un instante y cambió suavemente el arma a la otra mano. Los abrió de nuevo y contempló el arma. «¿Eres capaz de disparar con la izquierda? —se preguntó—. De cerca, tal vez. Si tengo que hacerlo lo haré.» Se interpeló a sí mismo como si fuera otra persona: «¿Estás seguro? Imagina que va armado. Vale, de acuerdo, tú atrapa a ese capullo y después te curarán. Métele miedo. Hazle saber que tiene un gran problema y que ese problema eres tú.»

Repasó los ruidos, que definió, clasificó y analizó. Asignó una etiqueta a cada uno, atribuyéndole un origen, para saber así que no tenía nada que temer: el agua goteando provenía de un canalón que se filtraba por el tejado; el rumor sordo era el tráfico, a varias manzanas de distancia; el ruido áspero era su propia respiración. Al fondo del edificio oyó crujir el suelo de madera. «Ahí está —pensó—. Cerca. Dentro y cerca.»

Aspiró hondo y entró con cautela en el edificio abandonado.

Al principio tuvo la sensación de haber quedado envuelto en una manta. La luz tenue del callejón desapareció. Se maldijo por no llevar encima una linterna. En aquel momento deseó ser fumador, porque en ese caso tendría cerillas o mechero. Intentó recordar si Ferguson fumaba y le pareció que sí. Se agachó, aguzando el oído para localizar a su presa, esperando a que la vista se le acostumbrara a la oscuridad. No vería mucho, pero sí lo suficiente.

Avanzó sigilosamente. Había unas escaleras de subida a la izquierda y unas de bajada a la derecha. «Un viejo edificio de apartamentos en el que ya nadie quiere vivir.» Dio un paso y el suelo desvencijado crujió. Lo asaltó una nueva preocupación: podría haber un agujero, o las escaleras derrumbarse. Empleó la mano del arma para conservar el equilibrio, manteniéndola perpendicular al cuerpo, sin apartarse de la pared, apretando todo el tiempo la mano herida contra su pecho.

Fue hacia la derecha, escaleras abajo, porque lo asaltó un pensamiento: «Ferguson es una rata, una alimaña de tierra. Estará ahí abajo, en lo más hondo.

Sólo ahí se siente seguro.»

Se detuvo para escuchar de nuevo.

Nada.

Continuó lentamente, palpando el suelo con los pies a cada paso. Lo crispaba el ruido que él mismo producía. Su propia respiración parecía arañar la oscuridad como uñas contra una pizarra. Cada pisada resonaba. Su progresivo avance hacia el interior del edificio parecía anunciarse con crujidos.

Contuvo el impulso de dar voces, prefirió esperar a estar suficientemente cerca para ordenarle a Ferguson que se entregara. Los escalones parecían resistir su peso, pero no se fiaba. A cada paso apoyaba tentativamente un pie, como un bañista indeciso internándose en el mar. Contó cada escalón; al alcanzar los veintidós llegó al subsuelo. Lo recibió una sensación de humedad pegajosa, más fría que el aire. Notó un suelo de cemento y pensó: «Bien. Esto será más silencioso.» Al siguiente paso metió el pie en un charco de agua que le anegó el zapato. «¡Mierda!»

Se agachó y escuchó de nuevo. No estaba seguro de si la respiración que oía era la suya o la de Ferguson. «Está cerca», se dijo. Cogió aire y contuvo la respiración para localizar el sonido. «Cerca. Muy cerca.»

Volvió a coger aire y percibió un olor denso y nauseabundo que lo sobrecogió. El olor le resultaba familiar, pero no logró ubicarlo inmediatamente. Se le erizó el vello de la nuca y pensó: «Aquí hay algo muerto.» Miró alrededor tratando de distinguir alguna cosa, pero la oscuridad era absoluta.

El miedo y la exaltación lo estremecieron. Se incorporó y dio tres cortos pasos, manteniendo aún el contacto con la pared con la mano del arma. Estaba húmeda y suave al tacto. Pensó en ratas y arañas y en Ferguson.

No pudo contenerse más.

—Ferguson, chico, sal de ahí. Quedas arrestado. Ya sabes quién soy. Levanta las putas manos y sal de ahí. —Las palabras resonaron brevemente y luego se extinguieron.

No hubo respuesta.

—Maldita sea, Bobby Earl. Venga, acaba ya con esta mierda. Todo este lío no vale la pena. —Dio otro paso—. Sé que estás aquí, Bobby Earl. Maldita sea, no me lo pongas tan difícil.

De pronto una duda lo asaltó. «¿Acaso no estás aquí, hijoputa?» Los músculos se le agarrotaron por la tensión, el miedo y la rabia.

—Bobby Earl, ¡te voy a sacar los putos ojos de un tiro como no salgas de ahí ahora mismo!

Oyó un chirrido a su derecha. Intentó volverse rápidamente en esa dirección, apuntando hacia el ruido. Su mente no lograba procesar qué estaba ocurriendo, sólo acertaba a entender que aquello estaba oscuro como boca de lobo, y que no estaba solo.

Durante una fracción de segundo fue consciente de que una figura se abalanzaba sobre él, consciente de que alguien había emergido de la oscuridad

y lo atacaba. Wilcox trató de retroceder y levantar su mano herida para parar el golpe. Disparó una vez presa del pánico, sin apuntar a nada excepto al miedo; la detonación iluminó el recinto por un instante. Entonces un trozo de tubería le golpeó el hombro y la oreja. De pronto, Bruce Wilcox vio una cegadora luz blanca y a continuación se despeñó a un abismo de negrura. Sacudió la cabeza, sabiendo que no era momento para quedarse inconsciente. Sintió el cemento húmedo bajo su mejilla y comprendió que había caído al suelo.

Alzó la mano para desviar el segundo golpe, que llegó tras un silbido similar cuando la tubería de plomo cortó el frío aire del sótano. Dio contra su brazo, ya roto, lo que hizo que unas rojas vetas de dolor atravesaran la oscuridad de sus ojos.

No sabía ni dónde ni cómo había perdido su revólver, pero ya no lo tenía. Extendió el brazo izquierdo para buscarlo y sus dedos encontraron algo. Se arrastró, oyó un rasgón, luego notó que un cuerpo se abalanzaba sobre el suyo.

Los dos hombres se enzarzaron en una pelea a ciegas, sus alientos mezclándose. Wilcox intentaba encontrar su cuello, sus genitales, sus ojos, algún punto débil donde cebarse. Rodaron por el suelo lleno de charcos y chocaron contra una pared. Ninguno de los dos hablaba, salvo gemidos y gruñidos.

Pelearon en la negra oscuridad, unidos por el dolor.

Wilcox alcanzó por fin el cuello de su atacante y apretó con todas sus fuerzas, tratando de estrangularlo. Su inútil mano derecha ascendió y se sumó a la izquierda, completando un círculo mortal. Wilcox gimió por el esfuerzo. «Ya te tengo, cabrón», pensó.

Luego el dolor se le clavó en el estómago.

No sabía qué lo estaba matando ni quién lo estaba matando; sólo que algo le había rajado el estómago y ascendía hacia el corazón. Sintió un arrebató de pánico previo a la agonía; sus manos se desprendieron del cuello del asesino, desplomándose sobre su cintura, donde asieron el mango del cuchillo que tenía clavado. Un débil gemido escapó de sus labios y se derrumbó sobre el suelo mojado.

Él no lo supo, ya no podía saber nada, pero transcurrieron casi noventa segundos antes de que exhalara el último aliento y muriera.

## 24

### LA CAJA DE PANDORA

Su soledad era absoluta.

Andrea Shaeffer escudriñaba las calles desiertas, sus ojos escrutaban la penumbra y la neblina en busca de algún rastro de su compañero. Desanduvo el camino por décima vez, o eso le pareció, tratando de razonar con lógica ante aquella desaparición, pero cada paso la sumía un poco más en la desesperación. Se negaba a pensar en lo peor y desahogaba su impotencia profiriendo improperios, como si no encontrar a Wilcox sólo fuera un molesto inconveniente, en lugar de un auténtico desastre.

Se detuvo y se apoyó contra una farola para tratar de calmarse.

Habría recibido con los brazos abiertos a un coche patrulla de Newark, pero no apareció ninguno. Las calles continuaban desiertas. «Pero ¿qué está pasando aquí? —pensó—. No es tarde, aún no es de noche. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?» La llovizna la iba empapando cada vez más. Cuando al fin vislumbró a una mujer que hacía la calle en una esquina, casi se sintió agradecida de ver a otro ser humano. La prostituta estaba encogida contra una fachada, tratando de protegerse de la inclemencia y con escasas esperanzas de conseguir otro cliente en aquella noche húmeda y fría. Shaeffer se acercó con cautela, enseñándole la placa desde unos tres metros de distancia.

—Señorita. Policía. Quiero preguntarle algo.

La mujer la miró y comenzó a alejarse.

—Eh, sólo quiero hacerle una pregunta.

La mujer siguió andando, a paso cada vez más ligero. Shaeffer fue tras ella.

—¡Maldita sea, deténgase! ¡Policía!

La mujer paró y se volvió con una mirada de absoluta desconfianza.

—¿Me está hablando a mí? ¿Qué quiere? Yo no he hecho nada.

—Sólo una pregunta. ¿Ha visto pasar a dos hombres corriendo por aquí hace unos quince o veinte o quizá treinta minutos? Uno es blanco, un policía. El



otro negro, con una gabardina oscura. El poli perseguía al otro. ¿Los ha visto pasar por aquí?

—No. No he visto nada. ¿Ya está?

La mujer retrocedió, tratando de ganar distancias.

—No me ha escuchado —le dijo Shaeffer—. Dos hombres corriendo. Uno blanco y otro negro. El blanco perseguía al negro.

—No he visto nada, ya se lo he dicho.

Andrea sintió una oleada de rabia a punto de desbordarla.

—Oiga, señorita, ya basta de juegucitos. Conmigo se puede meter en un buen lío. Ahora dígame si los ha visto. Dígame la verdad o la detengo ahora mismo.

—No he visto a ningún hombre corriendo. No he visto a ningún hombre en toda la noche.

—Tuvo que verlos —insistió Andrea—. Han tenido que pasar por aquí.

—Por aquí no ha pasado nadie. Ahora déjeme en paz. —La mujer se volvió, negando con la cabeza.

Shaeffer se dispuso a seguirla, pero la detuvo una voz a su espalda.

—¿Por qué va por ahí molestando a la gente, señorita?

Andrea se volvió nerviosa. La pregunta la había hecho un hombretón que llevaba un largo abrigo negro y una gorra de béisbol de los Yankees. Las gotas de lluvia se le habían acumulado en el borde de la visera. Se encontraba a unos tres metros de distancia, y avanzaba hacia ella. Todo en él resultaba amenazador.

—Policía —dijo ella—. Manténgase alejado.

—Me da igual quién sea usted. Ha venido aquí a molestar a mi chica. ¿Por qué?

Shaeffer sacó la pistola y apuntó al hombre.

—No se mueva —dijo fríamente.

El hombre se detuvo.

—¿Va a dispararme? No lo creo. —Abrió ligeramente las manos y esbozó una sonrisa socarrona—. Creo que está en el lugar equivocado, señorita policía. Creo que no tiene refuerzos, que está sola y se ha metido en un buen lío.

El hombre dio un paso adelante.

Shaeffer amortilló el arma.

—Estoy buscando a mi compañero —masculló—. Él iba persiguiendo a un sospechoso. Se lo preguntaré una sola vez: ¿ha visto a un policía blanco siguiendo a un hombre negro por aquí, hace unos treinta minutos? Conteste y no le volaré los huevos.

Bajó el ángulo del arma hasta apuntar a la entrepierna.

El gigantón titubeó.

—No —dijo tras una pausa—. Por aquí no ha pasado nadie.

—¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro.

—Está bien —respondió Shaeffer, y comenzó a moverse hacia el hombre—. Ahora me iré. ¿Lo ve? Ha sido muy sencillo.

Pasó junto a él, regresando por donde había venido. Él se dio la vuelta lentamente, observándola.

—Váyase de aquí, señorita policía. Antes de que le ocurra algo malo.

Aquello era una amenaza y a la vez una promesa. A medida que se alejaba, Shaeffer lo oyó mascullar improperios, alargando la pronunciación para que ella lo oyera. Ella seguía con el arma en la mano y se encaminó hacia donde había dejado el coche, sin saber ya qué hacer y asustada hasta la médula.

La mano le temblaba ligeramente cuando encendió el contacto. Con el coche en marcha y las puertas bloqueadas, se sintió segura por un momento.

—Ese capullo estúpido —se desahogó—. ¿Dónde coño se ha metido?

La voz se le quebraba y eso le dio rabia. Sacudió la cabeza y luego miró por la ventanilla, permitiéndose fantasear con que Bruce Wilcox surgiría en cualquier momento de alguna de aquellas sombras, sin aliento, sudando, mojado y hecho una calamidad. Recorrió la calle arriba y abajo con la mirada, pero no lo vio.

—¡Mierda! —exclamó.

Se resistía a encender el coche y marcharse, pensando que, probablemente un minuto después de arrancar él aparecería y luego ella tendría que disculparse por haberlo abandonado.

—Pero no lo he hecho, joder —se argumentó a sí misma—. Él me dejó a mí.

No sabía qué hacer. La noche se había abatido definitivamente sobre aquel barrio marginal, y la llovizna ya era lluvia en toda regla, un manto gris que cubría la calle. Aunque el coche le proporcionaba calor y seguridad, no hacía más que aumentar su sensación de soledad. Ponerlo en marcha le supuso un esfuerzo atroz; conducir una sola manzana, agotador.

Avanzó lentamente, escudriñando en detalle la zona, hasta que llegó al apartamento de Ferguson. Se detuvo y alzó la vista hacia el edificio, pero no vio luces. Aparcó sobre el bordillo y esperó cinco minutos. Luego otros cinco. Luego volvió al lugar donde había visto a Wilcox por última vez. Después recorrió las calles adyacentes arriba y abajo. «Seguro que ha cogido un taxi —intentaba convencerse—. O habrá parado un coche patrulla. Estará esperando en el motel con Cowart y Brown; o en la comisaría del distrito tomándole declaración a Ferguson, preguntándose dónde demonios estoy. Sí, seguramente. Ha conseguido hacer cantar a Ferguson y ahora está tomándole declaración, y no va a interrumpirse para preocuparse por mí. Además, él da por supuesto que sé arreglármelas sola.»

Se dirigió hasta un amplio bulevar por el que se salía de aquel lúgubre barrio. Al cabo de poco encontró la salida a la autopista y unos minutos después ya estaba de camino al motel. Se sentía como una niña inexperta. No había sabido seguir el procedimiento, la rutina; había fallado siguiendo su propio criterio y al final lo había fastidiado todo.

No dudaba que Wilcox le recriminaría a gritos que le hubiera perdido la pista y no le hubiese dado apoyo. «Imbécil de mí, si eso es lo primero que te enseñan en la academia», se reprochó con dureza.

Con la autoestima por los suelos, entró en el aparcamiento del motel, se apeó y cruzó el asfalto mojado hacia la habitación donde creía que los tres hombres estarían esperándola impacientes.

Cowart sentía que la muerte lo acechaba. Había huido del apartamento de Ferguson abatido por el miedo y la ansiedad, intentando contener sus emociones. Brown lo había presionado en un primer momento para sonsacarle detalles de la conversación con Ferguson, pero renunció al comprobar que el periodista se negaba a responder y lo dejó sumirse en un mutismo absoluto. En su fuero interno, el teniente tenía claro que algo había ocurrido, que Cowart estaba muerto de miedo, y pensó que habría disfrutado con malicia viéndolo tan desazonado si el motivo hubiera sido otro.

Había acabado conduciendo hasta New Brunswick y Rutgers sin más objetivo que el de ver dónde asistía Ferguson a clase. Después de caminar bajo la lluvia, encogidos y abriéndose paso entre una riada de estudiantes, Cowart le había contado al fin la conversación. Los desmentidos y las interpretaciones de Ferguson, los diálogos y los detalles, todo lo ocurrido hasta llegar al momento en que Ferguson los había amenazado a su hija y a él. Entonces se calló. El teniente esperó a que siguiese, pero Cowart no se lo contó.

—¿Qué más?

—Nada.

—Vamos, Cowart. Salió de allí temblando como una vara. ¿Qué le dijo ese capullo?

—Nada. Es sólo que todo lo que ocurrió allí me asustó mucho.

Brown insistió en escuchar la cinta.

—Imposible —respondió Cowart—. Se la quedó él.

El teniente pidió ver las notas, pero el otro sabía que, después de la primera página, sus notas no eran más que garabatos ilegibles. Tanto Brown como Cowart intuyeron que les habían tendido una trampa, pero se abstuvieron de comentarlo.

Era media tarde cuando regresaron al motel, enfurruñados por el tráfico de la hora punta y su mutua falta de cooperación. Brown dejó a Cowart en su habitación y se marchó a la suya para realizar unas llamadas, tras prometer que volvería con algo de comida. El teniente sabía que había ocurrido algo más, pero también era consciente de que al final acabaría sabiéndolo. No creía que Cowart fuese capaz de mantener su miedo y su silencio demasiado tiempo. Casi nadie lo era. Después de un susto como aquél, era sólo cuestión de esperar a que necesitara desahogarse.

No tenía muy claro cuál debía ser el paso siguiente, pero supuso que iría en

función de lo que hiciera Ferguson. Barajó la posibilidad de detener sin más a Ferguson y acusarlo de la muerte de Joanie Shriver. Legalmente era inútil, pero al menos Ferguson se vería obligado a regresar a Florida. La alternativa era encarar lo que había iniciado cuando habló con su amigo de Eatonville: investigar todos los casos pendientes en el estado hasta hallar algo con que llevarlo de nuevo ante los tribunales.

Suspiró. Tardaría semanas, meses, quizá más. «¿Tendrías paciencia?», se preguntó. Por un instante intentó imaginarse a la niña desaparecida en Eatonville. «Como mis propias hijas —pensó—. ¿Cuántas más morirán mientras tú trabajas como una mula en homicidios?»

Pero no tenía elección. Comenzó a realizar llamadas en busca de respuestas a los varios mensajes que había enviado unos días antes a varios policías locales de Florida. «Sé metódico —se ordenó—. Investiga todas las ciudades pequeñas, todos los pueblos apacibles que Ferguson ha visitado en el último año. Encuentra a la niña desaparecida en cada uno, luego encuentra la prueba que te llevará hasta él. Tiene que haber un caso, en alguna parte, donde las pruebas no hayan quedado contaminadas o destruidas.» Resultaría una labor lenta y minuciosa, y sabía que con cada hora que pasara, alguna niña en algún lugar se iría acercando a la muerte. Maldijo cada segundo que se le escurría entre los dedos.

Cowart se sentó en su habitación para tratar de tomar una decisión, la que fuera. Examinó sus notas: la caligrafía temblorosa lo ponía en evidencia. Sólo logró descifrar la lista de visitas que Ferguson había realizado a Florida desde su salida del corredor de la muerte hasta su regreso a Newark para retomar sus estudios. Siete viajes.

«¿Habrán muerto siete niñas? —se preguntó—. ¿Una en cada viaje? ¿O esperó y volvió en alguna otra ocasión?»

Joanie Shriver y Dawn Perry. Tenía que haber más. Por su cabeza comenzaron a desfilar niñas pequeñas, todas empezando a caminar por la vida, niñas en pantalones cortos y camiseta, o en vaqueros y con coletas, solas e inocentes, todas presas potenciales de Ferguson. Lo visualizó dirigiéndose a ellas, con los brazos abiertos y expresión sonriente, irradiando confianza y engaño y muerte calculada. Sacudió la cabeza para borrar aquella imagen, y en su lugar aparecieron las palabras de Sullivan: «¿Es usted un asesino, Cowart?»

«¿Lo soy?», se preguntó.

Bajó la mirada hacia la lista de visitas a Florida y un escalofrío le recorrió los brazos hasta la punta de los dedos. «Han muerto niñas que de no ser por ti, Matthew Cowart, seguirían vivas», se dijo.

Sullivan había encontrado seguridad en la aleatoriedad de sus crímenes. Había matado a personas que no conocía, a personas que habían tenido la mala fortuna de cruzarse en su camino. Al minimizar el contexto del asesinato,

lograba frustrar la capacidad investigadora de la policía. Cowart sospechaba que Ferguson estaba haciendo lo mismo. Al fin y al cabo, había aprendido de la mano de un experto. Sullivan le había enseñado algo fundamental: a convertirse en un estudioso de sus repugnantes impulsos.

Recordó su visita a la hemeroteca del *Journal* y le vino a la cabeza el titular de aquel pequeño artículo: «La policía admite no tener indicios de la niña desaparecida.» Por supuesto que no los había, pensó. No había indicios ni pruebas sólidas. Lo único que había era un hombre declarado inocente llevándose a niñas de este mundo.

Respiró hondo y dejó que discurrieran por su mente todos los elementos acumulados de crímenes reales, supuestos e imaginarios, torrentes de maldad que al final desembocaron en el núcleo de su miedo más pavoroso: una imagen de su hija volviendo a casa tranquilamente. Tuvo la sensación de que hasta ese momento había deambulado en una especie de ceguera moral, dado que todas las muertes relacionadas con Sullivan y Ferguson no le habían afectado directamente. Pero eso había cambiado.

Se sujetó la cabeza entre las manos y pensó: «¿Estará matando a alguien ahora? ¿Hoy? ¿Esta noche? ¿Cuándo? ¿La semana que viene?» Alzó la vista hacia el espejo colgado encima del aparador. «Y tú, pedazo de cretino, preocupado por tu reputación.»

Sacudió la cabeza, viendo cómo su propio reflejo se lo reprochaba. «No tendrás ninguna reputación a no ser que hagas algo y rápido —se dijo—. Pero ¿qué?»

Se acordó de un artículo de su amiga Edna. En una ocasión había averiguado que la policía de un barrio de Miami estaba investigando seis casos de violación ocurridos en un mismo tramo de autopista. Cuando entrevistó a los detectives que llevaban el caso, éstos insistieron en que no escribiera una sola palabra al respecto, alegando que un artículo en el periódico alertaría al violador en serie de que estaban tras su pista y entonces él modificaría su *modus operandi*, alteraría su reconocible estilo, se trasladaría a otra zona y eludiría los señuelos y las operaciones de vigilancia que habían diseñado. Edna había ignorado la petición, convencida de que era imprescindible alertar a las mujeres que, ajenas al peligro, atravesaban de noche la ruta del violador.

Los artículos se anunciaron en portada en la edición dominical del *Journal*, como primicia, junto con un retrato robot del sospechoso. Los detectives se indignaron, como cabía esperar, convencidos de que aquello espantaría a su presa.

Sin embargo, no sucedió así. El violador no había cometido seis agresiones, sino más de cuarenta. Más de cuarenta mujeres habían sido atacadas, pero el sufrimiento y la humillación habían determinado que la mayoría no lo denunciara a la policía. Tras la agresión se iban a casa dando gracias al cielo por estar vivas e intentaban recomponer su cuerpo desgarrado y su maltrecha autoestima. Una por una habían llamado a Edna, recordaba Cowart. Voces que

sollozaban, entrecortadas por las lágrimas y las dudas, capaces a duras penas de superar la desdicha que había traído consigo el horror de lo sucedido, pero ansiosas por contar su historia a la periodista, por si así podía evitarse que otras mujeres cayeran en las garras de aquel sádico. Al cabo de unos días habían llamado todas. De forma anónima y aterrorizadas, pero habían llamado. Todas pensaban que estaban solas, que habían sido la única víctima. Al final de la semana, Edna tenía el número de matrícula del coche del violador, una descripción detallada del vehículo y el agresor y decenas de elementos más que llevaron a la policía hasta la casa del violador una noche, quince días después de que se publicaran los artículos, justo cuando se disponía a salir.

Cowart se recostó y sopesó la amenaza de Ferguson. Era muy seria.

«Hazlo —se dijo entonces—. Reúnelo todo, todas las mentiras, las pruebas obtenidas ilegalmente, todo, y elabora un artículo y publícalo. No esperes más, hazlo antes de que Ferguson tenga la oportunidad de actuar. Atácalo con palabras y luego corre, llévate a tu hija y escóndela. Es tu única arma. Eso sí, tus colegas de trabajo te arrancarán la piel a tiras por ese artículo. Acabará pisoteado, denostado y con la cabeza ensartada en una estaca. Y después todo será muy duro porque tu mujer te odiará y su marido te odiará y tu hija no lo entenderá, aunque, con un poco de suerte, ella no te odiará.»

Pero era la única manera.

Se incorporó de nuevo en la cama y pensó: «Vas a conseguir que todo el mundo os señale con el dedo, a ti y a él. Y después, tal vez cada cual recibirá su merecido. Hasta Ferguson.

«Titulares de dos y medio, fotos a todo color. Asegúrate de que sale en los teletipos, y en los semanales. Acude a programas de entrevistas. Difunde a los cuatro vientos la verdad sobre Ferguson hasta que el escándalo resuene más alto que todos sus desmentidos. Entonces nadie ignorará el asunto. Lo acuciarán allá donde vaya con libretas, flashes y focos. Descríbelo con todo lujo de detalles para que, se esconda donde se esconda, levante sospechas. No permitas que pase inadvertido y pueda continuar haciendo lo que le plazca. Sí, eso, arrebatáale su invisibilidad: eso lo matará.»

«"¿Es usted un asesino, Cowart?" Puedo serlo.»

Alargó la mano hacia el teléfono para llamar a Will Martín, cuando de repente alguien dio un golpazo en la puerta. Pensó que sería el teniente Brown.

Se levantó con la cabeza desbordada con la idea del artículo que pensaba escribir, abrió la puerta y se encontró con Andrea Shaeffer.

—¿Está aquí? —preguntó la detective.

Tenía el pelo mojado y alborotado. La lluvia había trazado rayas oscuras en su abrigo de cuero. Miró con ansiedad más allá de Cowart, escrutando la habitación. Antes de que él pudiera abrir la boca, ella habló de nuevo.

—¿Está aquí Wilcox o no? Nos hemos separado.

Él negó con la cabeza, pero ella lo apartó para echar un buen vistazo a la habitación. Luego se volvió y dijo:

—Pensé que estaría aquí. ¿Y el teniente Brown?

—Regresará en un momento. ¿Ha pasado algo?

—¡No, nada! —espetó. Luego, bajando la voz—: Sólo nos perdimos de vista el uno al otro. Intentábamos seguir a Ferguson. Wilcox iba a pie y yo en el coche. Pensaba que a estas alturas ya habría llamado.

—No, no ha llamado nadie. ¿Lo ha dejado allí?

—¡Él me dejó a mí! ¿Cuándo va a llegar el teniente Brown?

—Ahora mismo, supongo.

Ella entró por fin en la habitación y se quitó el abrigo mojado. Por un momento tiritó.

—Estoy congelada —dijo—. Necesito un café. Y cambiarme.

Cowart fue al cuarto de baño, cogió una toalla y se la lanzó.

—Tenga. Séquese.

Shaeffer se frotó la cabeza con la toalla, luego los ojos. Cowart vio que retenía la toalla sobre la cara mientras se secaba, escondiéndose detrás del algodón blanco y mullido. Cuando apartó la toalla estaba jadeando.

Cowart iba a seguir haciéndole preguntas cuando volvieron a llamar a la puerta.

—Seguro que es Wilcox —dijo ella.

Era el teniente. Traía un par de bolsas de papel marrón que entregó a Cowart nada más entrar.

—Sólo tenían hamburguesas —dijo, y miró a la detective, que se había quedado en medio de la habitación rígida como una escoba—. ¿Dónde está Bruce?

—Nos vimos obligados a separarnos.

Brown enarcó las cejas con expresión de sorpresa y sintió que una punzada de miedo le cruzaba el estómago. Se recompuso para centrarse en el problema y avanzó despacio hacia el centro de la habitación, como si ralentizando sus pasos pudiera frenar el mal presentimiento que lo embargó.

—¿Se separaron? ¿Dónde? ¿Cómo?

Shaeffer levantó la mirada, nerviosa.

—Wilcox vio a Ferguson salir de su apartamento y comenzó a seguirlo a pie. Yo intenté adelantarme a ellos con el coche. Iban muy deprisa y seguí la calle equivocada. El caso es que nos separamos. Lo busqué en un radio de cinco o seis manzanas y luego volví al apartamento de Ferguson. No aparecía por ningún sitio. Supuse que Wilcox habría vuelto aquí o habría parado a algún coche patrulla. O a un taxi.

—A ver si me aclaro. Wilcox siguió a Ferguson...

—Iban muy deprisa.

—¿Ferguson lo había visto?

—Creo que no.

—Pero ¿por qué iba Wilcox...?

—No lo sé —respondió Shaeffer entre desesperada y enfadada—. Vio a

Ferguson y se apeó del coche hecho un energúmeno. Era como si ansiara enfrentarse a él. No sé qué pensaba hacer después.

—¿Y usted oyó o vio algo?

—No. Ocurrió de un momento para el otro. Iban delante de mí, unos cincuenta metros, y de repente desaparecieron sin dejar rastro.

—¿Qué hizo usted?

—Bajé del coche, recorrí las calles, pregunté a los transeúntes...

—Ya. Y, ¿qué cree usted que pasó?

Shaeffer miró al corpulento detective y se encogió de hombros.

—No lo sé. Creí que habría vuelto aquí. O que al menos habría llamado.

Brown volvió la mirada hacia Cowart.

—¿Algún mensaje en el teléfono?

—No.

—¿Ha probado a llamar a la comisaría de ese puto distrito?

—No —contestó Shaeffer—. Acabo de llegar.

—Está bien —dijo Brown—. Hagamos eso, al menos. Utilice el teléfono de su habitación por si entretanto él intentara llamar aquí.

—Necesito cambiarme. Deme sólo...

—Haga esas llamadas ahora —le ordenó Brown fríamente.

Ella asintió con la cabeza. Sacó la llave de su habitación de un bolsillo, hizo un gesto e iba a decirle algo al teniente, pero se lo pensó mejor y se fue.

Los dos hombres la observaron marchar.

—¿Qué piensa? —preguntó Cowart.

Brown se volvió y le espetó:

—No pienso nada. Y usted tampoco piense nada.

Cowart fue a responder, pero se limitó a hacer un gesto con la cabeza. Ambos se sentaron a comer las hamburguesas ya frías, esperando en tenso silencio a que sonara el teléfono.

Había pasado casi media hora cuando Shaeffer regresó.

—He hablado con las comisarías doce, diecisiete y veinte —explicó—. Ni rastro de Wilcox. Al menos, él no los ha llamado. Me han dicho que tampoco han recibido ninguna llamada anormal. Uno tenía a una patrulla implicada en un tiroteo, pero era un asunto de bandas. Todos me han dicho que con este tiempo el ambiente está bastante tranquilo. También he llamado a un par de centros de urgencias, sólo por si acaso. Y a la central de bomberos y rescate. Nada.

Brown arrugó la frente.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo de pronto—. Venga, vamos a buscarlo. Ahora mismo.

Cowart consultó su libreta de notas.

—Mire, Ferguson tiene una clase a última hora. Técnicas forenses. De ocho a diez y media. Tal vez Wilcox lo siguió hasta el campus.

Brown asintió y luego meneó la cabeza.



—Es posible. Pero no podemos esperar.

—¿Qué conseguiremos si salimos corriendo ahora? A lo mejor él viene hacia aquí.

—Y a lo mejor no.

—Bueno, es su compañero. ¿Qué cree usted que hará?

Shaeffer resopló. «Tiene que ser eso —pensó—. Seguro que siguió a ese capullo en algún autobús y luego en el tren y no ha tenido posibilidad de llamar. Y ahora lo está siguiendo de vuelta a casa y no volverá hasta la medianoche.» Sintió una pequeña ráfaga de alivio, cálida y reconfortante, que la alejó de la gélida desesperación que la embargaba desde que perdiera de vista a Wilcox. De pronto fue consciente de las luces de la habitación, de los muebles y los adornos de plástico, de la cotidiana familiaridad del entorno. Se sintió como de regreso a la superficie desde las profundidades de un pozo oscuro y profundo.

La áspera voz del teniente deshizo su ensoñación.

—Iremos ahora mismo. —Señaló a Shaeffer—. Quiero que usted me enseñe dónde sucedió todo. Vamos.

Cowart cogió su abrigo, y los tres volvieron a adentrarse en la noche.

Mientras Shaeffer conducía, el teniente iba encogido en el asiento del pasajero, angustiado. Wilcox habría llamado, Brown lo sabía. Wilcox era impetuoso, a veces hasta un punto temerario, y se dejaba llevar por los impulsos y una arrogante confianza en sí mismo, pero habría llamado. Esas eran las cualidades de su compañero que más le gustaban a Brown, pues en su propia vida todo había sido siempre demasiado calculado, demasiado definido. Cada momento de su existencia lo había dedicado a una responsabilidad cuidadosamente meditada: cuando era niño, sentado a la mesa los domingos después de misa, había escuchado a su padre decir: «¡Nos rebelaremos!», y había interpretado esas palabras como una orden; se había encargado de llevar el balón para el equipo de fútbol; había ayudado a los heridos en la guerra; se había convertido en el negro de mayor rango de la policía de Escambia. No había espontaneidad en su vida. Y sabía que la elección de sus compañeros la había hecho pensando en eso; con Bruce Wilcox, que interpretaba el mundo en términos del bien y el mal, los buenos y los malos, y que nunca reflexionaba mucho sus decisiones, el equilibrio era perfecto. «Casi siento envidia de ese capullo», pensó.

Los recuerdos lo hicieron sentir peor.

Él sabía que había ocurrido algo, se lo decía su instinto, y sin embargo era incapaz de reaccionar ante aquel desastre. Si revisaba el historial de su colega, encontraría decenas de ocasiones en que su impulsividad le había hecho pasarse de la raya, pero siempre volvía al redil arrepentido y cabizbajo, ruborizado y dispuesto a aceptar la reprimenda del teniente Brown. El

problema era que todos aquellos incidentes siempre habían ocurrido en su condado natal, donde los dos habían crecido y se sentían a salvo, seguros, y no digamos poderosos.

Tanny Brown iba mirando fijamente por la ventanilla hacia la impenetrable noche. «Jamás debimos venir a este lugar infernal», pensó.

Se volvió hacia Cowart.

«Debería haber dejado que este gilipollas se hundiera solo», se dijo mirándolo fijamente.

Cowart también iba contemplando la noche. Las calles brillaban todavía a causa de la lluvia, reflejando las luces de las farolas y los letreros de neón de los bares. La neblina se elevaba por encima del asfalto, mezclándose con las columnas de vapor que a veces vomitaba el suelo, como si en las profundidades alguna deidad hubiera montado en cólera.

Mientras Shaeffer conducía, los ojos de Brown rastreaban la zona, examinando, buscando. Cowart los observaba desde el asiento trasero.

No sabía en qué momento se había dado cuenta de que aquella búsqueda sería inútil. Tal vez fue al salir de la autopista y comenzar a callejear por aquel siniestro barrio, pero se cuidó mucho de expresar su presentimiento. Con cada segundo que pasaba, el teniente parecía precipitarse a una especie de abismo. También la extraña manera de conducir de Shaeffer revelaba su desconcierto ante la desaparición de Wilcox. De los tres, pensó, él era el menos afectado. No le gustaba Wilcox, no confiaba en él, pero aun así se estremecía al pensar que tal vez la oscuridad lo había engullido.

Shaeffer detectó un movimiento con el rabillo del ojo y se desvió bruscamente hacia el bordillo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Eran dos hombres harapientos, dos vagabundos que se peleaban por una botella. Uno de ellos le asestó al otro una brutal patada que lo dejó tendido en la acera. Continuó dándole patadas, balanceando su pierna como un péndulo, hincándola en el costado y las costillas del caído. Finalmente paró, se agachó y cogió la botella en disputa. Comenzó a alejarse, pero de pronto volvió sobre sus pasos y asestó una patada en la cabeza al apaleado. Un instante después se deslizó entre las sombras y desapareció.

Brown pensó: «He visto pobreza, prejuicios, odio, maldad y desesperación. —Paseó la mirada por la calle—. Pero nunca esto.» Aquel barrio se asemejaba a las ruinas bombardeadas de alguna ciudad devastada tras una terrible guerra. Deseó poder regresar cuanto antes al condado de Escambia. «Puede que allí las cosas sean crueles y perversas, pero ya las conozco.»

—Dios mío —exclamó Cowart, interrumpiendo los pensamientos del teniente—. Ese hombre puede estar agonizando.

Pero en ese momento el apaleado comenzó a moverse, se levantó y se alejó cojeando de sombra en sombra en otra dirección.

Shaeffer, con la sensación de que preferiría estar en cualquier otro lugar del

mundo, volvió a arrancar y los llevó a recorrer por tercera vez el lugar donde había perdido de vista a Wilcox.

—Nada —dijo al final.

—De acuerdo —dijo Brown con brusquedad—, estamos perdiendo el tiempo. Vamos al apartamento de Ferguson.

Cuando llegaron, todo el edificio estaba a oscuras, las aceras desiertas. El coche apenas se había detenido cuando Brown bajó y se dirigió corriendo hacia la entrada. Cowart apretó el paso para darle alcance. Shaeffer iba la última, pero gritó:

—¡Segundo piso, primera puerta!

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Cowart.

No obtuvo respuesta.

El portal estaba abierto y Brown se precipitó escaleras arriba. Sus zancadas retumbaban en los peldaños como el ruido de una ametralladora. Se detuvo ante la puerta de Ferguson y desenfundó su arma. Apartándose a un lado, aporreó media docena de veces la puerta revestida de acero.

—¡Policía! ¡Abran!

Volvió a la carga, haciendo vibrar la pared con sus golpes.

—¡Ferguson! ¡Abra la puta puerta!

Cowart notaba a Shaeffer a su lado, empuñando su arma con las dos manos y apuntando a la puerta, con la respiración acelerada. Él se apoyó contra la pared, aunque su solidez no hizo que se sintiera más seguro.

Brown aporreó la puerta de nuevo. Los golpes retumbaron en todo el pasillo.

—¡Maldita sea, policía! ¡Abra la puerta!

Nada.

Miró a Shaeffer.

—¿Está segura de que...?

—Ésta es la puerta —dijo ella.

—¿Dónde coño...?

Los tres oyeron un ruido a su espalda. Cowart notó que las entrañas se le encogían del miedo. Shaeffer se dio la vuelta, apuntando hacia el ruido y gritando:

—¡No se mueva! ¡Policía!

Brown comenzó a avanzar.

—Yo no he hecho nada —dijo una voz.

Cowart vio a una corpulenta mujer negra en el rellano de la escalera; vestía una bata azul deshilachada y unas zapatillas rosa de andar por casa. Se apoyaba sobre un andador de aluminio, inclinando la cabeza adelante y atrás. Llevaba un gorro de ducha opaco y rulos de colores chillones en el pelo. Su aspecto grotesco aflojó la tensión. Cowart tuvo la sensación de que ellos tres, pistola en mano y con cara de póquer, eran quienes en verdad hacían el ridículo.

—¿Por qué arman tanto ruido? Han provocado aquí un jaleo de mil

demonios, con todos esos golpes y gritos, menudos gamberros. Esta no es una casa de drogas llena de yonquis. La gente que vive aquí trabaja. Trabajan y tienen que dormir por la noche. Usted, ¿qué hace aporreando la puerta a mazazos?

Brown apretó los labios y enarcó las cejas.

—¿Señora Washington? —terció Shaeffer—. ¿Se acuerda de mí, del otro día? Soy la detective Shaeffer. De Florida. Estamos buscando a Ferguson otra vez. Éstos son el teniente Brown y el señor Cowart. ¿Ha visto a Ferguson?

—Salió hace un rato.

—Lo sé, poco después de las seis, yo lo vi salir.

—No. Después regresó. Se volvió a marchar sobre las diez. Lo vi desde la ventana.

—¿Adónde iba? —preguntó Brown.

La mujer frunció el entrecejo.

—¿Cómo voy a saberlo? Llevaba un par de maletas. Se fue sin más. Tal como le digo. No se paró a decir ni hola ni adiós. Cogió la puerta y se largó. Quizá vuelva, no lo sé. Yo no le pregunté nada. Sólo oí ajeteo aquí arriba. Luego lo vi irse sin mirar atrás. —La mujer retrocedió—. Ahora a ver si dejan dormir a la gente en paz.

—Un momento —dijo Brown—. Queremos entrar. —Señaló el apartamento.

—No puedo hacer eso —repuso la mujer.

—Queremos entrar —repitió Brown.

—¿Tiene una orden? —preguntó ella con astucia.

—No necesito una maldita orden —respondió él. Miró a la mujer con los ojos encendidos.

Ella vaciló.

—No quiero meterme en líos —dijo.

—Como no traiga la llave y abra esa puerta, va a saber lo que es meterse en un buen lío —respondió Brown.

La mujer titubeó otra vez, pero se volvió y asintió.

Su marido, que hasta entonces no se había dejado ver, apareció con unas llaves tintineantes. Llevaba la camisa de un viejo pijama y unos viejos pantalones caqui. Sus piernas fibrosas subieron rápidamente las escaleras.

—No debería hacer esto —dijo mirando a Brown, pero se abrió paso entre ellos hasta la puerta—. No debería hacer esto —repitió. Comenzó a probar llaves. Lo intentó con tres antes de que la puerta se abriera—. Debería enseñarme una orden —dijo entonces.

Brown lo apartó con el brazo, ignorando sus palabras. Encendió la luz y entró cubriéndose con la pistola. Comprobó el cuarto de baño y el dormitorio para cerciorarse de que no había nadie.

—Vacío —dijo.

Su constatación agudizó la sensación que lo desgarraba. Vacío y frío como

una tumba. Recorrió con la mirada el apartamento, sabiendo perfectamente qué sucedía pero negándose a admitir que Ferguson volvía a las andadas. Fue hasta la mesa donde alguna vez se había sentado Ferguson. «El estudiante modelo», pensó. Diversos papeles habían quedado esparcidos por el suelo. Los empujó con el pie y al levantar la vista vio a Cowart examinando la habitación.

—Se ha ido —dijo éste con tono de asombro.

El periodista esperaba que Ferguson estuviera allí, burlándose de todos ellos, pensando que estaba a salvo para siempre. «Ahora ya no hay tiempo», se dijo. Sintió que el artículo que proyectaba escribir se le escurría entre los dedos. «No hay tiempo. Ferguson está ahí fuera y nada lo detendrá.» Por su mente comenzaron a pasar escenas atroces. No sabía cuáles eran las intenciones de Ferguson, ni si su hija corría algún peligro. O alguna otra niña. Nadie estaba a salvo. Miró al teniente y se dio cuenta de que estaba pensando exactamente lo mismo.

La noche se encaminaba hacia el alba, pero no prometía dar tregua a la oscuridad que los envolvía.

## 25

### TIEMPO PERDIDO

Perdieron horas con el cansancio y la burocracia.

Brown se sentía atrapado entre los trámites y el miedo. Tras comprobar que el apartamento de Ferguson estaba vacío, se había visto forzado a informar a la policía local de la desaparición de Wilcox, pero sentía que cada segundo que pasaba lo distanciaba de su presa. Shaeffer y él habían pasado el resto de la noche con dos agentes de la policía de Newark, ninguno de los cuales acababa de entender por qué dos detectives de diferentes partes de Florida querían interrogar a un hombre que entonces no era sospechoso de ningún delito. La pareja de agentes escuchó el relato de Shaeffer sobre lo sucedido y ambos se mostraron sorprendidos ante la forma en que Wilcox se había adentrado en la oscuridad tras Ferguson. Con su reacción, dieron a entender que, en su opinión, fuera lo que fuese lo que le había ocurrido a Wilcox, se lo merecía; no les parecía lógico que un policía, fuera de su jurisdicción, lejos de todo territorio conocido e impulsado por la rabia, se lanzara en persecución de un hombre por un barrio que, según ellos, no pertenecía ni siquiera a Estados Unidos, sino a alguna nación extranjera con sus propias normas, leyes y códigos de conducta. A Brown le indignó aquella actitud y los tachó de racistas, a pesar de que la lógica les diera la razón. Shaeffer se quedó estupefacta ante semejante crudeza y se prometió que, por terribles que pudieran ponerse las cosas para ella como mujer policía, jamás iba a justificarse utilizando los argumentos que acababa de escuchar.

Luego dedicaron tiempo a enseñarles el lugar donde se había visto por última vez a Wilcox y mostrándoles la ruta que habían seguido en su búsqueda. Habían pasado por el apartamento de Ferguson, pero seguía sin haber rastro de él. Los agentes locales, sin embargo, creían que no había abandonado la ciudad.

Poco antes de amanecer, le dijeron a Brown que emitirían una orden de búsqueda y destinarían una patrulla a recorrer las calles preguntando por

Wilcox. Pero insistieron en que Brown debía telefonar a su propia comisaría, como si pensarán que Wilcox acabaría apareciendo en el condado de Escambia.

Cowart pasó la noche en su habitación del motel esperando a los dos detectives. No sabía cuánta importancia concederle a la amenaza de Ferguson, pero sentía que su situación empeoraba minuto a minuto y que su única arma, aquel artículo, se tornaba una posibilidad cada vez más lejana. Ningún artículo causaría un gran impacto si no lograba localizar a Ferguson. Éste tenía que quedar atrapado por el artículo, tenía que verse inmediatamente rodeado de preguntas, enredado en la maraña de sus propios desmentidos. Era la única forma que Cowart tenía de conseguir un poco de tiempo para protegerse. Si Ferguson podía campar a sus anchas la amenaza sería constante, invisible. Pero antes de publicar una sola palabra en el periódico, Cowart tenía que volver a encontrar a Ferguson.

Miró su reloj de pulsera y, al observar cómo el segundero recorría cada minuto, se acordó del reloj del corredor de la muerte.

No podía postergarlo más. Ignorando el terrible sobresalto que supone recibir una llamada en mitad de la noche, cogió el teléfono y marcó el número de su ex mujer.

Sonó dos veces antes de oír al nuevo marido de su mujer responder con un gruñido.

—¿Tom? Soy Matt. Siento molestaros, pero tengo un problema y...

—¿Matt? Dios mío. ¿Sabes qué hora es? Tengo que ir al juzgado por la mañana. ¿Qué demonios pasa?

Luego oyó la voz de su mujer, a tuestas en la oscuridad. No pudo oír lo que decía pero oyó la explicación de su nuevo marido.

—Es tu ex. Una emergencia, supongo.

Hubo una pausa, luego oyó las dos voces al teléfono.

—Bien, ¿Matty? ¿Qué demonios pasa?

El abogado empleaba ya un tono irritado, y antes de que Cowart pudiera explicarse añadió:

—Maldita sea, ahora se ha despertado el bebé. Joder.

Cowart lamentó no haber preparado el discurso.

—Creo que Becky corre peligro —dijo.

En el auricular hubo un silencio, y luego dijo su ex mujer:

—¿Peligro de qué? Matty, ¿de qué estás hablando?

—Del hombre acerca del que escribí. El del corredor de la muerte. Ha amenazado a Becky. Sabe dónde vivís.

Hubo otra pausa antes de que Tom dijera:

—Pero ¿por qué? Tú escribiste que él no mató a nadie...

—Puede que me equivocara.

—Pero ¿por qué Becky?

—No quiere que yo vuelva a escribir un artículo.

—A ver, Matt, ¿qué es lo que dijo ese hombre exactamente? Intentemos

aclararnos. ¿Qué clase de amenaza?

—No lo sé. Mira, no es eso, no sé, es todo... —Se dio cuenta de que estaba diciendo cosas sin sentido.

—Matt, joder. Llamas en plena noche y...

El abogado fue interrumpido por su mujer.

—Matty, ¿va en serio? ¿Es verdad?

—Sandy, ojalá pudiera decirte qué es verdad y qué no lo es. Lo único que sé es que ese hombre es peligroso y que ha desaparecido. He creído que tenía que avisaros.

—Pero Matt —terció el abogado—, necesitamos saber algún detalle. Necesito una valoración de qué demonios significa exactamente todo esto.

Cowart sintió un arrebato de ira.

—No, joder, no necesitas nada. No necesitas saber ni una jodida cosa más, salvo que Becky corre peligro. Que hay un tipo peligroso ahí fuera que sabe dónde vivís y quiere arruinarme utilizando a Becky. ¿Lo entiendes? ¿Te queda claro? Eso es lo único que necesitas saber. Así que, Sandy, coge una maleta y llévate a Becky a algún sitio neutral. Por ejemplo, a Michigan con tu tía. Pero ya. Coged el primer vuelo de la mañana. Iros hasta que logre arreglar este entuerto. Lo arreglaré, os lo prometo. Pero no puedo hacer nada hasta que sepa que Becky está lejos de todo peligro, en algún sitio donde ese hombre no pueda encontrarla. Tenéis que iros ahora. ¿Lo entiendes? No merece la pena arriesgarse.

Hubo otra pausa y luego su ex mujer contestó:

—De acuerdo.

—¡Sandy! —exclamó su marido—. Por el amor de Dios, no sabemos...

—Lo sabremos enseguida —dijo ella—. Matty, ¿me vas a llamar? ¿Llamarás a Tom y le explicarás todo esto? ¿En cuanto puedas?

—Claro.

—Dios mío —dijo el marido, y añadió—: Matty, espero que esto no sea ninguna tontería... —Titubeó y añadió—: Bueno, espero que sí lo sea. Espero que todo esto no sea más que una broma pesada. Y que cuando me llames para darme una maldita explicación, sea muy buena. No entiendo por qué no llamo ahora mismo a la policía o incluso contrato a un detective privado...

—¡Porque la puta policía no puede evitar una amenaza! ¡No pueden hacer nada hasta que pase algo! Ella no estará a salvo aunque contrates a la puta Guardia Nacional para vigilarla. Tienes que llevarla a un lugar donde ese maníaco no pueda localizarla.

—¿Y qué le digo a Becky? —preguntó su ex mujer—. Se va a morir de miedo con todo esto.

—Ya lo sé —respondió Cowart. La desesperación y la impotencia lo envolvían como volutas de humo—. Pero las alternativas son mucho peores.

—Ese hombre... —comenzó el abogado.

—Ese hombre es un asesino —dijo Cowart.



El abogado suspiró.

—Vale. Cogerán el primer vuelo de la mañana. ¿De acuerdo? Yo me quedaré aquí. El tipo no me amenazó a mí, ¿no?

—No.

—Vale. Bien.

Volvió a hacerse el silencio, y Cowart añadió:

—¿Sandy?

—Dime, Matt.

—Cuando cuelgues no pienses que se trata de una tontería y que no tienes que hacer nada. Sal inmediatamente. Mantén a Becky a salvo. Yo no puedo moverme hasta que ella esté a salvo. ¿Me lo prometes?

—Lo entiendo.

—¿Me lo prometes?

—Sí...

—Gracias —dijo. Se debatía entre el alivio y la tensión—. Os llamaré con más detalles en cuanto los tenga.

El nuevo marido gruñó en señal de asentimiento. Cowart colgó el auricular con cautela, como si fuera frágil, y volvió a recostarse en la cama del motel. Se sentía mejor y peor al mismo tiempo.

Cuando Brown y Shaeffer regresaron al motel parecía pesarles el desánimo que se sumaba al tremendo agotamiento.

—¿Han conseguido algo? —preguntó Cowart.

—Al parecer la policía local cree que estamos locos —dijo Shaeffer—. O si no locos, que somos unos incompetentes. En el fondo, no quieren que nadie los importune. Habría sido diferente si hubieran visto la posibilidad de sacar tajada. Pero no.

Cowart asintió con la cabeza.

—¿Y qué opciones nos quedan?

Brown respondió en voz baja.

—Perseguir a un hombre culpable de algo y sospechoso de todo sin pruebas de nada. —Soltó una leve carcajada—. Madre mía, debería haberme hecho escritor, como usted, Cowart.

Shaeffer se frotó la cara con las manos y se apartó el pelo, estirándose la piel como si de ese modo pudiera pensar con mayor claridad.

—¿Cuántas? —preguntó, volviéndose hacia los dos hombres—. Está la primera, sobre la que usted escribió...

Los dos hombres guardaron silencio, reservándose sus miedos.

—¿Cuántas? —insistió ella—. ¿Qué pasa? ¿Creen que sucederá algo malo si comparten información? ¿Qué podría ser peor que lo que nos está pasando?

—Joanie Shriver —respondió Cowart—. La primera, que sepamos. Luego una niña de doce años en Perrine que desapareció...

—¿En Perrine? —dijo Shaeffer—. No me extraña que...

—¿Qué no le extraña? —preguntó Cowart.

—Fue la primera pregunta que Ferguson me hizo cuando fui a verlo. Quería asegurarse de que yo investigaba un caso del condado de Monroe. Parecía bastante preocupado respecto adonde caía la frontera entre los condados de Dade y Monroe. Una vez estuvo seguro, se relajó.

—Joder —susurró Cowart.

—Lo de esa niña no lo sabemos con certeza —precisó Brown—. Es pura especulación...

Cowart se levantó, sacudiendo la cabeza. Fue hasta su abrigo y sacó los folios impresos que había llevado consigo todo el tiempo. Se los entregó a Brown, que los leyó rápidamente por encima.

—¿Qué es eso? —preguntó Shaeffer.

—Nada —respondió Brown, con tono de frustración. Dobló las hojas y se las devolvió a Cowart—. ¿Así que estuvo allí?

—En efecto, estuvo allí.

—Pero no tenemos nada contra él. Ningún cuerpo, quiero decir. Pero, a juzgar por lo que dice Shaeffer, sospecho que el cuerpo debe de estar en alguna parte de los Everglades, cerca de la frontera del condado.

—Cierto. —Cowart se volvió hacia la mujer—. Ve, ya son dos. Dos por lo menos...

—Tres —agregó Brown en voz baja—. Una niña de Eatonville. Desapareció hace unos meses.

Cowart miró fijamente al teniente.

—Usted no me lo... —comenzó.

Brown se encogió de hombros.

Cowart, con las manos temblorosas por la rabia, cogió su libreta de notas.

—Estuvo en Eatonville hace seis meses. En la iglesia presbiteriana de Cristo Nuestro Salvador. Pronunció su discurso sobre Jesús. ¿Fue entonces cuando...?

—No, un poco después.

—Mierda —masculló Cowart.

—Volvió. Debió de volver allí cuando sabía que nadie lo vería.

—Sí, seguro que sí. Pero ¿cómo podemos demostrarlo?

—Yo lo demostraré.

—Fantástico. ¿Por qué no me lo dijo antes? —La voz de Cowart se quebraba por la rabia.

Brown respondió igual de enfurecido.

—¿Decírselo? ¿Para que usted hiciera qué? ¿Para publicarlo en su puto periódico antes de que yo investigara el caso? ¿Antes de que pudiera recorrer todos los pueblos negros de Florida? ¿Quería que yo se lo dijera para poder contárselo al mundo y así salvar su reputación?

—¡Para conseguir algo! ¿Cuántas personas van a morir mientras usted ata cabos sueltos?

—¿Y qué coño conseguiríamos publicándolo en el periódico?

—¡Funcionaría! ¡Sacaríamos a Ferguson de la sombra!

—Más bien eso lo alertaría y empezaría a moverse con más cautela.

—No. Toda la gente estaría prevenida...

—Claro, y así él podría cambiar su *modus operandi* y no habría tribunal en el mundo al que pudiéramos llevarlo jamás.

Los dos hombres se habían puesto de pie, enfrentándose con la mirada, como a punto de llegar a las manos. Shaeffer se interpuso entre ambos.

—¿Se han vuelto locos? —los reprendió—. ¿Han perdido la chaveta? ¿No han compartido toda la información? ¿A qué viene tanto secretismo?

Cowart la miró negando con la cabeza.

—Quizás a que nadie lo cuenta todo. Especialmente la verdad.

—¿Cuántas personas han muerto por...? —comenzó Shaeffer, pero se interrumpió, consciente de que ella misma poseía información que no quería compartir.

Pero Cowart se percató.

—¿Qué nos está ocultando, detective?

Ella no tuvo elección.

—Los padres de Sullivan —dijo—. Ferguson tenía razón. No fue él.

—¿Cómo?

Entonces la detective les explicó todo lo que le había contado Michael Weiss: la Biblia, el guardia, el hermano.

Cowart se mostró sorprendido y sacudió la cabeza.

—Rogers —dijo—. ¿Quién lo iba a decir? —Pero no era ningún disparate. Rogers estaba al tanto de todo cuanto sucedía en Starke. Para él habría sido pan comido, pero aun así...—. Hay algo que no entiendo —continuó—. Si realmente fue Rogers, ¿por qué Sullivan se obstinó en contarme que Ferguson estaba implicado en el asesinato, si luego iba a escribir el nombre de Rogers en la Biblia?

Brown se encogió de hombros.

—Era la mejor manera de garantizar que alguien salía impune de un asesinato. Múltiples sospechosos. A usted le cuenta una cosa y deja pruebas que apuntan en otra dirección. Sólo hay que esperar a que un abogado defensor saque partido de eso. No obstante, creo que lo hizo porque era un hombre enfermo. Enfermo y lleno de maldad. Fue la manera que encontró de arrastrar a todo el mundo consigo hacia el infierno que le aguardaba: a usted, a Ferguson, a Rogers... y a tres policías a los que ni siquiera conoce.

Hubo un breve silencio.

—Así que puede que Rogers lo hiciera y puede que no —dijo Cowart—. Ahora mismo, el viejo Sully debe de estar ahí abajo desternillándose de todos nosotros. —Hizo un gesto con la cabeza—. ¿Entonces qué significa esto?

—Significa —dijo Shaeffer— que ya podemos olvidarnos de Sullivan. Olvidarnos de sus rompecabezas. Ocupémonos de Ferguson y sus víctimas.

¿Tres, es eso?

—Realizó siete viajes al Sur. Siete, que sepamos.

—¿Siete?

Cowart levantó los brazos en señal de rendición.

—No sabemos cuáles fueron para inspeccionar y cuáles para actuar. Lo que sí sabemos... ¡joder! Lo que sospechamos es que hay tres niñas. Una blanca y dos negras. Y Wilcox.

—Cuatro —dijo Shaeffer en voz baja.

—Cuatro —dijo Brown bruscamente. Se puso en pie como queriendo demostrar que el cansancio era algo negativo y comenzó a caminar por la habitación como un preso en una celda—. ¿No ven lo que está haciendo? —preguntó de pronto.

—¿Qué?

El tono de Brown traslucía una urgencia que hacía vibrar su voz. Miró a la joven detective.

—¿Qué es lo que hacemos nosotros? Tiene lugar un crimen y lo primero que hacemos es suponer que, aunque se trate de un caso poco frecuente, encajará en una categoría reconocible y definida. O sea, creemos que tendrá las mismas características que otros cien, ¿vale? Eso es lo que nos enseñan y eso es lo que esperamos. De modo que salimos a la calle en busca de los sospechosos habituales. Los mismos sospechosos que en otras cien ocasiones resultan culpables. Analizamos todo cuanto hallamos en la escena del crimen con la esperanza de que un fragmento de cabello o una gota de sangre o una muestra de fibra apunte hacia algún candidato de esa lista previa. Y lo hacemos así porque la alternativa es aterradora: que alguien sin relación alguna con ninguna prueba haya cometido el asesinato. Alguien que uno no conoce, que nadie conoce, que tal vez ya se encuentre a mil kilómetros del lugar de los hechos. Y que lo hizo por un motivo tan retorcido que nadie puede tomar en cuenta ni entender. Cuando ése es el caso, uno tiene una opción entre un millón de reunir pruebas para ir a los tribunales y tal vez ni siquiera eso. Por eso fuimos de inmediato a por Ferguson cuando mataron a Joanie Shriver. Porque teníamos un crimen y él estaba en la lista... —Miró a Shaeffer y luego a Cowart—. Pero ahora, ya ven, él lo ha descubierto. —Se golpeó la palma de la mano con el puño para enfatizar sus palabras—. Ha descubierto que la distancia lo ayuda a mantenerse a salvo, que cuando llega a algún pueblo pequeño para matar, nadie lo conoce. Nadie le prestará atención. Y nadie lo verá cuando atrape a su víctima. ¿Y a quién atrapa? Ya aprendió qué sucedía si raptaba a una niña blanca. De manera que ahora va a lugares donde la policía no tiene tantos recursos y la prensa no está tan al corriente, y atrapa a una niña negra, porque eso no atrae la atención de nadie, al menos no como Joanie Shriver. Así que se desplaza y actúa, luego regresa aquí y vuelve a la universidad, y nadie lo busca. Nadie. —Hizo una pausa antes de añadir—: Excepto nosotros tres.

—¿Y Wilcox? —preguntó Cowart.

Brown lanzó un hondo suspiro.

—Está muerto —respondió con rotundidad.

—Eso no lo sabemos —dijo Shaeffer. La idea le resultaba inconcebible. Sabía que era cierto pero no soportaba escucharlo.

—Muerto —repitió Brown, elevando la voz—. En algún lugar de por aquí. Por eso Ferguson ha huido. Es su regla número uno: matar y ponerse a salvo. Matar anónimamente. Utilizar la distancia. Una fórmula de lo más sencilla. —Miró fijamente a la joven detective—. Está muerto desde el momento en que usted lo perdió de vista.

—No debió haberlo dejado solo —dijo Cowart.

Ella se enfureció.

—¡Yo no lo dejé solo! ¡Él me dejó a mí! Intenté detenerlo. ¡Joder, no sé por qué tengo que aguantar esto! ¡Ni siquiera tengo por qué estar aquí!

—Sí, tiene que estar aquí —replicó Cowart—. ¿No lo entiende, detective? Ahí fuera hay un tipo muy malo. El motivo: juicios erróneos, equivocaciones, mala suerte, lo que sea. Si lo unimos todo, la conclusión es que el teniente lo dejó escapar... —dijo Cowart señalando con descaro a Brown—. Que yo lo dejé escapar... —Se tocó el pecho y luego señaló a Shaeffer—: Y ahora usted también lo ha dejado escapar. Así es. —Respiró hondo—. De hecho, sólo uno de nosotros logró atraparlo: Wilcox. Y ahora...

—Está muerto —repitió Brown, de pie en el centro de la habitación. Apretó los puños y los fue relajando poco a poco—. Y nosotros somos las únicas personas que realmente lo buscan. —Y también señaló a la joven—: Ahora usted está en deuda, como nosotros.

Ella sintió un repentino mareo, como si estuviese en la embarcación de pesca de su padrastro durante una marejada. Pero sabía que era verdad. Ellos tres habían creado el problema. Y ahora estaba en sus manos hallar una solución. «Wilcox y unas niñas —pensó—. Estos dos no tienen ni idea. No saben lo que significa que te arrojen al suelo y te ataquen, lo que significa ser consciente de que están a punto de matarte y no poder hacer nada para evitarlo.» Le pasó por la cabeza una imagen fugaz del horror que aquellas niñas experimentaron en sus últimos minutos. Eso la sobrecogió y reavivó su determinación.

—Pero antes hay que encontrarlo —dijo—. ¿Alguna sugerencia?

—Florida —respondió Cowart lentamente—. Creo que ha regresado. Es lo que conoce. Es donde creará que está más seguro. Sólo le preocupan dos cosas: el teniente Brown y yo. No creo que a usted la relacione con todo esto. ¿La vio con Wilcox?

—No creo.

—Bueno, tal vez eso sea una ventaja.

Cowart se volvió hacia Brown. No podía borrar de su mente algo que Sullivan le había dicho: «Hace falta ser un hombre libre para ser un buen asesino, Cowart.» El periodista cayó en la cuenta de que Ferguson lo sabía, así

que lo dijo.

—Pero usted y yo, bueno, es diferente. Necesita saber que se ha librado de nosotros. Entonces podrá continuar con su carnicería sin preocuparse de que nadie le siga la pista.

—¿Y cómo se libraré de nosotros?

El periodista soltó un largo suspiro.

—El otro día cuando lo vi, amenazó a mi hija. Sabe dónde vive con su madre, en Tampa.

Brown comenzó a decir algo, luego se detuvo.

—Por eso...

—Cuénteme con qué lo amenazó —pidió el detective.

—Se limitó a decir que sabía dónde vivía. No dijo qué pensaba hacer. Sólo que sabía quién era mi hija y que eso me impediría escribir un artículo sobre él. Especialmente sobre alegaciones no demostradas que lo relacionaran con otros crímenes.

—¿Es eso cierto?

—¿Usted qué cree? —respondió el periodista indignado.

—¿Piensa que se dirige allí? ¿A Tampa? ¿A...?

—A arrancarme el corazón. Son palabras suyas.

—¿Y usted lo cree?

Cowart negó con la cabeza.

—No. Yo creo que piensa que ha conseguido cerrarme la boca. Que ya no tiene que hacer nada para mantenerme callado.

El teniente le lanzó una mirada furibunda.

—Yo también tengo hijas —dijo—. ¿Las amenazó?

—No. No las mencionó en ningún momento.

—También sabe dónde viven, Cowart. Todo el mundo en Pachoula sabe dónde vivo.

—Ferguson no mencionó nada al respecto.

—¿Sabía Ferguson que cuando usted estaba en su apartamento y él lo amenazaba, yo estaba fuera en el coche? ¿Sabía que yo estaba allí cerca?

—No lo sé.

—¿Por qué no las mencionó, Cowart? ¿Por qué no iba a funcionar conmigo la misma amenaza?

Cowart meneó la cabeza.

—Él sabe que usted no se detendría.

Brown asintió.

—Al menos eso lo ha entendido, señor periodista. Entonces, ¿qué piensa hacer Ferguson conmigo? Si yo soy el único problema que le queda, ¿cómo piensa deshacerse de mí?

A Cowart sólo se le ocurrió una explicación.

—Probablemente quiera hacerle a usted lo mismo que le hizo a Wilcox. Tenderle una trampa y... —Hizo una pausa—. Tal vez me equivoque. Tal vez

llegó a la conclusión de que lo mejor era huir. Boston, Chicago, Los Angeles, cualquier ciudad con grandes barrios marginales. Podría desaparecer y, si tuviera paciencia, esperar una temporada para volver a las andadas.

—¿Y cree que tendría la paciencia necesaria? —preguntó Shaeffer.

Cowart negó con la cabeza.

—No. Tampoco sé si él piensa que necesita paciencia. Ha ganado todas las partidas. Es arrogante, está en racha y cree que no podemos atraparlo. Y en el supuesto de que diéramos con él, ¿qué podríamos hacerle? Ya nos ha vencido más veces. Seguro que cree que puede lograrlo de nuevo.

—Lo que significa que sólo hay un lugar al que puede estar dirigiéndose en este momento —terció Brown bruscamente. Los miró—. Sólo un lugar: donde todo comenzó.

—Pachoula —dijo Cowart.

—Pachoula —asintió el teniente—. Su hogar. Mi hogar. El lugar donde se siente seguro. A pesar de que allí todo el mundo lo odie, es donde sigue sintiéndose cómodo y seguro. Un buen lugar para comenzar y para acabar. Y allí es donde ha ido, estoy seguro.

Cowart asintió con la cabeza y señaló el teléfono.

—Pues llame. Ordene que vigilen la casa de la abuela. Haga que lo detengan.

Brown vaciló un instante y se dirigió hacia el teléfono. Marcó rápidamente los números y aguardó. Tras unos segundos, dijo:

—¿Central? Soy el teniente Brown. Páseme con el oficial de guardia.

—Un silencio—. ¿Randy? Soy Tanny Brown. Mira, ha surgido algo. Algo importante. No quiero entrar en detalles ahora, pero necesito que me hagas un favor. Asigna un par de coches patrulla para que vigilen el colegio todo el día. Y pon otro coche delante de mi casa. Que el agente le diga a mi padre que llegaré lo antes posible y se lo explicaré todo, ¿de acuerdo?

Una pausa.

—No, no. Sólo haz lo que te pido, ¿entendido? Te lo agradezco. No te preocupes por el viejo. Él se las arregla bien. Son las niñas las que me preocupan...

Escuchó y luego agregó:

—No, nada tan específico. Yo me encargaré de todo el papeleo cuando vuelva. Hoy, si puede ser. De lo contrario, mañana. ¿Que qué tienen que vigilar? A cualquiera que les llame la atención. ¿Entendido? Cualquiera.

Colgó.

—Pero no les ha hablado de Ferguson —observó Cowart sorprendido—. Ni una palabra.

—Les he dicho lo suficiente. No nos lleva tanta ventaja. Si nos damos prisa lo alcanzaremos antes de que esté preparado para encontrarse con nosotros.

—Pero qué pasa si...

—Nada de peros, Cowart. Los coches patrulla lo mantendrán alejado hasta

que lleguemos nosotros. Y entonces será mío. —Los miró con furia contenida—. De nadie más. Yo acabaré con él. ¿Entendido?

Guardaron silencio hasta que Cowart se dirigió a la cómoda y sacó un horario de vuelos de su pequeña maleta.

—A mediodía hay un vuelo a Atlanta —informó—. A Mobile no hay nada hasta media tarde. Pero podemos volar a Birmingham y desde allí coger un coche. A última hora del día estaríamos en Pachoula.

Brown asintió. Lanzó una mirada inquisitiva a Shaeffer, que masculló en señal de aprobación.

—A última hora del día —repitió quedamente el teniente.



## 26

### CADA OVEJA A SU REDIL

Atravesaron la frontera entre Alabama y el condado de Escambia, conduciendo rápido mientras el crepúsculo del Golfo los llevaba hacia la noche. El cielo sureño había perdido la luminosidad de su azul satinado, y en su lugar surcaba el horizonte un gris sucio que amenazaba con mal tiempo. Un viento cálido y cambiante soplaba a rachas, las ráfagas ocasionales hacían vibrar las ventanillas del coche, despojándolos del frío y la humedad que arrastraban desde el noreste. Pasaron por delante de granjas polvorientas y zonas de pinos de gran altura, cuya posición erguida y vertical evocó en la mente de Cowart el momento en que los espectadores de un estadio se ponen en pie impulsados por la tensión. La velocidad del coche era reflejo de las dudas que los asaltaban. Todos sentían la urgencia, la necesidad de avanzar a toda prisa, acompañados en todo momento por la incertidumbre. El paisaje pasaba con gran celeridad; apenas parecía haber espacio suficiente para respirar en aquella estrecha carretera. Cowart se agarró al reposabrazos al ver que se aproximaban a un viejo autobús escolar, pintado de blanco reluciente, que avanzaba balanceándose lentamente por el único carril de la carretera. Brown tuvo que pisar el freno para evitar embestirlo por detrás. Cowart alzó la vista y vio que en la parte trasera del autobús, sobre la salida de emergencia, unas palabras escritas a mano en un rojo chillón, entusiasta y alegre rezaban: «¡Aún estás a tiempo de dar la bienvenida a tu salvador!» Debajo, en letras ligeramente más pequeñas, pero igual de recargadas: «Nueva Iglesia Bautista de la Redención. Pachoula, Florida.» Y por último, en el parachoques, una exhortación en letras grandes y pomposas: «¡Sígueme hasta Jesús!»

Cowart bajó la ventanilla y oyó las voces del coro religioso, que se sobreponían a los chirridos y carraspeos del autobús. Aguzó el oído pero no logró entender la letra del canto coral, aunque oía fragmentos de la música.

Brown dio un volantazo y pisó el acelerador. Con una maniobra rápida

adelantaron al autobús. Cowart miró las ventanillas y vio a decenas de personas negras que se mecían y daban palmadas siguiendo el zarandeo del vehículo y el ritmo de la música. Sus voces fueron ahogadas por la velocidad y la distancia.

Continuaban adentrándose en una oscuridad cada vez mayor. Al debilitarse, la luz desdibujaba los contornos de las casas y construcciones y cada vez resultaba más difícil distinguir la serpenteante carretera por la que viajaban.

—En este condado Jesús hace horas extra —dijo Brown—. Recogiendo almas.

El teniente había conducido en silencio, incapaz de quitarse de la cabeza el recuerdo que había irrumpido de pronto en su conciencia. Se trataba de una imagen de la guerra, terrible aunque habitual: él llevaba siete meses en el campo y su pelotón había cruzado el descampado; era casi al final del día, se hallaban cerca del campamento, tenían calor, estaban sucios y cansados y, probablemente, en lugar de prestar atención iban pensando en lo que les esperaba al llegar, en la comida, en el descanso, en otra noche tensa e incómoda... lo cual los hacía muy vulnerables. De forma que, en retrospectiva, la sorpresa no debería haber sido tal cuando el disparo de un francotirador cortó el aire y uno de los hombres, el que iba al frente, se desplomó tan repentinamente que Brown tuvo la sensación de que un dios encolerizado había descendido para llevárselo por puro capricho. El hombre había lanzado un grito de miedo y dolor: «¡Ayudadme! ¡Por favor!» Brown no se había inmutado. Sabía que el francotirador estaba aguardando a que alguien socorriera al hombre herido. Sabía qué ocurriría si acudía en su ayuda. De modo que permaneció inmóvil, cuerpo a tierra, pensando: «Yo también quiero vivir.» Se quedó así hasta que el jefe de pelotón dio la orden de atacar la hilera de árboles donde se ocultaba el francotirador. A continuación, tras haber destrozado y astillado el bosque con una docena de explosivos de alta potencia, Brown corrió hacia el hombre herido. Era un chico blanco de California y sólo llevaba una semana en el pelotón. Brown se había arrodillado junto a él, contemplando su pecho desgarrado, ya sin esperanza, y tratando de recordar su nombre.

Había sido su último herido. Y había muerto.

Una semana más tarde, Brown había regresado a casa porque su período de servicio era más corto, al igual que para muchos estudiantes de medicina; de vuelta a la Universidad Estatal de Florida, después al curso de formación en justicia penal y, finalmente, al cuerpo de policía. No era el primer negro que trabajaba en la jefatura del condado de Escambia, pero se daba por sentado que iba a ser el primero en prosperar. Lo tenía todo a su favor: era de la zona, era una estrella del fútbol, era un héroe de guerra, y era licenciado. Los viejos prejuicios se iban erosionando como rocas que se desintegran con el continuo batir de las olas.

Se sentía un poco culpable. El recuerdo de los gritos de auxilio de los heridos lo perseguía, aunque siempre habían sido los gritos de hombres a los que había salvado. «Resulta fácil evocar esas voces —pensó—. Te recuerdan

que tú estabas allí haciendo el bien en medio de tantas crueldades.» Aquella era la primera vez que recordaba el último grito de aquel hombre.

«¿También pidió ayuda Wilcox? —se preguntó—. A él también lo abandoné.»

Sabía que tendría que explicárselo a la familia de Wilcox. Por suerte, no había mujer ni pareja estable. Se acordaba de una hermana, casada con un oficial de la marina destinado en San Diego. Le constaba que la madre de Wilcox había fallecido, y que su padre vivía solo en un hogar de ancianos. Había docenas de residencias para la tercera edad en el condado de Escambia; era un negocio en auge. Recordó los primeros encuentros con el padre de Wilcox: un hombre estricto y severo. «Es un hombre que ya detesta el mundo. Ahora tendrá un motivo más —pensó—. ¿Cómo se lo diré? ¿Que lo perdí? ¿Que lo dejé con una detective inexperta y desapareció? ¿Que lo doy por muerto? ¿Desaparecido en acto de servicio? Pero no es como si hubiera desaparecido en medio de la selva.» Sin embargo, se dio cuenta de que efectivamente era así.

Puso las luces largas del coche. Inmediatamente vislumbraron los ojitos redondos y rojos de una zarigüeya asomada a un margen de la carretera, como dispuesta a desafiar a las ruedas del coche. Brown no se desvió, y en el último momento el animalito saltó de nuevo a la cuneta.

Brown pensó que ojalá él también pudiera esconderse.

«Imposible», se dijo.

Poco tiempo después, paró el coche en el aparcamiento de un motel llamado Admiral Benbow Inn, en las afueras de Pachoula y dejó a Cowart y Shaeffer en la acera. Sus rostros quedaron iluminados por un letrero blanco cuyo resplandor atraía la atención de todos los conductores de la interestatal.

—Volveré —dijo con un tono enigmático.

—¿Qué va a hacer?

—Organizar los refuerzos. No creerá que vamos a atraparlo nosotros solos, ¿no?

Cowart pensó en lo que Brown había dicho en Newark. No se imaginaba que iban a pedir refuerzos.

—Supongo que no.

Shaeffer les interrumpió.

—¿A qué hora?

—Temprano. Les recogeré antes de que amanezca. Pongamos las cinco y cuarto.

—¿Y luego?

—Iremos a casa de la abuela de Ferguson. Creo que él estará allí. A lo mejor lo sorprendemos durmiendo. A ver si hay suerte.

—¿Y si no? —preguntó Cowart—. ¿Qué haremos entonces?

—Buscaremos mejor. Pero creo que allí lo encontraremos.

Shaeffer asintió. Sonaba sencillo e imposible al mismo tiempo.

—¿Dónde va usted ahora? —preguntó Cowart de nuevo.

—Ya se lo he dicho. A organizar los refuerzos. Tal vez a rellenar algunos informes. Y quiero pasar por mi casa a ver a mi familia. Nos reuniremos antes de que salga el sol.

Luego arrancó y se alejó a gran velocidad, dejando al periodista y la joven detective en la acera, como un par de turistas despistados en el extranjero. Por un instante miró por el retrovisor y los vio dirigirse a la recepción del motel. Parecían pequeños, indecisos. Luego tomó una curva y los perdió de vista. Sintió una especie de liberación interior, como si se hubiera aflojado algo que lo estaba oprimiendo. Sentía también que la amargura brotaba en su interior, notaba su regusto en la lengua. La noche lo envolvía y, por primera vez en días, se sintió tranquilo, lo suficiente para dar rienda suelta a su ira. Condujo bruscamente, a toda velocidad pero sin rumbo. No tenía la menor intención de rellenar informes ni de organizar refuerzos. Se dijo: «Las cuentas con la muerte pueden esperar.»

Cowart y Shaeffer se registraron en el motel y se dirigieron al restaurante para comer algo. Ninguno de los dos tenía mucho apetito, pero era la hora de cenar, de modo que parecía lo lógico. Les atendió una camarera que, a juzgar por sus gestos, se sentía incómoda con el almidonado uniforme azul, probablemente demasiado estrecho, que le aprisionaba los exuberantes pechos. El interés que mostró al tomarles nota fue mínimo. Mientras esperaban, Cowart miró a Shaeffer y cayó en la cuenta de que no sabía prácticamente nada de ella. Y también de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado sentado frente a una mujer joven. Tras la agresiva personalidad que proyectaba la detective se escondía en realidad una mujer atractiva. Cowart pensó: «Si esto fuera Hollywood, habrían surgido entre nosotros sentimientos intensos por todas las vivencias comunes y ahora nos fundiríamos en un abrazo —pensó él y sonrió—. Pero me temo que ni siquiera lograremos mantener una conversación agradable.»

—Esto no es parte de los cayos, ¿verdad? —comentó por decir algo.

—No.

—¿Usted creció allí abajo?

—Sí, más o menos. Nací en Chicago pero nos trasladamos allí cuando yo era pequeña.

—¿Por qué decidió hacerse policía?

—¿Es una entrevista? ¿Piensa escribir un artículo sobre mí?

Cowart le hizo un gesto desdeñoso con la mano, pero se dio cuenta de que posiblemente tuviera razón. Era probable que acabara incluyendo los pequeños detalles cuando se sentara a relatar todo lo ocurrido.

—No. Sólo trataba de entablar una conversación normal. No tiene por qué

responder. Podemos quedarnos en silencio, a mí no me supone ningún problema.

—Mi padre era policía, detective en Chicago hasta que le dispararon. Después de su muerte nos trasladamos a los cayos. En busca de refugio, supongo. Yo pensé que tal vez me gustaría el trabajo de policía, así que me matriculé después del instituto. Lo llevo en la sangre, supongo. Y eso es todo.

—¿Cuánto tiempo lleva...?

—Dos años en coche patrulla. Seis meses en atracos y robos. Tres meses en homicidios. Ya está. Ésa es mi historia.

—¿Los asesinatos de Tarpon Drive han sido su primer caso importante?

Ella negó con la cabeza.

—No. Y, por cierto, todos los homicidios son importantes.

Shaeffer no supo si Cowart se había tragado el farol o se había percatado, pero él se centró en la ensalada, que era unos trozos de lechuga iceberg con un tomate cortado y salsa Thousand Island. Pinchó un cuarto de tomate con el tenedor y lo levantó.

—Nueva Jersey número seis —dijo.

—¿Cómo?

—Tomates de Nueva Jersey —explicó él—. De hecho, seguramente no estén maduros pero por el aspecto éste podría tener un año, por lo menos. ¿Sabe lo que hacen? Los recogen cuando aún están verdes, mucho antes de que maduren. Por eso están duros como una piedra. Al cortarlos no se descomponen, no se salen las semillas ni la pulpa; así los quieren los restaurantes. Por supuesto, nadie se comería un tomate verde, de modo que le inyectan un colorante rojo para que luzcan mejor. Los venden por miles de millones a los locales de comida rápida.

Ella lo contempló. «Ya no sabe lo que dice —pensó—. Bueno, no es de extrañar. Su vida se ha ido al traste. —Se miró la mano—. Tal vez tenemos eso en común.»

Guardaron silencio. La taciturna camarera les llevó la cena. Cuando Shaeffer ya no pudo contenerse más, preguntó:

—Ahora dígame qué demonios cree que va a pasar.

Empleó un tono de voz bajo, casi de conspiración, pero cargado de apremio por saber. Cowart se apartó ligeramente de la mesa y la miró antes de responder:

—Creo que vamos a encontrar a Ferguson en casa de su abuela.

—¿Y después?

—El teniente lo detendrá por el asesinato de Joanie Shriver, otra vez, aunque sea inútil. O por obstrucción a la justicia. O por mentir bajo juramento. O quizá como testigo material de la desaparición de Wilcox. Por cualquier cosa que se le ocurra. Entonces usted y él cogerán todo lo que sabemos y lo que no sabemos y comenzarán a interrogarlo. Y yo escribiré un artículo y esperaré a que explote la bomba. —La miró—. Al menos Ferguson estará controlado y no

por ahí haciendo de las suyas. Es el único modo de frenarlo.

—¿Y será así de fácil?

Cowart negó con la cabeza.

—No —respondió—. Será peligroso y arriesgado.

—Ya lo sé —repuso ella muy tranquila—. Sólo quería asegurarme de que usted también lo supiera.

Volvieron a guardar silencio durante unos instantes incómodos, hasta que Cowart dijo:

—Todo ha ocurrido muy deprisa, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Parece que haya pasado mucho tiempo desde que Sullivan fue ejecutado en la silla. Pero sólo han pasado unos días.

—¿Hubiera preferido que durara más? —preguntó ella.

—No. Quiero que termine.

—¿Y qué pasará cuando todo termine?

Cowart no dudó en responder:

—Que tendré la posibilidad de volver a lo que hacía antes de que empezara todo esto. Sólo la posibilidad. —Se guardó la respuesta que consideraba más exacta: «Tendré la posibilidad de estar a salvo.» Soltó una risita sarcástica—. Lo más probable es que me linchen de mala manera en el proceso. Y a Tanny Brown. Tal vez a usted también. Pero... —Se encogió de hombros dando a entender que ya no le importaba, lo cual era mentira.

Para Shaeffer, la gente que pretendía que las cosas volvieran a ser como antes solía ser tremendamente ingenua.

—¿Confía usted en el teniente Brown? —preguntó.

Cowart titubeó.

—Creo que es un hombre peligroso, si se refiere a eso. Pienso que ha tocado fondo. También creo que va a hacer lo que dice. —Se abstuvo de añadir: «Creo que está lleno de rabia contenida y odio hacia sí mismo»—. Aunque desde luego no ha alcanzado su actual posición infringiendo la ley —continuó—. Ha llegado hasta ahí jugando limpio, ateniéndose a lo establecido, comportándose como la gente esperaba que lo hiciera. Transgredió la norma en una ocasión, cuando permitió que Wilcox diera una paliza a Ferguson para que confesara. Pero no volverá a cometer el mismo error.

—A mí también me parece que ha tocado fondo —coincidió ella—. Pero se lo ve decidido. —¿En realidad pensaba eso? Podría decirse lo mismo de Cowart, o incluso de ella misma.

—Da igual —dijo Cowart de repente.

—¿Porqué?

—Porque los tres vamos a llevar esto hasta el final.

La camarera fue a retirar los platos y preguntó si iban a tomar postres. Rehusaron, y tampoco pidieron café. La camarera, hosca, parecía haberse anticipado a sus respuestas: traía la cuenta, que dejó sin más encima de la mesa.

Shaeffer insistió en pagar su mitad. De camino a las habitaciones no cruzaron palabra. Tampoco se dieron las buenas noches.

Andrea Shaeffer cerró la puerta y fue directa a la cómoda de la pequeña habitación. Imágenes de los días anteriores y retazos de conversaciones invadían su mente de un modo confuso e inquietante. Pero respiró hondo y se recompuso. Colocó su bolso encima de la cómoda y sacó su semiautomática de 9 mm. Extrajo el cargador de la culata para asegurarse de que estaba lleno. Inspeccionó el cañón y se cercioró de que todo el mecanismo funcionaba correctamente. Volvió a cargar el arma y la depositó delante de sus ojos. Luego rebuscó en su bolso el cargador de repuesto. Lo revisó y a continuación lo colocó junto a la pistola.

Miró fijamente el arma.

Pensó en las horas que había pasado practicando con aquella pistola. La jefatura central del condado de Monroe tenía un campo de tiro en una zona deshabitada justo debajo de Marathon. El procedimiento era muy simple; mientras ella avanzaba entre una serie de edificios abandonados que eran poco más que el almacén de cemento de casas blanqueadas por el sol, un oficial de control de campo activaba electrónicamente una serie de objetivos. Ella solía obtener buenos resultados, puntuando regularmente por encima de noventa. Pero lo que más le gustaba era lo excitante de aquellas prácticas, tener que avistar el objetivo, distinguir si era amigo o enemigo y, una vez decidido, disparar o no. Le producía una sensación de total inmersión, ajena a todo salvo al sol, al peso de la pistola y a los objetivos que iban apareciendo. Era una zona diseñada para aprender a matar. Allí se sentía cómoda, sola, con el único cometido de ir avanzando.

Miró de nuevo la pistola.

«Nunca he disparado a un objetivo en la vida real», pensó.

Recordaba el frío y la neblina de las calles de Newark.

No había sido como ella lo imaginaba. Ni siquiera había sabido que entonces estaba en medio de una acción real. Los viandantes, las miradas y los gestos amenazadores, la inútil persecución por las calles. Por primera vez había sido de verdad para ella. Apretó los dientes y se prometió que no volvería a fallar.

Dejó el arma sobre la cama y alcanzó el teléfono. Michael Weiss contestó al tercer tono.

—¡Eh, Andy! —exclamó—. Vaya, me alegra saber de ti. ¿Cómo han ido las cosas por ahí? ¿Qué ha pasado con tu chico malo?

—Yo tenía razón —respondió Shaeffer—. Ese tipo está como un cencerro. Tengo que ayudar a este poli de Escambia con un arresto, luego volveré a casa.

Notó que Weiss estaba asimilando su enigmática explicación. Antes de que él pudiera replicar, agregó:

—Estoy en Florida. Puedo llegar a Starke mañana, ¿de acuerdo? Allí te pondré al corriente.

—Está bien —respondió él—. Pero no pierdas más tiempo. Por cierto, adivinas qué he encontrado.

—¿El arma del crimen?

—No he tenido tanta suerte. Pero adivina quién realizó doce llamadas de teléfono a su hermano de los cayos durante el mes previo a los asesinatos. Y adivina de quién era el todoterreno nuevecito al que multaron por exceso de velocidad en la 1-95, a las afueras de Miami, veinticuatro horas antes de que el señor periodista hallara los cuerpos.

—¿Del bueno del sargento?

—Bingo. Mañana veré al concesionario. Tengo que averiguar exactamente cómo compró ese cuatro por cuatro nuevo, rojo. Con neumáticos gruesos y una barra de luces. Ya sabes, un Ferrari de paleta sureño. —Soltó una risita—. Venga, Andy, yo ya he recabado toda la información. Ahora necesito tu famosa técnica de interrogatorio implacable para acorrallar a ese tipo. Es el hombre que buscamos. Lo presiento.

—Iré mañana —dijo ella.

Colgó. Sus ojos se posaron en el arma, que yacía en la cama a su lado. Dejó la mente en blanco, cogió la pistola y, protegiéndola entre sus manos, se tumbó en la cama y se quitó los zapatos, aunque no la ropa. Se dijo que necesitaba dormir un rato y cerró los ojos, sin soltar la pistola, ligeramente indignada con Cowart por haber puesto de relieve la verdad: ella seguiría implicada hasta el final.

Cowart se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando al teléfono, como si esperara que fuera a sonar. Finalmente cogió el auricular. Pulsó el ocho para establecer una comunicación de larga distancia, luego comenzó a marcar el número de su ex mujer y su hija en Tampa. Pulsó nueve de los once dígitos y se detuvo.

No se le ocurría nada que decir. No tenía nada que añadir a lo que les había contado de madrugada. Y no quería enterarse de que habían desoído su advertencia y continuaban desprotegidas y expuestas al peligro en su lujosa casa de urbanización. Era preferible imaginar a su hija descansando a buen recaudo en Michigan. Desconectó la línea, volvió a pulsar el ocho y marcó el número de la centralita del *Miami Journal*. Necesitaba hablar con alguien del periódico.

—*Miami Journal*— contestó una voz de mujer.

Cowart guardó silencio.

—*Miamijournal* —repitió la mujer con cierta impaciencia—. ¿Oiga?

La operadora colgó y Cowart se quedó sosteniendo el auricular. Pensó en Vernon Hawkins y deseó poder telefonar al cielo. «O tal vez al infierno —se dijo—. ¿Qué me aconsejaría Hawkins? Sin duda que lo arreglara y luego continuara con mi vida.» Aquel viejo detective no tenía tiempo para tonterías.



Volvió a mirar el auricular. Mientras sacudía la cabeza, como resistiéndose a cumplir una orden que no había recibido, se lo llevó al oído y marcó el número de la recepción.

—Soy Cowart, de la ciento uno. Querría que me llamaran a las cinco para despertarme.

—Sí, señor. Tiene usted que madrugar.

—Así es.

—Habitación ciento uno a las cinco. Descuide, señor.

Colgó y se tumbó en la cama. Le pareció un mal chiste que la única persona en el mundo con la que se le ocurría hablar fuera el recepcionista de un anodino motel. Cerró los ojos y se dispuso a esperar a que llegara la hora de levantarse.

La noche envolvió al teniente Brown como un traje que no se ajusta a la talla. Un calor suave y húmedo anegaba el aire oscuro. Ráfagas ocasionales de luz surcaban el cielo distante, como si hubiera estallado una tormenta en el Golfo, a kilómetros de distancia, más allá de la costa de Pensacola. Daba la impresión de que se estaban librando batallas a lo lejos. Pachoula, sin embargo, continuaba tranquila, ajena a las colosales fuerzas que se batían en las cercanías. Volvió a centrar su atención en la silenciosa calle por la que circulaba. A la derecha vio la escuela, un edificio bajo y poco atractivo, a la espera de la transfusión de niños que le devolvería la vida. Escuchó crujir la suspensión del coche a medida que avanzaba y se detuvo un instante bajo el sauce, volviendo la mirada atrás para contemplar la escuela.

«Aquí comenzó todo. Fue exactamente aquí donde ella se subió al coche. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no vio el peligro y echó a correr hasta ponerse a salvo? ¿Ni siquiera gritó pidiendo ayuda?»

Era la edad, él lo sabía, pasaba lo mismo con su propia hija. Era lo bastante mayor para estar expuesta a todos los horrores del mundo, pero demasiado pequeña para saber reconocerlos. Pensó en cuántas veces se había planteado contarles a su hija y a Joanie Shriver la verdad sobre los peligros que acechaban a todas horas. Pero en todas las ocasiones había preferido tragarse los horrores que resonaban en su cabeza para que las niñas tuviesen un día más, una hora más, unos minutos más de inocencia y de la libertad que aquella conlleva.

«Uno pierde algo cuando sabe estas cosas», pensó.

Recordó la primera vez que alguien lo había llamado «negro» y la lección que había aprendido aquel día. Fue a los cinco años y volvió a casa llorando. Su madre lo consoló y consiguió que se le pasara el disgusto, pero no pudo asegurarle que no volvería a suceder. En aquel momento Brown supo que había perdido algo. «Lo que uno aprende sobre el mal lo aprende despacio, pero para siempre —pensó—. Los prejuicios. El odio. La compulsión. El asesinato. Cada lección te arranca un trocito de la esperanza de la juventud.»

Puso el coche en marcha y recorrió unas manzanas hasta la casa de los

Shriver. Había luz en la cocina y el salón y, por un instante, consideró la posibilidad de llamar a la puerta. Sería bienvenido, no lo dudaba. Le ofrecerían un café, tal vez algo de cena. «Pero antes éramos amigos. Ahora no soy más que alguien que evoca recuerdos terribles.» Le ofrecerían asiento en el salón y esperarían educadamente a que les explicara el motivo de su visita y él se vería forzado a inventarse algo que sonara más o menos oficial. No sería capaz de contarles nada de lo que estaba sucediendo. Y al final ellos hablarían sobre su hija y dirían que echaban de menos a la de Brown, la amiga de Joanie, porque ya no pasaba nunca por allí. Escuchar aquello le resultaría muy duro.

Se quedó contemplando la casa hasta que las luces se apagaron y se fueron a la cama, a dormir, fuera como fuese el sueño que los Shriver lograran conciliar.

Brown tenía una extraña sensación de invisibilidad, como si el color de su piel se fundiese con la noche. Tuvo un horrible y fugaz pensamiento: que Ferguson sintiera lo mismo al deslizarse en la oscuridad, dejando que lo camuflara. «¿Es así como se siente?», se preguntó. No supo responderse.

Recorrió las calles que conocía desde la infancia, calles que susurraban sobre la edad y la continuidad, antes de toparse con las recientes urbanizaciones residenciales, que hablaban de cambio y futuro. Sintió la textura de la ciudad casi como un granjero cuando remueve la tierra. De pronto se encontró en su propia calle; vislumbró un coche patrulla aparcado a media manzana y se detuvo detrás.

El agente uniformado se apeó inmediatamente; llevaba la pistola en una mano y en la otra una linterna con la que alumbró hacia el coche de Brown.

Él bajó.

— Soy yo, el teniente Brown — se identificó.

El joven agente se acercó.

— Dios mío, teniente, me ha dado un susto de muerte.

— Lo siento. Sólo quería echar una ojeada.

— ¿Va a quedarse, señor? ¿Quiere que me vaya?

— No. Quédese. Yo tengo otros asuntos que atender.

— De acuerdo.

— ¿Alguna novedad?

— No, señor. Bueno, sí, una cosa, pero lo más seguro es que no fuera nada.

Un Ford oscuro último modelo. Matrícula de otro estado. Pasó dos veces por aquí hace una hora. Muy despacio, como si me estuviera observando. Debería haber tomado nota de la matrícula, pero no me dio tiempo. Pensé en seguirle, pero no ha vuelto a pasar por aquí. Eso es todo. Nada serio.

— ¿Vio al conductor?

— No, señor. La primera vez no me llamó la atención. Sólo me fijé cuando pasó de nuevo. Probablemente no hay nada de raro en eso. Alguien que vino a ver a algún familiar y se perdió, seguro que fue algo así.

Tanny Brown miró al joven policía y asintió con la cabeza. No sentía miedo,

sólo asumió con frialdad que tal vez la muerte había pasado lentamente por allí.

—Sí. Seguro que fue algo así. Pero esté alerta, ¿entendido?

—Sí, señor. Dentro de media hora vendrán a relevarme. Me aseguraré de informar acerca de ese Ford.

Tanny Brown regresó a su coche. Miró hacia su casa. Las luces estaban apagadas. «Mañana hay cole», pensó. Una oleada de responsabilidades domésticas se le vino encima. Su vida había quedado eclipsada desde que empezó a seguirle la pista a Ferguson. No se sentía culpable por ello; obsesionarse y desatender la normalidad cotidiana formaba parte del trabajo de policía. De pronto se sintió muy agradecido a su padre. Conseguir que las niñas acabasen los deberes, apagaran la maldita televisión sin protestar demasiado y se metiesen en la cama no era tarea fácil.

Por un momento, tuvo ganas de entrar para ver a sus hijas mientras dormían, incluso hablar un momento con el viejo, que probablemente estaría roncando en un sillón de la sala, con los sueños humedecidos en whisky. Su padre solía tomarse uno o dos whiskis cuando las niñas se iban a la cama; ayudaba a mitigar el dolor de la artritis. De vez cuando, Tanny lo acompañaba con una copa; había ocasiones en que él también necesitaba un consuelo para sus propios dolores. Por un instante imaginó que tenía a su difunta mujer a su lado en el coche y sintió ganas de hablar con ella.

«¿Qué le diría? —se preguntó—. Que no lo he hecho del todo mal, pero que ahora necesito arreglar las cosas. Volver a ponerlas en su sitio lo mejor que pueda. Lograr que todo vuelva a ser seguro como antes.»

Asintió con la cabeza y apartó el coche del bordillo. Se alejó atravesando calles conocidas, lugares que le traían recuerdos del pasado. Notaba la presencia de Ferguson como un mal olor que se hubiera quedado impregnado en la ciudad. Se sentía mejor moviéndose de un lado a otro, como si su vigilancia sirviera de protección. Ni siquiera le pasó por la cabeza irse a dormir; recorrió arriba y abajo las calles de su memoria, aguardando a que transcurriera la suficiente noche para ver con claridad y hacer lo que mejor conviniese.

## 27

## DOS RECÁMARAS VACÍAS

Al principio, la luz del alba parecía reacia a abrirse camino entre las sombras. Desdibujaba las formas, convirtiendo el mundo en un lugar sereno e inquietante. Era todavía de noche cuando Brown pasó por el motel a recoger a Cowart y Shaeffer. Habían recorrido las calles desiertas, dejando atrás farolas y letreros de neón, una tenue iluminación que sólo contribuía a aumentar la inevitable sensación de soledad que acompaña a las primeras horas del día. Adelantaron a unos pocos coches y furgonetas. No se veía a nadie por las aceras. Sólo divisaron unas cuantas personas en la barra de una tienda de donuts; aquél fue el único indicio de que no estaban solos.

Brown conducía muy deprisa, saltándose los stop y un par de semáforos en rojo. Al cabo de pocos minutos ya habían atravesado la ciudad y se dirigían a las afueras. Era como si Pachoula hubiera tropezado y se hubiera quedado atrás; como si la tierra se hubiera ido expandiendo hasta rodearlos y arrastrarlos hacia la variada maraña de sauces llorones, grandes zarzamoras retorcidas y extensos pinares. Luces y sombras, verdes apagados, marrones y grises, todo se mezclaba con fluidez; tenían la sensación de adentrarse en un mar de bosque movedizo.

El teniente se desvió de la carretera principal y el coche comenzó a vibrar y dar sacudidas por el camino flanqueado de árboles que llevaba a la cabaña de la anciana Ferguson. A Cowart le suscitó miedo aquella familiaridad, como si hubiera algo terrible y al mismo tiempo tranquilizador en la idea de haber pasado antes por aquel camino.

Trató de imaginarse lo que ocurriría, pero su desasosiego fue aún mayor. Le vino a la cabeza la carta que había recibido muchos meses atrás: «... un crimen que no cometí.» Aferrando el reposabrazos, clavó la mirada al frente.

Desde el asiento trasero, Andrea Shaeffer rompió el mutismo que mantenían.

—Creía que había ido a organizar los refuerzos. No veo a nadie. ¿Qué está pasando aquí?

Brown respondió con tono cortante para evitar más preguntas.

—Pediremos ayuda si la necesitamos.

—¿Y qué me dice de los uniformados? ¿No necesitaríamos unos uniformados?

—No se preocupe, todo irá bien.

—¿Dónde están los refuerzos?

—Están esperando —masculló el teniente.

—¿Dónde?

—Cerca.

—¿Podría mostrarme dónde?

—Desde luego —respondió Brown, y sacó su revólver reglamentario de la pistolera que colgaba al hombro—. Aquí. ¿Satisfecha?

Aquello puso punto final a la conversación. A Shaeffer no la sorprendió que fueran a proceder solos. De hecho, cayó en la cuenta de que ella lo prefería así. Se permitiría el lujo de plantar cara a Ferguson cuando llegaran a la cabaña de la abuela. «Ese capullo creyó que me había asustado. Pensó que yo había salido corriendo —se dijo—. Pues aquí estoy. Y no soy ninguna chiquilla indefensa.» Bajó la mano hasta su pistola. Miró a Cowart, que iba con la mirada al frente completamente absorto, ajeno a todo.

Pensó que nunca volvería a acercarse tanto a la esencia de lo que significaba ser policía como en aquel momento y los que vendrían a continuación. La determinación de aquella búsqueda parecía haber sobrepasado con mucho las consideraciones profesionales, como los derechos y las pruebas, y haber entrado en un terreno completamente distinto. Se preguntó si la proximidad de la muerte siempre desembocaba en la locura, y se respondió: «Por supuesto.»

—Está bien —dijo tras una breve pausa; había empezado a subirle la adrenalina—. ¿Cuál es el plan?

El coche dio un tumbo al pasar por un bache.

—Caramba —exclamó agarrándose al asiento—. Este cabrón vive en el quinto pino.

—Hacia allá es todo pantano —respondió Cowart—. Y tierras pobres de labranza hacia este lado. —Wilcox se lo había enseñado a él—. ¿Cuál es el plan? —le preguntó a Brown.

El teniente se detuvo a un lado del camino y paró el coche. Bajó la ventanilla y el aire húmedo del rocío penetró en el interior. Señaló adelante, más allá de la amalgama de luces y sombras grisáceas.

—La casa de la abuela está a unos cuatrocientos metros en esa dirección —dijo—. Haremos el resto del trayecto a pie. Así no despertaremos a nadie innecesariamente. Usted, detective Shaeffer, rodeará la casa y vigilará la puerta de atrás. Tenga el arma preparada. Asegúrese de que no huya por ahí. Si lo intenta, deténgalo. ¿Entendido? Deténgalo...

—¿Quiere decir que...?

—Digo que lo detenga. Estoy seguro de que ciertos procedimientos son los mismos en Monroe que aquí en Escambia. Ese cabrón es sospechoso de homicidio. De varios homicidios, incluida la desaparición de un agente de policía. Ése es suficiente motivo razonable para actuar. También es un criminal convicto. O al menos lo fue en su día... —Miró a Cowart, que no dijo nada—. Bien, detective, ya conoce las normas sobre el uso del arma. Deduzca lo que tiene que hacer.

Shaeffer palideció ligeramente pero asintió con la cabeza.

—Entendido —respondió, tratando de imprimir alguna firmeza a su voz—. ¿Cree usted que va armado? ¿Y que nos está esperando?

Brown se encogió de hombros.

—Es probable que vaya armado. Pero no creo que nos esté esperando agazapado. Hemos venido muy rápido, seguramente tanto como él. No me parece que esté preparado, todavía no. Pero no olvide una cosa: éste es su territorio.

—Ya.

Tanny Brown respiró hondo. Al principio su voz había sonado fría y distante, pero ahora traslucía agotamiento e inquietud, quizás indicio de un final inminente.

—¿Lo ha entendido? —le preguntó a Shaeffer—. No quiero que Ferguson escape por la puerta de atrás y se oculte en la zona del pantano. Si se mete ahí no lograremos encontrarlo. Él se ha criado aquí y...

—Lo detendré —dijo ella. No agregó «esta vez lo haré», aunque era lo que tenían en mente los tres.

—Bien —continuó Brown—. Cowart y yo iremos por delante. No tengo una orden, así que improvisaré sobre la marcha. Primero llamaré a la puerta y me anunciaré, y luego entraré. No se me ocurre otro modo. Al cuerno los procedimientos legales.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Cowart.

—Usted no es policía, de modo que no tengo control sobre sus actos. Si quiere acompañarnos, hacer sus preguntas, lo que sea, adelante. Lo único que no quiero es que después aparezca un abogado alegando que he vulnerado los derechos de Ferguson, otra vez, por traerlo a usted conmigo. Así que usted va por su cuenta. ¿Entendido?

—Entendido.

—¿Le parece bien? ¿Lo entiende?

—Sí, está bien —asintió Cowart. Iban separados en busca de lo mismo. Uno llamaría a la puerta con una pistola, el otro con una pregunta, ambos buscando las mismas respuestas.

—¿Piensa arrestarlo? —preguntó Shaeffer—. ¿De qué lo acusará?

—Bueno, primero le sugeriré que nos acompañe para que podamos interrogarlo. A ver si viene voluntariamente. Si se niega lo arrestaré otra vez

por el asesinato de Joanie Shriver, y además por obstrucción a la justicia y por mentir bajo juramento, como ya les dije ayer. Por las buenas o por las malas, vendrá con nosotros. Una vez lo tengamos a buen recaudo, aclararemos todo lo ocurrido.

—¿Va a pedírselo o...?

—Intentaré ser educado —respondió Brown, y una leve y triste sonrisa asomó a la comisura de sus labios—. Pero tendré el arma amartillada, el dedo en el gatillo y el cañón apuntando a la cabeza de ese hijoputa.

Shaeffer asintió.

—No se saldrá con la suya —añadió Brown en voz baja—. Mató a Joanie y a Bruce. Y a saber a cuántos más. Esto se tiene que acabar aquí.

Hubo un tenso silencio.

Cowart pensó: «Llega un punto en que las pruebas que exige un tribunal de justicia dejan de importar.» Unos rayos de luz atravesaron tímidamente las ramas de los árboles, lo bastante para revelarles las formas del camino.

—¿Y usted, Cowart? —preguntó de pronto el teniente—. ¿Lo tiene todo claro?

—Lo suficiente.

Brown asintió y abrió la puerta.

—Perfecto —dijo, incapaz de disimular cierto tono burlón—. Entonces, vamos allá.

Al bajar del coche al estrecho camino de tierra, encorvó ligeramente sus anchas espaldas, como dispuesto a enfrentarse a una tempestad. Por un instante, Cowart lo observó avanzar a paso firme y pensó: «¿Cómo pude suponer en algún momento que entendía lo que hay realmente dentro de él o de Ferguson?» Ahora, ambos hombres le parecían igual de misteriosos. Desechó ese pensamiento y se dio prisa en alcanzar al teniente. Shaeffer se situó al otro lado y mientras los tres marchaban en línea, la niebla matutina amortiguaba sus pasos formando una especie de volutas de humo gris alrededor de sus pies.

Cowart fue el primero que divisó la casa, en un pequeño claro al final del camino. La bruma procedente de la ciénaga la envolvía con un halo misterioso y fantasmagórico. Dentro no había luces; al primer vistazo no percibió ningún movimiento, aunque suponía que habían llegado a la hora de levantarse. «Seguro que la anciana se levanta antes del canto del gallo —pensó—. Y también seguro que se queja de que el pobre bicho no cumple con su obligación.» Aminoraron el paso a la vez y se ocultaron en las sombras de los árboles para inspeccionar la casa.

—Está ahí —susurró Brown.

—¿Cómo lo sabe?

El teniente señaló hacia la parte trasera de la cabaña. Cowart vio que por detrás sobresalía el capó de un coche. Aguzó la vista y distinguió entre la

suciedad el azul y amarillo de la matrícula: Nueva Jersey.

—Además, es su tipo de coche —susurró Brown—. Un par de años. Fabricado en Estados Unidos. Apuesto a que no tiene nada que llame la atención. Completamente anodino. El tipo de coche que pasa inadvertido, como el que tenía antes.

Se volvió hacia Shaeffer y le puso la mano en el hombro, apretándolo. Cowart advirtió que era el primer gesto afectuoso que le dedicaba a la joven policía.

—Sólo hay dos puertas —añadió en susurros pero conservando la firmeza—. La delantera, donde estaremos nosotros. Y la trasera, donde va a estar usted. Ahora bien, si no recuerdo mal, hay ventanas en el lateral izquierdo, ahí... —Señaló el lado de la casa más cercano al bosque—. Allí están las habitaciones. Yo cubriré todas las ventanas de la derecha. Usted vigilará la puerta trasera, pero piense que él puede intentar huir por la ventana. Téngalo presente. Y manténgase alerta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió ella, y tuvo la sensación de que le temblaba la voz.

—Quiero que permanezca ahí, en su puesto, hasta que yo la llame. ¿De acuerdo? La llamaré por su nombre. Manténgase callada y agachada. Usted será la válvula de seguridad.

—Está bien.

—¿Ha participado alguna vez en una misión como ésta? —le preguntó Brown—. Supongo que debí preguntárselo antes. —Sonrió.

Ella negó con la cabeza.

—He hecho varias detenciones. Conductores borrachos y bribones de tres al cuarto, y un par de violadores. Pero nadie como Ferguson.

—No hay muchos como Ferguson para practicar —bromeó Cowart.

—No se preocupe —repuso Brown con tono tranquilizador—. Es un cobarde. Sí, muy valiente con niñas y adolescentes asustadas, pero incapaz de enfrentarse a personas como usted y yo... —Cowart tuvo ganas de recordarle a Wilcox, pero se contuvo—. Téngalo en cuenta. No va a haber nada que... —añadió con su acento sureño, un tono relajado pero incongruente con lo que estaba diciendo—. Bueno, vayámonos antes de que acabe de amanecer y la gente empiece a despertar.

Shaeffer asintió y echó a andar, pero al punto se detuvo.

—¿Hay perro? —preguntó con inquietud.

—No. —Brown hizo una pausa y repitió las instrucciones—. Cuando usted llegue a la esquina, yo iré hacia la puerta del frente. Usted cubrirá la parte de atrás. Cuando yo haya llegado a la puerta lo sabrá, no voy a ser muy sigiloso.

Shaeffer cerró los ojos un instante, respiró hondo y se armó de valor. Se dijo: «Ni un solo error esta vez.» Miró la desvencijada cabaña y pensó que en un lugar tan reducido no habría espacio para errores.

—Vamos allá —dijo, y avanzó a paso ligero por el claro, ligeramente



agachada, surcando el aire húmedo y la neblina.

Cowart la observó aproximarse a la esquina de la casa, pistola en mano, apuntando hacia abajo pero preparada.

—¿Está viéndolo, Cowart? —preguntó Brown, y su voz pareció llenar algún vacío interior del periodista—. ¿Tomará nota de todo?

—De todo —respondió, y apretó los dientes.

—No veo su libreta.

Cowart alzó la mano y le enseñó una delgada libreta que sacudió de un lado a otro. Brown sonrió y le dijo:

—Me alegra que vaya armado, que sea un tío peligroso.

Cowart lo miró fijamente.

—Es broma, Cowart. Relájese.

Cowart asintió y el teniente observó a Shaeffer, apostada en la esquina de la cabaña. Luego sonrió levemente. Se irguió y sacudió los hombros como un perro al incorporarse. Cowart pensó que Brown era una especie de guerrero cuyos miedos y aprensiones se desvanecían apenas el enemigo aparecía ante sus ojos. No es que se mostrara feliz, pero parecía cómodo con cualquier peligro que acechara en el interior de la casa, más allá de la luz frágil del amanecer y las grises espirales de neblina. El periodista se miró las manos, como si fueran una ventana abierta hacia sus sentimientos. Tenían aspecto pálido pero firme. Pensó: «He llegado hasta aquí. Llegaré hasta el final.»

—Pues no es un chiste tan malo, dadas las circunstancias —respondió por fin.

Ambos sonrieron.

—Está bien —dijo Brown—. Toque de diana.

Se giró hacia la casa y recordó la primera vez que había ido allí en busca de Ferguson. Entonces no se imaginaba la avalancha de prejuicios y odio que desataría. Todos los sentimientos que Pachoula quería olvidar habían resucitado cuando Robert Earl Ferguson fue trasladado a la comisaría para ser interrogado sobre el asesinato de la pequeña Joanie Shriver. Brown tenía muy claro que no pasaría por aquello otra vez.

Comenzó a avanzar deprisa, cruzando directamente el estéril y reseco patio delantero de la casa, sin volver la vista atrás para comprobar si Cowart lo seguía. El periodista llenó los pulmones de aire, se preguntó por qué de pronto el aire le había secado la boca y se dio cuenta de que la sequedad no procedía del aire; entonces apretó el paso hasta dar alcance al teniente.

Brown se detuvo al pie de los escalones del porche. Se volvió hacia Cowart y susurró:

—Si todo se va al carajo de repente, apártese de mi línea de fuego.

Cowart asintió rápidamente con la cabeza, la agitación recorriéndole todo el cuerpo, siguiendo el rastro de los miedos que reverberaban, en su interior.

—Vamos allá —dijo el teniente.

Subió los escalones de dos en dos y Cowart lo siguió. Sus pisadas crujieron

en el entarimado, a lo cual se añadió el apremio con que llamó a la puerta. De inmediato se apartó a un lado para quitarse de en medio y empujó a Cowart hacia el otro lado. Abrió la puerta mosquitera y accionó el pomo de la principal, que se resistió.

—¿Cerrada? —susurró Cowart.

—No. Atascada, creo.

Volvió a girar el pomo. Miró a Cowart negando con la cabeza. Luego golpeó con fuerza tres veces la madera desconchada, haciendo vibrar la casa entera.

—¡Ferguson! ¡Policía! ¡Abre la puerta!

Antes de que se extinguiera el eco de su atronadora voz, había arrancado la puerta mosquitera. Luego dio un paso atrás y lanzó una patada brutal contra la puerta. Al agrietarse, el marco produjo un chasquido similar a un disparo y Cowart dio un respingo. Brown se apartó de nuevo y pegó otro patadón a la puerta, que se deformó y quedó medio abierta.

—¡Policía! —gritó de nuevo.

Y a continuación lanzó todo su peso contra la puerta, con el hombro por delante, como un defensa que se lanza a un placaje desesperado del que depende la victoria de su equipo.

La puerta cedió con ruido de madera rajándose y astillándose.

Brown acabó de derribarla y entró en el recibidor medio agachado, apuntando con el arma en todas direcciones. Volvió a gritar:

—¡Policía! ¡Ferguson, sal de ahí!

Cowart vaciló un instante, tragó saliva y siguió los pasos del policía, confuso y con el estruendo del asalto retumbándole aún en los oídos. Aquello era como saltar a un precipicio, pensó.

—¡Maldita sea! —exclamó Brown, y se dispuso a llamar de nuevo, pero no necesitó hacerlo.

Robert Earl Ferguson salió de una habitación.

Por un instante, pareció que su piel oscura se confundía con las grises sombras del amanecer que penetraban por las ventanas. Avanzó lentamente hacia el encorvado teniente. Llevaba puesta una holgada camiseta azul y unos vaqueros desgastados aún sin abrochar. Iba descalzo y sus pasos producían sonidos sordos en el suelo de madera. Levantaba los brazos con desgana, casi con despreocupación, como rindiéndose con sorna. Entró en la sala y se detuvo frente a Tanny Brown, que se fue enderezando con cautela, manteniendo la distancia. Una falsa sonrisa apareció en el rostro de Ferguson, que echó un vistazo rápido alrededor. Se fijó en los destrozos de la puerta y luego en Matthew Cowart. A continuación clavó la mirada en Brown.

—¿Piensa pagar la puerta? —preguntó—. No estaba cerrada. Sólo es un poco testadura. No hacía falta romperla. La gente del campo no necesita cerrar las puertas. Usted lo sabe. Bien, ¿qué quiere de mí, detective?

No había ni un ápice de angustia o miedo en su voz. Tan sólo una

desesperante serenidad, como si los hubiera estado esperando.

—Ya sabes lo que quiero de ti —repuso Brown sin dejar de apuntarle al pecho.

Pero los dos hombres continuaban alejados, mirándose con recelo de una punta a otra de la pequeña habitación.

—Ya. Quiere alguien a quien culpar. Siempre la misma historia —dijo Ferguson con frialdad.

Observó la pistola que lo apuntaba. Luego buscó la mirada del policía, entornando los ojos para que su gesto pareciera tan duro como su voz.

—No voy armado —dijo, extendiendo las manos con las palmas hacia arriba—. Y no he hecho nada. No necesita el arma.

Brown no movió la pistola un centímetro y Cowart notó un fugaz asomo de duda y nerviosismo en el rostro de Ferguson, pero al punto se desvaneció. Su voz había sonado como la de un hombre intocable. Cowart miró a Brown y cayó en la cuenta: «No puede tocarlo.»

El asesino se volvió hacia Cowart, ignorando al policía. Esbozó una lenta sonrisa que provocó un escalofrío al periodista.

—¿Usted también ha venido por lo mismo, señor Cowart? Esperaba la visita del teniente, pero creí que usted habría entrado en razón. ¿O le ha traído algún otro motivo?

—No. Sigo buscando respuestas —le respondió Cowart con voz ronca.

—Pensaba que en nuestra charla del otro día habría encontrado todas las respuestas. No se me ocurre qué otras preguntas puede tener, señor Cowart. Pensaba que las cosas habían quedado bastante claras. —Pronunció las últimas palabras con un tono áspero.

—Las cosas nunca quedan del todo claras —respondió Cowart.

—Bueno —dijo Ferguson señalando a Brown—, ya tiene una respuesta. Acaba de ver cómo se comporta este hombre. Destroza mi puerta y me amenaza con una pistola. Seguro que se está preparando para arrearle otra paliza. ¿Qué piensa sonsacarme a golpes esta vez, teniente?

Brown no respondió.

Cowart negó con la cabeza y dijo:

—Esta vez no habrá errores.

Ferguson montó en súbita cólera y tensó los brazos.

—No puedo decirles nada —les espetó Ferguson.

Dio un paso hacia el periodista, pero se detuvo. Cowart vio que luchaba por mantener el control. Lo logró y se apoyó contra una pared.

—Yo no sé nada. Por cierto, teniente, ¿dónde está su compañero? Si van a darme otra paliza echaré de menos al detective Wilcox. Va a necesitar su ayuda, ¿no le parece?

—Tú sabrás decirme dónde está... —repuso Brown con tono cortante—. Eres la última persona que lo vio.

—¿No me diga? —Al parecer, Ferguson se había pasado la noche en vela

preparando las respuestas, como si supiera lo que iba a suceder aquella mañana. Elevó la voz—. ¿Puedo bajar las manos si vamos a hablar?

—No. ¿Qué le pasó a Wilcox?

Ferguson sonrió de nuevo y, a pesar de la negativa, bajó las manos.

—Y yo qué coño voy a saber. ¿Se ha ido a alguna parte? Espero que al infierno. —Ensanchó la sonrisa con gesto burlón.

—A Newark —dijo Brown.

—Pues Newark es el mismísimo infierno —respondió Ferguson.

El teniente entornó los ojos. Tras una breve pausa, Ferguson dijo:

—Nunca lo he visto por allí. Maldita sea, llegué a Pachoula ayer mismo por la noche. Desde Jersey es un viaje bastante largo. ¿Dice que Wilcox estaba en Newark?

—Él te vio. Te persiguió.

—¡Alto ahí! Yo de eso no sé nada. La otra noche un blanco pirado empezó a perseguirme, pero no logré verle la cara. En ningún momento se acercó lo suficiente. De todas formas, lo perdí de vista en un callejón. Llovía mucho. No sé qué le pasó. Ya sabe, en mi barrio hay persecuciones a todas horas. No es extraño tener que largarse por piernas en un momento dado. Y le aseguro que no me gustaría estar en el pellejo de un blanco que ande solo de noche por allí, ya me entiende. Es un lugar muy poco recomendable. Allí la gente te arranca el corazón para canjearlo por una raya de coca.

Volvió la mirada hacia Cowart.

—¿No es así, señor Cowart? Claro que sí, te arrancan el corazón.

Matthew Cowart sintió una ira tan repentina como abrumadora. Miró a Ferguson y la rabia y la frustración lo embargaron. Se acercó a él y le hincó el bolígrafo en el pecho.

—Me mentiste —le espetó—. Me mentiste antes y me estás mintiendo ahora. Tú lo mataste, admítelo. Y también mataste a Joanie. Los mataste a todos. ¿A cuántos? ¿A cuántos, maldita sea?

Ferguson se irguió.

—No diga insensateces, señor Cowart —respondió con fría serenidad—. Ese hombre —señaló a Brown— le ha llenado la cabeza de cosas absurdas. Yo no he matado a nadie. Ya se lo dije el otro día. Y se lo repito ahora.

Volvió la vista hacia el policía.

—No tiene con qué amenazarme, teniente. Absolutamente nada que pueda sostenerse más de un minuto ante un tribunal, nada que cualquier abogado no pueda hacer picadillo. No tiene nada de nada.

—Yo lo tengo todo —dijo Cowart.

Ferguson le lanzó una mirada furibunda y el periodista notó un calor repentino en la cara.

—¿Cree tener en sus manos algún dato relevante sobre la verdad, señor Cowart? Pues no, no lo tiene.

Ferguson apretó los puños con fuerza.

Brown avanzó echando chispas.

—¡Que te den por culo, Bobby Earl! Vendrás conmigo a comisaría. Vamos...

—¿Me está arrestando?

—Sí. Para empezar, por el asesinato de Joanie Shriver, por segunda vez. Y también por obstrucción a la justicia, por ocultación de pruebas y por mentir bajo juramento. Y como testigo material de la desaparición de Wilcox. Con eso tendremos de sobra.

El rostro de Brown parecía de acero. Introdujo la mano libre en el bolsillo de la chaqueta y sacó unas esposas. Elevó el arma a la altura de la cara de Ferguson.

—Ya conoces el trámite. De cara a la pared con las piernas abiertas.

—¿Me está arrestando? —repuso Ferguson dando un paso atrás. Elevó el tono de voz, la ira volvía a embargarlo—. Ya fui exento de ese crimen. Y el resto no son más que tonterías. ¡No puede detenerme!

El teniente le acercó el arma al entrecejo.

—Mírame —dijo lentamente, el gesto desencajado de rabia—. No deberías haber dejado que te encontrara, Bobby Earl, porque ahora todo ha terminado para ti. En este preciso instante. Se acabó.

—No puede acusarme de nada —insistió Ferguson, riéndose fríamente—. Si pudiera, habría venido aquí con todo un ejército. No habría traído a un miserable periodista cuyas preguntas idiotas no llevan a ninguna parte. —Escupía las palabras como insultos—. Quedaré en libertad, teniente, y usted lo sabe. —Se rió—. Libre como un pájaro.

Pero las palabras de Ferguson contradecían los movimientos nerviosos de su cuerpo. Inclina los hombros hacia delante, el ir y venir de sus pies era constante, como si estuviera preparándose para recibir un golpe en un combate de boxeo.

Brown se percató de ello.

—Dame un motivo —dijo—. Sabes que me encantaría.

—No pienso ir con usted —dijo Ferguson—. ¿Tiene una orden?

—Vendrás conmigo —siseó Brown—. Quiero ver cómo vuelves al corredor de la muerte, ¿me oyes? Ése es tu sitio. Esto se acabó.

—Nunca se acabará —respondió Ferguson, retrocediendo.

—¡Nadie irá a ninguna parte! —exclamó una voz quebrada.

Los tres hombres se volvieron.

Cowart vio los dos cañones de la escopeta antes que a la menuda y enjuta abuela de Ferguson. Apuntaba con el arma a Tanny Brown.

—Nadie irá a ninguna parte —repitió—. Y mucho menos al corredor de la muerte.

Brown desvió rápidamente su pistola hacia el pecho de la mujer, agazapándose mientras lo hacía. Ella llevaba un fantasmal camisón blanco que ondeaba en torno a su figura cada vez que se movía. Tenía el pelo recogido y los pies descalzos. Era como si hubiera cambiado la comodidad de su cama por

una pesadilla. Apretaba la culata del arma bajo el brazo, apuntando al policía, exactamente igual que había hecho el día que disparó a Cowart.

—Señora Ferguson —dijo el teniente en voz baja, ya en posición de tiro—, por favor baje el arma.

—No te llevarás al chico —repuso ella con ferocidad.

—Señora Ferguson, cálmese y entre en razón...

—No me hables de entrar en razón. Te digo que no te llevarás a mi chico.

—No me ponga las cosas más difíciles de lo que ya son.

—Me importa un bledo que sean difíciles. He tenido una vida difícil. A lo mejor morir será más fácil.

—No hable de ese modo, señora. Déjeme hacer mi trabajo. Todo saldrá bien, ya lo verá.

—Ahora no intentes engatusarme con buenas palabras, Tanny Brown. Lo único que has hecho ha sido traer problemas a esta casa.

—No —replicó Brown con suavidad—, no he sido yo quien ha traído los problemas. Ha sido este chico suyo.

Brown había ido imprimiendo a su discurso el acento sureño, como si intentara hablar el mismo idioma que un extranjero desorientado.

—Tú y ese maldito periodista. Tendría que haberos matado antes. —Se volvió hacia Cowart y le espetó—: Usted sólo ha traído odio y muerte.

Cowart no respondió. Pensó que había algo de verdad en lo que decía la anciana.

—No, señora —continuó calmándola Brown—. No he sido yo ni ha sido el periodista. Ha sido su chico. Usted lo sabe.

Ferguson se apartó a un lado, como calculando el alcance de la onda expansiva del disparo. Su voz sonó con una cruel serenidad.

—Vamos, abuela. Mátalo. Mátalos a los dos. —La anciana compuso una expresión de asombro—. Mátalos. Adelante. Hazlo ya —continuó Ferguson, retrocediendo en dirección a la anciana.

Brown dio un paso adelante, con el arma aún preparada para disparar.

—Señora Ferguson —dijo—, la conozco desde hace mucho tiempo. Y usted conocía a mi gente, a mis primos; antes íbamos juntos a la iglesia. No me obligue a...

Ella lo interrumpió con resentimiento.

—¡Todos me dejasteis sola hace muchos años, Tanny Brown!

—Mátalos —susurró el nieto, acercándose a ella.

Brown giró la cabeza hacia Ferguson.

—¡Alto ahí, cabrón! ¡Y cierra el pico!

—Mátalos —repitió Ferguson.

—No está cargada —dijo Cowart de pronto. Continuaba clavado en la misma posición, deseando desesperadamente ponerse a cubierto pero incapaz de que su cuerpo reaccionara ante el miedo—. Utilizó la última bala conmigo el otro día. No está cargada —insistió con su farol.

La anciana se volvió hacia él.

—Si piensa eso es que usted es un estúpido. —Miró con frialdad al periodista—. ¿Quiere apostar la vida a que no tenía más cartuchos?

Brown continuaba apuntando a la mujer.

—No quiero disparar —le advirtió.

—A lo mejor yo sí —respondió ella—. Sólo te digo una cosa: no volverás a llevarte a mi nieto. Antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

—Señora Ferguson, usted sabe lo que el chico ha hecho...

—No me importa lo que haya hecho. Es lo único que me queda y no pienso dejar que lo apartes de mí otra vez.

—¿Usted llegó a ver lo que le hizo a aquella niña? —preguntó Cowart de repente.

—Me da igual —contestó la anciana—. Eso no es asunto mío.

—Ella no fue la única —se obstinó Cowart—. Ha habido otras. En Perrine y Eatonville. Niñas negras, señora Ferguson. También ha matado niñas negras.

—No sé nada de ninguna niña —respondió con voz ligeramente temblorosa.

—Y también ha matado a mi compañero —añadió Brown en voz baja, como si hablando más alto corriera el riesgo de que la situación se descontrolara por completo.

—No me importa. No me importa nada de todo eso.

Ferguson se escudó detrás de la anciana.

—No dejes que se muevan, abuela —dijo. Y desapareció por el pasillo central de la casa.

—No pienso permitir que se vaya —dijo Brown.

—Entonces o tú me disparas a mí o yo te disparo a ti —respondió la vieja.

Cowart vio que Brown tenía el dedo sobre el gatillo. También vio que la punta del arma temblaba ligeramente.

El silencio y la tenue luz de la mañana inundaban la habitación. Ni la anciana ni Tanny Brown se movieron.

«Brown no disparará —pensó Cowart—. Si hubiera querido ya lo habría hecho. Al principio, cuando vio por primera vez la escopeta. Ahora ya no lo hará.» Miró a Brown y supo que una marejada de sentimientos lo inundaba.

El teniente tenía el estómago encogido y notaba una desagradable acidez en la lengua. Miró fijamente a la anciana, observando su fragilidad de mujer consumida por la edad y, al mismo tiempo, su voluntad de hierro. «¡Mátala! —se dijo. Y pensó—: ¿Cómo podrías hacer algo así?» Intentaba sopesarlo todo en su cabeza, pero la balanza se inclinaba precipitadamente de un lado a otro.

Ferguson volvió a la sala. Esta vez ya iba vestido del todo: sudadera gris, vaqueros y zapatillas de deporte. Llevaba un pequeño petate de lona en la mano. Hizo un último intento.

—Venga, abuela, mátalos de una vez. —Pero su voz no denotaba confianza en que la anciana fuera a hacerlo.

—Márchate —le dijo ella con voz gélida—. Márchate y no vuelvas nunca más.

—Pero abuela... —dijo él, sin cariño ni tristeza, sólo con cierto tono de fastidio.

—No vuelvas a Pachoula. No vuelvas a mi casa. Nunca más. Estáis todos llenos de una maldad que me supera. Márchate a otra parte a hacer lo que sea. Yo lo he intentado —dijo amargamente—. Tal vez no lo haya hecho muy bien, pero he puesto todo mi empeño. Habría sido mejor que murieras de pequeño y así no habrías causado tanto dolor aquí. Ahora coge tu dolor y llévatelo para siempre. Es todo lo que puedo darte ahora mismo. Márchate. Todo lo que pase a partir de que salgas por esa puerta será asunto tuyo, ya no tendrá que ver conmigo. ¿Entiendes?

—Abuela...

—No más sangre, ya no más, después de esto —dijo ella con determinación.

Ferguson se rió y respondió con tono de indiferencia.

—Está bien. Si ésa es tu decisión, me voy. —Se volvió hacia Cowart y Brown. Sonrió y dijo—: Pensé que acabaríamos hoy, pero me temo que no podrá ser. Tal vez en otra ocasión.

—Él no se va —dijo Brown.

—Sí, sí se va —repuso la anciana—. Si lo quieres, tendrás que buscarlo en otra parte, pero no en mi casa. Mi casa, Tanny Brown, no es gran cosa, pero es mía. Y tú te llevarás este condenado asunto a otra parte, igual que él. Te digo lo mismo a ti. Vete. Ésta es la morada del Señor y quiero que continúe siéndolo.

Brown asintió con la cabeza e hizo un gesto de aquiescencia, pero no bajó el arma, sino que continuó apuntando a la abuela mientras el nieto pasaba por su lado, casi rozándolo, y se dirigía a paso cauteloso hacia la destrozada puerta. Los ojos de Brown lo siguieron, y su pistola temblaba ligeramente como queriendo seguirlo también.

—Márchate ya —dijo la anciana. Su voz denotaba profunda tristeza y sus ojos enrojecieron con lágrimas de sufrimiento. Cowart pensó: «Ferguson también ha matado a su abuela.»

Ya en la puerta, Ferguson volvió la vista atrás.

Brown, con furia y frustración, le dijo:

—No te preocupes, volveré a encontrarte.

—Aunque lo haga, eso no significará nada porque volveré a quedar en libertad —le respondió Ferguson—. Siempre quedaré libre, Tanny Brown. Siempre.

Que fuera o no un mero alarde carecía de importancia. Las palabras fueron pronunciadas y resonaron en el espacio que los separaba.

Cowart pensó que aquello era el mundo al revés: el asesino quedaba libre y el policía no podía moverse. Quiso hacer algo, pero no supo qué. El miedo y la amenaza lo obnubilaban como una terrible pesadilla. «Tengo que hacerlo», se



ordenó, y se dispuso a decir algo, pero en ese momento vio que los ojos de Ferguson se abrían como platos. Después oyó el grito estridente y al borde de la angustia.

—¡Quietos!

Era Andrea Shaeffer, agachada y en posición de tiro, con los brazos extendidos, la pistola amartillada y apuntando a Ferguson. Estaba tres metros por detrás de la anciana, en el pasillo que conducía a la cocina, por la que había entrado sin que nadie la oyera.

—¡Baje la escopeta! —ordenó, tratando de camuflar la ansiedad con el volumen de su voz.

Pero la anciana no obedeció. En lugar de bajar el arma, se dio la vuelta con movimientos entrecortados, como en las películas antiguas, y buscó a la detective con el cañón de la escopeta, dispuesta a disparar.

—¡Suéltela! —gritó Shaeffer. Los dos cañones, como ojos de depredador, la apuntaban al pecho. Sabía que la duda solía ir acompañada de la muerte y en esa ocasión no podía fallar.

Cowart abrió la boca y farfulló algo indescifrable.

—¡Dios mío, no! —exclamó Brown, pero sus palabras se perdieron en el eco de la detonación: Shaeffer había disparado.

La pistola dio una sacudida en sus manos pero ella, repentinamente frenética, la dominó. Tres disparos sacudieron la quietud de la mañana, tres fogonazos que iluminaron fugazmente las habitaciones de aquella cabaña pequeña y oscura.

El primero elevó a la anciana y volvió a dejarla en el suelo, como si no pesara más que un suspiro. El segundo dio contra la pared, de la que salieron despedidos fragmentos de yeso y madera. El tercero hizo añicos una ventana y se desvaneció en el aire de la mañana. La abuela de Ferguson levantó los brazos y la escopeta cayó estrepitosamente al suelo. La anciana cayó hacia atrás, golpeándose contra la pared y quedando inerte en el suelo, con los brazos extendidos como en actitud de súplica.

—¡Dios mío, no! —volvió a gritar el teniente Brown, y corrió hacia la mujer, luego vaciló.

Apartó la vista de la mancha carmesí que se extendía por el camisón de la anciana y se fijó en Cowart, que estaba inmóvil, pasmado, con la boca entreabierta. El periodista pestañeó, como si acabara de despertar de un mal sueño y dijo para sí «Dios mío»; y de repente se volvió hacia la puerta destrozada.

Ferguson había desaparecido.

Cowart señaló la puerta y farfulló sin palabras, sólo con agitación y desconcierto. Brown corrió hacia allí.

Shaeffer entró en la habitación con las manos temblorosas, la mirada clavada en la mujer agonizante.

Brown salió al porche y el silencio lo asustó; el mundo parecía un paisaje

informe de niebla y luces del alba. No se oía nada. Ninguna señal de vida. Escudriñó el patio y luego se asomó al lateral de la casa, desde donde divisó a Ferguson corriendo hacia el coche aparcado detrás.

—¡Alto! —le gritó.

Ferguson se detuvo, pero no para rendirse: en la mano derecha empuñaba un revólver de cañón corto. Disparó dos veces y las balas silbaron cerca del teniente. Brown se sorprendió al percibir que las detonaciones eran las del arma de Wilcox. Un maremoto de furia estalló en su interior.

—¡Alto, hijo de la gran puta! —volvió a tronar, y salió corriendo por el porche, devolviendo los disparos.

Sus balas no alcanzaron a Ferguson, pero impactaron en el coche, una de cuyas ventanas estalló. Aquel fragor diabólico inundó el aire de la mañana.

Ferguson volvió a disparar mientras corría hacia la hilera de árboles que había al fondo del descampado. Brown tomó posición en el extremo del porche y se ordenó afinar la puntería. Respiró hondo y con los ojos enrojecidos de furia y dolor vio pasar por la mira de la pistola la espalda del asesino. «¡Ahora!»

Y apretó el gatillo.

La pistola se movió en su mano y el tiro se desvió, impactando contra el tronco de un árbol.

Ferguson se volvió, miró a Brown y disparó otra vez antes de desaparecer en la oscuridad del bosque.

En cuanto Brown salió por la puerta, Shaeffer corrió hacia la anciana. Se arrodilló, con la pistola aún en la mano, extendió la mano libre y palpó suavemente el pecho de la mujer, como un niño cuando toca algo para comprobar si es real. Al levantar la mano tenía los dedos manchados de sangre. La anciana respiró por última vez con un sonido sordo y entrecortado al inspirar. Después exhaló el último suspiro. Shaeffer se quedó mirándola fijamente y luego se volvió hacia Cowart.

—No tenía opción... —dijo.

Esas palabras sacaron del trance catatónico al periodista. Cruzó la habitación y recogió la escopeta del suelo. La abrió rápidamente y comprobó que las dos recámaras estaban vacías.

—Vacía —dijo.

—Oh, no —respondió Shaeffer.

Él le entregó la escopeta.

—Oh, no —repitió ella en voz baja—. ¡Mierda! —Miró al periodista en busca de consuelo. De pronto parecía tremendamente joven—. No tuve opción —repitió.

En el exterior, oyeron el estampido de los disparos.

Cowart se agachó instintivamente. Entre las detonaciones, el silencio era más profundo y denso, y él se sintió como un nadador en medio del océano.

Cogió aire y corrió hacia la puerta. Shaeffer lo siguió.

Vio a Brown en la esquina del porche, disparando ansiosamente con su revólver ya vacío. El gatillo resonaba en vano, hasta que el teniente comenzó a recargar su arma.

—¿Dónde está? —preguntó Cowart.

Brown repuso:

—¿Y la anciana?

—Ha muerto —respondió Shaeffer—. Yo no sabía...

—Usted no podía evitarlo...

—La escopeta estaba vacía —añadió Cowart.

Brown lo miró con gesto de resignación. A continuación se incorporó y señaló hacia el bosque.

—Voy tras él.

Shaeffer asintió con la sensación de estar siendo arrastrada por una corriente invisible. Cowart también asintió.

El teniente bajó del porche de un salto y se lanzó a cruzar el claro a paso ligero, camino de las sombras que comenzaban unos cincuenta metros más allá. Fue acelerando el ritmo a medida que avanzaba, de modo que, al llegar a la oscura vegetación que había engullido a Ferguson no corría muy deprisa pero sí lo suficiente para compensar los minutos que el asesino le llevaba de ventaja.

Era consciente de que los otros dos iban jadeando tras él a unos metros de distancia, pero no les prestó atención. En lugar de esperarlos, se adentró en la frondosidad del bosque, con la mirada fija en un estrecho sendero, sabiendo que su presa no tardaría en aparecer en medio de la espesura. Se dijo: «Este también es mi territorio. Yo también me he criado aquí. Lo conozco tan bien como él.» Continuó avanzando.

El calor iba creciendo, absorbiéndoles la energía a medida que se internaban en la maraña de ramas y enredaderas. Sin abandonar el estrecho sendero, Shaeffer y Cowart seguían a Brown con el impulso de su determinación. El teniente avanzaba sin parar, intentando anticiparse a los movimientos de Ferguson.

De vez en cuando aparecían señales de que Ferguson también iba por aquel sendero: Brown vio una huella en la tierra húmeda y Cowart encontró un desgarrón de la sudadera gris enganchado en un espino.

La tensión y el sudor les nublaban la vista.

Brown recordó la guerra, y pensó: «Yo he estado en sitios mucho peores que éste.» Sintió una mezcla de temor y emoción y continuó. Shaeffer avanzaba con dificultad, sin poder apartar de su cabeza la imagen de la anciana abatida en el suelo de la cabaña, mezclada con un recuerdo difuso de Wilcox desapareciendo en la oscuridad de aquel barrio siniestro. Pensó que la muerte se estaba burlando de ella; cada vez que intentaba hacer lo correcto, le ponía la

zancadilla y ella caía de bruces en el error. Tenía muchas cosas que corregir pero no sabía cómo.

Cowart tenía la sensación de que con cada paso se iba adentrando más y más en una pesadilla. Había perdido su libreta y su bolígrafo; una mata de zarzas se los había arrebatado de la mano, produciéndole un corte que le escocía de un modo irritante. Por un instante se preguntó qué hacía allí. Luego se dijo: «Escribir el último párrafo.»

El suelo era cada vez más blando y los zapatos se les quedaban pegados a la tierra. Hacía un calor denso y húmedo. El bosque tenía un aspecto más espeso y tupido a medida que se acercaban al pantano, como si ambos lucharan por la posesión de la tierra. A esas alturas los tres estaban llenos de mugre y barro y tenían rasgones en la ropa. Cowart pensó que en algún lugar la mañana debía de ser despejada y acogedora, pero no allí, no bajo aquel entramado de ramas que tapaba el cielo. Ya ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaban persiguiendo a Ferguson. Cinco minutos, una hora, un día... tal vez la vida entera.

De pronto Brown se detuvo, se arrodilló y les indicó que se agacharan. Ellos se acuclillaron junto a él y siguieron la dirección de sus ojos.

—¿Sabe dónde estamos? —preguntó Shaeffer entre susurros.

El teniente asintió.

—Él lo sabe —respondió señalando a Cowart.

El periodista respiró hondo.

—Cerca de donde encontraron el cuerpo de la niña —dijo.

Brown asintió.

—¿Ve algo? —preguntó Shaeffer.

—Aún no.

Guardaron silencio y escucharon. Un pájaro levantó el vuelo entre las ramas de un arbusto. Se oía un ruidito en otro arbusto. «Una serpiente», pensó. Temblaba a pesar del calor. La brisa que soplaba sobre la copa de los árboles parecía muy lejana.

—Está allí —dijo Brown.

Señaló un claro del denso lodazal de bosque y pantano. Los rayos de sol iluminaban un pequeño espacio abierto en el camino. El claro, rodeado por un laberinto de follaje, tenía unos diez metros de largo. Lograron divisar por donde continuaba el sendero, entre dos árboles alejados, como un agujero de oscuridad.

—Atravesaremos ese claro —dijo Brown en voz baja—. Después no se tarda mucho en llegar al agua. El agua se extiende a lo largo de kilómetros, hasta el próximo condado. Ferguson tiene dos opciones: una, continuar pese a la dureza del camino y llegar al otro lado, suponiendo que lo logre sin perderse y sin que le pique una serpiente o lo devore un cocodrilo o algo así, pero tendrá frío y estará mojado y sabe que yo lo estaré esperando; y dos, hacer lo que en realidad quiere hacer: volver sobre sus pasos, acabar con nosotros, coger su coche y no

parar hasta la frontera de Alabama.

—Pero ¿cómo va a hacerlo? —preguntó Cowart.

—Intentará tendernos una emboscada. Sabe que si lo logra podrá moverse a sus anchas. —Brown reflexionó un instante antes de añadir—: Exactamente lo que ha estado haciendo hasta ahora.

—¿Cree que en el claro...? —preguntó Cowart.

—Es un buen lugar para intentarlo.

Shaeffer miró al frente y dijo:

—Así pues, pretende matarnos. ¿Qué vamos a hacer?

Brown se encogió de hombros.

—Impedírselo.

Cowart miró el claro y susurró:

—Al parecer, ese claro es ineludible. Hay que cruzarlo por fuerza, ¿no?

El teniente, casi incorporado, asintió con la cabeza. Volvió a mirar el pequeño espacio abierto y pensó que era un buen lugar para el combate. Sin duda era el lugar elegido por Ferguson. No había forma de rodearlo, y tampoco de evitarlo. En aquel momento pensó en lo injusto que resultaba que la orilla del pantano conspirara con Ferguson para ayudarlo a escapar. Cada rama de árbol, cada obstáculo, les estorbaba a ellos y lo ocultaba a él. Escrutó la hilera de árboles en busca de algún color o alguna forma que no encajara. «Muévete, cabrón —pensó—. Sólo un pequeño movimiento para que yo te vea.» Al no ver ninguno, maldijo para sus adentros.

No veía más opción que seguir avanzando.

—No bajéis la guardia ni un segundo —les advirtió.

Salió al claro revólver en mano, con los músculos tensos y los sentidos alertas. Shaeffer lo siguió a un metro por detrás; sujetaba su arma con las dos manos, pensando: «Aquí se decidirá todo.» Sintió el deseo de hacer una sola cosa antes de morir. Cowart se incorporó y siguió a Shaeffer a otro metro de distancia. Se preguntó si los otros estarían tan asustados como él, y se contestó que eso no importaba.

El silencio los envolvió.

Brown estaba nervioso. La sensación de encontrarse en el punto de mira de Ferguson era acuciante y le quitaba el aire.

Cowart sólo notaba el calor y una vulnerabilidad extrema. Sentía que caminaba a ciegas. Sin embargo, él fue quien se percató de un leve movimiento: la vibración de unas hojas, un chasquido entre los arbustos y un cañón metálico que les apuntaba. Gritó «¡Cuidado!» al tiempo que se arrojaba al suelo, sin poder creer que, en pleno ataque de pánico, hubiera logrado articular una palabra.

Brown se lanzó hacia delante, rodó por el suelo y trató de colocar el arma en posición de tiro, sin saber hacia dónde disparar.

Sin embargo, Shaeffer no se agachó, sino que se dio la vuelta gritando hacia el movimiento y disparando a ciegas. El disparo se desvaneció en el aire. Pero el

estruendo de su 9 mm fue ahogado por tres atronadoras detonaciones procedentes del revólver de Ferguson.

Brown lanzó un grito sofocado cuando una bala impactó en el suelo, junto a su cabeza. Cowart intentó pegarse al máximo a la tierra mojada. Shaeffer volvió a gritar, esta vez de dolor, y se desplomó en el suelo como un pájaro con un ala rota, sujetándose el codo herido. Se retorció entre gritos agudos. Cowart alargó el brazo y la arrastró hacia sí mientras Brown se incorporaba, apuntando con el arma aunque sin ver nada. Tenía el dedo en el gatillo, pero no disparó. Al quedarse en silencio, oyó el ruido de los árboles y arbustos entre los que Ferguson corría.

Shaeffer sostenía su pistola sin fuerza, la sangre le corría brazo abajo hacia la muñeca e iba manchando el brillante acero del arma. El periodista cogió la pistola y se puso en pie, siguiendo el rastro de la huida de Ferguson.

No fue consciente de que se estaba saltando el guión.

Disparó.

Sin vacilar, dejó que el estruendo de la pistola borrara toda reflexión acerca de lo que estaba haciendo, apretó el gatillo y disparó las ocho balas que quedaban contra la espesura de árboles y matorrales.

Continuó apretando el gatillo con la recámara ya vacía, plantado en medio del claro y escuchando el eco de las detonaciones. Luego dejó caer el brazo de la pistola con gesto de agotamiento.

Por un momento los tres parecieron congelados, hasta que Shaeffer soltó un gemido de dolor y Cowart se agachó a socorrerla. El quejido hizo reaccionar a Brown, que aparentó volver en sí. Se arrastró por el suelo y examinó la herida en el brazo de la detective. Vio el hueso astillado que traspasaba la piel. La sangre arterial manaba a borbotones de la carne desgarrada. Levantó la vista hacia el bosque, como si buscara consejo, y volvió a agachar la cabeza. Tan rápido como pudo, rasgó una tira de su chaqueta e hizo un torniquete alrededor del brazo herido. Rompió una rama verde de un árbol y la anudó con la tela. Sus manos se movían con agilidad: hay viejas lecciones que nunca se olvidan. Tras girar la rama para ajustar la ligadura, vio que la hemorragia disminuía. Miró a Cowart, que había ido hasta el extremo del claro para escudriñar la frondosidad del bosque. El periodista continuaba con la pistola en la mano.

—Creo que le he dado —dijo y se volvió hacia Brown extendiendo la mano: estaba manchada de sangre.

Brown se puso en pie, asintiendo.

—Quédese con Shaeffer —le dijo.

Cowart negó con la cabeza.

—No, yo voy con usted.

La herida gimió.

—Quédese —repitió Brown.

Cowart se disponía a decir algo, pero el policía añadió:

—Ahora es mío.

El periodista resopló con frustración. Las sensaciones se agolpaban en su interior. Pensó en todo lo que había hecho hasta ese momento y se dijo: «Esto no puede acabarse aquí para mí.»

Shaeffer volvió a quejarse.

Cowart vio que no le quedaba elección y asintió con la cabeza. Se quedó esperando junto a la detective herida, pero se sentía más solo que nunca.

El teniente se adentró en el bosque, sorteando la maraña de zarzales y ramas que se le venían encima y le tiraban de la ropa, arañándole las manos y la cara como un gato salvaje. Avanzaba a paso rápido y firme, pensando: «Si está herido, habrá salido corriendo en línea recta.» Tenía que recuperar los segundos que había perdido haciendo el vendaje a la detective.

Vio la mancha de sangre que había encontrado Cowart al asomarse desde el claro, luego otra unos quince metros más allá en dirección a la ciénaga. Una tercera marcaba el camino unos diez metros después. Eran pequeñas, sólo gotas rojas que contrastaban con las sombras verdes.

Siguió avanzando, sintiendo el agua negra que se extendía ante él.

El bosque crepitaba a su alrededor. Iba apartando las trepadoras y los helechos que le cerraban el paso. La persecución ya no consistía más que en pura velocidad y fuerza bruta, en un auténtico arrebato de furia. Brown apartaba a golpes todo lo que se interponía en su camino.

No vio a Ferguson hasta que lo tuvo prácticamente encima.

El asesino estaba apoyado en un mangle retorcido a la orilla de las aguas pantanosas que se desplegaron tras él como tinta negra. Un pequeño reguero de sangre le recorría la pierna desde el muslo hasta el tobillo y resaltaba sobre sus desgastados vaqueros. Apuntaba con el arma en dirección a Brown cuando éste apareció exactamente en el punto de mira.

El policía tuvo un solo pensamiento: «Soy hombre muerto.»

Lo asaltó un miedo espeluznante; todos los recuerdos de su familia y sus amigos se le congelaron en una gélida estampa. Quiso agacharse, retroceder, esconderse de alguna manera, pero se movía a cámara lenta y lo único que logró fue llevarse una mano a la cara, como si así pudiera desviar la bala que estaba a punto de abatirlo.

Fue como si de pronto se le hubiera agudizado el oído y la visión. Vio que el percutor de la pistola se movía lentamente hacia atrás y luego percutía rápidamente hacia delante.

Abrió la boca en un grito mudo.

Pero todo lo que oyó fueron dos chasquidos: la pistola estaba vacía. Una turbia mirada de sorpresa se instaló en el rostro de Ferguson. Bajó los ojos hacia el arma como un niño pillado en plena travesura.

Brown advirtió que se había caído al suelo, pues estaba cubierto de barro.

Hincó una rodilla en el suelo y apuntó con su revólver.

Ferguson hizo una mueca. Luego pareció encogerse de hombros. Después levantó las manos en gesto de rendición.

El teniente respiró hondo y en su cabeza oyó una cacofonía de voces que le pedían cosas contradictorias: voces que clamaban deber y responsabilidad y voces que exigían venganza. Alzó la mirada hacia Ferguson y recordó sus palabras: «Volveré a quedar libre otra vez.» Y esas palabras se unieron al tumulto y las turbulencias que oía en su interior, reverberando como un trueno en la distancia. La disonancia lo ensordeció tanto que apenas oyó la detonación de su propio revólver y sólo supo que había disparado por el temblor que sintió en el puño.

Los disparos impactaron en Robert Earl Ferguson, lanzándolo contra unos matorrales espinosos. Por un instante su cuerpo se retorció de dolor y confusión. La incredulidad cruzó su mirada y se dispuso a negar con la cabeza, pero el movimiento quedó interrumpido en el instante en que la muerte congeló la sorpresa de su rostro.

Los minutos transcurrían inexorables.

Brown permaneció de rodillas frente al cuerpo del asesino, tratando de recomponerse. Luchó contra una mareante sensación de vértigo seguida de náuseas. Cuando se recuperó, esperó a que se le calmara el corazón e inspiró la primera bocanada de aire de la que fue consciente desde que había comenzado la persecución.

Miró los ojos ciegos de Ferguson.

—¿Ves? —le dijo con amargura—. Te equivocabas.

Los pensamientos se agolpaban en su mente mientras contemplaba absorto el cadáver y el revólver caído a su lado. Aquella arma le resultaba tan familiar como la voz y la risa de su compañero. Sabía que Ferguson sólo podía haber obtenido el revólver de un modo y eso le produjo tristeza y dolor.

—Querías matarme con el arma de mi compañero, hijo de puta, pero ella se negó a hacerlo, ¿verdad? —dijo en voz alta.

Se fijó en las manchas de sangre que el cadáver tenía en la pierna, que indicaban dónde le había dado el disparo fortuito de Cowart. No podría haber llegado muy lejos con esa herida, al menos no hasta la libertad. Aquel disparo al azar del periodista lo había matado tanto como las dos balas de Brown.

El teniente se apoyó el revólver contra la frente, como quien se coloca un cubo de hielo para aliviar un dolor de cabeza. Su mente no le daba tregua; se volvió hacia Ferguson y le preguntó: «¿Qué clase de alimaña eras tú?», como si el cadáver pudiera responder. Luego se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso hacia donde había dejado a Cowart y Shaeffer. Volvió la vista atrás una vez, sólo para cerciorarse de que Ferguson no se había movido, para confirmar que continuaba muerto en los zarzales, como si no confiara en que la muerte



fuera definitiva.

Caminó despacio, consciente por primera vez de que el día se había adueñado del bosque. Los rayos de sol atravesaban la techumbre de ramas e iluminaban el camino. Eso le provocó una ligera incomodidad. De pronto prefería la penumbra.

Tardó unos minutos en llegar al pequeño claro donde Cowart se había quedado con Shaeffer.

El periodista se había quitado la chaqueta para cubrir a la detective, que había palidecido y temblaba a pesar de que el calor apretaba cada vez más. La sangre que le brotaba del codo herido había empapado el torniquete. Estaba consciente y se esforzaba por no perder el conocimiento.

—He oído disparos —dijo Cowart—. ¿Qué ha pasado?

Brown suspiró.

—Ha escapado —respondió.

—Que ha... ¡pero cómo! —exclamó Cowart.

—Hay que atraparlo —farfulló Shaeffer, removiéndose de rabia y dolor, al borde de la inconsciencia.

—Se metió en el agua —respondió Brown—. Lo intenté desde lejos, pero...

—Pero ¿cómo que se escapó? —insistió Cowart con incredulidad.

—Desapareció. Se adentró en la ciénaga. Ya les dije lo que ocurriría si se metía ahí. Nunca lo encontraremos.

—Pero yo le di —replicó Cowart—. Estoy seguro.

El teniente no respondió.

—Le di —insistió el periodista.

—Sí, usted le dio —murmuró Brown.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Cómo...? —empezó Cowart, pero se interrumpió y miró fijamente al policía.

Brown apartó la vista, incómodo ante el escrutinio del periodista. Luego se recompuso y dijo:

—Tiene que llevarse a Shaeffer de aquí. La herida no es muy grave, pero necesita atención inmediata.

—¿Y usted?

—Yo voy a echar otro vistazo. Después regresaré con ustedes.

—Pero...

—Cuando lleguemos a Pachoula presentaremos cargos. Lo introduciremos en la base de datos nacional e implicaremos al FBI. Usted váyase a escribir su artículo.

Cowart continuaba mirándolo fijamente, tratando de leer entre líneas en sus palabras.

—Se ha escapado —repitió Brown con frialdad.

Y entonces Cowart lo comprendió. En su interior se desató una lucha entre el miedo y la ira. Miró enfurecido al policía.

—Lo ha matado —susurró—. Yo oí los disparos.

El teniente no dijo nada.

—Usted lo ha matado —repitió el periodista.

Brown negó con la cabeza, pero dijo:

—Debe entender una cosa, Cowart: si Ferguson aparece muerto en el pantano, nunca se sabrá nada. Ni de Wilcox ni de los demás. Todo acabará aquí y nadie volverá a interesarse por Ferguson. Sólo se preocuparán por usted y por mí: un policía que buscaba una venganza personal y un periodista que intentaba salvar su carrera. Nadie querrá que le hablen de sospechas, ni de teorías o pruebas contaminadas. Lo único que preguntarán es por qué vinimos aquí y matamos a un hombre. Un hombre inocente, ¿recuerda? Un hombre inocente. Pero si él se da a la fuga...

Cowart le clavó la mirada y pensó: «Se ha acabado, pero en cierto modo nunca acabará.» Dio un hondo suspiro y acabó el razonamiento del teniente:

—El que huye siempre es culpable. Un hombre culpable.

—Exacto.

—Y entonces todo continuará. La gente seguirá buscando respuestas...

—Y usted y yo se las daremos, ¿no es así? —Cowart cogió aire con un gesto dolorido—. Pero Ferguson está muerto. Usted lo mató...

Brown lo miró.

—Y yo también lo maté... —continuó el periodista, y titubeó antes de añadir lo obvio—: Nosotros lo matamos. —Volvió a respirar hondo.

Un torbellino de pensamientos se agolpó en su cabeza. Vio a Ferguson y recordó la risa de Sullivan al preguntarle «¿Acaso lo he matado a usted, Cowart?»; respondió «No» con la esperanza de estar en lo cierto; luego se le arremolinaron los recuerdos de su familia, de su hija, de la niña asesinada, de las niñas desaparecidas y de todo cuanto había sucedido. Pensó: «Esto es una pesadilla. Di la verdad y serás castigado; miente y se hará justicia.» Le parecía estar cayendo al vacío, como si sus manos se hubieran soltado de la escarpada pared de un acantilado; un acantilado que él mismo había decidido escalar. Hizo acopio de fuerzas y se imaginó que clavaba un piolet en la roca y lograba detener la caída. «Puedes vivir con ello, aunque solo», se dijo. Miró a Tanny Brown, que estaba agachado, examinando el vendaje ensangrentado de Andrea Shaeffer, y entonces se dio cuenta de que se equivocaba. La pesadilla sería compartida. Se fijó en Shaeffer y pensó: «Al menos su herida cicatrizará.»

—Se ha escapado —dijo finalmente.

Tanny Brown se limitó a mirarlo.

—Sí, teniente, se ha escapado por la ciénaga. Vuelva allí y eche un vistazo, pero no creo que lo encuentre. Lo más seguro es que logre marcharse a algún sitio. Atlanta, Chicago, Detroit, Dallas... A cualquier sitio.

Luego se agachó y levantó a la detective del suelo dejando que apoyara el brazo en su hombro.

—Escriba el artículo —dijo entonces Tanny Brown.

—Lo haré.

—Un artículo absolutamente convincente —añadió el policía.

—Lo será.

Brown asintió con la cabeza.

Matthew Cowart empezó a conducir a Andrea Shaeffer por el sendero de regreso a la civilización. Iba apoyándose en él. El periodista notaba que la detective apretaba los dientes para aguantar el dolor, sin quejarse. La mente de Cowart comenzó a cavilar mientras sostenía el peso de la policía herida. «Escríbelo de tal modo que elogien la valentía de esta joven. Cuéntale a todo el mundo cómo se enfrentó a un sádico asesino y recibió el impacto de una bala. Conviértela en una heroína. En televisión se pelearán por la historia. La prensa sensacionalista también. Eso le brindará una oportunidad.» Comenzaron a surgirle ideas en la cabeza y se sintió reconfortado.. Se imaginaba las columnas impresas, los titulares saliendo de las rotativas. Había avanzado unos diez metros cuando se volvió para mirar al teniente, que continuaba en el linde del claro.

—¿Cree que hacemos bien? —preguntó Cowart espontáneamente.

Brown se encogió de hombros.

—En esta historia nada ha estado bien. Desde el comienzo. De todas maneras, tampoco nos quedaba otra opción.

Cowart asintió con la cabeza. Aquélla era la única verdad incontestable. No sonrió, pero dijo:

—Una circunstancia un tanto extraña para empezar a confiar el uno en el otro, ¿no cree?

Luego se volvió y continuó ayudando a la joven herida en el camino de vuelta a la seguridad. Ella lanzó un pequeño gemido y se apoyó en él. Lo que estaba haciendo era algo insignificante para el mundo, se dijo Cowart. Pero al menos estaba salvando a una persona. Y encontró consuelo en el pensamiento de que tal vez había salvado a otras.

Tanny Brown esperó hasta que Cowart y Shaeffer desaparecieron por el sendero entre la densa vegetación. Luego se encaminó hacia el pantano. Tardó sólo unos minutos en localizar el cuerpo de Ferguson.

El cadáver ofreció resistencia mientras él intentaba sacarlo de la trampa de los zarzales. Sintió la fría agua del pantano al llegar a la orilla y meter un pie. Notó el barrizal pegajoso del fondo. Luego avanzó arrastrando el cuerpo por el agua, lejos de la orilla, hacia un entramado de árboles, poblado de helechos colgantes y lianas, a unos cincuenta metros de distancia pantano adentro. A veces empujaba el cuerpo del asesino, otras lo arrastraba flotando, mientras resollaba a causa del agotamiento, hasta que al fin llegó a un lugar apropiado. Reunió las últimas fuerzas que le quedaban y sumergió el cuerpo, lo hundió hasta el fondo y lo sujetó con las raíces hasta que quedó bien amarrado. No sabía si permanecería allí para siempre. Ferguson se había preguntado lo

mismo en una ocasión, pensó. Retrocedió y miró desde unos metros de distancia: no se veía el menor rastro del cuerpo, sujeto por las raíces y enteramente cubierto por el agua.

En ese momento la luz penetró entre los árboles y se reflejó en la líquida y oscura superficie del pantano, haciéndola brillar por un instante. Brown se volvió y se encaminó tranquilamente hacia la orilla, de vuelta a casa.

# Índice

AGRADECIMIENTOS.....	5
PRIMERA PARTE PRESOS.....	7
1 UN HOMBRE DE OPINIONES .....	8
2 UN HOMBRE EN EL CORREDOR DE LA MUERTE .....	29
3 PACHOULA.....	44
4 LOS DETECTIVES.....	61
5 DE NUEVO EN EL CORREDOR DE LA MUERTE.....	84
6 LA ALCANTARILLA .....	106
7 PALABRAS.....	117
8 OTRA CARTA DESDE EL CORREDOR DE LA MUERTE.....	123
9 ORDEN DE EJECUCIÓN .....	148
10 UN ACUERDO CAMINO AL INFIERNO .....	170
11 PÁNICO.....	185
SEGUNDA PARTE EL FELIGRÉS .....	195
12 EL INSOMNIO DEL TENIENTE .....	196
13 UNA LAGUNA EN LA HISTORIA.....	214
14 CONFESIÓN.....	229
15 NUEVAS PESQUISAS .....	243
16 LA JOVEN DETECTIVE .....	260
17 NEWARK.....	273
18 CABEZA DE TURCO.....	281
19 UN BAÑO NUEVO.....	292
20 TRAMPAS.....	309
21 LA CONJUNCIÓN.....	321
22 TOMANDO NOTA .....	339
23 LA NEGLIGENCIA DE SHAEFFER.....	356
24 LA CAJA DE PANDORA .....	368
25 TIEMPO PERDIDO .....	382
26 CADA OVEJA A SU REDIL .....	393
27 DOS RECÁMARAS VACÍAS .....	404